WILLIAM

BARCLAY

Volumen 3

MARCOS

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO

–Tomo 3–

Evangelio según San Marcos



Editorial CLIE
Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO
Volumen 03 - Marcos

Traductor de la Obra completa: Alberto Araujo

ISBN 978-84-7645-749-8 Obra completa
ISBN 978-84-8267-719-4 Volumen 039

Clasifíquese: 0219 COMENTARIOS COMPLETOS N.T. -Marcos
C.T.C. xxxxx
Referencia: xxxxxx

Portada
Portada interior
Créditos
Índice
Presentación
Introducción al Evangelio según san Mateo
Los evangelios sinópticos
El pedigrí de los evangelios
Marcos, el autor del evangelio
Las fuentes de información de Marcos
El final perdido
Las características del Evangelio de Marcos
El evangelio esencial
El principio de la historia (1:1-4)
El heraldo del Rey (1:5-8)
El día de la decisión (1:9-11)
El tiempo de la prueba (1:12s)
El mensaje de la Buena Noticia (1:14s)
Jesús escoge a Sus amigos (1:16-20)
Jesús empieza Su campaña (1:21s)
La primera victoria sobre los poderes del mal (1:23-28)
Un milagro en privado (1:29-31)
El principio de las multitudes (1:32-34)
El retiro devocional y el desafío de la acción (1:35-39)
Un leproso es limpiado (1:40-45)
La fe que supera obstáculos (2:1-6)
La prueba irrefutable (2:7-12)
Invitando al que todos odiaban (2:13s)
Donde es mayor la necesidad (2:15-17)
La gozosa compañía (2:18-20)
Se necesita una mente joven (2:21s)
Piedad, verdadera y falsa (2:23-28)
Conflicto de ideas (3:1-6)
En medio de las multitudes (3:7-12)
La compañía elegida (3:13-19)
El veredicto de los Suyos (3:20s)
¿Alianza o conquista? (3:22-27)

El pecado imperdonable (3:28-30)
Condiciones del parentesco (3:31-35)
Enseñando por parábolas (4:1s)
De la Tierra al Cielo (4:3-9)
El misterio del Reino (4:10-12)
La cosecha es segura (4:13-20)
La luz está para que se vea (4:21)
La verdad que no se puede soslayar (4:22s)
El equilibrio de la vida (4:24)
La ley de la rentabilidad (4:25)
El crecimiento invisible y el resultado seguro (4:26-29)
De pequeño a grande (4:30-32)
El sabio maestro y el alumno aprovechado (4:33s)
La paz de la presencia (4:35-41)
La expulsión de los demonios (5:1-13)
Pedirle a Cristo que Se vaya (5:14-17)
Un testigo de Cristo (5:18-20)
En la hora de la necesidad (5:21-24)
La última esperanza de un paciente (5:25-29)
El costo de la sanidad (5:30-34)
Desesperación y esperanza (5:35-39)
La diferencia que hace la fe (5:40-43)
Sin honor en su propia tierra (6:1-6)
Los heraldos del Rey (6:7-11)
El mensaje y la misericordia del Rey (6:12s)
Tres veredictos sobre Jesús (6:14s)
La venganza de una malvada (6:16-29)
Lo patético de la multitud (6:30-34)
Poco es mucho en las manos de Jesús (6:35-44)
La conquista de la tempestad (6:45-52)
Las multitudes ansiosas (6:53-56)
Limpio e inmundo (7:1-4)
La Ley de Dios y las reglas de los hombres (7:5-8)
Una regla inicua (7:9-13)
La verdadera contaminación (7:14-21)
El anuncio de un mundo para Cristo (7:24-30)
Haciendo bien todas las cosas (7:31-37)

Compasión y desafío (8:1-10)
La ceguera que reclama una señal (8:11-13)
No aprender por experiencia (8:14-21)
Un ciego aprende a ver (8:22-26)
El gran descubrimiento (8:27-30)
Ideas judías acerca del Mesías
El tentador habla por la voz de un amigo (8:31-33)
La carrera de un discípulo (8:34s)
Encontrar la vida perdiéndola (8:36)
El valor supremo de la vida (8:37)
Cuando el Rey venga a los Suyos (8:38–9:1)
La gloria de la cumbre (9:2-8)
El destino del Precursor (9:9-13)
Bajando de la cumbre (9:14-18)
El clamor de la fe (9:19-24)
La causa del fracaso (9:25-29)
Arrostrando el final (9:30s)
La verdadera ambición (9:32-35)
Ayudar al necesitado es ayudar a Cristo (9:36s)
Una lección de tolerancia (9:38-40)
Recompensas y castigos (9:41s)
La meta que vale cualquier pena (9:43-48)
La sal de la vida cristiana (8:49s)
En la enfermedad y en la salud (10:1-12)
De los tales es el Reino del Cielo (10:13-16)
¿Cuánto quieres la bondad? (10:17-22)
El peligro de la riqueza (10:23-27)
Cristo no queda en deuda con nadie (10:28-31)
El desenlace inminente (10:32-34)
La petición de la ambición (10:35-40)
El precio de la Salvación humana (10:41-45)
Milagro al borde de la carretera (10:46-51)
La llegada del Rey (11:1-6)
El Que viene (11:7-10)
La calma antes de la tempestad (11:11)
La higuera estéril (11:12-14, 20s)
La ira de Jesús (11:15-19)

Las leyes de la oración (11:22-26)
Pregunta astuta y respuesta impactante (11:27-33)
Rechazo y retribución (12:1-12)
El césar y Dios (12:13-17)
Idea equivocada de la vida futura (12:18-27)
El amor a Dios y al prójimo (12:28-34)
El Hijo de David (12:35-37a)
Idea equivocada de la religión (12:39b-40)
El don supremo (12:41-44)
Las cosas por venir (13)
El Día del Señor (13)
Los diferentes estratos (13)
La condenación de la ciudad santa (13:1s)
La agonía de la ciudad santa (13:14-20)
El camino difícil (13:9-13)
Los peligros de los últimos días (13:3-6, 21-23)
Su Segunda Venida (13:7-8, 24-27)
Estad alerta (13:27-37)
Empieza el último acto (14:1s)
El derroche del amor (14:3-9)
El traidor (14:10s)
Preparando la fiesta (14:12-16)
La última llamada del amor (14:17-21)
El símbolo de la Salvación (14:22-26)
El fallo de los amigos (14:27-31)
Hágase Tu voluntad (14:32-42)
El arresto (14:43-50)
Un cierto joven (14:51s)
El juicio (14:53,55-65)
Coraje y cobardía (14:54,66-72)
El silencio de Jesús (15:1-5)
La elección de la multitud (15:6-15)
Las burlas de los soldados (15:16-20)
La Cruz (15:21-28)
El amor ilimitado (15:29-32)
Tragedia y triunfo (15:33-41)
El que Le prestó su tumba a Jesús (15:42-47)

Decidle a Pedro (16:1-8)
La comisión de la Iglesia (16:9-20)
Palabras hebreas, griegas y latinas
Nombres propios y temas que aparecen en el texto
Autores y libros que se recomiendan

PRESENTACIÓN

¿Qué se puede decir del *Comentario de Marcos* que no hayamos dicho en la presentación de los comentarios de William Barclay a los otros evangelios y los otros libros del Nuevo Testamento que ya hemos publicado en la nueva edi-ción española? Al traducir cada uno de ellos he tenido la impresión, como probablemente vosotros al leerlo, de que *aquél* era, sin duda, el libro del Nuevo Testamento preferido de William Barclay, con el que se identificaba más. Por lo menos es cierto que conocía íntimamente todos ellos, y se sentía como en su propia casa en cada uno; cosa rara entre los teólogos y autores de comentarios, que suelen tener sus preferencias, y *residir* en algunos libros —por ejemplo, los paulinos—, y no pasar de hacer visitas turísticas a los otros —por ejemplo, los joaninos—; y entre los profesores, no son raros los que se niegan a incluir algunos en su programa, como *Hebreos, 2ª de Pedro* y, no se diga, *Apocalipsis.* William Barclay los explicaba todos, y sobre todos escribió su comentario. Ya hemos publicado la mayoría de ellos, y en cada uno hemos percibido sus dotes de intuición, comprensión y exposición. A *Lucas* le llamaba el evangelio universal y el libro más encantador del mundo, y se superaba al resaltar sus encantos; en *Juan,* al colocarlo en su trasfondo histórico y cultural, desplegaba sus conocimientos enciclopédicos del helenismo; al comentar *Mateo,* el compendio supremo de la enseñanza de Jesús, mostraba sus extraordinarias cualidades como maestro al presentarlo en el trasfondo de la tradición judía. Parecería que no nos quedaba nada por decir al presentar *Marcos.*

Pues sí: he revivido al traducir el *Comentario de Marcos* el encanto y la ilusión de las clases de William Barclay, y su capacidad extraordinaria para comentar supremamente este evangelio, el primero en el tiempo, el más sencillo, el menos elaborado, el que más se parece a un reportaje de la vida de Jesús, y en el que percibimos los ecos de un testigo más allá de cualquier excepción: ¡nada menos que Pedro, el testarudo y leal pescador galileo!, que recordaba con todo detalle las escenas que contaba, los gestos y las mismísimas palabras del Carpintero de Nazaret, a Quien él fue descubriendo paso a pa-so como el Mesías prometido, tan distinto,

¡pero tanto mejor!, que el que él y su pueblo esperaban: cómo tomó en Sus brazos a los niños, Se quedó dormido en la barca en plena tempestad, Se conmovía de compasión por las multitudes hambrientas y cansadas, y pronunciaba con amor y autoridad la palabra sanadora: *¡Effatha!, ¡Ábrete!, ¡Talitha, kumí! ¡Chiquilla, levántate!*

Tenía que ser Willy Barclay el que nos hiciera ver todo esto que nos desvela aquí, porque así era él: con su voz carrasposa, que no le fue obstáculo para ser el comunicador excepcional del Evangelio por radio y televisión entre otros medios —¡sólo él, sordo desde niño, podía decirnos que el impedimento del habla le vendría de su sordera al que sanó Jesús en *Marcos 7:31-37!—,* y en sus libros con su estilo azoriniano —claro, sencillo, conversacional, natural y jamás afectado ni erudito —el que nos transmitiera a nosotros, las personas normales y corrientes que él amaba tanto, los recovecos y entresijos del libro más sencillo del Nuevo Testamento, que bien puede considerarse, como dice Barclay, el libro más importante del mundo.

Por todo lo dicho no es extraño que este sea el comentario preferido de muchas personas, entre ellas mi Escocesita querida, cuyo criterio es para mí el de más valor.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS

LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

Los tres primeros evangelios, *Mateo, Marcos* y *Lucas,* se conocen como los evangelios sinópticos. La palabra *sinóptico* viene de dos palabras griegas que quieren decir *ver juntamente;* y estos tres libros se llaman los evangelios sinópticos porque se pueden colocar en columnas paralelas para ver los materiales que tienen en común. Se podría afirmar que *Marcos* es el más importante de los tres. Hasta sería posible ir más lejos todavía, y afirmar que es el libro más importante del mundo, porque se está de acuerdo casi universalmente en que es el primero de los evangelios, y por tanto la primera vida de Jesús entre las que se escribieron y han llegado

hasta nosotros. Marcos puede que no fuera el primero que escribiera la vida de Jesús. No cabe duda de que se hicieron intentos más sencillos de escribirla; pero el evangelio de Marcos es indudablemente la primera vida de Jesús que ha sobrevivido.

EL PEDIGRÍ DE LOS EVANGELIOS

Cuando consideramos cómo llegaron a escribirse los evangelios, tenemos que retrotraernos a un tiempo en el que no existía en todo el mundo tal cosa como un libro impreso. Los evangelios se escribieron mucho antes de que se inventara la imprenta, y se compusieron cuando había que escribir a mano cuidadosa y laboriosamente todos los libros. Está claro que en ese caso no habría muchos ejemplares de cada libro.

¿Cómo sabemos, o cómo podemos deducir, que *Marcos* fue el primero de los evangelios? Cuando leemos los evangelios sinópticos, aunque sea en español, vemos que hay semejanzas sorprendentes entre ellos. Contienen los mismos incidentes, contados a menudo con las mismas palabras; y pasajes de la enseñanza de Jesús que son muchas veces idénticos. Si comparamos la historia de la Multiplicación de los Panes y los Peces en los tres evangelios *(Marcos 6:30-44; Mateo 14:12-21; Lucas 9: 10-17)* vemos que se cuenta casi exactamente con las mismas palabras y exactamente de la misma manera. Otro ejemplo muy claro es el relato de la curación del paralítico *(Marcos 2:1-12; Mateo 9:1-8; Lucas 5:17-26).* Los relatos son tan parecidos que hasta un pequeño paréntesis —«le dijo al paralítico»— aparece en los tres exactamente en el mismo lugar. Las coincidencias son tan obvias que nos obligan a una de dos conclusiones: o los tres están tomando sus materiales de alguna fuente común, o dos de ellos se basan en el otro.

Cuando estudiamos el problema más en detalle descubrimos que *Marcos* se puede dividir en 105 secciones. De ellas, 93 aparecen en *Mateo* y 81 en *Lucas.* Son sólo 4 las que no se encuentran ni en *Mateo* ni en *Lucas.* Y todavía más indudable: *Marcos* tiene 661 versículos; *Mateo,* 1,068; *Lucas,* 1,149. De los 661 versículos de *Marcos, Mateo* reproduce no menos de 606. Algunas veces cambia ligeramente las palabras, pero reproduce el 51 por ciento de las

palabras exactas de *Marcos.* De los 661 versículos de *Marcos, Lucas* reproduce 320, y utiliza de hecho el 53 por ciento de las palabras de *Marcos.* De los 55 versículos de *Marcos* que no reproduce *Mateo,* 31 se encuentran en *Lucas.* Así que el resultado es que no hay más que 24 versículos de *Marcos* que no se encuentran en ningún lugar de *Mateo* o de *Lucas.* Esto presenta como muy proba-ble el que *Mateo* y *Lucas* estuvieran usando a *Marcos* como la base de sus evangelios. Lo que confirma todavía más esta hipótesis es que tanto *Mateo* como *Lucas* siguen mayormente el orden de los acontecimientos de *Marcos.* A veces *Mateo* cambia el orden de *Marcos,* y otras veces es *Lucas* el que lo hace; pero *nunca* coinciden *Mateo* y *Lucas* al apartarse del orden de *Marcos.* Siempre por lo menos uno de ellos retiene el orden de *Marcos.*

Un examen detallado de los tres evangelios deja bien claro que Mateo y Lucas tenían delante *Marcos* cuando escribían, y que usaron ese evangelio como la base en la que encajaron los materiales extra que querían incluir.

Es emocionante recordar cuando leemos el evangelio de Marcos que es la primera vida de Jesús, en la que se basaron por necesidad todas las que se escribieron después.

MARCOS, EL AUTOR DEL EVANGELIO

Entonces, ¿quién fue este Marcos que escribió el evangelio? Por el Nuevo Testamento sabemos bastantes cosas acerca de él. Era hijo de una señora acomodada de Jerusalén que se lla- maba María, y cuya casa fue el punto de encuentro y de reunión de la iglesia original *(Hechos 12:12).* Desde el principio, Mar- cos se crió en el mismo centro de la naciente Iglesia Cristiana.

Marcos era también sobrino de Bernabé, y cuando Pablo y Bernabé emprendieron su primer viaje misionero le llevaron como secretario y ayudante *(Hechos 12:25).* Aquel viaje fue de lo más desafortunado para Marcos. Cuando llegaron a Perge, Pablo propuso que siguieran tierra adentro hacia la meseta central; y por esa razón Marcos abandonó la expedición y se volvió a su casa *(Hechos 13:13).*

Puede que se volviera a casa porque tenía miedo de enfrentarse con los peligros de la carretera, que se reconocía como una de las más peligrosas del mundo, que hacía difícil el tránsito y estaba infestada de bandoleros. O puede que se volviera a casa porque se iba viendo cada vez más claro que era Pablo el que asumía la dirección de la expedición, y puede que a Marcos no le agradara que su tío ocupara un lugar subordinado. Puede que se volviera a casa porque no estuvie-ra de acuerdo con lo que Pablo estaba haciendo. Crisóstomo —probablemente con un destello de imaginación— dice que ¡Marcos se volvió a casa porque echaba de menos a su madre!

Pablo y Bernabé completaron su primer viaje misionero, y se pusieron a programar el segundo. Bernabé tenía interés en volver a llevar a Marcos; pero Pablo se negó rotundamente a tener nada que ver con «el que los había desertado la otra vez en Panfilia» *(Hechos 15:37-40).* Tan seria fue la discrepancia entre ellos que se separaron y, por lo que sabemos, ya no volvieron a viajar juntos.

Marcos se desvanece de la escena durante algunos años. Una tradición refiere que fue a Egipto y fundó allí la iglesia de Alejandría. No podemos estar completamente seguros de eso; pero sí sabemos que Marcos reaparece en escena de una manera de lo más sorprendente. Comprobamos para nuestra sorpresa que cuando Pablo escribe su carta a los cristianos colosenses desde la cárcel de Roma, Marcos está allí con él *(Colosenses 4:10).* En otra carta desde la cárcel, la que dirige a Filemón, Pablo cuenta a Marcos entre sus colaboradores (versículo 24). Y cuando Pablo está esperando el cumplimiento de su sentencia de muerte, le escribe a Timoteo, su brazo derecho, y le dice: «Toma a Marcos y tráetele, porque me es un ayudante de lo más útil» *(2 Timoteo 4:11).* ¡Qué lejos estamos de aquella vez cuando Pablo descartó despectivamente a Marcos como irresponsable! Fuera como fuera, Marcos se redimió a sí mismo. Era la persona que Pablo quería tener cerca al final de su vida.

LAS FUENTES DE INFORMACIÓN DE MARCOS

El valor de cualquier narración histórica dependerá de las fuentes de información de su autor. Entonces, ¿dónde obtuvo Marcos su

información acerca de la vida y obra de Jesús? Ya hemos visto que su hogar fue desde el principio el centro cristiano de Jerusalén. Muchas veces tiene que haber oído contar a los primeros cristianos sus recuerdos personales de Jesús. Pero es muy probable que tuviera una fuente de información aún más insuperable.

A principios del siglo II hubo un hombre llamado Papías, que se complacía en obtener y transmitir toda la información que pudiera espigar sobre los primeros días de la Iglesia. Nos dice que el evangelio de Marcos no es otra cosa que la recopilación de los materiales de la predicación de Pedro, el más grande de los apóstoles. Marcos estuvo muy cerca de él, y tan cerca de su corazón que Pedro le podía llamar «Marcos, mi hijo» *(1 Pedro 5:13).* Aquí tenemos lo que dice Papías:

> *Marcos, que fue el intérprete de Pedro, tomó nota cuidadosamente, aunque no por orden, de todo lo que pudo recoger de lo que Cristo había dicho o hecho. Porque él mismo no había escuchado al Señor, ni había sido seguidor Suyo. Lo fue de Pedro, como he dicho, en fecha posterior, y Pedro adaptaba su enseñanza a las necesidades prácticas sin proponerse dar las palabras del Señor de una manera sistemática. Así que Marcos no se equivocó al escribir algunas cosas así, de memoria; porque su única intención era no omitir ni desvirtuar nada de lo que había oído.*

Así que podemos aceptar como un hecho que Marcos nos dejó en su evangelio lo que recordaba del material de la predicación del mismo Pedro.

Así es que tenemos dos grandes razones para considerar que *Marcos* es un libro de importancia suprema. La primera, que es el primero de todos los evangelios; si fue escrito al poco tiempo de la muerte de Pedro, sería hacia el año 65 d.C. La segunda, que contiene lo que Pedro predicaba y enseñaba acerca de Jesús. Podríamos decir que *Marcos* es lo más próximo que tendremos nunca del relato de un testigo presencial de la vida de Jesús.

EL FINAL PERDIDO DEL EVANGELIO DE MARCOS

Hay un detalle muy interesante acerca del evangelio de Marcos. En su forma original se detiene en el versículo 8 del capítulo 16. Eso

lo sabemos por dos razones. La primera es que los versículos que siguen *(Marcos 16:9-20)* no se encuentran en ninguno de los manuscritos antiguos; sólo los contienen manuscritos posteriores e inferiores. Lo segundo es que el estilo del griego es tan diferente que no puede haberlo escrito la misma persona que el resto del evangelio.

Pero el evangelio no estaba programado que terminara en *Marcos 16:8.* ¿Qué fue lo que sucedió? Puede que muriera Marcos, y hasta que sufriera el martirio antes de completar su evangelio. Pero lo más probable es que, cuando no había nada más que un ejemplar del evangelio, se rasgó la última página. Hubo un tiempo en que la Iglesia no apreciaba gran cosa *Marcos,* prefiriendo a *Mateo* y *Lucas.* Bien puede ser que el evangelio de Marcos estuviera tan olvidado que todos los ejemplares se habían perdido menos el que estaba mutilado. Si fue ese el caso, estuvimos a punto de perder el evangelio que es en muchos sentidos el más importante de todos.

LAS CARACTERÍSTICAS DEL EVANGELIO DE MARCOS

Veamos las características del evangelio de Marcos para que las podamos descubrir al leerlo y estudiarlo.

(i) Es lo más próximo que podamos conseguir nunca de un reportaje de la vida de Jesús. Marcos se proponía pintarnos a Jesús tal como fue. Westcott lo llamaba «un reportaje de la vida de Jesús.» A. B. Bruce decía que se escribió «desde el punto de vista de un testigo presencial que contara sus memorias amorosa y gráficamente,» y que su característica suprema es *el realismo.*

Si vamos a conseguir alguna vez algo que se aproxime a una biografía de Jesús, habrá de basarse en Marcos, que se deleitaba en contar los hechos de la vida de Jesús de la manera más sencilla y dramática.

(ii) Marcos nunca se olvidaba del lado divino de Jesús. Empieza su evangelio con una confesión de fe: «Así empieza el Evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios.» No nos deja en duda en cuanto a Quién era Jesús para él. Una y otra vez nos habla del impacto que producía Jesús en la mente y el corazón de los que Le escuchaban. El temor y la admiración que evocaba Jesús siempre estaban presentes en la mente de Marcos. «Se admiraban de Su

enseñanza» (1:22). «Estaban todos alucinados» (1:27). Expresiones semejantes aparecen una y otra vez. No sólo se daba esa actitud en las muchedumbres que escuchaban a Jesús; aún se daba más en las mentes de los que formaban el círculo íntimo de Sus discípulos. «Y estaban todos llenos de temor, y se decían unos a otros: "Entonces, ¿Quién es Éste, que hasta el viento y la mar Le obedecen?"» (4:41). «Y estaban maravillados a tope» (6:51). «Los discípulos estaban alucinados con Sus palabras» (10:24, 26).

Para Marcos, Jesús no era simplemente un hombre como otro cualquiera, sino Dios entre los hombres, moviéndolos siempre a una admiración maravillada con Sus palabras y obras.

(iii) Al mismo tiempo, ningún otro evangelio nos presenta un cuadro tan humano de Jesús. A veces sus trazos son tan humanos que los evangelistas posteriores los alteran un poco porque casi tenían miedo de decir lo que decía Marcos. Para Marcos, Jesús era sencillamente «el carpintero» (6:3). Más tarde, Mateo lo cambia por «el hijo del carpintero» *(Mateo 13:55),* como si el decir que Jesús era el artesano del pueblo fuera demasiado atrevido. Cuando Marcos nos está hablando de las tentaciones de Jesús, escribe: «El Espíritu Le *lanzó* al desierto» (1:12). A Mateo y Lucas no les gusta esta palabra, *lanzó,* en relación con Jesús, así es que la suavizan poniendo en vez «Le *condujo* al desierto» *(Mateo 4:1; Lucas 4:1).* Ninguno nos dice tanto acerca de las emociones de Jesús como Marcos. Jesús suspiró hondo en Su espíritu (7:34; 8:12). Se conmovió de lástima (6:34). Se maravilló de la incredulidad de ellos (6:6). Sintió una justa indignación (3:5; 8:33; 10:14). Sólo Marcos nos dice que cuando Jesús miró al joven rico le amó (10:21). Jesús podía sentir los retortijones del hambre (11:12). Podía estar cansado y necesitar descansar (6:31).

Es en el evangelio de Marcos sobre todo donde obtenemos una descripción del Jesús Que tenía pasiones como las nuestras. La simple humanidad de Jesús en la descripción de Marcos nos Le aproxima absolutamente.

(iv) Una de las grandes características de Marcos es que una y otra vez inserta detalles en la narración que sólo pueden venir de un testigo ocular. Tanto Mateo como Marcos nos cuentan que Jesús tomó a un chiquillo y le colocó en medio de todos. Mateo (18:2) dice:

«Llamando hacia Sí a un niño, le colocó en medio de todos.» Marcos añade algo que ilumina toda la escena (9:36): «Y tomó a un niño, y le puso en medio de ellos; y *tomándole en Sus brazos,* les dijo...» En el precioso cuadro de Jesús con los niños, cuando Jesús reprendió a los discípulos por no dejarles a los niños que se Le acercaran, sólo Marcos termina diciendo: «Y los tomaba en Sus brazos, y los bendecía poniendo Sus manos sobre ellos» *(Marcos 10:13-16;* cp. *Mateo 19:13-15; Lucas 18:15-17).* Toda la ternura de Jesús se refleja en estos detalles gráficos. Cuando Marcos nos cuenta la Multiplicación de los Panes y los Peces, él es el único que nos dice que la gente se sentó *en grupos de cien y de cincuenta,* que parecían lechos de flores en un jardín (6:40), e inmediatamente toda la escena cobra vida ante nosotros. Cuando Jesús y Sus discípulos se dirigían por última vez a Jerusalén, sólo Marcos nos dice que Jesús *«iba andando por delante de ellos»* (10:32; cp. *Mateo 20:17; Lucas 18:31);* y con esa única frase vívida nos resalta la absoluta soledad de Jesús. Cuando Marcos nos cuenta la historia de cómo Jesús calmó la tempestad incluye una frase que no se encuentra en ninguno de los otros evangelios: «Y Él estaba a la popa de la barca *durmiendo apoyado en un cabezal*» (4:38). Y ese detalle le infunde vida a toda la escena ante nuestros ojos.

No nos cabe la menor duda de que todos estos detalles se deben al hecho de que Pedro fue testigo ocular, y estaba viendo estas cosas de nuevo con los ojos de la memoria.

(v) El realismo de Marcos y su sencillez descuellan en el estilo de su griego.

(*a*) Su estilo no es elaborado ni pulido cuidadosamente. Cuenta las historias como las contaría un niño. Añade unas cosas a otras conectándolas sencillamente con la palabra «y». En el tercer capítulo del evangelio, en griego hay 34 frases u oraciones una detrás de la otra, introducidas por «y» seguido de un verbo principal. Es la manera en que un chico impaciente contaría su historia.

(*b*) Le gustan mucho las frases «y acto seguido», «e inmediatamente» (En la Reina-Valera se usa la palabra *luego* con el primer sentido del D.R.A.E.: «Prontamente, sin dilación»). Aparecen en el evangelio casi 30 veces. A veces se dice de un relato que «marcha»; pero la historia de Marcos no sólo marcha, sino que corre

con una especie de intento jadeante para relatar la historia tan gráficamente como le aparece al mismo narrador.

(*c*) Es muy aficionado al presente histórico. Es decir: cuenta los acontecimientos en el tiempo presente griego en lugar de en el pasado. «Y cuando Jesús lo oyó, les *dice:* "Los que están buenos no necesitan un médico, sino los que están enfermos"» (2:17). Casi podríamos traducir *dice,* como en las narraciones que hacen los chiquillos, por *Se pone...* «Y cuando *llegan* cerca de Jerusalén a Betfagué y a Betania, al monte de los Olivos, Él *manda* a dos de Sus discípulos, y les *dice:* "Entrad en la aldea que tenéis delante..."» (11:1s). «Y acto seguido, antes que acabara de hablar, Judas, uno de los Doce, *viene*» (14:43).

Hablando en general, no traducimos literalmente estos presentes históricos al español, porque no sonarían bien; pero muestran lo viva y real que era la cosa a ojos de Marcos, como si estuviera sucediendo delante de él.

(*d*) Bastante a menudo nos transcribe las mismas palabras arameas que usó Jesús. A la hija de Jairo, Jesús le dijo: *«Talitha, kumi»* (5:41). Al sordo con un impedimento en el habla le dijo: *«Effatha»* (7:34). Un don que se dedica a Dios es *«korbán»* (7:11). En Getsemaní, Jesús dice: *«Abba,* Padre» (14:36). En la Cruz, clama: *«Elôi, Elôi, ¿lama sabajthani?»* (15:34).

Había veces que Pedro parecía oír otra vez la mismísima voz de Jesús, y no podía por menos de contar las historias reproduciendo Sus mismísimas palabras.

EL EVANGELIO ESENCIAL

No sería injusto llamar a *Marcos el evangelio esencial.* Haríamos bien en estudiar con atención y amor el más antiguo de los evangelios que poseemos, el evangelio en el que escuchamos predicar al mismo Pedro.

M A R C O S

EL PRINCIPIO DE LA HISTORIA

Marcos 1:1-4

Este es el principio de la historia de cómo Jesucristo, el Hijo de Dios, trajo la Buena Noticia a la humanidad. Hay un pasaje del libro del profeta Isaías que dice: «¡Fíjate! Yo envío a Mi mensajero por delante de Ti, y él Te preparará el camino. Será como una voz clamando: "¡Preparadle el camino al Señor en el desierto, allanad la senda por la que ha de venir!"»

Esto se cumplió cuando Juan el Bautista surgió en el desierto anunciando un bautismo que era la señal de un arrepentimiento por el que una persona podía encontrar el perdón de sus pecados.

Marcos empieza la historia de Jesús desde muy atrás. No empezó con el nacimiento de Jesús; ni siquiera con la predicación de Juan el Bautista en el desierto; empezó con los sueños de los profetas mucho tiempo atrás; es decir: empezó mucho, mucho tiempo antes: en la mente de Dios.

Los estoicos creían firmemente en el plan ordenado de Dios. «Las cosas de Dios —decía Marco Aurelio— están henchidas de previsión. Todas las cosas fluyen del Cielo.» Hay cosas que podemos muy bien aprender aquí.

(i) Se ha dicho que «los pensamientos de la juventud son pensamientos largos, muy largos,» y así son los pensamientos de Dios. Dios Se caracteriza por ser un Dios que lleva a cabo Sus propósitos. La Historia no es un caleidoscopio fortuito de acontecimientos inconexos; es un proceso dirigido por el Dios que ve el final desde el principio.

(ii) Nosotros estamos en ese proceso; y por estar en él podemos contribuir a que se cumpla o a que se frustre. En cierto sentido es tan gran honor el ayudar en algún gran proyecto como es un privilegio el ver su culminación final. La vida sería muy diferente si, en lugar de anhelar algún objetivo distante e inalcanzable en el presente, hiciéramos todo lo posible para acercarlo.

Cuando era más joven, como no era cantante,
ni siquiera intenté hacer una canción;
ni plantar arbolitos al borde del camino
que tardarían mucho en llegar a sazón.

Pero ahora, que los años me han hecho más prudente,

sé que, aunque humilde, puedo hacer mi aportación
plantando un arbolito para que otros lo rieguen,
o para que otros canten dejarles mi canción.

Los objetivos no se alcanzarán nunca a menos que haya algunos que se esfuercen para hacerlos posibles.

La cita profética que usa Marcos es sugestiva: *Yo envío a Mi mensajero por delante de Ti, y él Te preparará el camino.* Está tomada de *Malaquías 3:1.* En su contexto original, es una amenaza. En los tiempos de Malaquías, los sacerdotes estaban incumpliendo sus deberes. Las ofrendas eran de animales defectuosos y tarados; el culto del templo les resultada fastidioso. El mensajero había de *limpiar y purificar* el culto del templo antes de que surgiera en la tierra el Ungido de Dios. Así que la venida de Cristo fue *una purificación de la vida,* y el mundo necesitaba esa purificación. Séneca llamaba a Roma «un pozo negro de iniquidad.» Juvenal hablaba de ella como «la atarjea asquerosa por la que fluían las heces fétidas de las corrientes sirias y aqueas.» Dondequiera que llega el Evangelio, trae purificación.

Eso se puede demostrar claramente con hechos. Bruce Barton nos cuenta cómo le llegó la primera asignación periodística importante para escribir una serie de artículos encaminados a ridiculizar al evangelista Billy Sunday. Se escogieron tres ciudades. «Yo hablé con los comerciantes —escribe Bruce Barton—, y me dijeron que durante el tiempo de los cultos y después la gente se acercaba al mostrador para pagar cuentas tan antiguas que ya se habían borrado de los libros.» Fue a visitar al presidente de la cámara de comercio de una ciudad que había visitado Billy Sunday hacía tres años. «Yo no soy miembro de ninguna iglesia —le dijo—, pero te diré una cosa: Si se propusiera traer a Billy Sunday a esta ciudad ahora, y si supiéramos anticipadamente tanto acerca de los resultados de su trabajo como sabemos ahora, y si las iglesias no reunieran el dinero necesario para traerle, yo podría reunir el dinero en medio día entre personas que no van nunca a la iglesia. Nos costó once mil dólares traerle la otra vez; pero cualquier circo que venga aquí se lleva esa cantidad en un día y no deja nada. Él dejó una atmósfera moral diferente.» El reportaje que se suponía que había de hacer Bruce Barton para poner en ridículo a Billy Sunday

resultó ser una proclamación del poder purificador del mensaje cristiano.

Cuando Billy Graham predicó en Shreveport, Lousiana, las ventas de licores descendieron un 40 %, y la venta de biblias se triplicó. Durante una misión en Seattle, entre los resultados se dijo sencillamente: «Se cancelaron varios trámites de divorcio que estaban pendientes.» En Greensboro, North Carolina, el informe fue que «la estructura social total de la ciudad había sido afectada positivamente.»

Una de las grandes historias de lo que el Evangelio puede hacer surgió de la «rebelión a bordo» del navío *Bounty.* Los amotinados fueron desembarcados en la isla de Pitcairn. Había nueve amotinados, seis varones nativos, diez mujeres nati- vas y una chica de 15 años. Uno de ellos consiguió producir alcohol crudo. Se produjo una situación terrible. Todos murieron, excepto Alexander Smith. Resultó que Smith se encontró una biblia. La leyó, y decidió construir un estado con los indígenas de aquella isla basado directamente en la Biblia. Pasaron veinte años antes de que una corbeta americana atracara en la isla. Encontraron una comunidad totalmente cris-tiana. No había cárcel, porque no había crímenes. No había hospital, porque no había enfermedades. No había manicomio, porque no había locos. No había analfabetos; y en ningún lugar del mundo estaban tan seguras la vida y la propiedad humanas. El Evangelio había limpiado aquella sociedad.

Donde y cuando se Le permite la entrada a Cristo, el antiséptico del Evangelio limpia el veneno moral de la sociedad y la deja pura y limpia.

Juan vino anunciando *un bautismo de arrepentimiento.* Los judíos estaban familiarizados con las abluciones rituales. *Levítico 11-15* nos las detalla. «Los judíos —dice Tertuliano— se lavan todos los días porque todos los días están contaminados.» El lavamiento simbólico y el de purificación estaban entretejidos en la misma textura del ritual judío. Un gentil era inmundo por necesidad, porque nunca había cumplido nada de la ley judía. Por tanto, cuando un gentil se hacía *prosélito,* es decir, cuando se convertía a la fe judía, tenía que someterse a tres cosas. La primera era *la circuncisión,* que era la señal del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento; la

segunda, se tenía que ofrecer *un sacrificio por él,* porque estaba necesitado de reconciliación con Dios, y sólo la sangre podía hacer expiación por su pecado; y la tercera, tenía que someterse al *bautismo,* que simbolizaba su purificación de toda la contaminación de su vida pasada. Por tanto, naturalmente, el bautismo no consistía en rociar con un poco de agua, sino en un baño en el que todo el cuerpo se sumergía.

Los judíos conocían el bautismo; pero lo sorprendente del bautismo de Juan era que él, un judío, estaba pidiéndoles a los judíos que se sometieran a lo que se suponía que los gentiles eran los únicos que lo necesitaban. Juan había hecho el tre-mendo descubrimiento de que no era el ser judío en el sentido ra-cial lo que hacía ser miembro del pueblo escogido de Dios; un judío podía encontrarse en exactamente la misma posición que un gentil; no la vida judía, sino la vida limpia era lo que pertenecía a Dios.

El bautismo iba acompañado de *la confesión.* En cualquier vuelta a Dios, la confesión ha de hacerse a tres personas.

(i) Una persona tiene que hacerse la confesión *a sí misma.* Es parte de la naturaleza humana el cerrar los ojos a lo que no queremos ver, y sobre todo a nuestros propios pecados. Alguien contó de la siguiente manera cómo dio el primer paso hacia la gracia. Cuando se estaba afeitando una mañana, se miró la cara al espejo, y de pronto se dijo: «¡Eres un cerdo asqueroso!» Y desde ese día empezó a ser otro hombre.

Cuando el hijo pródigo se marchó de casa se creería un tipo simpático y aventurero. Antes de dar el primer paso de vuelta al hogar tuvo que mirarse a sí mismo y decirse: «Me levantaré, y volveré a casa, y le diré a mi padre que soy un desastre.»

No hay nadie en todo el mundo a quien nos cueste más trabajo arrostrar que a nosotros mismos; y el primer paso al arrepentimiento y a la debida relación con Dios es reconocernos a nosotros mismos nuestro pecado.

(ii) Una persona debe hacer confesión *a los que ha ofendido o defraudado.* No servirá de mucho el decirle a Dios que lo sentimos hasta que les digamos que lo sentimos a los que hemos ofendido y dañado. Las barreras humanas tienen que desaparecer antes que las barreras divinas. En la iglesia del Este de África, un hombre y su

mujer eran miembros de un grupo. Uno de ellos vino e hizo confesión de que había una pelea en su casa. En seguida el pastor dijo: «No deberías haber venido a confesar esa pelea aquí; deberías haberla resuelto, y *entonces* venir a confesarla.»

Muchas veces puede que nos resulte más fácil hacerle la confesión a Dios que a otras personas. Pero no puede haber perdón sin humillación.

(iii) Uno debe hacer confesión *a Dios.* El final del orgullo es el principio del perdón. Es cuando uno dice: «He pecado,» cuando Dios tiene ocasión de decir: «Yo te perdono.» No es el que desea encontrarse con Dios en igualdad de términos el que descubre el perdón, sino el que se arrodilla en humilde confesión y musita avergonzado: «Dios, ten piedad de mí, pecador.»

EL HERALDO DEL REY

Marcos 1:5-8

> *Y todo el país de Judea salió a su encuentro, y lo mismo todos los habitantes de Jerusalén, y fueron bautizados por él en el río Jordán cuando confesaban sus pecados.*
>
> *Juan llevaba un túnica de pelo de camello que se sujetaba por la cintura con un cinto de cuero; y se alimentaba de langostas y miel silvestre.*
>
> *El tema de su predicación era:*
>
> *—Uno que es más poderoso que yo viene detrás de mí. Yo no merezco ni postrarme a desatarle la correa de las sandalias. Yo os bautizo con agua, pero Él os bautizará con el Espíritu Santo.*

Está claro que el ministerio de Juan era poderosamente eficaz, porque acudían a propel a escucharle y a someterse a su bautismo. ¿Por qué razón hizo Juan tal impacto en su nación?

(i) Era un hombre que vivía su mensaje. No sólo sus palabras, sino toda su vida era una protesta. Había tres cosas en él que marcaban la realidad de su protesta contra la vida contemporánea.

(*a*) Estaba el lugar en que vivía: el desierto de Judea. Entre el centro de Judea y el mar Muerto se extiende uno de los desiertos más terribles del mundo. Es un desierto de piedra caliza; parece informe y retorcido; hierve bajo un calor agobiante; la roca está ardiendo y abrasada, y suena a hueca cuan-do se pisa como si hubiera un horno gigantesco por debajo; se extiende hacia el mar Muerto, y de pronto desciende en precipicios terribles e inescalables hasta la misma orilla. En el Antiguo Testamento se lo llama a veces *Yeshimôn,* que quie-re decir *la devastación.* Juan no era un habitante de la ciudad. Era un hombre del desierto y de sus soledades y desolaciones. Era un hombre que se daba la oportunidad de escuchar la voz de Dios.

(*b*) Estaba la ropa que llevaba: una túnica tejida de pelo de camello sujeta por la cintura con un cinto de cuero. Así era como había vestido Elías *(2 Reyes 1:8).* Al ver a este hombre, uno se acordaba, no de los oradores de moda del momento, sino de los

antiguos profetas, que vivían al borde de las grandes sencilleces y evitaban los lujos blandos y afeminados que matan el alma.

(*c*) Estaba la comida de que se alimentaba: langostas y miel silvestre. Resulta que las dos palabras se prestan a dos interpretaciones. Las langostas podían ser los saltamontes que la Ley permitía comer *(Levítico 11:22s);* pero también puede que fuera una especie de judía o fruto seco, el *jarob,* la algarroba, que era el alimento de los más pobres de los pobres. La miel puede que fuera la que hacían las abejas silvestres; o puede que fuera una especie de sabia dulce que destila la corteza de algunos árboles. No importa mucho lo que quieran decir las palabras exactamente. En cualquier caso, la dieta de Juan era de lo más simple.

Así surgió Juan. La gente tenía que prestarle atención a un hombre así. Se decía de Carlyle que «predicó el evangelio del silencio en veinte volúmenes.» Muchos vienen con un mensaje que niegan con sus vidas, con una cómoda cuenta corriente y predicando que no se deben hacer tesoros en la Tierra. Muchas personas exaltan las bendiciones de la pobreza desde un hogar confortable y aun lujoso. Pero en el caso de Juan, el hombre era el mensaje, y por eso le escuchaba la gente.

(ii) Su mensaje era eficaz porque le decía a la gente lo que ya sabía en lo más íntimo del corazón, y le traía lo que estaba esperando en lo más hondo del alma.

(*a*) Los judíos tenían un dicho: «Si Israel cumpliera la Ley de Dios perfectamente un solo día, el Reino de Dios se haría realidad.» Cuando Juan convocó al pueblo al arrepentimiento estaba invitando a una decisión que todos sabían en lo más íntimo de su corazón que debían hacer. Mucho tiempo antes, Platón había dicho que la educación no consistía en decirle a la gente cosas nuevas, sino en extraer de su memoria lo que ya sabía. Ningún mensaje es tan eficaz como el que habla a la propia conciencia de la persona, y ese mensaje llega a ser casi irresistible cuando el que lo presenta es una persona que tiene derecho a hablar.

(*b*) El pueblo de Israel era plenamente consciente de que hacía trescientos años que había estado callada la voz de la profecía. Estaba esperando alguna auténtica palabra de Dios. Y en Juan la oyó. Al experto se le puede reconocer en cualquier estrato de la

vida. Un famoso violinista nos dice que tan pronto como Toscanini llegaba al atril la orquesta sentía una ola de autoridad que fluía de él hacia ella. Reconocemos en seguida al médico que tiene verdadera ciencia. Reconocemos instantáneamente al conferenciante que domina su tema. Juan había venido de Dios, y no lo podía por menos de notar cualquiera que le oyera.

(iii) Su mensaje era efectivo porque él era totalmente humilde. Su propio veredicto acerca de sí mismo era que no merecía hacer ni la labor de un esclavo. Las sandalias estaban hechas sencillamente de una suela de material que se sujeta-ba al pie con unas correas que pasaban entre los dedos. Las carreteras no estaban pavimentadas. En tiempo seco estaban llenas de polvo, y en tiempo húmedo, de barro. El quitarle las sandalias al que llegaba a la casa era algo que no correspon-día nada más que a un esclavo. Juan no esperaba nada para sí mismo, y sí todo para el Cristo al Que proclamaba. Se olvidaba totalmente de sí mismo, se entregaba totalmente, se perdía totalmente en su mensaje, y eso era lo que hacía que la gente le escuchara.

(iv) Su mensaje era eficaz porque señalaba a algo y a Alguien más allá de sí mismo. Le decía a la gente que su bautismo los empapaba de agua, pero el Que venía los empaparía del Espíritu Santo; y mientras el agua podía lim- piar el cuerpo de una persona, el Espíritu Santo podía limpiar su vida interior y corazón. El doctor G. J. Jeffrey tenía una ilustración favorita: Cuando estaba haciendo una llamada telefónica por medio del operador y había algún retraso, el operador solía decir: «Estoy tratando de ponerle a usted en contacto.» Y cuando estaba establecido el contacto, el operador se desvanecía y le dejaba en contacto directo con la persona con la que quería hablar.

El único propósito de Juan era no ocupar él mismo el centro de la escena, sino tratar de poner a las personas en contacto con Uno Que era más grande y poderoso que él. Y la gente le escuchaba porque él no se señalaba a sí mismo, sino al Que todas las personas necesitaban.

EL DÍA DE LA DECISIÓN

Marcos 1:9-11

Por aquellos días llegó Jesús de Nazaret de Galilea, y Juan Le bautizó en el Jordán. Y tan pronto como salió Jesús del agua vio que los cielos se abrían, y el Espíritu descendía sobre Él como si fuera una paloma. Y vino una voz del Cielo:

—Tú eres Mi Hijo amado; en Ti me complazco plenamente.

Para cualquiera que piense un poco, el bautismo de Jesús presenta un problema. El bautismo de Juan era un bautismo de arrepentimiento, y concernía a los que eran conscientes de sus pecados y deseaban expresar su decisión de acabar con ellos. ¿Qué tenía que ver tal bautismo con Jesús? ¿No estaba Él sin pecado, y no era tal bautismo innecesario y hasta irrelevante por lo que a Él se refería? Para Jesús el bautismo representaba cuatro cosas.

(i) Fue el momento de *decisión.* Había pasado treinta años en Nazaret cumpliendo fielmente con Su trabajo cotidiano y con Sus obligaciones familiares. Había comprendido que había llegado Su hora de manifestarse, y estaba esperando una señal. El surgimiento de Juan fue esa señal. Este, reconoció Él, era el momento en que tenía que lanzarse a cumplir Su misión.

En todas las vidas hay un momento decisivo que hay que aceptar o rechazar. Aceptarlo es realizarse; rechazarlo o evitarlo es fracasar. La vida que rehuye la decisión es la vida gastada, frustrada, fracasada, y a menudo trágica. La vida que se deja arrastrar a la deriva no es nunca la vida feliz. Jesús supo cuando surgió Juan que había llegado para Él el momento de la decisión. Nazaret era tranquilo, y Su hogar dulce; pero Jesús acudió a la cita y al desafío de Dios.

(ii) Fue el momento de *la identificación.* Es verdad que Jesús no necesitaba arrepentirse del pecado; pero había en el pueblo un movimiento de vuelta a Dios; y Él decidió identificarse con ese movimiento hacia Dios. Puede que uno tenga tranquilidad y comodidad y riqueza, y sin embargo se identifique con un movimiento a favor de los marginados, los oprimidos, los explotados y los desafortunados. La identificación realmente grande es la del que se identifica con un movimiento, no por lo que pueda sacar para sí mismo, sino para otros. En el sueño de Juan Bunyan, Cristiano se unió con Intérprete en su viaje hacia el Palacio que estaba

sumamente guardado y que requería luchas para entrar en él. Había un hombre sentado a la puerta, con una pluma y tinta, para escribir los nombres de los que se arriesgaran al asalto del Palacio. Todos se iban retirando, cuando Cristiano vio «a un hombre de firme rostro dirigirse al que estaba allí sentado para escribir, y decirle: "Señor, apunte mi nombre."» Cuando se esperan grandes cosas, el cristiano está obligado a decir: «Señor, apunta mi nombre,» porque eso fue lo que hizo Jesús cuando vino a bautizarse.

(iii) Fue el momento de *la aprobación.* Nadie deja a la ligera su hogar para embarcarse en una empresa desconocida. Tiene que estar muy seguro de que es lo que debe hacer. Jesús había decidido Su curso de acción, y entonces estaba buscando la señal de la aprobación de Dios. En los días de Jesús los judíos hablaban de lo que ellos llamaban *Bat Qôl,* que quiere decir *la hija de una voz.* Entonces creían en una serie de cielos, en el más elevado de los cuales moraba Dios en luz inaccesible para ningún ser humano. Había momentos especiales en los que los cielos se abrían y Dios hablaba; pero, para ellos, Dios estaba tan distante que lo único que se podía oír era un eco lejano de Su voz. Pero a Jesús Le llegó la voz directamente de Dios. Según nos lo cuenta Marcos, esta fue una experiencia personal que tuvo Jesús, y no una demostración para la multitud. La voz no dijo: «Este es Mi hijo amado,» como lo pone Mateo *(Mateo 3:17),* sino: «Tú eres Mi Hijo amado,» hablándole directamente a Jesús. En Su bautismo, Jesús Le sometió a Dios Su decisión, y Dios Se la aprobó sin dejarle lugar a dudas.

(iv) Fue el momento *del equipamiento.* En aquel momento, el Espíritu Santo descendió sobre Él. Hay aquí un gran simbolismo. El Espíritu descendió como una paloma. El símil no se escogió casualmente. La paloma es el símbolo de *la ternura.* Tanto Mateo como Lucas nos hablan de la predicación de Juan *(Mateo 3:7-12; Lucas 3:7-13).* El mensaje de Juan era el del hacha a la raíz de los árboles, de una criba terrible, de un fuego devorador. Era un mensaje de juicio y no de buenas noticias. Pero desde el mismo principio la imagen del Espíritu como una paloma es un cuadro de benevolencia. Él conquistará; pero la Suya será la conquista del amor.

EL TIEMPO DE LA PRUEBA

Marcos 1:12s

E inmediatamente el Espíritu Le impulsó al desierto. Estuvo allí cuarenta días, durante los cuales Le estuvo tentando Satanás. Las fieras Le hacían compañía, y los ángeles Le ayudaban.

Tan pronto como pasó la gloria de la hora del bautismo llegó la de la batalla con las tentaciones. Una cosa resalta aquí de tal manera que no podemos pasarla por alto. Fue *el Espíritu* el Que impulsó a Jesús a retirarse al desierto, para someterle a la prueba. El mismo Espíritu que descendió sobre Él en Su bautismo ahora Le sacó de Su descanso.

En esta vida es imposible escapar a los asaltos de la tentación; pero una cosa es segura: las tentaciones no se nos envían para que caigamos, sino para fortalecer los nervios y los tendones de nuestras mentes y almas. No se pretende que nos traigan la ruina, sino la fuerza. Están diseñadas para ser pruebas de las que surjamos mejores guerreros y atletas de Dios.

Supongamos que hay un futbolista que está haciendo un buen papel en el segundo equipo y dando señales de ser una promesa; ¿qué hará el entrenador? Seguro que no le sacará para que juegue en el tercer equipo, que sería un paseo para él y no le haría sudar; sino que le pondrá en el primer equipo donde se le someterá a una prueba como nunca antes, y tendrá una oportunidad de probarse a sí mismo. Eso es lo que se pretende con la tentación: permitirnos demostrar nuestra madurez y hacernos surgir más capaces para la lucha.

Cuarenta días es una frase que no hay por qué tomar literalmente. Es una expresión hebrea que quiere decir un tiempo considerable. Se nos dice que Moisés estuvo en la montaña con Dios cuarenta días *(Éxodo 24:18);* Elías anduvo cuarenta días con la fuerza de la comida que le dio el ángel *(1 Reyes 19:8).* En hebreo *cuarenta días* puede querer decir sencillamente *un tiempo considerable.*

Fue Satanás el que tentó a Jesús. El desarrollo de la idea de Satanás es muy interesante.

La palabra *satán* en hebreo quiere decir sencillamente *adversario;* y en el Antiguo Testamento se usa corrientemente de adversarios y oponentes humanos normales. El ángel del Señor fue el *satán* que le cerraba el camino a Balaam *(Núme-ros 22:22);* los filisteos temían que David se volviera su *satán (1 Samuel 29:4);* David considera a Abisai su *satán (2 Samuel 19:22);* Salomón declara que Dios le ha dado tal paz y prosperidad que no le queda ningún *satán* que se le oponga *(1 Reyes 5:4).* La palabra empezó significando *un adversario* en el sentido más amplio del término.

Pero da un paso considerable hacia adelante; empieza a querer decir *uno que presenta una acusación contra una persona.* Es en este sentido como se usa en el primer capítulo de *Job.* Allí Satán es nada menos que uno de los *hijos de Dios (Job 1:6);* pero esta tarea particular le obligaba a considerar a los hombres *(Job 1:7)* y buscar alguna acusación que pudiera presentar contra ellos en la presencia de Dios. Era el acusador de los hombres ante Dios. Así se usa la palabra en *Job 2:2,* y *Zacarías 3:2.* La tarea de Satán era decir todo lo que se pudiera decir en contra de una persona.

El otro título de Satán es *El Diablo;* la palabra *diablo* viene del griego *diábolos,* que quiere decir literalmente *un calum-niador.* Es un paso adelante pasando de la idea de uno que investiga todo lo que se pueda decir en contra de una persona a la idea de uno que deliberada y maliciosamente calumnia a una persona en la presencia de Dios. Pero en el Antiguo Testamento Satán es todavía un emisario de Dios, y todavía no el supremo y maligno enemigo de Dios. Es *el Adversario de las personas.*

Pero entonces la palabra da un salto importante en su carre-ra descendente. Durante su cautividad, los judíos aprendieron algo del pensamiento persa. El pensamiento persa se basa en la concepción de que en el universo hay dos poderes: el poder de la luz, y el de las tinieblas, Ormuzd y Ahrimán. El universo entero es un campo de batalla entre ellos, y el hombre tiene que escoger su lado en ese conflicto cósmico. De hecho, eso es precisamente lo que parece ser la vida y se experimenta. Para decirlo con una palabra, en este mundo están Dios y *el Adversario de Dios.* Era casi inevitable el que Satanás llegara a ser considerado como *El Adversario par excellence.* Eso es lo que su nombre quiere decir, eso es lo que él

ha sido siempre para el hombre; Satanás llega a ser la esencia de todo lo que está en contra de Dios.

Eso fue lo que expresó Gaspar Núñez de Arce en su poema

La luz y las tinieblas

La fiera, la tiránica batalla
dura y persiste aún:
es el combate entre la ciega sombra
y la fecunda luz.

¡Ni un instante de tregua y de reposo!
En la tierra, en el mar,
en el espacio, en la conciencia humana
siempre lidiando están.

Al través de los siglos que se empujan
con sorda confusión,
ruedan mezclados la verdad, el día,
la noche y el error.

¿Quién vencerá por fin? ¿La negra sombra?
¿La excelsa claridad?
¡Ay, no lo preguntéis! La horrenda lucha
nunca terminará.

Cuando la creación rota y deshecha
vuelva al caos otra vez;
cuando desierta impenetrable y muda
la inmensidad esté;

en el seno del tiempo, en el espacio
sin mundos y sin sol
seguirá eterno el duelo formidable
entre Satán y Dios.

Cuando pasamos al Nuevo Testamento nos encontramos con que es el Diablo o Satanás el que está detrás de la enfermedad y el sufrimiento humanos *(Lucas 13:16);* fue Satanás el que sedujo a Judas *(Lucas 22:3);* es al Diablo al que debemos resistir y pelear *(1 Pedro 5:8s; Santiago 4:7).* El Nuevo Testamento nos le presenta como el poder que se opone a Dios, pero que ya ha sido vencido

por nuestro Salvador en la Cruz *(Hebreos 2:14)* y que está destinado para la destrucción final *(Mateo 25:41).*

Aquí tenemos toda la esencia de la historia de las tentaciones. Jesús tenía que decidir cómo iba a llevar a cabo Su obra. Era consciente de una tremenda tarea y de unos poderes extraordinarios. Dios Le estaba diciendo: «Lleva Mi amor a la humanidad; ama a los seres humanos hasta morir por ellos; conquístalos con este amor inconquistable aunque tengas que morir por ellos en una cruz.» Satanás estaba diciéndole a Jesús: «Usa Tu poder para someter a la humanidad; barre a Tus enemigos; gana al mundo por la fuerza y el poder y la muerte.» Dios Le decía a Jesús: «Instaura un Reino de amor.» Satanás Le decía: «Instaura una dictadura de poder.» Jesús tenía que escoger entonces entre el camino de Dios y el del Adversario de Dios.

La breve historia de las tentaciones en *Marcos* termina con dos detalles gráficos.

(i) *Las fieras Le hacían compañía.* Por el desierto vagaban el leopardo, el oso, el jabalí y el chacal. Esto se suele tomar como un detalle gráfico que añade más terror a la escena. Pero tal vez no era eso. Tal vez fuera un detalle amable, porque tal vez quisiera decir que las fieras eran amigas de Jesús. Entre los sueños de la edad de oro cuando viniera el Mesías, los judíos soñaban con el día en que dejara de existir la enemistad entre los seres humanos y las bestias. «En aquel tiempo haré en favor de ellos un pacto con las bestias del campo, con las aves del cielo y las serpientes de la tierra» *(Oseas 2:18).* «Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará... El niño de pecho jugará sobre la cueva de la cobra... No harán mal ni dañarán en todo Mi santo monte» *(Isaías 11:6-9).* Siglos después, san Francisco predicaría a los animales; y puede que aquí tengamos un adelanto de la bendita situación en que los seres humanos y los animales vivirán en paz. Puede ser que aquí tengamos un cuadro en el que veamos que las fieras re- conocieron, antes que las personas, a su Amigo y su Rey.

(ii) *Los ángeles Le estaban ayudando.* También estaban allí los refuerzos divinos en la hora de la prueba. Cuando Eliseo y su siervo estaban encerrados en Dotán, con los enemigos acechándolos y sin ninguna salida imaginable, Eliseo Le pidió a Dios que abriera los

ojos del joven para que viera los caballos y carros de fuego que pertenecían a Dios que estaban rodeándolos por todas partes *(2 Reyes 6:17).* Jesús no se encontraba solo para pelear Su batalla — ni tampoco nosotros.

EL MENSAJE DE LA BUENA NOTICIA

Marcos 1:14s

> *Después que metieron a Juan en la cárcel, Jesús llegó a Galilea anunciando la Buena Noticia acerca de Dios y diciendo:*
>
> *—¡Ha llegado la hora señalada, y el Reino de Dios está aquí! ¡Arrepentíos y creed la Buena Noticia!*

Hay en este resumen del mensaje de Jesús tres grandes palabras características de la fe cristiana.

(i) Tenemos *la Buena Noticia.* Fue por encima de todo una buena noticia lo que Jesús vino a traer a la humanidad. Si seguimos la palabra *euanguelion, buena noticia, evangelio* por todo el Nuevo Testamento podemos descubrir por lo menos algo de su contenido.

(*a*) Es la buena noticia de *la verdad (Gálatas 2:5; Colosenses 1:5).* Hasta que vino Jesús, la humanidad no podía hacer más que suposiciones, y buscar a Dios a tientas. «¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!» *(Job 23:3).* Marco Aurelio decía que el alma no puede ver más que confusamente; y la palabra que usa quiere decir en griego *ver las cosas a través del agua.* Pero con la llegada de Jesús podemos ver claramente cómo es Dios. Ya no tenemos que hacer suposiciones y andar a tientas; podemos saber.

(*b*) Es la buena noticia de *la esperanza (Colosenses 1:23).* El mundo antiguo era un mundo pesimista. Séneca hablaba de «nuestra indefensión en las cosas necesarias.» En su lucha por la bondad, las personas eran derrotadas. La llegada de Jesús trae esperanza a corazones desesperados.

(*c*) Es la buena noticia de *la paz (Efesios 6: 15).* El precio de ser persona es tener una personalidad dividida. En la naturaleza humana, la bestia y el ángel están inseparablemente entremezclados. Se dice que una vez Schopenhauer, el filósofo lúgubre, fue hallado vagando. Se le preguntó: «¿Quién eres tú?» «Eso es lo que me gustaría que tú me pudieras decir,» contestó.

Robert Burns decía de sí mismo: «Mi vida me recuerda un templo en ruinas. ¡Qué fortaleza, qué proporción en algunas partes! ¡Qué desdentados tan feos, qué ruinas tan irrecuperables en otras!» El problema humano siempre ha consistido en que uno se siente asediado tanto por el pecado como por la bondad. La venida de Jesús unifica esa personalidad desintegrada. Uno encuentra victoria sobre un yo en guerra cuando Jesucristo le conquista.

(*b*) Es la buena noticia de *la promesa de Dios (Efesios 3:6).* Es verdad que los seres humanos siempre han pensado más bien en un Dios de amenazas que en un Dios de promesas. Todas las religiones no cristianas conciben un Dios exigente; sólo el Cristianismo nos habla de un Dios que está más dispuesto a dar de lo que nosotros estamos a pedir.

(*e*) Es la buena noticia de *la inmortalidad (2 Timoteo 1:10).* Para los paganos la vida era el camino hacia la muerte; la persona humana se caracterizaba por ser un ser moribundo; pero Jesús nos trajo la buena noticia de que vamos de camino a la vida, no a la muerte.

(*f*) Es la buena noticia de *la salvación (Efesios 1:13).* Esta salvación no es meramente negativa; es también positiva. No es simplemente la liberación del castigo y la evasión del pecado pasado; es el poder para vivir la vida victoriosamente y para conquistar el pecado. El mensaje de Jesús es una buena noticia sin duda.

(ii) Tenemos la palabra *arrepentíos.* Ahora bien, el arrepentimiento no es tan fácil como pensamos. La palabra griega *metánoia* quiere decir *un cambio de mentalidad.* Somos propensos a confundir dos cosas: el dolor por las consecuencias del pecado, y el dolor por el pecado mismo. Muchas personas están apesadumbradas por el lío en que las ha metido el pecado, pero saben muy bien que si pudieran estar razonablemente seguras de que podían librarse de las consecuencias, no les importaría volver a hacerlo todo igual que antes. No es el pecado lo que odian, sino sus consecuencias.

El verdadero arrepentimiento quiere decir que la persona ha llegado, no sólo a sentir las consecuencias de su pecado, sino a odiar el pecado mismo. Hace mucho, aquel anciano y sabio escritor Montaigne escribió en su autobiografía: «Habría que enseñar a los

niños a odiar el vicio por su propia naturaleza para que no solamente evitaran caer en él, sino que lo abominaran en sus corazones —que el solo pensamiento del vicio les repugnara en cualquier forma que tomara.» El arrepentimiento quiere decir que la persona que estaba enamorada del pecado llega a aborrecerlo a causa de su indudable pecaminosidad.

(iii) Tenemos la palabra *creed.* «Creed —dice Jesús— la buena noticia.» Creer la Buena Noticia quiere decir simplemente tomarle la palabra a Jesús, creer que Dios es la clase de Dios que Jesús nos ha presentado, creer que Dios ama de tal manera al mundo que hará cualquier sacrificio para hacerlo volver a Él, creer que lo que nos parece demasiado bueno para ser verdad es verdad en realidad.

JESÚS ESCOGE A SUS AMIGOS

Marcos 1:16-20

> *Cuando Jesús iba andando por la orilla del mar de Galilea vio a Simón y a su hermano Andrés que estaban echando las redes al mar, porque eran pescadores. Entonces Jesús les dijo:*
>
> *—¡Seguidme, y Yo os haré pescadores de hombres!*
>
> *Y ellos dejaron las redes al momento, y Le siguieron. Jesús fue un poco más adelante y vio a Santiago hijo de Zebedeo y a su hermano Juan que estaban en la barca remendando las redes. Acto seguido, Jesús los llamó, y ellos dejaron a su padre Zebedeo en la barca con sus empleados y siguieron a Jesús.*

Tan pronto como Jesús hizo Su decisión y escogió Su método, Se puso a preparar Su personal. Un líder tiene que empezar en alguna parte. Tiene que conseguirse un grupo reducido de almas semejantes a quienes pueda descargar su propio corazón y en cuyos corazones pueda escribir su mensaje. Así es que Marcos nos muestra aquí a Jesús literalmente echando los cimientos de Su Reino y llamando a Sus primeros seguidores.

Había muchos pescadores en Galilea. Josefo, el gran historiador de los judíos, que fue gobernador de Galilea, nos dice que en su tiempo había trescientas treinta barcas de pesca en las aguas del lago. Las personas corrientes de Palestina rara vez comían carne, probablemente no más de una vez por semana. El pescado era su dieta diaria *(Lucas 11:11; Mateo 7:10; Marcos 6:30-44; Lucas 24:42).* Lo más corriente era salar el pescado, porque no había medios para transportarlo fresco. El pescado fresco era una de las golosinas de las grandes ciudades como Roma. Los mismos nombres de las poblaciones alrededor del lago muestran la importancia del negocio del pescado. *Betsaida* quiere decir *Casa de pescado; Tariquea* quiere decir *Lugar del pescado salado,* y era allí donde se preparaba el pescado para exportarlo a Jerusalén y aun a la misma Roma. La industria del pescado salado era un negocio importante en Galilea.

Los pescadores usaban dos clases de redes, que se mencionan o se implican en los evangelios. Usaban la red que llamaban *saguênê.* Esta era una clase de red barredera. Se dejaba caer desde la punta

de la barca, y tenía pesas que la hacían mantenerse, digamos, de pie en el agua. Entonces la barca se movía hacia adelante tirando juntamente de los cuatro extremos de la red, que era como un gran saco que se moviera por el agua encerrando a los peces. La otra clase de red, la que estaban usando aquí Pedro y Andrés, se llamaba *amfíblêstron.* Era mucho más pequeña; se echaba al agua hábilmente a mano, y tenía la forma como de una sombrilla.

Naturalmente, es de sumo interés estudiar a los hombres que escogió Jesús como Sus primeros seguidores.

(i) Debemos fijarnos en *lo que eran.* Eran personas sencillas. No procedían de las escuelas ni de los colegios; no eran eclesiásticos ni aristócratas; no eran ni eruditos ni adinerados. Eran pescadores. Es decir: eran gente corriente y moliente. Nadie creyó tanto en las personas normales y corrientes como Jesús. Una vez dijo George Bernard Shaw: «No he sentido nunca ningún interés en las clases trabajadoras, excepto el deseo de acabar con ellas y reemplazarlas por personas sensatas.» En *The Patrician —El Patricio—,* John Galsworthy hace decir a Miltoun, uno de sus personajes: «¡La masa! ¡Cómo me repugna! Aborrezco su mezquina estupidez, me repelen el sonido de su voz y sus gestos, ¡tan vulgares, tan insignificantes!» Una vez declaró Carlyle en un momento de mal genio que había veintisiete millones de personas en In-glaterra —¡la mayor parte, estúpidos! Jesús no tenía esa actitud. Lincoln decía: «Dios tiene que querer mucho a las per-sonas corrientes —por eso ha hecho tantas.» Era como si Jesús dijera: «Dadme doce personas normales y corrientes, y con ellas, si se entregan a Mí, cambiaré el mundo.» Uno no debería pensar tanto en lo que es como en lo que Jesucristo puede hacer con él.

(ii) Debemos fijarnos en *lo que estaban haciendo* cuando los llamó Jesús. Estaban haciendo lo de todos los días, pescando y remendando las redes. Así había sucedido con muchos profetas. «No soy profeta ni hijo de profeta —decía Amós—, sino boyero y recogedor de higos silvestres, y *el Señor me tomó de detrás del ganado,* y me dijo: "Ve a profetizarle a Mi pue-blo Israel"» *(Amós 7:14s).* La llamada de Dios le puede llegar a una persona, no solamente en la casa de Dios o en un retiro espiritual, sino en medio

del trabajo diario. La persona que vive en un mundo que está lleno de Dios no puede nunca escaparse de Él.

(iii) Debemos fijarnos en *cómo los llamó* Jesús. La invitación de Jesús fue: «¡Seguidme!» No tenemos por qué pensar que aquel día fue el primero que Le vieron. Es muy probable que hubieran estado antes escuchándole entre la multitud; y aun que se hubieran quedado para hablar con Él cuando la multitud ya se había dispersado. Es más que probable que hubieran sentido ya la magia de Su presencia y el magnetismo de Sus ojos. Jesús no les dijo: «Tengo un sistema teológico que Me gustaría que investigarais; tengo algunas teorías que querría que pensarais; tengo un sistema de ética que querría discutir con vosotros.» Jesús dijo: «¡Seguidme!» Todo empezó con una reacción personal a Jesús; todo empezó con ese impulso del corazón que engendra una lealtad inalterable. Esto no es decir que no haya personas que lleguen al Evangelio por el camino del pensamiento; pero para la mayor parte de nosotros el se-guir a Cristo es como enamorarse. Se ha dicho que «admiramos a las personas por ciertas razones; las amamos sin ninguna razón.» Simplemente sucede porque ellos son ellos y nos-otros somos nosotros. «Yo —dijo Jesús—, cuando Me levanten de la tierra, atraeré hacia Mí a todo el mundo» *(Juan 12:32).* Con mucho en la mayor parte de los casos uno sigue a Jesucristo, no por nada que Jesús dijera o hiciera, sino por todo lo que es Jesús.

(iv) Por último debemos notar *lo que Jesús les ofreció. Les ofreció una tarea.* No los llamó a la inactividad, sino al servicio. Como ha dicho Ortega y Gasset: «Descubrir, caer en la cuenta de que la vida en su última substancia consiste en tener que ser dedicada a algo, ... tomar en vilo nuestra existencia entera y entregarla a algo, dedicarla..., esa es la averiguación fundamental del cristianismo, lo que indeleblemente ha puesto en la historia, es decir, en el hombre... Díganme ustedes qué otra cosa significa la frase tan repetida en el Nue-vo Testamento y como casi todo el Nuevo Testamento tan paradójica: "El que pierde su vida es el que la gana." Es decir: Da tu vida, enajénala, entrégala; entonces es verdaderamente tuya, la has asegurado, ganado, salvado» *(En torno a Galileo).* Jesús llamó a Sus hombres, no a una cómoda tranquilidad, ni a un letargo inactivo, sino a una tarea en la que

tendrían que gastarse y consumirse y, al final, morir por Él y por sus semejantes. Los llamó a una tarea en la que habrían de ganar algo por sí mismos solamente entregándose por completo a Él y a los demás.

JESÚS EMPIEZA SU CAMPAÑA

Marcos 1:21s

> *Así es que entraron en Cafarnaum; y seguidamente, el día del sábado, Jesús entró en la sinagoga y Se puso a enseñar; y la gente estaba totalmente alucinada de Su manera de enseñar, porque les enseñaba como el Que tenía autoridad personal, y no como los maestros de la Ley.*

La historia de Marcos se desarrolla en una serie de pasos lógicos y naturales. Jesús reconoció en el surgir de Juan el Bautista la llamada de Dios a la acción. Fue bautizado, y recibió el sello de la aprobación de Dios, y el equipamiento de Dios para Su tarea. Fue probado por el diablo, y escogió el método que había de usar y la manera a seguir. Escogió a Sus hombres para tener un círculo reducido de espíritus semejantes para escribir Su mensaje en sus corazones. Y ahora tenía que lanzarse a la campaña sabiendo lo que hacía. Si un hombre tenía un mensaje de Dios que quería comunicar, el lugar al que se dirigiría naturalmente sería la iglesia en la que se reunía regularmente el pueblo de Dios. Eso fue precisamente lo que hizo Jesús. Empezó Su campaña en la sinagoga.

Hay algunas diferencias básicas entre la sinagoga de entonces y la iglesia de nuestros días.

(*a*) La sinagoga era primordialmente *un institución de enseñanza.* El culto de la sinagoga constaba solamente de tres cosas: oración, lectura de la Palabra de Dios, y exposición de ella. No había música, ni canto, ni sacrificios. Se podría decir que *el Templo* era el lugar *de la adoración y de los sacrificios;* la sinagoga era el lugar de *la enseñanza y la instrucción.* La sinagoga era con mucho más influyente, porque no había nada más que un templo, pero la Ley establecía que donde hubiera diez familias judías tenía que haber una sinagoga; y por tanto, dondequiera que había una colonia de

judíos, había una sinagoga. Si uno tenía un mensaje que predicar, la sinagoga era el lugar normal para predicarlo.

(*b*) La sinagoga ofrecía la oportunidad para comunicar tal mensaje. La sinagoga tenía algunos responsables. Estaba *el príncipe,* o *principal,* o *alto dignatario de la sinagoga,* que de todas esas maneras se llama a Jairo en las diferentes revisiones de la Reina-Valera en *Marcos 5:22.* Era responsable de la administración de los asuntos de la sinagoga y de la organización de sus servicios. Estaban *los encargados de las limosnas.* Diariamente se hacía una colecta en dinero y en especie entre los que podían dar, y luego se distribuía entre los pobres. A los más pobres se les daban alimentos para catorce comidas a la semana. Estaba *el jazzán.* Era el que la Reina-Valera llama *el ministro (Lucas 4:20).* Era responsable de sacar y guardar los rollos de las Escrituras; de la limpieza de la sinagoga; de tocar la trompeta de plata para anunciar la llegada del sábado, y de la educación elemental de los niños de la comunidad. Lo que no tenía la sinagoga era un predicador o maestro permanente. Cuando se reunían para el culto, el principal podía llamar a cualquier persona competente para que hiciera el sermón o la exposición. No existía tal cosa como un ministerio profesional. Por eso Le fue posible a Jesús empezar Su campaña en las sinagogas. Todavía no se había endurecido la oposición hasta convertirse en hostilidad. Se sabía que Jesús tenía mensaje, y por esa razón la sinagoga de cualquier comunidad ponía a Su disposición un púlpito desde el que podía instruir y llamar a la gente.

Cuando Jesús enseñaba en la sinagoga, la totalidad de Su método y la atmósfera de Su enseñanza eran toda una revelación. Él no enseñaba como los escribas, los maestros de la Ley. ¿Quiénes eran estos escribas?

Para los judíos, la cosa más sagrada de este mundo era la *Torá,* la Ley. La esencia de la Ley se contenía en los Diez Mandamientos, pero por Ley se entendía los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, el Pentateuco. Para los judíos, esta Ley era totalmente divina. Creían que se la había dado Dios directamente a Moisés. Era absolutamente santa y totalmente vinculante. Decían: «El que diga que la *Torá* no es de Dios, no tiene parte en el mundo futuro.» «El

que diga que Moisés escribió un solo versículo por sí mismo, niega y desprecia la Palabra de Dios.»

Si la *Torá* era tan divina, eso tenía dos consecuencias. La primera, tenía que ser la regla suprema de fe y de conducta; y la segunda, tenía que contener todo lo necesario para guiar y para dirigir la vida. Si así eran las cosas, la *Torá* exigía dos cosas. La primera: había de dársele el máximo cuidado y el estudio más meticuloso. La segunda: la *Torá* contiene grandes principios generales; pero si se supone que contiene directrices para *toda* la vida, lo que está implícito en ella tiene que hacerse explícito. Las grandes leyes deben convertirse en reglas y normas particulares. Así se razonaba.

Para darse a este estudio y suplir este desarrollo surgió una clase de investigadores, *los escribas,* los maestros de la Ley. Los más grandes entre ellos recibían el título de *Rabbí.* Los escribas tenían tres cometidos.

(i) Extraer de los grandes principios morales de la *Torá* las normas y reglas para cada situación concreta de la vida. Esta era una tarea sin fin. La religión judía empezó con grandes leyes morales, y acabó con un sinnúmero de normas y reglas. Empezó siendo una religión, y acabó siendo un legalismo.

(ii) La misión de los escribas era transmitir y enseñar la Ley y su desarrollo. Las reglas y normas que se deducían y extraían de la Ley no se escribían nunca; se las conocía por el nombre de *La Ley Oral.* Aunque no estuvieran escritas se las consideraba aún *más* vinculantes que la Ley Escrita. Se enseñaban y se guardaban en la memoria de los escribas de generación en generación. Un buen estudiante tenía una memoria que era como «un pozo bien encalado que no pierde ni una gota.»

(iii) Los escribas tenían la obligación de dar el veredicto en casos individuales; porque era un hecho que cualquier caso individual tenía que plasmarse en una nueva ley.

¿Por qué era la enseñanza de Jesús tan diferente de la de los escribas? Porque Jesús enseñaba con *autoridad personal.* Ningún escriba daba nunca un veredicto por sí mismo. Siempre empezaba diciendo: «Hay una enseñanza de que...» Y entonces citaba todas sus autoridades. Si hacía una afirmación, la respaldaba con esta y

esa y aquella citas de los grandes maestros legales del pasado. Jamás se le ocurriría emitir un juicio personal. ¡Qué diferente era Jesús! Cuando Él hablaba, no necesitaba citar ninguna autoridad fuera de Sí mismo. Hablaba con una independencia absoluta. No citaba autoridades ni mencionaba a expertos. Hablaba con la autoridad de la voz de Dios. Para los que Le escuchaban era como percibir una brisa del Cielo. La seguridad tremenda y positiva de Jesús era la antítesis de las cuidadosas citas de los escribas. La nota de autoridad personal resonaba en todas Sus palabras —y esa es la nota que capta la atención de todas las personas.

LA PRIMERA VICTORIA SOBRE LOS PODERES DEL MAL

Marcos 1:23-28

> *Había en la sinagoga un hombre al que tenía en sus garras un espíritu inmundo. De pronto, se puso a gritar:*
>
> *—¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? —dijo—. Has venido a destruirnos. Sé muy bien Quién eres: el Santo de Dios.*
>
> *Jesús le reprendió seriamente, y le dijo:*
>
> *—¡Cállate, y sal de él!*
>
> *El espíritu inmundo le produjo convulsiones al hombre, y le hizo dar gritos, y finalmente salió de él. Todos los presentes estaban tan alucinados que no hacían más que preguntarse unos a otros:*
>
> *—¿Qué es esto? ¡Es una nueva clase de enseñanza! Le da órdenes con autoridad hasta a los espíritus inmundos, y Le obedecen.*
>
> *Y la noticia de Jesús se difundió en seguida por todos los aledaños del distrito de Galilea.*

Si las palabras de Jesús habían sorprendido a la gente de la sinagoga, Sus obras los dejaron alucinados. En aquella sinagoga había un hombre al que tenía dominado un espíritu inmundo. Este armó una gran confusión, y Jesús le sanó.

En los evangelios nos encontramos constantemente con personas que tenían espíritus inmundos y que estaban poseídas por

demonios o diablos. ¿Qué había detrás de todo eso?

Los judíos, y por supuesto todos los pueblos de la antigüedad, creían firmemente en los demonios y los diablos. Como dijo Harnack: «Todo el mundo y la atmósfera que lo circundaba estaban llenos de diablos; no solamente la idolatría, sino todas las fases y las formas de la vida estaban gobernadas por ellos. Se sentaban en los tronos, jugueteaban en las cunas. La Tierra era literalmente un infierno.»

El doctor A. Rendle Short cita un hecho que muestra la intensidad con que el mundo antiguo creía en los demonios. En muchos cementerios antiguos se han encontrado cráneos trepanados; es decir, en los que se había hecho un agujero. En un cementerio, seis cráneos de ciento veinte estaban trepanados. Con la técnica quirúrgica limitada de que disponían, aquella no era una operación fácil. Además, estaba claro que los habían trepanado en vida porque el hueso había crecido después de la operación. También estaba claro que el agujero del cráneo era demasiado pequeño para tener ninguna utilidad quirúrgica; y se sabe que el disco de hueso que se extraía se llevaba colgado al cuello como un amuleto. La razón para estas trepanaciones era permitir que el demonio escapara del cuerpo de la persona. Si los cirujanos primitivos estaban dispuestos a realizar tal operación, y las personas dispuestas a sufrirla, la creencia en la posesión diabólica tiene que haber sido real.

¿De dónde procedían los demonios? Se proponían tres respuestas a esa pregunta. (i) Algunos creían que eran tan antiguos como la misma creación. (ii) Algunos creían que eran los espíritus de hombres malos que ya habían muerto, y que seguían llevando a cabo su obra maligna. (iii) Los más, por lo menos entre los judíos, relacionaban a los demonios con la vieja historia de *Génesis 6:1-8.* (Cp. *2 Pedro 2:4s).*

Los judíos elaboraban la historia de la siguiente manera. Hubo dos ángeles que vinieron a la Tierra atraídos por la belleza de las mujeres mortales. Se llamaban Assael y Shemajsai. Uno de ellos volvió a Dios; el otro se quedó en la Tierra para satisfacer su concupiscencia; y los demonios son las criaturas que engendró, y sus descendientes.

El término colectivo para demonios en hebreo es *mazziquîm,* que quiere decir *los que hacen daño.* Eran seres malignos entre Dios y la humanidad que trataban de hacer daño.

Los demonios, según la creencia judía, podían comer y beber y engendrar hijos. Eran aterradoramente numerosos. Según algunos, había siete millones y medio de ellos; todas las personas tenían diez mil a su mano derecha y otros diez mil a su izquierda. Vivían en lugares inmundos tales como tumbas y sitios en los que no había agua para limpiarlos. Vivían en el desierto, donde se podían escuchar sus aullidos. De ahí la expresión «un desierto aullante.» Eran especialmente peligrosos para los viajeros solitarios, para las mujeres que estaban de parto, para la novia y el novio, para los niños que estaban fuera de casa después de ponerse oscuro y para todos los que iban de viaje por la noche. Estaban especialmente activos en el calor del mediodía y entre la puesta y la salida del sol. Había un demonio de la ceguera, y un demonio de la lepra, y un demonio de las enfermedades de corazón. Podían pasarles a las personas sus dones malignos. Por ejemplo, el mal de ojo, que podía dar mala suerte y en el que todos creían, se lo transmitían los demonios a ciertas personas. Realizaban su obra utilizando ciertos animales —la serpiente, el toro, el asno y el mosquito. Los demonios machos se llamaban *shedîm,* y las hembras *lilîn,* de Lilith. Las hembras tenían el pelo largo, y eran las enemigas de los niños. Por eso los niños necesitaban a sus ángeles de la guarda *(Mateo 18:10).*

No importa que creamos o no en todo esto; no viene a cuento si es verdad o no. De lo que no cabe duda es de que los que vivían en los tiempos del Nuevo Testamento sí creían. Todavía conservamos muchas expresiones, como *¡pobre diablo!, andar el diablo suelto, darse al diablo, llevársele a uno los demonios, tener el diablo en el cuerpo, ponerse uno hecho un demonio...* amplio repertorio en el D.R.A.E., que son reliquias de unas creencias no tan distantes. Cuando una persona creía que estaba poseída, era «consciente de sí misma y al mismo tiempo de otro ser que la obligaba y controlaba desde dentro.» Esto explica por qué los posesos de Palestina gritaban a menudo cuando se encontraban con Jesús. Sabían que el Reinado del Mesías sería el fin de los demonios; y la persona que

se creía poseída hablaba como un demonio cuando se encontraba en la presencia de Jesús.

Había muchos exorcistas que pretendían poder expulsar a los demonios. Tan real era esta creencia que el año 340 d.C. la Iglesia Cristiana tenía de hecho una orden de exorcistas. Pero había una gran diferencia entre los exorcistas ordinarios judíos o paganos que usaban conjuros o ensalmos o fórmulas mágicas, y Jesús, Que con una sencilla palabra de autoridad personal echaba al demonio de la persona. Aquello era algo inaudito. El poder no estaba en el ensalmo, sino en Jesús mismo, y la gente se quedaba alucinada.

¿Qué podemos decir de todo esto? Paul Tournier dice en su *Libro de casos de un médico:* «No cabe duda de que hay muchos médicos que en su lucha contra la enfermedad han tenido, como yo mismo, la impresión de que estaban enfrentándose con un enemigo listo e ingenioso.» El doctor Rendle Short sugiere la conclusión de que «las cosas que suceden en este mundo, de hecho, y sus desastres morales, sus guerras y maldad, sus catástrofes físicas y sus enfermedades, pueden ser parte de una gran guerra entre fuerzas tales como las que vemos en el *Libro de Job,* la malicia del diablo por una parte, y los límites impuestos por Dios por la otra.»

Este es un tema en el que podemos caer en el dogmatismo. Podemos adoptar tres posiciones diferentes. (i) Podemos relegar todo el asunto de la posesión diabólica a la esfera de la mentalidad primitiva, y decir que era la manera de explicar los fenómenos en un tiempo cuando no se sabía gran cosa acerca de los cuerpos y de las mentes. (ii) Podemos aceptar la posesión diabólica como un hecho de nuestro tiempo como en los tiempos del Nuevo Testamento. (iii) Si adoptamos la primera posición tenemos que explicar la actitud y las acciones de Jesús. O bien Él no sabía más acerca de este asunto que la gente de Su tiempo —lo cual podemos aceptar fácilmente, porque Jesús no era ningún hombre de ciencia ni vino para enseñarnos cosas de la ciencia—; o Él sabía perfectamente bien que no podía curar a una persona que tuviera estos problemas a menos que asumiera lo que el paciente consideraba la causa de su enfermedad. Esa era la realidad para la persona, y tenía que ser tratada como tal, o no se curaría nunca. Hay cuestiones cuya razón desconocemos.

UN MILAGRO EN PRIVADO

Marcos 1:29-31

Y acto seguido, cuando salieron de la sinagoga, fueron con Pedro y Juan a casa de Simón y Andrés.

La suegra de Pedro estaba acostada con un ataque de fiebre. Inmediatamente Le dijeron a Jesús lo que le pasaba. Él se dirigió a ella, la tomo de la mano y la levantó; y la fiebre le desapareció, y ella se hizo cargo de lo que ellos necesitaban.

Jesús había hablado y actuado en la sinagoga de la manera más sorprendente. Cuando terminó el culto de la sinagoga, Jesús se fue con Sus amigos a la casa de Pedro. Los judíos tenían la costumbre de tomar la comida principal del sábado inmediatamente después del culto de la sinagoga, a la hora sexta, es decir, a las 12 del mediodía. (El día judío empezaba a las 6 de la mañana, y las horas se contaban desde entonces). Jesús podría muy bien haber reclamado el derecho a descansar después de la experiencia emocionante y agotadora del culto de la sinagoga. Pero una vez más se Le hizo saber la necesidad de Su poder, y una vez más Él Se dio a los demás. Este milagro nos dice algo acerca de tres personas.

(i) Nos dice algo acerca de *Jesús.* Él no necesitaba una gran audiencia para ofrecer Su poder; estaba tan dispuesto a sanar en el pequeño círculo de una cabaña como entre la gran concurrencia de una sinagoga. Nunca estaba demasiado cansado para ayudar. La necesidad de otros siempre tenía prioridad sobre Su propio deseo de descansar. Pero, sobre todo, vemos aquí, como vimos en la sinagoga, el carácter exclusivo de los métodos de Jesús. Había muchos exorcistas en los tiempos de Jesús, que actuaban con ensalmos elaborados y fórmulas y encantamientos y parafernalia mágica. Jesús había dicho en la sinagoga una palabra de autoridad, y la sanidad se había producido.

Aquí tenemos lo mismo otra vez. La suegra de Pedro estaba sufriendo de lo que el *Talmud* llamaba «una fiebre ardiente.» Era, y todavía es, muy corriente en esa región particular de Galilea. El *Talmud* establece de hecho los métodos para tratarla. Se tenía que atar con un mechón de pelo un cuchillo totalmente hecho de hierro a

un espino. En días sucesivos se repetía, el primero, *Éxodo 3:2s;* el segundo, *Éxodo 3:4,* y por último *Éxodo 3:5.* Entonces se pronunciaba una cierta fórmula mágica, y así se suponía que se conseguía la curación. Jesús pasó completamente de toda esa parafernalia de la magia popular, y con un gesto y una palabra de autoridad y poder sanó a la mujer.

La palabra que se usa en griego para *autoridad* en el pasaje anterior es *exusía;* y *exusía* se definía como un conocimiento total unido a un poder total; eso era precisamente lo que Jesús poseía, y lo que estaba dispuesto a ejercer en una cabaña. Paul Tournier escribe: «Mis pacientes me dicen muy a menudo: «Es admirable la paciencia que tiene usted para escuchar todo lo que yo le digo.» Y yo les digo: «No es paciencia lo que tengo, sino interés.»» Un milagro no era para Jesús una manera de aumentar Su prestigio; el ayudar no era un deber pesado y desagradable; Él ayudaba instintivamente porque estaba totalmente interesado en todos los que necesitaban Su ayuda.

(ii) Nos dice algo acerca de *los discípulos.* No hacía mucho que conocían a Jesús, pero ya habían empezado a aprender a presentarle todos sus problemas. La suegra de Pedro estaba enferma; el sencillo hogar estaba desquiciado, y la cosa más natural del mundo para los discípulos era decírselo a Jesús.

Paul Tournier nos cuenta cómo le llegó uno de los grandes descubrimientos de la vida. Solía visitar a un anciano pastor, que nunca le dejaba marchar sin hacer oración con él. A él le conmovía la extremada sencillez de las oraciones del anciano. Parecía sencillamente que continuaba una conversación íntima e ininterrumpida con Jesús. Paul Tournier prosigue: «Cuando yo volvía a casa y hablaba de ello con mi mujer, juntos Le pedíamos a Dios que nos diera a nosotros también aquel íntimo compañerismo con Jesús que tenía el anciano pastor. Desde entonces Él es siempre el centro de mi devoción y mi compañero de viaje. A Él Le complace lo que yo hago (Cp. *Eclesiastés 9:7),* y Se toma interés en ello. Jesús es un Amigo con el Que puedo discutir todo lo que me sucede en la vida. Él comparte mi gozo y mi dolor, mis esperanzas y mis temores. Él está allí cuando un paciente me habla de corazón, escuchándole

conmigo y mejor que yo. Y cuando el paciente se va, yo puedo hablar con Él acerca de él.»

Ahí está la verdadera esencia de la vida cristiana. Como dice el himno: «Cuéntaselo en oración.» En tan poco tiempo, ya los discípulos habían aprendido lo que llegaría a ser el hábito de su vida: el llevarle todos sus problemas a Jesús y pedirle ayuda para resolverlos.

(iii) Nos dice algo acerca de *la suegra de Pedro.* Tan pronto como se sintió bien, empezó a atender a las necesidades de los demás. Usó su salud recuperada para un servicio renovado. Una gran familia escocesa tiene el lema: «Salvos para servir.» Jesús nos ayuda para que podamos ayudar a otros.

EL PRINCIPIO DE LAS MULTITUDES

Marcos 1:32-34

> *Cuando llegó la tarde y ya se había puesto el sol, empezaron a traerle a Jesús a todos los que estaban enfermos o poseídos de demonios. Todo el pueblo se agolpó a la puerta; y Jesús sanó a muchos que estaban enfermos de diversas dolencias, y echó a muchos demonios; y les prohibía a los demonios hablar, porque Le conocían.*

Las cosas que había hecho Jesús en Cafarnaum no podían mantenerse secretas. El surgimiento de un nuevo poder y de una nueva autoridad tan grandes era algo que no se podía ocultar. Así es que la tarde sorprendió a la casa de Pedro asediada por multitudes que buscaban el toque sanador de Jesús. Esperaron hasta la tarde porque la Ley prohibía llevar ninguna carga por el pueblo el día del sábado (Cp. *Jeremías 17:24).* Eso habría sido hacer un trabajo, y todos los trabajos estaban prohibidos los sábados. Por supuesto que no tenían relojes de ninguna clase en aquellos días; el sábado llegaba desde las 6 de la tarde del viernes hasta las 6 de la tarde del sábado; y la Ley establecía que el día terminaba y empezaba el siguiente cuando se podían ver tres estrellas en el cielo. Así que los de Cafarnaum esperaron hasta la puesta del sol y la aparición de tres estrellas en el cielo, y entonces vinieron trayéndole sus enfermos a Jesús, y Él los sanó.

Ya hemos visto a Jesús sanando a enfermos tres veces. La primera, en la sinagoga; la segunda, en la casa de Sus amigos, y ahora, en la calle. Jesús atendía la necesidad dondequiera que se encontrara y de quienquiera que fuera. Se decía del doctor Johnson que tener alguna desgracia era una recomendación para recibir su atención y ayuda. Dondequiera que había problemas, Jesús estaba dispuesto a usar Su poder. Él no seleccionaba ni el lugar ni a la persona; reconocía el derecho universal de la necesidad humana.

La gente acudía en tropel a Jesús porque reconocía en Él a un Hombre *Que podía hacer cosas.* Había muchos que podían hablar y exponer y leer y predicar; pero aquí estaba Uno Que usaba, no sólo palabras, sino también acciones. Se ha dicho que «si uno sabe hacer mejores ratoneras que sus vecinos, la gente hará pronto un sendero para ir a su casa aunque viva en medio de un bosque.» La persona que quiere la gente es la persona eficaz. Jesús podía, y puede, producir resultados.

Pero aquí tenemos también el principio de la tragedia. Las multitudes venían, pero era *porque querían sacarle algo a Jesús.* No venían porque Le amaban; ni porque hubieran captado un destello de una nueva visión; en último análisis, querían utilizar a Jesús. Eso es lo que casi todo el mundo quiere hacer con Dios y con Su Hijo. Por cada oración que se eleva a Dios en días de prosperidad, diez mil se Le dirigen en tiempo de adversidad. Muchas personas que no han hecho nunca oración cuando brillaba el sol empiezan a orar cuando soplan los vientos fríos.

Alguien ha dicho que muchas personas consideran que la religión «pertenece al servicio de ambulancias, y no a la primera línea de fuego de la vida.» La religión es para esas personas un recurso para las crisis. Es sólo cuando se han metido en líos, o cuando la vida les asesta algunos de sus golpes terribles cuando empiezan a acordarse de Dios. Debemos todos ir a Jesús porque Él es el Único que nos puede dar las cosas necesarias para la vida; pero si ese ir y esos dones no producen en nosotros una respuesta de amor y agradecimiento y entrega, hay algo trágicamente erróneo en nuestra situación. Dios no es simplemente Alguien a Quien podemos usar en el día de la desgracia; es Alguien a Quien debemos amar y recordar todos los días de nuestra vida.

EL RETIRO DEVOCIONAL Y EL DESAFÍO DE LA ACCIÓN

Marcos 1:35-39

> *Muy temprano, cuando era todavía de noche, Jesús Se levantó y salió. Se fue a un despoblado, y estuvo orando allí.*
>
> *Simón y sus amigos Le siguieron el rastro, y Le dijeron:*
>
> *—Todo el mundo Te está buscando.*
>
> *—Vamos a algún otro lugar —les dijo Jesús—; a los pueblos cercanos, para que proclame la Buena Noticia también allí; porque para eso es para lo que he venido.*
>
> *Así es que iba a las sinagogas por toda Galilea proclamando la Buena Noticia y echando a los demonios por dondequiera que iba.*

Aunque no se haga más que leer el relato de Marcos sobre las cosas que sucedieron en Cafarnaum, uno se da cuenta de que a Jesús no Le quedaba ningún tiempo para Sí mismo. Ahora bien, Jesús sabía muy bien que no podía vivir sin Dios; que, si había de seguir dando constantemente, tenía que recibir por lo menos algunas veces; que si había de consumirse por los demás, tenía que reponer Sus fuerzas espirituales de vez en cuando. Sabía que no podía vivir sin oración. En un pequeño libro titulado *La práctica de la oración,* el doctor A. D. Belden propone algunas grandes definiciones. «La oración se puede definir como el clamor del alma a Dios.» No orar es ser culpable de la increíble necedad de ignorar «la posibilidad de añadir a Dios a nuestros recursos.» «En la oración Le damos a la perfecta mente de Dios la oportunidad de alimentar nuestros poderes mentales.» Jesús sabía todo esto; Él sabía que si había de encontrarse con los hombres, primero tenía que encontrarse con Dios. Si la oración era algo necesario para Jesús, ¡cuánto más lo será para nosotros!

Hasta allí Le siguieron el rastro. Jesús no tenía manera de cerrar la puerta y aislarse. Una vez la novelista Rose Macaulay dijo que todo lo que le pedía a la vida era «una habitación que fuera suya propia.» Eso es precisamente lo que nunca tuvo Jesús. Un gran médico decía que la misión de la medicina es «algunas veces, curar;

a menudo, aliviar, y siempre consolar.» Jesús siempre sentía ese deber. Se ha dicho que el deber de un médico es «ayudar a las personas a vivir y a morir» —y la gente no hace más que vivir y morir. Es propio de la naturaleza humana el tratar de levantar barreras para tener tiempo y paz para uno mismo; eso es lo que nunca hizo Jesús. Consciente como era de Su propio cansancio y agotamiento, todavía era más consciente del clamor insistente de la necesidad humana. Así es que, cuando Le encontraron, Se levantó de Sus rodillas para salir al encuentro del desafío de Su tarea. La oración nun-ca hará nuestro trabajo por nosotros; lo que sí hará es darnos las fuerzas y capacitarnos para el trabajo que tenemos que hacer.

Jesús hizo una campaña de predicación por las sinagogas de Galilea. En *Marcos* esta campaña se resume en un solo versículo, pero debe de haber durado semanas y hasta meses. A Su paso, Él *predicaba* y *sanaba.* Hay tres pares de cosas que Jesús nunca separaba.

(i) Jesús nunca separaba *las palabras de las obras.* Él nunca creía que una labor estaba terminada cuando no se había hecho más que empezarla; Él nunca creía que había cumplido Su misión cuando había exhortado a la gente a volver a Dios y a la bondad. Siempre había que pasar de la afirmación y la exhortación a la acción. Fosdick cuenta en alguna parte que un estudiante compró los mejores libros que pudo y el mejor equipo que pudo, y se hizo con una silla especial para estudiar con un atril especial para sostener el libro; y entonces se sentó en aquella silla, y se quedó dormido. La persona que cultiva las palabras pero no las acciones hace algo parecido.

(ii) Jesús nunca separaba *el alma del cuerpo.* Ha habido tipos de cristianismo que hablaban como si el cuerpo no importara. Pero la persona se compone de alma y cuerpo; y la tarea del Cristianismo es redimir la persona total, y no sólo una parte de ella. Es, desde luego, benditamente cierto que una persona puede que esté muriéndose de hambre, viviendo en una chabola, en angustia y en dolor, y sin embargo tenga momentos deliciosos de comunión con Dios; pero eso no es razón para que se la deje en tal estado. Las misiones a las razas primitivas no llevan solamente la Biblia;

también llevan la educación y la medicina; llevan la escuela y el hospital además de la igle-sia. Es un absurdo hablar del *evangelio social* como si fuera un extra, o una opción, o hasta una parte separable del mensaje cristiano. El mensaje cristiano es uno solo, y se expresa en palabras y acciones para bien de los cuerpos tanto como de las almas.

(iii) Jesús nunca separaba *la Tierra y el Cielo.* Hay algunos que están tan preocupados con el Cielo que se olvidan de la Tierra, y se convierten en unos visionarios inútiles. También hay algunos que están tan preocupados con la Tierra, y se olvidan del Cielo, y limitan el bien a los bienes materiales. El sueño de Jesús era un tiempo cuando la voluntad de Dios se haría en la Tierra como en el Cielo *(Mateo 6:10)* y la Tierra y el Cielo serían una misma cosa.

UN LEPROSO ES LIMPIADO

Marcos 1:40-45

Un leproso acudió a Jesús pidiéndole que le ayudara. Se puso de rodillas delante de Él y Le dijo:

—Si quisieras, Tú podrías limpiarme.

Jesús Se conmovió de compasión en lo más íntimo de Su ser; extendió el brazo y le tocó, diciéndole:

—¡Sí quiero! ¡Queda limpio!

Inmediatamente le desapareció la lepra, y quedó limpio. Y acto seguido Jesús le despidió, advirtiéndole:

—Guárdate bien de decirle esto a nadie, sino preséntate al sacerdote para que te reconozca, y lleva la ofrenda de la purificación que estableció Moisés para demostrarles que estás curado de veras.

Pero el que había sido leproso se marchó y empezó a contar lo que le había pasado con todo detalle y por todas partes. En consecuencia, ya no Le era posible a Jesús entrar abiertamente en los pueblos, sino que tenía que quedarse fuera en lugares deshabitados; y la gente no dejaba de acudir a Él de todas partes.

En el Nuevo Testamento no había enfermedad que se considerara con más terror y lástima que la lepra. Cuando Jesús envió a los

Doce, les mandó: «Sanad a los enfermos, limpiad a los leprosos» *(Mateo 18:8).* La suerte del leproso era realmente terrible. E. W. G. Masterman, en su artículo sobre la lepra en *Dictionary of Christ and the Gospels,* del que toma-mos mucho de la información que sigue, dice: «Ninguna otra enfermedad reduce a un ser humano por tantos años a una ruina tan repulsiva.» Consideremos en primer lugar los hechos.

Hay tres clases de lepra. (1) Está *la lepra tuberculoide.* Empieza por un letargo inexplicable y dolores en las articulaciones. Más tarde aparecen en el cuerpo, especialmente en la espalda, manchas simétricas descoloridas. En ellas se forman pequeños nódulos, al principio rosas, que luego se vuelven marrones. La piel se pone más gruesa. Los nódulos se agrupan especialmente en los pliegues de las mejillas, la nariz, los labios y la frente. Cambia de tal manera el aspecto total de la cara que la persona pierde su aspecto humano y parece más, como decían los antiguos, como un león o un sátiro. Los nódulos se van haciendo cada vez más grandes; se ulceran y echan un pus repugnante. Se les caen las cejas; los ojos se les ponen saltones; la voz se vuelve áspera, y le silba el aliento a causa de la ulceración de las cuerdas vocales. También se les ulceran las manos y los pies. Poco a poco el paciente se convierte en una masa de bultos ulcerados. El curso normal de la enfermedad es de nueve años, y acaba en la pérdida de la razón, coma y, por fin, la muerte. El paciente se convierte en un ser repulsivo para sí mismo y para los demás.

(ii) Está *la lepra anestésica.* Las etapas iniciales son las mismas; pero quedan afectados los nervios. El área infectada pierde la sensibilidad. Esto puede suceder sin que el paciente se dé cuenta; y puede que no lo note hasta que sufra algunas quemaduras y descubra que no siente los dolores que serían normales. Conforme se desarrolla la enfermedad el daño que se produce en los nervios causa manchas descoloridas y ampollas. Los músculos se degeneran; los tendones se contraen hasta el punto de dejar las manos como garras. Siempre se deforman las uñas. Se producen ulceraciones crónicas en los pies y en las manos seguidas de la progresiva pérdida de los dedos hasta que al final se les cae la mano o el pie enteros. La duración de la enfermedad puede llegar

hasta entre veinte y treinta años. Es una especie de terrible muerte lenta por un deterioro progresivo de todo el cuerpo.

(iii) La tercera clase de lepra es el tipo más corriente, en el que se mezclan la lepra tuberculoide y la anestésica. Esta es la lepra propiamente dicha, y no hay duda de que había muchos leprosos de esta clase en Palestina en tiempos de Jesús.

De la descripción de *Levítico 13* se deduce claramente que en los tiempos del Nuevo Testamento el término *lepra* se usaba aplicándolo a otras enfermedades de la piel. Parece habérsele aplicado a *la psoriasis,* una enfermedad que cubre el cuerpo de escamas blancas, lo que podría ser el origen de la frase «un leproso blanco como la nieve» (Cp. *Éxodo 4:6; Números 12:10; 2 Reyes 5:27).* Parece que también incluía la tiña, que sigue siendo muy corriente en Oriente. La palabra hebrea que se usa en *Levítico* es *tsará'at.* Ahora bien, *Levítico 13:47* habla de una *tsará'at* de la ropa, y la de las casas se menciona en *Levítico 14:33.* El deterioro de la ropa sería una clase de hongos o moho; y el de las casas sería carcoma o líquenes que destruyen la piedra. La palabra *tsará'at, lepra,* en el pensamiento judío parece haber cubierto cualquier clase de enfermedad de la piel. Naturalmente, con los conocimientos médicos en un estado extremadamente primitivo, la diagnosis no distinguía entre las diferentes clases de enfermedades de la piel, e incluía tanto las incurables y mortales como otras no tan fatales y comparativamente leves bajo un término general.

Cualquier enfermedad de la piel de las descritas hacía que el paciente quedara inmundo. Se le echaba de la sociedad; tenía que vivir solo, o con otros que estuvieran en la misma situación, fuera del pueblo. Tenía que llevar la ropa desgarrada, la cabeza descubierta, el labio superior tapado, y, cuando iba andando, tenía que gritar para advertir su presencia: «¡Inmundo, inmundo!» Descubrimos la misma situación en la Edad Media, en la que se aplicaba también la Ley de Moisés. El sacerdote, con la estola y el crucifijo, llevaba al leproso a la iglesia y le leía el oficio de difuntos. El leproso era un muerto en vida. Tenía que llevar una túnica negra que todos pudie- ran reconocer, y vivir en un lazareto. No podía asistir a los oficios religiosos, que sólo podía atisbar por una «grieta de los leprosos» que había en los muros. El leproso tenía que

asumir, no sólo el sufrimiento físico de su enfermedad, sino también la angustia mental y espiritual de estar totalmente desterrado de la sociedad y evitado aun por los suyos.

Si se diera alguna vez el caso de que un leproso se curara —y la verdadera lepra era incurable, así es que se trataría de cualquiera de las otras enfermedades de la piel— tenía que pasar por una complicada ceremonia de restauración que se describe en *Levítico 14.* Le reconocía un sacerdote. Llevaba dos avecillas, y se mataba una sobre agua corriente. Además se llevaba madera de cedro, grana e hisopo. Estas cosas y la avecilla viva se mojaban en la sangre de la avecilla muerta, y entonces se soltaba la viva. El hombre se lavaba, así como su ropa, y se afeitaba. Se dejaban pasar siete días, y luego se le reconocía otra vez. Entonces tenía que afeitarse todo el pelo del cuerpo. Ofrecía algunos sacrificios —dos corderos y una cordera de un año sin tacha; tres décimos de un efa de flor de harina mezclada con aceite y un log de aceite. Las cantidades eran menores para los pobres. Al paciente restaurado se le tocaba el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y del pie derecho con la sangre de la víctima y luego con el aceite. Se le reconocía por última vez y, si no le quedaban restos de la enfermedad, se le permitía volver a la sociedad con un certificado de que estaba limpio.

Aquí tenemos una de las escenas más reveladoras de Jesús.

(i) No rechazó a una persona que estaba quebrantando la Ley. El leproso no tenía derecho a acercársele y hablarle, pero Jesús no le rechazó. Salió al encuentro de una necesidad humana con una compasión comprensiva.

(ii) Jesús extendió el brazo, y le tocó. Tocó a un hombre intocable, porque era inmundo. Para Jesús no lo era; era simplemente un alma humana con una necesidad desesperada.

(iii) Después de limpiarle, Jesús le envió a cumplir las normas legales. Él cumplía las leyes y la justicia humanas. Él no desafiaba impunemente los convencionalismos; sino, cuando era necesario, los aceptaba y cumplía.

Aquí vemos la compasión, el poder y la prudencia en perfecta armonía.

LA FE QUE SUPERA OBSTÁCULOS

Marcos 2:1-6

Algún tiempo después, cuando volvió Jesús a Cafarnaum, se corrió la voz de que estaba en una casa, y se abarrotó de gente de tal manera que no quedaba sitio para nadie más ni siquiera a la puerta.

Cuando Jesús estaba dándoles Su mensaje llegó un grupo trayéndole a Jesús a un paralítico al que llevaban entre cuatro. Como no podían llegar hasta Él a causa de la gente, descubrieron una parte de la cubierta de la casa donde estaba, e hicieron un agujero por el que bajaron la camilla con el paralítico.

Cuando Jesús vio la fe de ellos le dijo al paralítico:

—Hijo, tus pecados se te han perdonado.

Cuando Jesús terminó su campaña en las sinagogas, volvió a Cafarnaum. En seguida se corrió la voz de que había vuelto. La vida era muy abierta en Palestina. Por la mañana se abría la puerta de las casas, y cualquiera podía entrar o salir. No se cerraba nunca la puerta a menos que se quisieran evitar las visitas. Una puerta abierta era una invitación a todos los que quisieran entrar. En las casas más humildes, como esta tiene que haber sido, no había recibidor, y la puerta de la calle daba acceso al interior de la casa directamente. Así es que, de pronto, un gentío considerable había abarrotado la casa y se extendía por fuera de la puerta; y todos estaban escuchando atentamente el mensaje de Jesús.

A esta multitud llegó un grupo de hombres que llevaban en una camilla a un amigo suyo que estaba paralítico. No pudieron abrirse paso entre la gente; pero eran personas de iniciativa. La techumbre de las casas de Palestina era plana, como una terraza, que se usaba para estar tranquilos y para descansar; así es que era corriente que hubiera una escalera exterior para subir. Los materiales de la cubierta se prestaban a lo que hicieron estos cuatro amigos decididos. La cubierta estaba formada por vigas planas que iban de una pared a otra separadas cosa de un metro entre sí. El espacio entre las vigas se llenaba de cañizo y de tierra, y la superficie se alisaba como fuera. La mayor parte de la cubierta era

de tierra, y no era raro que creciera la hierba en el tejado de la casa palestina. Fue la cosa más fácil del mundo descubrir una parte del relleno entre dos vigas, hacer un agujero suficientemente grande y bajar por él al enfermo justamente a los pies de Jesús. Aquello no era un destrozo considerable, ya que sería fácil dejarlo como estaba antes. Cuando Jesús vio la fe que se reía de los obstáculos, debe de haber sonreído complacido y comprensivo. Miró al hombre, y le dijo: «Hijo, tus pecados se te han perdonado.»

Esta puede parecernos una manera un poco extraña de comenzar una cura. Pero en Palestina, en tiempos de Jesús, era natural e inevitable. Los judíos relacionaban necesariamente el pecado y el sufrimiento. Creían que si una persona estaba sufriendo, sería porque había pecado. Ese era de hecho el razonamiento de los amigos de Job. «Piensa ahora, ¿qué inocente se pierde? ¿Dónde los rectos son destruidos?» *(Job 4:7).* Los rabinos tenían un dicho: «Ningún enfermo puede curarse hasta que todos sus pecados se le hayan perdonado.» Todavía seguimos encontrando estas mismas ideas entre los pueblos primitivos. Paul Tournier escribe: «¿Es que no nos informan los misioneros de que la enfermedad es una deshonra a los ojos del salvaje? Hasta los que se convierten al Cristianismo no osan ir a la comunión cuando están enfermos, porque se consideran rechazados por Dios.» Para los judíos, un enfermo era alguien con quien Dios estaba enfadado. Es verdad que gran número de enfermedades se deben al pecado; y más verdad todavía que vez tras vez se deben, no al pecado del que padece la enfermedad, sino de otros. Nosotros no establecemos la relación de causa a efecto que hacían los judíos; pero cualquier judío habría estado de acuerdo en que el perdón de los pecados era condición previa y *sine qua non* para la curación.

Bien puede ser, sin embargo, que esta historia nos quiera decir más que eso. Los judíos establecían esa relación entre la enfermedad y el pecado, y bien puede ser que en este caso *la conciencia del hombre estuviera de acuerdo,* y bien puede ser que esa conciencia de pecado hubiera producido de hecho la parálisis. El poder de la mente, especialmente del inconsciente, sobre el cuerpo es sorprendente e innegable.

Los psicólogos citan el caso de una chica que tocaba el piano en un cine en los tiempos del cine mudo. Normalmente se encontraba bien; pero, en cuanto se apagaban las luces, y el local se llenaba del humo de los cigarrillos, empezaba a paralizarse. Ella trataba de combatirlo; pero la parálisis acabó por hacerse permanente, y había que hacer algo. Un examen reveló que no había ninguna causa física. Bajo hipnosis se descubrió que cuando era muy pequeña, una bebé de pocas semanas, estaba acostada en una de aquellas cunas antiguas muy elaboradas, con un lazo de tul por encima de la cara. Su madre se inclinó una vez hacia ella fumando un cigarrillo, y se prendieron los adornos de la cuna. El fuego se apagó inmediatamente, y ella no sufrió ningún daño físico; pero su mente inconsciente recordaba aquel terror. La oscuridad, además del olor del tabaco, actuaba en su inconsciente y le paralizaba el cuerpo —y ella no sabía por qué.

El hombre de esta historia puede ser que estuviera paralítico porque, consciente o inconscientemente, su conciencia le acusaba de que era pecador, y ese pensamiento le produjo la en- fermedad que él creía que era la consecuencia inevitable del pecado. Lo primero que Jesús le dijo fue: «Hijo, Dios no está enfadado contigo. No te preocupes.» Era como hablarle con cariño a un chiquillo atemorizado en la oscuridad. La carga del terror de Dios y del alejamiento de Dios desaparecieron de su corazón, y aquel mismo hecho fue decisivo para su curación.

Es una historia preciosa, porque lo primero que Jesús hace por cada uno de nosotros es decirnos: «Hijo, Dios no está enfadado contigo. Vuelve a casa, y no tengas miedo.»

LA PRUEBA IRREFUTABLE

Marcos 2:7-12

> *Algunos de los maestros de la Ley estaban allí sentados, y se pusieron a cavilar para sus adentros:*
>
> *—¿Cómo puede hablar así este tipo? ¡Está blasfemando! ¿Es que hay alguien que pueda perdonar los pecados más que Dios?*
>
> *Jesús Se dio cuenta inmediatamente en Su interior de lo que se les estaba pasando a ellos por la mente, así es que les dijo:*

—¿Por qué estáis cavilando en vuestro interior? ¿Qué es más fácil, decirle a un paralítico: «Tus pecados están perdonados», o decirle: «Levántate, carga con tu camilla y ponte a andar»? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la Tierra para perdonar los pecados —entonces le dijo al paralítico—, esto te lo digo a ti: ¡Levántate, carga con tu camilla y vete a casa!

Y el paralítico se levantó, e inmediatamente cargó con su cama y salió delante de todos ellos. Todos reaccionaron quedándose alucinados, y no dejaban de alabar a Dios ni de repetir:

—¡Esto es algo que no se había visto nunca en la vida!

Jesús, como ya hemos visto, ya había atraído a las multitudes. En consecuencia, también había suscitado la atención de los responsables oficiales de los judíos. El Sanedrín era su tribunal supremo, y una de sus funciones era ser guardián de la ortodoxia. Por ejemplo: uno de los deberes del Sanedrín era descubrir a los falsos profetas. Aquí parece que el Sanedrín había mandado un comando teológico para comprobar quién era Jesús; y allí estaban en Cafarnaum. Sin duda se habían reservado unos puestos honorables en primera fila, y estaban sentados observando críticamente todo lo que sucedía.

Cuando oyeron a Jesús decirle al paralítico que sus pecados estaban perdonados, aquello los escandalizó en extremo. Era una parte esencial de la fe judía que sólo Dios podía perdo-nar los pecados. El que una persona pretendiera perdonar peca-dos era por tanto una blasfemia, y el castigo del blasfemo era morir apedreado *(Levítico 24:16).* Inmediatamente se dispusieron a lanzarse al ataque en público, pero no le era difícil a Jesús ver lo que se les estaba pasando por la mente. Así es que Él decidió lanzarles un desafío y encontrarse con ellos en su propio terreno.

Era la firme creencia de ellos que el pecado y la enferme-dad eran inseparables. Una persona enferma era una persona que había pecado; así es que Jesús les preguntó: «¿Qué es más fácil, decirle a este hombre: «Tus pecados están perdonados,» o decirle: «Levántate y anda»?» Cualquier charlatán podría decir: «Tus pecados están perdonados.» No habría posibili- dad de demostrar si

sus palabras eran verdad o no. Esa afirmación no se podía comprobar de ninguna manera. Pero el decir: «Levántate y anda,» era algo que se podía comprobar inmediatamente si era un farol o una manifestación de un poder más que humano. Así es que Jesús dijo: «¿Vosotros decís que Yo no tengo derecho a perdonar pecados? ¿Vosotros mantenéis como un artículo de fe que si este hombre está enfermo es porque es un pecador, y no se puede curar hasta que se le perdone? Pues bien, entonces, ¡fijaos en esto!» Entonces Jesús dio la orden, y el hombre fue curado.

A los maestros de la Ley les salió el tiro por la culata. Según sus propias creencias oficiales, el hombre no podía curarse a menos que se le perdonaran los pecados. *Fue* curado, y por tanto, *había sido* perdonado. Por tanto, el derecho de Jesús de perdonar pecados *tenía que* ser auténtico. Jesús tiene que haberlos dejado totalmente boquiabiertos a aquellos maestros de la Ley; y, peor: tiene que haberlos dejado con una rabia tanto mayor cuanto impotente. Ahí tenían un problema que tenían que resolver; si la cosa continuaba, toda su religión ortodoxa se colapsaría y destruiría. En este incidente Jesús firmó Su propia sentencia de muerte —a sabiendas.

Por todo lo cual este es un incidente sumamente difícil. ¿Qué quiere decir que Jesús puede perdonar el pecado? Hay tres posibles maneras de considerar esto.

(i) Podemos tomarlo en el sentido de que Jesús estaba comunicando a los hombres el perdón de Dios. Después de la reprensión de Natán, David reconoció su pecado con temor, y el profeta le dijo: «El Señor ha perdonado tu pecado; no morirás» *(2 Samuel 12:1-13).* Natán no le perdonó su pecado a David, sino le comunicó el perdón de Dios, y le dio como señal de la seguridad del perdón el hecho de que no moriría. Así podemos decir que lo que Jesús hizo fue asegurarle al hombre el perdón de Dios, comunicándole algo que Dios ya le había concedido. Esto es indudablemente cierto; pero no parece agotar toda la verdad.

(ii) Podríamos tomarlo como que Jesús estaba actuando como representante de Dios. Juan dice: «El Padre no juzga a nadie, sino que ha dejado todo el juicio al Hijo» *(Juan 5:22).*

Si se Le ha encargado del juicio a Jesús, también se Le tiene que haber encargado del perdón. Tomemos una analogía humana. Las comparaciones son siempre imperfectas, pero no podemos prescindir de ellas. Una persona puede darle a otra *unos poderes notariales.* Eso quiere decir que le ha confiado sus bienes y propiedades. Está conforme con lo que su representante haga en su nombre, y que las acciones de su representante se consideren tan vinculantes como si fueran realizadas por él mismo. Podemos tomarlo como que eso es lo que Dios hizo con Jesús: delegar en Él Sus poderes y privilegios de tal manera que la palabra de Jesús no fuera menos que la palabra de Dios mismo.

(iii) Podemos tomarlo todavía en otro sentido. Toda la esencia de la vida de Jesús es que en Él se nos muestra claramente la actitud de Dios para con los hombres. Ahora bien, esa actitud era todo lo contrario de lo que la gente había pensado antes que era la actitud de Dios. No era una actitud de justicia hosca, severa, austera, ni una actitud de constante demanda. Era una actitud de perfecto amor de un corazón anhelante de perdonar.

Veamos de nuevo una analogía humana. Lewis Hind nos cuenta en uno de sus ensayos cómo descubrió realmente el amor de su padre. Él siempre había respetado y admirado a su padre; pero siempre le había tenido un poco de miedo. Un domingo estaba en la iglesia con su padre. Hacía un calor pegajoso. Él empezó a sentir cada vez más sueño, hasta el punto de que no podía mantener los ojos abiertos, y se le caía la cabeza hacia adelante. Las olas del sueño amenazaban anegarle totalmente. Vio levantarse el brazo de su padre hacia él, y creyó que le iba a zarandear o a golpear; y entonces vio a su padre sonreirle cariñosamente y rodearle con su brazo. Le estrechó con ternura para que pudiera descansar sin caerse de lado o hacia adelante, y le mantuvo así abrazado cariñosamente. Aquel día descubrió Lewis Hind que su padre no era como él había pensado, y que su padre le amaba. Eso es lo que Jesús hizo por nosotros y por Dios. Literalmente trajo a la humanidad el perdón de Dios. Sin Él, no habríamos tenido nunca ni la más remota idea acerca de Dios. «Yo os digo —nos dijo—, y os lo digo aquí y ahora en la Tierra, que estáis perdonados.» Jesús mostró perfectamente la actitud de Dios hacia la humanidad. Él

podía decir: «Yo perdono,» porque en Él Dios estaba diciendo: «Yo perdono.»

INVITANDO AL QUE TODOS ODIABAN

Marcos 2:13s

> *Así es que Jesús salió otra vez a la orilla del lago, y toda la gente salió a buscarle, y Él siguió enseñándoles.*
>
> *Cuando iba andando por allí vio a Leví hijo de Alfeo, sentado en la cabina donde se pagaban las aduanas, y le dijo:*
>
> *—¡Sígueme!*
>
> *Y Leví se levantó y siguió a Jesús.*

Cautelosa e inexorablemente la puerta de la sinagoga se Le iba cerrando a Jesús. Los guardianes de la ortodoxia judía Le habían declarado la guerra. Ahora Jesús enseñaba, no en la sinagoga, sino a la orilla del lago. Su iglesia estaría al aire libre, sin más techumbre que el cielo azul, y con la colina o la barca de pesca como púlpito. El Hijo de Dios fue excluido de lo que se consideraba la casa de Dios.

Jesús iba paseando por la orilla del lago y enseñando. Esa era una de las maneras más corrientes de enseñar que tenían los rabinos. Cuando los rabinos judíos iban de camino de un lugar a otro o se daban un paseo al aire libre, sus discípulos se agrupaban a su alrededor andando con ellos y escuchando lo que les decían. Jesús estaba haciendo lo que cualquier rabino.

Galilea era uno de los grandes centros de comunicaciones del mundo antiguo. Se ha dicho que «Judea no estaba de camino a ningún sitio; Galilea estaba de paso a todo el mundo.» Palestina era una tierra puente entre Europa y África; todo el tráfico terrestre tenía que pasar por ella. La gran carretera del mar iba desde Damasco, pasando por Galilea, por Cafarnaum, por debajo del Carmelo, a lo largo de la llanura de Sarón, pasando por Gaza y hacia Egipto. Era una de las grandes carreteras del mundo. Otra carretera iba desde Acre en la costa, atravesaba el Jordán y seguía hacia Arabia y las fronteras del imperio, una carretera transitada constantemente por regimientos y caravanas.

Palestina estaba dividida por aquel tiempo. Judea era una provincia romana bajo un procurador romano; Herodes Antipas, uno

de los hijos de Herodes el Grande, gobernaba Galilea; el territorio hacia el Este que incluía Gaulonítida, Traconítida y Batanea, era gobernado por Felipe, otro de los hijos de Herodes. De camino entre el territorio de Felipe y el de Herodes, Cafarnaum era la única población que encontraba el viajero. Por tanto, era como un pueblo fronterizo; y de ahí que fuera también un centro aduanero. En aquellos días se pagaban impuestos de importación y exportación, y Cafarnaum tiene que haber sido un lugar donde se cobraban. Allí era donde trabajaba Mateo. Es verdad que él no estaba, como Zaqueo, al servicio de los romanos; era un funcionario de Herodes Antipas; pero era igualmente un odiado *publicano.* (La versión Reina-Valera sigue usando esta palabra heredada de la Vulgata *via* Biblia del Oso y otras traducciones de la Reforma. *Publicano,* del latín *publicanus,* era «entre los romanos, arrendador de los impuestos o rentas públicas y de las minas del estado», como dice el D.R.A.E.).

Esta historia nos revela algunas cosas tanto de Mateo como de Jesús.

(i) Mateo era un hombre muy odiado. Los cobradores de impuestos nunca son populares en ninguna comunidad, pero en el mundo antiguo eran odiados. La gente no sabía nunca exactamente cuánto tenía que pagar; los cobradores de impuestos les sacaban todo lo que podían y se forraban los bolsillos con el extra que les quedaba después de pagar al estado la parte convenida. Hasta un escritor griego como Luciano asocia a los cobradores de impuestos con «adúlteros, alcahuetes, aduladores y sicofantas.» Jesús quiso al que nadie quería. Le ofreció Su amistad al que todos se habrían avergonzado de considerar su amigo.

(ii) Mateo tiene que haber sido en aquel momento un hombre con un gran vacío en el corazón. Tiene que haber oído acerca de Jesús, o probablemente había escuchado Su mensaje desde el borde de la multitud; y algunas veces tiene que haberle vibrado el corazón. No podría haberse dirigido a los buenos ortodoxos de su tiempo. Para ellos eran inmundo y se habrían negado a relacionarse con él.

Hugh Redwood nos cuenta la historia de una mujer que vivía en el distrito de los astilleros de Londres, que venía a la reunión de señoras. Había estado viviendo con un chino, y tenía un bebé

mestizo que llevaba con ella. Le gustaba la reunión y volvía una y otra vez. Entonces el pastor se dirigió a ella y le dijo: «Debo pedirle que no vuelva por aquí.» La mujer le devolvió la pregunta con la mirada; y él le contestó: «Las otras mujeres dicen que dejarán de venir si usted continúa viniendo.» Ella se le quedó mirando con una sorpresa dolorida, y le dijo: «Señor, ya sé que soy una pecadora; ¿pero no hay ningún sitio adonde pueda ir una pecadora?» Afortunadamente el Ejército de Salvación encontró a aquella mujer y la reclamó para Cristo.

Eso era precisamente lo que Mateo tenía que arrostrar hasta que encontró a Uno que vino al mundo a buscar y a salvar lo que se había perdido.

(iii) Esta historia nos dice algo acerca de Jesús. Fue cuando iba paseando por la orilla del lago cuando llamó a Mateo. Como decía un gran profesor: «Hasta cuando estaba dándose un paseo estaba buscando oportunidades.» Jesús no estaba nunca fuera de servicio. Si podía encontrar a una persona para Dios mientras se estaba dando un paseo, la encontraba. ¡Qué cosecha podríamos reunir si buscáramos gente para Cristo cuando vamos andando por ahí!

(iv) De todos los discípulos, Mateo fue el que renunció a más. Literalmente lo dejó todo para seguir a Jesús. Pedro y Andrés, Santiago y Juan podían volver a la pesca. Siempre habría peces que pescar y siempre podrían volver a su antiguo trabajo; pero Mateo quemó las naves definitivamente. En una sola acción, en un momento del tiempo, con una rápida decisión, se excluyó de su trabajo para siempre; porque una vez que se dejaba el trabajo de cobrador de impuestos, ya no se podía recuperar. Requiere un gran hombre el hacer una gran decisión; y sin embargo, a toda vida le llega el momento de decidir.

Cierto hombre famoso tenía la costumbre de darse largos paseos por el campo en Dartmoor. Cuando llegaba a un arroyo demasiado ancho para cruzarlo fácilmente, lo primero que hacía era tirar la chaqueta al otro lado. Así se comprometía a no darse la vuelta. Hacía la decisión de pasar al otro lado, y se aseguraba de no claudicar.

Mateo fue un hombre que se lo jugó todo por Cristo, y no se equivocó.

(v) De su decisión sacó Mateo por lo menos tres cosas.

(*a*) *Salió con las manos limpias.* Desde aquel momento podía mirarle a la cara a todo el mundo. Puede que fuera mucho más pobre, y que la vida le resultara mucho más dura, y que se le acabaran los lujos y las comodidades; pero desde aquel momento tuvo las manos limpias; y, porque tenía las manos limpias, tenía la mente en paz.

(*b*) *Perdió un trabajo, pero consiguió otro mucho mejor.* Se ha dicho que Mateo lo dejó todo menos una cosa: la pluma. Los investigadores no creen que el Primer Evangelio, tal como lo tenemos ahora, sea obra de Mateo; pero sí creen que incorpora uno de los más importantes documentos de toda la Historia, el primer compendio escrito de las enseñanzas de Jesús, y que ese documento sí fue escrito por Mateo. Con su mente ordenada, su manera metódica de trabajar, su familiaridad con la pluma, Mateo fue el primer hombre que le dio al mundo un libro de las enseñanzas de Jesús.

(*c*) Lo curioso es que la decisión repentina de Mateo le proporcionó la única cosa que estaría buscando —*le trajo una fama inmortal y universal.* Todo el mundo conoce el nombre de Mateo como el de uno que hizo posible que se conociera la historia de Jesús. Si Mateo se hubiera negado a aceptar la llamada de Jesús, se le habría recordado localmente por un cierto tiempo como seguidor de una profesión despreciable que todos odiaban; al aceptar la llamada de Jesús ganó una fama internacional como el hombre que nos dejó el primer compendio de las enseñanzas de Jesús. Dios nunca se queda corto con el que se lo juega todo por Él.

DONDE ES MAYOR LA NECESIDAD

Marcos 2:15-17

> *Jesús era uno de los comensales en casa de Leví, y muchos cobradores de impuestos y pecadores estaban sentados con Jesús y Sus discípulos, porque eran muchos los que buscaban Su compañía.*
>
> *Cuando los maestros de la Ley, que pertenecían a la escuela de los fariseos, vieron que Jesús estaba comiendo en compañía de pecadores y cobradores de impuestos, empezaron a decirles a Sus discípulos:*
>
> *—¡Es con cobradores de impuestos y pecadores con los que está comiendo y bebiendo vuestro Maestro!*
>
> *Jesús los oyó, y dijo:*
>
> *—Los que necesitan un médico no son los que disfrutan de buena salud, sino los que están enfermos. Yo no he venido a invitar a los que creen que no tienen defectos, sino a los que saben que son pecadores.*

Una vez más Jesús está lanzando el guante del desafío a los escribas y los fariseos.

Cuando Mateo se entregó a Jesús, Le invitó a su casa. Le parecía lo más natural, una vez que había descubierto a Jesús por sí mismo, el compartir su gran descubrimiento con sus amigos —y sus amigos eran como él. No podían ser de otra manera. Mateo había escogido un trabajo que le excluía de la sociedad de todas las personas ortodoxas y respetables, y había tenido que buscar sus amigos entre los marginados como él. Jesús aceptó encantado aquella invitación; y aquellos marginados de la sociedad decente buscaron Su compañía.

No hay nada que pueda mostrar mejor la diferencia que había entre Jesús, y los escribas y los fariseos y las buenas personas ortodoxas de Su tiempo. Estos no eran la clase de gente cuya compañía habría buscado un pecador. Le habrían mirado con una actitud de condenación y de superioridad arrogante. Se le habrían helado hasta los huesos en tal compañía aun antes de ser admitido en ella.

Había una clara diferencia entre los que guardaban la Ley y los que aquellos llamaban *la gente de la tierra,* que eran las personas corrientes que no cumplían todas las reglas y normas de los escribas. Los primeros tenían prohibida toda relación con los segundos en absoluto. No debían hablar con ellos, ni hacer un viaje con ellos. El casar a una hija con uno de ellos les parecía tan horrible como entregársela a una fiera. No debían aceptar hospitalidad de ninguno de ellos ni ofrecérsela. Por el hecho de ir a la casa de Mateo y sentarse a la mesa en compañía de aquella gente, Jesús estaba desafiando los convencionalismos ortodoxos de Su tiempo.

No tenemos que suponer ni por un momento que todas esos fueran pecadores en el sentido moral de la palabra. La palabra *pecador (hamartôlós)* tenía dos significados. Quería decir una persona que quebrantaba la Ley moral; pero también querían decir una persona que no cumplía la ley de los escribas. El hombre que cometía adulterio y el que comía cerdo eran pecadores los dos; el que era culpable de robo o asesinato y el que no se lavaba las manos todas las veces que requería el ritual eran ambos pecadores. Entre los invitados de Mateo probablemente habría muchos que habían quebrantado la Ley moral y que iban por libres en la vida; pero sin duda se incluían muchos cuyo único pecado era que no observaban las reglas y normas de los escribas.

Cuando acusaron a Jesús de conducta escandalosa, Su respuesta fue muy sencilla: «Un médico —dijo— va donde se le necesita. La gente que goza de buena salud no le necesita, y sí los enfermos. Eso es lo que hago Yo: voy a los que están enfermos del alma y más Me necesitan.»

El versículo 17 está muy concentrado. A primera vista parece como si Jesús no tuviera interés en las buenas personas; pero el detalle es que la única persona por la que Jesús no puede hacer nada es la que se considera tan buena que no necesita nada de Él; y la única persona por la que Jesús puede hacerlo todo es la persona que es y se sabe pecadora, y que anhela de corazón la cura. No tener ningún sentido de necesidad es haber erigido una barrera entre nosotros y Jesús; tener un sentimiento de necesidad es poseer el pasaporte a Su presencia.

La actitud de los judíos ortodoxos para con los pecadores se componía realmente de dos cosas.

(i) Se componía de *desprecio.* «El hombre ignorante de la Ley —decían los rabinos— no puede nunca ser piadoso.» El filósofo griego Heráclito era un aristócrata arrogante. Un cierto Escitino se propuso poner en verso los discursos de Heráclito para que la gente menos intelectual pudiera leerlos y entenderlos. La reacción de Heráclito se plasmó en un epigrama: «Heráclito soy. ¿Por qué me arrastráis arriba y abajo, vosotros ignorantes? No fue para vosotros para los que yo trabajé, sino para los que me entienden. Uno de ellos a mis ojos vale por treinta mil, mientras que las hordas innumerables no valen lo que uno de ellos.» La masa no le inspiraba más que desprecio. Los escribas y los fariseos despreciaban a las personas corrientes; Jesús las amaba. Los escribas y los fariseos se colocaban en sus pequeños pedestales de piedad ritualista, y miraban por encima del hombro al pecador; Jesús se acercaba a él, y al sentarse a su lado le elevaba.

(ii) Se componía de *miedo.* Los judíos ortodoxos le tenían un miedo terrible al contagio del pecado; tenían miedo de que se les pegara algo malo del pecador. Eran como un médico que se negara a tratar un caso de enfermedad infecciosa no fuera que la contrajera. Jesús era Uno que se olvidaba de Sí mismo en Su gran deseo de salvar a otros. C. T. Studd, el gran misionero de Cristo, tenía un epigrama de cuatro versos que le encantaba citar:

Hay quienes quieren vivir en el radio
que alcanzan las campanas de su iglesia;
yo tengo mi servicio de rescate
a un palmo del infierno.

El que tiene desprecio y miedo en el corazón no puede ser nunca pescador de hombres.

LA GOZOSA COMPAÑÍA

Marcos 2:18-20

Los discípulos de Juan tenían costumbre de ayunar, lo mismo que los fariseos. Así es que vinieron a Jesús y Le preguntaron:

—¿Cómo es que los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, y los Tuyos no?

—No cabe duda —les contestó Jesús— que los que están convidados a una boda no se ponen a ayunar cuando el novio está con ellos. Mientras tienen al novio, no ayunan. Pero sucederá que algún día el novio les será arrebatado; y entonces, ese día ayunarán.

Entre los judíos más estrictos, el ayuno era una práctica regular. En la religión judía había solamente un día de ayuno obligatorio, el del Día de la Expiación. El día que la nación entera confesaba su pecado y recibía el perdón era El Ayuno *par excellence.* Pero los judíos estrictos ayunaban dos días por semana, los lunes y los jueves. Conviene notar que el ayuno no era tan serio como parece, porque duraba desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde, y después se podía comer normalmente.

Jesús no estaba en contra del ayuno como tal. En el Sermón del Monte lo incluyó entre los pilares de la piedad juntamente con la oración y la limosna *(Mateo 6:1-18).* Hay muy buenas razones para practicar el ayuno. Uno puede abstenerse de cosas que le gustan por mor de *la disciplina personal,* para estar seguro de que las domina, y no ellas a él; para estar seguro de no llegar a depender de ellas tanto como para no poder vivir sin ellas. Puede negarse por algún tiempo comodidades y cosas agradables para poder apreciarlas aún más. Una de las mejores maneras de aprender a apreciar nuestros hogares es tener que pasar algún tiempo fuera de ellos; y una de las mejores maneras de apreciar los dones de Dios es prescindir de ellos por algún tiempo.

Estas son buenas razones para ayunar. Lo malo de los fariseos era que en demasiados casos ayunaban por exhibicionismo, para llamar la atención de *la gente* a su piedad. Llegaban hasta a pintarse la cara de blanco y salir descuidadamente vestidos los días de ayuno para que no se pudiera por menos de notar que estaban ayunando, y para que todos observaran y admiraran su devoción. Era para llamar la atención de *Dios* a su piedad. Creían que ese acto especial de piedad extra haría que Dios se fijara en ellos. Su ayuno era un rito y un ritual de exhibicionismo. Para tener algún valor,

el ayuno no debe ser un rito; debe ser la expresión de un sentimiento del corazón.

Jesús usó una alegoría gráfica para decirles a Sus objetores por qué Sus discípulos no ayunaban. Después de una boda judía, la pareja no se iba para la luna de miel, sino se quedaba en casa. Durante una semana o así mantenían su casa abierta y estaban de fiesta y de celebración. En un tiempo en que la vida era tan dura, la semana de la boda era la más feliz de la vida de una persona. Los más íntimos amigos y amigas de los novios estaban invitados aquella semana; y se los llamaba «los hijos del tálamo nupcial.» Jesús comparó Su pequeña compañía con los hijos del tálamo nupcial, los huéspedes especiales en una fiesta de bodas. Había una disposición rabínica concreta que decía: «Todos los que están al servicio del novio quedan relevados de todas las prácticas religiosas que hubieran reducido su alegría.» Los invitados a una boda estaban exentos de ayunar.

Este incidente nos dice que la actitud característicamente cristiana en la vida es la alegría. El descubrir a Cristo y el estar en Su compañía es la clave de la felicidad. Hubo un famoso criminal japonés llamado Tockichi Ishii. Era un despiadado total y bestial. Había asesinado brutalmente a hombres, mujeres y niños en su carrera de crímenes. Le detuvieron y metieron en la cárcel. Dos señoras canadienses le visitaron en la prisión. No consiguieron hacerle hablar; solamente las observaba con un gesto de fiera. Cuando se marcharon le dejaron un ejemplar de la Biblia con la esperanza de que la leyera. Él la leyó, y la historia de la Crucifixión de Jesús le hizo un hombre cambiado. «Más tarde, cuando llegó el carcelero a llevar al condenado a la ejecución, no encontró al bruto endurecido y hosco que esperaba, sino a un hombre con una sonrisa radiante. Porque el asesino había nacido de nuevo.» La señal de su nuevo nacimiento era una sonrisa radiante. La vida que se vive en Cristo no puede ser más que una vida de alegría.

Pero el pasaje termina con un presagio nebuloso. Sin duda cuando Jesús habló del día en que se les había de arrebatar el novio, sus amigos no Le entendieron en aquel momento. Pero aquí, tan al principio de Su carrera, Jesús ya veía la Cruz que Le esperaba. La muerte no Le pillaría desprevenido; ya Él había

contado el precio y escogido el camino. Aquí tenemos el verdadero coraje en acción; aquí tenemos la figura de un Hombre que no se aparta del camino aunque al final de él Le espere una Cruz.

SE NECESITA UNA MENTE JOVEN

Marcos 2:21s

No se cose un remiendo de tela nueva en una ropa vieja; porque si se hace eso el trozo que se suponía que taparía el agujero lo rasga más todavía, tirando lo nuevo de lo viejo, ¡y el desgarrón se hace peor! Tampoco se pone vino nuevo en odres viejos; porque el vino reventaría los odres, y se perderían tanto el vino como los odres. ¡El vino nuevo requiere odres nuevos!

Jesús sabía muy bien que había venido con un mensaje alucinantemente nuevo; y también sabía que su manera de vivir era alucinantemente diferente de la de un rabino ortodoxo. También sabía lo difícil que les es a las mentes humanas aceptar y retener una verdad nueva; y usa aquí dos ilustraciones para mostrar lo necesario que es tener una mente aventurera.

Nadie tuvo jamás un don comparable al de Jesús para descubrir y utilizar ilustraciones hogareñas. Una y otra vez encuentra en las cosas sencillas caminos e indicadores que apuntan a Dios. No ha habido nadie tan experto en guiar del «aquí y ahora» al «allí y entonces.» Para Jesús «la Tierra estaba henchida de Cielo.» Jesús vivía tan cerca de Dios que todo Le hablaba de Dios. Alguien ha dicho que los sábados por la tarde solía ir a dar un paseo por el campo con uno de los más famosos predicadores escoceses. Tenían largas conversaciones. Hablando de ellas después, decía: «De cualquier tema en que empezara nuestra conversación, él siempre encontraba el atajo que conducía a Dios.» Dondequiera que Jesús fijaba la mirada veía un destello de Dios.

(i) Jesús nos habla aquí del peligro de coser un remiendo de tela nueva en una ropa vieja. La palabra que se usa aquí quiere decir que la tela nueva no se había lavado nunca, y por tanto no había encogido; así que, cuando la ropa se mojó por la lluvia o por lo que fuera, el remiendo encogió, y como era mucho más fuerte que la tela vieja, la rasgó todavía más. Llega un momento cuando ya no se

pueden seguir poniendo parches, y hay que plantearlo todo de nuevo. En los tiempos de Lutero ya no era posible remendar más los abusos de la Iglesia Católica Romana. Había llegado el momento de *la Reforma.* En tiempos de John Wesley, por lo menos para él, el tiempo de remendar la Iglesia de Inglaterra había pasado. No quería salirse, pero al final tuvo que hacerlo, porque sólo una nueva manera de vivir la vida cristiana podía bastar. Puede ser que haya veces que tratemos de poner parches, cuando lo que se necesita es prescindir totalmente de lo viejo y aceptar totalmente lo nuevo.

(ii) El vino se guardaba en odres. Cuando los odres eran nuevos tenían una cierta elasticidad; pero al hacerse viejos se ponían duros y no cedían. El vino nuevo está todavía fermentando; produce gases; estos gases producen presión; si el odre es nuevo cede a la presión, pero si es viejo y duro y seco se revienta, y el vino y el odre se pierden irremisiblemente. Jesús estaba recomendando una cierta elasticidad de mente. Es fatalmente fácil plantarse en las cosas viejas. J. A Findlay cita el dicho de uno de sus amigos: «Cuando llegas a una conclusión, estás muerto.» Lo que quería decir era que cuando nuestras mentes se fijan y establecen y adoptan posturas inmovilistas, cuando se vuelven incapaces de aceptar nuevas verdades y de contemplar nuevas posibilidades, puede que estemos físicamente vivos, pero estamos mentalmente muertos.

Conforme nos vamos haciendo más viejos, casi todos desarrollamos un rechazo instintivo de todo lo que es nuevo y no nos resulta familiar. Nos volvemos reacios a hacer cualquier ajuste en nuestros hábitos y formas de vida. Lesslie Newbigin, que estuvo implicado en las discusiones que dieron origen a la Iglesia Unida de la India del Sur, nos cuenta que una de las cosas que más detenían las cosas era que algunos no hacían más que preguntar: «Pero, si hacemos eso, ¿adónde vamos a parar?» Al final, alguien tenía que decir tajantemente: «El cristiano no tiene derecho a preguntar adónde va.» Abraham salió sin saber adónde iba *(Hebreos 11:8).* Hay un gran versículo en ese mismo capítulo de *Hebreos:* «Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José y adoró apoya-do sobre el extremo de su bastón» *(Hebreos 11:21).* Con el aliento de la muerte ya sobre él, el viejo viajero todavía tenía el bordón de peregrino en la mano. Hasta el fin del día, con el ocaso a

la vista, seguía dispuesto a emprender el camino. Si vamos a ponernos de veras a la altura del desafío cristiano debemos conservar la mente aventurera. Yo recibí una vez una carta que terminaba: «Tu amigo de 83 años, todavía creciendo...» —Y con las inescrutables riquezas de Cristo por delante, ¿por qué no?

PIEDAD, VERDADERA Y FALSA

Marcos 2:23-28

> *Cierto sábado, Jesús iba pasando por unos trigales. Sus discípulos se pusieron a arrancar espigas cuando iban pasando por allí y a comerse los granos. Los fariseos empezaron a decirle a Jesús:*
>
> *—¡Fíjate! ¿Por qué están haciendo lo que no está permitido hacer en sábado?*
>
> *—¿Es que no habéis leído nunca —les contestó Jesús— lo que hizo David cuando él y sus amigos estaban necesitados y hambrientos? ¿No habéis leído nunca que entró en la Casa de Dios, cuando Abiatar era el sumo sacerdote, y comió los panes de la proposición, que no podía comer nadie más que los sacerdotes, y les dio también a sus amigos? El sábado —continuó diciéndoles Jesús— se hizo para el servicio de las personas, y no las personas para el servicio del sábado. Por tanto, el Hijo del Hombre también es el Señor del sábado.*

Una vez más Jesús entró en conflicto con las reglas y normas de los escribas. Cuando Él y Sus discípulos iban pasando por unos trigales en sábado, Sus discípulos se pusieron a arrancar espigas y a comerse los granos. Cualquier otro día de la semana aquello estaba totalmente permitido *(Deuteronomio 23:25).* Siempre que el viajero no usara una hoz, podía arrancar las espigas. Pero esto lo hicieron un sábado, y el sábado estaba terminantemente prohibido hacer ningún trabajo. Los trabajos se clasificaban en treinta y nueve categorías diferentes, que se llamaban «los trabajos padres,» cuatro de los cuales eran segar, aventar, trillar y preparar una comida. Con su acción, los discípulos eran culpables de haber quebrantado estas cuatro prohibiciones. A nosotros nos parecerá algo fantástico; pero

para los rabinos judíos era una cuestión de pecados mortales y de vida o muerte.

Los fariseos aprovecharon inmediatamente la ocasión para acusar a los discípulos de Jesús de quebrantar la Ley. Sin duda esperaban que Él los parara inmediatamente. Pero Jesús les contestó en su propio lenguaje. Citó la historia que se cuenta en *1 Samuel 21:1-6.* David iba huyendo para salvar la vida; llegó al tabernáculo de Nob; pidió algo de comida, y no había más que los panes de la proposición. *Éxodo 25:23-30* nos dice lo que era este pan. Consistía en doce panes que se colocaban en una mesa de oro de un metro de longitud por medio de anchura y medio de altura. La mesa estaba en el tabernáculo delante del lugar santísimo, y los panes eran una especie de ofrenda a Dios. Se cambiaban una vez por semana; los que se retiraban podían comerlos los sacerdotes, pero nadie más *(Levítico 24:9).* Sin embargo entonces, en su necesidad, David y sus amigos comieron de aquel pan. Jesús mostró que la misma Escritura contiene un precedente de que la necesidad humana tiene prioridad aun sobre la Ley divina.

«El sábado —les dijo— fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado.» Era evidente: El ser humano fue creado antes de que se promulgaran las elaboradas leyes del sábado. El ser humano no fue creado para ser la víctima y el esclavo de las reglas y normas sabáticas, que se hicieron en un principio para hacerles la vida mejor y más fácil a las personas. El hombre no debe ser un esclavo del sábado, que existe realmente para su bien.

Este pasaje nos enfrenta con algunas verdades esenciales que sería peligroso olvidar.

(i) El Cristianismo no consiste en cumplir normas y reglas. Vamos a referirnos a un asunto parecido al de este pasaje evan- gélico. La observancia del Día del Señor —es lo que quiere decir la palabra *domingo*— es importante; pero si el Cristianismo consistiera en no trabajar e ir a misa o al culto el domingo, rezar o leer la Biblia y abstenerse de ciertas cosas, ser cristiano sería muy fácil. Siempre que nos olvidamos del amor y del per- dón y del servicio y de la misericordia que son el corazón del Cristianismo, y los sustituimos por el cumplimiento de reglas y normas, el Cristianismo ha perdido

su esencia. El Cristianismo siempre ha consistido mucho más en hacer cosas que en abstenerse de hacer cosas.

(ii) La primera obligación es la de atender a la necesidad humana. Hasta todos los catecismos y las confesiones de fe admiten que es perfectamente legal en el Día del Señor el cumplimiento del deber y la práctica de las buenas obras y *la misericordia.* Si la religiosidad de una persona no la mueve a ayudar a los que están en necesidad, su religión no merece tal nombre. La gente importa más que los sistemas; las personas son mucho más importantes que el ritual; la mejor manera de honrar a Dios es ayudar a nuestros semejantes.

(iii) La mejor manera de usar las cosas santas es usarlas para ayudar a nuestros semejantes necesitados. En realidad, esa es la única manera de dedicarle las cosas a Dios.

Una de las historias más encantadoras es la de *El Cuarto Rey Mago.* Se llamaba Artabán. Había decidido seguir la estrella, y llevaba un zafiro, un rubí y una perla de precio incalculable como regalos para el Rey. Iba cabalgando a toda prisa para encontrarse en el lugar convenido con sus tres amigos Melchor, Gaspar y Baltasar. Iba con el tiempo justo; le dejarían atrás si llegaba tarde. Pero de pronto vio una figura confusa en el suelo por delante de él. Era otro viajero, que había contraído unas fiebres. Si Artabán se detenía a ayudarle, perdería a sus amigos. Y se detuvo a ayudar al necesitado hasta que se puso bueno. Pero ahora estaba solo. Necesitaba camellos y mozos que le ayudaran a cruzar el desierto, porque había perdido a sus amigos y su caravana. Tuvo que vender el zafiro para cubrir sus necesidades; Le dio pena que esa preciosa joya no fuera para su Rey.

Siguió su viaje, y a su debido tiempo llegó a Belén; pero de nuevo era demasiado tarde. José y María y el Niño se habían ido. Entonces llegaron los soldados para cumplir las crueles órdenes de Herodes y matar a todos los niños. Artabán estaba en una casa en la que había un niño. Los soldados llegaron a la puerta. Se oía a las otras madres llorar su desconsuelo. Artabán se puso a la puerta, alto y oscuro de piel como era, con el rubí en la mano, y sobornó al capitán para que no entrara. Así se salvó el niño de la casa, y la madre estaba gozosa; pero Artabán ya no tenía el rubí para su Rey.

Durante años vagó por todas partes buscando en vano a su Rey. Más de treinta años después llegó a Jerusalén. Había una crucifixión aquel día. Cuando Artabán se enteró de que era a Jesús al Que iban a crucificar, comprendió que era su Rey, y se dirigió a toda prisa al Calvario. Podría ser que su perla, la más maravillosa del mundo, pudiera comprar la vida del Rey.

Calle abajo corría una joven huyendo de un grupo de soldados. «¡Mi padre tiene deudas —gritaba—, y me van a vender como esclava para pagarlas! ¡Sálvame!» Artabán vaciló un instante; pero en seguida sacó la perla, y se la dio a los soldados para comprar la libertad de la joven.

De pronto los cielos se oscurecieron. Hubo un terremoto, y una piedra volante le golpeó a Artabán en la cabeza. Cayó medio inconsciente en el suelo, y la chica le sujetó la cabeza en su regazo. De pronto, él empezó a mover los labios: «No, Señor, ese no puedo ser yo; porque ¿cuándo Te he visto hambriento y te he dado de comer? ¿O sediento y Te he dado de beber? ¿Cuándo Te he recibido cuando eras forastero? ¿O desnudo y Te he vestido? ¿Cuándo he sabido que estabas en la cárcel y he ido a visitarte? Llevaba treinta y tres años buscándote; pero no había visto nunca Tu rostro, ni Te he prestado ningún servicio, mi Rey.» Y entonces se oyó una voz, como un susurro que llegara de muy lejos: «De cierto te digo, que en cuanto lo has hecho con Mis hermanos necesitados, Me lo has hecho a Mí.» Y Artabán sonrió al morir, porque supo que el Rey había recibido sus dones.

La mejor manera de consagrarle cosas a Dios es usándolas para ayudar a los necesitados. Se ha sabido de niños a los que no se permitía entrar en una iglesia porque era un monumento y estaba llena de cosas valiosas. Desgraciadamente puede que una iglesia esté más preocupada por la solemnidad de su ritual que de ayudar a los humildes y aliviar a los pobres. Pero las cosas realmente sagradas se deben usar para remediar el dolor y la necesidad. Los panes de la proposición no fueron nunca tan sagrados como cuando se usaron para alimentar a unos hambrientos. El sábado no fue nunca tan sagrado como cuando se usó para ayudar a los necesitados. El árbitro final acerca del uso de todas las cosas es el amor y no la ley.

CONFLICTO DE IDEAS

Marcos 3:1-6

Jesús fue otra vez a la sinagoga; y había allí un hombre que tenía un brazo seco; y estaban observando cuidadosamente a Jesús para ver si le curaría en sábado, para presentar una acusación contra Él.

Jesús le dijo al hombre que tenía el brazo seco:

—Levántate, y ponte aquí en medio de la congregación—. Entonces dijo dirigiéndose a todos—: ¿Es conforme a la Ley el hacer una buena obra en sábado o hacer una mala obra? ¿Salvar una vida o matar?

Y todos se quedaron callados. Jesús miró a Su alrededor con ira, porque estaba dolorido por la dureza de corazón de ellos, y le dijo al hombre:

—¡Extiende el brazo!

Y él lo extendió, y se le puso bueno del todo.

Los fariseos salieron inmediatamente, y empezaron a urdir una conspiración con los del bando de Herodes para eliminar a Jesús.

Este es un incidente crucial en la vida de Jesús. Ya estaba claro que Él y los líderes ortodoxos de los judíos tenían posturas irreconciliables. Para Él, el volver a la sinagoga era dar muestras de un valor extraordinario. Era la acción de un Hombre que rehusaba buscar Su seguridad, y que estaba decidido a arrostrar una situación peligrosa. En la sinagoga se encontraba una delegación del Sanedrín. Eran inconfundibles, porque los primeros asientos eran los sitios de honor, y allí se encontraban. Uno de los deberes del Sanedrín era descubrir y pararle los pies a cualquiera que pudiera descarriar al pueblo apartándolo del camino correcto. Y eso era precisamente lo que aquella delegación consideraba que estaba haciendo Jesús. Lo que menos les interesaba era el culto o la predicación de la Palabra de Dios. Estaban allí para investigar las acciones y las palabras de Jesús con la intención de eliminarle.

En la sinagoga había un hombre con un brazo paralizado. La palabra griega indica que no era una incapacidad de nacimiento, sino el resultado de alguna enfermedad o accidente. El *Evangelio*

según los Hebreos, un evangelio que se ha perdido salvo unos pocos fragmentos, nos dice que aquel hombre era mampostero, y que Le pidió a Jesús que le ayudara porque su medio de vida estaba en sus manos y le daba vergüenza pedir limosna. Si Jesús hubiera sido cauto y astuto habría evitado encontrarse con aquel hombre en público; porque Él sabía muy bien que el curarle en sábado era buscarse problemas. Estaba prohibido hacer ningún trabajo en sábado, y curar a un enfermo era un trabajo. La ley judía era definida y detallada en este punto. La atención médica se podía otorgar solamente si había peligro de muerte. Para dar algunos ejemplos: Se podía ayudar el sábado a una mujer que estuviera de parto; se podía tratar una infección de garganta; si se le caía un muro encima a alguien, se le podía descubrir lo suficiente para ver si estaba vivo; si estaba vivo, se le podía ayudar; pero si estaba muerto, se dejaba allí el cuerpo hasta el día siguiente. No se podía entablillar una fractura. No se podía echar agua fresca en una mano o en un pie dañados. Se podía vendar un corte con un vendaje sencillo, pero no se podía poner ungüento. Es decir: que como mucho se podía procurar que el enfermo o herido no se pudiera peor, pero no que se pusiera mejor.

Nos es sumamente difícil comprender una actitud así. Lo mejor que podemos hacer para comprender aquel punto de vista tan estricto acerca del sábado es recordar que un judío ortodoxo rehusaría defender su vida en sábado. En las guerras de los Macabeos, cuando se inició la resistencia, algunos de los rebeldes judíos se refugiaron en cuevas. Los soldados sirios los persiguieron. El historiador judío Josefo nos dice que les ofrecieron que se rindieran, pero ellos se negaron; «así que los atacaron en sábado, y los abrasaron cuando se encontraban en las cuevas sin que ellos ofrecieran la menor resistencia ni siquiera para impedirles la entrada en las cuevas. Se negaron a defenderse a sí mismos aquel día porque no estaban dispuestos a quebrantar el honor que debían al sábado ni siquiera para salvar sus vidas; porque nuestra Ley nos manda descansar ese día.» Cuando el general romano Pompeyo estaba sitiando Jerusalén, los defensores se refugiaron en el recinto del templo. Pompeyo se puso a construir una empalizada hasta la altura conveniente desde la que pudiera atacarlos. Conocía las

costumbres de los judíos, y construía en sábado; y los judíos no movieron ni una mano para defenderse o para impedir la construcción, aunque sabían que con su inactividad sabática estaban firmando su propia sentencia de muerte. Los romanos, que tenían servicio militar obligatorio, tuvieron que acabar por eximir de él a los judíos, porque se negaban a pelear en sábado. La actitud judía ortodoxa para con el sábado era totalmente rígida e inflexible.

Jesús lo sabía. La vida de aquel hombre no corría peligro en absoluto. Físicamente no estaría peor si se le hacía esperar hasta el día siguiente. Para Jesús esto era una prueba, y Él se enfrentó con ella limpia y claramente. Le dijo al hombre que se levantara y se pusiera donde todos le pudieran ver. Probablemente eso lo hizo por dos razones. Una sería, para desper-tar la compasión de los presentes hacia aquel desgraciado mostrándoles a todos su desgracia. Y también porque Jesús quería dar aquel paso de tal manera que nadie pudiera por menos de verlo.

Entonces les hizo a los maestros de la Ley dos preguntas: «¿Qué es conforme a la Ley, hacer una buena obra en sábado o hacer una mala obra?» Jesús los puso en un aprieto. Estaban obligados a admitir que era legal hacer el bien, y era una buena obra lo que Él se proponía hacer. Estaban obligados a negar que fuera legal hacer mal; y sin embargo, seguramente no cabía duda que era una mala obra dejar a un hombre en una situación lastimosa cuando se tenía la posibilidad de ayudarle. Y entonces les preguntó: «¿Es legal salvar una vida o destruirla?» Aquí Jesús estaba poniendo el dedo en la llaga. *Él* estaba haciendo lo posible para salvarle la vida a aquel hombre; *ellos* estaban programando acabar con Él. Se mirara como se mirara, no cabía duda de que era mejor pensar en ayudar a un hombre que pensar en matar a un hombre. ¡No nos sorprende que no pudieran contestarle!

Entonces Jesús, con una palabra de poder, sanó al hombre; y los fariseos salieron y trataron de urdir un complot con los herodianos para matarle. Esto muestra hasta dónde estaban dispuestos a llegar los fariseos. Ningún fariseos tendría nada que ver con un gentil o con un hombre que no guardara la Ley. Tales personas eran inmundas. Los herodianos eran los fun-cionarios de herodes. Estaban relacionados permanentemente con los romanos. En todos

los sentidos normales los fariseos los consideraban inmundos; pero ahora estaban dispuestos a entrar con ellos en lo que siempre les habría parecido una alianza impía. Tenían tal odio en el corazón que no se paraban ante nada.

Este pasaje es fundamental, porque muestra la colisión entre dos conceptos de religión.

(i) Para los fariseos religión era *ritualismo.* Consistía en obedecer ciertas reglas y normas. Jesús quebrantaba aquellas reglas, y ellos estaban genuinamente convencidos de que era una mala persona. Eran como el que cree que la religión consiste en ir a la iglesia, leer la Biblia o rezar, dar gracias a Dios antes de las comidas, hacer el culto familiar o rezar el rosario, y llevar a cabo todos los actos externos que se consideran religiosos, y que sin embargo nunca está dispuesto a hacer nada por nadie, que no siente nunca compasión ni tiene ningún deseo de sacrificarse por nadie; que tiene bastante con su religiosidad, y que es sordo a la llamada de la necesidad y ciego a las lágrimas del mundo.

(ii) Para Jesús religión era *servicio.* Era amar a Dios *y* amar a las personas. El ritual era irrelevante comparado con el amor en acción. Para Jesús la cosa más importante del mundo no era llevar a cabo correctamente un ritual, sino la respuesta espontánea al clamor de la necesidad humana.

EN MEDIO DE LAS MULTITUDES

Marcos 3:7-12

> *Así que Jesús se retiró con Sus discípulos a la orilla del lago, y Le siguió una gran multitud de Galilea, y de Judea y de Jerusalén; y de Idumea y la región de Transjordania; y del territorio alrededor de Tiro y de Sidón; venía a Él gran cantidad de gente, porque se enteraban de las cosas maravillosas que hacía.*
>
> *Jesús les dijo a Sus discípulos que tuvieran preparada una barca esperándole a causa de la multitud, para que no Le aplastaran; porque Él sanó a muchos, y el resultado fue que todos los que sufrían los azotes de la enfermedad se lanzaban hacia Él para tocarle. Y tan pronto como Le veían los espíritus inmundos se postraban en tierra ante Él gritando:*
>
> *—¡Tú eres el Hijo de Dios!*
>
> *Muchas veces Jesús les prohibía terminantemente que Le dieran a conocer.*

A menos que Jesús quisiera verse involucrado en una colisión frontal con las autoridades, tenía que dejar de utilizar las sinagogas. No es que se retirara por temor a las consecuencias; sino que Su hora no había sonado todavía. Le quedaba todavía mucho por hacer y por decir antes que llegara el conflicto final.

Así que se retiró de las sinagogas y salió a la orilla del lago y al aire libre. Hasta allí Le siguieron en tromba las multitudes viniendo desde lejos. Procedían de toda Galilea; muchos habían recorrido más de ciento cincuenta kilómetros desde Jerusalén y otros lugares de Judea para verle y escucharle. Idumea era el antiguo reino de Edom, en el extremo Sur, entre la frontera de Palestina y Arabia. También venían del Este del Jordán; y hasta de territorio extranjero, de las ciudades fenicias de Tiro y de Sidón en la costa del Mediterráneo al Noroeste de Galilea.

Tan numerosas eran las multitudes que la cosa se puso peligrosa, y había que tener una barca dispuesta cerca de la orilla en caso de que el gentío estuviera a punto de aplastarle. Las curaciones Le atraían aún más número; aún más peligro, porque los enfermos ni

siquiera esperaban a que los tocara, sino se lanzaban a tocarle ellos.

Para entonces tenía que enfrentarse con un problema especial: el de los que estaban poseídos por demonios. Recordemos que, sea cual sea nuestra opinión acerca de ese asunto, aquellas personas estaban convencidas de que estaban poseídas por un poder malo ajeno a sí mismos. Aquellos llamaban a Jesús *Hijo de Dios.* ¿Qué querían decir con eso? Seguramente no usaban la expresión en lo que podríamos llamar un sentido teológico. En el mundo antiguo, *hijo de Dios* no era un título infrecuente. Los reyes de Egipto se autoproclamaban hijos de Ra, su dios. Desde Augusto en adelante, muchos de los emperadores ro-manos se describen en las inscripciones como hijos de Dios. El Antiguo Testamento tiene cuatro maneras de usar esta expresión. (i) *Los ángeles* son *los hijos de Dios.* La antigua historia de *Génesis 6:2* dice que *los hijos de Dios* vieron a las hijas de los hombres y se sintieron fatalmente atraídos por ellas. *Job 1:6* nos habla del día cuando *los hijos de Dios* vinieron a presentarse delante del Señor. Era un título corrien-te para los ángeles. (ii) *El pueblo de Israel* era *el hijo de Dios.* Dios llamó a *Su hijo* para que saliera de Egipto *(Oseas 11:1).* En *Éxodo 4:22* Dios dice de la nación: *«Israel es mi primogénito.»* (iii) *El rey de Israel* era *el hijo de Dios.* En *2 Samuel 7:14,* la promesa que se le hace al rey es: «Yo seré su Padre, y él será *Mi hijo.*» (iv) En los libros posteriores, que se escribieron entre los dos Testamentos, *un hombre bueno* es *un hijo de Dios.* Para Sirá, la promesa que se le hace al que es bueno con los huérfanos es:

Así llegarás a ser un hijo del Altísimo,
y Él te amará más que tu propia madre.
(Eclesiástico 4:10)

En todos estos casos el término *hijo* describe a alguien que está especialmente cerca de Dios. Tenemos paralelos de esto en el Nuevo Testamento que nos muestran algo de su significado. Pablo llama a Timoteo *su hijo (1 Timoteo 1:2; 1:18).* Timoteo no era ni siquiera pariente de Pablo; pero no había otro, como Pablo les dice a los filipenses (2:19-22), que le conociera y estuviera de acuerdo con él tanto como Timoteo. Pedro llama a Marcos *su hijo (1 Pedro*

5:13), porque no había otro que pudiera interpretar su pensamiento tan bien como Marcos. Cuando nos encontramos este título en la sencillez de la historia evangélica no tenemos que pensar en términos de teología o en la doctrina de la Trinidad; tenemos que verlo como una manera de expresar el hecho de que la relación de Jesús con Dios era tan íntima que ninguna otra palabra podría describirla nada más que *Hijo.* Ahora bien, aquellos poseídos por demonios sentían que había en ellos un espíritu malo independiente; y se daban cuenta de alguna manera de que Jesús estaba cerca y muy próximo a Dios; se daban cuenta de que en la presencia de esa proximidad a Dios los demonios no podían vivir, y por tanto tenían miedo.

Debemos preguntarnos: «¿Por qué les ordenaba Jesús tan seriamente que guardaran silencio?» La razón era muy sencilla y necesaria. Jesús era el Mesías, el Rey Ungido por Dios; pe-ro Su idea del mesiazgo era totalmente diferente de la idea popular. Él veía en el mesiazgo un camino de servicio, de sacrificio y de amor, con una Cruz al final de él. La idea popu-lar del Mesías era como un Rey conquistador que barrería a los romanos y conduciría a los judíos a un dominio universal con sus poderosos ejércitos. Por tanto, si se difundía el rumor de que el Mesías había llegado, la consecuencia inevitable serían rebeliones y levantamientos, especialmente en Galilea, donde la gente estaba dispuesta a seguir a cualquier líder nacionalista.

Jesús pensaba en el mesiazgo en términos de amor; el pueblo, en términos de nacionalismo judío. Por tanto, antes de que pudiera haber ninguna proclamación de Su mesiazgo, Jesús tenía que enseñarle al pueblo el verdadero sentido que tenía para Él. En aquella etapa, sólo daño y problemas y desastres serían la consecuencia de la proclamación de que el Mesías había llegado. Sólo habría desembocado en una guerra inútil y en un baño de sangre. Lo primero que todos tenían que aprender era la verdadera idea de la misión y el carácter del Mesías; un anuncio prematuro podría haber sido la ruina de toda la misión de Jesús.

LA COMPAÑÍA ELEGIDA

Marcos 3:13-19

Jesús subió a la montaña e invitó a Su servicio a los hombres que había escogido; y nombró a doce para que estuvieran con Él y para enviarlos como Sus heraldos y para que tuvieran poder para echar demonios. Esco-gió a Simón, al que le puso por nombre Pedro; a Santiago hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, a los que puso por mote Boanergues, que quiere decir «hijos del trueno»; a Andrés y a Felipe y a Bartolomé y a Mateo y a Tomás, y a Santiago hijo de Alfeo y a Tadeo y a Simón el Cananeo y a Judas Iscariote que fue el que Le traicionó.

Jesús había llegado a un momento muy importante de Su vida y obra. Se había presentado con Su mensaje; había elegido Su método; había recorrido Galilea predicando y sanan-do. Para entonces ya había hecho un impacto considerable en la opinión pública. Ahora tenía que enfrentarse con dos problemas muy prácticos. En primer lugar, tenía que encontrar la manera de hacer que permaneciera Su mensaje en caso de que algo Le sucediera a Él, y que ese algo había de sucederle no lo dudaba. Segundo, tenía que encontrar la manera de extender Su mensaje; y en una edad en que no había tal cosa como periódicos o libros, ni ninguna manera de alcanzar grandes audiencias a la vez, esa no era una tarea fácil. No había nada más que una forma de resolver los dos problemas: tenía que escoger algunas personas para escribir Su mensaje en sus corazones y vidas, y que salieran de Su presencia para difundirlo a los cuatro vientos. Eso exactamente es lo que Le vemos hacer aquí.

Es significativo que *el Cristianismo empezó con un grupo.* La fe cristiana es algo que estaba diseñado desde el principio que se había de descubrir y vivir en compañía. La esencia de la manera de vivir de los fariseos era que separaba a los hombres de su entorno. El mismo nombre de *fariseo* quiere decir *separado;* la esencia del Cristianismo es que vincula a cada uno con sus semejantes, y le presenta la tarea de vivir en compañía con los demás.

Además, el Cristianismo empezó con un grupo muy heterogéneo. En él se encontraban los dos extremos: Mateo era cobrador de contribuciones, y por tanto un marginado; era un renegado y un traidor a sus compatriotas; y Simón el Cananeo, al que Lucas llama correctamente el Celota; y los celotas eran una pandilla de

nacionalistas ardientes y violentos que se com- prometían hasta a cometer crímenes y asesinatos para librar a su país del yugo extranjero. El hombre que había perdido totalmente el sentido de patriotismo y el patriota fanático estaban juntos en aquel grupo, y sin duda habría entre aquellos dos extremos toda clase de trasfondos y opiniones. El Cristianismo empezó insistiendo en que las personas más diferentes deben vivir juntas, y ofreciéndoles la oportunidad de hacerlo conviviendo con Jesús.

A juzgar por los baremos del mundo, los hombres que escogió Jesús no tenían ninguna cualificación especial. No eran ricos, ni tenían una posición social especial, ni tenían una cultura elevada, ni tenían preparación teológica, ni tenían una posición elevada en la iglesia. Eran doce personas normales y corrientes. Pero sí *tenían* dos cualificaciones especiales. La primera: habían sentido la atracción magnética de Jesús. Ha-bía algo en Él que les había hecho querer tenerle por Maestro. Y la segunda: tenían el coraje de mostrar que estaban de Su parte. No nos equivoquemos: aquello requería coraje. Ahí estaba Jesús, pasando tranquilamente por alto normas y reglas; ahí estaba Jesús siguiendo un camino que conducía inevitablemente a una colisión con los líderes ortodoxos; ahí estaba Jesús, ya marcado como pecador y como hereje; y sin embargo tuvieron el coraje de asociarse con Él. Ningún grupo de hombres lo arriesgó todo nunca antes ni después a una esperanza trasnochada como aquellos galileos, y ninguna banda de hombres lo hizo ni lo haría nunca jamás con los ojos más abiertos que ellos. Aquellos Doce tenían toda clase de faltas; pero dijérase lo que se dijera de ellos, amaban a Jesús y no tenían miedo de decirle al mundo que Le amaban —y eso es ser cristianos.

Jesús los eligió con dos propósitos. Primero, los eligió *para que estuvieran con Él;* los eligió para que fueran Sus constantes y fieles compañeros. Otros podrían ir y venir; la multitud podría estar allí un día y no al siguiente; otros puede que fluctuaran y cambiaran en su relación con Él; pero estos Doce habían de identificar sus vidas con Su vida y vivir con Él todo el tiempo. Segundo, los eligió *para enviarlos.* Quería que fueran Sus representantes; que le hablaran a otros de Él. Ellos mismos habían sido ganados para que pudieran ganar a otros.

Para la tarea, Jesús los equipó con dos cosas. En primer lugar, les dio *un mensaje.* Habían de ser Sus heraldos. Un sabio dijo una vez que nadie tiene ningún derecho a ser maestro a menos que tenga una enseñanza propia que ofrecer, o la enseñanza de otro que desee apasionadamente propagar. La gente siempre escuchará al que tenga un mensaje. Jesús les dio a Sus amigos algo que decir. Segundo, les dio *un poder.* También habrían de echar demonios. Porque estaban en Su compañía, algo de Su poder se reflejaba en sus vidas.

Si queremos aprender lo que es el discipulado, haremos bien en fijarnos en estos primeros discípulos.

EL VEREDICTO DE LOS SUYOS

Marcos 3:20s

> *Jesús entró en una casa; e inmediatamente se reunió otra vez un gentío tan compacto que no se podía ni tomar un bocado. Cuando Su propia gente supo lo que estaba pasando, salieron a buscarle para llevársele a casa, porque decían: «Ha perdido el juicio.»*

Algunas veces a una persona se le escapa una observación que no se puede interpretar sino como el producto de una amarga experiencia. Una vez, cuando Jesús estaba enumerando las cosas que una persona tendría que arrostrar por seguirle a Él, dijo: «Los enemigos de una persona serán los de su propia familia» *(Mateo 10:36).* Su propia familia había llegado a la conclusión de que Jesús había perdido el juicio, y de que ya era hora de que se Le llevaran a casa. Veamos si podemos entender lo que les hizo pensarlo.

(i) Jesús Se había marchado de casa y del taller de carpintero de Nazaret. Parece ser que era un trabajo seguro, en el que por lo menos Él podía ganarse la vida. Y de pronto lo tiró todo por la borda y salió como predicador ambulante. Ningún hombre sensato, tienen que haber pensado, abandonaría un negocio en el que entraba regularmente todas las semanas un sueldo seguro, para convertirse en un vagabundo que no tuviera ni dónde reclinar la cabeza.

(ii) Jesús iba camino de llegar a una colisión frontal con los líderes ortodoxos de Su tiempo. Hay ciertas personas que le pueden

perjudicar mucho a un hombre; personas con las que conviene llevarse bien, cuya posición puede ser muy peligrosa. Ninguna persona sensata, deben de haber estado pensando, se enfrentaría con los estamentos superiores. Nadie se podía enfrentar con los escribas y los fariseos y los líderes ortodoxos, y tener esperanzas de salirse con la suya.

(iii) Jesús había iniciado hacía poco una pequeña sociedad particular —y, por cierto, muy particular. Había en ella algunos pescadores; un cobrador de impuestos convertido, y un nacionalista fanático. No eran la clase de personas con las que ningún hombre ambicioso querría relacionarse especialmente. Desde luego que no eran la clase de personas que podrían ser de utilidad para uno que empezara una carrera. Ningún hombre sensato, deben de haber estado pensando, escogería una pandilla de amigos así. Desde luego, no eran la clase de gente con la que se querría mezclar un hombre prudente.

Con Sus acciones, Jesús había dejado bien claro que las tres leyes por las que los hombres tienden a organizar sus vidas no tenían ninguna importancia para Él.

(i) Había tirado por la borda *la seguridad.* La única cosa que la mayor parte de la gente quiere más que ninguna otra es esa precisamente. Por encima de todo se quiere un trabajo y una posición seguros, y en los que haya los menos riesgos materiales y económicos posibles.

(ii) Había tirado por la borda *el mantenerse a salvo.* La mayor parte de la gente tiende siempre a estar a salvo. Les preocupa más esto en cualquier empresa que su calidad moral, su legalidad o su ilegalidad. Un curso de acción que implica riesgo es algo de lo que se desmarca uno instintivamente.

(iii) Se había mostrado totalmente indiferente al *veredicto de la sociedad.* Había dado muestras de no importante lo más mínimo lo que se dijera de Él. De hecho, como decía H. G. Wells, para la mayor parte de la gente «la voz de sus vecinos suena más alto que la voz de Dios.» «¿Qué dirá la gente?» es una de las primeras preguntas que la mayor parte de nosotros tenemos costumbre de preguntar.

Lo que más horrorizaba a los familiares de Jesús eran los riesgos que estaba asumiendo; riesgos que, pensaban ellos, ninguna persona sensata asumiría.

Cuando Juan Bunyan estaba en la cárcel, tenía muchos temores. «Mi encarcelamiento —pensaba— podría acabar en el patíbulo por lo que yo puedo ver.» No le gustaba pensar que le ahorcaran. Pero llegó un día cuando se avergonzó de haber tenido miedo. «Pensé que me avergonzaría morir por una causa como esta con el rostro demacrado y las rodillas temblorosas.» Así es que llegó a la conclusión, viéndose subir la escalera del patíbulo: «Por tanto, pensé, estoy decidido a seguir adelante y a arriesgar el todo por el todo con Cristo, tenga aquí consuelo o no; si Dios no interviene, pensé, pegaré un salto a ojos cerrados de la escalera a la eternidad, me hunda o nade, sea al Cielo o al infierno; Señor Jesús, si me quieres recoger, recógeme; si no, *yo me lo juego todo por Tu nombre.*» Eso era precisamente lo que Jesús estaba decidido a hacer. *Yo me lo juego todo por Tu nombre.* Esa era la esencia de la vida de Jesús, y esa —ni a salvo ni estar seguro— debería ser el lema del cristiano y el manantial de la vida cristiana.

¿ALIANZA O CONQUISTA?

Marcos 3:22-27

> *Los maestros de la Ley vinieron desde Jerusalén, y dijeron:*
>
> *—¡Tiene a Beelzebub de Su parte! Es por medio del jefe de los demonios como echa los demonios.*
>
> *Jesús los llamó aparte, y les habló por medio de una alegoría:*
>
> *—¿Cómo va a echar Satanás a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo, no podrá mantenerse. Y si una casa está dividida contra sí misma, no podrá mantenerse en pie. Pues lo mismo si Satanás se levanta contra sí mismo y está dividido: no podrá mantenerse. ¡Está acabado! Nadie puede penetrar en la casa de un hombre poderoso y saquearla a manos que primero ate al poderoso: entonces sí podrá desmantelar su casa.*

Los representantes oficiales del Sanedrín nunca pusieron en duda el poder de Jesús para echar demonios. No tenían por qué; porque

el exorcismo era entonces un fenómeno corriente, como lo es todavía en Oriente. Lo que sí dijeron fue que el poder de Jesús era debido al hecho de que estaba en coalición con el rey de los demonios; que, como dice un comentador: «Era de acuerdo con el gran demonio como Jesús echaba a los demonios pequeños.» La gente ha creído siempre en la «magia negra», y eso era lo que pretendían que Jesús practicaba.

Jesús no tuvo dificultad en desbaratar ese argumento. La esencia del exorcismo consiste en que el exorcista invoca la ayuda de un poder superior para echar a los demonios inferiores. Así es que Jesús dijo: «¡Figuraos! Si hay una disensión interna en un reino, ese reino no puede durar mucho. Si hay peleas en una casa, esa casa no durará mucho. Si Satanás está en guerra con sus propios demonios, entonces está acabado como poder a tener en cuenta, porque ha empezado una guerra civil en su reino.» «Para decirlo de otro modo —dijo Jesús—, supongamos que alguien quiere robar en la casa de un hombre muy poderoso. No hay manera de hacerlo, hasta que haya sometido a ese hombre poderoso. Cuando le tiene bien atado, entonces podrá desmantelar sus bienes, pero no antes.» La derrota de los demonios no mostraba que Jesús estuviera aliado con Satanás, sino que las defensas de Satanás se habían resquebrajado. Se había presentado un Nombre superior y más poderoso. La conquista de Satanás había empezado.

Dos cosas surgen de aquí.

(i) Jesús reconoce que la vida es un conflicto entre el poder del mal y el poder de Dios. No perdió el tiempo con especulaciones acerca de problemas cuya solución no podemos alcanzar los seres humanos. No se detuvo a discutir de dónde viene el mal; pero sí lo combatió de la manera más efectiva. Una de las cosas más curiosas es que pasamos mucho tiempo discutiendo el origen del mal, pero dedicamos muy poco tiempo a poner en práctica métodos para resolverlo. Alguien lo ha expresado de la siguiente manera: Supongamos que uno se despierta y se encuentra con que en su casa se ha producido un incendio. No se sienta en una silla y se pone a leer un libro sobre «El origen de los fuegos en las casas particulares,» sino echa mano de los medios a su alcance, y se pone a combatir el fuego. Jesús vio el conflicto esencial entre el bien

y el mal que está en el centro de la vida y cebándose en el mundo. No se puso a especular acerca del mal; se enfrentó con él, y dio a otros el poder para vencer el mal y obrar el bien.

(ii) Jesús consideraba la derrota de la enfermedad como parte de la conquista del reino de Satanás. Esto es una parte esencial del pensamiento de Jesús. Él deseaba, y podía, salvar los cuerpos de las personas lo mismo que sus almas. El médico y el hombre de ciencia que se enfrentan con el desafío de la enfermedad están colaborando en la derrota de Satanás tanto como el predicador del Evangelio. El médico y el pastor no están luchando en frentes diferentes, sino en el mismo. No son rivales, sino colaboradores en la guerra de Dios contra el poder del mal.

EL PECADO IMPERDONABLE

Marcos 3:28-30

> *—Esto que os digo es la pura verdad: Todos los pecados se les podrán perdonar a los seres humanos; quiero decir, todas las blasfemias que digan; pero al que insulte al Espíritu Santo no se le perdonará nunca, porque habrá cometido el pecado que ni siquiera la eternidad puede borrar.*
>
> *Esto lo dijo Jesús porque habían dicho que Él tenía un espíritu inmundo.*

Si hemos de entender lo que quiere decir esta terrible palabra debemos primero entender las circunstancias en que se dijo. Lo dijo Jesús cuando los escribas y los fariseos declararon que las curas que Él obraba, no las realizaba por el poder de Dios, sino por el del diablo. Aquellos hombres habían contemplado el amor de Dios encarnado, y creían que era el poder encarnado de Satanás.

Debemos empezar por reconocer que Jesús no se referiría al Espíritu Santo con todo el sentido de la doctrina cristiana. El Espíritu no vino al mundo en toda Su plenitud hasta que Jesús volvió a la gloria. Fue en Pentecostés cuando los creyentes tuvieron la experiencia suprema del Espíritu Santo. Jesús hizo referencia al Espíritu Santo en un sentido que Sus oyentes podían entender. Ahora bien, en el pensamiento judío el Espíritu Santo tenía dos funciones principales: La primera, revelaba la verdad de Dios a las

personas; la segunda, capacitaba a las personas para que reconocieran esa verdad cuando la vieran. Esto nos dará la clave del sentido de este pasaje.

(i) El Espíritu Santo permitía a las personas reconocer la verdad de Dios cuando entraba en sus vidas. Pero, si una persona se niega a ejercitar alguna facultad dada por Dios, acabará por perderla. Si vive en la oscuridad suficiente tiempo, acabará por perder la capacidad de ver. Si permanece en la cama demasiado tiempo, perderá la capacidad de andar. Si se resiste a hacer ningún estudio serio, perderá la capacidad de estudiar. Y si una persona rechaza la dirección del Espíritu de Dios insistentemente, acabará por incapacitarse para recono-cer la verdad cuando la vea. El mal se convertirá para él en bien, y el bien en mal. Podrá contemplar la bondad de Dios y llamarla la obra de Satanás.

(ii) ¿Por qué no tiene perdón ese pecado? H. B. Swete dice: «El identificar la fuente del bien con la representación del mal implica una ruina moral para la que la misma Encarnación no ofrece remedio.» A. J. Rawlinson lo llama «la maldad esencial;» como si aquí tuviéramos la quintaesencia de todo mal. Bengel dice que todos los otros pecados son *humanos,* pero este es *satánico.* ¿Por qué es así?

Consideremos el efecto que hace Jesús en una persona. La primera impresión es hacerle ver su propia indignidad esencial en comparación con la belleza y la amabilidad de la vida de Jesús. «¡Apártate de mí —dijo Pedro—, porque soy un pecador!» *(Lucas 5:8).* Cuando Tockichi Ishii leyó por primera vez el Evangelio, dijo: «Me paré. Estaba como si me hubieran atravesado el corazón con un puñal de una cuarta. ¿Le puedo llamar a eso el amor de Cristo? ¿O Su compasión? No sé cómo llamarlo; sólo sé que yo creí, y que la dureza de mi corazón desapareció.» Su primera reacción fue como sentirse apuñalado. El resultado de ese sentimiento y el resultado de ese corazón apuñalado es un arrepentimiento profundo y sincero, y el arrepentimiento es la única condición para el perdón. Pero, si una persona ha llegado a un estado en el que, por haberse negado repetidas veces a prestar atención a las advertencias del Espíritu Santo, no puede ver nada atractivo en Jesús, entonces el contemplar a Jesús no le producirá ningún sentimiento de pecado;

como no tiene sentimiento de pecado, no puede arrepentirse; y como no puede arrepentirse no puede recibir el perdón.

Una de las leyendas de Lucifer nos cuenta que un día un sacerdote vio en su congregación a un joven maravillosamente atractivo. Después de la misa, el joven se quedó para confesarse. Confesó tantos y tan terribles pecados que al sacerdote se le ponían los pelos de punta. «Tienes que haber vivido mucho tiempo para hacer todo eso —le dijo el sacerdote.» «Mi nombre es Lucifer —le contestó el joven—; y yo caí del Cielo al principio del tiempo.» «Pues, a pesar de todo —le dijo el sacerdote—, di que lo sientes, di que te arrepientes, y aun tú mismo serás perdonado.» El joven se quedó mirando al sacerdote un momento, y después se dio la vuelta y se marchó. No podía ni quería decirlo, y por tanto tenía que marcharse desolado y condenado.

Sólo hay una condición para recibir el perdón, y es el arrepentimiento. Siempre que una persona vea lo preciosa que es la vida de Cristo; siempre que odie su pecado, aunque no lo pueda dejar, aunque esté en el polvo y en el cieno, se le puede perdonar. Pero si una persona, por rechazar repetidamente la dirección de Dios, ha perdido la capacidad de reconocer la bondad cuando la ve; si tiene los valores morales tan invertidos que llama bien al mal y mal al bien, entonces, aun cuando se encuentre cara a cara con Cristo, no tendrá ninguna conciencia de pecado; no se podrá arrepentir, y por tanto no se le podrá perdonar nunca. Ese es el pecado contra el Espíritu Santo.

CONDICIONES DEL PARENTESCO

Marcos 3:31-35

Llegaron la madre y los hermanos de Jesús. Se quedaron fuera, y mandaron a alguien que entrara a darle un recado a Jesús. Toda la gente estaba sentada alrededor de Él.

—¡Mira! —Le dijeron—. Tu madre y Tus hermanos están ahí fuera preguntando por Ti.

—¿Quiénes son Mi madre y Mis hermanos? —dijo Jesús; y mirando a los que estaban sentados en círculo alrededor de Él dijo—: ¡Mirad! ¡Mi madre y Mis hermanos! Todos los que hacen la voluntad de Dios son Mis hermanos y mis hermanas y Mi madre.

Aquí Jesús establece las condiciones del verdadero parentesco. No es cosa de carne y sangre exclusivamente. Puede suceder que una persona esté realmente más cerca de uno que no es pariente suyo que de los que están relacionados con ella por los lazos más estrechos de parentesco y de sangre. Entonces, ¿de qué depende el verdadero parentesco?

(i) El verdadero parentesco depende de *una experiencia común,* especialmente cuando es una experiencia en la que dos o más personas han pasado por situaciones importantes juntas. Se ha dicho que dos personas llegan a ser realmente amigas cuando se pueden decir la una a la otra: «¿Te acuerdas?» Y entonces siguen hablando acerca de cosas que han pasado juntas. Uno conoció una vez a una anciana negra. Se le había muerto una amiga. «Habrás sentido mucho —le dijo— que se haya muerto esa señora.» «Sí» —respondió ella, no dando señales de mucho dolor. «Os vi la semana pasada —le dijo el otro— hablando y riendo entre vosotras. Tenéis que haber sido grandes amigas.» «Sí —contentó ella—. Éramos amigas. Nos lo pasábamos bien juntas. Pero, para ser realmente amigas, las personas tienen que llorar juntas.» Eso es profundamente cierto. La base de un verdadero parentesco radica en una común experiencia; y los cristianos comparten la experiencia de ser pecadores perdonados.

(ii) El verdadero parentesco depende de *un interés común.* A. M. Chirgwin nos dice una cosa muy interesante en su *La Biblia en el evangelismo internacional.* Una de las mayores dificultades que tienen los colportores y los distribuidores de las escrituras no es tanto vender sus libros como hacer que la gente los lea. Y prosigue: «Un colportor en la China precomunista había mantenido por años la costumbre de ir de tienda en tienda y de casa en casa. Pero a menudo se llevaba un chasco, porque muchos de sus nuevos lectores de la Biblia perdían el interés; hasta que se le ocurrió un plan: ponerlos en contacto entre sí y formar con ellos un grupo de adoración y estudio, que a su tiempo llegaban a organizarse como iglesia.» Sólo cuando esas unidades aisladas llegaban a ser parte de un grupo unido por un interés común se daba entre ellas el verdadero parentesco. Los cristianos tenemos ese interés común, por ser personas que deseamos conocer a Jesucristo más íntimamente.

(iii) El verdadero parentesco depende de *una obediencia común.* Los discípulos eran un grupo muy heterogéneo. Entre ellos se daban toda clase de creencias y opiniones. Un cobrador de impuestos como Mateo y un nacionalista fanático como Simón el Celota tendrían que haberse odiado mutuamente a muerte, y probablemente se habrían odiado antes. Pero ahora estaban vinculados, porque habían aceptado a Jesucristo como su Maestro y Señor. Cualquier pelotón de soldados estará formado por hombres de diferentes trasfondos y profesiones y convicciones; sin embargo, si están un tiempo suficiente juntos, formarán un grupo de camaradas a causa de la obediencia que comparten. Las personas pueden llegar a ser amigas cuando comparten un jefe en común. Las personas pueden amarse solamente cuando aman a Jesucristo.

(iv) El verdadero parentesco consiste en *una meta común.* No hay nada que una tanto a las personas como una finalidad común. Aquí hay una gran lección para la Iglesia. A. M. Chirgwin, hablando de un interés renovado en la Iglesia, pregunta: «¿Señala esto la posibilidad de un nuevo enfoque al problema ecuménico, basado más bien en consideraciones bíblicas que en cuestiones eclesiásticas?» Las iglesias nunca se aproximarán entre sí mientras discutan acerca de la ordenación de sus ministros, la forma de

gobierno eclesiástico, la administración de los sacramentos y todo lo demás. La única cosa en la que se pueden encontrar es el hecho de que todas están tratando de ganar almas para Jesucristo. Si el parentesco viene de una finalidad común, entonces los cristianos poseemos el secreto por encima de todos los demás seres humanos, porque todos nos estamos esforzando por conocer mejor a Jesucristo e introducir a otros en Su Reino. Aunque no estemos de acuerdo en otras cosas, en eso podemos encontrar y reconocer nuestra unidad.

ENSEÑANDO POR PARÁBOLAS

Marcos 4:1s

> *Jesús se puso a enseñar otra vez a la orilla del lago. Se reunió para escucharle una multitud tan grande de gente que Él tuvo que subirse a una barca, y sentarse en ella en el lago. Toda la inmensa multitud de gente estaba a la orilla, mirando hacia el lago. Él se puso a enseñarles muchas cosas por parábolas; y en Su enseñanza empezó a decirles:*
>
> *—¡Escuchad! ¡Mirad! ¡El sembrador ha salido a sembrar!*

En esta sección vemos a Jesús iniciando una nueva etapa. Ya no estaba enseñando en la sinagoga, sino a la orilla del lago. Había intentado llegar al pueblo de una manera ortodoxa; ahora tenía que seguir métodos menos convencionales.

Haremos bien el fijarnos en que Jesús estaba dispuesto a utilizar nuevos métodos. Estaba dispuesto a trasladar la predicación y la enseñanza fuera del ambiente convencional de la sinagoga al aire libre y entre las multitudes de hombres y mujeres corrientes. John Wesley fue durante muchos años un servidor fiel y ortodoxo de la Iglesia de Inglaterra. Su amigo George Whitefield estaba en Bristol predicando a los mineros, tantos como veinte mil a la vez, al aire libre; y en su audiencia se convertían a centenares. Mandó a buscar a John Wesley. Wesley dijo: «A mí me encanta un salón amplio, un cojín blandito y un púlpito bonito.» Lo de la predicación al aire libre más bien le escandalizaba. Se decía a sí mismo: «Difícilmente podía identificarme al principio con esos métodos extravagantes —habiendo sido toda mi vida, hasta bien tarde, tan cumplidor de todo

lo relativo a la decencia y al orden—, hasta tal punto que habría creído que era casi un pecado salvar almas si no se hacía en la iglesia.» Pero Wesley vio que la predicación al aire libre ganaba almas, y dijo: «No puedo discutir una cuestión de hechos.»

Tiene que haber habido muchos entre los judíos ortodoxos que consideraran esta nueva salida como acrobática y sensacionalista; pero Jesús era suficientemente sabio para saber cuándo hacían falta nuevos métodos, y era lo suficientemente aventurero como para usarlos. Sería bueno que la Iglesia fuera igualmente sabia y emprendedora.

Esta nueva etapa requería un método nuevo; y el nuevo método que escogió Jesús consistía en hablarle a la gente *por parábolas. Parábola* quiere decir literalmente *algo que se pone al lado de algo;* es decir, *una comparación.* Es *una historia terrenal con un sentido celestial.* Algo de la Tierra se compara con algo del Cielo, para que la verdad celestial se pueda captar mejor a la luz de la ilustración terrenal. ¿Por qué escogió Jesús este método? ¿Y cómo llegó a serle tan característico que llegó a ser el Maestro de la parábola?

(i) La primera y principal razón es que Jesús eligió el método parabólico para hacer que la gente Le escuchara. Ya no Se estaba dirigiendo a una audiencia de personas religiosas en una sinagoga, que estaban más o menos obligadas a permanecer allí hasta que terminara el culto. Tenía una audiencia multitudinaria y diversa al aire libre, que tenía libertad para marcharse cuando quisiera. Por tanto, la prioridad esencial era *despertar y mantener su interés.* En caso contrario, sencillamente se marcharían. Sir Philip Sidney habla del secreto del poeta: «Con una historia peregrina viene a ti, con un cuento que hace que los niños dejen de jugar y los viejos abandonen la chimenea.» La mejor manera de despertar el interés de la gente es contarles historias, y Jesús lo sabía.

(ii) Además, cuando Jesús usaba el método parabólico es- taba siguiendo un método que les era totalmente familiar a las audiencias y los maestros judíos. Hay parábolas en el Antiguo Testamento, la más famosa de las cuales es la historia de la corderita que Natán le contó a David cuando se había deshecho traicioneramente de Urías y tomado posesión de Betsabé *(2 Samuel 12:1-7).* Los rabinos usaban parábolas corrientemen-te en su enseñanza. Se decía de

Rabí Meír que hablaba una tercera parte de cuestiones legales; otra tercera parte de explicaciones, y otra tercera parte en parábolas.

Aquí tenemos dos ejemplos de parábolas rabínicas. La primera es de Rabí Yehudá ha-Nasí, Judá el Príncipe (*c.* 190 d.C.). El emperador romano Antonino le preguntó cómo po-día haber castigo en el más allá; porque, puesto que el cuerpo y el alma no podían haber cometido pecado después de separarse, podrían echarse las culpas mutuamente por los pecados cometidos en este mundo. El rabino le contestó con una parábola:

> *Un cierto rey tenía un hermoso huerto que daba una fruta excelente; y puso a cargo de él a dos vigilantes, uno ciego y el otro cojo. El cojo le dijo al ciego: «Veo una fruta exquisita en el huerto. Llévame allí para que la coja, y nos la comeremos entre los dos.» El ciego estuvo de acuerdo, y ambos se comieron la fruta. Después de algunos días llegó el amo del huerto, y les preguntó a los guardianes por la fruta. Entonces el cojo le dijo: «Como yo no tengo piernas, no podía llegar allí; así es que no es culpa mía.» Y el ciego le dijo: «Como yo soy ciego, ni siquiera podía ver la fruta; así es que no es culpa mía.» ¿Qué hizo el amo del huerto? Hizo que el ciego cargara con el cojo, y así demostró la culpabilidad de ambos. Así repondrá Dios las almas en sus cuerpos, y los castigará juntos por sus pecados.*

Cuando Abín, el hijo de Rabí Jiyya, murió a la temprana edad de veintiocho años, Rabí Zera pronunció la oración fúnebre utilizando una parábola:

> *Un rey tenía una viña en la que empleó a muchos trabajadores, uno de los cuales era especialmente capaz y hábil. ¿Qué fue lo que hizo el rey? Retiró a ese trabajador de la faena, y estuvo paseando por toda la viña con él. Cuando los obreros fueron a cobrar su sueldo por la tarde, el obrero habilidoso apareció entre ellos, y recibió del rey la totalidad del salario del día. Los otros trabajadores se enfadaron mucho, y dijeron: «Nosotros hemos trabajado todo el día, mientras que este no ha trabajado más que dos horas. ¿Por qué le da el rey a él el mismo sueldo que a nosotros?» El rey les contestó: «¿Por qué os enfadáis? Con su habilidad, él ha hecho más en*

las dos horas que vosotros en todo el día.» Así ha sucedido con Rabí Abín ben Jiyya: En los veintiocho años de su vida, él ha aprendido más que otros en cien años; así que él ha cumplido el trabajo de su vida, y se le ha permitido entrar en el Paraíso desde su trabajo en la Tierra antes que otros; y no se perderá nada de su recompensa.

Cuando Jesús usaba el método parabólico de enseñanza estaba usando un método al que los judíos estaban acostumbrados y podían entender muy bien.

(iii) Y aún más: cuando Jesús usó el método parabólico de enseñanza estaba haciendo concretas las ideas abstractas. Pocas personas son capaces de captar las ideas abstractas; casi todos pensamos en imágenes. Podríamos pasar mucho tiempo hablando de *la belleza,* y ninguno sacaríamos nada en claro; pero reconocemos a una mujer bella. Podemos pasar mucho tiempo hablando de la bondad sin llegar a una definición; pero todos reconocemos una buena acción cuando la vemos. Hay un sentido en el que *toda* palabra tiene que hacerse carne; cada idea se tiene que encarnar en una persona. Cuando el Nuevo Testamento habla de la fe, pone el ejemplo de Abraham para que la idea de la fe se haga carne en la persona de Abraham. Jesús era un maestro sabio. Sabía que era inútil esperar que las mentes sencillas captaran las ideas abstractas; así es que incorporó las ideas abstractas en historias concretas; las mostró en acción; las presentó en personas, para que la gente las pudiera captar y comprender.

(iv) Por último, la gran virtud de la parábola es que obliga a la persona a pensar por sí misma. Obliga a todo el mundo a hacer su propia deducción y a descubrir la verdad por sí. La peor manera de ayudar a un niño es hacerle los deberes. No le ayuda en absoluto el que le hagamos sus sumas, le escribamos sus redacciones, le resolvamos sus problemas y le hagamos sus traducciones. Sí le ayuda de veras que le ayudemos a hacer las cosas *por sí mismo.* Eso era lo que Se proponía Jesús. La verdad tiene siempre un doble impacto cuando es un descubrimiento personal. Jesús no quería ahorrarnos el sudor mental de pensar; quería hacernos pensar. No quiere hacer mentes perezosas, sino activas. No quiere asumir la responsabilidad por nadie, sino que cada uno la asuma por sí. Así

es que usó el método parabólico, no para pensar por nadie, sino para animar a cada uno a pensar por sí mismo. Presentaba la verdad de manera que, si hacía el debido esfuerzo con la debida actitud, cada uno podía descubrirla por sí, y por tanto poseerla de una manera que la hacía real y verdaderamente suya propia.

DE LA TIERRA AL CIELO

Marcos 4:3-9

> *—¡Escuchad! ¡Fijaos! El sembrador salió a sembrar. Cuando estaba sembrando, una parte de la semilla cayó a lo largo del sendero, y vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte de la semilla cayó en terreno rocoso, donde no había mucha tierra; y brotó en seguida, porque no tenía profundidad de tierra, pero cuando salió el sol se agostó y se secó completamente porque no tenía raíz. Otra parte de la semilla cayó entre espinos; y los espinos la ahogaron hasta el punto de quitarle la vida, y no produjo nada. Y otra parte cayó en buena tierra; y como creció y se desarrolló bien produjo fruto, dando treinta, sesenta y ciento por uno. —Y añadió Jesús—: El que tenga oídos para oír, que oiga.*

Dejamos la interpretación de esta parábola para cuando lleguemos a la interpretación que nos da Marcos, y de momento la consideramos sólo como un ejemplo de la enseñanza parabólica de Jesús en acción. La escena es a la orilla del lago; Jesús está sentado en la barca, un poco separada de la orilla. La costa desciende suavemente hasta el borde del agua, y for-ma un anfiteatro natural para la multitud. Mientras está ha-blando, Jesús ve a un sembrador trabajando en su campo cerca del lago. «¡Fijaos! —dijo—. El sembrador ha salido a sembrar.» Aquí encontramos toda la esencia del método parabólico.

(i) Jesús partió del *aquí y ahora* para llegar al *allí y entonces.* Partió de algo que estaba sucediendo en aquel preciso momento en la tierra a fin de conducir los pensamientos de Sus oyentes al Cielo. Partió de algo que todos podían ver para llegar a cosas que no eran visibles; partió de algo que todos conocían para llegar a algo que no se figuraban. Esa era la misma esencia de la enseñanza de Jesús.

Él no alucinaba a la gente empezando con cosas que fueran extrañas y abstrusas y rebuscadas; empezaba por cosas tan sencillas que hasta un niño las podía entender.

(ii) Al hacerlo así, Jesús mostraba que creía que hay un parentesco real entre la Tierra y el Cielo. Jesús no habría estado de acuerdo en que «La tierra es un valle de lágrimas.» Jesús creía que en las cosas normales y corrientes de cada día se podía ver a Dios. Como decía William Temple: «Jesús enseñó a la gente a ver la obra de Dios en lo regular y en lo normal —en la salida del sol y en la caída de la lluvia y en el crecimiento de la planta.» Hace mucho ya Pablo tuvo la misma idea cuando dijo que el mundo visible está diseñado para darnos a conocer las cosas invisibles de Dios *(Romanos 1:20).* Para Jesús este mundo no era un lugar malo y perdido, sino la vestidura del Dios viviente. Sir Christopher Wren fue enterrado en la catedral de San Pablo, la gran iglesia que su propio genio había planificado y construido. En su tumba hay una senci- lla inscripción en latín que quiere decir: «Si quieres ver su monumento, mira a tu alrededor.» Jesús habría dicho: «Si quieres ver a Dios, mira a tu alrededor.» Jesús encuentra en las cosas normales de la vida una mina inagotable de señales que conducen a las personas a Dios si quieren leerlas como es debido.

(iii) La verdadera esencia de las parábolas consiste en que eran espontáneas, improvisadas y no ensayadas. Jesús mira a Su alrededor buscando un punto de contacto con la multitud. Ve al sembrador, y al instante lo toma como su texto de predicación. Las parábolas no eran historias elaboradas en la tranquilidad de un estudio; no eran cuidadosamente pensadas y pulimentadas y ensayadas. Su suprema grandeza consiste en que Jesús compuso estas breves historias inmortales en un instante, ante la demanda de la ocasión y en el fragor del debate.

C. J. Cadoux dijo de las parábolas: «Una parábola es arte enjaezado para el servicio y el conflicto. Aquí tenemos la razón de que las parábolas sean tan poco frecuentes. Requiere un grado considerable de arte, pero de arte ejercitado en condiciones difíciles. En tres parábolas típicas de la Biblia, el que las dijo se estaba jugando la vida. Jotam *(Jueces 9:8-15)* refirió su parábola de *Los Árboles* a los hombres de Siquem, e inmediatamente después salió

huyendo. Natán *(2 Samuel 12:1-7)* con la parábola de *La Corderita* le declaró a un déspota oriental su pecado. Jesús, en la parábola de *Los Viñadores Malvados* usó Su propia sentencia de muerte como un argumento a Su favor.... En su utilización más característica, la parábola es un arma de controversia, no pulida como un soneto en la ininterrumpida concentración del despacho, sino improvisada en el conflicto para salir al paso de una situación imprevista. En su uso más elevado, muestra la sensibilidad del poeta; la iniciativa, rapidez e imaginación del protagonista, y el valor que permite a tal mente obrar sin trabas en la refriega y el peligro de los conflictos mortales.»

Cuando tenemos presente que las parábolas de Jesús son repentinas e improvisadas, su encanto se multiplica por cien.

(iv) Esto nos trae a un punto que debemos recordar siempre en nuestros intentos de interpretar las parábolas. No eran, en primera instancia, para ser *leídas,* sino para ser *escuchadas.* Es decir: en primera instancia nadie se podía sentar a estudiarlas frase por frase y palabra por palabra. Se dijeron, no para ser estudiadas extensa y tranquilamente, sino para producir un impacto y una reacción inmediatos. Es decir: *las parábolas no se deben tratar nunca como alegorías.* En una alegoría, cada escena y personaje y detalle de la historia encierra un significado. *El Peregrino* de Juan Bunyan es una alegoría; en él, todos los acontecimientos y las personas tienen un sentido simbólico. Una alegoría es para ser leída y estudiada y examinada; pero una parábola es algo que se oye una vez y sólo una vez. Por tanto, lo que debemos buscar en una parábola no es una situación en la que todos los detalles representan algo, sino una situación en la que se presenta una gran idea que reluce como un relámpago. Siempre es erróneo intentar hacer que todos los detalles de una parábola quieran decir algo. Siempre es correcto decir: «¿Qué idea única resaltaría en la mente de una persona que oyera esta historia por primera vez?»

EL MISTERIO DEL REINO

Marcos 4:10-12

Cuando Jesús estaba solo, el círculo más íntimo de Su gente, con los Doce, Le preguntó acerca de las parábolas. Jesús les dijo:

—A vosotros se os concede el conocimiento del Reino de Dios que solamente pueden conocer los iniciados. Para los que están fuera, todo se expone por medio de parábolas, para que puedan, sí, ver, y sin embargo no perciban el sentido de las cosas; y puedan, sí, oír, sin comprender, no sea que en cualquier momento se arrepientan y sean perdonados.

Este pasaje siempre ha sido uno de los más difíciles de los evangelios. La versión Reina-Valera habla del *misterio* del Reino de Dios. Esta palabra *misterio* tiene un sentido técnico en griego; no quiere decir algo que es muy complicado y misterioso en el sentido normal de la palabra; quiere decir algo que es ininteligible para la persona que no ha sido iniciada en su significado, pero que está perfectamente claro para la persona que ha sido debidamente iniciada.

En los tiempos del Nuevo Testamento, en el mundo pagano, una de las grandes ofertas de la religión popular era lo que se llamaban *Religiones misteriosas* o *de Misterio.* Estas religiones prometían la comunión con un cierto dios, y hasta la identificación con él, mediante la cual desaparecían todos los terrores de la vida y de la muerte. Casi todas estas religiones misteriosas estaban basadas en la historia de algún dios que había sufrido, muerto y resucitado; casi todas ellas se presentaban como una representación de pasión.

Uno de los misterios más famosos era el que se llamaba el Misterio de Isis. Osiris era un rey sabio y bondadoso. Set, su malvado hermano, le odiaba, y con setenta y dos conspiradores le persuadió a que asistiera a un banquete. Allí le indujo a meterse en un ataúd artificioso que tenía sus mismas medidas. Cuando estaba dentro, se cerró la tapa, y echaron el ataúd al Nilo. Isis, su fiel esposa, después de una prolongada y dolorosa búsqueda, encontró el ataúd y se lo llevó en duelo a casa. Cuando ella estaba ausente, llegó otra vez el malvado Set, robó el cuerpo, lo cortó en catorce trozos y los desperdigó por todo Egipto. Una vez más, Isis inició su pesada y triste búsqueda. Acabó por encontrar todos los trozos, y con sus poderes mágicos los unió y le devolvió la vida a Osiris; y desde aquel momento él se convirtió en el rey inmortal de los vivos y los muertos.

Lo que sucedía era lo siguiente. El candidato pasaba por una larga preparación de purificación y de ayuno y de ascetismo y de instrucción en cuanto al sentido interior de la historia. Entonces se representaba el drama, con su dolor y su angustia y su muerte y su resurrección y su triunfo final como un drama de la pasión. La música y el incienso y la iluminación y la espléndida liturgia se usaban para crear una atmósfera tensa. Conforme se iba representando el drama, el adorador se sentía uno con el dios tanto en sus sufrimientos como en su triunfo. Pasaba por la muerte y entraba en la inmortalidad en unión con el dios. Lo importante es que para una persona no iniciada todo aquello no tendría ningún sentido; pero para el iniciado estaba henchido del sentido que se le había enseñado a ver.

Ese es el significado técnico de esta palabra *mystêrion.* Cuando el Nuevo Testamento habla del *misterio* del Reino, no quiere decir que el Reino sea remoto y abstruso y difícil de comprender; lo que sí quiere decir es que es totalmente ininteligible para la persona que no le haya entregado su corazón a Jesús, y que solamente la persona que ha recibido a Jesús como Maestro y Señor puede entender lo que significa el Reino de Dios.

La dificultad real de este pasaje se encuentra en lo que viene a continuación. Si lo tomamos en el sentido que parece tener, dice que Jesús enseñaba por parábolas a propósito para ocultarles el significado a los hombres y las mujeres corrientes. Cualquiera que fuera el sentido original del pasaje, no puede haber querido decir eso, porque si algo está tan claro como el agua es que Jesús usaba las parábolas, no para tapar el significado y ocultar la verdad, sino para permitirle a Su audiencia recibirlo y entenderlo.

¿Entonces, cómo llegó este pasaje a su forma actual? Es una cita de *Isaías 6:9s.* Desde hace mucho tiempo viene causando problemas a los intérpretes. Se habían pasado más de doscientos años preocupándose antes de que Jesús hiciera uso de él. El texto hebreo dice, como traduce la Reina-Valera,95:

> *Y dijo: —Anda, y dile a este pueblo: «Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, pero no comprendáis». Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y ciega sus ojos,*

para que no vea con sus ojos ni oiga con sus oídos ni su corazón entienda, ni se convierta y haya para él sanidad.

A primera vista parece que Dios le está diciendo a Isaías que tiene que seguir un camino diseñado a propósito para hacer que el pueblo no entienda.

En el siglo III a.C. se tradujeron las Escrituras hebreas al griego, y la versión griega, llamada la *Septuaginta*, llegó a ser uno de los libros que ejercieron mayor influencia en el mundo, porque llevó el Antiguo Testamento a dondequiera que se hablaba el griego. Los traductores de la Septuaginta estaban alucinados con este pasaje, y lo tradujeron dándole otro sentido:

y Él dijo: «Ve y dile a este pueblo: "De hecho oiréis, pero no entenderéis; y en cuanto a ver, veréis, pero no percibiréis." Porque el corazón de este pueblo se ha embotado, y con sus oídos oyen pesadamente, y han cerrado los ojos, no sea que alguna vez vieran con sus ojos y oyeran con sus oídos y comprendieran con su corazón y fueran convertidos y Yo los sanara.»

La versión griega no dice que Dios tuviera la intención de que el pueblo fuera tan torpe que no entendiera; dice que ellos se habían vuelto tan torpes que no podían entender —lo que es una cosa muy diferente. La explicación es que no hay nadie que pueda traducir o expresar por escrito un tono de voz. Cuando hablaba Isaías, hablaba medio en ironía y medio en desesperación, pero con un amor total. Él estaba pensando: «Dios me envió a llevarle Su verdad a este pueblo; y a pesar de todo el bien que les estoy haciendo, parece que les he sido enviado para cerrarles la mente al mensaje. Podría estar hablando a un muro de piedra. Se podría pensar que Dios les había cerrado la mente a Su mensaje.»

Así es como usaba sus palabras Jesús. Su intención era que iluminaran sus mentes para comprender la verdad de Dios. Pero en muchos ojos Él veía una torpe incomprensión. Veía tantas personas cegadas por los prejuicios, ensordecidas por sus propios deseos, demasiado perezosas para pensar. Se volvió a Sus discípulos y les dijo: «¿Os acordáis de lo que dijo una vez Isaías? Dijo que cuando él llegada con el mensaje de Dios al pueblo de Dios en su tiempo, la

gente era tan torpe para entenderlo que se hubiera pensado que Dios les había cerrado la mente en lugar de abrírsela; así Me siento Yo hoy.» Cuando Jesús dijo aquello, no lo dijo con ira o irritación o amargura o desesperación; lo decía con el anhelo ardiente de un amor frustrado, con el dolor punzante de un Hombre que quería hacer un regalo estupendo, pero que Su pueblo era ciego y no quería aceptar.

Si leemos esto, no escuchando un tono de amargura sino de amor anhelante y dolido, nos sonará diferente. Nos enseñará, no que Dios cegó a la gente aposta y le ocultó Su verdad, sino que los hombres eran tan torpes de entendimiento, que parecía que no tenía sentido ni siquiera para Dios el tratar de penetrar el telón de acero de su incomprensión perezosa. ¡Que Dios nos libre de escuchar Su Palabra así!

LA COSECHA ES SEGURA

Marcos 4:13-20

> *—¿No entendéis esta parábola? —les dijo Jesús—. Entonces, ¿cómo vais a entender todas las parábolas? Lo que está sembrando el sembrador es la Palabra. La clase de personas que representa la semilla que cayó al borde del camino son aquellas en las que se siembra la Palabra; pero en cuanto la oyen, inmediatamente llega Satanás y arrebata la Palabra que se ha sembrado en ellos. Así también, las personas representadas por la semilla que se sembró en terreno rocoso son las que, en cuanto oyen la Palabra, acto seguido la reciben con alegría; pero no tienen raíz en sí, por lo que son completamente inestables; y después, cuando se les presentan problemas y persecuciones a causa de la Palabra, en seguida tropiezan y caen. También hay algunos que están representados por la semilla que se siembra entre espinos. Estas son las personas que oyen la Palabra, pero las ansiedades de este mundo y la atracción engañosa de la riquezas y los deseos de otras cosas penetran en ellas y ahogan la vida de la Palabra, que no tiene ninguna oportunidad de producir fruto. La clase de personas que están representadas por la semilla que cayó en buena tierra son los que oyen la Palabra, y la reciben, y llevan fruto, treinta, sesenta y ciento por uno.*

Todos los detalles de esta parábola les sonarían a la audiencia de Jesús, porque estaban tomados de la vida diaria. Se mencionan cuatro clases de terreno.

(i) Había un suelo duro al borde del camino. La semilla podría ser que cayera en esta clase de suelo por dos razones. Los campos de Palestina tenían la forma de tiras largas y estrechas. Estas tiras estaban divididas por senderillos de tierra que permitían el paso. El resultado era que se habían puesto duros de tanto pasar la gente por allí. Cuando el sembrador echaba la semilla, una parte era inevitable que cayera allí; y no tenía posibilidad de crecer.

Pero había otra manera de sembrar. Algunas veces se ponía un saco de semilla en un burro, se le abría un agujerito en el extremo del saco, y cuando el animal iba arriba y abajo la semilla se iba cayendo. Inevitablemente, cuando el burro llegaba cerca del camino del campo, algo de la semilla caía en el camino; y no se podía evitar que los pájaros vinieran y se la comieran.

Hay algunas personas en cuyos corazones no puede penetrar la verdad cristiana. Esto es debido a la falta de interés del oyente; y esa falta de interés es debida a la incapacidad de dar-se cuenta de lo importante que es la decisión cristiana. El Evangelio no consigue hacer un impacto en tales personas, no porque sean hostiles, sino porque son indiferentes. Creen que es irrelevante para la vida, y que se pueden pasar sin él perfectamente. Eso podría ser verdad si la vida fuera siempre un camino fácil en el que no hubiera ni tensiones ni lágrimas; pero de hecho le viene a toda persona un tiempo cuando necesita un poder que no tiene. La tragedia es que muchos se dan cuenta de esto demasiado tarde.

(ii) Había un terreno rocoso. No es que estuviera lleno de piedras; era más bien una capita de tierra que cubría una lancha de roca caliza. Gran parte de Galilea era así. En muchos terrenos se podía ver aflorar la roca. La semilla que caía allí germinaba pronto; pero, como el suelo era tan superficial y contenía tan pocos nutrientes y humedad, el calor del sol pronto secaba las plantitas que brotaban.

Siempre es más fácil empezar una cosa que acabarla. Cier-to famoso evangelista decía: «Hemos aprendido que requiere algo así como el cinco por cierto del esfuerzo el ganar a una persona para Cristo, y el noventa y cinco por ciento el mantenerle en Cristo hasta que alcanza la madurez.» Muchas personas empiezan la vida cristiana para quedarse poco después en la cuneta.

Hay dos problemas que causan este colapso. Uno es el no conseguir pensar la cosa del todo y a fondo, no llegar a darse cuenta de lo que quiere decir y de lo que cuesta, antes de empezar. El otro es el hecho de que hay miles de personas que se sienten atraídas por el Cristianismo, pero que nunca penetra más allá de la superficie de sus vidas. Es un hecho que el Evangelio es una cuestión de todo o nada. Uno está a salvo solamente cuando se ha entregado totalmente a Cristo.

Efímera es la vida y sus placeres,
los goces huyen, la ilusión fenece;
mas quien está a Tu lado no perece,
y nada teme, porque espera en Ti.

(iii) Había un terreno que estaba lleno de espinos. Los campesinos palestinos eran perezosos. Cortaban lo que sobresalía de las malas plantas; a veces hasta quemaban lo de fuera, y el campo puede que pareciera limpio; pero las raíces seguían allí por debajo de la superficie; y a su debido tiempo brotaban con toda su fuerza. Y crecían con tal rapidez y virulencia que ahogaban la vida de la buena semilla.

Es fácil llenar la vida con tantos intereses que no queda tiempo para Cristo. Como dijo un poeta, los cuidados de la vida pueden ser como el polvo que atasca hasta tal punto que «nos olvidamos porque nos vemos obligados, no porque queremos.» Cuanto más complicada se hace la vida más necesario es tener las prioridades en su sitio; porque hay muchas cosas que tratan de desplazar a Cristo del lugar supremo que Le corresponde.

(iv) Había un terreno bueno, limpio y profundo en el que la semilla germinaba y llevaba fruto.

Si hemos de beneficiarnos del mensaje cristiano, la parábola nos dice que debemos hacer tres cosas.

(*a*) Debemos *oírla,* y no podemos oírla si no escuchamos. Es característico de muchos de nosotros que estamos tan ocupados hablando, que no tenemos tiempo para oír; tan ocupados discutiendo, que no tenemos tiempo para escuchar; tan ocupados exponiendo nuestras propias opiniones, que no tenemos tiempo para prestar atención a las opiniones de Cristo; tan ajetreados, que no tenemos tiempo para la calma esencial.

(*b*) Hemos de *recibirla.* Cuando oímos el mensaje cristiano debemos realmente darle entrada en nuestra vida. La mente humana es una máquina extraña y peligrosa. Estamos hechos de tal manera, en la sabia providencia de la creación, que siempre que un cuerpo extraño amenaza con metérsenos en un ojo, se nos cierra automáticamente. Esa es una acción instintiva, refleja. Siempre que la mente oye algo que no quiere oír, automáticamente le cierra la puerta. Hay veces que la verdad puede hacer daño; pero otras hay

que aceptar una medicina que no nos gusta o un tratamiento desagradable para conservar la salud. El cerrar la mente a la verdad que no queremos oír puede que sea escoger un camino que conduce al fracaso y a la tragedia.

(*c*) Hemos de *ponerla en acción.* El producto en la parábola era del treinta, sesenta o ciento por uno, lo cual era verdaderamente provechoso; pero el suelo volcánico de Galilea era famoso por sus cosechas. La verdad cristiana siempre debe manifestarse en acción. En último análisis, el cristiano recibe el desafío, no a especular, sino a actuar.

Todo esto es el significado de esta parábola *cuando nos sentamos a estudiarla tranquilamente.* Pero es totalmente imposible el que todo eso surja instantáneamente en la mente humana cuando se oye por primera vez. Entonces, ¿cuál sería la única cosa que le sugeriría a la multitud que la oía por primera vez junto al mar de Galilea? Sin duda esta: *Que, aunque parte de la semilla nunca crezca, el hecho es que al final se recoge una cosecha espléndida.* Esta es la parábola que acaba con la desesperación. Puede que parezca que mucho de nuestro esfuerzo no produce resultados; puede que parezca que una gran parte de nuestra labor se pierde. Ese sería el sentir de los discípulos cuando veían a Jesús desterrado de la sinagoga y tenido por sospechoso. En muchos lugares, Su mensaje parecía haber fracasado, y estaban desanimados y deprimidos. Pero esta parábola les decía, y nos dice a nosotros: «¡Paciencia! Haz tu labor. Siembra la semilla. Déjale a Dios el resto. La cosecha es segura.»

LA LUZ ESTÁ PARA QUE SE VEA

Marcos 4:21

> *Este era uno de los dichos de Jesús: «¿Verdad que no se trae una lámpara para meterla debajo de un cajón de medir o debajo de la cama? ¿Es que no se trae más bien para ponerla en el candelero?»*

Los versículos 21-25 son interesantes porque muestran los problemas con los que se enfrentaban los evangelistas. Estos versículos contienen cuatro dichos diferentes de Jesús. En el

versículo 21 tenemos el dicho acerca de la lámpara; en el 22 hay un dicho sobre revelar cosas secretas; en el 24 hay un dicho que establece que recibiremos conforme a la medida que hayamos usado para dar, y en el 25 está el dicho acerca de que al que tiene se le dará todavía más. En *Marcos,* estos versículos vienen seguidos uno detrás de otro; pero el versículo 21 apare-ce en *Mateo 5:15;* el 22, en *Mateo 10:26;* el 24, en *Mateo 7:2;* y el 25, en *Mateo 13:12,* y también en *Mateo 25:29.* Los cuatro versículos consecutivos de *Marcos* están desperdigados por todo *Mateo.* Aquí surge una cuestión práctica para nuestro estudio. No debemos tratar de encontrar ninguna conexión entre estos versículos. Está claro que no tienen ninguna relación entre sí, así es que vamos a tomarlos uno por uno.

¿Cómo fue eso de que Marcos pusiera estos dichos de Jesús uno detrás de otro y Mateo los desperdigara por todo su evangelio? La razón es bien sencilla. Jesús tenía un dominio único del lenguaje. Podía decir las cosas más pintorescas y las cosas más jugosas. Podía decir las cosas de tal manera que se grabaran en la memoria y se resistieran a ser olvidadas. Además, Él tiene que haber dicho muchas de estas cosas más de una vez. Iba pasando de un lugar a otro y de una audiencia a otra, y tiene que haber repetido mucho de Su enseñanza por dondequiera que iba. En consecuencia, la gente recordaba las cosas que había dicho Jesús —las decía de tal manera que no se podían olvidar—, pero olvidaba la ocasión en que las había dicho. El resultado fue que hubo muchos de los dichos de Jesús que se quedaron, como si dijéramos, «huérfanos». Un dicho echaba raíces en la memoria de las personas y era recordado para siempre, pero el contexto y la ocasión se olvidaban. Así es que tenemos que tomar estos dichos gráficos y examinarlos independientemente.

El primero era que no se enciende una lámpara y se pone debajo de un cajón de medir, que sería como ponerle una caja encima, ni se pone debajo de la cama. La lámpara está para que se ponga a la vista y para que se vea. De este dicho podemos aprender dos cosas.

(i) *La verdad es para que se vea.* No está para que se la oculte. Puede que haya veces cuando sea peligroso decir la verdad;

cuando sea la manera más rápida de atraerse la persecución y los problemas. Pero la persona veraz, y el verdadero cristiano, estarán de parte de la verdad frente a todo.

Cuando Lutero decidió adoptar su postura frente a la Igle-sia Católica Romana, en primer lugar atacó *las indulgencias. Las indulgencias* eran para todos los efectos remisiones de pecados que uno podía comprar de un sacerdote por un pre-cio. Lutero trazó noventa y cinco tesis contra las indulgencias. ¿Y qué hizo con aquellas noventa y cinco tesis? Había una iglesia en Wittenberg que se llamaba la Iglesia de Todos los Santos. Estaba íntimamente relacionada con la universidad donde Lutero era profesor. Los anuncios de la universidad se solían poner en las puertas de aquella iglesia, entre ellos los de los debates académicos. No había otro tablón de anuncios en la ciudad. En aquella puerta fijó Lutero sus tesis. ¿Cuándo? El día que iba a aquella iglesia más gente, que era el día de Todos los Santos, el 1 de noviembre. Resultaba ser el aniversario de aquella iglesia, y había varios oficios religiosos a los que acudía mucha gente. Fue en la víspera del día de Todos los Santos cuando Lutero clavó sus noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia. Si hubiera sido un hombre cauteloso, en primer lugar no habría escrito sus noventa y cinco tesis. Si hubiera sido un hombre preocupado por su propia seguridad, nunca las habría clavado a la puerta de la iglesia. Y, si tenía que clavarlas allí, cualquier idea de seguridad propia le habría aconsejado no escoger el día de Todos los Santos para hacer su declaración. Pero Lutero tenía el sentimiento de que había descubierto la verdad; y lo único que le interesaba era exponerla y ofrecer su vida por ella.

En cualquier circunstancia de la vida hay veces que sabemos perfectamente lo que exige la verdad, lo que se debe hacer y lo que un cristiano tiene obligación de hacer. En cualquier nivel de vida hay veces que dejamos de actuar como debiéramos porque sería arriesgar nuestra popularidad, y aun cosas peores. Deberíamos recordar que la lámpara de la verdad se ha de poner bien alta y no ocultarse por los intereses de una seguridad cobarde.

(ii) *Nuestro Cristianismo se ha de ver.* En la Iglesia Primitiva, algunas veces el mostrarse cristiano suponía la muerte. El imperio romano era tan extenso como el mundo civilizado. Para conseguir

alguna clase de unidad vinculante en aquel vasto imperio se inició el culto al emperador. El emperador era la personificación del estado, y se le daba culto como a un dios. Ciertos días señalados se exigía que cada ciudadano fuera e hiciera un sacrificio a la deidad del emperador. Era realmente una prueba de lealtad política. Después le daban a uno un certificado en el que se decía que había cumplido con aquel deber, y entonces podía ir a dar culto al dios que quisiera.

Se conservan muchos de aquellos certificados. Decían lo que sigue:

> *A los que están a cargo de los sacrificios de Inareus Akeus del pueblo de Theoxenis, juntamente con sus hijos Ajax y Hera, que viven en el pueblo de Theadelpheia. Nosotros sacrificamos regularmente a los dioses; y ahora en tu presencia, como está mandado, hemos sacrificado y derramado nuestra libación y probado las ofrendas, y te pedimos que nos des el certificado correspondiente.*
>
> *Que te vaya bien.*

Y aquí seguía la atestación:

> *Nosotros, Serenas y Hermás, damos fe de que habéis sacrificado.*

Todo lo que un cristiano tenía que hacer era prestarse a cumplir aquel acto formal, recibir el certificado, y ya estaba a salvo. Y el hecho de la Historia es que miles de cristianos murieron antes que hacerlo. Podían haber ocultado el hecho de que eran cristianos con la mayor facilidad; podían haber seguido siendo cristianos privadamente sin ninguna dificultad. Pero para ellos su Cristianismo era algo de lo que tenían que dar fe y testificar en presencia del mundo. Estaban orgullosos de que todos supieran lo que eran. A los tales les debemos que el Cristianismo haya llegado hasta nosotros.

A menudo es más fácil no decir que pertenecemos a Cristo y a Su Iglesia; pero nuestro Cristianismo debe ser siempre como la lámpara que todos pueden ver.

LA VERDAD QUE NO SE PUEDE SOSLAYAR

Marcos 4:22s

> *«Porque no hay nada secreto que no se haya de descubrir; no se hace nada para mantenerlo escondido, sino para exponerlo y que todos lo vean. El que tenga oídos para oír, que oiga.»*

Jesús estaba completamente convencido de que la verdad no se puede mantener siempre escondida. Este dicho se aplica en dos direcciones.

(i) *Se aplica a la verdad misma.* Hay algo en la verdad que es indestructible. La gente puede que se niegue a arrostrarla; puede que trate de eliminarla; puede que hasta intente borrarla; puede que se niegue a aceptarla, pero «grande es la verdad, y al final prevalecerá.»

A principios del siglo XVI, un astrónomo llamado Copérnico hizo el descubrimiento de que la Tierra no es el centro del universo; que de hecho se mueve alrededor del Sol y no el Sol alrededor de la Tierra. Era un hombre prudente, y mantuvo secreto su descubrimiento durante treinta años. Pero en 1543, cuando ya tenía sobre sí el aliento de la muerte, persuadió a un impresor aterrado a que imprimiera su gran obra *Las órbitas de los cuerpos celestes.* Copérnico murió poco después, pero otros heredaron la tempestad.

A principios del siglo XVII, Galileo aceptó la teoría de Copérnico y lo afirmó públicamente. En 1616 le citó la Inquisición a Roma, y condenó su teoría. Se pronunció el veredicto: «La primera proposición de que el Sol es el centro, y no gira alrededor de la Tierra, es necia, absurda, falsa en teología y herética, porque contradice la Sagrada Escritura... La segunda proposición, que la Tierra no es el centro sino que gira alrededor del Sol, es absurda, falsa en filosofía, y desde un punto de vista teológico por lo menos, opuesta a la verdadera fe.» Galileo cedió. Prefirió someterse a morir; y durante años guardó silencio.

Un nuevo papa ascendió a la Santa Sede, y Galileo pensó que Urbano VIII era un hombre con amplia simpatía y más cultura que su predecesor; así es que, una vez más, salió al exterior con su teoría. Estaba equivocado en su esperanza. Esta vez tuvo que firmar una recantación o sufrir tortura. Firmó: «Yo, Galileo, estando en mi septuagésimo años, estando prisionero y de rodillas, y en presencia de vuestras eminencias, teniendo ante mis ojos el Santo Evangelio,

sobre el que pongo mi mano, abjuro, maldigo y detesto el error y la herejía del movimiento de la Tierra.» Su recantación le salvó de la muerte, pero no de la cárcel; y al final se le negó el derecho a ser enterrado en el panteón familiar.

No fue sólo la Iglesia Católica Romana la que trató de suprimir la verdad. Lutero escribió: «La gente ha prestado oído a un aprendiz de astrónomo —quería decir Copérnico—, que se empeñó en demostrar que la Tierra se mueve, y no los cielos o el firmamento, el Sol y la Luna... Este necio quería desbaratar toda la ciencia de la astronomía; pero la Sagrada Escritura no nos dice que Josué mandó pararse a la Tierra, sino que mandó pararse al Sol.»

Pero el tiempo sigue su marcha. Se puede amenazar con torturar a una persona por descubrir la verdad; se la puede llamar estúpida y tratar de echarla del tribunal con burlas; pero eso no altera la verdad. «No está en vuestro poder —dijo el reformador escocés Andrew Melville— ahorcar o desterrar la verdad.» La verdad se puede atacar, aplazar, ocultar o insultar; pero con el tiempo prevalece. Uno tiene que tener cuidado, no sea que esté luchando contra la verdad.

(ii) *Se aplica a nosotros y a nuestra propia vida y conducta.* Cuando uno hace una cosa mala, lo que quiere es que no se descubra. Eso es lo que hicieron Adán y Eva cuando desobedecieron el mandamiento de Dios *(Génesis 3:8).* Pero la verdad se las arregla para salir a la luz. En último análisis nadie puede ocultarse la verdad a sí mismo; y el que trata de mantener algo secreto no puede ser nunca feliz. La tela de araña del engaño no es nunca un escondite de confianza. Y, cuando se llega al final de la cosa, nadie puede guardarle secretos a Dios. A fin de cuentas es literalmente cierto que no hay nada que no se haya de revelar en la presencia de Dios. Cuando tenemos presente esto, estamos abocados a desear por encima de todo que nuestra vida sea tal que todo el mundo la pueda contemplar, y que Dios le pueda pasar revista sin que nos consuma la vergüenza.

EL EQUILIBRIO DE LA VIDA

Marcos 4:24

Este fue otro de los dichos de Jesús: «¡Atención a lo que estáis oyendo! Lo que recibís depende de lo que dais. Será lo que deis lo que se os devuelva con creces.»

En la vida siempre se nivelan las cosas. Lo que obtenga una persona estará determinado por lo que dé.

(i) Esto es verdad del *estudio.* Cuanto más estudio se esté preparado a dedicarle a un asunto, tanto más se sacará de él. En la antigua nación de los partos no se le daba nunca de comer a los jóvenes hasta que la habían sudado. Tenían que trabajar antes que comer. Así son todos los temas de estudio: dan placer y satisfacción en proporción al esfuerzo que se les aplique. Así sucede especialmente con el estudio de la Biblia. Puede que a veces pensemos que hay ciertas partes de la Biblia que no nos dicen nada; pero si las estudiamos a menudo e intensamente llegan a ser las que nos dan una cosecha más abundante. Un estudio superficial de un asunto ni siquiera nos despertará interés; mientras que un estudio realmente intensivo nos dejará encantados y satisfechos.

(ii) Es verdad del *culto.* Cuanto más llevemos al culto de la casa de Dios, tanto más recibiremos en él. Cuando vamos al culto en la iglesia, hay tres actitudes equivocadas que debemos evitar.

(*a*) Podemos ir sólo para recibir. Si vamos de esa manera, lo más probable es que critiquemos al organista, y al coro, y le encontremos faltas a la predicación y a todo lo demás. Juzgaremos todo el culto como si fuera un espectáculo programado para entretenernos. Debemos ir preparados a dar; debemos recordar que el culto es un acto corporativo, y que cada uno de nosotros tiene que contribuir con algo. Si preguntamos, no: «¿Qué puedo yo sacar de este culto?» sino: «¿Qué puedo yo contribuir a este culto?», sacaremos mucho más de él que si hubiéramos venido simplemente para recibir.

(*b*) Podemos ir sin ilusión. Sólo por costumbre o por rutina. Puede que sea simplemente una parte del programa de la semana. Pero, después de todo, vamos a tener un encuentro con Dios, y en tales circunstancias pueden suceder cosas realmente maravillosas.

(*c*) Podemos ir sin prepararnos. Es fácil ir al culto de la casa de Dios sin ninguna preparación de mente o de corazón simplemente porque tenemos que darnos prisa para llegar a tiempo. Pero sería

muy diferente si, antes de ir, pasáramos algún tiem-po tranquilos en oración. Como los rabinos judíos decían a sus discípulos: «Oran mejor juntos los que antes han orado a solas.»

(iii) Es verdad de *las relaciones personales.* Una de los grandes principios de la vida es que vemos nuestro reflejo en otras personas. Si estamos enfadados y cabreados y de mal genio, probablemente los demás nos resultarán igualmente desagradables. Si somos criticones y no hacemos más que encontrar faltas, lo más probable es que los demás nos parezcan iguales. Si somos suspicaces y desconfiados, lo más probable es que los demás nos lo parezcan. Si queremos que los demás nos quieran, tenemos que empezar por quererlos. Como decía el sabio, el que quiera tener amigos tiene que empezar por portarse como un amigo *(Proverbios 18:24).* Era precisamente porque Jesús creía en las personas por lo que las personas creían en Él.

LA LEY DE LA RENTABILIDAD

Marcos 4:25

> *«Al que ya tenga, se le dará todavía más; y al que no tenga, se le quitará hasta lo que tenga.»*

Este puede parecer un dicho injusto; pero la vida nos enseña que es inevitable y profundamente cierto.

(i) Es verdad del *conocimiento.* Cuanto más sabe una persona, tanto más es capaz de conocer. Uno no puede entrar en las riquezas de la literatura griega sin antes haber trillado su camino a través de la gramática griega. Cuando ya tiene la gramática elemental, se le pueda dar más, pero no si no. Uno no puede disfrutar de lo mejor de la música hasta que aprende algo de la estructura de una sinfonía. Pero, cuando tiene ese conocimiento, se le abren las puertas para que disfrute más y más de las riquezas y bellezas de la música. Es igualmente cierto que a menos que una persona se dedique a la tarea de aumentar sus conocimientos, a fin de cuentas perderá hasta los conocimientos que tenía. Muchas personas, de jóvenes tenían un conocimiento suficiente de un idioma extranjero, o de ciencias naturales o de historia cuando

estaban estudiando; pero dejaron de cultivarlo, y han perdido hasta el conocimiento que tenían.

Cuantos más conocimientos tenga una persona, más fácil le será adquirir más. Y si no está dispuesta a aumentarlos, pronto perderá los que tenía. Los maestros judíos tenían un dicho extrañamente expresivo. Decían que el estudiante tenía que ser tratado como un becerro joven: cada día se le debía aumentar la carga un poco. En el conocimiento no nos podemos quedar parados: o estamos ganando o perdiendo todo el tiempo.

(ii) Es verdad del *esfuerzo.* Cuanta más fuerza física tenga un hombre, tanta más podrá adquirir dentro de los límites de la naturaleza. Cuanto más entrene su cuerpo, tanto más podrá hacer con él. Por otra parte, si deja que su estructura física se vuelva blanda y perezosa, acabará por perder hasta la forma que tenía. A veces haremos bien en recordar que nuestros cuer- pos pertenecen a Dios tanto como nuestras almas. Muchos se han visto imposibilitados de conseguir un trabajo porque se han dejado llegar a una condición física que los incapacita.

(iii) Así sucede con *cualquier arte o habilidad.* Cuanto más desarrolla una persona la habilidad de sus manos, o de sus ojos, o de su mente, tanto más será capaz de desarrollarla. Si se contenta con ir a la deriva no intentando hacer nada nuevo nunca, no adoptando nunca ninguna nueva técnica, se quedará atascado en un trabajo sin progresar. Si descuida su habilidad particular se encontrará después con que la ha perdido completamente.

(iv) Eso sucede con *la capacidad para asumir responsabilidad.* Cuanta más responsabilidad asuma una persona, más podrá asumir. Cuantas más decisiones haya estado obligado a hacer, mejor capacitado estará para hacer más. Pero si una persona evita sus responsabilidades, si se desmarca de las decisiones y vacila todo el tiempo, a fin de cuentas será una criatura blanducha y sin firmeza, y totalmente incapaz de asumir responsabilidad y tomar ninguna decisión.

Una y otra vez en Sus parábolas, Jesús deja bien sentado que la recompensa de un trabajo bien hecho es más trabajo para hacer. Es una de las leyes fundamentales de la vida, una ley que es peligroso olvidar, que cuanto más se ha ganado, más se puede ganar; y que,

si no se hace ningún esfuerzo, se acaba perdiendo hasta lo que se tuvo.

EL CRECIMIENTO INVISIBLE Y EL RESULTADO SEGURO

Marcos 4:26-29

> *Jesús les dijo también:*
>
> *—Os diré a lo que se parece el Reino de Dios. Es como lo que pasa cuando una echa la semilla en la tierra. El labrador duerme y se despierta noche y día, y la semilla brota y crece ¡sin que él sepa cómo! La tierra produce fruto sin que nadie la ayude; primero el tallo, luego la espiga, luego el grano lleno en la espiga. Y cuando el tiempo lo permite, inmediatamente se coge la hoz, porque ha llegado la hora de recoger la cosecha.*

Esta es la única parábola que no nos cuenta más que Marcos. El Reino de Dios quiere decir literalmente *el reinado de Dios.* Quiere decir el día cuando la voluntad de Dios se cumpla tan perfectamente en la Tierra como se cumple en el Cielo. Ese es el objetivo de Dios para todo el universo. Esta parábola es corta, pero está llena de verdades insoslayables.

(i) Nos habla de *la impotencia humana.* El labrador no hace crecer la semilla. En último análisis, ni siquiera sabe cómo crece. La semilla tiene el secreto de la vida y del crecimiento en sí misma. Nadie ha poseído nunca el secreto de la vida. Ninguna persona ha creado nunca nada en el sentido exacto de la palabra. El ser humano puede descubrir cosas; puede organizarlas; puede desarrollarlas; pero no puede crearlas. Nosotros no *creamos* el Reino de Dios; el Reino es *de Dios.* Es verdad que lo podemos frustrar o impedir; y que podemos producir una situación en el mundo en la que se le da la oportunidad de que venga más plenamente y más rápidamente. Pero por detrás de todas las cosas está Dios, y el poder y la voluntad de Dios.

(ii) Nos dice algo acerca del *Reino.* Es un hecho notable el que Jesús usara tan a menudo ilustraciones del crecimiento de la naturaleza para describir la venida del Reino de Dios.

(*a*) El crecimiento natural es a menudo *imperceptible.* Si vemos una planta todos los días no nos damos cuenta de su crecimiento. Es sólo cuando la vemos de tarde en tarde cuando notamos la diferencia. Así sucede con el Reino. No nos cabe la menor duda que el Reino está avanzando si comparamos, no hoy con ayer, sino este siglo con cualquiera de los pasados.

Cuando Elizabeth Fry fue a la cárcel de Newgate en 1817, encontró en el pabellón de las mujeres a trescientas mujeres e innumerables niños apiñados en dos pequeñas salas. Vivían y cocinaban y comían y dormían en el suelo. Los únicos que estaban a cargo eran un anciano y su hijo. Las mujeres estaban apelmazadas, medio desnudas, casi como bestias, mendigando dinero que gastaban en bebida alcohólica en el bar de la misma cárcel. Elizabeth encontró allí a un chico de nueve años que estaba esperando que le ahorcaran por romper una ventana y robar unos dibujos valorados en dos peniques. En 1853, los tejedores de Bolton estaban de huelga pidiendo un sueldo de diez peniques y medio al día, y los mineros de Stafford estaban en huelga pidiendo una paga de dos chelines y medio a la semana. (2 peniques son ahora 1 peseta; había 12 peniques en 1 chelín).

Ahora esas cosas no se pueden ni imaginar. ¿Por qué? Porque el Reino sigue avanzando. Puede que el crecimiento del Reino, como el de la planta, sea imperceptible de un día para otro; pero con el paso de los años es indudable.

(*b*) El crecimiento natural es *constante.* Noche y día, mientras el campesino duerme, el crecimiento prosigue. No hay nada irregular en la obra de Dios. Lo malo del esfuerzo huma-no y de la bondad humana es que son espasmódicos. Un día damos un paso adelante, y al día siguiente retrocedemos dos. Pero la obra de Dios prosigue calladamente; Dios desarrolla Su plan sin cesar.

(*c*) El crecimiento natural es *inevitable.* No hay nada tan poderoso como el crecimiento. Un árbol puede quebrar una acera de hormigón con el poder de su crecimiento. Una plan-ta puede asomar su cabecita verde en un camino de asfalto. Nada puede detener el crecimiento. Así sucede con el Reino. A pesar de la rebeldía y la desobediencia humanas, la obra de Dios sigue adelante; y nada puede acabar por detener el plan de Dios.

(iii) Nos dice que hay *una consumación.* Llegará el día de la cosecha. Inevitablemente, cuando llegue la cosecha sucederán dos cosas, que son como las dos caras de la misma moneda: los frutos buenos se recogen, y los hierbajos y la cizaña se destruyen. La cosecha y el juicio van inseparablemente de la mano. Cuando pensamos en ese día por venir, se nos imponen tres cosas.

(*a*) Se nos convoca a *la paciencia.* Somos criaturas del momento, e inevitablemente pensamos en términos del momento. Dios tiene toda la eternidad para realizar Su obra. «Mil años para Ti son como el día de ayer, que ya ha pasado, y como una de las vigilias de la noche» *(Salmo 90:4).* En vez de la prisa humana malhumorada, impaciente, nerviosa, debemos cultivar en nuestra alma la paciencia que aprende a esperar en Dios.

(*b*) Se nos convoca a *la esperanza.* Estamos viviendo hoy en día en una atmósfera de desesperación. Se desespera de la Iglesia; se desespera del mundo; se otea el futuro con un es- tremecimiento de temor. «El hombre —dijo H. G. Wells– que empezó en una cueva a cubierto del viento terminará en las ruinas infectadas de un chabolario.» Entre las dos guerras mundiales, Sir Philip Gibbs escribió un libro en el que miraba hacia adelante pensando en la posibilidad de una guerra de gases asfixiantes; y decía algo así como: «Si huelo un gas asfixiante en la calle principal de Kensington, no voy a po-nerme una máscara antigás. Voy a salir a la calle, y llenarme bien los pulmones, porque sabré que *la farsa ha terminado.»* Eso es lo que piensa mucha gente. Ahora bien: nadie puede pensar eso *si* cree en Dios. Si Dios es el Dios en Quien cree-mos, no cabe el pesimismo. Puede que haya remordimientos y pesar; puede que haya arrepentimiento y contrición; puede que haya examen de conciencia y reconocimiento del fraca- so y del pecado; pero no puede haber nunca lugar para la desesperación.

(*c*) Se nos convoca a *estar preparados* para la consumación. Será demasiado tarde para prepararnos cuando se nos eche encima. Tenemos que estar preparados, literalmente, para encontrarnos con nuestro Dios.

Si vivimos en la paciencia que no puede ser derrotada, en la esperanza que no puede resultar fallida y en la preparación que contempla siempre la vida a la luz de la eternidad, por la gracia de

Dios estaremos listos para la consumación de Su plan cuando llegue.

DE PEQUEÑO A GRANDE

Marcos 4:30-32

> *Jesús dijo:*
>
> *—¿Cómo podremos encontrar algo con lo que comparar el Reino de Dios? ¿O qué imagen usaremos para representarlo? Es como un granito de mostaza que, cuando se siembra, es la más pequeña de todas las semillas que se ponen en la tierra; pero cuando se siembra, se pone a crecer, y llega a ser más grande que todas las hortalizas, y echa grandes ramas de tal manera que las aves de los cielos pueden encontrar cobijo a su sombra.*

Hay en esta parábola dos cuadros que cualquier judío podría reconocer fácilmente. Primero, en Palestina se usaba proverbialmente el grano de mostaza como la cosa más pequeña que se pudiera imaginar. Por ejemplo, «una fe como un grano de mostaza» quiere decir «la cantidad más pequeña imaginable de fe.» Este grano de mostaza crecía de hecho hasta hacerse algo como un árbol. Un viajero en Palestina nos habla de haber visto una planta de mostaza que, en altura, sobrepasaba a un caballo con su jinete. A los pájaros les encantan las semillitas negras del árbol, y era corriente ver una nube de pájaros en una planta de mostaza.

Segundo, en el Antiguo Testamento se describe un gran imperio como un árbol, y los países súbditos como las aves que encuentran cobijo a la sombra de sus ramas *(Ezequiel 17:22ss; 31:1ss; Daniel 4:10, 21).* La figura de un árbol con pájaros en sus ramas representa por tanto un gran imperio y las naciones que forman parte de él.

(i) Esta parábola dice: *No te desanimes nunca por los principios humildes.* Puede parecer que de momento no pueden producir más que un efecto muy pequeño; pero si ese efecto pequeño se repite y se repite, llegará a ser muy grande. Hay un experimento científico que muestra el efecto de los tintes. Se tiene una gran vasija de agua clara, y un frasquito de tinte. Gota a gota se deja caer el tinte en el agua clara. Al principio parece que no produce absolutamente

ningún efecto, y el agua no parece colorearse lo más mínimo. Pero poco a poco el agua empieza a teñirse de color; poco a poco el color se hace más intenso hasta que todo el recipiente se colorea. Es el efecto de las gotas repetidas sucesivamente.

Algunas veces pensamos que, para todo lo que podemos hacer, realmente apenas vale la pena empezarlo. Pero debemos siempre tener presente esto: *Todo* tiene que tener un principio. Nada nace como Minerva de la cabeza de Zeus en la mitología griega, teniendo su forma definitiva. Debemos hacer lo que podamos; y el efecto acumulativo de todos los pequeños esfuerzos acabará produciendo un resultado sorprendente.

(ii) Esta parábola habla del *imperio de la Iglesia.* El árbol y los pájaros, como hemos visto, representan un gran imperio y todas las naciones que encuentran cobijo en él. La Iglesia empezó por una persona, y está diseñada para abarcar todo el mundo. Hay dos direcciones en las que esto es verdad.

(*a*) La Iglesia es un imperio en el que pueden tener su lugar todas las opiniones y todas las teologías. Tenemos la manía de tachar de herejes a todos los que no piensan como nosotros. John Wesley fue el mayor ejemplo de tolerancia de la Historia. «Pensamos —decía —, y dejamos pensar.» «Yo no tengo más derecho —decía— a objetar a uno que tiene una opinión diferente de la mía del que tengo a diferir de uno porque lleva peluca mientras que yo tengo todavía mi pelo.» Wesley tenía un saludo: «¿Es tu corazón como el mío? ¡Entonces, dame la mano!» Está bien que uno esté seguro de tener razón; pero eso no es razón para pretender que ningún otro la tenga.

(*b*) La Iglesia es un imperio en el que tienen cabida todas las naciones. Una vez, se estaba construyendo una iglesia. Una de sus muchas bellezas iba a ser una vidriera de colores. El comité de construcción buscaba un tema, y finalmente se decidió por los versos del himno

Del trono eterno en derredor
niñitos mil están.

Contrataron a un gran artista para que hiciera el modelo del que luego se haría la vidriera. Tan pronto como empezó su trabajo, se

entregó a él totalmente. Cuando lo terminó, se acostó y se quedó dormido; pero por la noche creyó oír un ruido en el estudio. Fue a investigar, y vio a un extraño, con la paleta y el pincel en la mano, trabajando en su pintura. «¡Estate quieto! —gritó— ¡Vas a estropearme el cuadro!» «Creo —dijo el extraño— que ya lo has estropeado tú.» «¿Por qué me dices eso?» —preguntó el artista. «Porque — le contestó el otro— tú tienes muchos colores en la paleta, pero no has usado nada más que uno para los rostros de los niños. ¿Quién te dijo que el Cielo es un lugar en el que no hay más que niños blancos?» «Nadie —confesó el artista—; pero así es como yo me lo fi- fguré.» «¡Mira! —dijo el extraño—. Voy a poner algunas de sus caritas amarillas, y otras negras, y otras rojas, y otras grises. Todos están allí, porque han aceptado Mi invitación.» «¿*Tu* invitación? ¿Quién eres Tú?» El Extraño sonrió, y dijo: «Una vez hace mucho Yo dije: “Dejad a los niños venir a Mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el Reino del Cielo” —¡Y lo sigo diciendo!» Entonces el artista se dio cuenta de que era el Maestro en persona; y cuando se dio cuenta, Él desapareció. El cuadro parecía tanto más maravilloso ahora que tenía niños negros y amarillos y rojos y grises y blancos. Por la mañana, el artista se despertó y fue corriendo al estudio. Su cuadro estaba como lo había dejado el día antes; y se dio cuenta de que todo había sido un sueño. Aunque aquel mismo día venían los del comité a ver el cuadro, él cogió los pinceles y la paleta, y empezó a pintar los niños de todos los colores que tienen las razas humanas en todo el mundo. Cuando llegó el comité, todos pensaron que el cuadro era maravilloso; y uno dijo conmovido: «¡Vamos a tener la familia de Dios en nuestra iglesia!»

La Iglesia es la familia de Dios; y en esa Iglesia que empezó en Palestina tan pequeña como un granito de mostaza, hay sitio para todas las naciones del mundo. No hay barreras en la Iglesia de Dios. Los hombres las levantan, pero Dios en Cristo las elimina.

EL SABIO MAESTRO Y EL ALUMNO APROVECHADO

Marcos 4:33s

Era con muchas parábolas así como Jesús seguía comunicándoles la Palabra, acomodando Su enseñanza a la capacidad que ellos tenían. Tenía la costumbre de no hablarles sin una parábola; y cuando estaban en privado, les descubría a Sus discípulos lo que quería decir todo.

Aquí tenemos una definición breve pero perfecta tanto del sabio maestro como del alumno sabio. Jesús acomodaba Su enseñanza a la capacidad de Su audiencia. Esa es la primera necesidad de la enseñanza sabia.

Hay dos peligros que un maestro sabio debe evitar a toda costa.

(*a*) Debe evitar todo *exhibicionismo.* El deber de un maestro no es llamar la atención, sino dirigir la atención a su tema. El deseo que exhibirse puede hacer que uno intente alucinar a expensas de la verdad. Puede hacerle pensar más en las maneras sorprendentes de decir una cosa que en la cosa misma. O puede hacerle desear desplegar su propia erudición hasta tal punto que se hace tan oscuro y elaborado y rebuscado que las personas normales no le pueden entender en absoluto. No hay ninguna virtud en hablar por encima de las cabezas de la audiencia. Como ha dicho alguien: «El tirar por encima del blanco sólo demuestra que se es mal tirador.» Un buen maestro debe estar enamorado de su asignatura, y de sus alumnos, pero no de sí mismo.

(*b*) Debe evitar *un sentimiento de superioridad.* La verdadera enseñanza no consiste en decirle cosas a la gente, sino en aprender juntamente. La idea de Platón era que la enseñanza quería decir sencillamente extraer de la mente y la memoria de los alumnos lo que ya sabían. El maestro que se pone en un pedestal y habla de arriba abajo no tendrá nunca éxito. La verdadera enseñanza consiste en compartir y en descubrir la verdad juntos. Es una exploración en equipo de los paisajes de la mente. Bien lo dijo Antonio Machado:

¿Tu verdad? No, la Verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.

Hay ciertas cualidades que siempre debe tratar de adquirir el que desea enseñar.

(*a*) El maestro debe tener *comprensión.* Una de las grandes dificultades del experto es comprender por qué el no-experto encuentra una cosa tan difícil de entender o de hacer. Al maestro le es necesario pensar con la mente del alumno, y ver con los ojos del alumno antes de poder realmente explicar o impartir ninguna clase de conocimiento.

(*b*) El maestro debe tener *paciencia.* El rabino judío Hillel establecía: «Un hombre irascible no puede ser maestro,» e insistía en que la primera cualidad esencial de un maestro es la tranquilidad. Los judíos establecían que si un maestro se daba cuenta de que sus alumnos no comprendían una cosa tenía que empezar otra vez desde el principio sin rencor ni irritación, y explicarlo todo de nuevo. Eso era precisamente lo que hacía Jesús siempre.

(*c*) El maestro debe tener *amabilidad.* Las reglas de la enseñanza judía prohibían los castigos excesivos, especialmente los que humillaran al estudiante. El deber del maestro era siempre animar, y nunca desanimar. Anna Buchan cuenta que su anciana abuela tenía una frase favorita: «Nunca desanimes a un joven.» Al maestro le es fácil usar el látigo de la lengua con un discípulo de mente saltarina. A menudo es una tentación a apuntarse un tanto haciendo de ese alumno la meta de sarcasmos y agudezas que le convierten en el hazmerreír de la clase. El maestro que es amable nunca lo haría.

Este pasaje también nos muestra al alumno sabio. Nos pinta el cuadro del círculo íntimo al que Jesús podía explicar las cosas real y verdaderamente.

(*a*) El alumno sabio *no se olvida cuando se marcha de la clase.* Cuando se va, piensa en lo que ha oído. Lo rumia hasta digerirlo y asimilarlo. Epicteto, el sabio maestro estoico, solía molestarse con algunos de sus alumnos. Decía que las personas deberían usar la filosofía que aprendían, no para discutir, sino para vivir. En una metáfora cruda, decía que las ovejas no vomitan la hierba para que vea el pastor cuánto han comido, sino la digieren y la convierten en lana y leche. El alumno sabio se va, no para olvidar lo que ha aprendido, ni para presumir de ello, sino para meditarlo reposadamente hasta descubrir lo que quiere decir en su caso y en su vida.

(*b*) Por encima de todo, el alumno sabio *busca la compañía de su maestro.* Después de oír a Jesús, las muchedumbres se dispersaban; pero había una pequeña compañía que se queda-ba con Él y no tenía prisa en marcharse. Era a ellos a los que Jesús desarrollaba el sentido de cada cosa. En último análisis, si uno es de veras un gran maestro no es tanto su enseñanza lo que se quiere conocer, sino a él mismo. Su mensaje siempre consistirá, no tanto en lo que dice sino en cómo es. El que quiere aprender de Cristo debe buscarle y estar en Su compañía. Si lo hace ganará, no sólo conocimientos, sino la vida misma.

LA PAZ DE LA PRESENCIA

Marcos 4:35-41

> *Cuando llegó la tarde de aquel día, Jesús les dijo:*
>
> *—Vamos a cruzar a la otra orilla.*
>
> *Así que se apartaron de las multitudes y Le tomaron a Jesús tal como estaba en su barca. Y había otras barcas allí.*
>
> *Entonces se levantó una gran tempestad de viento, y las olas combatían la barca, que estaba a punto de anegarse. Y Jesús estaba a la popa, durmiendo apoyado en un cabezal. Los discípulos Le despertaron diciéndole:*
>
> *—¡Maestro! ¿Es que no te importa que perezcamos?*
>
> *Así que, cuando Le despertaron, Él se dirigió con autoridad al viento y al mar y les dijo:*
>
> *—¡Cállate! ¡Cálmate!*
>
> *Y el viento amainó, y se produjo una gran calma. Jesús les dijo:*
>
> *—¿Por qué teníais miedo? ¿Es que todavía no tenéis fe?*
>
> *Y ellos estaban embargados de un profundo temor, y se decían unos a otros:*
>
> *—¿Quién va a resultar Éste? ¡Porque hasta el viento y la mar Le obedecen!*

El lago de Galilea era famoso por sus tempestades. Se producían inesperadamente y tan de pronto que sorprendían y aterraban. Un escritor las describe de la siguiente manera: «No es raro ver aparecer terribles tempestades, hasta cuando el cielo está

perfectamente despejado, sobre estas aguas que están ordinariamente tranquilas. Los numerosos arroyos que desembocan por la parte superior del lago, por el Nordeste y el Este, actúan como peligrosos desfiladeros por los que se lanzan los vientos de las alturas de Haurán, la meseta de Traconítide y la cima del monte Hermón, y se encauzan y comprimen de tal manera que, precipitándose con una fuerza tremenda por un espacio estrecho y luego soltándose de pronto, agitan el pe-queño lago de Genesaret de una manera aterradora.» Uno que fuera cruzando el lago siempre estaba expuesto a encontrarse con una de estas tempestades repentinas. Jesús iba en la barca en la posición que se le permitiría a cualquier huésped distinguido. Se nos dice que «en estos barquitos, el lugar para cualquier extranjero distinguido es un pequeño asiento colocado en la popa, donde suele haber una esterilla y un cojín. El timonel suele ir de pie un poco más adelante en la cubierta, aunque cerca de la popa, para tener una visión clara hacia adelante.»

Es interesante notar que las palabras que Jesús le dirigió al viento y a las olas son exactamente las mismas que le dijo al poseso de *Marcos 1:25.* Lo mismo que un malvado demonio poseía a aquel hombre, así el poder destructor de la tormenta era, así lo creían en Palestina en aquellos días, el poder malvado de los demonios actuando en el reino de la naturaleza.

No le haríamos justicia a esta historia si la tomáramos sólo en un sentido literal. Si no describe más que un milagro físico en el que Jesús calmó una tempestad, es muy maravillosa, y es algo que nos produce admiración, pero que solamente sucedió una vez y no se repetirá nunca. En tal caso es algo totalmente externo a nosotros. Pero si la leemos también en un sentido simbólico es de mucho más valor. Cuando los discípulos se dieron cuenta de que la presencia de Jesús estaba con ellos, la tempestad se convirtió en calma. Una vez que se dieron cuenta de que Él estaba allí, una paz intrépida vino a sus corazones. Viajar con Jesús era viajar en paz aun en medio de la tormenta. Ahora bien: eso es universalmente cierto. No es algo que sucedió una vez y no más; es algo que sigue sucediendo, y que nos puede suceder a nosotros también. En la presencia de Jesús

podemos tener paz aun en medio de las más violentas tempestades de la vida.

(i) Jesús nos da la paz en la tormenta del *duelo.* Cuando nos viene una pérdida como es inevitable, Jesús nos habla de la gloria de la vida por venir. Él cambia la oscuridad de la muerte en la luminosidad del pensamiento de la vida eterna. Él nos habla del amor de Dios. Hay una antigua historia de un jardinero que tenía en su jardín una flor favorita que quería mucho. Cierto día llegó al jardín, y se encontró con que aque-lla flor no estaba. Se entristeció y enfadó mucho, y se puso a proferir quejas. En medio de su resentimiento se encontró con el dueño del jardín, al que comunicó sus quejas también. «¡Cállate! —le dijo el dueño— La he recogido yo para mí.» En la tormenta del duelo, Jesús nos dice que los que amamos han ido para estar con Dios, y nos da la seguridad de que nos reuniremos otra vez con los que hemos amado y perdido por un tiempo.

(ii) Jesús nos da la paz cuando *los problemas* de la vida nos envuelven en una tempestad de duda y tensión e incertidumbre. Hay momentos en los que no sabemos qué hacer; cuando nos encontramos en alguna de las encrucijadas de la vida, y no sabemos qué camino seguir. Si entonces nos volvemos a Jesús y Le decimos: «Señor, ¿qué quieres que haga?» —el camino aparecerá claro. Lo trágico no es no saber qué hacer, sino que a menudo no nos sometemos humildemente a la dirección de Jesús. El buscar Su voluntad y someternos a ella es el camino a la paz en tales momentos.

(iii) Jesús nos da la paz en las tormentas de *la ansiedad.* El principal enemigo de la paz es la preocupación, por nosotros, acerca del futuro desconocido, y por los que amamos. Pero Jesús nos habla de un Padre Cuya mano no causará nunca a Sus hijos una lágrima innecesaria, y de un amor más allá del cual ni nosotros ni los que amamos podemos ser arrastrados nunca. En la tormenta de la ansiedad Jesús nos trae la paz del amor de Dios.

LA EXPULSIÓN DE LOS DEMONIOS

Marcos 5:1-13

Llegaron a la otra orilla del lago, al territorio de los gerasenos. En cuanto Jesús desembarcó, Le salió al encuentro de las tumbas un hombre dominado por un espíritu inmundo. Este hombre vivía entre las tumbas. Nadie había sido capaz nunca de atarle con una cadena, porque muchas veces le habían atado con grillos y con cadenas, pero él se soltaba haciendo añicos las cadenas y los grillos, y no había nadie que fuera suficientemente fuerte para dominarle. Estaba siempre, noche y día, por las tumbas y por los montes, gritando y rajándose con las piedras. Vio a Jesús cuando estaba todavía a mucha distancia, y corrió y se arrodilló delante de Él.

—¿Qué tenemos Tú y yo que ver el uno con el otro? —dijo— ¡Jesús, Hijo del Dios altísimo! Te conjuro por el nombre de Dios que no me atormentes.

Eso lo decía porque Jesús le había estado ordenando al espíritu inmundo que saliera del hombre. Y entonces Jesús le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Legión —Le contestó el hombre—, porque somos muchos.

Y siguió pidiéndole a Jesús con muchas súplicas que no los enviara fuera del país.

Había una gran piara de puercos paciendo en la ladera de la montaña. Y los espíritus Le pidieron a Jesús:

—Envíanos a los puercos para que entremos en ellos.

Y Jesús les permitió que entraran en los puercos. Y los espíritus inmundos salieron del hombre y entraron en los puercos, y toda la manada —había como dos mil animales— se lanzaron por un precipicio al lago, y se ahogaron.

Aquí tenemos una historia gráfica y bastante macabra. Es la clase de historia en la que tenemos que esforzarnos por leer entre líneas, porque representa una forma de pensar que era muy familiar entre

la gente de Palestina en los días de Jesús, pero que nos resulta sumamente extraña.

Si esto se ha de tomar en estrecha relación con lo que precede —y esa era la intención de Marcos—, debe de haber sucedido ya muy tarde por la tarde o hasta ya entrada la noche. La historia resulta todavía más fantástica y misteriosa si tenemos en cuenta que tuvo lugar en las sombras de la noche.

El versículo 35 nos dice que era ya tarde por la tarde cuan-do Jesús y Sus amigos se hicieron a la mar. El lago de Galilea tiene 20 kilómetros por lo más largo, y 11 por lo más ancho. En el lugar de nuestra historia hay unos 8 kilómetros de lado a lado. Habían hecho el viaje; y, durante la travesía, se habían enfrentado con la tormenta y habían conseguido por fin llegar a tierra. Era una parte de la orilla del lago en la que hay muchas cuevas en la roca caliza, muchas de las cuales se usaban como tumbas. En sus mejores momentos era un paraje misterioso; cuando caía la noche tiene que haber sido verdaderamente macabro.

De las tumbas vino corriendo hacia ellos un hombre poseído por el demonio. Era un lugar especialmente adecuado para él, porque los demonios, según se creía entonces, vivían en los lugares sucios, en sitios solitarios y desolados y entre las tumbas. Era en medio de la noche y antes del canto del gallo cuando los demonios estaban especialmente activos. Era peligroso dormir a solas en una casa vacía por la noche; saludar a cualquier persona en la oscuridad, porque podría ser un demonio; salir por la noche sin una luz o una antorcha era arriesgarse demasiado. Aquel era un lugar peligroso, y una hora peligrosa, y el hombre era un hombre peligroso.

Hasta qué punto este hombre se sentía poseído se ve por su manera de hablar. Algunas veces usa el singular como si fuera él mismo el que hablaba; pero otras usa el plural, como si todos los demonios estuvieran hablando. Estaba tan convencido de que tenía demonios que sentía como que hablaban por medio de él. Cuando Jesús le preguntó cómo se llamaba, contestó que Legión. Probablemente había dos razones para aquello.

Una legión era un regimiento romano de 6,000 soldados. Probablemente aquel hombre había visto una de aquellas legiones romanas en marcha por la carretera, y estaba convencido de que

tenía una legión de demonios dentro. En cualquier caso, los judíos creían que ninguna persona podría sobrevivir si se diera cuenta del número de demonios que la rodeaban. Eran «como la tierra que se echa alrededor de un bancal cuando se planta.» Había un millar a la mano derecha de un hombre y diez millares a su izquierda. La reina de los espíritus femeninos tenía no menos de 180,000 seguidoras. Había un dicho judío: «Una legión de espíritus dañinos está acechando a las personas,» diciéndoles: «¿Cuándo caerán estos en las manos de una de estas cosas y le apresarán?» Sin duda este desgraciado sabía todas estas cosas, y su pobre mente peregrina estaba segura de que una masa de aquellos demonios había hecho en él su residencia.

Además, Palestina era un país ocupado. Las legiones romanas, cuando más salvajes e irresponsables, podían a veces ser culpables de atrocidades que le helarían a uno la sangre. Bien puede ser que este hombre hubiera visto, y hasta tal vez experimentado, cómo sus seres amados sufrían los asesinatos y la rapiña que acompañaban a veces a las legiones. Bien puede ser que fuera alguna terrible experiencia así la que le hubiera dañado la mente. La palabra *Legión* conjuraba en él una visión de terror y muerte y destrucción. Estaba convencido de que tenía dentro demonios de esa clase.

No podremos ni empezar a entender esta historia a menos que veamos lo grave que era el caso de este hombre. Está claro que Jesús intentó más de una vez curarle. El v. 8 nos dice que Jesús había empezado usando Su método habitual —una orden de autoridad al demonio para que saliera. En esta ocasión no fue suficiente. A continuación, le preguntó a aquel deomino cómo se llamaba. Siempre se suponía en aquel tiempo que, si se podía descubrir el nombre de un demonio, se adquiría un cierto poder sobre él. Una antigua fórmula mágica decía: «Te conjuro, cualquier espíritu demoníaco que seas, que digas quién eres.» Se creía que si se sabía el nombre, el poder del demonio quedaba quebrantado. En este caso aun aquello no resultó suficiente.

Jesús vio que no había nada más que una manera de curar a este hombre —y era darle una demostración indudable de que los demonios habían salido de él, por lo menos indudable en tanto en cuanto concernía a su propia mente. No importa si creemos en la

posesión diabólica o no; aquel hombre sí creía. Aun en el caso de que todo fuera una invención de su mente desquiciada, los demonios eran para él algo muy real. El doctor Randle Short, hablando de la supuesta mala influencia de la Luna *(Salmo 121:6)* que ha quedado en palabras como *lunático* y *alunado,* dice: «La ciencia moderna no reconoce ningún daño particular que produzca la Luna. Sin embargo es una creencia muy extendida que la Luna afecta realmente la mente de las personas... Es bueno saber que el Señor nos puede librar de los peligros imaginarios tanto como de los reales. A menudo los imaginarios son más difíciles de afrontar.»

Este hombre necesitaba liberación; ya fuera liberación de la posesión diabólica real, o de una ilusión sumamente poderosa, no importa. Aquí es donde entra la manada de cerdos. Estaban paciendo en la ladera de la colina. El hombre sentía que los demonios estaban pidiendo que no se los destruyera del todo, sino que se los enviara a los cerdos. Todo ese tiempo estaba dando gritos y alaridos y experimentando paroxismos que eran señales de su mal. De pronto, cuando sus chillidos alcanzaron una intensidad superior, toda la manada salió huyendo y se precipitó por una ladera escarpada en el mar. *¡Allí* estaba la prueba que el hombre necesitaba! Esto era casi la única cosa del mundo que podía convencerle de que estaba curado. Jesús, como sabio médico que entendía con tanta amabilidad y simpatía y psicología la mente enferma, usó aquel acontecimiento para ayudar a aquel hombre a recuperar su sanidad, y su mente turbulenta recuperó la paz.

Hay personas excesivamente detallistas que culpan a Jesús por devolverle la salud a un hombre a costa de la muerte de unos cerdos. No cabe duda de que es una manera muy ciega de ver las cosas. ¿Cómo puede llegar a compararse el destino de los cerdos al de una persona con un alma inmortal? No tenemos ningún reparo, supongo yo, en que nos pongan carne de cerdo para la comida, ni la rechazamos porque haya supuesto la vida de un animal. Sin duda, si matamos animales para no pasar hambre, no podemos presentar ninguna objeción si la salvación de la mente y el alma de una persona supuso la muerte de una manada de esos mismos animales. Hay una sensiblería blandengue que languidece de lástima por el daño que sufre un animal, y nunca mueve ni un dedo

para remediar el estado lastimoso de millares de hombres y mujeres y niños de Dios. Esto no es decir que no tenemos por qué preocupar-nos de lo que le sucede a la creación animal de Dios, porque Dios ama todas las criaturas que Sus manos han hecho; pero sí es decir que debemos conservar un sano sentido de la proporción, y en el baremo de Dios no hay nada tan importante como un alma humana.

PEDIRLE A CRISTO QUE SE VAYA

Marcos 5:14-17

> *Los que estaban apacentando los puercos salieron huyendo, y dieron la noticia de lo que había sucedido en el pueblo y en las granjas. Y salió la gente a ver qué era lo que había pasado. Llegaron hasta donde estaba Jesús, y vieron al poseso —el hombre que había tenido la legión de demonios— sentado, totalmente vestido y en su sano juicio, y les dio mucho miedo. Y los que habían visto lo que había pasado les contaron lo que le había sucedido al poseso, y les dijeron lo de los puercos; y ellos se pusieron a insistirle a Jesús que se marchara de su territorio.*

Naturalmente, los hombres que estaban a cargo de los puercos fueron al pueblo y a las granjas con la noticia de este suceso extraordinario. Cuando la gente curiosa llegó al lugar, encontraron al hombre que había estado tan mal, sentado, normalmente vestido y en plena posesión de sus facultades. El loco salvaje y desnudo se había convertido en un ciudadano sano y sensato.

Y entonces viene la sorpresa, la paradoja, lo que nadie realmente esperaría. Habríamos supuesto que aquella gente se habría alegrado mucho; pero reaccionaron más bien con miedo. Y se habría esperado que Le pidieran a Jesús que se quedara con ellos y ejerciera aún más Su extraordinario poder; pero Le dijeron que se marchara de su territorio lo más pronto posible. ¿Por qué? Un pobre desgraciado había recuperado la salud, pero ellos habían perdido los cerdos, y por tanto no querían saber más de Jesús. Aquello había alterado la rutina de la vida, y ellos querían que el elemento perturbador desapareciera lo más pronto posible.

Un frecuente grito de batalla de la mente humana es: «¡No me compliques la vida!» En general, lo único que quiere la gente es que se la deje en paz.

(i) La gente dice instintivamente: *«¡No alteres mi tranquilidad!»* Si alguien viniera a nosotros y nos dijera: «Te puedo dar un mundo que será mejor para la masa de gente en general, pero supondrá que tu comodidad, por lo menos por cierto tiempo, se verá perturbada e inquietada, y que tendrás que pasarte con algo menos que ahora por bien de los demás,» la mayor parte de la gente diría: «Prefiero que las cosas sigan como están.» De hecho, esa es casi exactamente la situación que estamos viviendo en la actual revolución social. Estamos pasando una época de redistribución, no sólo en este país, sino también en las naciones en vías de desarrollo. Estamos en una época en que se vive muchísimo mejor que en cualquier tiempo pasado; pero eso ha supuesto que la vida no sea tan cómoda como lo era para un número considerable de personas; y por esa misma razón hay resentimiento, porque algunas de las comodidades de la vida han desaparecido.

Se habla un montón de lo que *nos debe* la vida. La vida no nos debe absolutamente nada; somos nosotros los que le debemos a la vida todo lo que le podamos dar. Somos seguidores de Uno que dejó la gloria del Cielo por la estrechez de la Tierra, y el gozo de Dios por el dolor de la Cruz. Es humano no querer que nos alteren nuestra comodidad; es divino estar dispuestos a sufrir molestias para que otros estén mejor.

(ii) La gente dice instintivamente: *«No te metas con mis posesiones.»* Aquí tenemos otro aspecto de la misma cosa. Ninguna persona renuncia voluntariamente a nada que posea. Cuanto más tenemos, más queremos retener para nosotros mismos. Borrow, que conocía a los gitanos, nos cuenta que la técnica de echar la buena ventura del gitano es prometerle al joven toda clase de placeres, y anunciarle al viejo riquezas y sólo riquezas. «Porque ellos tienen suficiente conocimiento del corazón humano para darse cuenta de que la avaricia es la última pasión que se extingue en todos nosotros.» La manera más rápida de ver si una persona realmente acepta su fe y si realmente cree en sus principios es si está dispuesta a volverse más pobre por ellos.

(iii) La gente dice instintivamente: *«No me compliques mi religión.»*

(*a*) La gente dice: «No hagas que los temas desagradables estropeen el decoro agradable de mi religión.» Edmund Gosse señala una curiosa omisión en los sermones del famoso predicador Jeremy Taylor: «Estos sermones figuran entre los más elocuentes y profundos de la lengua inglesa; pero apenas alguna vez mencionan a los pobres, casi nunca sus angustias, y no muestran prácticamente ningún interés en su situación. Estos sermones se predicaron en el Sur de Gales, donde abundaba la pobreza. El clamor de los pobres y de los hambrientos, de los pobremente vestidos y de los necesitados ascendía al Cielo sin cesar, y clamaba por piedad y remedio; pero este elocuente predicador no parecía oírlo nunca; vivía y escribía y predicaba rodeado de sufrimiento y de necesidades, y sin embargo se mantenía casi inconsciente de su existencia.»

Es mucho menos inquietante predicar acerca de las sutilezas de las creencias y doctrinas teológicas que acerca de las necesidades humanas y de las miserias de la vida. De hecho, hemos sabido de congregaciones que informaban a sus posibles pastores que los aceptarían con la condición de que no predicaran sobre ciertos asuntos. Es una cosa notable que no fue lo que dijo Jesús acerca de Dios lo que Le trajo problemas; fue lo que dijo acerca del *hombre* y acerca de las necesidades del hombre lo que inquietó a los ortodoxos de Su tiempo.

(*b*) Se ha sabido de gente que decía: «No hagas que las relaciones personales me compliquen la religión.» James Burns cita algo sorprendente en relación con este tema de la vida de Angela di Foligras, la famosa mística italiana. Tenía el don de retirarse completamente de este mundo, y de volver de sus trances con historias de una comunión inefablemente dulce con Dios. Fue ella la que dijo: «En ese tiempo, y por la voluntad de Dios, murió mi madre, que era un gran obstáculo para que yo pudiera seguir el camino de Dios. Mi marido también murió, y en un tiempo relativamente breve murieron todos mis hijos. Y como yo había empezado a seguir el camino mencionado, y Le había pedido a Dios que me librara de

ellos, tuve gran consuelo con sus muertes, aunque también sentí algún dolor.» Su familia era un obstáculo en su religión.

Hay una clase de religión a la que le gustan más los comités que el trabajo de casa, y tiene más interés en los momentos devocionales que en los actos de servicio. Presume de servir a la iglesia y de dedicarse a la devoción —pero a los ojos de Dios lo tiene todo al revés.

(*c*) Hay personas que dicen: «No compliques mis creencias.» Hay una clase de religión que dice: «Lo que estaba bien para mis antepasados es suficientemente bueno para mí.» Hay personas que no quieren saber nada nuevo, porque sospechan que en ese caso tendrían que pasar muchos sudores mentales y pensar de nuevo las cosas y llegar a nuevas conclusiones. Hay tal cosa como una cobardía de pensamiento y un letargo de mente y un sueño del alma que son cosas terribles.

Los gerasenos se deshicieron del Cristo inquietante —y sigue habiendo muchos que tratan de hacer lo mismo.

UN TESTIGO DE CRISTO

Marcos 5:18-20

> *Cuando Jesús se estaba subiendo a la barca, el hombre que había estado poseído por el demonio Le pidió insistentemente que le dejara estar con Él. Jesús no se lo permitió, sino le dijo:*
>
> *—Vuelve a tu pueblo y a los tuyos, y diles todo lo que el Señor ha hecho por ti.*
>
> *Y él se marchó, y empezó a proclamar por toda Decápolis la historia de todo lo que Jesús había hecho por él.*

Es sumamente interesante que este acontecimiento tuvo lugar en la Decápolis. *Decápolis* quiere decir *Las Diez Ciudades.* Cerca del Jordán y hacia el Este, había diez ciudades que tenían un carácter bastante especial. Eran esencialmente griegas. Se llamaban Escitópolis, que era la única al Oeste del Jordán, Pela, Dión, Gerasa, Filadelfia, Gadara, Rafana, Canata Hipos y Damasco. Con las conquistas de Alejandro Magno había habido una penetración griega en Palestina y Siria.

Las ciudades griegas que se fundaron allí y entonces tenían una curiosa posición. Estaban dentro de Siria, pero eran considerablemente independientes. Tenían sus propios consejos, y acuñaban su propia moneda; tenían el derecho de la administración local, no sólo de sí mismas, sino del área a su alrededor. Tenían el derecho de asociarse entre sí para la defensa mutua y para fines comerciales. Se mantuvieron en una especie de semi-independencia hasta el tiempo de los Macabeos, a mediados del siglo II a.C., cuando los conquistadores judíos sometieron la mayor parte de estas ciudades al gobierno judío.

Fueron liberadas del control judío por el emperador romano Pompeyo hacia el año 63 a.C. Todavía estaban en una posición curiosa. Eran independientes hasta cierto punto, pero estaban sujetas a los impuestos y al servicio militar romanos. No tenían una guarnición, pero eran con frecuencia el cuartel general de las legiones romanas en las campañas orientales. Ahora bien, Roma gobernaba casi toda esta parte del mundo por un sistema de reyes tributarios. El resultado era que Roma podía ofrecerles a estas ciudades muy poca protección; así es que se asociaban entre sí en una especie de confederación para defenderse de la presión de los judíos y de los árabes. Eran ciudades hermosas. Eran tozudamente griegas: tenían sus dioses griegos y sus templos griegos y sus anfiteatros griegos; estaban consagradas a la manera griega de vivir.

Así es que aquí tenemos algo muy interesante. Si Jesús estuvo en la Decápolis, este es uno de los primeros indicios de cosas por venir. Habría judíos allí, pero era fundamentalmente un área griega. Aquí tenemos las primicias de un mundo para Cristo. Aquí tenemos la primera señal del Cristianismo rompiendo los límites del judaísmo y saliendo a todo el mundo. Cómo eran estas ciudades y la importancia que tenían se puede ver por el hecho de que de Gadara solo procedían Filodemo, el gran filósofo epicúreo, que era contemporáneo de Cicerón; Meleagro, el maestro del epigrama griego; Menipo —cuyo supuesto retrato pintó Velázquez—, el famoso satírico, y el retórico Teodoro, que fue nada menos que el tutor del emperador reinante Tiberio. Algo sucedió aquel día que Jesús puso Su pie en Decápolis.

Había una buena razón para que Jesús mandara al hombre que había sido un poseso de vuelta a su tierra.

(i) Había de ser un testigo del Evangelio. Había de ser una demostración viva, andante, visible e incontestable de lo que Cristo puede hacer por una persona. Nuestra gloria debe consistir siempre, no en lo que nosotros podemos hacer por Cristo, sino en lo que Cristo puede hacer y ha hecho por nosotros. La prueba incontestable del Cristianismo es un hombre nacido de nuevo.

(ii) Había de ser la primera semilla de lo que a su tiempo llegaría a ser una cosecha poderosa. El primer contacto con la civilización griega se hizo en la Decápolis. Todo tiene que empezar en algún sitio; y la gloria de todo el Cristianismo que un día florecería en la mente y el genio helénico empezó con un hombre que había estado poseído por demonios y a quien Cristo sanó. Cristo siempre tiene que empezar por alguien. En nuestro propio círculo y sociedad, ¿por qué no ha de empezar Él por nosotros?

EN LA HORA DE LA NECESIDAD

Marcos 5:21-24

> *Cuando Jesús había vuelto otra vez en la barca al otro lado, se reunió con Él una gran multitud; y Él se encontraba a la orilla del lago. Uno de los gobernadores de la sinagoga que se llamaba Jairo se dirigió a Jesús; y cuando Le vio se postró a Sus pies y se puso a suplicarle:*
>
> *—Tengo una hijita que está a las puertas de la muerte. Ven a imponerle las manos para que se cure y viva.*
>
> *Jesús fue con él; y las multitudes Le iban siguiendo y estrujando por todos lados.*

Aquí tenemos todos los elementos de una tragedia. Siempre es trágico que un niño esté enfermo. Esta historia nos dice que la hija del gobernador de la sinagoga tenía doce años. Según la costumbre judía, una niña se hacía mujer al cumplir los doce años. Esta chica estaba en el umbral de la feminidad, y cuando llega la muerte en esa edad es doblemente trágica.

La historia nos dice algo acerca de este hombre que era el gobernador de la sinagoga. Tiene que haber sido una persona de

considerable importancia. El gobernador era el responsable administrativo de la sinagoga. Era el presidente de la junta de ancianos, y el responsable de la buena marcha de la sinagoga. Tenía a su cargo el orden de los cultos. No solía tomar parte en ellos él mismo, pero era responsable de la distribución de obligaciones y de ver que todo se llevaba a cabo decentemente y con orden. El gobernador de la sinagoga era uno de los hombres más importantes y más respetados de la comunidad. Pero algo le sucedió cuando su hija cayó enferma, y él pensó en Jesús.

(i) Se olvidó de *sus prejuicios.* No hay duda que Jairo debe de haber considerado a Jesús un marginado, un hereje peligroso, uno para Quien las puertas de la sinagoga estaban justificadamente cerradas, y Uno al que haría bien en evitar todo el que apreciara su relación con los guardianes de la ortodoxia. Pero era lo suficientemente persona como para abandonar sus prejuicios a la hora de su necesidad. *Prejuicio* quiere decir realmente *juicio que se hace antes de tiempo.* Es juzgar antes de haber examinado la evidencia, o dar un veredicto antes de examinar aquella. Pocas cosas han contribuido más que esta a detener las cosas. Casi cada paso hacia adelante se ha tenido que dar oponiéndose a un prejuicio inicial. Cuando Sir James Simpson descubrió el uso del cloroformo como anestésico, especialmente en los partos, se dijo que eso no era más que «una treta de Satanás, presentada como una bendición para las mujeres, pero que acaba endureciéndolas y robando a Dios de los clamores profundos y serios que deben elevarse a Él en tiempo de prueba.» Una mente dada a los prejuicios le cierra el camino a muchas bendiciones.

(ii) Se olvidó de *su dignidad.* Él, el gobernador de la sinagoga, vino a se postró a los pies de Jesús, el Maestro ambulante. No pocas veces una persona tiene que olvidar su dignidad para salvar su vida o su alma.

Hay una historia famosa de Diógenes, el filósofo cínico. Le capturaron unos piratas, y le iban a vender como esclavo. Mirando a los que pasaban y envidaban por él, se fijó en un hom- bre. «Véndeme a ese hombre —dijo—. Necesita un maestro.» El hombre le compró; le confió a Diógenes la dirección de su casa y la educación de sus hijos. «Fue un buen día para mí —solía decir

aquel hombre— cuando Diógenes entró en mi casa.» Cierto; pero le costó a aquel hombre abdicar de su dignidad.

A menudo sucede que una persona mantiene su dignidad y cae de la gracia.

(iii) Se olvidó de *su orgullo.* Tiene que haberle costado un esfuerzo consciente de humillación a este gobernador de la sinagoga el venir a pedirle ayuda a Jesús de Nazaret. A nadie le gusta deberle un favor a otro; todos queremos resolverlo todo solos. El primer paso en la vida cristiana es darnos cuenta de que no podemos por menos de estar en deuda con Dios.

En una antigua historia, eso fue precisamente lo que tuvo que hacer Naamán *(2 Reyes 5).* Tuvo que venir a Eliseo para curarse de la lepra. La prescripción de Eliseo fue que fuera y se bañara en el Jordán siete veces. ¡Esa no era manera de tratar al primer ministro de Siria! Eliseo ni siquiera había comunicado el mensaje personalmente. ¡Se lo había enviado con un criado! Y, ¿es que no había ríos mucho mejores en Siria que ese riachuelo polvoriento y cenagoso del Jordán? Estos fueron los primeros pensamientos de Naamán; pero acabó por tragarse su orgullo, y se libró de su lepra.

(iv) Aquí llegamos al reino de la especulación; pero me parece que podemos decir que este hombre se olvidó de *sus amigos.* Puede que, de todas todas, objetaran a que él acudiera a Jesús. Es bastante extraño que él viniera en persona en vez de mandar a un mensajero. Parece extraño de estuviera dispuesto a dejar a su hija, que estaba a las puertas de la muerte. Puede ser que fuera él porque ningún otro estaba dispuesto. Los de su círculo fueron sospechosamente rápidos en decirle que no molestara más a Jesús. Suena casi como si se alegraran de no solicitar Su ayuda. Bien puede ser que este gobernador desafiara la opinión pública y el consejo privado al dar el paso de acudir a Jesús. Muchas personas se muestran más sabias cuando sus amigos sabios-según-el-mundo creen que están actuando como unos estúpidos.

Aquí tenemos a un hombre que lo olvidó todo excepto que quería la ayuda de Jesús; y gracias a ese olvido recordaría siempre que Jesús es el Salvador.

LA ÚLTIMA ESPERANZA DE UNA PACIENTE

Marcos 5:25-29

> *Ahora bien, había una mujer que llevaba ya doce años sufriendo de hemorragias. Se había sometido a muchos tratamientos a manos de muchos médicos; se había gastado todo el dinero que tenía, y no le había servido de nada. De hecho, había ido de mal en peor. Cuando oyó lo que decían de Jesús, se acercó a Él por detrás entre la gente, y Le tocó la ropa, diciéndose: «Aunque no haga más que tocar Su ropa, me curaré.» E inmediatamente se le secó la fuente de la sangre, y sintió en su cuerpo que estaba curada de su tormento.*

La mujer de este pasaje sufría un mal que era muy corriente y muy difícil de tratar. El mismo *Talmud* propone no menos de once curas para esa dolencia. Algunas de ellas no son más que tónicos y astringentes; pero otras son sencillamente supersticiones, como llevar las cenizas de un huevo de avestruz en una faja de lino en el verano y de algodón en invierno; o llevar una espiga de cebada que se hubiera encontrado en el estiércol de una burra blanca. Sin duda esta pobre mujer había proba-do hasta esos remedios desesperados. Lo malo era que aquello no solamente afectaba la salud de una mujer, sino que la mantenía en una condición de impureza ritual y le impedía participar en el culto a Dios y en el trato con las demás personas *(Levítico 15:25-27).*

Marcos se mete aquí un poco con los médicos. La mujer había acudido a todos los que había podido, y había sufrido mucho con los tratamientos, y se había gastado todo lo que tenía; y el resultado había sido, no ponerse mejor, sino peor. La literatura judía es interesante en el tema de los médicos. «Yo solía ir a los médicos —dice una persona— para que me curaran; pero cuanto más me ungían con sus pócimas, más se me nublaban los ojos, hasta que me quedé completamente ciego» *(Tobías 2:10).* Hay un pasaje en la *Misná,* que es un sumario de la ley tradicional, hablando acerca de los negocios a los que se puede dedicar a un hijo. «Rabí Yehudá dice: “Los muleros son en su mayoría unos canallas; los camelleros son en su mayoría gente como es debido; los marinos son casi todos santos; los mejores entre los médicos están destinados a la gehena, y los más aceptables de los carniceros son colegas de Amalec.”» Aquí hay que tener en cuenta el humor

característicamente judío, aplicado a una profesión digna y respetada en la que los judíos siempre descollaron. Y afortunada y justamente hay voces en el sentido opuesto. Uno de los elogios más grandes que se han hecho de los médicos está en *El Libro de Sirá* (uno de los apócrifos o deuterocanónicos que se escribieron entre el Antiguo y el Nuevo Testamento), que tomamos de la *Biblia del Oso:*

> *Honra al médico de sus honras para las necesidades: porque el Señor lo crió. Porque la medicina viene del Al- tísimo, y de los reyes será honrada. La ciencia del médico hace alzar su cabeza, y delante de los príncipes es admirable. El Señor crió de la tierra las medicinas, y el hombre prudente no las despreciará con fastidio. ¿El agua no re- cibió dulzura del madero, para que su virtud fuese notoria al hombre? Él es el Que dio a los hombres la ciencia para ser glorificado en sus maravillas. Él es el Que sana por estas cosas, y mitiga el dolor del hombre. El boticario con estas cosas hace sus compuestos [suaves, y sus unciones salutíferas,] y sus obras no tienen fin; mas de Él procede la prosperidad sobre toda la tierra. Hijo, en tu enfermedad no seas negligente, mas ora al Señor, y Él te sanará. Apártate del pecado, y endereza la mano; y de toda culpa limpia tu corazón. Ofrece perfume de suave olor, y memorial de flor de harina; engrasa la ofrenda, que no eres tú el primero que das estos dones. Y da luego lugar al médico, porque Dios lo crió; y no se aparte de ti, porque lo has menester. [Porque] hay tiempo cuando el buen suceso está en sus manos. Porque también ellos orarán al Señor que les prospera la ayuda y la cura por causa de la vida. El que peca contra Aquel Que lo hizo, caiga en las manos del médico.*

Los médicos no habían tenido éxito en el caso de esta mujer, y ella había oído hablar de Jesús. Pero ella tenía este problema: su dolencia era doblemente embarazosa; el meterse entre la gente y confesarlo abiertamente era imposible, porque contaminaba a todos los que tocara, aunque fuera un roce mínimo; pero a pesar de todo decidió tratar de tocar, aunque sólo fuera la ropa de Jesús, en secreto. Cualquier judío devoto llevaba una ropa exterior con cuatro flecos, uno en cada extremo. Estos flecos se llevaban obedeciendo

el mandamiento de *Números 15:38-40,* para indicarles a los demás, y al mismo que las usaba, que era un miembro del pueblo escogido de Dios. Eran el emblema de todo judío piadoso. Fue uno de esos flecos lo que tocó la mujer escurriéndose entre la multitud; y en cuanto lo tocó sintió la emoción de saberse curada.

Aquí tenemos a una mujer que vino a Jesús como su última esperanza; había probado todas las otras curas que el mundo pudiera ofrecer, y finalmente probó con Jesús. Muchas y muchas personas han venido a buscar la ayuda de Jesús cuando estaban al borde de la desesperación. Puede que hubieran luchado contra la tentación hasta no poder más, y Le extendieron la mano gritando: «¡Señor, sálvame, que estoy perdido!» Puede que hubieran luchado con alguna responsabilidad agotadora hasta no poder más, y entonces clamaron por una fuerza que ya no tenían en sí mismos. Puede que fueran personas que habían trabajado para alcanzar la bondad que anhelaban, sólo para verla cada vez más lejos, hasta sentirse totalmente frustrados. Ninguna persona tendría por qué acudir a Cristo obligada por las circunstancias; y sin embargo muchos vienen así; pero aunque sea así como venimos, Él no nos despedirá con las manos vacías. Aunque todo nos falle, Él no nos fallará.

EL COSTO DE LA SANIDAD

Marcos 5:30-34

Jesús Se dio perfecta cuenta del poder que había salido de Él; y Se volvió inmediatamente en medio de la multitud y dijo:

—¿Quién ha sido el que Me ha tocado la ropa?

Los discípulos Le dijeron:

—¡Mira toda la gente que Te está apretujando por todas partes! ¿Y dices que quién Te ha tocado la ropa?

Jesús siguió mirando a Su alrededor a ver quién había sido. La mujer estaba muy asustada y temblando. Sabía muy bien lo que le había sucedido; así es que vino, y se postró en tierra delante de Jesús y Le confesó toda la verdad.

—¡Hija! —le dijo Jesús— ¡Tu fe te ha curado! Vete, y disfruta de buena salud, libre del mal que ha sido tu tormento.

Este pasaje nos dice algo acerca de tres personas.

(i) Nos dice algo acerca de Jesús. Nos habla del *costo de la sanidad.* Cada vez que Jesús curaba a alguien, algo salía de Él. Aquí tenemos un principio universal de la vida. Nunca produciremos nada que valga la pena a menos que estemos dispuestos a poner algo en ello de nosotros, de nuestra misma alma. Ningún pianista ofrecerá nunca una interpretación realmente grande si se limita a tocar la pieza de música con una técnica perfecta. La interpretación no será grande a menos que al final de ella el intérprete esté agotado por la entrega de sí mismo. Ningún actor ofrecerá nunca una gran interpretación si no hace más que repetir las palabras con la debida inflexión y con los gestos correctos, como un autómata perfectamente programado. Sus lágrimas han de ser lágrimas reales; sus sentimientos tienen que ser sentimientos reales; tiene que dar algo de sí mismo en su representación. Ningún predicador que haya predicado nunca un verdadero sermón se bajará del púlpito sin un sentimiento de que se ha drenado de algo.

Si hemos de ayudar alguna vez a otros, tenemos que estar dispuestos a entregarnos a nosotros mismos. Todo depende de nuestra actitud hacia los demás. Una vez, el gran crítico literario Matthew Arnold dijo de la clase media: «Fijaos en estas personas; la ropa que se ponen, los libros que leen; la textura de mente que fragua sus pensamientos; ¿hay alguna cantidad de dinero que compense por ser así como uno de estos?» Ahora bien, *el sentido* de ese dicho puede que sea verdad o no; pero de lo que no cabe duda es del *desprecio* del que nació. Arnold miraba a las personas con una especie de estremecimiento de repulsa. Y nadie que mire a los demás de esa manera podrá jamás ayudarlos.

Considerad por otra parte a Moisés después que el pueblo había hecho el becerro de oro cuando él estaba en la cima de la montaña. Recordad cómo Le pidió a Dios que le borrara del libro de Sus memorias a cambio de que perdonara al pueblo *(Éxodo 32:30-32).* Recordad también el sentimiento de Pablo hacia Israel, y que estaba dispuesto hasta a condenarse para que su pueblo se salvara *(Romanos 9:1-3).*

La grandeza de Jesús se ve en que estaba dispuesto a pagar el precio de ayudar a otros, y que ese precio era derramar Su propia

vida. Seguimos Sus huellas solamente cuando estamos dispuestos a gastar, no nuestro dinero, sino nuestra fuerza y nuestra alma, por otros.

(ii) Nos dice algo acerca de los discípulos. Nos muestra muy gráficamente las limitaciones de lo que se llama «el sentido común.» Los discípulos tenían un punto de vista de sentido común. ¿Cómo podía evitar Jesús que Le tocaran y que Le apretujaran en medio de una muchedumbre así? Esa era la manera sensata de considerar las cosas. Aquí surge el hecho extraño y punzante de que no se habían dado cuenta de que a Jesús Le costara nada sanar a los enfermos.

Una de las tragedias de la vida es la falta de sensibilidad de la mente humana. A menudo dejamos de darnos cuenta de lo que otros están pasando. Puede que sea porque no tengamos experiencia de algo, y nunca pensamos en lo que ese algo le está costando a otro. Porque algo nos sería fácil, nunca nos damos cuenta del esfuerzo terrible que puede suponer para otra persona. Por eso es por lo que tan a menudo herimos de la peor manera a los que amamos. Uno puede que Le pida a Dios sentido común; pero algunas veces sería mejor pedirle esa percepción sensible y clarividente para ver lo que hay en los corazones de otros.

(iii) Nos dice algo acerca de la mujer. Nos habla del alivio de la confesión. Todo había sido tan difícil, y tan humillante. Pero, una vez que Le dijo toda la verdad a Jesús, el terror y el temblor pasaron, y una oleada de alivio le inundó el corazón. Y una vez que hizo su confesión lastimosa, encontró a Jesús muy amable. No debe costarnos confesarle las cosas a Uno Que nos entiende como Jesús.

DESESPERACIÓN Y ESPERANZA

Marcos 5:35-39

> *Mientras Jesús estaba hablando, llegaron mensajeros de la casa del gobernador de la sinagoga que le dijeron:*
>
> *—Tu hija ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?*
>
> *Jesús oyó por encima el mensaje que traían, y le dijo al gobernador de la sinagoga:*
>
> *—¡No tengas miedo! ¡Sigue creyendo!*

Jesús no dejó que nadie Le acompañara más que Pedro y Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Cuando llegaron a la casa del gobernador de la sinagoga, Jesús vio la conmoción, y a la gente llorando y chillando. Y entró y les dijo:

—¿Por qué estáis tan afligidos? ¿Y por qué estáis llorando? La niñita no ha muerto: está dormida.

Y se rieron burlonamente de Él.

Las costumbres judías de duelo eran expresivas y detalladas, y estaban diseñadas prácticamente para subrayar la desolación y la separación final que causa la muerte. La esperanza victoriosa de la fe cristiana no existía todavía.

En cuanto tenía lugar una muerte, se levantaba un griterío terrible para que todos se dieran cuenta de que la muerte había asestado su golpe final. Los gemidos se repetían en el momento del entierro, cuando se llegaba a la tumba. Los afligidos se colgaban sobre el cuerpo muerto, suplicando una respuesta de sus labios callados para siempre. Se herían el pecho, se arrancaban el pelo y se rasgaban la ropa.

El rasgarse las vestiduras tenía que hacerse de acuerdo con ciertas reglas y costumbres. Se hacía justamente antes de que el cuerpo se ocultara definitivamente de la vista. Las vestiduras tenían que rasgarse hasta el corazón; es decir, hasta que se expusiera la piel, pero no se debían rasgar por debajo del ombligo. Por padres y madres se rasgaba el lado izquierdo, sobre el corazón; por otros familiares, el lado derecho. Una mujer tenía que rasgarse la ropa en privado; y entonces ponerse del revés la ropa interior para que lo rasgado quedara a la espalda; entonces se rasgaba la ropa exterior, de manera que no se le viera el cuerpo. La ropa rasgada se llevaba puesta treinta días. Después de los primeros siete días se podía zurcir lo que se había rasgado; pero de manera que se pudiera reconocer claramente. Después de los treinta días se podía coser adecuadamente la ropa.

Los flautistas eran esenciales. En la mayor parte del mundo antiguo, en Roma, Grecia, Fenicia, Asiria y Palestina, el sonido de la flauta se relacionaba inseparablemente con la muerte y la tragedia. Estaba establecido que, por muy pobre que fuera un hombre, debía haber por lo menos dos flautistas en el funeral de su esposa. W.

Taylor Smith, en el *Dictionary of Christ and the Gospels* de Hastings, cita dos ejemplos interesantes del uso de los flautistas que muestran lo extendida que estaba esta costumbre. Hubo flautistas en el funeral del emperador romano Claudio. Cuando el año 67 d.C. llegó a Jerusalén la noticia de la toma de Jotapata por los ejércitos romanos, Josefo nos dice que «la mayor parte del pueblo contrató a flautistas para que dirigieran sus lamentaciones.»

El lamento de las flautas, los chillidos de las plañideras, las apasionadas llamadas a los muertos, las vestiduras rasgadas, el pelo arrancado, tienen que haber convertido una casa judía en un lugar lúgubre y patético en un día de luto.

Cuando llegaba la muerte, a los que estaban de duelo se les prohibía trabajar, usar perfumes y llevar calzado. Hasta el hombre más pobre tenía que dejar de trabajar tres días. No tenía que viajar con mercancías; y la prohibición de trabajo se extendía también a sus servidores. No se podía sentar con la cabeza apoyada, ni afeitar, ni «hacer nada para su consuelo.» No podía leer la Ley o los Profetas, porque el leer estos libros produce alegría. Se le permitía leer *Job, Jeremías y Lamentaciones.* Tenía que tomar alimento solamente en su casa, y se tenía que abstener totalmente de carne y de vino. No podía salir del pueblo por treinta días. Era costumbre no comer a la mesa, sino sentado en el suelo, usando una silla como mesa. Era costumbre, y todavía lo es, comer huevos untados de ceniza y sal.

Había una curiosa costumbre. Se vaciaba toda el agua de la casa y de las tres casas vecinas a cada lado, porque se decía que el Ángel de la Muerte administraba la muerte con una espada que limpiaba en el agua cercana. Había una costumbre peculiarmente patética. En el caso de una persona que hubiera muerto demasiado joven, si no estaba casada, el ritual del matrimonio era parte de los ritos funerarios. Durante el tiempo del duelo, el afligido estaba exento de guardar la Ley, porque se suponía que estaba fuera de sí, loco de aflicción.

El que estaba de duelo tenía que ir a la sinagoga; y cuando entraba, los demás le miraban a la cara y le decían: «Bendito sea el Que consuela al afligido.» En el libro judío de oraciones hay una

oración especial que se ha de usar antes de comer en la casa del duelo:

> *Bendito eres Tú, oh Dios, nuestro Señor, Rey del universo, Dios de nuestros padres, nuestro Creador, nuestro Redentor, nuestro Santificador, el Santo de Jacob, el Rey de la vida, Que eres bueno y haces el bien; el Dios de verdad, el Juez justo Que juzgas con rectitud, Que llevas el alma a juicio, y eres el Único que gobiernas en el universo, Tú obras en él según Tu voluntad, y todos Tus caminos son en juicio, y nosotros somos Tu pueblo y Tus siervos, y en todas las situaciones estamos obligados a alabarte y bendecirte, Que proteges de todas las calamidades a Israel, y nos escudará en esta calamidad, y de este duelo nos sacará a vida y paz. Consuela, oh Dios, nuestro Señor, a todos los afligidos de Jerusalén que están de duelo con dolor. Consuélalos en su duelo, y haz que se regocijen en su agonía como aquel a quien consuela su madre. Bendito seas Tú, oh Dios, el Consolador de Sión, Tú que reedificas Jerusalén.*

Esta oración es posterior a los tiempos del Nuevo Testamento, pero está inspirada en expresiones angustiadas de dolor que nosotros podemos leer en esta historia de la niña que había muerto.

LA DIFERENCIA QUE HACE LA FE

Marcos 5:40-43

> *Pero Jesús hizo salir de allí a todos, y no tomó consigo más que al padre y a la madre de la niña, y a Sus amigos, y entraron en la habitación en la que estaba la niña. Jesús le tomó la mano a la niña, y le dijo:*
>
> *—¡Jovencita, a ti te digo, levántate!*
>
> *Inmediatamente la muchacha se levantó y se puso a andar por allí, porque tenía unos doce años de edad. E inmediatamente todos se maravillaron sobremanera. Jesús les advirtió muy en serio que no le dijeran a nadie lo que había sucedido. Y dio orden de que le dieran a la muchacha algo de comer.*

Hay aquí un detalle conmovedor. En el mismo texto original, «¡Jovencita, a ti te digo, levántate!» aparece en arameo: «Talitha, kumí.» ¿Cómo llegó esta frase en arameo a incorporarse en el griego del evangelio? No puede haber más que una explicación. Ya hemos visto que Marcos fue el intérprete de Pedro. Pedro, que había estado *allí,* había sido uno de los tres escogidos, del círculo íntimo que había presenciado este acontecimiento, y no podía olvidar nunca la voz y las palabras de Jesús. En su mente y memoria siguió oyendo aquel «Talitha, kumí» toda su vida. El amor, la dulzura, la caricia de aquellas palabras no se le borraron nunca, y las citaba siempre textualmente cuando contaba la historia, y así pasaron a la memoria de Marcos.

Este pasaje es una historia de contrastes.

(i) Hay un contraste entre *la desesperación* de los que estaban de duelo y *la esperanza* de Jesús. «No molestes al Maestro —dijeron —. Ya no se puede hacer nada.» «No tengas miedo —le dijo Jesús —, sino sigue teniendo fe.» Por una parte es la voz de la desesperación la que habla; por la otra, la voz de la esperanza.

(ii) Hay un contraste entre *la angustia desbordante* de los del duelo, y *la tranquila serenidad* de Jesús. Estaban lamentando y llorando y arrancándose los cabellos y rasgándose las vestiduras en

un paroxismo de aflicción; Él estaba tranquilo y callado y sereno, y en control de Sí mismo y de la situación.

¿Por qué esta diferencia? Era debida a la perfecta confianza que Jesús tenía en Dios. La peor tragedia humana se puede afrontar con coraje y dignidad cuando se está con Dios. Se rieron y burlaron de Jesús porque creían que Su esperanza y Su tranquilidad eran absurdas. Pero el gran hecho de la vida cristiana es, que cuando nos parece a las personas totalmen-te imposible, es posible para Dios. Cuando sobre una base meramente humana algo es demasiado bueno para ser verdad, se convierte en algo benditamente bueno y benditamente cierto cuando Dios está en ello. Se rieron de Él con burlas, pero su risa tiene que haberse transformado en admiración sin lími- tes cuando se dieron cuenta de lo que Dios puede hacer. No hay nada que pueda resistir a ese enfrentarse y a ese conquistar —ni siquiera la muerte— cuando el enfrentarse y el conquistar se hacen en el amor de Dios que se ha manifestado en nuestro Señor Jesucristo.

SIN HONOR EN SU PROPIA TIERRA

Marcos 6:1-6

Jesús se marchó de allí y fue a Su tierra natal en compañía de Sus discípulos. Cuando llegó el sábado, fue y se puso a enseñar en la sinagoga. Muchos, al escucharle, se admiraban y decían:

—¿De dónde se ha sacado Este este conocimiento? ¿Qué sabiduría es esta que se Le ha dado? ¿Y cómo puede obrar con Sus manos cosas tan maravillosas? ¿Es que no es Este el carpintero, el hijo de María, y Sus hermanos Santiago y José y Judá y Simón? ¿No viven Sus hermanas también aquí en el pueblo?

Y se escandalizaban de Él. Entonces Jesús les dijo:

—No hay profeta sin honra nada más que en su tierra natal y entre sus conocidos y en su propia familia.

Y Jesús no pudo hacer allí ninguna obra milagrosa, salvo que puso Sus manos sobre unos pocos enfermos y los sanó. Y estaba sorprendido de lo poco dispuestos que estaban a creer. E hizo un recorrido enseñando por los pueblos.

Para Jesús, el volver a Nazaret era someterse a una prueba muy severa. Volvía a su pueblo; y nadie encuentra críticos más rigurosos que los que le han conocido desde la niñez. No pretendía que aquello fuera una visita privada, solamente para ver otra vez su propio hogar y a su propia familia. Fue acompañado de Sus discípulos. Eso es decir que fue como rabino. Los rabinos solían recorrer el país acompañados por el pequeño círculo de sus discípulos; y fue como maestro, con Sus discípulos, como llegó Jesús.

Fue a la sinagoga, y se puso a enseñar. Recibieron su enseñanza, no con admiración, sino con un cierto desprecio. «Se escandalizaron de Él.» Se escandalizaron de que Uno que procedía de un trasfondo como el de Jesús dijera e hiciera aquellas cosas. La familiaridad había engendrado un desprecio equivocado.

Se resistían a prestar atención a lo que Jesús pudiera decir por dos razones.

(i) Decían: «¿Es que no es Este el carpintero?» La palabra que se usa para *carpintero* es *tektôn.* Ahora bien, *téktôn* quiere decir un obrero de la madera, pero abarca mucho más que *carpintero.* Quiere decir *artesano.* Homero llamaba *tektôn* al que construía barcos y casas y templos. Antiguamente, y todavía en muchos sitios, se podía encontrar en pueblecitos y en aldeas a un artesano que construyera cualquier cosa desde un gallinero hasta una casa; la clase de hombre que podía arreglar una valla, un tejado o una puerta; el artesano, el «manitas», que con pocas herramientas y medios podía encargarse de cualquier trabajo. Precisamente eso era Jesús. Lo cierto es que los de Nazaret despreciaban a Jesús *porque era un obrero.* Era un hombre del pueblo, un laico, uno de tantos; y, por tanto Le despreciaban.

Uno de los líderes del movimiento *labour* —en el Reino Unido *obrero* o *socialista*— fue el alma grande Will Crooks, vida paralela de la del español Pablo Iglesias. Nació en un hogar en el que uno de sus más tempranos recuerdos era ver llorar a su madre porque no sabía de dónde sacar la comida siguiente. Empezó a trabajar en un taller de herrería ganando cinco chelines a la semana. Llegó a ser un buen artesano, y uno de los hombres más valientes e íntegros que haya habido. Entró en la política municipal, y llegó a ser el

primer alcalde socialista de un distrito de Londres. Hubo muchos que se escandalizaron cuando Will Crooks fue elegido alcalde de Poplar. En medio de una multitud, una señora dijo con gran disgusto: «Han hecho alcalde a ese tipo vulgar que no es más que un obrero.» Uno que estaba allí —el mismo Will Crooks— se volvió hacia ella, se destocó y le dijo: «Tiene usted razón, señora: No soy nada más que un obrero.»

Los de Nazaret despreciaban a Jesús porque era un obrero. Para nosotros, esa es Su gloria, porque quiere decir que Dios, cuando vino a la Tierra, no pretendió eximirse de las durezas. Asumió la vida corriente con todas sus tareas cotidianas.

Las circunstancias de nacimiento y fortuna y alcurnia no tienen nada que ver con el valor de una persona. Como decía Pope:

> *La valía hace al hombre, y el carecer de ella al cualquiera. Lo demás es el pellejo o el pelaje.*

Debemos estar en guardia para no caer en la tentación de valorar a las personas por las circunstancias externas y no por su valía personal.

(ii) Decían: «¿Es que no es Este el Hijo de María? ¿Es que no conocemos a Sus hermanos y hermanas?» El hecho de que llamaran a Jesús «el hijo de María» nos sugiere que probablemente José ya había muerto. Ahí tenemos la clave de uno de los enigmas de la vida de Jesús. Jesús no tenía más que treinta y tres años cuando murió; no salió de Nazaret hasta que tenía treinta *(Lucas 3:23).* ¿Por qué esa larga espera? ¿Por qué permaneció en Nazaret cuando había un mundo esperando la Salvación? La razón era que José ya había muerto, y Jesús asumió la responsabilidad de mantener a Su madre y a Sus hermanos y hermanas; y sólo cuando fueron lo suficientemente mayores para defenderse por sí, Jesús salió de casa. Fue fiel en lo pequeño, y por tanto Dios Le dio una gran tarea.

Pero los de Nazaret Le despreciaban porque conocían a Su familia. Thomas Campbell fue un poeta de mérito. Su padre no sabía nada de poesía. Cuando se publicó el primer libro con el nombre de Thomas, su hijo le mandó un ejemplar a su padre. El viejecillo lo tomó, y lo miró. Era realmente la encuadernación, y no el

contenido, lo que miraba. «¡Quién iba a pensar —dijo admirado— que nuestro Tom podría hacer un libro como este!» A veces, cuando la familiaridad debería engendrar un creciente respeto, no engendra más que familiaridad excesiva y fácil. A veces estamos demasiado cerca de ciertas personas para ver su grandeza.

El resultado de todo esto fue que Jesús no pudo hacer grandes obras en Nazaret. El ambiente no era propicio; y hay algunas cosas que no se pueden hacer si no hay ambiente.

(i) Todavía sigue siendo verdad que nadie se puede curar si no quiere curarse. Margot Asquith cuenta la muerte de Neville Chamberlain. Todo el mundo sabe que su política tuvo unas consecuencias que le destrozaron el corazón. Margot Asquith se entrevistó con su médico, Lord Horder. «Usted no puede valer gran cosa como médico —le dijo—, porque Neville Chamberlain no era más que unos pocos años mayor que Winston Churchill, y yo habría dicho que era un hombre fuerte. ¿Le apreciaba usted?» Lord Horder contestó: «Yo le apreciaba mucho. Me gustan los que no le gustan a nadie. Chamberlain sufría de timidez. No quería vivir; y cuando una persona llega a ese punto, *no hay médico que le salve.»* Podemos llamarlo fe; o voluntad de vivir; pero sin eso no hay nadie que sobreviva.

(ii) No se puede predicar cuando el ambiente está en contra. Nuestras iglesias serían diferentes si las congregaciones se dieran cuenta de que son ellas las que predican más de la mitad del sermón. En una atmósfera de expectación, el esfuerzo más modesto puede inflamar. En un ambiente de frialdad crítica o de indiferencia cómoda, la palabra más llena del Espíritu cae a tierra sin vida.

(iii) No puede haber pacificación en un ambiente adverso. Si la gente se reúne para odiar, odiarán; si se han reunido para resistirse a entender, malentenderán; si se han reunido para no ver más punto de vista que el suyo propio, no verán otro. Pero si la gente se ha reunido amando a Cristo y tratando de amarse entre sí, hasta los que estén más ampliamente separados se pueden encontrar en Él.

Sobre nosotros recae la tremenda responsabilidad de ayudar o dificultar la labor de Jesucristo. Podemos abrirle la puerta de par en par, o cerrársela en la cara.

LOS HERALDOS DEL REY

Marcos 6:7-11

Jesús llamó a Sí a los Doce, y empezó e enviarlos de dos en dos. Les dio poder sobre los espíritus inmundos. Les mandó que no llevaran nada más que un bastón para el camino. Les mandó que no llevaran pan, ni bolsa, ni moneda en la faja. Les mandó llevar sandalias, y les dijo:

—No debéis llevar dos túnicas—. Y también les dijo: —Siempre que entréis en una casa, quedaos allí hasta que os marchéis de aquel lugar; y, si en algún lugar se niegan a daros hospitalidad, o no quieren escucharos, cuando salgáis de allí sacudíos el polvo de la suela de las sandalias como testimonios de que fueron culpables de tal actitud.

Entenderemos mejor todas las referencias que se hacen en este pasaje si sabemos cómo era la ropa de un judío de Palestina en tiempos de Jesús. Se componía de cinco artículos.

(i) La ropa interior era el *jitôn* o *sindôn, túnica.* Era muy simple. No era más que una pieza larga de tela enrollada y cosida por un lado. Era lo suficientemente larga como para llegarle casi hasta los pies. Tenía agujeros por arriba para la cabeza y los brazos. Esa pieza se vendía corrientemente sin esos agujeros, como prueba de que no lo había usado nadie antes, y para que el comprador se hiciera el escote a su gusto. Por ejemplo: El escote era diferente para hombres y para mujeres. Llegaba más abajo en el caso de las mujeres para que pudieran darle el pecho a sus bebés. En su forma más sencilla era poco más que un saco con agujeros arriba y en las esquinas. Una forma más desarrollada se hacía con mangas, y algunas veces estaba abierto por delante y se podía abrochar.

(ii) La túnica exterior se llamaba *himation.* Se usaba como capa de día y como manta de noche. Estaba formado por un trozo de tela de dos metros de izquierda a derecha por uno y medio de arriba abajo. Medio metro a cada lado estaba remetido, y en el extremo superior de los dobleces se hacían los cortes para pasar los brazos. Así es que era casi cuadrado. Generalmente se hacía con dos tiras de tela, cada una de dos metros por menos de uno cosidas entre sí. La costura se ponía a la espalda. Pero un *himation* se podía tejer de

una sola pieza, como la túnica de Jesús *(Juan 19:23).* Esta era la pieza principal de la ropa.

(iii) Estaba *el cinturón.* Se llevaba encima de las dos piezas ya descritas. Las faldas de la túnica se podían recoger hacia arriba del cinturón para trabajar o para correr, o para llevar cosas en el hueco de la ropa. El cinturón era corrientemente doble hacia la mitad de su longitud. La parte doblada formaba un bolsillo en el que se llevaba el dinero.

(iv) Estaba *lo que cubría la cabeza.* Era una pieza de algodón o de lino de un metro cuadrado. Podía ser blanco, o azul, o negro. Algunas veces se hacía de seda de colores. Se doblaba diagonalmente, y luego se colocaba en la cabeza de forma que protegiera la parte posterior del cuello, los pómulos y los ojos del calor y del deslumbramiento del sol. Se mantenía en posición con una rueda de una lana semielástica que se ponía alrededor de la cabeza.

(v) Estaban *las sandalias.* Eran simplemente unas suelas de cuero, madera o esparto. Tenían unas correas con las que se sujetaban a los pies.

La bolsa podía ser de dos clases.

(*a*) Podía ser un morral corriente de viaje. Se hacía muchas veces de piel de cabrito. Corrientemente se le quitaba la piel al animal entera, conservando toda su forma: ¡patas, rabo, cabeza y todo! Tenía una correa a cada lado, y se colgaba de los hombros. Allí llevaba el pastor, o el peregrino, o el viajero, pan y pasas y aceitunas y queso suficiente para dos días.

(*b*) Se ha hecho una sugerencia muy interesante. La palabra griega, *pêra,* quiere decir *la bolsa de la colecta.* A veces en el mundo griego, los sacerdotes y los piadosos salían con estas cestas para recoger ofrendas de la gente para su templo o para sus dioses. Se los describía como «ladrones piadosos cuyo botín iba creciendo de pueblo en pueblo.» Hay una inscripción en la que un hombre que se llamaba a sí mismo esclavo de una diosa siria dice que «traía setenta bolsas llenas en cada viaje que hacía para su señora.»

Si tomamos el primer significado, Jesús quería decir que Sus discípulos no debían llevar provisiones para el camino, sino confiar en Dios para todo. Si se toma en el segundo sentido, quiere decir

que no tenían que ser rapaces como los sacerdotes paganos. Tenían que ir a todas partes dando, y no recibiendo.

Hay otras dos cosas interesantes aquí.

(i) La ley rabínica decía que cuando uno entrara en los atrios del templo tenía que despojarse del bastón, el calzado y el cinto del dinero. Todas las cosas ordinarias tenían que dejarse a la entrada del lugar sagrado. Bien puede ser que Jesús estuviera pensando en eso, y que quisiera decir que Sus hombres tenían que considerar los humildes hogares en que entraran como tan sagrados como los atrios del templo.

(ii) La hospitalidad era un deber sagrado en Oriente. Cuando un forastero llegaba a una aldea, no era su obligación el buscar hospitalidad, sino la obligación de la aldea el ofrecérsela. Jesús les dijo a Sus discípulos que si se les negaba la hospitalidad, y si se les cerraban las puertas y los oídos, tenían que sacudir de sus pies el polvo de aquel lugar antes de marcharse. La ley rabínica decía que el polvo de un país gentil estaba contaminado, y que cuando uno entrara en Palestina viniendo de otro país tenía que sacudirse todas las partículas de polvo de la tierra inmunda. Era una repulsa formal y gráfica de que un judío pudiera tener ninguna asociación ni siquiera con el polvo de una tierra pagana. Es como si Jesús dijera: «Si se niegan a escucharos, lo único que podéis hacer es tratarlos como trataría un judío estricto la casa de un gentil. No puede haber ninguna relación entre vosotros y ellos.»

Así es que podemos ver que la señal del discípulo cristiano era la sencillez total, y la total confianza y la generosidad que siempre está dispuesta a dar y nunca a exigir.

EL MENSAJE Y LA MISERICORDIA DEL REY

Marcos 6:12s

> *Así es que los Doce fueron por ahí proclamando la llamada al arrepentimiento; y expulsaron a muchos demonios, y sanaron a muchos enfermos ungiéndolos con aceite.*

Tenemos aquí, en un breve resumen, el reportaje de la obra que llevaron a cabo los Doce cuando Jesús los envió.

(i) Llevaron al pueblo el mensaje de Jesús. La palabra que se usa quiere decir literalmente *la proclamación de un heraldo.* Cuando los apóstoles salieron a predicar, no *crearon* un mensaje; *transmitieron* un mensaje. No le decían a la gente lo que ellos creían y lo que consideraban probable, sino lo que Jesús les había encargado. No eran sus propias opiniones lo que llevaban a la gente, sino la verdad de Dios. Los profetas siempre empezaban su mensaje diciendo: «Así dice el Señor.» El que quiera llevar a otros un mensaje efectivo debe antes recibirlo de Dios.

(ii) Le comunicaban al pueblo *el Mensaje del Rey;* y el mensaje del Rey era: «¡Arrepentíos!» Está claro que aquel era un mensaje inquietante. Arrepentirse quiere decir cambiar de mentalidad, y seguidamente ajustar toda la vida a ese cambio. Arrepentimiento quiere decir un cambio de corazón y de acción. No puede por menos de *hacer daño,* porque conlleva la amargura de darse cuenta de que el camino que se ha estado siguiendo era equivocado. No puede por menos de *inquietar,* porque supone una inversión total de la vida de arriba abajo. Precisamente por eso son tan pocos los que se arrepienten —porque lo que menos quiere la gente es que se la inquiete. Lady Asquith, en una frase lapidaria, habla de personas que «se deslizan perezosamente hacia la muerte.» Hay muchos que son así. Se resisten a toda actividad que requiera esfuerzo, y no sólo físico. La vida es para ellos «una tierra en la que siempre es la hora de la siesta.» En cierto sentido, es más atractivo, o menos repelente, el pecador positivo, activo, fanfarrón, que va lanzado hacia alguna meta que se ha propuesto, que el vago, negativo, nebuloso, que se deja arrastrar sin resistencia y sin dirección por la vida.

Hay un pasaje en la novela *¿Quo vadis?* en el que Vicinio, el joven romano, se ha enamorado de una chica que es cristiana. Como él no lo es, ella no quiere saber nada de él. La sigue a una reunión nocturna secreta del pequeño grupo de cristianos; y allí, desconocido para todos, escucha el culto. Oye predicar a Pedro; y, cuando está escuchando, algo le sucede. «Sintió que, si quisiera seguir esa enseñanza, tendría que hacer un montón con todos sus pensamientos, costumbres y carácter, toda su vida hasta aquel momento, prenderle fuego y dejar que se redujera a ceniza, y

entonces llenarse de una vida totalmente diferente y un alma totalmente nueva.» Eso *es* el arrepentimiento. Pero, ¿qué si uno no quiere más que que le dejen en paz? Lo que hay que dejar atrás no tiene que ser necesariamente asaltar, robar, asesinar, violar y otros pecados deslumbrantes. Puede que sea dejar una vida que es completamente egoísta, instintivamente exigente, totalmente inconsiderada; el cambio de una vida centrada en el yo a una vida centrada en Dios —y un cambio así duele. W. M. Macgregor cita un dicho del obispo de *Los Miserables:* «Yo siempre molestaba a algunos de ellos; porque, a través de mí, les llegaba el aire del exterior; mi presencia les hacía sentir como si se hubiera dejado abierta una puerta y estuvieran en la corriente.» El arrepentimiento no es nada sensiblero, sino algo revolucionario. Por eso son tan pocos los que se arrepienten.

(iii) Le llevaban al pueblo *la misericordia del Rey.* No só-lo llevaban a las personas esa demanda inquietante; también llevaban ayuda y sanidad. Llevaban liberación a los pobres hombres y mujeres poseídos. Desde el principio, el Cristianismo se ha propuesto traer la salud al cuerpo y al alma; no sólo la salvación del alma, sino la salvación total. No sólo ofrecían una mano para salir del naufragio moral, sino una mano para elevarse del dolor y el sufrimiento físico. Es de lo más sugestivo que ungieran con aceite. En el mundo antiguo, el aceite se consideraba una panacea. El gran médico griego Galeno decía: «El aceite es el mejor de todos los medios para curar las enfermedades del cuerpo.» En las manos de los siervos de Cristo, las viejas curas adquirían una nueva virtud. Lo extraño es que usaran las cosas que el conocimiento parcial de la humanidad había sabido desde siempre; pero el Espíritu de Cristo daba al sanador un nuevo poder, y a la vieja cura una nueva virtud. El poder de Dios se ponía a disposición de la fe de las personas en las cosas ordinarias.

Así que los Doce llevaron al pueblo el mensaje y la misericordia del Rey, y esa sigue siendo la tarea de la Iglesia hoy y siempre y en todas partes.

TRES VEREDICTOS SOBRE JESÚS

Marcos 6:14s

El rey Herodes oyó acerca de Jesús, porque Su nombre se conocía por todas partes. Y se dijo: «Juan el Bautista ha resucitado. Por eso obran en Él esos poderes milagrosos.» Otros decían: «¡Es Elías!» Otros: «Es un profeta como los famosos profetas de la antigüedad.»

Para entonces ya se tenían noticias de Jesús en todo el país. El informe llegó a los oídos de Herodes. La razón por la que no había sabido de Jesús hasta aquel momento puede haber sido debida al hecho de que su residencia oficial en Galilea estaba en Tiberíades, una ciudad mayormente gentil y que, por lo que sabemos, Jesús no visitó nunca. Pero la misión de los Doce había llevado la fama de Jesús por toda Galilea, de manera que Su nombre se oía por todas partes. En este pasaje tenemos tres veredictos sobre Jesús.

(i) Tenemos el veredicto de una conciencia culpable. Herodes había sido responsable de la ejecución de Juan el Bautista, y su conciencia no le dejaba tranquilo. Siempre que una persona comete una mala acción, el mundo entero se convierte en su enemigo. Interiormente, no puede dominar sus pensamientos; y, siempre que los deja correr, vuelven a la acción malvada que ha cometido. Nadie puede evitar vivir consigo mismo; y cuando su ser interior se convierte en su acusador, la vida resulta un infierno. Externamente, vive en constante temor de ser descubierto, y de que algún día le alcancen las consecuencias de su mala acción.

Hace algún tiempo, un preso se escapó de una cárcel de Glasgow. Después de cuarenta y ocho horas de libertad, le detuvieron otra vez, helado y hambriento y agotado. Dijo que no había valido la pena: «No he tenido ni un minuto bueno. Perseguido, perseguido todo el tiempo. No se puede uno parar para comer ni para dormir.»

Perseguido, esa es la palabra que a menudo describe la vida del que ha hecho algo malo. Cuando Herodes oyó de Jesús, lo primero que se le pasó por la mente fue que Ése era Juan el Bautista, el que él había matado, que venía a ajustarle las cuentas. El pecado no vale nunca la pena, porque la vida de pecado es una vida asediada.

(ii) Tenemos el veredicto del nacionalista. Algunos pensaban que ese Jesús era Elías redivivo. Los judíos esperaban al Mesías. Había muchas ideas acerca del Mesías, pero la más corriente era que

sería un gran Rey conquistador que les devolvería a los judíos su libertad política, y después los conduciría victoriosamente a la conquista del mundo entero. Era una parte esencial de esa creencia que, antes de la venida del Mesías, Elías, el más grande de los profetas, volvería otra vez para ser Su heraldo y precursor. Hasta nuestros días, cuando los judíos celebran la Pascua en sus hogares, ponen una silla de más a su mesa que llaman la silla de Elías, y le ponen un vaso de vino delante en la mesa. Y en cierto momento de la celebración van a la puerta y la abren de par en par para que Elías pueda entrar y traerles por fin las largo tiempo esperadas noticias de que ha venido el Mesías.

Este era el veredicto de los que deseaban encontrar en Jesús el cumplimiento de *sus propias ambiciones.* Creían que Jesús era, no Alguien a Quien debían someterse y obedecer, sino alguien que podían usar. Los tales piensan más en sus propias ambiciones que en la voluntad de Dios.

(iii) Tenemos el veredicto de los que estaban esperando escuchar la voz de Dios. Había algunos que veían en Jesús a un profeta. Por aquel entonces los judíos eran tristemente conscientes de que hacía trescientos años que estaba callada la voz de la profecía. Escuchaban los argumentos y las discusiones legales de los rabinos; escuchaban las pláticas morales de la sinagoga; pero hacía tres largos siglos que no escuchaban una voz que proclamara: «¡Así dice el Señor!» Había personas en aquellos días que esperaban escuchar la auténtica voz de Dios —y la oyeron en Jesús. Es verdad que Jesús era más que un profeta. Él no Se limitó a traer la voz de Dios. Trajo a la humanidad el poder y la vida y el ser de Dios mismo. Pero los que vieron en Jesús a un profeta estaban mucho más cerca que la conciencia inquieta de Herodes y la expectación de los nacionalistas. Si habían llegado a ese punto en su idea de Jesús, no les serían difícil dar un paso adelante más y ver en Él al Hijo de Dios.

LA VENGANZA DE UNA MALVADA

Marcos 6:16-29

Pero cuando Herodes lo oyó, se dijo: «Este es Juan, el que yo decapité, que ha resucitado.» Porque había sido Herodes el

que había enviado a su gente a detener a Juan y le había encarcelado por el asunto de Herodías, la mujer de su hermano Felipe —porque Herodes se había casado con ella. Y es que Juan le había dicho a Herodes:

—No tienes derecho a estar casado con la mujer de tu hermano.

Herodías se había puesto en contra de Juan, y quería matarle; pero no lo podía conseguir porque Herodes le tenía miedo a Juan, porque sabía muy bien que era un hombre justo y santo; así es que le mantuvo a salvo. Cuando Herodes escuchaba a Juan, no sabía qué hacer; porque encontraba un cierto placer en escucharle.

Pero un día se presentó la ocasión cuando, en el cumpleaños de Herodes, estaba dándoles un banquete a sus cortesanos y capitanes y hombres importantes de Galilea. La hija de la misma Herodías entró a bailar delante de todos, y a Herodes y a los que estaban a la mesa con él les agradó mucho.

El rey le dijo a la joven:

—Pídeme lo que te dé la gana, que yo te lo daré. —Y se lo juró—: Me pidas lo que me pidas, te lo daré; hasta la mitad de mi reino.

La joven salió a decirle a su madre:

—¿Qué le puedo pedir para mí?

—La cabeza de Juan el Bautista —le contestó su madre.

Inmediatamente ella se dirigió corriendo al rey, y le hizo su petición:

—Quiero que aquí y ahora me des la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja.

El rey se afligió mucho; pero, como se lo había jurado, y además delante de todos sus huéspedes, no quería faltar a su palabra. Así es que el rey mandó inmediatamente a un verdugo a que le trajera la cabeza de Juan. El verdugo fue, y le cortó la cabeza a Juan en la cárcel, y la trajo en una fuente, y se la dio a la joven, y la joven se la dio a su madre.

Cuando los discípulos de Juan se enteraron, vinieron a llevarse su cuerpo, y lo enterraron.

Esta historia tiene toda la sencillez de las grandes tragedias. Primero, veamos *la escena.* Fue en el castillo de Maqueronte, que se elevaba en un acantilado solitario, entre torrentes terribles, mirando al lado oriental del Mar Muerto. Era una de las fortalezas más solitarias, hoscas e inexpugnables. Hasta este día se conservan las mazmorras, y los viajeros pueden ver todavía los grillos y los ganchos de hierro en las paredes donde Juan estuvo encarcelado. Fue en aquella fortaleza inhóspita y desolada donde tuvo lugar el último acto de la vida de Juan.

Segundo, veamos *los caracteres.* Los líos matrimoniales de la familia de Herodes son realmente increíbles, y sus entrecruces son tan complicados que casi no se pueden desenredar. Cuando nació Jesús, el rey era Herodes el Grande. Fue el que mandó matar a los niños de Belén *(Mateo 2:16-18).* Herodes el Grande se casó muchas veces. Hacia el final de su vida se volvió locamente suspicaz, y asesinó a miembro tras miembro de su propia familia hasta que llegó a decirse: «Está más a salvo un cerdo en casa de Herodes que un hijo de Herodes.»

Primero se casó con Doris, de la que le nació su hijo Antípatro, al que más tarde asesinó. También se casó con Mariamne la Asmonea, de la que tuvo dos hijos, Alejandro y Aristóbulo, a los que también asesinó. Herodías, la villana de este drama, era la hija de Aristóbulo. Herodes el Grande se casó también con otra Mariamne llamada la Betusiana. De ella tuvo un hijo, Herodes Felipe, que se casó con Herodías, la hija de su hermanastro Aristóbulo, que era, por tanto, su sobrina. De Herodías, Herodes Felipe tuvo una hija llamada Salomé, que es la joven que bailó ante Herodes de Galilea en nuestro pasaje. Herodes el Grande se casó también con Maltake, de la que tuvo dos hijos: Arquelao, y Herodes Antipas, que es el de nuestro pasaje, el gobernador de Galilea. El Herodes Felipe que fue el primer marido de Herodías y el padre de Salomé, no heredó ninguno de los dominios de Herodes el Grande. Vivió como un ciudadano privado rico en Roma. Herodes Antipas le visitó allí. Allí sedujo a Herodías, y la persuadió para que abandonara a su marido y se casara con él.

Fijémonos en quién era Herodías: (*a*) Era la hija de Aristóbulo, hermanastro de Herodes, y por tanto sobrina de este; y (*b*) había

sido la mujer de Herodes Felipe, hermanastro de Herodes, y por tanto cuñada de este. Anteriormente, Herodes Antipas había estado casado con la hija del rey de los nabateos, un país árabe. Ella se volvió huyendo con su padre, que invadió el territorio de Herodes para vengar el honor de su hija, y derrotó duramente a Herodes. Para completar este cuadro sorprendente, Herodes el Grande se había casado por último con Cleopatra de Jerusalén, de la que había tenido un hijo que se llamó el tetrarca Felipe. Este Felipe se casó con Salomé, que era al mismo tiempo (*a*) la hija de Herodes Felipe, su hermanastro, y (*b*) la hija de Herodías, que era hija de Aristóbulo, otro de sus hermanastros. Salomé era por tanto al mismo tiempo la sobrina y la sobrina nieta de su marido. Si colocamos toda esta información en una tabla nos será más fácil de comprender. Véase la página siguiente.

Al casarse con Herodías, la mujer de su hermano, Herodes había quebrantado la ley judía *(Levítico 18:16; 20:21)* y había ofendido las leyes de la decencia y de la moralidad.

Por este matrimonio adulterino y por la deliberada seducción de su cuñada, Juan reprendió a Herodes públicamente. Requería valor el reprender públicamente a un déspota oriental que tenía poder de vida y muerte sobre sus súbditos, y el valor de Juan al hacerlo se conmemora en la colecta del día de san Juan Bautista en algunas liturgias:

> *Dios todopoderoso, por Cuya providencia Tu siervo Juan el Bautista nació milagrosamente y le enviaste para preparar el camino de Tu Hijo nuestro Salvador mediante la predicación del arrepentimiento: Concédenos que sigamos sus doctrina y vida santa de tal manera que nos arrepintamos de veras conforme a su predicación; y, siguiendo su ejemplo, hablemos siempre la verdad, reprendamos valerosamente el vicio, y suframos pacientemente por causa de la verdad.*

A pesar de que Juan le había reprendido, Herodes todavía le temía y respetaba, porque Juan era indudablemente un hombre sincero y bueno; pero la actitud de Herodías eran diferente. Era implacablemente hostil a Juan, y estaba decidida a eliminarle. Se le presentó la oportunidad en la fiesta del cumpleaños de Herodes,

que este celebraba con sus cortesanos y jefes del ejército. En aquella fiesta salió a bailar su hija Salomé. Los bailes de una sola bailarina en aquellos días y sociedad eran pantomimas vulgares y licenciosas. El que una princesa de sangre real se expusiera y degradara de esa manera es increíble, porque tales bailes estaban a cargo de prostitutas profesionales. El mismo hecho de que lo hiciera es un comentario sombrío sobre el carácter de Salomé, y de su propia madre, que la animó a hacerlo. Pero Herodes se mostró muy complacido, y le ofreció la recompensa que pidiera; así es que Herodías aprovechó la oportunidad que esperaba desde hacía tiempo; y Juan fue ejecutado para satisfacer el rencor de una mala mujer.

Podemos aprender aquí algo acerca de cada uno de los personajes de esta historia.

(i) Se nos revela Herodes.

(*a*) Era una curiosa mezcla. Temía y respetaba a Juan al mismo tiempo. Temía la lengua de Juan, y sin embargo en-contraba placer en escucharle. No hay nada en este mundo tan extraño como la mezcla que se da en algunos seres hu-manos. Les es característico el ser tales mezclas. Boswell, en su *Diario de Londres,* nos dice que asistía a la iglesia y participaba del culto al mismo tiempo que hacía sus planes para encontrarse con una prostituta en las calles de Londres aquella misma tarde. Lo raro de algunas personas es que están igualmente atraídas por el pecado y por la bondad. Robert Louis Stevenson habla de personas «aferrándose a los restos de la virtud en el burdel o en el patíbulo.» Sir Norman Birkett, el famoso consejero de la Reina y juez, dice de los criminales que había juzgado: «Puede que intenten evadirse, pero no pueden; están condenados a una cierta nobleza; a lo largo de toda su vida los sigue a los talones el deseo del bien, el implacable cazador.» Herodes era capaz de temer y amar a Juan al mismo tiempo; podía aborrecer su mensaje, y sin embargo no podía sustraerse a su atractivo. Herodes no era más que un ser humano. ¿Somos nosotros tan distintos de él?

(*b*) Herodes era una persona que actuaba por impulso. Le hizo aquella promesa insensata a Salomé sin pensar en las consecuencias. Puede que la hiciera cuando estaba ya más que

medio bebido. Que cada uno tenga cuidado. Que piense antes de hablar. Que nunca se encuentre por autoindulgencia en un estado en que pierda sus poderes de juicio y sea capaz de hacer cosas que luego le van a pesar.

(*c*) Herodes tenía miedo al qué dirán. Le cumplió su promesa a Salomé porque se la había hecho delante de su pandilla, y no quería quedar mal. Le tenía miedo a su risa y burla y chistes. Le tenía miedo a que le tuvieran por débil. Muchas personas han hecho cosas que después han lamentado amargamente porque no tuvieron el coraje moral de hacer lo que debían. Muchas personas se han hecho a sí mismas aparecer peores de lo que son porque le tenían miedo a las risas de sus supuestos amigos.

(ii) Salomé y Herodías se nos revelan aquí totalmente. Herodías tenía una cierta grandeza. Unos años después de esto, su Herodes procuró conseguir el título de rey. Se fue a Roma a solicitarlo. En vez de dárselo, el emperador le desterró a la Galia por tener la insolencia y la insubordinación de pedir tal título. Se le dijo a Herodías que no tenía necesidad de compartir el destierro de Herodes, que podía ser libre; pero ella contestó con orgullo que iría donde fuera su marido.

Herodías nos muestra lo que es capaz de hacer una mujer amargada. No hay nada mejor en el mundo que una buena mujer, ni nada peor que una mala. Los rabinos judíos tenían un dicho pintoresco. Decían que *una buena mujer* podía casarse con *un mal hombre,* y hacerle tan bueno como ella. Pero también decían que *un buen hombre* nunca debía casarse con *una mala mujer,* porque ella le arrastraría inevitablemente a su propio nivel. Lo malo de Herodías era que quería eliminar, y eliminó, al único hombre que tuvo el coraje de enfrentarla consigo misma. Ella quería vivir su vida sin que nadie le recordara sus fallos. Ella asesinó a Juan para poder vivir a su aire en paz. Se olvidó de que, aunque ya no tuviera que enfrentarse con Juan, todavía tenía que enfrentarse con Dios.

(iii) Juan el Bautista se nos revela totalmente como un hombre de coraje. Era un hijo del desierto y de los amplios espacios abiertos, y el encerrarle en las mazmorras oscuras de Maqueronte tiene que haber sido el colmo de la tortura más refinada. Pero Juan prefería la muerte a la falsedad. Vivía para la verdad, y murió por la verdad. La

persona que les trae a sus semejantes la voz de Dios hace el papel de su conciencia. Muchos acallarían su conciencia si pudieran; así es que el que habla de parte de Dios siempre tiene que arriesgarse a sí mismo y su vida.

LO PATÉTICO DE LA MULTITUD

Marcos 6:30-34

Los apóstoles se reunieron otra vez con Jesús, y Le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Y Jesús les dijo:

—Veníos a un lugar tranquilo, a descansar un poco de tiempo.

Porque había tanto jaleo que no podían encontrar tiempo ni para comer. Así es que se marcharon en la barca a un lugar solitario ellos solos. Pero muchos los vieron marcharse, y los reconocieron; y fueron corriendo juntos de todos los pueblos de por allí, y se les adelantaron.

Cuando Jesús desembarcó, vio una gran multitud, y se Le conmovieron las entrañas de piedad, porque Le parecían como ovejas que no tenían pastor; y Se puso a enseñarles muchas cosas.

Cuando los discípulos volvieron de su misión, informaron a Jesús de todo lo que habían hecho. Las multitudes a la expectativa eran tan insistentes que Jesús y los Suyos no tenían tiempo ni para comer; así es que Jesús les dijo a los apóstoles que fueran con Él a un lugar solitario al otro lado del lago para tener tranquilidad y descansar un poco de tiempo.

Aquí vemos lo que podríamos llamar *el ritmo de la vida cristiana.* La vida cristiana es un constante entrar en la presencia de Dios desde la presencia de la sociedad, y salir de la presencia de Dios a la presencia de nuestros semejantes. Es como el ritmo del descanso y el trabajo. No podemos trabajar a menos que tengamos un tiempo de descanso; y el sueño no nos vendrá a menos que hayamos trabajado hasta cansarnos.

Hay dos peligros en la vida. El primero es el peligro de una actividad demasiado constante. Ninguna persona puede trabajar sin descansar; y ninguna persona puede vivir la vida cristiana a menos que se tome tiempo con Dios. Bien pudiera ser que todos los problemas de nuestras vidas estuvieran en que no Le damos a Dios la oportunidad de hablarnos, porque no sabemos estarnos quietos y escuchar; no Le damos tiempo a Dios para recargar nuestras

energías y fuerza espiritual, porque no apartamos un tiempo para esperar en Él. ¿Cómo podremos asumir las cargas de la vida si no tenemos contacto con el Que es el Señor de toda la vida? ¿Cómo podremos hacer la obra de Dios a menos que sea con las fuerzas que Dios da? ¿Y cómo podremos recibir esas fuerzas si no buscamos en tranquilidad y a solas la presencia de Dios?

Segundo, existe el peligro de retirarnos demasiado. La devoción que no desemboca en la acción no es la verdadera devoción. La oración que no desemboca en las obras de servicio no es la verdadera oración. No debemos nunca buscar la comunión con Dios *a fin de* evitar la comunión con nuestros semejantes, sino *para* prepararnos mejor para ella. El ritmo de la vida cristiana es el encuentro alternativo con Dios en el lugar secreto y con nuestros semejantes en los diversos campos de la actividad humana.

Pero el descanso que Jesús buscaba para Sí mismo y para Sus discípulos no tendría lugar. Las multitudes vieron mar-charse a Jesús y a Sus hombres. En este lugar determinado, el lago no tiene más que seis kilómetros de ancho yendo en barca, y quince kilómetros por tierra, rodeando el lago por la parte superior. En un día sin viento, o con viento contrario, se podría necesitar un cierto tiempo para cruzar en barca, y una persona que anduviera deprisa podría rodear el lago a pie y llegar antes que la barca. Eso fue lo que sucedió aquel día; y cuando Jesús y Sus hombres desembarcaron al otro lado, la misma multitud de la que se habían querido retirar para estar tranquilos un tiempo los estaba esperando allí.

Cualquier persona corriente se habría molestado mucho. El descanso que Jesús deseaba y necesitaba y se había ganado con creces se Le negaba. Le invadían Su intimidad. Cualquier persona normal se habría enfadado, pero Jesús Se conmovió de misericordia por la condición lastimosa de la multitud. Los miró; iban desesperadamente en serio; querían tanto lo que Él solo les podía dar; Le parecían como ovejas que no tuvieran pastor. ¿Qué quería decir con eso?

(i) Una oveja son pastor no puede encontrar el camino. Dejados a nosotros mismos, nos perdemos en la vida. El doctor Cairns hablaba de personas que se sienten como «chiquillos en la lluvia.» Dante

tiene un verso en el que dice: «Me desperté en medio del bosque, y estaba oscuro, y no se veía ningún camino.» La vida puede llenarnos de confusión. Puede que nos encontremos en un cruce de caminos, y no sepamos cuál tomar. Es solamente cuando Jesús nos guía y nosotros Le seguimos cuando podemos encontrar el camino.

(ii) Una oveja sin pastor no puede encontrar pastos ni agua. En esta vida tenemos que buscar sustento. Necesitamos fuerzas para seguir adelante; necesitamos inspiración para elevarnos por encima de nosotros mismos. Cuando buscamos estas cosas en otro sitio, nuestra mente sigue insatisfecha, nuestro corazón inquieto, nuestra alma en ayunas. Sólo podemos obtener las fuerzas para la vida del Que es el Pan de la Vida.

(iii) Una oveja sin pastor no tiene defensa frente a los peligros que la acechan. No se puede defender ni de los la-drones ni de las fieras. Si la vida nos ha enseñado algo es que no podemos vivir solos. Nadie se puede defender a sí mismo de las tentaciones que le asedian y del mal del mundo que le ataca. Sólo en la compañía de Jesús podemos caminar por el mundo y librarnos del mal. Sin Él no tenemos defensa; con Él estamos a salvo.

POCO ES MUCHO EN LAS MANOS DE JESÚS

Marcos 6:35-44

Cuando ya era tarde, los discípulos vinieron a decirle a Jesús:

—Este es un lugar solitario, y ya es tarde. Despide a la gente para que vayan a los caseríos y a las aldeas de alrededor a comprarse algo de comer.

—Dadles vosotros algo de comer —les contestó Jesús.

—¿Es que quieres que vayamos nosotros a comprar doscientos denarios de pan para que coman algo? —Le preguntaron ellos.

—¿Cuántos panes tenéis? —les preguntó Jesús—. ¡Id a verlo!

Cuando lo comprobaron, Le dijeron a Jesús:

—Cinco, y dos pescados.

Jesús les mandó que hicieran que todos se sentaran en secciones sobre la hierba. Y así hicieron: se sentaron en secciones de cien y de cincuenta personas.

Jesús tomó los cinco panes y los dos pescados, miró al cielo y los bendijo, y los partió en trozos. Se los dio a los discípulos para que los distribuyeran entre la gente. Y repartió también los dos pescados entre todos ellos.

Y todos comieron hasta quedar satisfechos; y se recogieron los trozos de pan y los restos de pescado: doce cestas llenas. Y los que habían comido sumaban cinco mil hombres.

Es un hecho indudable que ningún milagro de Jesús parece haberles hecho tanta impresión a los discípulos como este, porque es el único que nos cuentan los cuatro evangelios. Ya hemos visto que el evangelio de Marcos realmente incorpora los materiales de la predicación de Pedro. El leer esta historia, tan sencilla pero también tan dramáticamente contada, es leer algo que suena al relato de un testigo presencial. Notemos algunos de sus detalles peculiares y realistas.

La multitud se sentó en *la hierba verde.* Es como si Pedro estuviera viendo otra vez toda la escena con los ojos de la memoria. Resulta que esta breve frase descriptiva nos provee de un montón de información. La única parte del año cuando la hierba estaría verde sería al final de la primavera, al final de abril. Así es que sería por entonces cuando tuvo lugar este milagro. En esa época, el sol se pone hacia las seis de la tarde; así es que esto tiene que haber sucedido algo antes de esa hora.

Marcos nos dice que se sentaron en *secciones* de cien o de cincuenta. La palabra que se usa para *secciones (prasíai)* es una palabra muy pictórica. Es el término griego normal para lechos de plantas en una huerta o de flores en un jardín. Mirando a esos pequeños grupos, sentados ordenadamente, parecerían como bancales de plantas en una huerta.

Al final recogieron doce cestas de pedazos sobrantes. Ningún judío ortodoxo viajaba nunca sin su cesta característica *(kofinos).* Los autores latinos nos han dejado chistes que se hacían de los judíos con sus cestas. Había dos razones para llevar esa cesta, que estaba hecha de mimbre y tenía un cuello estrecho que se iba ensanchando hacia abajo. La primera era que un judío ortodoxo tenía que llevar sus provisiones de comida para estar seguro de comer alimentos permitidos por la Ley. Segunda, muchos judíos

iban por la vida de pordioseros profesionales, y metían lo que les daban en su cesta. La razón de que hubiera *doce cestas* es sencillamente que los apóstoles eran *doce.* Fue en sus propias cestas donde recogieron ahorrativamente los trozos sobrantes para que no se perdiera nada.

Lo más maravilloso de esta historia es que por toda ella discurre el contraste implícito entre la actitud de Jesús y la de Sus discípulos.

(i) Nos muestra *dos reacciones a la necesidad humana.* Cuando los discípulos vieron lo tarde que era y lo cansada y hambrienta que estaba la gente, dijeron: «Despídelos para que puedan encontrar algo de comer.» Lo que equivalía a decir: «Estas personas están cansadas y hambrientas. Líbrate de ellas, y que sea otro el que se preocupe de ellos.» Pero Jesús dijo: «Dadles *vosotros* algo de comer.» Lo que Jesús estaba diciendo de hecho era: «Estas personas están cansadas y hambrientas. Tenemos que ayudarlas.» Siempre hay personas que se dan perfecta cuenta de que hay otras que tienen dificultades y problemas, pero que quieren pasarle la responsabilidad de hacer algo para ayudarlos a algún otro; y hay algunas personas que, cuando ven que alguien está pasando apuros, se sienten impulsados a ayudarle por sí mismos. Hay algunos que dicen: «Que se encarguen otros.» Y hay quienes dicen: «La necesidad de mi hermano es mi responsabilidad.»

(ii) Nos muestra *dos reacciones a los recursos humanos.* Cuando Jesús les pidió a Sus discípulos que le dieran a la gente algo de comer, insistieron en que doscientos denarios no bastarían para comprar solamente el pan. La palabra que usan casi todas las versiones es *denario.* Esta era una moneda de plata que representaba el salario diario de un obrero. Lo que los discípulos estaban diciendo realmente era: «Lo que ganara un obrero en seis meses no bastaría para darle a cada uno de estos el pan de una comida.» Realmente querían decir: «Lo que nosotros podamos tener es totalmente insuficiente.»

Jesús les preguntó: «¿Cuánto tenéis?» Tenían cinco panes. No serían hogazas grandes, sino más bien panecillos. *Juan* (6:9) nos dice que eran panecillos de cebada, que eran el ali- mento de los más pobres de los pobres. El pan de cebada era el más barato y áspero de todos. También tenían dos pescados, que serían

probablemente del tamaño de sardinas. Teriquea —que quiere decir «el pueblo del pescado salado»— era un lugar muy conocido en las proximidades del lago, del que se mandaba pescado salado a todo el mundo. Los pescaditos salados se comían con delicia con los panecillos secos.

No parecía gran cosa. Pero Jesús lo tomó en Sus manos, e hizo maravillas con ellos. En las manos de Jesús, poco es siempre mucho. Puede que creamos que tenemos poco talento o pocos medios que ofrecerle a Jesús. Esa no es razón para un pesimismo derrotista como el de los discípulos. Lo único fatal es decir: «Para lo que yo puedo hacer, no vale la pena intentarlo.» Si nos ponemos en manos de Jesucristo, está por ver lo que Él puede hacer con nosotros y por medio de nosotros.

LA CONQUISTA DE LA TEMPESTAD

Marcos 6:45-52

> *Acto seguido Jesús hizo que los discípulos se embarcaran para cruzar con dirección a Betsaida por delante de Él mientras Él despedía a la multitud. Después de despedirse de ellos Se marchó a orar al monte.*
>
> *Cuando ya era tarde la barca estaba cruzando el lago a mitad de camino, y Jesús Se había quedado solo en tierra. Los vio remando con mucha dificultad, porque tenían el viento en contra. Hacia la cuarta vigilia de la noche Se dirigió a ellos andando sobre la mar, y parecía como si fuera a adelantarlos. Cuando Le vieron andando sobre la mar creyeron que era un fantasma y se pusieron a chillar de terror, porque todos Le veían y estaban fuera de sí de miedo. Pero Él les dijo en seguida:*
>
> *—¡Ánimo, soy Yo, no tengáis miedo!*
>
> *Y Se subió con ellos a la barca, y amainó el viento. Y estaban totalmente alucinados, porque no habían entendido lo de los panes y estaban hechos un lío.*

Después de calmar el hambre de la multitud, Jesús despidió inmediatamente a Sus discípulos para que se Le adelantaran mientras Él despedía a la gente. ¿Por qué tenía que hacerlo así?

Marcos no nos lo dice, pero lo más probable es que tengamos la explicación en el relato de Juan. Juan nos dice que, cuando la multitud se sintió satisfecha, surgió la idea de apoderarse de Jesús y hacerle rey. Eso era lo último que Jesús deseaba. Precisamente ese había sido el camino del poder que Jesús había rechazado de una vez para siempre en Sus tentaciones. Ahora Se lo veía venir. No quería que Sus discípulos se contagiaran de aquel impulso nacionalista. Galilea era un polvorín de revoluciones. Si no se atajaba ese movimiento, podía conducir a una rebelión que lo arruinara todo y que llevara al desastre a todos los implicados. Así es que Jesús mandó por delante a Sus discípulos, no fuera que se inflamaran con ese movimiento, y entonces Jesús calmó a la multitud y la despidió.

Cuando Se quedó solo, subió a una colina a orar. Los problemas se Le echaban encima a barullo: la hostilidad de los religiosos; la suspicacia supersticiosa de Herodes Antipas; los exaltados políticos que querían convertirle contra Su voluntad en un Mesías nacionalista. En este momento concreto se agolpaban muchos problemas en la mente de Jesús y muchas cargas en Su corazón.

Pasó algunas horas solo en el monte con Dios. Como ya hemos visto, esto debe de haber sucedido a mediados de abril, que era el tiempo de la Pascua. La Pascua se celebraba el primer plenilunio de la primavera, como ahora la Semana Santa. La noche duraba desde las 6 de la tarde hasta las 6 de la mañana, y se dividía en cuatro vigilias: 6 a 9, 9 a 12, 12 a 3 y 3 a 6. A eso de las 3 de la mañana, Jesús miró desde la colina al lago. El lago no tenía más que 6 kilómetros de ancho en ese punto, y se extendía ante Su vista a la luz de la luna llena de la Pascua. El viento estaba rugiendo, y Jesús veía la barca y a Sus hombres en ella luchando denodadamente para alcanzar la otra orilla.

Veamos lo que sucedió. En cuanto Jesús vio a Sus amigos en dificultad, puso a un lado Sus propios problemas; el momento de la oración había pasado; había llegado el momento de la acción; Jesús Se olvidó de Sí mismo, y acudió a ayudar a Sus amigos. Así era, y es, Jesús. Para Él, el clamor de la necesidad humana tenía prioridad sobre todos los otros compromisos. Sus amigos Le necesitaban, y tenía que acudir.

Lo que sucedió físicamente no lo sabemos, ni tal vez lo sepamos nunca. La historia está revestida de un misterio que excluye toda explicación. Lo que sí sabemos es que Jesús se acercó adonde ellos estaban, y su tormenta se convirtió en calma. Con Él a su lado nada podía angustiarlos.

Cuando Agustín estaba escribiendo acerca de este incidente dijo: «Vino hollando las olas; y así pone bajo Sus pies todos los tumultos de las marejadas de la vida. Cristianos, ¿por qué temer?» Es un hecho indiscutible de la vida, un hecho que han experimentado incontables millares de hombres y mujeres de cada generación, que cuando Cristo está presente la tormenta se convierte en calma, el tumulto deja paso a la paz, lo imposible se realiza, lo insoportable se hace soportable y se superan las limitaciones sin sucumbir. Caminar con Cristo será también para nosotros conquistar la tempestad.

LAS MULTITUDES ANSIOSAS

Marcos 6:53-56

Cuando completaron la travesía y arribaron a tierra se encontraron en Genesaret, donde amarraron la barca. En cuanto desembarcaron, la gente reconoció inmediatamente a Jesús, y empezaron a venir corriendo de todos los campos de alrededor, y en todos los lugares donde supieron que estaba se pusieron a traerle sus enfermos en camillas. Y, en cuanto llegaba a aldeas o pue- blos o caseríos, colocaban los enfermos en los espacios abiertos, y se ponían a pedirle que les permitiera tocar el borde de Su manto; y todos los que lo tocaban se ponían buenos.

En cuanto arribó Jesús al otro lado del lago, las multitudes Le rodearon otra vez. Algunas veces, Jesús debe de haber mi- rado a las multitudes con una cierta tristeza de decepción; porque no había ninguna persona allí que no hubiera venido a sacar algo de Él. Venían para recibir; venían con peticiones insistentes. Venían —para decirlo claramente— para aprovecharse de Él. ¡Qué diferente habría sido si hubiera habido algunos entre todos aquellos que vinieran a dar y no a recibir! En cierto sentido es natural que acudamos a Jesús para que nos dé cosas, porque son muchas las que sólo Él nos puede dar; pero siempre es vergonzoso no hacer

nada más que recibir sin dar nada a cambio; y sin embargo es lo característico de la naturaleza humana.

(i) Hay algunos que se aprovechan de sus *hogares.* Esto sucede especialmente con algunos jóvenes, pero no exclusivamente. Se comportan como si sus hogares no estuvieran más que para su conveniencia y comodidad. Esperan que se les sirvan las comidas, que se les arregle la ropa y que se los deje descansar y disfrutar. Pero el hogar es un bien en el que todos debemos poner de nuestra parte, y no meramente estar siempre recibiendo.

(ii) Hay algunos que se aprovechan de sus *amigos.* Hay algunos de los que no recibimos nunca una carta o una visita como no sea para pedirnos algo. Hay algunos que consideran que los demás no están ahí nada más que para servirlos y ayudarlos en sus necesidades y caprichos, y para olvidarlos cuando sean ellos los que nos necesiten.

(iii) Hay algunos que se aprovechan de *la iglesia.* Quieren que bautice a sus niños, que case a sus jóvenes y entierre a sus muertos. Será raro verlos por allí a menos que esperen algo. Tienen la actitud inconsciente de que la iglesia está para servirlos, y que no comporta ninguna responsabilidad por su parte.

(iv) Hay algunos que quieren igualmente aprovecharse de *Dios.* Nunca se acuerdan de Él nada más que cuando creen que Le necesitan para algo. Sus únicas oraciones son peticiones, y hasta demandas que Le hacen a Dios. Alguien ha dicho que es algo así como lo que sucede en los hoteles: Hay un botones al que se puede llamar con la campanilla para que nos haga todos los recados y nos traiga todos los caprichos que se nos ocurran. Para algunos, Dios es una especie de «Botones universal» al Que podemos llamar cuando Le necesitamos.

Si nos examinamos a nosotros mismos nos daremos cuenta de que todos somos culpables hasta cierto punto de estas actitudes. Le alegraríamos el corazón a Jesús si acudiéramos a Él más a menudo para ofrecerle nuestro amor, nuestro servicio, nuestra devoción... y menos a menudo sólo para reclamar la ayuda que necesitamos.

LIMPIO E INMUNDO

Marcos 7:1-4

También se Le acercaron a Jesús los fariseos, y algunos maestros de la Ley que habían bajado de Jerusalén. Vieron a algunos de Sus discípulos comer sin tener las manos ceremonialmente limpias, es decir, que no se las habían lavado como estaba prescrito; porque los fariseos, y todos los judíos que observan la tradición de los antepasados, no comen sin antes lavarse las manos ritualmente usando los puños como manda la ley; y cuando vuelven del mercado no comen sin antes bañarse de cuerpo entero; y tienen otras muchas tradiciones que observan en relación con los lavatorios de tazas y jarras y cacharros de bronce.

La diferencia que había entre Jesús y los fariseos y los maestros de la Ley, y la discusión que tuvo con ellos y que se relata en este capítulo tienen una importancia tremenda, porque nos muestran la esencia misma y la raíz de la divergencia entre Jesús y los judíos ortodoxos de Su tiempo.

La pregunta que se hizo fue: ¿Por qué Jesús y Sus discípulos no cumplían la tradición de los antepasados? ¿Cuál era esta tradición, y cuál su espíritu motor?

Originalmente, la Ley quería decir dos cosas para los ju-díos. Quería decir, como lo primero y lo más importante, los Diez Mandamientos; y en segundo lugar, los cinco primeros libros del Antiguo Testamento, que los judíos llaman la Torá y nosotros el Pentateuco. Ahora bien, es verdad que el Pentateuco contiene un cierto número de reglas y normas puntuales; pero, en relación con las cuestiones morales, lo que propone es una serie de grandes principios morales que cada uno debe interpretar y aplicar por sí mismo. Por algún tiempo, los judíos tuvieron bastante con esto; pero en los siglos V y IV antes de Cristo surgió una clase de expertos legales que conocemos como *los escribas,* que no se conformaban con grandes principios morales; padecían de lo que podríamos llamar «la manía de las definiciones.» Querían ampliar, desmenuzar y concretar estos grandes principios en miles y miles de reglas y normas que gobernaran todas las posibles acciones y situaciones de la vida. Estas reglas y normas no se escribieron hasta bastante después del tiempo de Jesús. Son lo que se llama *la ley oral,* o, como se la llama aquí, *la tradición de los antepasados.*

La palabra *antepasados* no quiere decir en este contexto los jefes de la sinagoga, sino los antiguos, los grandes expertos legales del pasado como Hilllel y Shammay. Mucho más tarde, en el siglo III d.C., se hizo y se escribió un resumen de todas estas reglas y normas, que es lo que se llama la *Misná.*

Hay dos aspectos de estas reglas y normas que aparecen en la confrontación de este pasaje. Uno es acerca del *lavatorio de manos.* Los escribas y los fariseos acusaron a los discípulos de Jesús de comer con las manos sucias. La palabra que se usa en el original es *koinós.* Normalmente *koinós* quiere decir *común;* de ahí pasa a describir algo que es ordinario en el sentido de que no es sagrado, algo que es *profano* como opuesto a las cosas santas; y finalmente describe algo, como sucede aquí, que es ceremonialmente impuro e inhábil para el servicio y culto de Dios.

Había reglas establecidas rígidamente para el lavamiento de las manos. Nótese que no era una cuestión de higiene, sino de *la limpieza ceremonial* de la que se trataba. Antes de cada comida, y entre los distintos platos, había que lavarse las manos, y de cierta manera. Las manos, al empezar, no tenían que tener nada de tierra, polvo o sustancias con las que se hubiera estado trabajando. El agua para las abluciones tenía que guardarse en cántaros especiales de piedra para que estuviera limpia en el sentido ceremonial y fuera seguro que no se usaba para otro fin, y que no se había caído nada dentro de ella ni tenía ninguna mezcla. Primero, tenían que ponerse las manos con la punta de los dedos *hacia arriba;* se echaba el agua sobre la punta de los dedos para que corriera por lo menos hasta la muñeca; la cantidad mínima de agua debía ser un cuarto de log, que equivalía al contenido de la cáscara de un huevo y medio. Con las manos todavía mojadas, se limpiaba cada una con el puño de la otra. A eso se refiere la mención del puño en nuestro texto; se restregaba el puño de cada mano en la palma y el revés de la otra. Esto quiere decir que en esa etapa las manos estaban todavía mojadas, pero esa agua estaba contaminada, porque había tocado las manos contaminadas. Así es que después se tenían que poner las manos con la punta de los dedos hacia abajo, y verter el agua de manera que bajara desde la

muñeca hasta la punta de los dedos. Después de todo ese proceso, las manos quedaban puras.

El dejar de hacer todo esto era, a los ojos de los judíos, no una falta de higiene, sino estar en estado de impureza a los ojos de Dios. El que comía con las manos impuras estaba su-jeto a los ataques de un demonio que se llamaba Sibta. El descuidar el lavatorio de manos era exponerse a la pobreza y a la destrucción. Lo que se comía con las manos impuras era tan inmundo como el excremento. Un rabino que omitió una vez la ceremonia del lavatorio fue enterrado excomulgado. Otro rabino, preso de los romanos, usaba el agua que le daban para lavarse ritualmente antes que para beber, y casi se murió de deshidratación, porque estaba decidido a cumplir las reglas de la pureza antes que a satisfacer la sed.

Para un judío ortodoxo a la manera de los fariseos y los escribas, eso era la religión. Eran esas reglas rituales y ceremoniales las que consideraban que eran la esencia del servicio a Dios. La religión ética se enterraba bajo una masa de tabúes.

Los últimos versículos del pasaje amplían este concepto de pureza e impureza. Una cosa podía ser totalmente limpia en el sentido ordinario, y sin embargo ser ceremonialmente inmunda. Tenemos algo acerca de esta concepción de la impureza en *Levítico 11-15* y en *Números 19.* Ahora diríamos más bien que había cosas que eran *tabú* más bien que inmundas. Algunos animales eran inmundos *(Levítico 11).* Una mujer quedaba impura después del parto; un leproso era inmundo; cualquiera que tocara un cadáver, quedaba impuro. Y cualquiera que hubiera contraído la impureza ritual se la pasaba a todo lo que tocara. Un gentil era impuro; la comida tocada por un gentil era inmunda; cualquier recipiente que tocara un gentil, quedaba impuro. Así que, cuando un judío estricto volvía del mercado, se bañaba de cuerpo entero en agua pura para librarse de las contaminaciones que hubiera podido adquirir.

Está claro que las vasijas podían contaminarse fácilmente; podía tocarlas una persona en estado de impureza, o cualquier cosa inmunda. Esto es lo que quiere decir nuestro pasaje con los lavatorios de tazas y jarras y vasijas de bronce. En la *Misná* hay no menos de doce tratados sobre esta clase de impureza. Si tomamos algunos ejemplos concretos veremos hasta dónde llegaba la cosa.

Una vasija *hueca* hecha de arcilla podía contraer la impureza *dentro,* pero no *fuera;* es decir: no importaba quién o qué la tocara por fuera, pero sí por dentro. Si se volvía inmunda, había que romperla; y no se debía dejar ningún trozo suficientemente grande para contener bastante aceite para ungir el dedo pequeño del pie. Un plato llano sin reborde no podía estar inmundo nunca; pero si tenía reborde, sí. Si los recipientes de cuero, hueso o cristal eran planos no podían contraer impureza; pero si eran *huecos* podían contraerla *por fuera y por dentro.* Si estaban inmundos, había que romperlos haciéndoles un agujero suficientemente grande para que pasara una granada mediana. Para quitar la impureza, las vasijas de arcilla se tenían que romper; otros cacharros se podían sumergir, cocer o purificar con fuego —en el caso de los cacharros de metal— y luego rasparlos. Una mesa de tres patas podía contaminarse. Si perdía una o dos patas, ya no. Si perdía tres patas, sí, porque entonces era un tablero, y un tablero podía estar inmundo. Las cosas de metal podían estar inmundas, excepto una puerta, un cerrojo, una cerradura, una bisagra, un picaporte y un canalón. La madera que estuviera en utensilios de metal podía contaminarse; pero el metal que estaba en utensilios de madera, no. Así que una llave de madera con los dientes de metal podía estar impura; pero una llave de metal con los dientes de madera, no.

Nos hemos tomado algún tiempo con estas leyes de los escribas o la tradición de los antepasados porque *con esto era con lo que Jesús se enfrentaba.* Para los escribas y los fariseos estas reglas y normas eran la esencia de la religión. El cumplirlas era agradar a Dios; el quebrantarlas era pecado. Esa era la idea que tenían de la bondad y del servicio a Dios. En el sentido religioso, Jesús y esas personas hablaban lenguas diferentes. Fue precisamente porque Él no concedía ninguna importancia a todas esas reglas por lo que Le consideraban un mal hombre. Hay aquí una escisión fundamental entre la persona que ve la religión como ritual, ceremonial, reglas y normas, y la persona que considera la religión como amar a Dios y a sus semejantes.

El pasaje siguiente desarrollará este punto; pero está claro que la idea que tenía Jesús de la religión y la que tenían los escribas y los fariseos no tenían nada en común.

LAS LEYES DE DIOS Y LAS REGLAS DE LOS HOMBRES

Marcos 7:5-8

Así es que los fariseos y los maestros de la Ley Le preguntaron a Jesús:

—¿Por qué tus discípulos no se comportan de acuerdo con la tradición de los antepasados, sino que comen con las manos inmundas?

Jesús les contestó:

—Hizo bien Isaías en profetizar acerca de vosotros, hipócritas, como está escrito: «Este pueblo Me honra de labios para fuera, pero su corazón no puede estar más lejos de Mí. Esto que los hombres llaman reverencia es un cosa huera, porque la doctrina que enseñan no son más que reglas y normas humanas.» Con tanto mantener la tradición de los hombres abandonáis el mandamiento de Dios.

Los escribas y los fariseos se fijaron en que los discípulos de Jesús no cumplían la casuística de la tradición y el código de la ley oral en relación con el lavatorio de manos antes de y durante las comidas, y Le preguntaron a Jesús por qué. Jesús empezó por citarles un pasaje de Isaías 29:13, en el que Isaías acusaba a sus contemporáneos de honrar a Dios con sus labios mientras que sus corazones estaban realmente muy lejos de Él. En principio Jesús acusaba a los escribas y fariseos de dos cosas.

(i) Los acusaba de hipocresía. La palabra hypocritês tiene una historia interesante y reveladora. Empezó por querer decir sencillamente el que contesta; luego pasó a significar el que contesta en un diálogo o conversación preparada de antemano, es decir, un actor de teatro. Y por último llegó a querer decir, no simplemente el que actúa en el teatro, sino aquel cuya vida entera es una pura farsa sin ninguna sinceridad personal. Cualquiera para quien la religión es una cuestión legal; cualquiera para quien la religión quiere decir cumplir determinadas leyes y normas externas; cualquiera para quien la religión depende exclusivamente del cumplimiento de ciertos ritos y de mantener cierto número de tabúes, a fin de cuentas está abocado a ser, en este sentido, un hipócrita. La razón es la siguiente: cree que es una buena persona

si cumple con las prácticas correctas independientemente de cómo sean su corazón y sus pensamientos.

Aplicando esto a los judíos legalistas de tiempos de Jesús, podían odiar a sus semejantes con todo su corazón, podían estar llenos de envidia y de celos y de amargura y de rencor y de orgullo ocultos; eso no tenía importancia siempre que realizaran los lavatorios correctos y observaran las leyes precisas acerca de la limpieza y la impureza. El legalismo tiene en cuenta las acciones externas de una persona, pero no sus sentimientos interiores. Se puede estar sirviendo meticulosamente a Dios en cosas externas, y sin embargo desobedeciéndole en las internas. Eso es la Hipocresía.

Un musulmán devoto debe rezar cierto número de veces al día. Para hacerlo correctamente lleva su esterilla de oración; donde se encuentre en el momento preciso, desenrolla la esterilla, se pone de rodillas, hace sus rezos y sigue su camino. Hay una historia de un musulmán que iba persiguiendo a un hombre con un puñal en alto para matarle. Precisamente entonces se oyó la llamada a la oración. El hombre se detuvo inmediatamente, desenrolló su esterilla, se arrodilló, hizo sus rezos tan deprisa como pudo, se levantó y continuó su persecución asesina. La oración era simplemente un ritual, una observancia externa, el interludio en una carrera de crimen. No hay mayor peligro para la religión que el confundirla con la observancia externa. No hay error más corriente en religión que el de identificar la bondad con ciertos actos que se consideran religiosos. El ir a la iglesia, el leer la Biblia, ofrendar regularmente en las colectas, hasta la oración regular no hacen que nadie sea una buena persona. La cuestión fundamental es cómo está el corazón de la persona en relación con Dios y con sus semejantes. Y si tiene enemistad, amargura, resentimiento, orgullo, todas las observancias religiosas externas del mundo no le convierten nada más que en un farsante, en un hipócrita.

(ii) La segunda acusación que Jesús hizo implícitamente contra aquellos legalistas era que sustituían las leyes de Dios por normas inventadas por los hombres. Para su dirección en la vida no dependían de escuchar a Dios, sino de escuchar las discusiones y debates, la casuística, las ingeniosas interpretaciones de los expertos legales. La casuística nunca puede ser la base de la

verdadera religión, que no puede ser nunca el producto de la mente humana. Tiene siempre que venir, no de los ingeniosos descubrimientos de las personas, sino de escuchar y seguir sencilla y humildemente la voz de Dios.

UNA REGLA INICUA

Marcos 7:9-13

> *Jesús les dijo a los escribas y fariseos:*
>
> *—¡Hacéis maravillas anulando el mandamiento de Dios para cumplir con vuestra tradición! Porque lo que dijo Moisés fue: «Honra a tu padre y a tu madre.» Y también: «El que hable mal de su padre o de su madre, que lo pague con la vida.» Pero lo que decís vosotros es que, si uno le dice a su padre o a su madre: «Lo que te podría haber dado para ayudarte es* Korbán» *—que quiere decir* consagrado a Dios—*, ya no le dejáis hacer nada por su padre o por su madre, y de esa manera anuláis la Palabra de Dios con la tradición que seguís. Y hacéis otras muchas cosas por el estilo.*

El sentido exacto de este pasaje es difícil de descubrir. Gira en torno a la palabra *korbán,* que parece haber pasado por varias etapas en la evolución de su significado.

(i) En un principio quería decir *don, regalo,* y se usaba para describir algo que se dedicaba especialmente a Dios. Una cosa que era *korbán* estaba como si ya se hubiera colocado sobre el altar; es decir, totalmente aparte de todos los usos ordina-rios, y era propiedad de Dios. Si una persona quería dedicar parte de su dinero o propiedades a Dios declaraba que aquello era *korbán,* y desde aquel momento ya no se podía usar para nada ordinario o secular.

Parece que, aun en esta etapa, esta palabra se podía usar con mucha astucia. Por ejemplo: Un acreedor que tuviera un deudor moroso podía decirle: «Lo que me debes es *korbán*» —es decir: tu deuda está dedicada a Dios. A partir de aquel momento, el deudor dejaba de estar en deuda con un semejante y pasaba a estarlo con Dios, lo cual era mucho más serio. Puede ser que el acreedor pudiera cumplir su parte del asunto pagando una cantidad simbólica al templo y guardándose el resto para sí. En cualquier caso, el introducir la idea de *korbán* en esta clase de transacciones era una especie de chantaje religioso que convertía una deuda que se tenía con un hombre en una deuda que se tenía con Dios.

No parece que la idea de *korbán* fuera todavía capaz de un uso abusivo. Si se trataba de eso, el pasaje habla de una persona que declaraba que su propiedad era *korbán,* consagrada a Dios, y por tanto, cuando su padre o su madre estaban en necesidad perentoria y acudían a su hijo para pedirle ayuda, este podía decirles: «Siento mucho no poder darte ninguna ayuda, porque todo lo que pudiera poner a vuestra disposición está dedicado a Dios.» El voto se hacía como una excusa para no ayudar a los padres necesitados. El voto en el que insistía el religioso legalista implicaba quebrantar uno de los diez mandamientos de Dios, que son la Ley de Dios. Además, ya se comprende que esta podía ser una mentira de la peor especie, ya que se faltaba a la Ley de Dios pretendiendo una piedad dudosa que ni siquiera se cumplía.

(ii) Llegó un tiempo en que *korbán* se convirtió en un juramento mucho más amplio. Cuando una persona declaraba que algo era *korbán* es que lo ponía totalmente fuera del alcance de la persona con la que estuviera hablando. Uno podía decir: *«¡Korbán* es todo lo tuyo que me pudiera ser de provecho!» —, y al hacerlo así juramentaba a la otra persona para que no pudiera ni tocar ni gustar ni usar nada que poseyera. O podía decir «*Korbán* sea cualquier cosa que yo tenga de la que tú te podrías aprovechar,» y al decirlo, se juramentaba a no ayudar ni beneficiar al otro con nada suyo. Si es eso lo que se quiere decir aquí, el pasaje quiere decir que, en algún momento, tal vez bajo los efectos de la ira o de la rebeldía, una persona podría decirles a sus padres: *«Korbán* es todo lo que podría dar para ayudaros.» Y desde ese momento, aunque se arrepintiera de su juramento precipitado, los legalistas escribas declaraban que aquello era inquebrantable, y que ya nunca podría dar a sus padres ninguna ayuda.

En cualquiera de estos casos —y no nos es posible saber de cuál se trata aquí—, de una cosa sí podemos estar seguros: Que había casos es que el estricto cumplimiento de la ley de los escribas hacía imposible el que una persona cumpliera la ley de los Diez Mandamientos.

Jesús estaba atacando un sistema que ponía las reglas y normas por encima de la llamada de la necesidad humana. El mandamiento de Dios era que la llamada del amor huma-no tenía prioridad. El

mandamiento de los escribas era que la llamada de las reglas y normas legales debía ocupar el primer lugar. Jesús estaba totalmente seguro de que cualquier re-glamento que le impidiera a una persona ayudar al necesitado no era ni más ni menos que una contradicción de la Ley de Dios.

Debemos tener cuidado de no dejar nunca que las reglas bloqueen las llamadas del amor. Nada que nos impida ayudar a un semejante en necesidad puede ser nunca una regla que Dios apruebe.

LA VERDADERA CONTAMINACIÓN

Marcos 7:14-23

> *Jesús llamó otra vez a Sí a la multitud y les dijo:*
>
> *—Prestadme atención todos vosotros, y enteraos bien. No hay nada que entre en una persona desde fuera que la pueda contaminar; son las cosas que salen del interior de la persona las que la hacen inmunda.*
>
> *Cuando llegó a la casa, ya sin la gente, Sus discípulos Le preguntaron acerca de ese dicho tan difícil, y Jesús les dijo:*
>
> *—Entonces, ¿es que vosotros también sois incapaces de captar las cosas? ¿No comprendéis que todo lo que entra en el cuerpo desde fuera no lo puede contaminar, porque no penetra en el corazón, sino en el estómago, y de ahí lo evacua el cuerpo por el proceso natural? —(El sentido de este dicho es que todos los alimentos son limpios). Pero Él siguió diciendo—: Lo que sale del interior de la persona,* eso *es lo que hace inmunda a una persona. Es del interior, del corazón, de donde salen las malas intenciones, los deseos sexuales incontrolados, los hurtos, los asesinatos, los adulterios, las ansias codiciosas, las malas acciones, la astucia, la maldad des- madrada, la envidia, la calumnia, el orgullo, la locura; todas estas cosas malas vienen del interior, y son las que hacen inmunda a una persona.*

Aunque no nos lo parezca, este pasaje, cuando se dijo por primera vez, debió de ser casi el más revolucionario del Nuevo Testamento. Jesús había estado discutiendo con los expertos

legales acerca de diversos aspectos de la ley tradicional. Había mostrado la irrelevancia de los lavatorios elaborados. Había mostrado que la adherencia rígida a la ley tradicional podía conducir realmente a la desobediencia a la Ley de Dios. Pero aquí dice algo aún más alucinante. Declara que nada que entre en el cuerpo desde el exterior puede contaminarla, porque el cuerpo tiene un proceso natural y normal para deshacerse de ello. Ningún judío creyó eso nunca, ni hasta nuestros días. *Levítico 11* tiene una larga lista de animales que son inmundos, y por tanto no se pueden comer. Hasta qué punto esto se tomaba en serio se puede ver en muchos de los incidentes de los tiempos de los Macabeos. En aquel tiempo, en rey sirio Antíoco Epífanes estaba decidido a erradicar la fe judía. Una de las cosas que les exigía a los judíos era que comieran cerdo; pero ellos estaban dispuestos a morir a centenares antes que hacer eso. «Sin embargo, muchos de Israel estaban plenamente decididos y firmes en sí mismos a no comer ninguna cosa inmunda. Por tanto, elegían antes morir que contaminarse con comidas, para no quebrantar el pacto santo; así es que morían» *(1 Macabeos 1: 62s). 4 Macabeos 7* cuenta la historia de una viuda y sus siete hijos. Se les exigió que comieran carne de cerdo. Ellos se negaron. Al primero, le arrancaron la lengua, le cortaron los extremos de sus miembros, y luego le asaron vivo en una gran caldera; al segundo, le arrancaron el pelo y el cuero cabelludo; así los torturaron a todos uno tras otro hasta la muerte mientras su anciana madre los miraba y los animaba a ser fieles. Murieron antes que comer una carne que era para ellos inmunda.

En ese contexto Jesús hizo esta afirmación revolucionaria de que nada que entre en el cuerpo de una persona puede hacerla inmunda. Estaba borrando con un solo gesto las leyes por las que los judíos habían sufrido y dado la vida. No nos sorprende que los discípulos estuvieran alucinados.

En realidad, Jesús estaba diciendo que *las cosas* no pueden ser limpias o inmundas en un sentido religioso. Solamente lo pueden ser *las personas;* y lo que contamina a una persona son sus propias acciones, que son el producto de su propio corazón. Esto era una nueva doctrina, y de lo más sorprendente. Los judíos tenían, y todavía tienen, todo un sistema de *cosas* que son limpias o

inmundas. Con un pronunciamiento definitivo, Jesús declaró toda la cuestión irrelevante, y que la inmundicia no tenía nada que ver con lo que una persona comiera, sino con todo lo que le saliera del corazón.

Veamos las cosas que Jesús lista que proceden del corazón humano y hacen inmundas a las personas.

Empieza por *las malas intenciones (dialoguismoi).* Cualquier pecado externo procede de una decisión interior; por tanto, Jesús empieza por los malos pensamientos de los que se deriva toda mala acción. Luego vienen *los deseos sexuales incontrolados (porneíai);* a continuación incluye en la lista *acciones adulteras (moijeíai);* pero la primera palabra es la más general, y quiere decir cualquier clase de tráfico en el vicio sexual. Siguen *los robos (klopai).* En griego hay dos palabras para ladrón —*kléptês* y *lêstês. Lêstês* es *un bandolero;* Barrabás era un *lêstês (Juan 18:40),* y un bandolero puede ser muy valiente, aunque esté fuera de la ley. *Kléptês* es *un ladrón;* Judas era un *kléptês,* que sisaba de la caja *(Juan 12:6).* Un *kléptês* es un ratero vulgar, engañoso, cobarde, sin ni siquiera la cualidad positiva del bandolero audaz de las viejas historias. *Los asesinatos (fonoi)* y *los adulterios* vienen a continuación, y su significado está claro.

Luego vienen *las ansias (pleonexíai). Pleonexía* viene de dos palabras griegas que quieren decir *tener más.* Se ha definido como *un deseo maldito de poseer.* También como «el espíritu que se apropia de lo que no tiene ningún derecho a poseer,» «la funesta hambre de lo que pertenece a otros.» Es el espíritu que arrebata cosas, no para atesorarlas como un avaro, sino para gastarlas en lujos y excesos desmedidos. Cowley lo definía como «un apetito voraz de ganancias, no por sí mismas, sino por el placer de malgastarlas inmediatamente por vías de lujo y orgullo.» No es meramente el deseo de dinero o de cosas; incluye también el de poder, la insaciable codicia de la naturaleza humana caída. Platón decía: «El deseo de una persona es como una criba o un recipiente con un agujero, que no se puede llenar nunca por mucho que se intente.» *Pleonexía* es la codicia de poseer que tiene en el corazón el que busca la felicidad en las cosas en vez de en Dios.

Siguen *las malas acciones.* En griego hay dos palabras para *malo: kakós,* que describe una cosa que es mala en sí, y *ponêrós,*

que describe a una persona o cosa que es *activamente* mala. *Ponêríai* es la palabra que se usa aquí. El hombre que es *ponêrós* es aquel en cuyo corazón hay un deseo de dañar. Está, como decía Bengel, «entrenado en toda clase de crimen, y totalmente equipado para infligir mal a cualquier otra persona.» Jeremy Taylor definía esta *ponêría* como «aptitud para jugar malas pasadas, para deleitarse en desgracias y tragedias; complacencia en causar problemas y en complicar la vida. Irritación, perversidad y retorcimiento en nuestras relaciones.» *Ponêría* no solamente corrompe al que la practica, sino también a los demás. *Ponêrós* —el Maligno— es el título de Satanás. El peor de los hombres, el que hace la obra de Satanás, es el que, siendo malo en sí mismo, hace a otros tan malos como él.

A continuación viene *dolos,* que traducimos como *la astucia.* Viene de una palabra que quiere decir *el cebo;* se usa con astucia y engaño; por ejemplo, en una ratonera. Cuando los griegos estaban sitiando Troya, no pudiendo ganar una entrada, les enviaron a los troyanos el regalo de un gran caballo de madera como señal de buena voluntad. Los troyanos abrieron sus puertas y lo metieron dentro; pero el caballo estaba lleno de griegos, que salieron por la noche y sembraron la muerte y la destrucción en Troya. Eso es exactamente *dolos.* Es una traición inteligente, astuta y engañosa.

Lo siguiente en la lista es *la maldad desmadrada (asélgueia).* Los griegos definían *asélgueia* como «la actitud del alma que rechaza toda disciplina,» como «el espíritu que no acepta restricciones, que lo arriesga todo para conseguir su capricho e insolencia desmadrada.» La gran característica de la persona que es culpable de *asélgueia* es que ha perdido todo sentido de vergüenza y decencia. Uno que es malo puede que oculte su pecado; pero el que tiene *asélgueia* peca sin remordimientos y no vacila en escandalizar a sus semejantes. Jezabel fue el ejemplo clásico de *asélgueia* cuando construyó un altar pagano en la santa ciudad de Jerusalén.

La envidia se traduciría literalmente por *el mal ojo,* el ojo que mira el éxito y la felicidad de otro como si quisiera echarle una maldición si pudiera. La palabra siguiente es *blasfêmía.* Cuando se usa en relación con las personas quiere decir *calumnia;* cuando se usa en

relación con Dios es *la blasfemia.* Quiere decir insultar a las personas o a Dios.

Sigue en la lista *el orgullo (hyperêfanía).* La palabra griega quiere decir literalmente «ponerse uno por encima de los demás.» Describe la actitud de la persona «que siente desprecio hacia todo lo que no sea ella misma.» Lo interesante de esta palabra como la usaban los griegos es que describe una acti-tud que puede que nunca se manifieste públicamente. Puede que en lo más íntimo de su corazón uno se esté siempre comparando con los demás. Podría ser que se presentara hipócritamente humilde, y sin embargo fuera orgulloso de corazón. Algunas veces, por supuesto, el orgullo es autoevidente. Los griegos tenían una leyenda sobre este orgullo. Decían que los gigantes, los hijos de Tártaro y de Guê, trataron en su orgullo de asaltar el Cielo, pero Hércules los echó otra vez abajo. Eso es *hyperêfanía.* Es ponerse contra Dios; es «invadir las prerrogativas de Dios.» Eso es lo que se ha llamado «el Everest de todos los vicios,» y por lo que «Dios resiste a los soberbios» *(Santiago 4:6).*

Por último viene *la locura (afrosynê).* No quiere decir la necedad debida a la falta de sensatez o de cabeza, sino la locura moral. Describe, no al que es un estúpido insensato, sino al que se hace el tonto para salirse con la suya.

Es una lista verdaderamente terrible de las cosas que salen del corazón humano la que nos presenta Jesús. Cuando la examinamos, sentimos un escalofrío. Sin embargo, es un desafío, no a evitar tales cosas por vergüenza, sino a examinar honradamente nuestros corazones.

EL ANUNCIO DE UN MUNDO PARA CRISTO

Marcos 7:24-30

> *Jesús Se marchó de allí, y Se fue a las regiones de Tiro y de Sidón. Se alojó en una casa, y no quería que nadie lo supiera; pero no pudo evitar que la gente se enterara de que estaba allí.*
>
> *Cuando lo supo una mujer que tenía una hija poseída por un espíritu inmundo, fue inmediatamente y se arrojó a Sus pies, y Le pidió que expulsara de su hija al demonio. Era griega, siriofenicia de nacimiento. Jesús le dijo:*

—Primero tienes que dejar que se sacien los hijos; no está bien quitarles a ellos el pan que les corresponde para echárselo a los perros.

—Es verdad— contestó ella—; pero también los perros comen debajo de la mesa las migajas de pan que tiran los niños.

Jesús entonces le dijo:

—Por lo que has dicho, ¡vuélvete en paz! ¡Ya ha salido de tu hija el demonio!

La mujer se marchó, y encontró a la niña acostada en la cama, ya libre del demonio.

Cuando este incidente se coloca en su debido trasfondo se aprecia como uno de los más extraordinarios y conmovedores de la vida de Jesús.

En primer lugar, veamos la geografía de la historia. Tiro y Sidón eran ciudades de Fenicia, que era parte de Siria. Fenicia se extendía hacia el Norte desde el monte Carmelo, por toda la llanura costera. Estaba entre Galilea y la costa. Fenicia, como expresaba Josefo, «rodeaba Galilea.»

Tiro se encontraba a 65 kilómetros al Noroeste de Cafarnaum. Su nombre quería decir *La Roca.* Se llamaba así porque había en la costa dos peñascos unidos por un acantilado de mil metros de longitud. Esto formaba un rompeolas natural, y Tiro era uno de los grandes puertos naturales del mundo antiguo. Las rocas no eran simplemente un rompeolas, sino también una defensa; y Tiro era famosa, no sólo como puerto, sino también como fortaleza. Fue de Tiro y de Sidón de donde salieron los primeros marinos que navegaron mirando a las estrellas. Hasta que se aprendió a encontrar el camino en la mar mirando a las estrellas, los barcos tenían que mantenerse a la vista de la costa, y detenerse por las noches; pero los marineros fenicios recorrieron el Mediterráneo y pasaron las Columnas de Hércules, el Estrecho de Gibraltar, y llegaron a Gran Bretaña y a las minas de estaño de Cornwall. Puede ser que hasta se aventuraran a circunnavegar África.

Sidón estaba a 45 kilómetros al Nordeste de Tiro, y a 100 kilómetros al Norte de Cafarnaum. Tenía, lo mismo que Tiro, un rompeolas natural que lo convertía en otro puerto extraordinario. Su

origen como puerto y ciudad era tan antiguo que no se recordaba quién había sido su fundador.

Aunque las ciudades fenicias eran parte de Siria, eran independientes y rivales. Tenían sus propios reyes, sus propios dioses y su propia moneda. En un radio de 25 ó 30 kilómetros eran supremas. Hacia fuera miraban al mar; tierra adentro, a Damasco; y los barcos del mar y las caravanas de muchas tierras fluían a través de ellas. Sidón acabó por perder su co- mercio y grandeza frente a Tiro, y su sumergió en una degeneración desmoralizada; pero los marineros fenicios siempre serán recordados como los primeros que encontraron su camino en el mar siguiendo a las estrellas.

(i) Así que la primera cosa extraordinaria que nos encontramos aquí es que *Jesús estaba en territorio gentil.* ¿Fue por accidente el que este incidente tuviera lugar aquí? La escena anterior nos mostraba a Jesús borrando la diferencia entre los alimentos limpios y los inmundos. ¿Podrá ser que aquí, simbólicamente, Le contemplemos borrando las diferencias entre personas limpias e inmundas? Del mismo modo que los judíos no se ensuciaban los labios con alimentos prohibidos, tampoco ensuciaban sus vidas con el contacto con los gentiles inmundos. Bien puede ser que aquí Jesús esté diciendo por implicación que los gentiles no son inmundos, sino que tienen también un lugar en el Reino.

Jesús tiene que haber ido hacia el Norte a esta región buscando un escape temporal. En Su propio país Le atacaban por todas partes. Hacía tiempo que los escribas y los fariseos Le habían marcado como pecador porque quebrantaba sus reglas y normas. Herodes Le consideraba un peligro público. La gente de Nazaret había reaccionado en contra de Él con un disgusto de escándalo. Llegaría la hora en que tendría que enfrentarse con Sus enemigos en un desafío abierto, pero no había sonado todavía. Antes de que llegara esa hora Jesús buscaría la paz y la tranquilidad del retiro, y en esa retirada de la enemistad de los judíos puso los cimientos para el Reino entre los gentiles. Es el anuncio de toda la historia del Cristianismo. El rechazamiento de los judíos se convirtió en la oportunidad para los gentiles.

(ii) Pero aquí hay más que eso. Estas ciudades fenicias habían sido idealmente parte del reino de Israel. Cuando, bajo Josué, se

repartió la tierra, a la tribu de Aser se le asignó la tierra «hasta la gran Sidón ... y hasta la ciudad fortificada de Tiro» *(Josué 19:28s).* Israel nunca había conseguido conquistarlas ni entrar en ellas. ¿Habrá aquí algo simbólico? Donde el poder de las armas había resultado inútil, el amor conquistador de Jesucristo fue victorioso. El pueblo de Israel terrenal no había logrado nunca incluir como propio el territorio de los fenicios; ahora, el verdadero Israel los había visitado. No era a una tierra extraña a la que Se dirigía Jesús, sino a una tierra que Dios Le había asignado como propia mucho tiempo antes. No estaba introduciéndose en territorio extranjero, sino entrando en su herencia.

(iii) Hay que leer esta historia con intuición. La mujer acudió a Jesús para pedirle por su hija. Jesús le respondió que no estaba bien quitarles el pan a los hijos para dárselo a los perros. En principio esta parece una respuesta de lo más descorazonadora.

El perro no era el querido guardián de la casa que es ahora para muchos; más corrientemente, sobre todo en Oriente, era un símbolo del deshonor. Para los griegos, la palabra *perra* se aplicaba a las mujeres livianas y desvergonzadas, como todavía se conserva en español. Para los judíos era también un calificativo despectivo. «No deis lo santo a los perros» *(Mateo 7:6;* cp. *Filipenses 3:2; Apocalipsis 22:15).*

Los judíos llamaban corrientemente *perros* a los gentiles. Rabí Yoshúa ben Leví tiene una parábola. Vio las bendiciones de Dios que disfrutan los gentiles, y preguntó: «Si los gentiles sin Ley disfrutan tales bendiciones, ¡cuántas más disfrutará Israel, el pueblo de Dios!» «Es como un rey que hizo una fiesta, y trajo a sus invitados a la puerta de su palacio. Estos vieron salir a los perros con faisanes y cabezas de aves engordadas y de terneras en la boca. Entonces los invitados empezaron a decir: “Si así se ha tratado a los perros, ¡cuánto mejores manjares nos estarán reservados a nosotros!” Las naciones del mundo se comparan con los perros, como está escrito *(Isaías 56:11):* “Estos perros voraces son insaciables.”»

No importa cómo lo veamos, pero el término *perro* es un insulto. ¿Cómo vamos a explicar entonces el que Jesús usara esa palabra aquí?

(*a*) No usó la palabra corriente, sino un diminutivo que describía, no a los perros callejeros y salvajes, sino a los perrillos domésticos. En griego, como en español, los diminutivos tienen a menudo cariñosos. Jesús le quitó la amargura a la palabra.

(*b*) Sin duda el tono de Su voz mostraba claramente la diferencia. La misma palabra puede ser un insulto de muerte o un apelativo cariñoso según el tono de la voz, como sucede también en español. El tono de Jesús despojó la palabra de todo su veneno.

(*c*) En cualquier caso, Jesús *no* cerró la puerta. *Primero,* dijo, los hijos deben recibir su alimento; pero sólo *primero;* queda comida para los perrillos caseros. Es cierto que la invitación del Evangelio se dirigió *primero* a Israel, pero sólo *primero;* había otros que vendrían después. La mujer era griega, y los griegos estaban acostumbrados a discernir matices; se dio cuenta en seguida de que Jesús le estaba hablando con una sonrisa. Sabía que la puerta estaba entreabierta. En aquellos días no se usaban cuchillos ni tenedores ni servilletas. Se comía con las manos. Se restregaban las manos sucias con trozos de pan que se tiraban después a los perrillos de la casa. Así que la mujer dijo: «Ya sé que a los hijos se les da de comer primero; pero, ¿no se me va a dejar a mí alguna migaja de las sobras de los hijos?» A Jesús Le encantó aquello. Ahí se veía una fe luminosa, que no aceptaba la negativa como respuesta; ahí estaba una mujer con la tragedia de una hija desdichada en casa, pero que tenía suficiente luz en el corazón para replicar con una sonrisa. Su fe había sido sometida a prueba, y había salido triunfante, y su oración había sido contestada afirmativamente. Simbólicamente esta mujer representa al mundo gentil que recibió tan ansiosamente el Pan del Cielo que los judíos rechazaron y arrojaron.

HACIENDO BIEN TODAS LAS COSAS

Marcos 7:31-37

> *Jesús Se marchó después de la región de Tiro y se dirigió pasando por Sidón al mar de Galilea a través de la Decápolis.*
>
> *Le trajeron a un hombre que era sordo y que tenía un impedimento en el habla, y Le pidieron que le impusiera las manos. Jesús le tomó aparte de la multitud, a solas; le metió los*

dedos en los oídos, y escupió y le tocó la lengua. Entonces elevó la mirada al cielo, y gimió, y le dijo al sordo:

—¡Effatha! —que quiere decir «¡Ábrete!»

Y se le abrieron los oídos, y se le soltó la ligadura de la lengua, y pudo hablar correctamente.

Jesús les encargó que no se lo dijeran a nadie; pero cuanto más se lo decía, más lo divulgaban por ahí.

Todos estaban alucinados a tope, y decían:

—¡Jesús ha hecho todas las cosas bien! ¡Ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos!

Esta historia empieza describiéndonos lo que tuvo que ser un viaje alucinante. Jesús fue de Tiro al territorio del mar de Galilea, de Tiro, al Norte, a Galilea, al Sur; y empezó por ir a Sidón. Es decir: ¡se dirigió hacia el Sur pasando por el Norte! Algo así como si hubiera ido de Zaragoza a Valencia pasando por Barcelona.

Ante este hecho aparentemente extraño, algunos han pensado que el texto está equivocado, y que Sidón no debería aparecer en él. Pero es bastante cierto que el texto es correcto tal como está. Otros han pensado que este viaje tuvo que prolongarse durante no menos de ocho meses, lo cual es perfectamente probable.

Puede ser que este largo viaje fuera la paz antes de la tormenta; un largo período de comunión con Sus discípulos antes de que se desencadenara la tempestad final. En el capítulo siguiente, Pedro hace el gran descubrimiento de que Jesús es el Mesías *(Marcos 8:27-29),* y bien puede ser que fuera en este largo viaje en que estuvieron los discípulos a solas con Jesús cuando se le hizo la luz en el corazón a Pedro. Jesús necesitaba este período extenso con Sus hombres antes del estrés y la tensión del próximo final.

Cuando Jesús llegó otra vez a la región de Galilea, pasó por el distrito de la Decápolis, y fue allí donde Le trajeron a un hombre que era sordo y tenía un impedimento en el habla. Lo más probable es que las dos cosas estuvieran relacionadas; sería su incapacidad para oír lo que hiciera su habla tan imperfecta. No hay milagro que nos muestre más hermosamente la manera que tenía Jesús de tratar con las personas.

(i) Jesús apartó al hombre de la multitud. Aquí tenemos una consideración de lo más tierna. Los sordos siempre tienen un

sentido del ridículo muy agudo. En algunos sentidos es más vergonzoso ser sordo que ser ciego. Un sordo sabe que no puede oír; y cuando alguien de la multitud le grita y trata de hacerlo comprender algo, por su nerviosismo se coloca en una situación aún más desesperada. Jesús mostró la consideración más sensible hacia los sentimientos de un hombre para quien la vida era muy difícil.

(ii) En todo este episodio Jesús representa lo que está haciendo con gestos, como en una escena muda. Puso las manos en los oídos del hombre y le tocó la lengua con saliva. En aquel tiempo se creía que la saliva tenía una cualidad curativa. El historiador romano Suetonio cuenta un incidente de la vida del emperador Vespasiano. «Sucedió que un cierto plebeyo totalmente ciego y otro hombre que tenía una pierna coja y débil se llegaron juntos a él cuando estaba sentado en el tribunal, suplicándole la ayuda y el remedio para sus dolencias que les había revelado Serapis en sueños: que el Emperador habría de restaurarle al uno la vista con solo escupirle en los ojos, y fortalecerle la pierna al otro simplemente consintiendo tocársela con su talón. Ahora bien: aunque Vespasiano no podía creer en la eficacia de esos gestos, y por tanto no se atrevía ni a hacer la prueba, por último, ante la insisten-cia de sus amigos, probó los dos medios en presencia de la asamblea, y resultaron efectivos» (Suetonio, *Vida de Vespasiano 7).* Jesús elevó la mirada al cielo para mostrar que la ayuda había de venir de Dios. Entonces dijo la palabra, y el hombre fue sanado.

Todo el relato nos muestra claramente que Jesús no consideraba a aquel hombre meramente como *un caso clínico;* le consideraba *una persona individual.* Aquel hombre tenía una necesidad y un problema especiales, y con la consideración más tierna, Jesús le trató de una manera que respetaba sus sentimientos y que él podía entender.

Cuando concluyó la curación, la gente declaró que Jesús había hecho todas las cosas bien. Ese había sido el veredicto de Dios cuando completó Su propia creación en el principio *(Génesis 1:31).* Cuando vino Jesús trayendo sanidad a los cuerpos y salvación a las almas, empezó una nueva creación. En el principio, todo había sido bueno; el pecado humano lo había echado todo a perder; y ahora

Jesús estaba devolviéndo-le la belleza de Dios al mundo afeado por el pecado humano.

COMPASIÓN Y DESAFÍO

Marcos 8:1-10

Por aquel tiempo, cuando se había reunido otra vez una gran multitud, y no tenían nada que comer, Jesús llamó a Sus discípulos y les dijo:

—Se Me conmueve el corazón de lástima por la multitud, porque ya llevan conmigo tres días y no tienen nada de comer. Si los despido para que se vayan a sus casas en ayunas, se desmayarán por el camino; y algunos de ellos han venido de muy lejos.

Los discípulos de Jesús Le contestaron:

—¿Dónde se podría encontrar pan para satisfacerlos en un descampado como este?

—¿Cuántos panes tenéis? —les preguntó Jesús.

—Siete —Le contestaron.

Jesús mandó que la multitud se sentara en el suelo. Tomó los siete panes, dio gracias a Dios por ellos, y los partió en trozos, y se los pasó a Sus discípulos para que los repartieran entre la gente.

Así que ellos los repartieron entre la multitud. Y tam- bién tenían unos pocos pececillos. Jesús los bendijo, y les dijo que los repartieran también entre la gente. Así es que comieron todos hasta quedar totalmente satisfechos. Recogieron lo que quedó de los trozos: siete cestos. Había allí unas cuatro mil personas. Seguidamente Jesús los despidió, e inmediatamente Se subió a la barca con Sus discípulos, y se dirigieron al distrito de Dalmanuta.

En este incidente hay dos grandes realidades que están íntimamente entrelazadas.

(i) Está la compasión de Jesús. Una y otra vez nos encontramos con que Jesús Se conmovía de compasión por la gente. Lo más maravilloso de Él es Su prístina consideración. Ahora bien, la consideración es una virtud que no se olvida nunca de los detalles

de la vida. Jesús miró a la multitud; llevaban ya tres días con Él; y Se acordó de que estaban a una distancia considerable de sus casas. Aquel Cuya misión era traerles a toda la humanidad el esplendor y la majestad de la verdad y el amor de Dios podría haber estado por encima de detalles aparentemente tan insignificantes como lo que le podía pasar a Su audiencia en el camino de vuelta a casa; pero Jesús no era así. Confrontado con un alma perdida o con un cuerpo cansado, Su primera reacción era ayudar.

Desgraciadamente es muy cierto que la primera reacción de demasiadas personas es *no* ayudar. Un vez conocí a un hombre en una conferencia, y estuve hablando con él de los peligros de un cierto tramo de la carretera que llevaba al lugar en que nos encontrábamos. «Sí —dijo él—. Es una parte de la carretera que está en pésimas condiciones. Cuando venía para acá vi una colisión allí.» «¿Te paraste a ayudar?»—le pregunté. «¡Qué va! —dijo—. ¡No iba yo a llegar tarde por haberme metido en líos!» Es humano querer evitarse problemas por ayudar; pero es divino conmoverse con una compasión y piedad que obliga a ayudar al necesitado.

(ii) Tenemos el desafío de Jesús. Cuando Jesús sintió compasión por la multitud y quiso darles algo de comer, los discípulos reaccionaron inmediatamente haciendo constar las dificultades prácticas, por encontrarse en un descampado y a muchos kilómetros de ningún lugar en el que se pudiera conseguir comida. Jesús les dirigió inmediatamente la pre-gunta: «¿De qué disponéis *vosotros* con lo que podáis ayudar?» La compasión se convirtió en un desafío. Lo que Jesús estaba diciendo realmente era: «No tratéis de pasarle a otro la res-ponsabilidad de ayudar. No digáis que ayudaríais si tuvierais algo que dar. No digáis que en estas circunstancias os es imposible ayudar. Tomad lo que tengáis, y dadlo, y veréis lo que sucede.»

Una de las fiestas judías más alegres es la Fiesta de Purîm. Cae el 14 de marzo, y conmemora la liberación que cuenta el *Libro de Ester.* Por encima de todo es una ocasión para hacer regalos; y una de sus normas es que, por muy pobre que sea una persona, debe buscar a otra que sea más pobre todavía, y hacerle un regalo. Jesús no aceptaba el espíritu que espera que todas las circunstancias sean ideales antes de pensar en ayudar. Jesús dice: «Si ves que

alguien está en apuros, ayúdale con lo que tengas a tu disposición en aquel momento. Nunca se sabe lo que eso puede representar.»

Hay dos cosas interesantes en el trasfondo de esta historia que debemos tener presentes en nuestro estudio.

(i) La primera es que este incidente tuvo lugar en la orilla opuesta del mar de Galilea, en el distrito de la Decápolis. ¿Por qué se reunió allí aquella tremenda multitud de cuatro mil personas? No cabe duda que la curación del sordo con un impedimento en el habla ayudaría a suscitar interés y a reunir a la gente. Pero un comentarista ha hecho una sugerencia de lo más interesante. En *Marcos 5:1-20,* ya hemos leído que Jesús sanó al endemoniado garaseno. Aquel incidente también tuvo lugar en la Decápolis. Su resultado fue que los de allí Le insistieron a Jesús en que Se marchara. Pero el poseso curado quería seguir a Jesús, y Jesús le envió de vuelta a su propia gente para que les dijera las grandes cosas que el Señor había hecho por él. ¿No será posible que parte de aquella gran multitud estuviera allí debido a la actividad misionera del poseso curado? ¿Tenemos aquí una vislumbre de lo que puede hacer por Cristo el testimonio de una sola persona? ¿Había allí en aquella multitud personas aquel día que vinieron a Cristo y encontraron sus almas porque un hombre les había dicho lo que Cristo había hecho por él? Juan Bunyan, el autor de *El Peregrino,* nos cuenta que debió su conversión al hecho de oír a tres o cuatro ancianitas que estaban hablando sentadas al sol «acerca de un nuevo nacimiento, la obra de Dios en sus corazones.» Estaban hablando de lo que Dios había hecho por ellas. Bien puede ser que hubiera muchos aquel día en aquella multitud de la Decápolis que estaban allí porque habían oído hablar a un hombre de lo que Jesucristo había hecho por él cuando estaba irremisiblemente perdido.

(ii) La segunda cosa es que es curioso que la palabra para *cesto* sea diferente en este historia de la que se usó en el relato del milagro paralelo de *Marcos 6,* como se refleja en casi todas las traducciones españolas de la Biblia. En *Marcos 6:44,* la palabra para cesto es *kófinos,* que describe la cesta en la que los judíos llevaban su comida, una cestilla estrecha por la parte de arriba y más ancha por abajo, que parecía un jarroncillo; y además se nos dice que fueron doce cestas las que se recogieron, un número que nos

recuerda el de las tribus de Israel. La palabra que se usa aquí es *sfyrís,* que describe una cesta como una canastilla; era la clase de cesta que usaron para bajar a Pablo por el muro de Damasco *(Hechos 9:25);* y describe la cesta que usaban los gentiles, a los que se aplicaba el número siete. Este incidente tuvo lugar en la Decápolis, en la orilla opuesta del lago, que contaba con una población mayormen-te gentil. ¿Es posible que podamos ver en el Milagro de los Panes y los Peces de *Marcos 6* la venida del Pan de Dios a los judíos, y en este incidente la venida del Pan de Dios a los gentiles? ¿Es posible que cuando ponemos juntas estas dos historias haya algo detrás de ellas que sugiera y anuncie y simbolice el hecho de que Jesús vino a satisfacer el hambre tanto de los judíos como de los gentiles, y que en Él realmente estaba el Dios Que abre Su mano y satisface la necesidad de todo ser viviente?

LA CEGUERA QUE RECLAMA UNA SEÑAL

Marcos 8:11-13

> *Entonces salieron los fariseos y se pusieron a hacerle preguntas. Estaban buscando una señal del Cielo, y tratando de poner a prueba a Jesús. Jesús suspiró en Su espíritu y les dijo:*
>
> *—¿Por qué busca una señal esta generación? Esto que os digo es la pura verdad: No se le dará ninguna señal a esta generación.*
>
> *Jesús los despidió, y se subió otra vez a la barca y Se marchó a la otra orilla.*

La época en que vivió Jesús tenía la tendencia de buscar a Dios en lo extraordinario. Se creía que, cuando viniera el Mesías, sucederían las cosas más alucinantes. Antes que lleguemos al final de este capítulo examinaremos más en detalle la clase de señales que se esperaban. Podemos tomar nota por ahora de que cuando surgían falsos mesías, cosa que sucedía bastante a menudo, seducían al pueblo a seguirlos prometiéndoles señales sobrenaturales. Les prometían, por ejemplo, dividir las aguas del Jordán en dos partes dejando un camino por en medio, o hacer caer los muros de la ciudad con sólo decir una palabra.

Esa era la clase de señal que demandaban los fariseos. Querían presenciar algún acontecimiento alucinante que desafiara las leyes de la naturaleza y sorprendiera a la gente. Para Jesús, tal demanda no era debida al deseo de ver la mano de Dios, sino al hecho de que eran ciegos a Su mano. Para Jesús, todo el mundo estaba lleno de señales; los cereales de los campos, la levadura del pan, las amapolas de las colinas... todo Le hablaba de Dios. No pensaba que Dios tenía que introducirse en el mundo desde fuera; sabía que Dios ya estaba en el mundo para cualquiera que tuviera ojos para ver. La señal de un hombre verdaderamente religioso no está en que viene a la iglesia para encontrar a Dios, sino en que Le encuentra en todas partes; no en que da una gran importancia a los lugares sagrados, sino en que santifica los lugares corrientes.

NO APRENDER POR EXPERIENCIA

Marcos 8:14-21

Los discípulos habían olvidado comprar panes, y no tenían más que uno en la barca. Jesús les advirtió:

—¡Tener cuidado! ¡Guardaos de la mala influencia de los fariseos y de Herodes!

Ellos se pusieron a discutir la situación entre ellos y a decir:

—No tenemos panes.

Jesús sabía lo que estaban diciendo, y les dijo:

—¿Por qué seguís hablando de que no tenéis panes? ¿Es que no os fijáis y entendéis? ¿Sois tan duros de mollera? ¿Es que no podéis ver lo que tenéis delante de las narices? ¿Es que no os sirven para nada los oídos? ¿Es que no os acordáis? Cuando repartí los cinco panes entre los cinco mil, ¿cuántos cestos de pedazos recogisteis?

—Doce —Le contestaron ellos.

—Cuando repartí los siete panes entre los cuatro mil, ¿cuántos cestos de pedazos recogisteis?

—Siete —Le contestaron ellos.

Entonces Jesús les dijo:

—¿Y todavía no lo entendéis?

Este pasaje arroja un haz de luz muy intensa sobre las mentes de los discípulos. Estaban pasando al otro lado del mar de Galilea, y se habían olvidado de llevar suficiente pan. Obtendremos mejor el sentido de este pasaje si lo relacionamos estrechamente con lo precedente. Jesús estaba pensando en la demanda que los fariseos Le habían hecho de una señal, y también en la reacción aterrada de Herodes hacia Sí mismo. «¡Cuidado —les dijo, traduciéndolo literalmente— con la levadura de los fariseos y la de Herodes!» Para los judíos, la levadura era un símbolo de la corrupción. La levadura era una pizquita de masa fermentada de la hornada anterior que se había guardado. Para los judíos, la fermentación era lo mismo que la putrefacción, y de ahí que la levadura representara el mal, sobre todo el mal moral.

Algunas veces los judíos usaban la palabra *levadura* en el sentido del *pecado original,* o de la maldad de la naturaleza humana. Rabí Alejandro decía: «Está claro para Ti que nuestra voluntad es hacer Tu voluntad. ¿Y qué lo impide? La levadura que está en la masa, y la esclavitud a los reinos de este mundo. Sea Tu voluntad librarnos de sus manos.» Representaba, por así decirlo, la mancha de la naturaleza humana, el pecado original, la levadura corruptora que impedía al hombre hacer la voluntad de Dios. Así que, cuando Jesús dijo esto, lo que quería decir era: «Manteneos en guardia frente a la mala influencia de los fariseos y de Herodes. No sigáis el camino por el que ellos van.»

¿Qué relación existía entre los fariseos y Herodes? Los fariseos acababan de pedir una señal. Para un judío —veremos esto más claramente dentro de poco— lo más fácil del mundo era pensar en el Mesías en términos de maravillas y conquistas y sucesos milagrosos y triunfos nacionalistas y supremacía política. Herodes había tratado de edificar la felicidad adquiriendo poder y riqueza e influencia y prestigio. En un sentido, el Reino de Dios era un reino terrenal tanto para los fariseos como para Herodes; se basaba en poder y grandeza terrenales, y en las victorias que podía obtener la fuerza. Era como si Jesús, con Su sugerencia, estuviera preparando a Sus discípulos para algo que había de suceder muy pronto. Era como si les dijera: «Puede que pronto os amanezca el hecho de que Yo soy el Ungido de Dios, el Mesías. Cuando lleguéis a esa

convicción, no penséis en términos de poder y gloria terrenales, como hacen los fariseos y Herodes.» Del verdadero sentido no les dijo nada de momento. Aquella sombría revelación habría de esperar su momento.

De hecho, esta insinuación de Jesús les pasó por encima de la cabeza a los discípulos. No podían pensar en nada más que en el hecho de que se habían olvidado de llevar pan, y que pasarían hambre. Jesús vio que estaban preocupados por el pan material. Bien puede ser que les hiciera estas preguntas, no enfadado, sino con una sonrisa, como el que trata de conducir a un torpe chiquillo a descubrir una verdad evidente. Les recordó que por dos veces había satisfecho el hambre de grandes multitudes con comida suficiente y de sobra. Es como si les dijera: «¿Por qué os preocupáis? ¿No os acordáis de lo que ha sucedido antes? ¿No habéis aprendido por propia experiencia que no tenéis que preocuparos por esas cosas cuando estáis conmigo?»

Lo extraño es que no aprendemos nada más que la mitad de las lecciones de la experiencia. Demasiado a menudo la experiencia nos llena de pesimismo, nos enseña lo que no podemos hacer; nos enseña a mirar la vida con una especie de desesperanza resignada. Pero hay otras experiencias. Nos sobrevino el dolor —y salimos de él íntegros. Nos atacó la tentación —y no caímos. Nos alcanzó la enfermedad —y nos recuperamos. El problema parecía insoluble —y se resolvió. Estábamos sin recursos —pero seguimos adelante. Llegamos a no poder más —y no nos deshicimos. También nosotros somos ciegos. Si aprendiéramos las lecciones de la experiencia como es debido nos enseñaran, no el pesimismo de las cosas que no se pueden realizar, sino la esperanza que no deja de maravillarse de que Dios nos haya sacado adelante hasta aquí a salvo, y en la seguridad y confianza de que nos puede sacar con bien de todo lo que nos sobrevenga.

UN CIEGO APRENDE A VER

Marcos 8:22-26

> *Fueron a Betsaida; y Le trajeron a Jesús a un ciego, y Le pidieron que le tocara. Jesús le tomó de la mano, y le sacó del pueblo. Le puso saliva en los ojos, y le impuso las manos, y le preguntó:*
>
> *—¿Ves algo?*
>
> *El ciego levantó la vista, y dijo:*
>
> *—Veo hombres, pero los veo que andan como si fueran árboles.*
>
> *Jesús le puso las manos en los ojos. Él miró fijamente, y se le restauró la vista y vio todo claramente. Jesús le despidió para que se fuera a su casa, y le dijo:*
>
> *—No entres ni siquiera en el pueblo.*

La ceguera era, y es todavía, una de las grandes desgracias en Oriente. La causa en parte la oftalmia, y en parte el deslumbramiento despiadado que produce el sol. Lo agravaba seriamente el hecho de que no se sabía lo suficiente de higiene y de limpieza. Era corriente ver personas con los ojos legañosos y llenos de moscas. Naturalmente, esto hacía que se extendiera la infección fácilmente, y la ceguera era una verdadera plaga.

Solamente Marcos nos cuenta esta historia; y sin embargo hay en ella ciertas cosas tremendamente interesantes.

De nuevo descubrimos lo maravillosamente considerado que era Jesús. Se llevó al ciego de entre la multitud y fuera del pueblo para poder estar a solas con él. ¿Por qué? Piénsalo. Este hombre era ciego, y probablemente había nacido ciego. Si hubiera recibido la vista de pronto, en medio de toda la gente, habrían invadido sus ojos inmediatamente después de abrírsele toda clase de figuras y de colores chillones que le habrían producido un estado de total aturdimiento. Jesús sabía que se-ría mucho mejor si se le podía llevar a un lugar en el que la sorpresa y la emoción de ver se le presentaran menos repentinamente. Cualquier gran médico y cualquier gran maestro tiene una característica sobresaliente. Un gran médico es capaz de introducirse en lo íntimo de la mente y el

corazón de su paciente; comprende sus temores y sus esperanzas; literalmente simpatiza —sufre con— él. Un gran maestro penetra en la mentalidad de su alumno. Ve sus problemas, sus dificultades, sus tropezaderos. Por eso Jesús era tan supremamente grande. Podía entrar en la mente y en el corazón de las personas a las que trataba de ayudar. Tenía el don de la consideración porque podía pensar con los pensamientos de ellos y sentir con sus sentimientos. Que Dios nos conceda esa cualidad de Cristo.

(ii) Jesús usaba métodos que el paciente pudiera entender. El mundo antiguo creía en el poder sanador de la saliva. Esa creencia no es tan extraña si tenemos presente que nuestro primer instinto es meternos en la boca o chupar un corte o una quemadura para aliviar el dolor. Por supuesto, el ciego sabría eso, y Jesús usó un método para curarle que él podría entender. Jesús era sabio. No empezaba con palabras y métodos que no estuvieran al alcance de la mentalidad de la gente sencilla. Les hablaba y actuaba con ellos de manera que sus mentes sencillas pudieran captar y comprender lo que les hacía. Ha habido veces cuando se ha considerado una virtud y una señal de grandeza la ininteligibilidad. Jesús tenía una grandeza superior: la de hacerse comprender por una mente sencilla.

(iii) En una cosa es único este milagro: es el único que se puede decir que se produjo gradualmente. Por lo general, los milagros de Jesús se producían repentina y totalmente. En este milagro, se le dio la vista a un ciego por etapas.

Aquí hay una verdad simbólica. No hay nadie que perciba toda la verdad de Dios de una vez. Uno de los peligros de cierto tipo de evangelismo es que hace suponer que cuando una persona acepta a Cristo ya es cristiana madura. Uno de los peligros de entrar en la membresía de una iglesia es que se puede pensar que cuando una persona se compromete como miembro de iglesia ha llegado al final de su carrera. Lejos de ser ese el caso, la decisión por Cristo y la incorporación como miembro de iglesia son el principio de la carrera cristiana. Son el descubrimiento de las riquezas de Cristo, que son inagotables; y si uno viviera cien años, o mil, o un millón de años, todavía tendría que seguir creciendo en la gracia, y aprendiendo más y más acerca de la maravilla y la belleza infinita de Jesucristo.

Es gloriosamente cierto que una conversión repentina es una posibilidad de la gracia; pero es igualmente cierto que nos tenemos que convertir de nuevo todos los días. Con toda la gracia y la gloria de Dios por delante, uno puede seguir aprendiendo toda la vida, y necesitará la eternidad para conocer como Dios le conoce a él.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

Marcos 8:27-30

> *Jesús Se fue con Sus discípulos a las aldeas de Cesarea de Filipo. Conforme iban andando, Jesús les hizo una pregunta a Sus discípulos:*
>
> *—¿Quién dice la gente que soy Yo?*
>
> *—Algunos dicen que Juan el Bautista —Le contestaron—; otros dicen que Elías, y otros que uno de los profetas.*
>
> *—Y vosotros —les preguntó Jesús—, ¿quién decís que soy?*
>
> *Pedro Le contestó:*
>
> *—Tú eres el Ungido de Dios.*
>
> *Y Jesús les insistió que no le hablaran a nadie de Él.*

Cesarea de Filipo estaba totalmente fuera de Galilea. No estaba en el territorio de Herodes, sino en el de Felipe. Era un pueblo con una historia sorprendente. Anteriormente se había llamado *Balinas,* porque había sido un gran centro del culto de Baal. Hasta nuestros días se llama *Bâniyâs,* que es una forma de *Paneas.* Este nombre se inspiraba en el hecho de que hay una caverna en la ladera de la montaña que se decía que era el lugar de nacimiento del dios griego Pan, el dios de la naturaleza, donde nace el río Jordán. Más arriba en la misma ladera se erguía un templo de mármol blanco reluciente que había mandado construir Felipe a la divinidad del César, el emperador romano, el soberano del mundo, al que se consideraba un dios.

Es sorprendente que fuera precisamente allí donde Pedro descubrió en el Carpintero ambulante galileo al Hijo de Dios. La religión antigua de Palestina estaba en el aire, y la memo-ria de Baal se cernía a su alrededor. Los dioses de la Grecia clásica también se invocaban en todo aquel lugar, y sin duda se creían oír las flautas de Pan y se podían vislumbrar las ninfas de la foresta. El Jordán les

traería a la memoria episo-dio tras episodio de la historia de Israel y de la conquista de aquella tierra. Y al sol naciente relucía y deslumbraba el mármol del lugar santo que recordaba a todo el mundo que César era un dios. Precisamente en aquel lugar, como si hubiera sido contra el trasfondo de todas las religiones y de toda la Historia, Pedro descubrió que un Maestro ambulante de Nazaret, Que iba de camino hacia una cruz, era el Hijo de Dios. No hay casi nada en toda la historia evangélica que muestre tan claramente como este incidente la fuerza absoluta de la personalidad de Jesús. La encontramos en el mismo centro del *Evangelio de Marcos,* y esto a propósito, porque representa la cima del Evangelio. En un sentido por lo menos este fue el momento crítico de la vida de Jesús. Pensaran Sus discípulos lo que pensaran, Él estaba seguro de que Le espe-raba inevitablemente una cruz. Las cosas no podían prolongarse mucho. La oposición se estaba concentrando para asestar el golpe mortal. El problema que se Le presentaba a Jesús era este: ¿Había producido algún efecto Su vida? ¿Había logrado algo? O, para decirlo de otra manera, ¿había descubierto alguien Quién era Él de veras? Si hubiera vivido y enseñado y actuado entre los hombres sin que nadie hubiera vislumbrado a Dios en Él, entonces toda Su Obra habría sido inútil. No había más que una manera de dejar un mensaje a la humanidad, y era escribirlo en el corazón de alguna persona.

Así que, en este momento, Jesús lo puso todo a prueba. Preguntó a Sus discípulos qué se estaba diciendo acerca de Él, y Le comunicaron los rumores y los comentarios populares. Entonces se produjo un silencio sobrecogedor, y Jesús les hi-zo a Sus discípulos la pregunta clave: «¿Quién decís *vosotros* que soy?» Y Pedro se dio cuenta en aquel instante de lo que siempre había sabido en lo más íntimo de su corazón: Era el Mesías, el Cristo, el Ungido, el Hijo de Dios. Y por esa respuesta supo Jesús que no había fracasado.

Ahora llegamos a la cuestión que se ha planteado y contestado a medias más de una vez hasta ahora, pero que debemos contestar ahora en detalle, o toda la historia evangélica será totalmente ininteligible. Tan pronto como Pedro hizo este descubrimiento, Jesús le dijo que no se lo dijera a nadie. ¿Por qué? Porque, en primer lugar y por encima de todo, Jesús tenía que enseñarles a Pedro y a

los demás lo que quería decir en realidad el mesiazgo. Para comprender la Obra que Jesús había de realizar y el verdadero sentido de esta necesidad, tenemos que preguntarnos en detalle cuáles eran las ideas acerca del Mesías que había en tiempos de Jesús.

IDEAS JUDÍAS ACERCA DEL MESÍAS

A lo largo de toda su historia, los judíos no se olvidaron nunca que eran, en un sentido muy especial, el pueblo escogido de Dios. Por esa causa, pensaban que les correspondía un puesto muy importante en el mundo. En los días antiguos esperaban lograr esa posición por lo que podríamos llamar medios naturales. Siempre consideraron que los días más grandes de su historia habían sido los del rey David; y soñaban con un día en el que surgiera otro rey de la dinastía de David, un rey que los hiciera grandes en justicia y en poder *(Isaías 9:7; 11:1; Jeremías 22:4; 23:5; 30:9).*

Pero, conforme fue pasando el tiempo, se fueron convenciendo a su pesar de que esa grandeza soñada no se lograría nunca por medios naturales. Las diez tribus fueron deportadas a Asiria, y se perdieron para siempre. Los babilonios conquistaron Jerusalén, y se llevaron cautivos a los judíos. Luego vinieron los persas como sus amos; después los griegos, y por último los romanos. Lejos de llegar a nada que pareciera dominio universal, los judíos pasaron siglos sin conocer lo que era ser completamente libres e independientes.

Entonces surgió otra línea de pensamiento. Es verdad que la idea de un gran rey de la dinastía de David nunca se desvaneció del todo y estuvo siempre entretejida de alguna manera en su pensamiento; pero más y más empezaron a soñar con el día en que Dios interviniera en la Historia y lograra por medios sobrenaturales lo que no se podría lograr jamás por medios naturales. Esperaban que el poder divino hiciera lo que le era absolutamente imposible hacer al poder humano.

Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento hubo una verdadera floración de libros acerca de los sueños y pronósticos acerca de esta nueva edad y de la intervención de Dios. Se llama en general a estos libros *apocalipsis,* que quiere decir *revelaciones.* Estos libros se presentaban como revelaciones acerca del futuro. Es a ellos

adonde debemos acudir para descubrir lo que creían los judíos de tiempos de Jesús acerca del Mesías y de la nueva edad. Es sobre el trasfondo de sus sueños donde debemos colocar el sueño de Jesús.

En estos libros aparecen ciertas ideas básicas. Seguimos aquí la clasificación de esas ideas que hace Schürer en su *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesucristo.*

(i) Antes que viniera el Mesías habría un tiempo de terrible tribulación. Sería el alumbramiento mesiánico, los dolores de parto de una nueva era. Todos los horrores imaginables explotarían sobre el mundo; todos los baremos de honor y de decencia serían arruinados; el mundo se convertiría en un caos físico y moral.

Y el honor se volverá vergüenza,
y la fuerza será humillada despectivamente,
y la probidad será destruida,
y la belleza se convertirá en fealdad...
Y la envidia se erguirá en los que nunca se consideraronde ningún valor
y la violencia se apoderará de los pacíficos,
y a muchos impulsará la ira a dañar a muchos,
y levantarán ejércitos para derramar sangre,
y todos acabarán por perecer juntamente.

(2 Baruc 27)

Habría «en el mundo temblor de tierra, y alboroto de pueblos» *(4 Esdras 9:3;* cp. *Mateo 24:7 y 29).*

De los cielos caerán a la tierra objetos ardientes. Se producirán luces, grandes y deslumbrantes, reluciendo en medio de las gentes; y la Tierra, la madre universal, se sacudirá en esos días a la mano del Eterno. Y los peces de la mar y las bestias de la tierra y las innumerables greyes de las aves y todas las personas humanas y todos los mares tendrán sacudidas en la presencia del Eterno, y habrá pánico. Y los excelsos picos de las montañas y las gigantescas colinas rasgará, y los lóbregos abismos se harán visibles a todos. Y los altos torrentes de las excelsas montañas se llenarán de cadáveres y las rocas fluirán con sangre y todos los torrentes inundarán las llanuras... Y Dios juzgará a todos con guerra y

con espada, y caerá de los cielos azufre, y piedras y lluvia y granizo continuo y dañino. Y la muerte cabalgará sobre los cuadrúpedos. ... Sí: la tierra misma beberá la sangre de los que vayan pereciendo, y las fieras se hartarán de su sangre.

(Oráculos Sibilinos 3:363ss).

La Misná enumera como señales de la proximidad de la venida del Mesías:

La arrogancia aumenta, la ambición se dispara, la vid produce fruto pero el vino está caro. La autoridad se convierte en herejía. No hay instrucción, la sinagoga se dedica a la obscenidad. Galilea es destruida, Gablán queda desierto. Los habitantes de un distrito van de ciudad en ciudad sin encontrar compasión. Se aborrece la sabiduría de los entendidos, los buenos son despreciados, la verdad se ausenta. Los muchachos insultan a los ancianos, los viejos se exponen a los niños. El hijo desprecia al padre, la hija se rebela contra la madre, la nuera contra la suegra. Los enemigos del hombre serán los de su propia casa.

El tiempo que precediera a la venida del Mesías sería un tiempo cuando el mundo se desintegraría y se relajarían todos los vínculos. El orden físico y moral se colapsaría.

(ii) En ese caos aparecería Elías como precursor y heraldo del Mesías. Él sanaría las grietas y traería orden al caos para preparar el camino del Mesías. Especialmente, resolvería las disputas. De hecho, la ley oral judía establecía que el dinero y las haciendas cuya propiedad se discutiera, y todo lo que se encontrara y no se supiera de quién era, podría esperar «hasta que viniera Elías.» Cuando viniera Elías, ya faltaría poco para que le siguiera el Mesías.

(iii) Y entonces vendría el Mesías. La palabra hebrea *Mashíaj* y la palabra griega *Jristós* quieren decir lo mismo: *El Ungido.* A los reyes se los coronaba ungiéndolos, y el Mesías era el Rey Ungido de Dios. Es importante tener presente que *Cristo* no es *un nombre,* sino *un título.* De ahí que en algunas versiones del Nuevo Testamento y libros sobre él se ponga «Jesús el Mesías» en lugar de Jesucristo; pero ya la palabra *mashíaj* se había traducido al griego por *jristós* en la Septuaginta. Algunas veces se pensaba en el Mesías como un

rey de la dinastía de David, pero más corrientemente como una gran figura sobrehumana que irrumpiría en la Historia para rehacer el mundo y vindicar al pueblo de Dios.

(iv) Las naciones paganas se aliarían y unirían contra el Campeón de Dios.

> *Los reyes de las naciones paganas se lanzarán con- tra esta tierra acarreándose justa retribución. Tratarán de desmantelar el altar del Dios todopoderoso y de los hombres más nobles cuandoquiera que vengan a la tierra. En un círculo alrededor de la ciudad colocarán los malditos reyes cada uno su trono rodeados de sus infieles pueblos. Y entonces Dios hablará con voz potente a todos los pueblos indisciplinados e insensatos, y vendrá el juicio sobre ellos del Dios todopoderoso, y todos perecerán a manos del Eterno.*

(Oráculos Sibilinos 3:363-372).

El resultado será la total destrucción de esos poderes hostiles. Filón decía que el Mesías «tomaría el campo, y haría guerra y destruiría naciones grandes y populosas.»

> *Este es el viento que el Altísimo ha reservado a la fin contra ellos, y sus impías fraudes; el cual los argüirá, y echará sobre ellos sus robos. Porque Él los hará venir vi- vos a juicio, y des que los haya convencido, los castigará.*

(4 Esdras 12:32s, B.O.).

[7]*Ocurrirá en esos días que no se salvará nadie con oro ni plata, ni podrá escapar.* [8]*No habrá hierro para la guerra, ni nada que ponerse como peto, ni servirá el bronce, ni el estaño valdrá ni contará, ni se querrá el plomo.* [9]*Todas estas cosas serán desechadas y habrán de desaparecer de la faz de la tierra, cuando aparezca el Elegido ante la faz del Señor de los espíritus.*

(1 Henoc 52,7-9, D.M.).

El Mesías será el conquistador más destructivo de la Historia, derrotando a Sus enemigos hasta la extinción total.

(vi) Seguiría la renovación de Jerusalén. A veces se concebía como la purificación de la ciudad existente. Más a menudo, como el

descenso del Cielo de la nueva Jerusalén. «[28]Me levanté para ver hasta que él enrolló la vieja casa. Sacaron todas las columnas, vigas y ornamentos de la casa, enrollados junto con ella; los sacaron y echaron en un lugar al sur de la tierra. [29]Vi que trajo el dueño de las ovejas una casa nueva, más grande y alta que la primera, y la puso en el lugar de la que había sido recogida. Todas sus columnas y ornamentos eran nuevos y mayores que los de la antigua que había quitado, y el dueño de las ovejas estaba dentro» *(Henoc 90,28s,* D.M.).

(vii) Los judíos que estaban dispersos por todo el mundo serían recogidos en la nueva Jerusalén. Hasta el día de hoy el libro judío de oraciones diarias incluye la petición: «¡Izad la bandera para reunir a los dispersos y congregarlos de los cuatro puntos cardinales de la Tierra!» El capítulo 11 de los *Salmos de Salomón* contiene un doble cuadro de ese retorno:

> *¡Tocad la trompeta en Sión para reunir a los santos, haced que se oiga en Jerusalén la voz del que trae alegres nuevas; porque Dios ha tenido piedad de Israel al visitarlos! ¡Colócate en la cumbre, Jerusalén, y mira a tus hijos, del Oriente y del Poniente, reunidos por el Señor! ¡Vienen del Norte con el gozo de su Dios, de las islas lejanas Dios los ha reunido! Ha abatido montañas altas allanándolas para ellos; las colinas huyeron cuando entraron. Los bosques les dieron cobijo cuando pasaban; todos los árboles aromáticos hizo Dios que brotaran para ellos, para que Israel pasara adelante en la visitación de la gloria de su Dios. ¡Ponte, Jerusalén, tus ropas de fiesta; prepara tu túnica santa; por cuanto Dios ha decretado el bien para Israel para siempre jamás, haga el Señor lo que ha hablado referente a Israel y Jerusalén; levante el Señor a Israel por Su glorioso nombre. ¡Sea la misericordia del Señor sobre Israel por siempre y siempre!*

Se puede ver fácilmente lo judío que había de ser este nuevo mundo. El elemento nacionalista domina por todas partes.

(viii) Palestina sería el centro del mundo, y el resto del mundo le sería sometido. Todas las demás naciones serían subyugadas.

A veces se concebía como un dominio pacífico:

Y todas las islas y las ciudades dirán: «¡Cómo ama el Eterno a estas personas!» Porque todas las cosas obran en armonía con ellas y las ayudan... ¡Venid, postrémonos en tierra y supliquemos al eterno Rey, el Todopoderoso, el Dios perdurable! Vayamos en procesión a Su Templo, porque Él es el único Potentado.

(Oráculos Sibilinos 3,690ss).

Más corrientemente se presentaba el fin de los gentiles como una destrucción total, ante la que se regocijaría Israel.

y Él aparecerá para castigar a los gentiles,
y destruirá todos sus ídolos.
Entonces tú, Israel, serás feliz.
Te montarás sobre los cuellos y las alas de las águilas
(es decir, Roma, el águila, será destruida)
y ellos terminarán, y Dios te exaltará.
. . . . .
Y tú mirarás desde las alturas
y verás a tus enemigos en la gehena,
y los reconocerás y te regocijarás.

(Asunción de Moisés 10,8-10).

Era una descripción sombría. Israel se regocijaría al ver a sus enemigos quebrantados y en el infierno. En cuanto a los israelitas que hubieren muerto, resucitarían para participar en el nuevo mundo.

(ix) Finalmente vendría una nueva edad de paz y de bondad que permanecería para siempre.

Estas eran las ideas mesiánicas que había en las mentes cuando vino Jesús: violentas, nacionalistas, destructivas, vengativas. Cierto que terminaban en el perfecto Reino de Dios; pero llegaban a él a través de un baño de sangre y una carrera de conquista. Figuraos a Jesús en un trasfondo así. No es extraño que tuviera que reciclar a Sus discípulos en el nuevo sentido del mesiazgo; ni tampoco que Le crucificaran al final como hereje. No había lugar en un panorama así para una Cruz, ni para el amor doliente.

EL TENTADOR HABLA POR LA VOZ DE UN AMIGO

Marcos 8:31-33

> *Jesús empezó a enseñarles que era necesario que el Hijo del Hombre sufriera muchas cosas, y fuera rechazado por los ancianos y principales sacerdotes y escribas, y que Le mataran, y que resucitara después de tres días.*
>
> *Estuvo diciéndoles estas cosas claramente. Y Pedro Le tomó aparte, y se puso a reprenderle. Entonces Jesús Se dio la vuelta, miró a Sus discípulos y reprendió a Pedro diciéndole:*
>
> *—¡Quítate de delante de Mí, Satanás! ¡Esos no son pensamientos de Dios, sino de los hombres!*

Tenemos que leer este pasaje en el trasfondo de lo que acabamos de ver que se creía corrientemente acerca del Mesías. Cuando Jesús conectó el mesiazgo con el sufrimiento y la muerte, estaba haciendo afirmaciones que les resultaban tanto increíbles como incomprensibles a Sus discípulos. A lo largo de toda su vida habían pensado en el Mesías en términos de conquista irresistible, y ahora se les presentaba una idea que los desarticulaba. Por eso fue por lo que Pedro protestó tan violentamente. Para él, todo eso era absurdo.

¿Por qué reprendió Jesús tan duramente a Pedro? Porque estaba expresando las mismas tentaciones que asediaban a Jesús. Él no quería morir. Sabía que tenía poderes que podía emplear para la conquista. En este momento estaba peleando de nuevo la batalla de las tentaciones en el desierto. Era el diablo el que Le estaba tentando otra vez a que Se postrara y le adorara para seguir su camino en lugar de seguir el camino de Dios.

Es extraño, y a veces terrible, que el tentador nos hable en la voz de un amigo bien intencionado. Puede que hayamos decidido seguir un curso de acción que es correcto, pero que conlleva inevitablemente problemas, pérdidas, impopularidad, sacrificio; y algún amigo bien intencionado intenta detenernos con las mejores razones del mundo. Yo conocí a un hombre que había decidido adoptar un método de acción que le conduciría casi inevitablemente a problemas. Un amigo se dirigió a él, y trató de disuadirle.

«Acuérdate —le dijo— que tienes mujer y familia. No puedes hacer eso.» Es muy posible que alguien nos quiera tanto que quiera evitarnos problemas, y hacernos ir seguros por la vida.

En *Gareth and Lynette,* Tennyson nos cuenta la historia del hijo menor de Lot y Bellicent. Había captado la visión, y quería ser uno de los caballeros de la Mesa Redonda. Bellicent, su madre, no quería dejarle partir. «¿No te da lástima dejarme sola?» le preguntó. El padre de Gareth, Lot, anciano ya, le dijo ella, «está tumbado como un tronco que ya casi se ha consumido al fuego.» Sus hermanos ya estaban en la corte de Artús. «¡Quédate, mi mejor hijo! —le dice ella— Todavía eres más un muchacho que un hombre.» Si se quedaba, ella le prepararía la caza para mantenerle feliz, y le encontraría alguna princesa que fuera su novia. Él había captado la visión; y su madre se puso a ensartarle razones, una tras otra, a cuál más excelente, por las que debía quedarse en casa. Alguien que le amaba le hablaba con la voz del tentador sin darse cuenta; pero Gareth le contestó:

> *Oh Madre, ¿cómo podrás mantenerme atado a ti como un perrillo? ¡Qué vergüenza! Yo soy un hombre hecho y derecho, y debo cumplir la misión de un hombre. ¿Perseguir a los ciervos? ¡Seguir a Cristo el Rey, vivir puro, hablar verdad, enderezar tuertos, seguir al Rey... De otra manera, ¿para qué nací?*

Así que Gareth fue cuando y adonde la visión le llamó.

El tentador no tiene armas más eficaces que cuando usa la voz de los que nos aman y amamos, que creen que no buscan sino nuestro bien. Eso fue lo que Le sucedió a Jesús aquel día; por eso Su respuesta fue tan dura. Ni siquiera la voz suplicante del amor debe silenciar en nosotros la imperiosa voz de Dios.

LA CARRERA DE UN DISCÍPULO

Marcos 8:34s

> *Jesús llamó a la multitud, juntamente con Sus discípulos, y les dijo:*
>
> *—Si hay alguien que quiera ser Mi seguidor, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y que Me siga.*

Esta parte del evangelio de Marcos está tan próxima al corazón y centro de la fe cristiana que tenemos que tomarla casi frase por frase. Si cada día pudiera uno salir a la vida con una de estas frases en el corazón y dominando su vida, sería más que suficiente para seguir adelante.

Dos cosas sobresalen aquí a primera vista.

(i) Está la casi alucinante honradez de Jesús. Nadie podrá decir que se le indujo a seguir a Jesús con falsas promesas. Jesús no trató nunca de sobornar a nadie ofreciéndole un camino fácil. No ofrecía la paz, sino la gloria. Decirle a uno que debe estar dispuesto a cargar con una cruz es decirle que debe estar dispuesto a que le consideren un criminal, y a morir.

La honradez siempre ha sido una característica de los grandes líderes. En los días de la Guerra Mundial II, cuando Sir Winston Churchill asumió el gobierno de su país, todo lo que ofrecía era «sangre, trabajos, lágrimas y sudor.» Garibaldi, el gran patriota italiano, invitaba a seguirle en estos términos: «No ofrezco soldada, ni cuartel, ni provisiones; ofrezco hambre, sed, marchas forzadas, batallas y muerte. El que ame a su país de todo corazón y no sólo de labios para fuera, que me siga.» «Soldados, todos nuestros esfuerzos contra fuerzas superiores han resultado ineficaces. No tengo nada que ofreceros, sino hambre, y sed, dureza y muerte; pero llamo a todos los que amen a su patria a unirse conmigo.»

Jesús nunca trató de seducir a nadie a unírsele ofreciendo un camino fácil; trató de desafiar, de despertar la caballerosidad durmiente en sus corazones con el ofrecimiento de un camino que ningún otro podría igualar en altura y dureza. Él no había venido a hacer la vida más fácil, sino a hacer a los hombres grandes.

(ii) Tenemos el hecho de que Jesús nunca apeló a los hombres para que arrostraran o hicieran nada que Él no estuviera dispuesto a hacer o arrostrar. Esa es sin duda una de las características del líder al que otros siguen. Cuando Alejandro Magno emprendió la persecución de Darío, realizó una de las marchas maravillosas de la Historia. En once días hizo recorrer a sus hombres tres mil trescientos estadios, unos seiscientos kilómetros. Estaban casi a punto de rendirse, principalmente a causa de la sed, porque no tenían agua. Plutarco cuenta la historia: «Cuando estaban en esta

angostura, sucedió que unos macedonios que habían cargado agua en pellejos sobre sus mulas de un río que habían descubierto vinieron a eso del mediodía al lugar donde estaba Alejandro, y viéndole casi ahogándose de sed llenaron un yelmo de agua y se lo ofrecieron. Él les preguntó para quién llevaban el agua; y le contestaron que para sus hijos, añadiendo que si podían salvarle a él la vida no les importaba el que todos ellos perecieran. Entonces él tomó el yelmo en sus manos y, mirando a su alrededor, cuando vio a todos los que estaban cerca de él estirar el cuello mirando ansiosamente el agua, se la devolvió a los que se la ofrecían dándoles las gracias, sin probar ni una gota. "Porque —dijo—, si yo fuera el único que bebiera, los demás se descorazonarían." Los soldados, tan pronto como se dieron cuenta de su temperancia y magnanimidad en esta ocasión, todos a una gritaron que los condujera adelante sin recelos, y empezaron a espolear sus caballos. Porque teniendo tal rey, decían que desafiaban el cansancio y la sed, y se consideraban poco menos que inmortales.» Era fácil seguir a un líder que nunca exigía a sus hombres más de lo que él mismo soportaba.

Hubo un famoso general romano, Quinto Fabio Cunctator. Estaba discutiendo con su personal cómo tomar una posición difícil. Uno de sus oficiales sugirió una cierta manera: «No costará más que la vida de unos pocos.» Fabio le miró, y le dijo: «¿Estás dispuesto a ser uno de esos pocos?»

Jesús no era la clase de líder que se sienta remoto y juega con las vidas humanas como si fueran peones insignificantes. Lo que Él demandaba que arrostraran, Él estaba también dispuesto a arrostrarlo. Jesús tiene derecho a llamarnos a asumir una cruz, porque Él la llevó antes por nosotros.

(iii) Jesús dijo del que quisiera ser discípulo suyo: «Que se niegue a sí mismo.» Comprenderemos mejor el sentido de esta exigencia si la tomamos sencilla y literalmente. «Que se diga que no a sí mismo.» Si uno quiere seguir a Jesucristo, debe siempre decirse a sí mismo que no, y a Jesús que sí. Debe decirle que no a su propio amor natural a la facilidad y la comodidad. Debe decirle que no a todo curso de acción basado en el propio interés y en la propia voluntad. Debe decirle que no a los instintos y a los deseos que le

incitan a tocar y gustar y utilizar las cosas prohibidas. Debe decirle que sí sin dudar a la voz y al mandamiento de Jesucristo. Debe ser capaz de decir con Pablo que ya no es él quien vive, sino Cristo Quien vive en él. Ya no vive para seguir su propia voluntad, sino para seguir la de Cristo, en Cuyo servicio está la perfecta libertad.

ENCONTRAR LA VIDA PERDIÉNDOLA

Marcos 8:36

> *El que busque salvar su vida, la perderá; y el que la pierda por Mi causa y por la causa del Evangelio, la salvará.*

Hay algunas cosas que se pierden si se guardan, y se salvan si se usan. Eso pasa con cualquier talento que se posea. Si se usa, se desarrolla y se convierte en algo más grande. Si se deja de usar, acaba por perderse. Así sucede supremamente con la vida.

La Historia está llena de ejemplos de personas que, al desprenderse de la vida, ganaron la vida eterna. Ya avanzado el siglo IV, había en el Oriente un monje que se llamaba Telémaco. Había decidido dejar el mundo y vivir en la sole-dad dedicado a la oración y la meditación y el ayuno a fin de salvar su alma. En su vida solitaria no buscaba nada más que estar en comunión con Dios; pero, por lo que fuera, se daba cuenta de que algo estaba equivocado. Cierto día, al levantarse de la posición arrodillada, le amaneció repentinamente la verdad de que su vida estaba basada, no en un amor desinteresado a Dios, sino en un amor egoísta. Se le impuso la convicción de que, si quería servir a Dios, tenía que servir a los hombres, que el desierto no era el hábitat natural de un cristiano, que las ciudades estaban llenas de pecado, y por tanto llenas de necesidad. Decidió decirle adiós al desierto y ponerse en camino hacia la ciudad más grande del mundo, Roma, al otro lado del mundo. Fue mendigando por tierras y por mares. Por aquel entonces, Roma ya era oficialmente cristiana. Llegó en los días en que se le había concedido al general romano Estílico que desfilara en triunfo por Roma por haber obtenido una victoria importantísima contra los godos. Aquello ya no era como en los días antiguos. Ahora era a las iglesias cristia-nas a las que acudían las multitudes, y no a los templos paganos. Había procesiones y celebraciones, y

Estílico iba desfilando por las calles en triunfo al lado del joven emperador Honorio.

Pero una cosa sobrevivía en la Roma cristiana. Todavía existían el circo y los juegos de gladiadores. Ya no se arrojaban los cristianos a los leones; pero todavía tenían que luchar a muerte los prisioneros de guerra para divertir en las fiestas al populacho romano. Todavía rugían los espectadores, emborrachados de sangre por las luchas de los gladiadores.

Telémaco consiguió llegar al circo. Había allí 80,000 espectadores. Estaban terminando las carreras de cuadrigas; y el público esperaba impaciente que salieran los gladiadores a luchar. Por fin salieron a la arena proclamando su saludo: «¡Hola, César! ¡Los que vamos a morir te saludamos!» La lucha empezó, y Telémaco estaba apabullado. Hombres por quienes Cristo había muerto estaban matándose para divertir a un populacho supuestamente cristiano. Telémaco saltó la barrera. Se puso entre los gladiadores, que se detuvieron un instante. «¡Que sigan los juegos!», rugía la multitud. Empu-jaron al intruso a un lado. Todavía llevaba la vestimenta de los ermitaños. Pero Telémaco volvió a colocarse entre los luchadores. La multitud empezó a tirarle piedras. Gritaron a los gladiadores que le mataran y se le quitaran de en medio. El jefe de los juegos dio una orden; la espada de un gladiador se levantó y cayó sobre él como un rayo, y Telémaco cayó y quedó muerto.

Repentinamente la multitud quedó en silencio. Estaban todos sobrecogidos ante el hecho de que un hombre santo hubiera recibido la muerte de aquella manera. Repentinamente la masa se dio cuenta de lo que era en realidad aquella matanza. Los juegos se terminaron abruptamente aquel día, y ya nunca volvieron a celebrarse. Telémaco, con su muerte, acabó con ellos. Como el famoso historiador Gibbon dijo de él: «Su muerte fue más útil a la humanidad que su vida.» Al perder su vida había hecho más de lo que hubiera podido hacer nun-ca cultivándola en devociones privadas en el desierto.

Dios nos ha dado la vida para gastarla, y no para conservarla. Si vivimos con mucho cuidado, pensando siempre en primer lugar en nuestro propio provecho, facilidad, comodidad y seguridad; si

nuestro único propósito en la vida es prolongarla lo más posible, manteniéndola libre de problemas lo más posible; si no realizamos ningún esfuerzo nada más que en provecho propio, estamos perdiendo la vida todo el tiempo. Pero si empleamos la vida en beneficio de los demás, si nos olvidamos de la salud y del tiempo y de la riqueza y de la comodidad en nuestro deseo de hacer algo por Jesús y por las demás personas por las que Cristo murió, estamos ganando la vida todo el tiempo.

¿Qué habría sucedido al mundo si los médicos y los hombres de ciencia y los inventores no hubieran estado dispuestos a hacer experimentos arriesgados muchas veces para su propia vida? ¿Qué habría sucedido si todo el mundo no hubiera querido nada más que quedarse cómodamente en casa, y no hubiera habido exploradores ni pioneros? ¿Qué pasaría si todas las madres se negaran a correr el riesgo de traer un hijo al mundo? ¿Qué pasaría si todos los hombres emplearan todo lo que tienen en sí mismos y para sí mismos?

La misma esencia de la vida consiste en arriesgarla, en utilizarla, no en salvarla y ahorrarla. Es verdad que este es el camino de la fatiga, del agotamiento, del darse hasta lo último —pero es mejor siempre quemarse que oxidarse, porque ese es el camino que conduce a la felicidad y a Dios.

EL VALOR SUPREMO DE LA VIDA

Marcos 8:37

> *¿De qué le sirve a uno ganar todo el mundo si pierde su propia vida? Porque, ¿qué puede dar una persona a cambio de su vida?*

En cierto sentido es totalmente posible que un hombre obtenga un tremendo éxito en la vida, y por otra parte esté viviendo una vida que no vale la pena vivir. La verdadera pregunta que hace Jesús es: «¿Dónde pones tú los valores de la vida?» Es posible que uno ponga sus valores en cosas que no los tienen, y descubrirlo demasiado tarde.

(i) Una persona puede sacrificar su honor por un beneficio. Puede desear cosas materiales y no preocuparse demasiado por cómo las obtiene. El mundo está lleno de tentaciones a una deshonra provechosa. George Macdonald cuenta en uno de sus libros que un sastre siempre introducía el dedo gordo para hacer un poco más cortas las medidas. «Le sisaba a su alma —decía— y lo sumaba en su cuenta.» La verdadera pregunta, la que habrá que contestar más tarde o más temprano es: «¿Cómo aparecen nuestras cuentas a la vista de Dios?» Dios es un inspector con Quien todos a fin de cuentas nos tendremos que enfrentar.

(ii) Uno puede que sacrifique los principios por la popularidad. Puede que el hombre comprensivo, complaciente, que sabe ceder, se ahorre muchos problemas. Puede que el que se consagra inflexiblemente a los principios no le caiga bien a nadie. Shakespeare hace el retrato del gran cardenal Wolsley, que sirvió a Enrique VIII con todo el ingenio y la astucia que poseía:

> *Si yo hubiera servido a mi Dios con la mitad del celo con que he servido a mi rey, Él no me habría dejado desnudo a mi edad ante mis enemigos.*

La verdadera pregunta, la que cada uno tendrá que arrostrar a fin de cuentas, no es: «¿Qué pensaron los demás de esto?» sino: «¿Qué piensa Dios de esto?» No es el veredicto de la opinión pública el que decide el destino, sino el de Dios.

(iii) Una persona puede que sacrifique las cosas permanentes y valiosas por otras pasajeras y baratas. Siempre es fácil obtener un éxito barato. Un autor puede que sacrifique lo que podría ser realmente grande por el éxito barato de un momento. Un músico puede que produzca ligerezas efímeras cuando podría estar produciendo algo real y permanente. Un hombre puede que escoja un trabajo que le proporcionará más dinero y comodidades dando la espalda a otro en el que podría prestar más servicios a sus semejantes. Uno puede pasar la vida ocupándose de cosas pequeñas y pasando por alto las grandes. Una mujer puede que prefiera una vida de placer y de eso que se considera libertad a cambio del servicio de su hogar y la educación de su familia.

Pero la vida tiene su manera de revelar los verdaderos valores y condenar los falsos con el paso del tiempo. Lo que no cuesta, nunca dura.

(iv) Podemos resumirlo todo diciendo que una persona puede sacrificar la eternidad por el momento. Nos salvaríamos de toda clase de equivocaciones si miráramos siempre las cosas a la luz de la eternidad. Muchas cosas son agradables por un momento, pero más tarde traen la ruina. La prueba de la eternidad, la prueba de tratar de ver las cosas como Dios las ve, es la prueba más real de todas.

La persona que ve las cosas como Dios las ve, nunca empleará la vida en las cosas que pierden el alma.

CUANDO EL REY VENGA A LOS SUYOS

Marcos 8:38–9:1

> *—Del que se avergüence de Mí y de Mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en la gloria de Su Padre con los santos ángeles.*
>
> *Y Jesús solía decirles también:*
>
> *—Esto que os digo es la pura verdad: Hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte antes de ver venir con poder el Reino de Dios.*

Una cosa sobresale en este pasaje: la confianza de Jesús. Acaba de hablar acerca de Su muerte; no duda que la Cruz Le espera más adelante; pero, no obstante, está absolutamente seguro de que al final le espera el triunfo definitivo.

La primera parte del pasaje presenta una verdad sencilla. Cuando el Rey venga a Su Reino mostrará Su fidelidad para con aquellos que Le hayan sido fieles. Nadie puede ahorrarse todos los problemas de una gran empresa y después cosechar todos los beneficios. Nadie puede esperar evitarse el servir en alguna campaña, y después participar de las decoraciones cuando se haya llegado a una conclusión victoriosa. Jesús está diciendo: «El Cristianismo se encuentra en un mundo difícil y hostil en este tiempo. Si alguien se avergüenza en tales condiciones de mostrarse cristiano, si tiene miedo de manifestar de qué lado está, no puede esperar obtener un puesto de honor cuando venga el Rey.»

La última parte de este pasaje ha motivado mucho pensamiento profundo y serio. Jesús dice que muchos que estaban allí no morirían hasta ver el Reino venir con poder. Lo que preocupa a algunas personas les viene de tomar estas palabras como una referencia a la Segunda Venida; en ese caso, Jesús Se habría equivocado, porque *no* volvió en poder y gloria durante la vida de ninguno de los que estaban allí.

Pero esta no es una referencia a la Segunda Venida. Consideremos la situación. Hasta entonces, Jesús no había estado más que una vez fuera de Palestina, y en aquella ocasión no pasó de los pueblos limítrofes de Tiro y Sidón. Sólo unos poquitos en un país muy pequeño habían oído de Él. Palestina no tenía más que 200 kilómetros de Norte a Sur, y unos 60 de Este a Oeste; su población total era de unos 4,000,000. El hablar en términos de conquista mundial cuando apenas había estado fuera de aquel pequeño país sonaba extraño. Todavía complicaba las cosas más el hecho de que en aquel pequeño país Jesús había despertado de tal manera la enemistad de los líderes ortodoxos y de los que tenían el poder en sus manos que era absolutamente cierto que no podía esperar nada más que la muerte como hereje y proscrito. A la luz de una situación así, debe de haber habido muchos que se desanimaban al considerar las nulas perspectivas de futuro del

Cristianismo, que parecía que en breve tiempo sería barrido completamente y eliminado del mundo. Humanamente hablando estos pesimistas parecían tener razón.

Ahora consideremos lo que sucedió. Apenas treinta años después, el Cristianismo se había extendido por Asia Menor; había una gran iglesia cristiana en Antioquía; se había introducido en Egipto, y los cristianos ocupaban una posición estable en Alejandría; había cruzado el mar y llegado a Roma, y se había extendido por toda Grecia. El Cristianismo había avanzado como una marea incontenible por todo el mundo. Era sorprendentemente cierto que durante la vida de algunos de los que estaban allí, contra todos los pronósticos humanos, el Cristianismo había llegado con poder. Lejos de equivocarse, Jesús estaba absolutamente en lo cierto.

Lo sorprendente es que Jesús nunca conociera el desánimo. Ante la torpeza de las mente de muchos, frente a la oposi- ción de los poderosos, ante la perspectiva de la Cruz y de la muerte, Jesús no puso nunca en duda Su triunfo final —porque nunca dudó de Dios. Siempre estuvo seguro de que, lo que a los hombres les parecía imposible, era totalmente posible con Dios.

LA GLORIA DE LA CUMBRE

Marcos 9:2-8

Seis días después, Jesús Se llevó a Pedro, Santiago y Juan a una montaña alta, solos ellos. Y Jesús cambió de aspecto en su presencia: Su ropa se volvió radiante, extraordinariamente blanca, tanto que no hay lavador en el mundo que la pueda poner tan blanca. Y se les aparecieron Elías y Moisés hablando con Jesús.

Pedro Le dijo a Jesús:

—¡Maestro, qué estupendamente se está aquí! ¡Hagamos tres cabañuelas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías!

Cuando dijo eso no sabía lo que estaba diciendo, porque los discípulos estaban llenos de temor. Y entonces les sobrevino una nube que los cubrió con su sombra, y se oyó una voz que venía de la nube:

—¡Este es Mi Hijo amado! ¡Oídle a Él!

E inmediatamente, cuando miraron a su alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, Que era el único que estaba con ellos.

Nos encontramos cara a cara con un incidente de la vida de Jesús que está revestido de misterio. Sólo podemos tratar de entenderlo. Marcos dice que esto sucedió seis días después de los incidentes de los alrededores de Cesarea de Filipo. Lucas dice que sucedió ocho días después. No tenemos aquí una discrepancia; los dos quieren decir lo que expresaríamos con «cosa de una semana después.» Tanto las iglesias de Oriente como las de Occidente celebran el recuerdo de la Transfiguración el 6 de agosto. No importa lo más mínimo que fuera o no fuera esa la fecha exacta; pero es un acontecimiento que haremos bien en recordar.

La tradición dice que la Transfiguración tuvo lugar en la cima del monte Tabor. La Iglesia Oriental de hecho llama la Fiesta de la Transfiguración el *Taborion.* Puede que la elec-ción esté basada en la mención del monte Tabor en el *Salmo 89:12;* pero es desafortunada. El Tabor está al *Sur* de Galilea, mientras que Cesarea de Filipo está bastante lejos hacia el Norte. El Tabor no tiene más que 300 metros de altura, y en tiempos de Jesús había una fortaleza en la cima. Es mucho más probable que este acontecimiento tuviera lugar entre las nieves perpetuas del monte Hermón, que tiene una altura de 3,000 metros, y está mucho más cerca de Cesarea de Filipo, y donde la soledad sería mucho más completa.

No podemos explicar lo que sucedió. Sólo podemos postrarnos reverentemente para tratar de entender. Marcos nos dice que la ropa de Jesús se volvió resplandeciente. La palabra que usa *(stilbein)* indica los destellos radiantes de una superficie pulimentada de bronce o de oro o de acero bruñido, o el dorado resplandor de la luz del Sol. Cuando el incidente llegó a su fin, una nube los cubrió con su sombra. En el pensamiento judío, la presencia de Dios se relacionaba regularmente con una nube. Fue en una nube donde Moisés se encontró con Dios. Fue en una nube como Dios vino al Tabernáculo. Fue una nube lo que llenó el Templo que había edificado Salomón cuando se dedicó. Y era el sueño de los judíos que, cuando viniera el Mesías, la nube de la presencia de Dios

volvería al Templo *(Éxodo 16:10; 19:9; 33:9; 1 Reyes 8:10; 2 Macabeos 2:8).* El que descendiera una nube es una manera de decir que el Mesías había venido, y así lo entendería cualquier judío.

La Transfiguración tiene un doble significado.

(i) Representó algo muy precioso para Jesús. Él tenía que hacer Su propia decisión. Había tomado la determinación de dirigirse hacia Jerusalén, y eso representaba enfrentarse con la Cruz y aceptarla. Tenía que estar totalmente seguro de que era la decisión correcta antes de seguir adelante. En la cumbre de la montaña recibió una doble aprobación de su decisión.

(*a*) Moisés y Elías se reunieron con Él. Ahora bien, Moisés era *el supremo legislador* de Israel, al que debía la nación la Ley de Dios. Elías era *el primero y el más grande de los profetas.* Siempre se le recordaba como el profeta que había traído al pueblo la misma voz de Dios. Cuando estas dos grandes figuras se encontraron con Jesús, aquello quería decir que el más grande de los legisladores y el más grande de los profetas Le decían: «¡Adelante!» Quería decir que veían en Jesús la consumación de todo lo que ellos habían soñado en el pasado; que veían en Él todo lo que la Historia esperaba y anhelaba. Es como si, en aquel momento, se Le asegurara a Jesús que seguía el camino correcto; porque toda la Historia había ido conduciendo a la Cruz.

(*b*) Dios habló con Jesús. Como siempre, Jesús no consultó con Sus propios deseos, sino Se dirigió a Dios y Le dijo: «¿Qué quieres que haga?» Le presentó a Dios todos Sus planes e intenciones, y Dios Le dijo: «Estás actuando como Mi propio Hijo amado. ¡Adelante!» En el Monte de la Transfiguración se Le aseguró a Jesús que no había equivocado Su camino. Vio, no sólo que la Cruz era inevitable, sino que era esencialmente correcta.

(ii) Aportó algo muy precioso a los discípulos.

(*a*) Se habían quedado apabullados por la afirmación de Jesús de que iba a Jerusalén para morir. Aquello les parecía la negación de todo lo que habían entendido acerca del Mesías. Estaban todavía alucinados y confusos. Estaban sucediendo cosas que no solamente les desarticulaban la mente, sino que también les quebrantaban el corazón. Lo que vieron en el Monte de la Transfiguración les daría algo a que aferrarse aun cuando no lo

pudieran comprender. Con o sin la Cruz, habían oído la voz de Dios reconociendo a Jesús como Su Hijo.

(*b*) Los hizo testigos de la gloria de Cristo en un sentido muy especial. Un testigo se ha definido como una persona que, primero, *ve,* y después, *muestra.* En esta ocasión, en el monte, se les mostró la gloria de Cristo; y desde entonces tenían que guardar la historia de Su gloria en sus corazones, y contársela a los hombres, no inmediatamente, sino cuando llegara la hora.

EL DESTINO DEL PRECURSOR

Marcos 9:9-13

> *Cuando iban bajando de la montaña, Jesús les advirtió que no le contaran a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del Hombre Se levantara de entre los muertos. Ellos se quedaron perplejos con esta palabra, preguntándose entre sí qué podría querer decir aquello de levantarse de entre los muertos. Y Le preguntaron a Jesús:*
>
> *—¿No dicen los maestros de la Ley que Elías ha de venir primero?*
>
> *—Es verdad —les contestó Jesús—: Elías viene primero a poner todas las cosas en regla. Pero, ¿no está escrito del Hijo del Hombre que ha de sufrir muchas cosas y ser tratado con desprecio? Pero Yo os digo que ya ha venido Elías, y que le trataron como quisieron, exactamente como estaba escrito acerca de él.*

Naturalmente, los tres discípulos siguieron pensando a fondo en lo que habían experimentado mientras bajaban por la ladera de la montaña.

En primer lugar, Jesús empezó por darles una orden. No habían de decirle a nadie lo que habían visto. Jesús sabía perfectamente que tenían la mente abarrotada de ideas acerca de un mesías de fuerza y poder. Si contaran lo que había sucedido en la cumbre de la montaña, cómo se había mani-festado la gloria de Dios, y habían aparecido Moisés y Elías, ¡todo aquello se identificaría con que había sonado la hora clave de las expectaciones populares! ¡En aquello se vería el preludio de la explosión del poder vengativo de

Dios sobre las naciones del mundo! Los discípulos tenían todavía que aprender lo que quería de veras decir el mesiazgo. No había más que una cosa que se lo podría enseñar: la Cruz, y la Resurrección subsiguiente. Cuando la Cruz les hubiera enseñado lo que quería decir el mesiazgo, y cuando la Resurrección los hubiera convencido de que Jesús era el Mesías, *entonces,* y solamente entonces, podrían contar la historia de la gloria de la cumbre; porque entonces, y solamente entonces, la verían como debían verla: como el preludio, no del desbordamiento de la fuerza vengadora de Dios, sino como el preludio de la crucifixión del amor de Dios.

Las mentes de los discípulos seguían trabajando. No podían entender lo que querían decir las palabras de Jesús acerca de la Resurrección. Toda su actitud muestra que de hecho no las entendieron nunca antes de su cumplimiento. Toda su actitud cuando llegó la Cruz fue la de personas para las que había llegado el final de todo. No debemos echarles la culpa a los discípulos. Era sencillamente que estaban imbuidos de una idea del mesiazgo tan completamente diferente que no podían captar lo que Jesús les había dicho.

Entonces preguntaron algo que los tenía perplejos. Los judíos creían que antes que viniera el Mesías vendría Elías como Su heraldo y precursor *(Malaquías 4:5s).* Según una tradición rabínica, Elías vendría tres días antes que el Mesías. El primer día se pondría en las montañas de Israel lamentando la desolación de la tierra; y entonces clamaría con una voz que se oiría desde un extremo del mundo hasta el otro: *«¡La paz* viene al mundo! *¡La paz* viene al mundo!» El segundo día clamaría: *«¡El bien* viene al mundo! *¡El bien* viene al mundo!» Y el tercer día clamaría: *«¡Yeshuah (Salvación)* viene al mundo! *¡Yeshuah* viene al mundo!» Elías restauraría todas las cosas; sanaría las familias divididas en los tenebrosos últimos días; resolvería todos los puntos dudosos del ritual y de la liturgia; limpiaría a la nación trayendo de vuelta a todos los que habían sido injustamente excluidos, y echando a los que habían sido falsamente incluidos. Elías ocupaba un puesto clave en el pensamiento de Israel. Se le concebía como continuamente activo en el Cielo y en la Tierra en provecho de los judíos, y como el heraldo de la consumación final.

Era inevitable que los discípulos se preguntaran: «Si Jesús es el Mesías, ¿qué ha pasado con Elías?» Jesús les contestó en unos términos que cualquier judío podría entender. «Elías —les dijo— ya ha venido, y los hombres hicieron con él lo que quisieron. Le tomaron, y le aplicaron arbitrariamente su pro-pia voluntad olvidando la de Dios.» Jesús estaba refiriéndose al encarcelamiento y muerte de Juan el Bautista a manos de Herodes. Entonces, por implicación, Jesús condujo a Sus discípulos otra vez a aquel pensamiento que ellos no querían recibir, y que Él estaba decidido a que recibieran. Era como si les preguntara: «Si eso hicieron con el precursor, ¿qué no harán con el Mesías?»

Jesús estaba dándoles la vuelta a todas las ideas y nociones preconcebidas de Sus discípulos. Esperaban que surgiera Elías, que viniera el Mesías, que Dios irrumpiera en el tiempo y que hubiera una victoria arrolladora del Cielo, que ellos identificaban con el triunfo de Israel. Jesús estaba tratando de obligarlos a ver que de hecho el heraldo había sido matado cruelmente, y que el Mesías había de acabar en una cruz. Ellos seguían sin comprender, y eso por lo que siempre hace que los hombres no entiendan: porque se aferraban a sus ideas y se negaban a aceptar las de Dios. Querían que las cosas sucedieran conforme a sus deseos, y no como Dios las había ordenado. El error de sus pensamientos los había cegado a la revelación de la verdad de Dios.

BAJANDO DE LA CUMBRE

Marcos 9:14-18

Cuando llegaron adonde estaban los otros discípulos vieron un gran gentío reunido alrededor de ellos, y a los maestros de la Ley enzarzados en una discusión con ellos. Tan pronto como vieron a Jesús, se sorprendieron todos y corrieron hacia Él y Le saludaron. Jesús les preguntó:

—¿Qué estáis discutiendo entre vosotros?

Entre la multitud, uno Le contestó:

—Maestro, yo Te traía a mi hijo, porque tiene un espíritu que le deja mudo; y siempre que el espíritu se apodera de él, tiene convulsiones, y echa espuma por la boca y rechina los dientes,

y se me está deshaciendo. Les pedí a Tus discípulos que lo echaran, pero no pudieron.

Esto era la clase de cosa que Pedro había querido evitar. En la cumbre de la montaña, en la presencia de la gloria, Pedro había dicho: «¡Qué estupendamente se está aquí!» Y había propuesto que hicieran tres cabañuelas para Jesús y Moisés y Elías, y se quedaran allí. ¡La vida era tanto mejor, tanto más cerca de Dios, allí en la cumbre! ¿Para qué volver a bajar?

Pero es parte de la misma esencia de la vida que *tenemos que* bajar de la cumbre. Se ha dicho que en religión debe haber *soledad,* pero no *solitariedad.* La soledad es necesaria para mantener contacto con Dios; pero, si una persona, en busca de la soledad esencial, se desconecta de sus semejantes, cierra los oídos a sus llamadas pidiendo ayuda, cierra su corazón al clamor de sus lágrimas, eso no es religión. La soledad no está diseñada para hacernos solitarios, sino para hacernos más capaces de salir al encuentro y atender a las demandas de la vida cotidiana.

Jesús descendió a una situación delicada. Un padre había traído a los discípulos a su hijo, que era epiléptico. Todos los síntomas estaban claros. Los discípulos habían sido totalmente incapaces de resolver el caso, y aquello les había ofrecido a los escribas una buena oportunidad. La incapacidad de los discípulos era una ocasión de primera para ridiculizarlos, no sólo a ellos, sino también a su Maestro. Eso era lo que hacía la situación tan delicada, y eso es lo que hace cualquier situación humana tan delicada para el cristiano: su conducta, sus palabras, su capacidad o incapacidad para resolver las exigencias de la vida, se usan como medida, no sólo para juzgarle a él, sino para juzgar a Jesucristo.

A. Victor Murray escribe en su libro sobre *La educación cristiana:* «Hay algunos que ponen los ojos en blanco cuando hablan de la Iglesia: Es una sociedad sobrenatural, el Cuerpo de Cristo, la Esposa impoluta, la Guardiana de los oráculos de Dios, la bendita Compañía de los redimidos, y otros cuantos títulos románticos más, ninguno de los cuales tiene nada que ver con lo que los de fuera pueden ver por sí mismos en la parroquia de Santa Ágata, o en la iglesia metodista de la calle Mayor.» No hacen al caso las profesiones altisonantes que pueda hacer uno, porque por lo que se

le juzga es por sus acciones; y al juzgarle a él, se juzga a su Maestro. Esa era la situación en este pasaje.

Entonces llegó Jesús. Cuando la gente Le vio, se maravillaron. No tenemos que pensar que todavía Le quedara algo de la gloria de la Transfiguración. Eso habría sido una contradicción de Sus propias instrucciones de que aquello se mantuviera secreto. La multitud había pensado que Él estaba muy lejos, en las solitarias laderas de Hermón. Habían estado tan enfrascados en la discusión que no se habían dado cuenta de que Se les estaba acercando; y ahora precisamente, en el momento oportuno, allí estaba Jesús entre todos ellos. Lo que les sorprendió fue Su llegada repentina, inesperada y oportuna.

Aquí aprendemos dos cosas acerca de Jesús.

(i) Estaba dispuesto a enfrentarse con la Cruz, y estaba dispuesto a enfrentarse con los problemas corrientes que se Le presentaran. Es una de las características de la naturaleza humana que podemos arrostrar los grandes momentos críticos de la vida con honor y dignidad, pero permitimos que las exigencias de la rutina cotidiana nos fastidien e irriten. Podemos arrostrar los golpes demoledores de la vida con un cierto heroísmo, pero dejamos que nos inquieten las pequeñas molestias. Muchas personas pueden encarar un gran desastre o una gran pérdida con tranquila serenidad, y sin embargo pierden los estribos si la comida no es de su gusto o el tren se retrasa. Lo maravilloso de Jesús es que podía encarar serenamente la Cruz, y con igual calma enfrentarse con las cosas normales de la vida día a día. La razón era que no Se reservaba a Dios sólo para las grandes crisis, como hacemos muchos; sino recorría con Él los senderos diarios de la vida.

(ii) Había venido al mundo para salvar al mundo; y, sin embargo, podía entregarse totalmente para ayudar a una sola persona. Es más fácil predicar el evangelio del amor a la humanidad que amar a los pecadores no tan amables. Es fácil sentir un afecto sensiblero hacia la raza humana, y encontrar demasiado molesto ayudar a uno de sus miembros individuales. Jesús tenía el don, y un don de categoría regia es este, de darse a Sí mismo totalmente a cada persona con quien estuviera en contacto en cada momento determinado.

EL CLAMOR DE LA FE

Marcos 9:19-24

> *—¡Oh generación incrédula! —les respondió Jesús—. ¿Cuánto más he de estar con vosotros? ¿Por cuánto tiempo os voy a tener que seguir soportando? ¡Traedme acá al muchacho!*
>
> *Entonces Se le trajeron a Jesús; y en cuanto Le vio, el espíritu le provocó una convulsión al muchacho, que se cayó al suelo y empezó a revolcarse echando espumarajos por la boca. Jesús le preguntó al padre:*
>
> *—¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?*
>
> *—Desde niño —Le contestó el padre—. Muchas veces le arroja al fuego y al agua, empeñado en destruirle. Pero, si Tú puedes, ten piedad de nosotros y ayúdanos.*
>
> *—Tú dices: «Si Tú puedes» —le dijo Jesús—. Todas las cosas le son posibles al que cree.*
>
> *Inmediatamente el padre del muchacho clamó:*
>
> *—¡Sí que creo! ¡Ayúdame en mi incredulidad!*

Este pasaje empieza con un grito que se Le escapó del corazón a Jesús. Había estado en la cumbre de la montaña, y había encarado la tremenda tarea que Le esperaba. Había decidido jugarse la vida por la redención del mundo; y ahora había descendido, para encontrarse con Sus seguidores más íntimos, Sus propios elegidos, derrotados y perplejos e inútiles e ineficaces. La situación, por un momento, debe de haber desalentado aun a Jesús. Debe de haberse dado cuenta repentinamente de lo que cualquier otro habría llamado una labor imposible. Por un momento casi desesperaría de conseguir cambiar la naturaleza humana, y hacer de los hombres del mundo hombres de Dios.

¿Cómo arrostró aquel momento de desesperación? «¡Traedme acá al muchacho!», dijo. Cuando no podemos resolver una situación límite, lo mejor que podemos hacer es resolver la situación inmediata. Era como si Jesús dijera: «No sé cómo llegar a cambiar a estos discípulos Míos; pero *puedo* de momento ayudar a este chico. Voy a empezar con la tarea presente, y no desesperarme por el futuro.»

Una y otra vez, esa es la manera de evitar la desesperación. Si nos sentamos y nos ponemos a pensar en el estado del mundo, puede que caigamos en la depresión; así es que, pongámonos en acción en nuestro pequeño rincón del mundo. A veces puede que nos desesperemos de la iglesia; entonces, entremos en acción en nuestra pequeña parcela de la iglesia. Jesús no se sentó desanimado y paralizado por la lentitud mental de Sus hombres. Se encargó de la situación inmediata. La mejor manera de evitar el pesimismo y la desesperación es aplicarnos a lo que podemos hacer de momento —y siempre hay algo que se puede hacer.

Para el padre del muchacho, Jesús estableció las condiciones de un milagro. «Al que cree —le dijo Jesús— todas las cosas le son posibles.» Era como si Jesús dijera: «La curación de tu muchacho depende, no de Mí, sino de ti.» Esta no es especialmente una verdad teológica, sino una verdad universal. El enfrentarnos con algo en un espíritu de desesperanza es convertirlo en un caso desesperado; el enfrentarnos con algo en un espíritu de fe es hacerlo posible. Cavour dijo una vez que lo que necesita por encima de todo un hombre de estado es «un sentido de las posibilidades.» La mayor parte de nosotros estamos asediados por un sentimiento de las imposibilidades, y por eso precisamente no suceden los milagros.

La actitud general del padre del muchacho es muy reveladora. Originalmente había venido buscando al mismo Jesús. Como Jesús estaba en la cumbre de la montaña, había tenido que tratar con los discípulos, y su experiencia con ellos había sido descorazonadora. Se le tambaleó tanto la fe, se le debilitó tanto que, cuando vino a Jesús, todo lo que pudo decir fue: «Ayúdame, *si puedes.*» Y entonces, cara a cara con Jesús, de pronto se le inflamó la fe otra vez. «¡Sí que creo! —clamó—. Si hay todavía en mí algo de desaliento, todavía algunas dudas, quítamelas, y lléname de una fe inquebrantable.» Algunas veces sucede que se obtiene menos de lo que se esperaba de alguna iglesia o de algunos siervos de la iglesia. Cuando nos sucede eso, debemos ir más allá de la iglesia al Señor de la Iglesia, más allá del siervo de Cristo a Cristo mismo. La iglesia puede que a veces nos dé un chasco, y que los siervos de Dios en

la tierra nos fallen; pero, cuando conseguimos llegar al mismo Jesucristo, Él nunca nos desilusiona.

LA CAUSA DEL FRACASO

Marcos 9:25-29

> *Cuando vio Jesús que la gente se estaba agolpando, reprendió al espíritu inmundo diciéndole:*
> *—¡Espíritu de mudez y sordera, te ordeno que salgas de él y que no vuelvas a entrar en él!*
> *Después de gritar y producirle unas convulsiones terribles, el espíritu salió del muchacho dejándole como muerto, hasta el punto de que muchos decían:*
> *—¡Se ha muerto!*
> *Pero Jesús le dio la mano y le levantó, y él se puso en pie.*
> *Cuando Jesús Se fue a la casa y estaban solos, Sus discípulos Le preguntaron:*
> *—¿Por qué no pudimos echarle nosotros?*
> *—Esta ralea —les contestó Jesús— no se consigue que salga más que mediante la oración.*

Jesús debe de haber apartado de la gente al padre y al hijo. Pero la multitud, al oír los gritos, se les acercó corriendo, y Jesús tuvo que actuar deprisa. Hubo una lucha final que produjo un agotamiento total, y el muchacho quedó curado.

Cuando ya estaban solos, los discípulos Le preguntaron a Jesús por qué ellos no habían tenido éxito. Sin duda se acordaban de cuando Jesús los envió a predicar y a sanar y a echar demonios *(Marcos 3:14s).* Entonces, ¿por qué habían fracasado esta vez tan vergonzosamente? Jesús les respondió sencillamente diciéndoles que esa clase de cura exigía oración.

Les dijo en efecto: «No vivís suficientemente cerca de Dios.» Habían sido equipados con el poder; pero se necesita-ba la oración para mantenerlo.

Aquí tenemos una lección profunda. Puede que Dios nos haya dado un don; pero, a menos que nos mantengamos en estrecho contacto con Él, ese don se nos puede secar y morir. Esto es cierto de cualquier don. Puede que Dios le dé a un hombre grandes dones

naturales como predicador; pero a menos que se mantenga en contacto con Dios, puede que acabe siendo solamente un hombre de palabras, y no un hombre de poder. Puede que Dios le dé a una persona un don para la música y la canción; pero a menos que se mantenga en contac-to con Dios, puede que se convierta en un mero profesional que use el don solamente para ganar dinero, lo cual es una cosa bien triste. Esto no es decir que una persona no debe usar un don profesionalmente. Todos tenemos derecho a capitalizar cualquier talento; pero quiere decir que, aun cuando lo esté usando así, debe encontrar en él un gozo, porque lo está usando también para Dios. Se cuenta que la famosa soprano sueca Jenny Lind, antes de todas las representaciones, se ponía en pie sola en el camerino y oraba: «Dios, ayúdame a cantar de veras esta noche.»

A menos que mantengamos este contacto con Dios, perderemos dos cosas importantes.

(i) Perderemos *vitalidad.* Perderemos ese poder vivo, ese algo extra que produce la grandeza. La ejecución se convierte en una representación en vez de una ofrenda a Dios. Lo que debería ser vital, un cuerpo vivo, se convierte, si acaso, en un hermoso cadáver.

(ii) Perderemos *humildad.* Lo que debería usarse para la gloria de Dios se empieza a usar para la propia gloria, y desaparece su virtud. Lo que debería haberse utilizado para presentar a Dios a los demás se usa para presentarnos a nosotros mismos, y desaparece el aliento del encanto.

Aquí tenemos una seria advertencia. Los discípulos habían sido equipados con poder directamente por Jesús, pero ellos no habían alimentado ese poder con oración, y el poder se había desvanecido. Cualesquiera dones que Dios nos haya dado, los perderemos si los usamos para nosotros mismos. Los conservamos cuando los enriquecemos mediante un contacto continuo con el Dios Que nos los dio.

ARROSTRANDO EL FINAL

Marcos 9:30s

Cuando se marcharon de allí, iban pasando por Galilea, y Jesús no quería se supiera dónde estaba, porque Se dedicaba

a enseñar a Sus discípulos y a decirles:

—El Hijo del Hombre es entregado en manos de hombres que Le matarán; pero cuando Le hayan matado, después de tres días resucitará.

Pero ellos no entendían lo que les decía; y tenían miedo de preguntarle lo que quería decir.

Esta pasaje marca un hito en el camino. Jesús había salido de las regiones del Norte, donde había estado a salvo, y estaba dando el primer paso hacia Jerusalén y la Cruz. Ahora no quería verse rodeado de multitudes. Sabía muy bien que, a menos que pudiera escribir Su mensaje en los corazones de Sus escogi-dos, había fallado. Cualquier maestro puede dejar a la posteridad una serie de proposiciones; pero Jesús sabía que eso no era suficiente. Tenía que dejar tras Sí un equipo de personas en las que estuvieran escritas esas proposiciones. Tenía que asegurarse antes de salir de este mundo en cuerpo, que había algunos que entendían, aunque fuera vagamente, lo que Él había venido a decir.

Esta vez, la tragedia de Su advertencia es aún más punzante. Si la comparamos con el pasaje anterior, en el que Él predijo Su muerte *(Marcos 8:31),* vemos que aquí añade una frase: «El Hijo del Hombre es entregado en manos de hombres.» Había un traidor en la pequeña compañía, y Jesús lo sabía. Podía ver lo que se estaba fraguando en la mente de Judas. Puede que pudiera verlo mejor que el mismo Judas. Y cuando Él dijo: «El Hijo del Hombre es entregado en manos de hombres,» no estaba anunciando sólo un hecho y haciendo una advertencia, sino que estaba dirigiendo una última llamada al hombre en cuyo corazón se estaba formando el propósito traidor.

Pero todavía los discípulos no comprendían. Lo que no comprendían era el detalle de la Resurrección. Para entonces eran conscientes de la atmósfera de tragedia; pero hasta que llegó el final no captaron la seguridad de la Resurrección. Aquello era una maravilla demasiado grande para ellos; una maravilla que solamente captarían cuando llegara a ser un hecho consumado.

Aunque no entendían, tenían miedo de hacer más preguntas. Era como si supieran tanto que tuvieran miedo de saber más. Puede que una persona reciba el veredicto de su médico; que se dé cuenta

de que el sentido general del veredicto es malo, pero no entiende todos los detalles, y tiene miedo de hacer preguntas por la sencilla razón de que tiene miedo de saber más. Los discípulos estaban en ese caso.

Algunas veces nos sorprende que no pudieran captar lo que se les decía tan claro. La mente humana tiene un mecanismo maravilloso de defensa para rechazar lo que no quiere saber. ¿Somos nosotros tan diferentes de ellos? Una y otra vez hemos escuchado el mensaje cristiano. Conocemos la gloria de aceptarlo y la tragedia de rechazarlo; pero muchos están tan lejos como siempre de darle su plena confianza y modelar sus vidas de acuerdo con él. Las personas todavía aceptamos las partes del mensaje cristiano que nos gustan y nos van bien, y nos resistimos a comprender el resto.

LA VERDADERA AMBICIÓN

Marcos 9:32-35

> *Así es que llegaron a Cafarnaum. Cuando Jesús estaba en la casa, les preguntó a Sus discípulos:*
>
> *—¿Qué era lo que estabais discutiendo por el camino?*
>
> *Ellos se quedaron callados, porque en el camino habían estado discutiendo entre sí cuál de ellos era el más importante. Jesús Se sentó y llamó a los Doce y les dijo:*
>
> *—El que quiera ser el primero, que se ponga el último de todos, y al servicio de todos.*

Esto nos muestra claramente lo lejos que estaban los discípulos de comprender el verdadero significado del mesiazgo de Jesús. Les había dicho repetidas veces lo que Le esperaba en Jerusalén, y ellos estaban todavía pensando en Su Reino en términos terrenales, y en sí mismos como los principales ministros del estado. Quebranta el corazón el ver que Jesús iba hacia la Cruz, y Sus discípulos estaban discutiendo cuál de ellos sería el más importante.

Sin embargo, en lo más íntimo de su corazón, se daban cuenta de que no habían hecho bien. Cuando Jesús les preguntó lo que habían estado discutiendo, no se atrevieron a contestarle. Era el silencio de la vergüenza. No tenían defensa. Es curioso cómo una cosa ocupa su lugar y adquiere su verdadero carácter cuando se presenta a los ojos de Jesús. Mientras ellos creían que Jesús no los estaba escuchando y que no los veía, la discusión acerca de cuál de ellos sería el más importante les parecía perfectamente honrada; pero cuando se tenía que plantear en presencia de Jesús, se veía en toda su indignidad.

Si lo tomáramos todo, y lo presentáramos a la vista de Jesús, se producirían los cambios más grandes del mundo. Si preguntáramos acerca de todo lo que hacemos: «¿Podría yo seguir haciendo esto si Jesús me estuviera mirando?» Si preguntáramos de todo lo que decimos: «¿Seguiría yo hablando así si Jesús me estuviera escuchando?» Habría muchas cosas que estaríamos a salvo de hacer o decir. Y es un hecho para el cris- tiano que aquí no es cuestión de «si», sino que todas las obras se hacen en Su

presencia. ¡Que Dios nos libre de decir las palabras y de hacer las obras que nos daría vergüenza que Él oyera o viera!

Jesús trató este asunto muy en serio. Se nos dice que Se sentó, y llamó a los Doce. Cuando un rabino tenía intención de enseñar como tal a sus discípulos, cuando estaba realmente haciendo un pronunciamiento, se sentaba. Ese es el origen de la expresión latina «ex cátedra.» Jesús adoptó deliberadamente la postura de un rabino que enseñara a sus discípulos con autoridad. Y, entonces les dijo que si buscaban la grandeza en Su Reino tenían que buscarla, no en ser los primeros, sino en ser los últimos; no en ser los amos, sino en ser los siervos de todos. No es que Jesús estuviera aboliendo la ambición. Más bien estaba recreándola y sublimándola. En lugar de la ambición de gobernar, Él puso la ambición de servir; en lugar de la ambición de que nos lo hagan todo puso la ambición de hacer cosas para los demás.

Lejos de ser esto un idealismo irrealizable es el más sano sentido común. Las personas realmente grandes, las que son recordadas por haber hecho una aportación verdaderamente constructiva a la sociedad, son las que se dijeron a sí mismas, no «¿Cómo puedo yo usar el estado y la sociedad para aumentar mi propio prestigio y mis propias ambiciones personales?»; sino: «¿Cómo puedo yo usar mis dones y talentos personales para servir a los demás?»

Cuando Lord Curzon murió, Stanley Baldwin le dedicó un noble tributo en el que dijo: «Quiero, antes de sentarme, decir una o dos cosas que no puede decir ningún otro. Un primer ministro ve la naturaleza humana pelada hasta los huesos, y tuve la oportunidad de verle dos veces cuando sufrió grandes desencantos —cuando se me prefirió a él como primer ministro, y cuando tuve que decirle que podía prestar un servicio mayor al país como presidente del Comité de Defensa Imperial que como ministro de Asuntos Exteriores. Cada una de estas ocasiones fue para él un desencanto profundo y amargo; pero nunca ni por un momento mostró con palabras, gestos o reacciones, o por ninguna referencia al tema después, que no estuviera satisfecho. No guardaba rencor, ni siguió ninguna línea de acción distinta de la que yo esperaba de él: la de cumplir con su deber donde se había decidido que podía prestar un mejor servicio.» Aquí tenemos a un hombre cuya grandeza no consistía en el hecho

de que hubiera escalado los puestos más altos del estado, sino en el hecho de que siempre estaba dispuesto a servir a su país como fuera.

La verdadera generosidad de espíritu es rara, y se hace memorable cuando se encuentra. Los griegos contaban la historia de un espartano que se llamaba Pedareto. Había que escoger trescientos hombres para que gobernaran Esparta, y Pedareto era uno de los candidatos. Cuando se dio a conocer la lista de los que habían sido elegidos, su nombre no estaba en ella. «Lo siento —dijo uno de sus amigos—, pero tú no has sido elegido. La gente debiera haber sabido lo bueno que hubieras resultado como ministro del estado.» «Yo me alegro —dijo Pedareto— de que haya en Esparta trescientos hombres que son mejores que yo.» Aquí tenemos a un hombre que llegó a ser una leyenda, porque estaba dispuesto a dejarles a otros el primer lugar sin sucumbir a la envidia o al rencor.

Cualquier problema económico se podría resolver si todos viviéramos para lo que pudiéramos hacer por los demás, y no para lo que pudiéramos sacar para nosotros mismos. Cualquier problema político se podría resolver si la ambición de la gente fuera solamente la de servir al estado, y no la de encumbrarse por encima de los demás. Las divisiones y las discusiones que rasgan la Iglesia en tiras no ocurrirían en su mayor parte si el único deseo de sus responsables y de sus miembros fuera servir sin prestar atención a la posición que se ocupa. Cuando Jesús habló de la suprema grandeza y valía de una persona cuya ambición fuera ser un servidor, estableció uno de los grandes principios y verdades prácticas del mundo.

AYUDAR AL NECESITADO ES AYUDAR A CRISTO

Marcos 9:36s

Jesús tomó a un chiquillo y le puso en medio de ellos. Luego le tomó en brazos, y les dijo a Sus discípulos:

—Cualquiera que reciba a un chiquillo como este en Mi nombre, Me recibe a Mí; y cualquiera que Me reciba a Mí, no Me recibe sólo a Mí, sino también al Que Me envió.

Jesús sigue tratando aquí de la ambición digna y de la ambición indigna.

Tomó a un niño, y le puso en medio. Ahora bien, un niño no ejerce ninguna influencia; un niño no puede hacer prosperar en su carrera a un hombre o elevar su prestigio; un niño no puede darnos cosas. Es al revés: un niño necesita cosas, y que se le hagan cosas. Así que Jesús dice: «Si uno recibe a la gente pobre, corriente, que no tiene influencia ni riqueza ni poder, la gente que necesita que se la ayude, está recibiéndome a Mí. Y todavía más: está recibiendo a Dios.» En niño representa a la persona que necesita algo, y a la sociedad de esa persona, y es la sociedad de la persona que necesita cosas la que debemos buscar y con la que nos debemos asociar.

Aquí hay una seria advertencia. Es corriente cultivar la amistad de los que nos pueden hacer favores, cuya influencia nos puede ser útil. También es igualmente corriente evitar el asociarse con los que nos son una molestia porque necesitan nuestra ayuda. Es corriente el buscar el favor de la gente influyente e importante, y despreciar a la gente sencilla, humilde y corriente. Es corriente buscar la relación con alguna persona distinguida, y que nos tenga en cuenta, y evitar al pariente pobre. En efecto: Jesús dice aquí que deberíamos buscar, no a los que nos pueden hacer favores, sino a los que se los podemos hacer nosotros; porque de esta manera nos estamos relacionando con Él. Esta es otra manera de decir: «Como os portasteis con uno de mis hermanos pequeñitos, os portasteis conmigo» *(Mateo 25:40).*

UNA LECCIÓN DE TOLERANCIA

Marcos 9:38-40

Juan Le dijo a Jesús:

—Maestro, hemos visto a uno que estaba echando demonios usando Tu nombre, e hicimos lo posible por impedírselo, porque no pertenece a nuestra compañía.

—No debisteis impedírselo —dijo Jesús—. No hay na- die que pueda realizar una obra importante por la fuerza de Mi nombre que pueda hablar con ligereza mal de Mí. El que no está contra nosotros está a favor de nosotros.

Como hemos visto una y otra vez, en los tiempos de Jesús todo el mundo creía en los demonios. Se creía que tanto la enfermedad mental como la física eran causadas por la influencia maligna de los espíritus malos. Ahora bien: había una manera muy corriente de exorcizarlos. Si uno podía llegar a saber el nombre de un espíritu todavía más fuerte, y le mandaba al demonio en ese nombre que saliera de la persona, se suponía que el demonio era impotente contra el poder del nombre más poderoso. Esta es la clase de escena que se nos presenta aquí. Juan había visto a uno que usaba el nombre todopoderoso de Jesús para derrotar a los demonios, y había tratado de impedírselo, porque no pertenecía al grupo íntimo de los discípulos. Pero Jesús declaró que nadie podía realizar una acción benéfica de poder en Su nombre y ser Su enemigo. Entonces Jesús estableció el gran principio de que «el que no está en contra de nosotros está a favor de nosotros.»

Aquí tenemos una lección de tolerancia, y es una lección que casi todos nosotros tenemos que aprender.

(i) Cada cual tiene derecho a tener sus propias ideas, a pensarse las cosas por sí y a fondo hasta llegar a sus propias conclusiones y creencias. Y ese es un derecho que debemos respetar. Algunas veces estamos demasiado dispuestos a condenar lo que no entendemos. William Penn, el emigrante ortodoxo de dio su nombre a Pensilvania, dijo una vez: «Tampoco desprecies ni te opongas a lo que no entiendes.» Kingsley Williams, en *El Nuevo Testamento en inglés corriente,* traduce la frase de *Judas 10* así: «Los que hablan en contra de todo lo que no entienden.»

Hay dos cosas que debemos recordar.

(*a*) Hay muchas más que una sola manera de llegar a Dios. «Dios —como decía Tennyson— Se hace real de muchas maneras.» Y Cervantes dijo en algún sitio: «Dios conduce a los Suyos al Cielo por muchos caminos.» El mundo es redondo, y dos personas pueden llegar al mismo sitio siguiendo diferentes direcciones, y hasta sentidos opuestos. Todas las carreteras, si las recorremos lo suficiente, conducen a Dios. Es algo terrible el que alguno o alguna iglesia crean que tienen el monopolio de la salvación.

(*b*) Es necesario recordar que la verdad siempre es mayor que la persona que la capta o proclama. No hay nadie que pueda

aprehender toda la verdad. El fundamento de la tolerancia no es la perezosa aceptación de todo lo que sea. No es el sentimiento de que no podemos estar seguros de nada. El fundamento básico de la tolerancia es sencillamente el reconocimiento de la magnitud del orbe de la verdad. John Morley escribió: «La tolerancia quiere decir el respeto a todas las posibilidades de la verdad; el reconocimiento de que mora en diversas mansiones, se viste de muchos colores y habla distintas lenguas. Quiere decir respeto a la libertad de la conciencia interior frente a las formas mecánicas, los convencionalismos oficiales y la fuerza social. Quiere decir la caridad que es mayor que la fe y la esperanza.» La intolerancia es señal tanto de arrogancia como de ignorancia, porque es señal de que se cree que no hay más verdad que la que uno abarca.

(ii) No solamente debemos conceder a todas las personas el derecho de pensar; también debemos concederles el derecho a expresarse. De todos los derechos democráticos, el más querido es la libertad de palabra. Ha de haber ciertos límites, por supuesto. Si uno está tratando de inculcar doctrinas calculadas para destruir la moralidad y destruir los cimientos de toda sociedad civilizada, hay que oponerse; pero la manera de oponerse no puede ser tratar de eliminarle por la fuerza, sino de demostrar que está equivocado. Una vez Voltaire estableció la concepción de la libertad de palabra en una sentencia emblemática: «Odio lo que dices —dijo—, pero daría la vida por defender tu derecho a decirlo.»

(iii) Debemos tener presente que cualquier doctrina o creencia se juzga a fin de cuentas por la clase de personas que produce. El doctor Chalmers lo expresó una vez concisamente: «¿A quién le importa lo más mínimo una iglesia si no es como instrumento de la bondad cristiana?» La cuestión tiene que ser siempre a fin de cuentas, no «¿Cómo se gobierna una iglesia?» sino: «¿Qué clase de personas produce?»

Hay una vieja fábula oriental, de un hombre que tenía un anillo mágico con un ópalo maravilloso, que hacía que el que lo llevaba puesto adquiriera un carácter tan dulce y sincero que todo el mundo le amaba. El anillo siempre se pasaba de padre a hijo, y siempre funcionaba. Con el paso del tiempo llegó a un padre que tenía tres hijos a los que amaba con un amor igual. ¿Qué podría hacer cuando

llegara el momento de darle a uno solo el anillo? El padre hizo otros dos anillos exactamente iguales que el mágico de forma que nadie pudiera notar la diferencia. En su lecho de muerte llamó a cada uno de sus hi-jos, le dirigió unas palabras de amor y le entregó un anillo sin que los otros lo supieran. Cuando los tres hijos descubrieron que cada uno tenía un anillo surgió entre ellos una gran disputa en cuanto a cuál era el auténtico que podía hacer tanto por su dueño. Llevaron el caso a un juez sabio, que examinó los anillos y dijo: «No puedo decir cuál es el anillo mágico; pe-ro vosotros mismos lo podéis comprobar.» «¿Nosotros?» —preguntaron los tres, sorprendidos. «Sí —dijo el juez—, porque, si el anillo verdadero produce un carácter dulce al hombre que lo lleva puesto, entonces yo y toda la gente de la ciudad sabremos quién es el que posee el verdadero anillo por la bondad de su vida. Así que, marchaos cada uno a lo vuestro, y sed amables, sinceros, valientes, justos en vuestro trato, y el que viva así será el propietario del anillo verdadero.»

Aquí terminaba probablemente el cuento oriental; pero yo lo concluiría diciendo que los tres fueron tan igualmente sinceros y honrados y nobles que nadie supo nunca cuál era el que tenía el anillo original.

Nadie puede condenar creencias que le hacen a uno una buena persona. Si tenemos esto presente, seremos menos intolerantes.

(iv) Puede que odiemos las creencias de una persona, pero no debemos nunca odiar a la persona. Puede que quisiéramos eliminar lo que enseña, pero no debemos nunca querer eliminar al que lo enseña.

El trazó un círculo que me dejaba fuera
y se puso a llamarme: «¡Malvado, hereje, infiel!»
Pero el amor y yo tuvimos la habilidad de ganar
y trazamos un círculo que le incluyó a él.

RECOMPENSAS Y CASTIGOS

Marcos 9:41s

—El que os dé un vaso de agua sobre la base de que pertenecéis a Cristo, os aseguro que no se quedará sin su

recompensa. Y el que le ponga un tropiezo en el camino a uno de estos pequeñitos que creen en Mí, mejor le fuera que le colgaran al cuello una gran piedra de molino y le arrojaran al mar.

La enseñanza de este pasaje es sencilla e indiscutible y saludable.

(i) Declara que cualquier amabilidad que se tenga, cualquier ayuda que se otorgue a los que son de Cristo no quedará sin su recompensa. La razón de ayudar es que la persona necesitada pertenece a Jesús. Cualquier persona en necesidad tiene un derecho a nuestra atención, porque Le es querida a Cristo. Si Jesús estuviera todavía aquí corporalmente, ayudaría a esa persona de la manera más práctica, y ahora nos ha transferido a nosotros el deber de ayudarla. Nótese lo simple que es la ayuda. Lo que se da es un vaso de agua fresca. No se nos pide que hagamos grandes cosas por los demás, cosas que estén más allá de nuestras posibilidades. Se nos dice que demos las cosas sencillas que puede dar cualquiera.

Una misionera cuenta una historia preciosa. Le había contado a una clase de alumnos de primaria en África esto del vaso de agua fría en nombre de Jesús. Estaba la misionera sentada en su terraza, y vio que llegaba a la aldea una compañía de cargueros nativos con unos bultos muy pesados. Estaban cansados y sedientos, y se sentaron a descansar un poco. Eran de otra tribu, y si le hubieran pedido a los nativos corrientes no cristianos que les dieran agua les habrían contestado que se fueran a buscarla por sí mismos, porque existe una barrera entre las tribus. Pero mientras los hombres estaban sentados allí, cansados, la misionera vio salir de la escuela una fila de chiquillas africanas diminutas, llevando en sus cabecitas cántaros de agua. Tímida y vergonzosamente se fueron acercando a los cansados cargueros, se arrodillaron y les ofrecieron sus cantarillos de agua. Sin poder casi reponerse de la sorpresa, los cargueros tomaron los cántaros, y bebieron, y se los devolvieron, y las chiquillas echaron a correr hacia la misionera. «¡Les hemos dado a los hombres sedientos agua fresca —dijeron— en nombre de Jesús!» Habían tomado y cumplido la historia y la obligación literalmente.

¡Ojalá lo hiciéramos más! Es un gesto de simple amabilidad lo que se necesita. Como dijo Mahoma hace mucho: «El dirigir a un viandante perdido al buen camino, el dar al sediento un trago de agua, el sonreír al hermano —eso también es caridad.»

(ii) Pero lo opuesto también es cierto. Ayudar es ganar una recompensa eterna. El ser la causa de que tropiece un hermano débil es ganarse un castigo eterno. El pasaje es serio a propósito. La piedra de molino que se menciona es una piedra muy grande. Había dos clases de molinos en Palestina. Estaba el molino de mano, que usaban las mujeres en la casa; y estaba el molino cuya piedra era tan grande que requería un asno para hacerla dar vueltas.

La piedra de molino que se menciona aquí es literalmente una piedra de molino de asno. El que le tiraran a uno al mar con una piedra así al cuello era no tener la más mínima esperanza de salir con vida. Este era de hecho un castigo y una forma de ejecución tanto en Roma como en Palestina. Josefo nos cuenta que, cuando algunos galileos tuvieron éxito en una revuelta «apresaron a los que eran del partido de Herodes, y los ahogaron en el mar.» El historiador romano Suetonio nos cuenta que Augusto, «porque el tutor y los que estaban al servicio de su hijo Gayo se aprovecharon de la enfermedad de su amo para cometer actos de arrogancia y codicia en la provincia, los mandó tirar al río con grandes pesos alrededor del cuello.»

Pecar es terrible; pero inducir a otro a pecar es infinitamente peor. O'Henry tiene una historia en la que nos cuenta que una chiquilla había perdido a su madre, y su padre solía llegar a casa del trabajo, y sentarse, y quitarse la chaqueta, y abrir el periódico, y encender la pipa, y poner los pies en la repisa de la chimenea. La chiquilla entraba, y le pedía que jugara con ella un poquito, porque estaba solita. Él le decía que estaba cansado, que le dejara en paz, que se fuera a jugar a la calle. Ella se iba a jugar a la calle, y así se acostumbró a estar en la calle. Pasaron los años, y murió. Su alma llegó al Cielo. Pedro la vio, y Le dijo a Jesús: «Maestro, aquí hay una chica que ha sido mala. Supongo que la mandaremos derechita al infierno.» «No —dijo Jesús tiernamente—, que entre, déjala entrar. —Y entonces se Le puso la mirada seria—: Pero buscad a un

hombre que se negaba a jugar con su chiquilla y la mandaba a la calle, y mandadle a él al infierno.» Dios no es duro con el pecador, pero sí es severo con la persona que hace más fácil para otros el pecar, y cuya conducta, ya sea aposta o sin querer, pone un tropiezo en el camino de un hermano más débil.

LA META QUE VALE CUALQUIER PENA

Marcos 9:43-48

> *—Si tu propia mano te supone un tropiezo, córtatela; más cuenta te tiene entrar en la vida manco, que irte con las dos manos al infierno, al fuego que nunca se puede apagar. Y si tu pie te es un tropiezo, córtatelo; porque te trae más cuenta entrar cojo en la vida, que que te arrojen a la gehena con los dos pies. Y si tu ojo te resulta un tropiezo, sácatelo de ti; porque te trae más cuenta entrar en el Reino de Dios con un solo ojo que ser arrojado con los dos ojos a la gehena, donde sus gusanos no mueren, ni su fuego se apaga nunca.*

Este pasaje establece gráficamente a la manera característica del Oriente la verdad fundamental de que hay una meta en la vida por la que hay que sacrificar cualquier cosa. En las cuestiones naturales puede que una persona tenga que sacrificar un miembro o una parte del cuerpo para conservar la vida. La amputación de un miembro o la escisión quirúrgica de alguna parte del cuerpo es a veces la única manera de conservar la vida. En la vida espiritual puede suceder la misma clase de cosa.

Los rabinos judíos tenían dichos basados en la manera en que las distintas partes del cuerpo se pueden prestar al pecado. «Los ojos y el corazón son los dos agentes del pecado.» «El ojo y el corazón son las dos criadas del pecado.» «Las pasiones moran solamente en aquel que ve.» «¡Ay de aquel que va donde le llevan sus ojos, porque los ojos son adúlteros!» Hay ciertos instintos humanos y ciertas partes de la constitución física de la persona que sirven al pecado. Este dicho de Jesús no ha de tomarse literalmente, pero es una manera gráfica oriental de decir que hay una meta en la vida a la que vale la pena sacrificarlo todo.

En este pasaje se hacen repetidas referencias a la *guéenna.* En el Nuevo Testamento se habla de la *guéenna* en *Mateo 5:22, 29, 30; 10:28; 18:9; 23:15, 33; Lucas 12:5; Santiago 3:6.* Esta palabra se traduce generalmente por *infierno.* Es una palabra con historia. Deriva del hebreo de Antiguo Testamento, donde aparece como *guê-hinnom,* que quiere decir el valle de Hinnom, que era un torrente en las afueras de Jerusalén. Había tenido un pasado deplorable.

Fue el valle en el que Acaz, en la antigüedad, había instituido el culto del fuego y los sacrificios de niños en el fuego. «Quemó también incienso en el valle de los hijos de Hinom, e hizo pasar a sus hijos por fuego conforme a las abomina-ciones de las naciones que el SEÑOR había arrojado de delan-te de los israelitas» *(2 Crónicas 28:3).* Manasés siguió este terrible culto pagano *(2 Crónicas 33:6).* El valle de Hinnom, por tanto, fue la escena de una de las más terribles recaídas de Israel en las costumbres paganas. En sus reformas, Josías lo declaró lugar inmundo. «Asimismo profanó el Tofet, que está en el valle de los hijos de Hinom, para que ninguno pasara a su hijo o a su hija por fuego como una ofrenda a Moloc» *(2 Reyes 23:10).*

Cuando el valle se declaró inmundo y se profanó, se dedicó a basurero e incinerador de basuras de Jerusalén. En consecuencia, se convirtió en un lugar inmundo y asqueroso, en el que unos gusanos repulsivos se criaban en la basura, y que estaba siempre ardiendo y echando humo como un gran incinerador. La frase concreta acerca del gusano que nunca muere y del fuego que nunca se apaga viene de una descripción del destino de los enemigos de Israel en *Isaías 66:24.*

A causa de todo esto, la *guéenna* (en español *gehena,* D.R.A.E.) se había convertido en una especie de figura o símbolo del infierno, el lugar donde las almas de los malvados serían torturadas y destruidas. Así se usa en el *Talmud:* «El pecador que se resiste a las palabras de la Ley acabará por heredar la Guéenna.» Así que guéenna representa el lugar del castigo, y la palabra sugeriría a las mentes de todos los israelitas las ideas más tenebrosas y terribles.

Pero, ¿cuál era la meta por la que valía la pena sacrificarlo todo? Se describe de dos maneras. Dos veces se la llama *la vida,* y una

vez *el Reino de Dios.* ¿Cómo podemos definir *el Reino de Dios?* Podemos encontrar nuestra definición en la Oración Dominical. En esa oración encontramos dos peticio-nes en paralelo. «Venga Tu Reino. Hágase Tu voluntad en la Tierra como en el Cielo.» El recurso literario más característico del estilo hebreo es *el paralelismo.* En él se colocan dos frases juntas, la segunda de las cuales, o repite lo de la otra o lo amplía, explica y desarrolla. Cualquier versículo de los salmos puede servirnos de ejemplo. Así pues, podemos considerar que en la Oración Dominical una petición es la explicación y ampliación de la otra. Cuando las colocamos juntas obtenemos la definición de que «el Reino del Cielo es una sociedad en la Tierra en la que la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como en el Cielo.» De ahí podemos pasar a decir sencillamente que el hacer perfectamente la voluntad de Dios es ser ciudadanos del Reino del Cielo. Y si lo tomamos así y lo aplicamos al pasaje que estamos estudiando ahora, querrá decir que *vale la pena cualquier sacrificio y cualquier disciplina y cualquier autonegación el hacer la voluntad de Dios.* Y solamente haciendo esa voluntad se posee la vida verdadera y una paz definitiva y que satisface plenamente.

Orígenes tomaba esto simbólicamente. Decía que puede que sea necesario cortar algún hereje o alguna mala persona de la comunión de la Iglesia a fin de mantener la pureza del Cuerpo de Cristo. Pero este dicho ha de aplicarse personalmente. Quiere decir que puede que sea necesario cortar algún hábito, abandonar algún placer, renunciar a alguna amistad, cortar y excluir alguna cosa que nos ha llegado a ser muy querida, a fin de ser totalmente obedientes a la voluntad de Dios. Esta no es una cuestión que ninguno puede tratar de aplicarle a otro. Es solamente un asunto de la competencia individual de cada persona; y quiere decir que si hay algo en nuestra vida que está interponiéndose entre nosotros y la perfecta obediencia a la voluntad de Dios, aunque haya llegado a ser parte de nuestra vida por hábito o costumbre, debe ser desarraigada. El desarraigo puede que sea tan doloroso como una operación quirúrgica, puede parecerse a cortar una parte de nuestro propio cuerpo, pero si hemos de conocer *la vida* real, la verdadera felicidad y la verdadera paz, hay que renunciar a aquello. Esto puede que

suene serio y sombrío, pero en realidad consiste simplemente en enfrentarnos con los hechos de la vida.

LA SAL DE LA VIDA CRISTIANA

Marcos 9:49s

—Cada uno ha de ser salado con fuego.

—La sal es buena; pero, si pierde su sabor, ¿cómo se le devolverá?

—Tened la sal necesaria en vuestra vida para vivir en paz unos con otros.

Estos tres versículos se encuentran entre los más difíciles del Nuevo Testamento. Los comentaristas aportan docenas de interpretaciones diferentes. La interpretación resultará más fácil si recordamos algo que ya hemos tenido oportunidad de advertir. Jesús dejaba caer a menudo dichos agudos que se grababan en la memoria de los oyentes de una manera indeleble. Pero a menudo, aunque se recordaban los dichos, no se recordaba la ocasión en que se dijeron. El resultado es que tenemos a menudo una serie de dichos aislados de Jesús que se han puesto juntos porque así quedaron en la memoria del autor.

Aquí tenemos un ejemplo de eso. No descubriremos el sentido de estos dos versículos a menos que reconozcamos que aquí tenemos *tres dichos de Jesús totalmente independientes,* que no tienen ninguna relación entre sí. El compilador los agrupó en este orden porque todos contienen la palabra *sal.* Son una pequeña colección de dichos de Jesús en los que se menciona *la sal* de diversas maneras como metáfora o ejemplo. Es decir, que no debemos tratar de encontrar ninguna relación remota entre estos dichos; debemos tomarlos independientemente, e interpretar cada uno por sí.

(i) Cada uno debe ser salado con fuego. Según el Antiguo Testamento, había que echar sal a todos los sacrificios antes de ofrecerlos a Dios en el altar *(Levítico 2:13).* La sal de los sacrificios se llamaba *la sal del pacto (Números 18:19; 2 Crónicas 13:5).* Era la adición de aquella sal lo que hacía el sacrificio aceptable a Dios, y la ley del pacto la establecía como necesaria. Este dicho de Jesús querrá decir entonces: «Antes de que una vida cristiana llegue a ser

aceptable a Dios debe ser tratada con fuego de la misma manera que se sazona cualquier sacrificio con sal.» El fuego es la sal que hace la vida aceptable a Dios.

¿Qué quiere decir esto? En el lenguaje corriente del Nuevo Testamento el fuego se relaciona con dos cosas.

(*a*) Se relaciona con *la purificación.* Es el fuego lo que purifica los metales bajos de ley; se les separan las aleaciones, y se deja el metal puro. Así que el fuego querrá decir cualquier cosa que purifica la vida: la disciplina, por la que una persona conquista su pecado; las experiencias de la vida, que purifican y fortalecen los nervios del alma. En este caso, esto querrá decir: «La vida que es aceptable a Dios es la que ha sido limpiada y purificada mediante la disciplina de la obediencia y de la aceptación de la dirección de Dios.»

(*b*) El fuego se relaciona con *la destrucción.* En este caso, este dicho tendría que ver con *la persecución.* Querrá decir que la vida que ha sufrido las pruebas y los peligros de la persecución es la que es aceptable a Dios. El que se ha enfrentado voluntariamente con el peligro de la destrucción de sus bienes y aun de su propia vida a causa de su lealtad a Jesucristo es el que Dios quiere.

Podríamos tomar este primer dicho de Jesús en el sentido de que la vida que se purifica mediante la disciplina, y que se ha enfrentado con el peligro de la persecución a causa de su lealtad es el sacrificio que es precioso para Dios.

(ii) La sal es buena; pero, si pierde su sabor, ¿cómo se le devolverá? Este es un dicho todavía más difícil de interpretar. No diríamos que no haya otras interpretaciones posibles, pero la que proponemos es la siguiente. La sal tiene dos virtudes características. La primera es que presta *sabor* a las cosas. Un huevo sin sal es una cosa insípida. Cualquiera sabe lo desagradables que son muchos platos cuando no se les ha echado la sal necesaria. Segundo, la sal fue el primero de todos *los conservantes.* Para evitar que una cosa se eche a perder, se le pone sal. Los griegos solían decir que la sal actuaba como una nueva alma en un cuerpo muerto. La carne muerta se echa a perder; pero sazonada con sal conserva su frescura. La sal parece que le infunde una especie de vida. La sal defiende de la corrupción.

Ahora bien, el cristiano es enviado a una sociedad pagana para hacer algo por ella. La sociedad pagana tenía dos características. La primera, estaba aburrida y hastiada. Los mismos lujos y excesos del mundo antiguo eran una prueba de que en su agotamiento aburrido estaba buscando alguna emoción auténtica en una vida de la que habían desaparecido todas las emociones. A ese mundo aburrido y agotado vino el Cristianismo, y la tarea del cristiano era impartir un nuevo sabor y un nuevo encanto a la sociedad, como hace la sal cuando se usa con los alimentos.

Segundo, ese mundo antiguo estaba corrompido. Nadie lo sabía mejor que los mismos antiguos. Juvenal comparaba a Roma con una atarjea asquerosa. La pureza había desaparecido, y la castidad era desconocida. A aquel mundo corrompido llegó el Cristianismo, y la tarea del cristiano era aportar un antiséptico al veneno de la vida, una influencia limpiadora a toda esa corrupción. Exactamente lo mismo que la sal derrota la corrupción que ataca inevitablemente la carne muerta, así había de atacar el Cristianismo la corrupción del mundo.

Así que en este dicho Jesús le está presentando un desafío al cristiano. «El mundo —le decía— necesita el sabor y la pureza que solamente el cristiano puede aportar. Y si el mismo cristiano ha perdido el encanto y la pureza de la vida cristiana, ¿de dónde podrá sacar el mundo estas cosas?» A menos que el cristiano, por el poder de Cristo, derrote la fatiga y la corrupción del mundo, estas florecerán sin reservas.

(iii) Haya sal en vuestra vida para vivir en paz unos con otros. Aquí debemos tomar *la sal* en el sentido de *pureza.* Los antiguos declaraban que no había nada en el mundo más puro que la sal, porque esta procedía de las dos cosas más puras: el sol y el mar. La misma blancura resplandeciente de la sal era una señal de pureza. Así es que esto querría decir: «Haya en vuestra vida la influencia purificadora del Espíritu de Cristo; sed purificados del egoísmo y de la codicia, de la amargura y de la ira y del rencor; sed limpiados de la irritabilidad y del mal genio y del egocentrismo, y entonces, y solamente entonces, podréis vivir en paz con vuestros semejantes.» En otras palabras, Jesús está diciendo que es solamente la persona

que ha sido limpiada del egoísmo y está llena de Cristo la que puede vivir en verdadera comunión con los demás.

EN LA ENFERMEDAD Y EN LA SALUD

Marcos 10:1-12

Al salir de allí, Jesús llegó a las montañas de Judea y al distrito de Transjordania, y las multitudes volvieron otra vez a reunirse con Él. Como era Su costumbre, Jesús Se puso a enseñarles otra vez. Algunos fariseos se dirigieron a Él y Le preguntaron si le estaba permitido legalmente a uno divorciarse de su mujer. Se lo preguntaban para tentarle. Jesús les preguntó a Su vez:

—¿Qué mandamiento os dejó Moisés?

—Moisés permitía al hombre divorciarse con sólo escribir un documento de divorcio —Le contestaron.

—Fue para salir al paso de vuestra dureza de corazón por lo que él os escribió ese mandamiento —les contestó Jesús—. En el principio de la Creación, Dios hizo al varón y a la hembra. Esta es la razón de que un hombre deje a su padre y a su madre y se una a su mujer, y los dos formen una nueva personalidad. Así que dejan de ser dos, y llegan a ser uno solo. Pues lo que Dios ha unido, que nadie lo separe.

Cuando estaban en la casa, los discípulos Le preguntaron a Jesús otra vez acerca de esto; y Él les dijo:

—El que se divorcie de su mujer y se case con otra, comete adulterio contra la primera. Y la que se divorcie de su marido y se case con otro hombre, comete adulterio.

Jesús iba prosiguiendo Su camino hacia el Sur. Había dejado atrás Galilea y entrado en Judea. Todavía no había entrado en Jerusalén; pero paso a paso y etapa a etapa Se estaba aproximando al desenlace.

Ciertos fariseos vinieron con una pregunta acerca del di-vorcio con la que esperaban ponerle a prueba. Puede que hubiera más de un motivo detrás de su pregunta. El divorcio era una cuestión candente, un tópico de las discusiones rabínicas, y bien puede ser que quisieran saber honradamente la opinión de Jesús sobre este

tema. Puede que quisieran comprobar Su ortodoxia. Puede que Jesús hubiera dicho ya algo sobre el tema. *Mateo 5:31s* nos muestra a Jesús hablando acerca del matrimonio y el segundo matrimonio, y puede ser que estos fariseos tuvieran la esperanza de que Jesús Se contradijera, y enredarle en Sus propias palabras. Puede ser que supieran lo que Él respondería, y quisieran involucrarle en enemistad con Herodes, que de hecho se había divorciado de su mujer y casado con otra. Bien puede ser que quisieran oír a Jesús contradecir la Ley de Moisés, como hizo en realidad, y por ello formular una acusación de herejía contra Él. Una cosa es cierta: la pregunta que Le hicieron a Jesús no era una pregunta meramente académica y del interés exclusivo de las escuelas rabínicas; era una pregunta que se refería a uno de los temas más acuciantes del momento.

En teoría, no había ideal más alto del matrimonio que el judío. La castidad se reconocía como la más grande de todas las virtudes. «Encontramos que Dios es paciente con todos los pecados excepto con el de la falta de castidad.» «La falta de castidad hace que se ausente la gloria de Dios.» «Cualquier judío debe sacrificar su vida antes que cometer idolatría, asesinato o adulterio.» «El mismo altar vierte lágrimas cuando un hombre se divorcia de la esposa de su juventud.» El ideal se reconocía, pero la práctica estaba muy lejos de él.

El hecho básico que viciaba toda esta problemática era que para la ley judía la mujer era simplemente una cosa. No tenía derechos legales, y estaba totalmente a disposición del marido, que era el cabeza de familia. El resultado era que un hombre podía divorciar a su mujer casi por cualquier causa, mientras que había muy pocos motivos por los que una mujer pudiera divorciarse. (Nótese que al tratar este tema tenemos que usar el verbo *divorciar* como transitivo: el sujeto era el hombre, y la mujer el objeto). En el mejor de los casos, lo único que podía hacer era pedirle a su marido que la divorciara. «Una mujer puede ser divorciada con o sin su consentimiento; pero un hombre, solamente con su consentimiento.» Las únicas razones por las que una mujer podía solicitar el divorcio eran: si su marido contraía la lepra; si se

dedicaba a un trabajo repugnante, como el de curtidor; si violaba a una virgen, o si la acusaba falsamente de pecado prenupcial.

La ley judía del divorcio se remonta a *Deuteronomio 24:1.* Dice lo siguiente: «Cuando alguien toma mujer y se casa con ella, si no le agrada por haber hallado en ella alguna cosa indecente, que le escriba carta de divorcio, se la entregue en mano y la despida de su casa.»

En un principio el documento de divorcio era muy sencillo. Decía algo así: «Sea esto por mi parte tu escritura de divorcio y carta de despido y documento de liberación para que te puedas casar con quien quieras.» En tiempos posteriores el documento llegó a ser más elaborado: «El día ......, de la ...... semana, del ...... mes, año ...... del mundo, según el cálculo al uso en el pueblo de ......, situado junto al río ......, yo, A. B., hijo de C. D., y conocido como ......, presente este día ......, natural del pueblo de ......, actuando por libre voluntad y sin coacción, te repudio, devuelvo y divorcio a ti E. F., hija de G. H., conocida por ......, que has sido hasta el presente mi mujer. Te despido ahora E. F., hija de G. H., para que seas libre y puedas a tu gusto casarte con quien quieras sin que nadie te lo impida. Esta es mi carta de divorcio como acta de repudio, certificado de separación, conforme a la Ley de Moisés y de Israel.» En los tiempos del Nuevo Testamento se requería un rabino cualificado para redactar este documento. Posteriormente era aprobado por un tribunal de tres rabinos, y luego se archivaba en el Sanedrín. Pero el proceso de divorcio seguía siendo en general sumamente fácil, y a discreción exclusivamente del marido.

El verdadero escollo de la cuestión era la interpretación de la ley de *Deuteronomio 24:1.* Allí se establece que un hombre puede divorciar a su mujer si encuentra en ella *alguna cosa indecente.* ¿Cómo se debía interpretar esa frase? Sobre este asunto había dos escuelas de pensamiento.

Estaba la escuela de Shammay, que interpretaba el asunto con el máximo rigor: «alguna cosa indecente» se refería al adulterio sola y exclusivamente. Aunque la mujer fuera tan mala como Jezabel, a menos que fuera culpable de adulterio no se la podía divorciar.

La otra escuela era la de Hillel, que interpretaba la frase conflictiva tan ampliamente como se pudiera imaginar. Decían los de esta

escuela que podía querer decir si la mujer le estropeaba la comida, si hablaba en la calle, si hablaba con un extraño, si hablaba irrespetuosamente de los parientes de su marido en su presencia, si era pendenciera (lo que se definía como que se la oyera en la casa de al lado). Rabí Aqiba llegaba aún más lejos al decir que quería decir que un hombre podía divorciar a su mujer si encontraba otra que le pareciera más bonita que ella.

Teniendo en cuenta cómo es la naturaleza humana, está claro que fue la interpretación más laxa la que prevaleció. En consecuencia, que se llegara al divorcio por las razones más triviales o sin razón alguna era trágicamente corriente. A tal punto habían llegado las cosas en tiempos de Jesús que las mujeres se resistían a casarse en vista de lo inseguro que era el matrimonio. Cuando Jesús dijo esto, Se estaba pronunciando sobre un asunto que era un tema candente, y estaba rompiendo una lanza a favor de las mujeres y tratando de restaurar el matrimonio a la posición que debería tener.

Se han de notar ciertas cosas. Jesús citó la Ley mosaica, pero dijo que Moisés había concedido aquello solamente «para salir al paso de la dureza de vuestros corazones.» Eso podía querer decir una de dos cosas. Podía querer decir que Moisés lo estableció porque era lo mejor que se podía esperar de aquellos para los que estaba legislando. O puede que quiera decir que Moisés lo estableció con la intención de tratar de controlar una situación que, aun entonces, se estaba degenerando; que de hecho no se trataba de una concesión al divorcio, sino un intento de controlarlo, de reducirlo a alguna especie de ley y hacerlo un poco más difícil.

En cualquier caso, Jesús dejó bien claro que Él consideraba que *Deuteronomio 24:1* se había establecido para una situación determinada, y que no se aplicaba con un carácter permanentemente vinculante. Las autoridades que Jesús citó se remontaban a mucho más atrás que Moisés. Como Su autoridad Se remontó a la historia de la Creación, y citó *Génesis 1:27* y *2:24.* Su punto de vista era que, según la misma naturaleza, el matrimonio era una unión permanente de carácter indisoluble de dos personas, de tal manera que el vínculo no se podía romper nunca por leyes o disposiciones humanas. Estaba convencido de que, en la misma constitución del universo, el matrimonio estaba destinado a ser una

unión absoluta y permanente, y ninguna disposición mosaica que tratara de una situación temporal podría alterarlo.

La dificultad está en el relato paralelo de *Mateo,* en el que hay una diferencia. En *Marcos,* la prohibición de Jesús del divorcio y del casarse de nuevo es absoluta, mientras que en *Mateo 19:3-9,* Jesús aparece prohibiendo absolutamente el matrimonio posterior, pero permitiendo el divorcio sobre la única base del adulterio. Casi podemos asegurar de que la ver- sión de *Mateo* es correcta, y así se implica en *Marcos.* Era la ley judía que el adulterio disolvía obligatoriamente cualquier matrimonio. Y lo cierto es que la infidelidad disuelve de hecho el vínculo del matrimonio. Una vez que se ha cometido el adulterio, la unidad se ha roto en cualquier caso, y el divorcio no hace más que confirmar el hecho.

La verdadera esencia del pasaje es que Jesús insistió en que la inmoralidad sexual de su tiempo tenía que corregirse. Había que recordar a los que buscaban el matrimonio solamente por el placer que el matrimonio también es responsabilidad. A los que consideraban el matrimonio simplemente como un medio de gratificar sus pasiones físicas había que recordarles que era también una unidad espiritual. Jesús estaba levantando una defensa en torno al hogar.

DE LOS TALES ES EL REINO DEL CIELO

Marcos 10:13-16

Le trajeron chiquillos a Jesús para que los tocara. Pe- ro los discípulos les echaron la bronca. Cuando vio Jesús lo que estaban haciendo, Se molestó mucho y les dijo:

—¡Dejad que vengan a Mí los chiquillos y no tratéis de impedírselo!, porque de los tales es el Reino de Dios. Os digo la pura verdad: el que no reciba el Reino de Dios como un chiquillo, no entrará en él.

Y los tomaba en brazos, y los bendecía poniendo Sus manos sobre ellos.

Era natural que las madres judías quisieran que un gran rabino distinguido bendijera a sus hijos. Especialmente traían a sus hijos a

una persona así en su primer cumpleaños. Así fue como Le trajeron a Jesús a los niños aquel día.

Entenderemos más plenamente la conmovedora belleza de este pasaje si recordamos cuándo sucedió. Jesús iba de cami-no a la Cruz —y lo sabía. Su sombra cruel puede que no se apartara nunca de Su mente. Fue en un momento así cuando tuvo tiempo para los niños. Aun con tal tensión en Su mente, estuvo dispuesto a tomarlos en Sus brazos, y sonreírles de corazón, y puede que hasta jugar con ellos.

Los discípulos no eran unos antipáticos ni unos amargados. Sencillamente querían proteger a Jesús. No comprendían del todo lo que estaba pasando, pero presentían claramente la tragedia que los esperaba, y podían percibir la tensión que embargaba a Jesús. No querían que se Le molestara. No podían figurarse que Él pudiera querer tener niños a Su alrededor en tal ocasión; pero Jesús les dijo: «¡Dejad que vengan a Mí los chiquillos y no tratéis de impedírselo!»

Incidentalmente, esto nos dice un montón acerca de Jesús. Nos dice que era la clase de Persona a la Que Le importan los niños, y Que importa a los niños. No puede haber sido una persona sombría y desagradable. Tiene que haber habido una amable luminosidad en Él. Tiene que haberle resultado fácil sonreír y reír de alegría. George Macdonald dice en algún sitio que no cree en el Cristianismo de una persona a cuya puerta no hay nunca niños jugando. Este breve, precioso incidente arroja un torrente de luz sobre la clase de Persona humana Que era Jesús.

«De los tales —dijo Jesús— es el Reino de Dios.» ¿Qué hay en un niño que a Jesús le gustara y que valorara tanto?

(i) Está *la humildad* del niño. Hay niños exhibicionistas, pero son raros, y casi siempre son el producto del trato equivocado de los adultos. Lo normal es que a un niño le cohíba la prominencia y la publicidad. Todavía no ha aprendido a pensar en términos de nivel y orgullo y prestigio, ni a descubrir la importancia del yo.

(ii) Está *la obediencia* del niño. Es verdad que un niño es a veces desobediente; pero, aunque parezca una paradoja, su instinto natural le mueve a obedecer. Todavía no ha aprendido el orgullo y la falsa independencia que separan a un hombre de sus semejantes y de Dios.

(iii) Está *la confianza* del niño. Esto se ve en dos cosas.

(*a*) Se ve en la manera que tiene un niño de aceptar la autoridad. Hay un tiempo cuando cree que su padre lo sabe todo y siempre tiene razón. Para nuestra vergüenza, pronto supera esa etapa. Pero el niño se da cuenta instintivamente de su propia ignorancia y de su propia indefensión, y confía en los que él cree que saben.

(*b*) Se ve en la confianza que tiene un niño en otras personas. No supone que nadie pueda ser malo. Se hace amigo de un perfecto extraño. Un gran hombre dijo una vez que el más grande elogio que se le había dirigido jamás fue el de un chiquillo que se le dirigió, a un completo extraño, y le pidió que le atara el zapato. El niño no ha aprendido todavía a sospechar que el mundo es malo. Todavía cree lo mejor de los demás. Algunas veces esa misma confianza le conduce a peligros, porque hay algunos que son totalmente indignos de ella y que abusan de ella; pero esa confianza es algo precioso.

(iv) El niño tiene *una memoria muy corta.* Todavía no ha aprendido a guardar rencor ni a abrigar resentimiento. Hasta cuando se le trata injustamente —y cuál de nosotros no es a veces injusto con sus hijos—, olvida, y tan totalmente que no necesita ni perdonar.

Sin duda, de los tales es el Reino de Dios.

¿CUÁNTO QUIERES LA BONDAD?

Marcos 10:17-22

> *Cuando Jesús iba pasando por la carretera, un hombre se Le acercó corriendo y se postró a Sus pies y Le preguntó:*
>
> *—Maestro bueno, ¿qué es lo que tengo que hacer para heredar la vida eterna?*
>
> *—¿Por qué Me llamas bueno? —le dijo Jesús—. No hay nadie que sea bueno más que Uno: Dios. Ya sabes los mandamientos: No mates, No cometas adulterio, No robes, No des falso testimonio, No defraudes a nadie, Honra a tu padre y a tu madre.*
>
> *—Maestro —Le dijo—, todo eso lo he cumplido desde pequeño.*
>
> *Cuando Jesús le miró, le amó y le dijo:*
>
> *—Todavía te falta una cosa: Ve, vende todo lo que tienes, y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el Cielo. ¡Y ven, sígueme!*
>
> *Pero él se quedó muy preocupado por esto que le dijo Jesús, y se marchó triste, porque tenía muchas posesiones.*

Aquí tenemos una de las historias más gráficas de los evangelios.

(i) Tenemos que fijarnos en cómo llegó el hombre, y cómo le recibió Jesús. Llegó corriendo y se postró a los pies de Jesús. Es algo sorprendente lo que hizo este joven aristócrata rico, echándose a los pies de un profeta pobre de Nazaret, Que estaba a punto de convertirse en un fuera de la ley. «¡Maestro bueno!» —empezó a decirle. Y Jesús le contestó inmediatamente: «¡No Me adules! ¡No Me llames bueno! ¡Guarda esa palabra para Dios!» Parece como si le echara un jarro de agua fría a su joven entusiasmo. Aquí tenemos una lección. Está claro que este hombre vino a Jesús en un momento de emoción desbordante. También está claro que Jesús ejercía una atracción personal sobre él. Jesús hizo dos cosas que cualquier evangelista o predicador o maestro debería tener presentes e imitar en su trato con las personas.

Primero le dijo: «¡Detente y piensa! Estás muy acalorado y rebosando de emoción! Yo no quiero arrollarte en un momento de

emoción. Piensa tranquilamente en lo que estás haciendo.» Jesús no le estaba echando un jarro de agua fría, sino le estaba diciendo, antes que nada, que calculara el precio.

Segundo, en efecto le dijo: «No puedes hacerte cristiano por sentimentalismo hacia Mí. *Debes poner la mirada en Dios.*» Predicar, enseñar, siempre quieren decir comunicar la verdad por medio de la personalidad, y ahí está el peligro más grande que asedia a los grandes maestros: que el alumno, el discípulo, el joven seguidor, tenga una vinculación personal con el maestro o el predicador, y crea que está en relación con Dios. El maestro y el predicador nunca deben señalarse a sí mismos; siempre deben señalar a Dios. En toda verdadera pedagogía hay una cierta auto-obliteración. Cierto que no podemos excluir la personalidad y una cálida lealtad personal, ni lo haríamos si pudiéramos. Pero el asunto no puede acabar aquí. El maestro y el predicador son a fin de cuentas meros indicadores que señalan a Dios.

(ii) Ninguna otra historia evangélica establece tan clara-mente como esta la verdad cristiana esencial de que *no basta con ser respetable.* Jesús citó los mandamientos que eran la base de una vida decente. El hombre no dudó en decir que los había cumplido todos. Fijémonos en una cosa: con una sola excepción, todos los mandamientos eran negativos, y esa única excepción se refería sólo al círculo familiar. En efecto, lo que el hombre estaba diciendo era: «Yo no le he hecho nunca nin- gún daño a nadie.» Y sería cierto; pero la verdadera pregunta es: «¿Qué has hecho tú por nadie?» Y la pregunta a este hombre era aún más incisiva: «Con todas tus posesiones, con toda tu riqueza, con todo lo que tú podrías dar, ¿qué bien positivo les has hecho a los demás? ¿Cuánto te has apartado de tu camino para ayudar y consolar y fortalecer a otros como podrías haberlo hecho?» La respetabilidad, en conjunto, consiste en *no hacer nada malo;* el Cristianismo consiste en *hacer algo por los demás.* Ahí era precisamente donde este hombre —como tantos de nosotros— fallaba.

(iii) Así es que Jesús le enfrentó con un desafío. Le dijo: «Desmárcate de esa respetabilidad moral. Deja de considerar la bondad como algo que consiste en no hacer cosas. Tómate a ti mismo y todo lo que tienes, y entrégalo todo para bien de los

demás. Así y entonces encontrarás la verdadera felicidad en el tiempo y en la eternidad.» Aquel hombre no pudo hacerlo. Tenía muchas posesiones, que nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera dar; y cuando se le sugirió, no pudo. Probablemente no había robado nunca, ni defraudado a nadie —pero tampoco había sido nunca, ni podía ponerse en situación de ser, positiva y sacrificialmente generoso.

Puede que sea respetable no quitarle nunca nada a nadie. Lo cristiano es dar siempre lo más posible. En realidad, Jesús estaba confrontando a este hombre con una cuestión básica y esencial: «¿Hasta qué punto quieres el verdadero Cristianismo? ¿Lo quieres lo suficiente como para renunciar a tus posesiones?» Y el hombre tuvo que contestar sinceramente: «Lo quiero, pero no hasta ese punto.»

Robert Louis Stevenson, en *The Master of Ballantrae,* hace un retrato del amo que deja su hogar ancestral en Durrisdeer por última vez. Hasta él está triste. Está hablando con el fiel ma- yordomo de la familia. «¡Ah, M'Keller! —le decía—. ¿Crees que no tengo nunca ningún remordimiento?» «No creo —contestó M'Keller— que usted podría ser tan malo si no tuviera toda la maquinaria para ser bueno.» «No toda —dijo el amo—. En eso estás en un error. *La enfermedad de no querer.»*

Era la enfermedad de no querer suficientemente la que supuso una tragedia para el que vino corriendo a Jesús. Es la enfermedad que sufrimos la mayoría. Todos queremos la bondad, pero hasta cierto punto, y muy pocos suficientemente como para pagar el precio.

Jesús, al mirarle, le amó. Había muchas cosas en la mirada de Jesús.

(*a*) Estaba la llamada del amor. Jesús no estaba enfadado con él. Le amaba demasiado para eso. No era la mirada de la ira, sino la del amor.

(*b*) Estaba el desafío de la caballerosidad. Era una mirada que trataba de sacar al hombre de una vida cómoda, respetable y segura, e introducirle en la aventura de ser un caballero cristiano.

(*c*) Era la mirada del desencanto. Y ese desencanto era el más doloroso de todos: el de ver que un hombre escogía

deliberadamente no ser lo que hubiera podido ser y se le ofrecía llegar a ser.

Jesús nos mira con la llamada del amor, y con el desafío de la aventura caballeresca del camino cristiano. Que no tenga Dios que mirarnos con el dolor por una persona amada que rehúsa ser lo que podría haber sido y estaba en sus posibilidades llegar a ser.

EL PELIGRO DE LA RIQUEZA

Marcos 10:23-27

> *Jesús miró a Su alrededor y les dijo a Sus discípulos:*
>
> *—¡Qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que tienen dinero!*
>
> *Sus discípulos se quedaron alucinados con Sus palabras. Entonces Jesús repitió lo que había dicho:*
>
> *—¡Chicos, qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que confían en el dinero! Le es más fácil a un camello pa-sar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios.*
>
> *Ellos estaban alucinados a tope, y Le dijeron:*
>
> *—Entonces, ¿quién se va a poder salvar?*
>
> *Jesús se los quedó mirando, y les dijo:*
>
> *—Para un hombre es imposible, pero no para Dios. Todas las cosas son posibles para Dios.*

El aristócrata que no había aceptado el desafío de Jesús se había marchado triste, y sin duda Jesús y Sus discípulos le siguieron con la mirada hasta que se perdió en la distancia. Entonces Jesús Se volvió y miró a Su alrededor a Sus hombres. «¡Qué difícil les es —les dijo— entrar en el Reino de Dios a los que tienen dinero!» La palabra que se usa para *dinero* es *jrêmata,* que Aristóteles definía como «todas aquellas cosas cuyo valor se mide por el dinero.»

Tal vez nos preguntemos por qué este dicho sorprendió tanto a los discípulos. Dos veces se subraya su sorpresa. La razón era que Jesús estaba poniendo patas arriba los baremos judíos corrientes. La moralidad popular judía era bien sencilla. Se creía que la prosperidad era señal de que se era buena persona. Si uno era rico, era porque Dios le había honrado y bendecido. La riqueza era una

prueba de la excelencia del carácter de la persona y del favor de Dios. El salmista lo resumía: «Joven fui y me he hecho viejo, y no he visto a ningún justo desamparado, ni a sus descendientes pidiendo limosna» *(Salmo 37:25).*

¡No nos sorprende que los discípulos se sorprendieran! Creerían que, cuanto más próspera fuera la vida de un hombre, tanto más seguro estaría de entrar en el Reino. Así es que Jesús repitió Su dicho de una manera ligeramente diferente para aclarar lo que quería decir: «¡Qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que confían en el dinero!»

Nadie ha visto más claramente que Jesús los peligros de la prosperidad material. ¿Cuáles son esos peligros?

(i) Las posesiones materiales tienden a hacer que se apegue a este mundo el corazón del hombre. Tiene tantos intereses en él, está tan involucrado en él, que le es difícil dejar de pensar en él, y le es especialmente difícil salir de él. El doctor Johnson estaba una vez visitando un famoso castillo y sus maravillosos jardines. Después de verlo todo, se volvió a sus amigos y les dijo: «Estas son las cosas que le hacen a uno difícil morir.» El peligro de las posesiones es que fijan los pensamientos e intereses de la persona a este mundo.

(ii) Si el principal interés de la persona está en las cosas materiales, esto tiende a hacerle pensar en todo en términos de precio. La mujer de un pastor de ovejas de las montañas escribió a un periódico una carta sumamente interesante. Sus hijos se habían criado en la soledad de las montañas. Eran sencillos y naturales. Luego su marido consiguió un trabajo en el pueblo, y los niños se fueron introduciendo en la nueva vida. Cambiaron muy considerablemente —a peor. El último párrafo de su carta rezaba: «¿Qué es preferible para la educación de un niño: la falta de cosas mundanas, pero con mejores modales y pensamientos sencillos y sinceros, o todo lo mundano, con el hábito de hoy en día de saber el precio de las cosas pero no su verdadero valor?» Como decía Antonio Machado: «Sólo un necio — confunde valor y precio.»

Si el interés principal de una persona está en las cosas materiales pensará en términos de precio y no en términos de valor; pensará en términos de lo que se puede conseguir con dinero. Y bien puede ser que olvide que hay cosas más valiosas en este mundo que el

dinero, que hay cosas que no tienen precio, y que hay cosas preciosas que no se compran con dinero. Es fatal el empezar a pensar que todo lo que vale la pena tiene un precio en dinero.

(iii) Jesús habría dicho dos cosas de las posesiones ma-teriales.

(*a*) Son la piedra de toque de una persona. Por cada cien personas que pueden soportar la adversidad no hay más que una que pueda soportar la prosperidad. La prosperidad puede hacer a una persona muy fácilmente arrogante, orgullosa, satisfecha de sí misma, mundana. Hay que ser una persona como Dios manda para soportarla dignamente.

(*b*) Es una responsabilidad. Una persona siempre será juzgada por dos baremos: Cómo obtuvo su riqueza, y cómo la usa. Cuanto más tenga, mayor será la responsabilidad que se le imponga. ¿Usará lo que tiene egoísta o generosamente? ¿Lo usará como si fuera el dueño indiscutible, o recordando que es Dios Quien se lo ha dejado en depósito?

La reacción de los discípulos fue que, si lo que Jesús estaba diciendo era cierto, era prácticamente imposible salvarse. Entonces Jesús resumió en pocas palabras toda la doctrina de la salvación. «Si —dijo— la salvación dependiera de los esfuerzos de una persona, sería imposible; pero la salvación es el don de Dios, y todas las cosas son posibles para Dios.» El que confía en sí mismo y en su riqueza nunca puede estar seguro de salvarse. El que confía en el poder salvador y en el amor redentor de Dios puede entrar gratis en la salvación. Este es el pensamiento que expresó Jesús, y lo que Pablo escribió en todas sus cartas. Y esta es la verdad que sigue siendo para nosotros la base fundamental de la fe cristiana.

CRISTO NO QUEDA EN DEUDA CON NADIE

Marcos 10:28-31

Pedro se puso a decirle a Jesús:

—¡Fíjate! Nosotros lo hemos dejado todo para ser Tus seguidores.

—Os diré la pura verdad —les contestó Jesús—: No hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o tierras por causa de Mí o del Evangelio, que no recupere cien veces más en este tiempo

presente, hogares, hermanos, hermanas, madres, hijos, tierras, con persecuciones, y en el mundo venidero la vida eterna. Pero muchos que están los primeros serán los últimos, y los últimos, primeros.

Pedro había estado dándole vueltas a la cosa en su cabeza y, como le era característico, no podía callar la boca. Acababa de ver a un hombre rechazar el «¡Sígueme!» de Jesús. Acababa de oírle decir a Jesús que ese hombre, por su reacción, se había excluido del Reino de Dios. Pedro no podía por menos de trazar el contraste entre aquel hombre y él mismo y sus amigos. Al contrario de lo que había hecho aquel hombre, que había rehusado la invitación de Jesús a seguirle, él y sus amigos la habían aceptado; y Pedro, con esa casi silvestre sinceridad suya, quería saber lo que él y sus amigos iban a sacar. La respuesta de Jesús cae en tres secciones.

(i) Dijo que nadie renunciará nunca a nada por causa de Él y de Su Buena Noticia que no lo recupere multiplicado por cien. Aquello fue un hecho repetido en las vidas de muchos de los primeros cristianos. La conversión al Cristianismo de un hombre le podía suponer la pérdida de hogar y amigos y parientes, pero su entrada en la Iglesia Cristiana le introducía en una familia mucho más amplia y numerosa unida por lazos espirituales.

Lo vemos hecho realidad en la vida de Pablo. Sin duda, cuando Pablo se hizo cristiano, le cerraron en la cara las puertas de su propia casa, y su familia le proscribió. Pero igualmente sin duda hubo ciudad tras ciudad, pueblo tras pueblo, aldea tras aldea en Europa y en Asia Menor donde él podía encontrar un hogar donde se le esperara y una familia en Cristo que le recibiera. Es curioso cómo usa los términos familiares. En *Romanos 16:13,* dice que la madre de Rufo había sido tan buena como una madre para él; en *Filemón 10* habla de Onésimo como el hijo que le ha nacido en la cárcel.

Así sucedería con todos los cristianos en los primeros tiempos. Cuando su propia familia los excluía, entraban en la familia más amplia de Cristo.

Cuando Egerton Young predicó por primera vez el Evangelio a los amerindios de Saskatchewan, la idea de que Dios fuera Padre fascinaba a hombres que hasta entonces no habían pensado en

Dios nada más que en relación con el trueno y el rayo y las tormentas. El viejo jefe le preguntó a Egerton Young: «¿Te he oído bien llamar a Dios "Padre nuestro"?» «Es verdad que lo he dicho» —le contestó el misionero. «¿Es Dios tu Padre?» —preguntó de nuevo el jefe. «Sí» —contestó Egerton. «Y —prosiguió el jefe—, ¿es Él también mi Padre?» «No te quepa la menor duda»— le contestó Young. De pronto se le iluminó el rostro al jefe, y extendió los brazos mientras decía como si hubiera hecho un descubrimiento maravilloso: «¡Entonces, tú y yo somos hermanos!»

Una persona puede tener que sacrificar vínculos que le son muy queridos al convertirse a Cristo; pero entonces se convierte en miembro de una familia y de una fraternidad que abarca la Tierra y el Cielo.

(ii) Jesús añadió dos cosas. La primera, añadió las sencillas palabras «y persecuciones.» Automáticamente, estas palabras sacan todo el tema del mundo del *quid pro quo.* Descartan la idea de una recompensa material por un sacrificio material. Nos dicen dos cosas. Nos presentan la absoluta honradez de Jesús. Él no ofrecía nunca gangas. Decía claramente que el ser cristiano es una cosa costosa. Jesús nunca usó *el soborno* para invitar a que Le siguieran, sino *el desafío.* Es como si dijera: «Puedes estar seguro de que recibirás Tu recompensa, pero tendrás que mostrarte lo suficientemente grande y gallardo para obtenerla.» La segunda cosa que Jesús añadió fue la referencia al mundo venidero. Él nunca prometió que habría en este mundo de espacio y tiempo una especie de revisión final del ejercicio y cierre de cuentas. Jesús no llamaba a las personas a ganar las recompensas del tiempo. Las llamaba a ganar las bendiciones de la eternidad. Este no es el único mundo que Dios tiene para cumplir Sus compromisos.

(iii) Entonces Jesús añadió un epigrama de advertencia: «Pero muchos que están los primeros serán los últimos, y los últimos, primeros.» Esta era en realidad una advertencia a Pedro. Puede ser que por entonces Pedro estuviera calculando su propia valía y su propia recompensa, y valorándolas bien alto. Lo que Jesús estaba diciendo era: «El baremo definitivo del juicio es el de Dios. Muchos puede que ocupen una buena posición en el juicio del mundo, pero el juicio de Dios trastocará el del mundo. Todavía más: muchos

puede que se consideren muy importantes a su propio juicio, y descubran que la valoración que Dios hace de ellos es muy diferente.» Es una advertencia contra el orgullo. Es la advertencia de que los juicios definitivos son los de Dios, que es el Único Que conoce la motivación de los corazones humanos. Es una advertencia de que el juicio del Cielo puede que trastrueque las dignidades de la Tierra.

EL DESENLACE INMINENTE

Marcos 10:32-34

> *Iban de camino hacia Jerusalén, y Jesús iba andando por delante de ellos. Los discípulos estaban sorprendidos y perplejos, y, conforme Le iban siguiendo, tenían miedo. Una vez más tomó consigo a los Doce, y empezó a decirles lo que Le iba a suceder.*
>
> *—¡Fijaos! —les dijo—. Vamos subiendo hacia Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y maestros de la Ley, quienes Le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles, y harán burla de Él, y Le escupirán, y Le azotarán, y Le matarán. Y después de tres días resucitará.*

Aquí tenemos un pasaje gráfico, tanto más gráfico cuanto es parco en palabras. Jesús y Sus hombres iban a entrar en la última escena. Jesús había decidido definitiva e irrevocablemente dirigirse a Jerusalén y a la Cruz. Marcos marca las etapas muy definidamente. Atrás quedó la retirada al Norte, al territorio en torno a Cesarea de Filipo. Luego había venido el viaje hacia el Sur, y la breve parada en Galilea. Después, el camino a Judea, y el tiempo en las montañas y en Transjordania. Y ahora nos presenta la etapa final, el camino a Jerusalén.

Este pasaje nos dice algo acerca de Jesús.

(i) Nos presenta la soledad de Jesús. Iban recorriendo el camino, y Él iba delante de Sus discípulos —solo. Y ellos estaban tan apesadumbrados y perplejos, tan sensibilizados por el ambiente de tragedia inminente, que tenían miedo de acercársele. Hay ciertas decisiones que una persona debe tomar a solas. Si Jesús hubiera tratado de compartir esta decisión con los Doce, su única aportación

posible habría sido tratar de impedírselo. Hay ciertas cosas que uno ha de encarar a solas. Hay ciertas decisiones que se han de tomar, y ciertos caminos que se han de recorrer en la terrible soledad de la propia alma de la persona. Y sin embargo, en el sentido más profundo, has-ta en estos momentos, o especialmente en estos momentos, uno no está totalmente solo, porque es cuando Dios está más cerca de él.

Aquí vemos la soledad esencial de Jesús, una soledad confortada por Dios.

(ii) Nos presenta el coraje de Jesús. Jesús les había predicho a Sus discípulos las cosas que habían de sucederle en Jerusalén; y, según nos cuenta Marcos estas advertencias, cada vez se hacían más abrumadoras y se les añadía algún detalle terrible más. La primera *(Marcos 8:31)* fue un anuncio escueto. La segunda vez se presentaba la perspectiva de la traición *(Marcos 9:31).* Y ahora, en la tercera, aparecen las burlas, las mofas y los azotes. Parecería que la escena se iba presentando cada vez más clara en la mente de Jesús conforme se iba adentrando en la conciencia del costo de la redención.

Hay dos clases de coraje. Está el coraje que es una especie de reacción instintiva, casi un acto reflejo: el valor de una persona que se enfrenta inesperadamente con una crisis frente a la que reacciona instintivamente con gallardía, sin tiempo apenas para pensar. Bastantes personas se han convertido en héroes en el albur y el ardor de un momento. También está el coraje del que ve el conflicto terrible que se le aproxima desde lejos, que tiene tiempo de sobra para retirarse y volverse atrás, que podría, si quisiera, evitar el conflicto, y que, sin embargo, sigue adelante. No hay duda cuál es el coraje superior —este consciente y deliberado encarar el futuro. Ese fue el coraje que mostró Jesús. Si no fuera posible otro veredicto superior, siempre sería verdad decir de Él que figura a la cabeza de los héroes del mundo.

(iii) Nos presenta el magnetismo personal de Jesús. Está claro que hasta aquel tiempo los discípulos no sabían lo que estaba pasando. Estaban seguros de que Jesús era el Mesías. Estaban igualmente seguros de que Él iba a morir. Para ellos estos dos hechos no tenían sentido juntos. Estaban totalmente

desconcertados, *y sin embargo seguían a Jesús.* Para ellos todo estaba oscuro, excepto una cosa: que amaban a Jesús y que, aunque quisieran, no Le podían dejar. Habían aprendido algo que pertenece a la misma esencia de la vida y de la fe: amaban tanto que estaban dispuestos a aceptar lo que no podían entender.

LA PETICIÓN DE LA AMBICIÓN

Marcos 10:35-40

Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, se acercaron a Jesús y Le dijeron:

—Maestro, queremos que nos concedas lo que Te pidamos.

—¿Qué queréis que os conceda? —les preguntó Jesús. Y ellos Le dijeron:

—Concédenos que, en Tu gloria, nos sentemos uno a Tu derecha y otro a Tu izquierda.

—No sabéis lo que estáis pidiendo —les dijo Jesús—. ¿Podéis beber el cáliz que Yo estoy bebiendo? O ¿podéis pasar la experiencia que Yo estoy pasando?

—Podemos —Le dijeron.

Y Jesús les dijo:

—Beberéis el cáliz que Yo estoy bebiendo, y pasaréis por la experiencia por la que Yo estoy pasando; pero el que os sentéis a Mi derecha y a Mi izquierda no Me corresponde a Mí concedéroslo. Ese puesto pertenece a aquellos para los que ha sido preparado.

Esta es una historia muy reveladora.

(i) Nos dice algo acerca de Marcos. Mateo relata esta historia *(Mateo 20:20-23),* pero en su versión la petición de los primeros puestos no la hacen Santiago y Juan sino su madre, Salomé. Mateo tiene que haber presentido que tal solicitud era indigna de los apóstoles; y para mantener a salvo la reputación de Santiago y Juan la atribuyó a la ambición natural de su madre. Esta historia nos muestra la honradez de Marcos. Se cuenta que un pintor de la corte hizo el retrato de Oliver Cromwell. Cromwell tenía unas verrugas en la cara que le afeaban bastante. Con la intención de agradarle, el pintor omitió las verrugas en el cuadro. Pero cuando Cromwell lo vio,

dijo: «¡Llévatelo! ¡Y píntame con verrugas y todo!» El propósito de Marcos era presentarnos a los discípulos con verrugas y todo. Y Marcos tenía razón, porque los Doce no eran una compañía de ángeles. Eran hombres normales y corrientes. Fue con personas como nosotros como Jesús emprendió la empresa de cambiar el mundo —¡y lo hizo!

(ii) Nos dice algo acerca de Santiago y Juan.

(*a*) Nos dice que eran ambiciosos. Cuando se obtuviera la victoria y el triunfo fuera completo, pretendían ser los primeros ministros de estado de Jesús. Puede que su ambición se incentivara por el hecho de que Jesús los había escogido como parte de Su círculo íntimo, los tres escogidos. Puede ser que fueran de un poco mejor posición que los otros. Su padre tenía una posición suficientemente desahogada como para tener jornaleros *(Marcos 1:20),* y puede ser que tuvieran la presunción de creer que su superioridad social les daba derecho a los primeros puestos. Y, por supuesto, creerían que tenían más derecho que nadie por ser parientes de Jesús. En cualquier caso aparecen como hombres en cuyos corazones anidaba la ambición por los primeros puestos en un reino terrenal.

(*b*) Nos dice que no habían conseguido comprender a Jesús. Lo sorprendente no es el que este incidente tuviera lugar, sino *el momento* en que sucedió. Es todo lo contrario del anuncio más definido y detallado que hizo Jesús de Su muerte, y esta petición es alucinante. Muestra mejor que ningún otro detalle lo poco que habían comprendido de lo que Jesús les estaba diciendo. Sus palabras no habían conseguido desembarazarlos de la idea de un Mesías de poder y gloria terrenales. Solamente la Cruz lo conseguiría.

(*c*) Pero, una vez que hemos dicho todo lo que se puede decir en contra de Santiago y Juan, esta historia nos revela algo luminoso acerca de ellos —desconcertados y todo como estaban, *todavía creían en Jesús.* Es alucinante que todavía pudieran conectar la gloria con un Carpintero galileo Que ha-bía incurrido en la enemistad y la oposición declarada de los líderes religiosos ortodoxos, y Que iba de camino a la Cruz. Hay aquí una confianza alucinante y una alucinante lealtad. Puede que Santiago y Juan

estuvieran confundidos, pero tenían el corazón en su sitio. Nunca pusieron en duda el triunfo final de Jesús.

(iii) Nos dice algo acerca del baremo de grandeza de Jesús. La versión Reina-Valera nos da la traducción literal exacta de lo que dijo Jesús: «¿Podéis beber del vaso que Yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que Yo soy bautizado?» Jesús usa aquí dos metáforas hebreas.

Era costumbre en los banquetes reales que el rey pasara la copa a sus huéspedes. *La copa* por tanto llegó a ser una metáfora de la vida y la experiencia que Dios comunica a los hombres. «Mi copa está rebosando» decía el salmista *(Salmo 23:5),* cuando hablaba de la vida y experiencia y felicidad que Dios le había dado. «En la mano del Señor hay una copa,» decía el salmista *(Salmo 75:8)* cuando estaba pensando en la suerte que les está reservada a los malvados y desobedientes. Isaías, pensando en las desventuras que habían sobrevenido al pueblo de Israel, las describe como haber bebido «de la mano del Señor la copa de Su ira» *(Isaías 51:17). La copa,* o *el vaso,* o *el cáliz,* habla de la experiencia que Dios asigna a cada persona.

La otra frase que usa Jesús puede llevar a confusión en una traducción literal, motivo por el cual la hemos traducido más libremente para dar el sentido. Habla del bautismo con el que Él fue bautizado. El verbo griego *baptizeîn* significa *sumergir.* Su participio pasado *(bebaptismenos)* quiere decir *sumergido,* y se usa corrientemente de ser *sumergido en alguna experiencia,* lo mismo que en español *inmerso.* Por ejemplo, un manirroto se dice que está *sumergido, inmerso* en deudas. Un borracho se dice que está *sumergido* en bebida. Una persona afligida se dice que está *sumergida, inmersa* en aflicción. Un muchacho ante el profesor que le va a examinar se dice que está *sumergido, inmerso* en preguntas. La palabra se usa corrientemente de un barco que ha sufrido un naufragio y *se sumerge* bajo las olas. La metáfora está muy íntimamente emparentada con la que usa corrientemente el salmista. En *Salmo 42:7* leemos: «Todas Tus ondas y Tus olas han pasado sobre mí.» En *Salmo 124:4* leemos: «Entonces nos habrían anegado las aguas; sobre nuestra alma habría pasado la avenida.» La expresión, como Jesús la usa aquí, no tiene nada que ver con el

Bautismo. Lo que está diciendo es: «¿Podéis so-portar pasar la terrible experiencia que Yo tengo que pasar? ¿Podéis sumergiros en odio y dolor y muerte como Yo?» Estaba diciéndoles a estos dos discípulos que sin Cruz no puede haber corona. El baremo de grandeza en el Reino es el baremo de la Cruz. Fue cierto que en días entonces por venir ellos pasaron la experiencia de su Maestro, porque Santiago fue decapitado por Herodes Agripa *(Hechos 12:2),* y, aunque Juan probablemente no murió mártir, sí tuvo que sufrir mucho por Cristo. Ellos aceptaron el desafío de su Maestro — aunque fuera a ciegas.

(iv) Jesús les dijo que la decisión final pertenecía a Dios. La asignación final del destino era Su prerrogativa. Jesús nunca usurpó el lugar de Dios. Toda Su propia vida fue un largo acto de sumisión a la voluntad de Dios, y Él sabía que esa voluntad era suprema hasta el fin.

EL PRECIO DE LA SALVACIÓN HUMANA

Marcos 10:41-45

> *Cuando los otros diez se enteraron de lo que había pasado, empezaron a enfadarse por lo que habían hecho Santiago y Juan. Jesús los llamó y les dijo:*
>
> *—Vosotros os dais perfecta cuenta de que los que son estimados suficientemente buenos para gobernar a los gentiles se portan como si fueran sus amos, y los más importantes entre ellos ejercen sobre ellos autoridad. No es así entre vosotros; sino que el que quiera ser grande, será vuestro servidor, y entre vosotros, el que quiera ser el primero, será el esclavo de todos. Como el Hijo del Hombre, Que no vino para ser servido, sino para servir y para entregar Su vida como rescate por muchos.*

Era inevitable que la acción de Santiago y Juan produjera un profundo disgusto entre los otros diez. Les parecería que aquellos dos habían tratado de tomarles la delantera y sacar una ventaja fraudulenta sobre los demás. Inmediatamente empezó otra vez la antigua discusión sobre cuál de ellos era el más importante.

Era una situación delicada. El compañerismo del grupo apostólico podría haber empezado a resquebrajarse si Jesús no hubiera

intervenido a tiempo. Los llamó, y dejó bien claro que los baremos de grandeza de Su Reino y los de los reinos de este mundo eran completamente diferentes. En los reinos del mundo, el baremo de grandeza es el poder. La prueba era: ¿Cuántas personas controla un hombre? ¿Cómo es de grande el ejército de servidores que tiene a sus espaldas y a sus órdenes? ¿A cuántas personas puede imponer su voluntad? No mucho después de esto, Galva había de resumir la idea pagana de la realeza y de la soberanía diciendo que ahora él era el emperador podía hacer lo que le diera la gana y a quien le die-ra la gana. En el Reino de Jesús, el baremo es el del servicio. La grandeza consiste, no en reducir a otros al servicio de uno mismo, sino en reducirse uno mismo al servicio de los demás. La prueba no era: ¿Qué servicio puedo extraer?; sino: ¿Qué servicio puedo prestar?

Se tiende a pensar en esto como un estado ideal de cosas; pero, de hecho, es del más sano sentido común. Es de hecho el primer principio de la vida de negocios normal y corriente. Bruce Barton indica que la base sobre la cual una compañía de coches pretenderá ganar clientes es asegurando que se meterán debajo de tu coche más a menudo y se pondrán más sucios que ninguno de sus competidores. En otras palabras, que están dispuestos a dar mejor servicio. También señala que aunque el empleado normal puede irse a casa a las cinco y media de la tarde, se seguirá viendo la luz en la oficina del jefe de personal hasta bien entrada la noche, porque quiere aportar el servicio extra que le hace ocupar ese puesto.

El problema fundamental de la situación humana es que la gente quiere aportar lo menos posible y recibir lo más posible. Es solamente cuando se está lleno de deseo de meter más en la vida de lo que se saca cuando la vida vale la pena para uno y para los demás. El mundo necesita personas cuyo ideal sea el servicio —es decir, que se hayan dado cuenta de lo sensato que fue lo que dijo Jesús.

Para remachar Sus palabras, Jesús señaló a Su propio ejemplo. Con los poderes que Él tenía podría haber organizado la vida totalmente como Le conviniera a Él; pero Él Se había consumido a Sí mismo y todos Sus poderes en el servicio de los demás. Había

venido, dijo, *para dar Su vida en rescate por muchos.* Esta es una de las grandes frases del Evangelio, y sin embargo ha sido tristemente manipulada y abusada. Muchos han tratado de construir una teoría de la Redención sobre lo que es un dicho de amor.

No pasó mucho tiempo antes de que algunos se pregunta-ran a quién se había pagado el rescate de la vida de Cristo. Orígenes hizo la pregunta: «¿A quién dio Él Su vida en rescate por muchos? No fue a Dios. ¿No sería entonces al Maligno? Porque el Maligno nos tuvo cautivos hasta que se le pagó el rescate, la vida de Jesús; porque se engañó con la idea de que podía ejercer dominio sobre ella, y no vio que no podía so-portar la tortura que suponía retenerla.» Es una extraña concepción la de que la vida de Jesús se pagó como un rescate al diablo para que soltara a los hombres del cautiverio en el que los tenía, pero que el diablo descubrió que al demandar y aceptar aquel rescate se había servido, por así decirlo, más de lo que podía comer.

Gregorio de Nisa vio un fallo en esa teoría, que no es otro que el poner al diablo en igualdad de condiciones que Dios. Le permite hacer un trato con Dios de igual a igual. Así que Gregorio de Nisa inventó una idea alucinante de *un truco* que le hizo Dios al diablo. El diablo se engañó ante la aparente debilidad de la Encarnación. Tomó a Jesús por un hombre corriente. Trató de ejercer su autoridad sobre Él y, al intentarlo, perdió su autoridad. También esta es una idea extraña —que Dios usara *un truco* para vencer al diablo.

Pasaron otros doscientos años, y Gregorio el Grande asumió de nuevo la idea. Usó una metáfora fantástica: La Encarnación fue una estratagema divina para cazar al gran Leviatán. La deidad de Cristo era el anzuelo, y Su carne era el cebo. Cuando se le presentó el cebo a Leviatán, el diablo, se lo tragó, y trató de tragarse el anzuelo también, y así acabó «pescado» para siempre.

Por último, Pedro Lombardo llevó esta idea hasta sus últimas consecuencias grotescas y repelentes. «La Cruz —dijo— fue una ratonera para cazar al diablo, con el anzuelo de la sangre de Cristo.» Todo esto es un ejemplo lastimoso de lo que sucede cuando se toma una idea encantadora y preciosa, y se la trata como materia prima para convertirla en teología seca y fría.

Supongamos que decimos: «El dolor es *el precio* del amor.» Queremos decir que el amor no puede existir sin la posibilidad del dolor; pero nunca se nos ocurre explicar a quién se paga ese *precio.* Supongamos que decimos que la libertad sólo se puede obtener al precio de sangre, sudor y lágrimas; nunca pensamos en investigar a quién se paga ese precio. Este dicho de Jesús es una manera sencilla y pictórica de decir que costó Su vida el hacer volver a la humanidad de su pecado al amor de Dios. Quiere decir que el precio de nuestra salvación fue la Cruz de Cristo. No podemos llegar más allá, ni tenemos por qué intentarlo. Sabemos solamente que algo sucedió en la Cruz que nos abrió el camino a Dios.

MILAGRO AL BORDE DE LA CARRETERA

Marcos 10:46-51

Llegaron a Jericó; y cuando Jesús iba pasando por Jericó, a la salida de la ciudad, rodeado por Sus discípulos y una gran multitud, el mendigo ciego Bartimeo —hijo de Timeo—, estaba sentado al borde de la carretera, y cuando oyó que Jesús de Nazaret estaba por allí se puso a gritar:

—¡Hijo de David! ¡Jesús! ¡Ten piedad de mí!

Muchos le regañaban para que se callara, pero él seguía gritando cada vez más:

—¡Hijo de David! ¡Ten piedad de mí!

Jesús Se detuvo y dijo:

—¡Decidle que venga para acá!

Entonces llamaron al ciego, diciéndole:

—¡Ánimo! ¡Levántate! ¡Te está llamando!

Él tiró la capa, se levantó de un salto y fue hacia Jesús. Jesús le dijo:

—¿Qué quieres que haga por ti?

El ciego Le contestó:

—¡Maestro, lo que pido es poder volver a ver!

Jesús le dijo:

—¡Anda! ¡Tu fe te ha curado!

Al instante volvió a ver, y Le seguía por la carretera.

Para Jesús ya no estaba lejos el final de Su camino. Jericó estaba sólo a unos 25 kilómetros de Jerusalén. Tratemos de visualizar la escena. La carretera principal pasaba por todo Jericó. Jesús iba de camino para la Pascua. Cuando un rabino o maestro distinguido hacía un viaje así, era costumbre que fuera rodeado de mucha gente, discípulos e interesados y curiosos, que escuchaban su enseñanza mientras andaba. Esa era una de las maneras más corrientes de enseñar en el mundo antiguo.

La ley decía que todo judío varón de doce años en adelan-te que viviera en un radio de 25 kilómetros de Jerusalén tenía que asistir a la Pascua. Está claro que era imposible que se pudiera cumplir tal ley, y que todos pudieran ir. Los que no tenían posibilidad de ir tenían la costumbre de ponerse en fila al borde de las calles de los pueblos y las aldeas por los que pasaban los peregrinos para desearles un buen viaje. Así que las calles de Jericó estarían bordeadas de personas; y más aún de lo corriente, porque habría muchos ansiosos y curiosos por ver por sí mismos a aquel intrépido maestro ambulante Jesús de Nazaret Que Se había atrevido a desafiar a todo el poder de la ortodoxia.

Jericó tenía una característica especial. Había adscritos al Templo más de 20,000 sacerdotes y otros tantos levitas. Está claro que no todos podían cumplir su ministerio al mismo tiempo. Por tanto estaban divididos en 26 órdenes que servían por turnos. Muchos de estos sacerdotes y levitas residían en Jericó cuando no estaban de turno en el Templo. Y debe de haber habido muchos de ellos entre la multitud aquel día. Para la Pascua, todos estaban de servicio, porque a todos se los necesitaba. Era una de las raras ocasiones en que todos estaban de servicio, pero muchos no habrían empezado todavía. Estarían doblemente ansiosos de ver a ese Rebelde Que estaba a punto de invadir Jerusalén. Habría muchos ojos fríos y duros y hostiles en la multitud aquel día, porque estaba claro que, si Jesús tenía razón, todo el ritual del Templo era totalmente irrelevante.

Hacia la puerta del Norte se sentaba un mendigo ciego que se llamaba Bartimeo —que quiere decir *hijo de Timeo,* como explica Marcos. Oyó el restregar de muchos pies en la carretera, y preguntó qué pasaba. Se le dijo que era que pasaba Jesús de Nazaret, y allí y

entonces se puso a gritar para atraer Su atención. Para aquellos que estaban escuchando la enseñanza de Jesús cuando pasaba, aquellos gritos eran una molestia. Trataron de hacer que se callara Bartimeo; pero nadie le iba a privar de aquella oportunidad de escapar de un mundo en tinieblas. Así es que siguió gritando cada vez más fuerte e insistentemente, de tal manera que la procesión se detuvo, y él pudo encontrase con Jesús.

Esta es una historia de lo más reveladora. En ella podemos ver muchas de las cosas que podríamos llamar las condiciones para un milagro.

(i) Se daba la inquebrantable insistencia de Bartimeo. No había manera de acallar su clamor por encontrarse cara a cara con Jesús. Estaba totalmente decidido a encontrarse con la única Persona a la que anhelaba presentar su problema. En la mente de Bartimeo no había meramente un deseo sensiblero, nebuloso y caprichoso de ver a Jesús, sino que era un deseo desesperado, y es un deseo desesperado el que consigue que las cosas sucedan.

(ii) Su reacción a la llamada de Jesús fue inmediata y entusiasta; tanto que tiró el manto para correr hacia Jesús más deprisa. Muchas personas oyen la llamada de Jesús; pero es como si Le dijeran: «Espera hasta que haya hecho esto.» O: «Espera a que acabe lo de más allá.» Bartimeo llegó como una bala cuando Jesús le llamó. Hay oportunidades que no se presentan nada más que una vez. Bartimeo sabía que aque-lla era la suya. Algunas veces pasa por nosotros como una oleada de anhelo de abandonar algún hábito, de limpiar nuestra vida de algo que no es como es debido, de entregarnos más completamente a Jesús. Pero con la misma frecuencia no actuamos en el momento —y pasa la oportunidad, tal vez para no volver.

(iii) Bartimeo sabía exactamente lo que quería —la vista. Muchas veces nuestra admiración a Jesús es una vaga atracción. Cuando vamos al médico, queremos que nos resuelva alguna dolencia determinada. Cuando vamos al dentista, no le pedimos que nos saque *cualquier* diente, sino el que nos duele. Así deberíamos hacer con Jesús. Y eso implica la única cosa que pocos están dispuestos a encarar: *un examen de uno mismo.* Cuando vamos a Jesús, si

somos tan desesperadamente claros como Bartimeo, sucederán cosas.

(iv) Bartimeo tenía una idea inadecuada de Jesús. *¡Hijo de David!* insistía en llamarle. Ahora bien, aquello era un título mesiánico, pero conllevaba todo la idea de un Mesías con-quistador, un rey de la dinastía de David, que condujera a Israel a la conquista del mundo. Esa era una idea impropia acerca de Jesús; pero, a pesar de todo, Bartimeo tenía *fe,* y la fe compensaba cien veces una teología deficiente. No se nos exige que comprendamos totalmente a Jesús; a eso, de todas todas, no podemos llegar. Se nos demanda, *fe.* Un sabio escritor ha dicho: «Debemos pedirle a la gente que piense; pero no debemos esperar que sean teólogos antes de ser cristianos.» El Cristianismo empieza con una reacción personal a Jesús, una reacción de amor, con la convicción de que Él es la única Persona que puede solventar nuestra necesidad. Aunque no seamos nunca capaces de pensar las cosas teológicamente, esa respuesta del corazón humano es suficiente.

(v) Al final nos encontramos un detalle precioso. Bartimeo puede que hubiera sido un mendigo ciego al borde de la carretera, pero era capaz de ser agradecido, y «de bien nacido es ser agradecido.» Cuando recibió la vista, siguió a Jesús. No se fue por su camino egoístamente una vez que resolvió su necesidad. Empezó teniendo una necesidad; siguió sintiendo gratitud, y acabó por mostrar lealtad. Y esto es un perfecto resumen de las etapas del discipulado.

LA LLEGADA DEL REY

Marcos 11:1-6

Cuando iban llegando, ya cerca de Jerusalén, a Betfagué y a Betania, Jesús mandó por delante a dos de Sus discípulos diciéndoles:

—Entrad en la aldea que tenéis enfrente, y, en cuanto entréis encontraréis un borriquillo atado en el que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traédmelo. Y si alguien os pregunta por qué estáis haciéndolo, decidle: «El Señor lo necesita; e inmediatamente lo devolverá.»

Ellos se adelantaron, y encontraron el borriquillo atado a la entrada de una casa en plena calle, y lo des- ataron. Y algunos

de los que estaban por allí les dijeron:

—¿Qué estáis haciendo desatando el borriquillo?

Y ellos les dijeron lo que Jesús les había dicho que dijeran, y los dejaron marcharse.

Hemos llegado a la última etapa del viaje de Jesús. La ha- bía precedido la retirada alrededor de Cesarea de Filipo en el extremo Norte; luego habían pasado un tiempo en Galilea; habían estado después en las montañas de Judea y en Transjordania; habían pasado por Jericó, y ahora llegaban a Jerusalén.

Tenemos que fijarnos en algo sin lo cual la historia es casi ininteligible. Cuando leemos los tres primeros evangelios, tenemos la idea de que esta fue la primera visita de Jesús a Jerusalén. Están interesados en contarnos la historia de la obra de Jesús en Galilea. Debemos tener presente siempre que los evangelios son muy cortos; en su corto espacio se apiña la obra de tres años, y los autores no tenían más remedio que seleccionar las cosas en las que querían insistir y de las que tenían un conocimiento especial. Y cuando leemos el cuarto evangelio, encontramos a Jesús frecuentemente en Jerusalén *(Juan 2:13; 5:1; 7:10).* De hecho encontramos que Jesús subía regular-mente a Jerusalén para las grandes fiestas. No hay ninguna contradicción en este punto. Los tres primeros evangelios están interesados especialmente en el ministerio de Jesús en Galilea; y el cuarto, en el de Judea. Sin embargo, también los primeros tres contienen indicaciones de que Jesús visitaba Jerusalén con cierta frecuencia. Tenemos Su estrecha amistad con Marta y María y Lázaro, una amistad que supone muchas visitas. Tenemos el hecho de que José de Arimatea era un amigo secreto Suyo. Y, sobre todo, tenemos el dicho de Jesús en *Mateo 23:37,* de que Jesús había querido a menudo reunir a los habitantes de Jerusalén como la gallina reúne a sus polluelos debajo de las alas, pero ellos Se lo habían impedido. Jesús no podría haber dicho eso si no fuera porque había hecho más de una llamada, que había recibido una fría respuesta. Esto explica el incidente del borriquillo. Jesús no dejaba las cosas para el último momento. Sabía lo que iba a hacer, y tiempo atrás había hecho los preparativos con un amigo. Cuando envió por delante a dos de Sus discípulos, les dio una consigna que había concertado de antemano:

«El Señor lo necesita.» Esto no fue una decisión improvisada y repentina de Jesús. Fue algo hacia lo que se había ido desarrollando toda Su vida.

Betfagué y Betania eran aldeas cercanas a Jerusalén. Probablemente *Bet-faguê* quiere decir *casa de higos,* es decir, *región abundante en higueras y el comercio de los higos;* y *Bet-ania* quiere decir *casa de dátiles,* por razones parecidas. Deben de haber estado muy cerca de Jerusalén, porque sabemos por la ley judía que Betfagué era una de un círculo de aldeas que marcaban el límite de lo que se podía andar en sábado, es decir, cosa de un kilómetro; mientras que Betania era uno de los lugares dormitorio para los peregrinos de la Pascua cuando Jerusalén estaba llena.

Los profetas de Israel habían tenido a veces una manera característica de presentar su mensaje. Cuando las palabras resultaban insuficientes, recurrían a la acción dramática, como si dijeran: «Si no queréis oír, no tendréis más remedio que ver» (Cp. especialmente *1 Reyes 11:30-32).* Estas acciones dramáticas eran lo que podríamos llamar advertencias o sermones representados. Ese método fue el que Jesús empleó aquí. Su acción fue una presentación dramática deliberada de Sus credenciales como Mesías.

Pero debemos fijarnos bien en lo que estaba haciendo. Había un dicho del profeta Zacarías *(Zacarías 9:9):* «¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu Rey viene a ti, justo y salvador, pero humilde, cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.» Todo el impacto está en que *el Rey venía en son de paz.* En Palestina, el asno no era una acémila despreciada, sino un animal noble. Cuando un rey iba a la guerra, su montura era un caballo; pero cuando iba en son de paz, cabalgaba en un asno. Ahora el burro es el paradigma del desprecio divertido, pero en los tiempos de Jesús era una montura de reyes. Pero debemos advertir *la clase de Rey que Jesús proclamaba ser.* Vino manso y humilde, pacíficamente y para traer la paz. Le saludaron como Hijo de David, pero no Le comprendieron.

Fue hacia este tiempo cuando se escribió el poema hebreo *Los salmos de Salomón.* Representan la clase de hijo de David que esperaban los judíos. Aquí tenemos su descripción:

Míralo, Señor, y suscítales un rey, un hijo de David, — en el momento que tú elijas, oh Dios, para que reine en Israel tu siervo.

Rodéale de fuerza, para quebrantar a los príncipes injustos, — para purificar a Jerusalén de los gentiles que la pisotean, destruyéndola,

para expulsar con tu justa sabiduría a los pecadores de tu heredad, — para quebrar el orgullo del pecador como vaso de alfarero,

para machacar con vara de hierro todo su ser, para aniquilar a las naciones impías con la palabra de su boca,

para que ante su amenaza huyan los gentiles de su presencia — y para dejar convictos a los pecadores con el testimonio de sus corazones.

(Salmos de Salomón 17:21-25).

Esa era la clase de poesías con las que los judíos alimentaban y alentaban sus esperanzas. Esperaban a un rey que guerreara y derrotara y destruyera. Jesús lo sabía, y vino man-so y humilde, cabalgando en un borriquillo.

Cuando Jesús entró cabalgando aquel día en Jerusalén, presentó Sus credenciales como Rey, pero como Rey de la Paz. Su acción estaba en contradicción con todo lo que la gente esperaba y deseaba.

EL QUE VIENE

Marcos 11:7-10

> *Le trajeron el borriquillo a Jesús, y pusieron sus mantos sobre él y montaron a Jesús encima. Muchos de ellos extendieron sus mantos por la carretera, y otros cortaban ramas en los campos y las extendían sobre la carretera. Y unos iban delante y otros detrás sin dejar de gritar:*
>
> *—¡Salva ahora! ¡Bendito sea el Reino de nuestro padre David que viene! ¡Envía Tu salvación desde las alturas del Cielo!*

El asnillo que trajeron no lo había montado nunca nadie. Eso era idóneo, porque una acémila que hubiera de usarse para un propósito sagrado no podía haberse usado antes para un uso corriente. Así se estipulaba, por ejemplo, de la ternera roja cuyas cenizas limpiaban de la contaminación *(Números 19:2; Deuteronomio 21:3).*

El cuadro que se nos presenta es el de un populacho que no sabía lo que hacía. Nos muestra a una multitud de personas que creían en la realeza en términos de conquista, que era lo que pensaban desde hacía mucho tiempo. Curiosamente re- cuerda la entrada de Simón Macabeo en Jerusalén 150 años antes, después de aplastar a los enemigos de Israel en batalla: «Y a los veinte y tres días del mes segundo del año ciento y setenta y uno, entró en ella con alabanzas, y con ramos de palma, con arpas, y órganos, y címbalos, e himnos, y cantares, por cuanto el enemigo grande de Israel había sido quebrantado» *(1 Macabeos 13:51,*B.O.). Le querían dar a Jesús una bienvenida de conquistador, pero no se hacían idea de la clase de conquistador que Él quería ser.

Los mismos gritos de la multitud demostraban por dónde iban sus pensamientos. Cuando extendían sus mantos por el suelo delante de Él hacía exactamente lo mismo que había hecho la multitud cuando el sanguinario Jehú fue ungido rey *(2 Reyes 9:13).* Gritaban: «¡Bendito el Que viene en el nombre del Señor!» Era una cita del *Salmo 118:26,* que debería leerse con una puntuación diferente: «¡Bendito en el nombre del Señor sea el Que viene!»

Hay aquí tres cosas acerca del grito en las que debemos fijarnos.

(i) Era el saludo normal que se dirigía a los peregrinos cuando llegaban al Templo con ocasión de las grandes fiestas.

(ii) «El Que viene» era el Mesías. Cuando los judíos hablaban del Mesías se referían a Él como *El Que viene.*

(iii) Pero es todo el origen del salmo del que procedían las palabras lo que las hacía tremendamente sugestivas. En el año 167 a.C. había surgido un rey extraordinario en Siria que se llamaba Antíoco. Había concebido la idea de que su deber era ser misionero del helenismo, e introducir la manera griega de vivir, el pensamiento griego y la religión griega hasta donde le fuera posible; hasta, si era necesario, por la fuerza. Trató de hacerlo en Palestina.

Por un tiempo sojuzgó Palestina. El tener un ejemplar de la Ley o el circuncidar a un niño eran crímenes que se castigaban con la muerte. Profanó los atrios del Templo. De hecho, hasta instituyó el culto del dios griego Zeus donde se había adorado a Jehová. Como un insulto deliberado ofreció carne de cerdo en el gran altar de los holocaustos. Convirtió las cá- maras que bordeaban los atrios del Templo en burdeles. Hizo, en fin, todo lo que pudo por desarraigar la fe judía.

Fue entonces cuando se rebeló Judas Macabeo; y después de una alucinante carrera de victorias, expulso de Palestina a Antíoco y purificó y consagró de nuevo el Templo, un acontecimiento que conmemoraba, y todavía conmemora, la Fiesta de la Dedicación, en hebreo *Januká.* Y es muy probable que el *Salmo 118* se escribiera para conmemorar aquel gran día de purificación, y para celebrar la victoria que había obtenido Judas Macabeo. *Es el salmo de un conquistador.*

Una y otra vez vemos la misma tendencia en este incidente. Jesús había proclamado ser el Mesías; pero de tal manera que trataba de mostrar al pueblo que sus ideas acerca del Mesías estaban descaminadas; pero el pueblo no lo veía. Su bienvenida era la que habría correspondido, no al Rey del amor, sino al conquistador que hubiera derrotado a los enemigos políticos del reino de Israel.

En los versículos 9 y 10 aparece la palabra *hosanna.* Esta palabra se suele entender equivocadamente. Se cita y se usa como si fuera una alabanza; pero es una simple transcripción de la palabra hebrea

que quiere decir *¡Salva ahora!* Aparece en exactamente la misma forma en *2 Samuel 14:4* y *2 Reyes 6:26,* donde expresa el clamor del pueblo que pide ayuda y pro- tección por parte del rey. Cuando el gentío gritaba *hosanna,* no era un grito de alabanza a Jesús, que es lo que parece cuando lo citamos o usamos, sino un grito que se dirigía a Dios pa-ra que irrumpiera y salvara a Su pueblo ahora que el Mesías había venido.

Ningún otro episodio nos muestra tan claramente como es-te el tremendo coraje de Jesús. En aquellas circunstancias, uno podría haber esperado que Jesús Se introdujera en Jerusalén de incógnito, y Se mantuviera a cubierto de las autoridades, que estaban dispuestas a eliminarle. En vez de eso, entró de tal manera que atrajo la atención de toda la gente. Una de las cosas más peligrosas que una persona puede hacer es dirigirse a un pueblo y decirle que todas sus ideas están equivocadas. Cualquiera que intente desarraigar los sueños nacionalistas de un pueblo se está buscando problemas. Pero eso fue precisamente lo que hizo Jesús. Aquí Le vemos haciendo la última llamada del amor, y haciéndola con un coraje verdaderamente heroico.

LA CALMA ANTES DE LA TEMPESTAD

Marcos 11:11

> *Y Se adentró en Jerusalén y entró en el Templo. Después de mirarlo todo alrededor, como ya era tarde, Se fue a Betania con los Doce.*

Este sencillo versículo nos muestra dos cosas que eran características de Jesús.

(i) Nos muestra a Jesús decidiendo Su táctica. Todo el ambiente de los últimos días era de deliberación. Jesús no Se estaba metiendo inconscientemente en peligros desconocidos. Todo lo hacía con los ojos bien abiertos. Cuando miró todo alrededor era como un general que estudiara la fuerza del enemigo y sus propios recursos para la batalla decisiva.

(ii) Nos muestra cómo recibía Jesús Su fuerza. Volvió a la paz de Betania. Antes de enfrentarse con los hombres buscó la presencia

de Dios. El secreto de Su coraje era que tenía un encuentro con Dios cada día antes de salir al encuentro con los hombres.

Este breve pasaje nos muestra también algo acerca de los Doce. Todavía estaban con Él. Por entonces ya se habían da-do cuenta perfectamente de que Jesús estaba jugándose la vida. Así les parecía a ellos. Algunas veces los criticamos por su falta de lealtad en los últimos días; pero es una prueba a su favor que, comprendiendo tan poco lo que estaba pasando, todavía se mantuvieron con Él.

LA HIGUERA ESTÉRIL

Marcos 11:12-14, 20s

> *Cuando al día siguiente iban saliendo de Betania, Jesús tenía hambre. Vio una higuera frondosa en la distancia; y Se dirigió a ella para ver si tenía algún fruto. Cuando Se acercó, vio que no tenía más que hojas, porque todavía no era el tiempo de los higos. Y Jesús le dijo:*
>
> *—¡Que nadie coma nunca tu fruto!*
>
> *Y Sus discípulos Le oyeron decirlo.*
>
> *. . . . .*
>
> *Cuando iban pasando por la carretera al día siguiente de madrugada vieron que la higuera se había secado, desde sus raíces. Pedro se acordó de lo que Jesús había dicho el día antes y dijo:*
>
> *—¡Maestro! ¡Fíjate! ¡La higuera que maldijiste se ha secado!*

Aunque la historia de la higuera se encuentra separada en dos partes en *Marcos,* la tomamos en conjunto. La primera parte sucedió la mañana del primer día, y la segunda parte la mañana del día siguiente, y cronológicamente la Purificación del Templo sucedió entre ambas partes. Pero, como estamos tratando de descubrir el sentido de la historia, lo mejor será que las consideremos juntas.

No cabe duda que, sin excepción, esta es la historia evangélica más difícil de entender. El tomarla literalmente como un reportaje de algo que sucedió tal como se nos cuenta presenta dificultades que nos parecen insuperables.

(i) La historia no parece cierta. Francamente, todo el incidente no parece digno de Jesús. Parece haber una cierta petulancia en el relato. Es la clase de historias que se cuentan de ciertos milagreros, pero nunca de Jesús. Además, tenemos esta dificultad fundamental: Jesús siempre Se había negado a usar Sus poderes milagrosos en Su propio provecho. No quiso convertir las piedras en pan para saciar Su propia hambre. Se negaba a usar Sus poderes milagrosos para escaparse de Sus enemigos. Él no usó *nunca* Su poder en Su propio provecho. Y sin embargo aquí parece usar Su poder para destruir un árbol que Le había defraudado cuando tenía hambre.

Peor todavía: toda la acción carece de sentido. Era la época de la Pascua, es decir, al principio de la primavera. La higuera, si se encuentra en un lugar protegido, puede que haya echado hojas para entonces, pero nunca da fruto hasta el final de la primavera o en principio del verano, mayo o junio. Marcos dice que no era tiempo de higos. ¿Por qué destruir un árbol por dejar de hacer lo que no le era posible hacer? Sería, no sólo irracional, sino también injusto. Por eso algunos comentadores, para salir del paso, dicen que Jesús estaba buscando higos verdes, todavía sin madurar, en sus primeras etapas; pero tales higos verdes son desagradables, y no se comen nunca.

Toda esta historia no parece estar de acuerdo con Jesús en absoluto. ¿Qué podemos decir acerca de ella?

Si hemos de tomar esto como el relato de algo que sucedió efectivamente, debemos tomarlo como *una parábola representada.* Debemos, de hecho, tomarla como una de aquellas acciones proféticas, simbólicas, dramáticas. Si la tomamos de esa manera, puede interpretarse como la condenación de dos cosas.

(i) Es la condenación de *la promesa sin su cumplimiento.* Las hojas del árbol se podían interpretar como una promesa de fruto; pero no había fruto. Es la condenación específica del pueblo de Israel. Toda su historia había sido una preparación para la venida del Escogido de Dios. Toda la promesa de su tradición nacional era que, cuando el Escogido viniera, estarían ansiosos por recibirle. Pero cuando vino de hecho, esa promesa no se cumplió.

Charles Lamb cuenta la historia de un cierto Samuel le Grice. Hubo tres etapas en su vida. Cuando era joven, se decía de él:

«Será algo.» Cuando ya fue mayor, y no llegó a nada, dijeron: «Podría ser algo, si quisiera.» Hacia el final, decían de él: «Habría podido ser alguien, si lo hubiera intentado.» Su vida era la historia de una promesa que no se cumplió nunca. En este incidente tenemos una parábola representada que simboliza la condenación de la promesa que no se cumple.

(ii) Es la condenación de *la profesión sin la práctica.* Podría entenderse que el árbol con sus hojas profesaba ofrecer algo, pero no tenía nada que dar. Todo el clamor del Nuevo Testamento es que una persona sólo se puede conocer por los frutos de su vida. «Por sus frutos los conoceréis» *(Mateo 7:16).* «Producid frutos dignos e arrepentimiento» *(Lucas 3:8).* No es el que dice piadosamente «Señor, Señor,» el que entrará en el Reino, sino el que hace la voluntad de Dios *(Mateo 7:21).* A menos que la religión le haga a uno mejor persona y más útil, y más feliz su hogar, y una vida mejor para los que están en contacto con él, no es religión ni nada que se le parezca. Nadie puede pretender ser un seguidor de Jesucristo y seguir siendo tan totalmente distinto del Maestro a Quien profesa amar.

Si tomamos este incidente literalmente y es una parábola representada, ese debe de ser su sentido; pero, por muy relevantes que sean estas lecciones, parece difícil extraerlas del incidente, porque era totalmente irracional esperar que la higuera produjera higos cuando todavía faltaban seis semanas.

Entonces, ¿qué podemos decir? Lucas no cuenta este episodio, pero tiene la parábola de la higuera estéril *(Lucas 13:6-9).* Ahora bien, esa parábola tiene un final indeciso. El amo de la viña quería desarraigarla, pero el jardinero propuso que se le diera otra oportunidad. Al parecer se le dio la última oportunidad; y se quedó de acuerdo que si daba fruto se la dejaría, pero si no se la quitaría de en medio. ¿No podría ser que este incidente fuera una especie de continuación de esa parábola? El pueblo de Israel había tenido su oportunidad. No se había conseguido que diera fruto, y entonces llegó el tiem-po de su destrucción. Se ha sugerido —y es perfectamente posible— que en el camino de Betania a Jerusalén hubiera una higuera solitaria seca. Bien puede ser que Jesús dijera a Sus discípulos: «¿Os acordáis de la parábola que os conté acerca

de la higuera estéril? Israel sigue siendo estéril, y será destruido como ese árbol.» Bien puede ser que aquel árbol solitario se asociara en la mente de algunos con el dicho de Jesús acerca del destino de la esterilidad, y así surgió la historia.

Que el lector lo tome como mejor le parezca. A nosotros nos parecen insuperables las dificultades para tomarla literalmente. Nos parece ser de alguna manera relacionada con la parábola del árbol estéril. Pero, en cualquier caso, la lección del pasaje es que la inutilidad invita al desastre.

LA IRA DE JESÚS

Marcos 11:15-19

> *Llegaron a Jerusalén, y cuando Jesús entró en el recinto sagrado, empezó a echar a los que vendían y compraban en el lugar santo, y volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían palomas; y no permitía que nadie llevara ninguna carga por el lugar sagrado. La carga de Su enseñanza y de lo que decía era:*
>
> *—¿Es que no está escrito: «Mi casa será llamada una casa de oración para todos los pueblos;» pero vosotros la habéis convertido en una guarida de bandoleros?*
>
> *Los principales sacerdotes y los maestros de la Ley Le oyeron, y se pusieron a buscar la manera de eliminarle; pero tenían miedo de Él, porque toda la concurrencia estaba alucinada con Su enseñanza.*
>
> *Y cuando llegó la tarde, Él salió de la ciudad.*

Nos imaginaremos mejor esta escena si tenemos en mente la configuración del recinto del Templo. Hay dos palabras para *templo* íntimamente relacionadas en el Nuevo Testamento. La primera es *hierón,* que quiere decir *el recinto sagrado.* Esto incluía la totalidad del área del Templo, que cubría la cima del monte Sión y tenía una extensión de unos 30 acres. Estaba rodeada de grandes murallas que variaban, a cada lado, de 400 a 300 metros de longitud. Había un amplio espacio exterior que se llamaba el *Atrio de los Gentiles.* Allí podía entrar cualquiera, fuera judío o gentil. En el límite interior del Atrio de los Gentiles había una pared baja con carteles que

decían que si un gentil pasaba aquel punto tenía la pena de muerte. El siguiente atrio se llamaba el *Atrio de las Mujeres.* Se llamaba así porque ninguna mujer podía pasar más adelante a menos que viniera a ofrecer sacrificio. El siguiente era el *Atrio de los Israelitas.* En él se reunía la congregación en las grandes ocasiones, y desde él se entregaban las ofrendas a los sacerdotes. El atrio más interior era el *Atrio de los Sacerdotes.*

La otra palabra importante es *naós,* que quiere decir *el Templo propiamente dicho,* y que estaba en el Atrio de los Sacerdotes. Toda la zona, incluyendo todos los diferentes atrios, era el recinto sagrado *(hierón).* El edificio especial que estaba dentro del Atrio de los Sacerdotes era el Templo *(naós).* Este incidente tuvo lugar en el Atrio de los Gentiles. Poco a poco el Atrio de los Gentiles se había ido secularizando totalmente. Se había diseñado para ser un lugar de oración y de preparación; pero tenía en tiempos de Jesús un ambiente comercializado de compra-venta que hacía imposibles la oración y la meditación. Lo que ponía las cosas todavía peor era que el negocio que se practicaba allí era una vergonzosa explotación de los peregrinos.

Cada judío tenía que pagar un impuesto al templo de medio siclo al año. Eso suponía unas 12 pesetas. No parece mucho, pero hay que tener en cuenta que el salario medio diario de un obrero era 7 pesetas. Ese impuesto tenía que pagarse en una clase especial de moneda. Para los propósitos normales, la moneda griega, romana, siria, fenicia, tiria eran todas igualmente válidas; pero este impuesto tenía que pagarse en siclos del santuario. Se pagaba hacia el tiempo de la Pascua. Venían judíos de todas las partes del mundo para la Pascua, y con toda clase de monedas. Cuando iban a cambiar su dinero, tenían que pagar un impuesto de 2 pesetas, y tenían que tener la cantidad exacta para el impuesto, porque si había que devolverles algo tenían que pagar otras 2 pesetas para que se les diera el cambio. Casi todos los peregrinos tenían que pagar ese extra de 4 pe- setas antes de pagar su impuesto. Debemos recordar que eso suponía la mitad del salario de un día, lo que era una cantidad de dinero considerable para la mayoría.

Las palomas se incluían ampliamente en el sistema sacrificial *(Levítico 12:8; 14:22; 15:14).* Un animal para el sacrificio tenía que

ser sin defecto. Las palomas se podían comprar bastante baratas fuera del Templo; pero los inspectores de los sacrificios era seguro que les encontrarían algún defecto; así es que se aconsejaba a los adoradores que las compraran en los puestos del templo. Las palomas costaban fuera 7 pesetas la pareja, y dentro nada menos que 150 pesetas. De nuevo se trataba de un abuso; y lo que lo hacía aún más flagrante era que este negocio de compra-venta pertenecía a la familia de Anás, que había sido sumo sacerdote.

Los mismos judíos eran plenamente conscientes de este abuso. El *Talmud* nos dice que Rabí Simón ben Gamaliel, al enterarse de que una pareja de palomas costaba dentro del Templo una moneda de oro, insistió en que el precio se redujera a una moneda de plata. Fue el hecho que explotaran a los pobres y humildes peregrinos lo que provocó la ardiente indignación de Jesús. El gran investigador Lagrange, que conocía tan bien el Oriente, nos dice que la misma situación se daba todavía en su tiempo en La Meca. El peregrino que busca la divina presencia se encuentra en medio de un gentío ruidoso donde la única finalidad de los vendedores es cobrar el precio más alto posible, y donde los peregrinos discuten y se defienden con igual fiereza.

Jesús usó una metáfora gráfica para describir el atrio del Templo. La carretera de Jerusalén a Jericó era famosa por sus bandoleros. Era una carretera estrecha y sinuosa que pasaba entre desfiladeros rocosos. Entre las rocas había cuevas en las que los bandidos acechaban, y Jesús dijo: «Hay bandidos peores en los atrios del Templo que los de las cuevas de la carretera de Jericó.»

El versículo 16 contiene la extraña afirmación de que Jesús no permitía que nadie llevara una bolsa por los atrios del Templo. De hecho el atrio del Templo se usaba como un atajo para ir de la parte oriental de la ciudad al monte de los Olivos. La misma *Misná* establece: «Una persona no puede entrar en el recinto del templo con bastón, o sandalias, o bolsa, ni con polvo en sus pies, *ni lo puede usar como un atajo.*» Jesús estaba recordándoles a los judíos sus propias leyes. En Su tiempo los judíos respetaban tan poco la santidad de los atrios exteriores del Templo que los usaban como lugar de paso para sus recados y negocios. Fue a las propias leyes de los judíos a las que Jesús quería dirigir la atención de ellos, y

fueron sus propios profetas los que les citó *(Isaías 53:7* y *Jeremías 7:11).*

¿Qué suscitó hasta tal punto la ira de Jesús?

(i) Se indignó con la explotación de los peregrinos. Las autoridades del Templo estaban tratándolos, no como adoradores, ni siquiera como seres humanos, sino como objetos que se podían explotar para sus propios fines. La explotación del hombre por el hombre siempre provoca la ira de Dios, y más aún cuando se hace so capa de religiosidad.

(ii) Estaba indignado con la profanación del santuario de Dios. La gente había perdido el sentido de la presencia de Dios en la casa de Dios. Al comercializar lo sagrado estaban profanándolo.

(iii) ¿Es posible que Jesús tuviera un motivo más profundo para Su indignación? Citó *Isaías 56:7:* «Mi casa será llamada casa de oración *para todos los pueblos.»* Sin embargo, en el Templo que se consideraba supremamente la misma casa de Dios había una pared que impedía la entrada a los gentiles bajo pena de muerte. Bien puede ser que Jesús fuera movido a indignación por el exclusivismo del culto judío, y que quisiera recordarles a los judíos que Dios no los amaba sólo a ellos, sino a *todo el mundo.*

LAS LEYES DE LA ORACIÓN

Marcos 11:22-26

> *Jesús les contestó:*
>
> *—Tened confianza en Dios. Os digo la verdad: El que le diga a esta montaña: «Levántate y arrójate al mar,» sin albergar ninguna duda en su corazón, sino creyendo que lo que dice sucederá, se le cumplirá. Así que Yo os digo: Dad por recibido todo lo que pidáis en oración, y se os cumplirá. Siempre que os pongáis a orar, si tenéis algo contra alguien, perdonadlo, para que vuestro Padre que está en el Cielo os perdone vuestros fallos.*

Ahora volvemos a los dichos de Jesús que Marcos incluye en la historia de la maldición de la higuera. Ya hemos notado más de una vez que algunos dichos de Jesús se quedaron indeleblemente grabados en la memoria de los oyentes, pero se olvidó la ocasión en

que los había dicho. Este es uno de ellos. El dicho acerca de la fe que puede mover montañas aparece también en *Mateo 17:20* y en *Lucas 17:6,* y en cada uno de los evangelios aparece en un contexto totalmente diferente. La razón es que Jesús probablemente lo dijo más de una vez, y el contexto original se olvidó a menudo. El dicho acerca de la necesidad de perdonar a nuestros semejantes se encuentra en *Mateo 6:12 y 14,* otra vez en un contexto totalmente diferente. Debemos considerar estos dichos independientemente del incidente particular en que se incluyen, como reglas generales que Jesús estableció repetidamente.

Este pasaje nos da tres reglas acerca de la oración.

(i) Debe ser una oración de fe. La frase acerca de trasladar montañas era una frase judía bastante corriente. Se aplicaba especialmente a *suprimir, o superar, dificultades.* Se usaba especialmente en referencia a los maestros sabios. Un buen maestro que pudiera eliminar las dificultades con que se enfrentaba la mente de sus estudiantes se llamaba *un eliminador de montañas.* Uno que oyó enseñar a un famoso rabino dijo que «vio a Resh Lajish como si estuviera quitando montañas de en medio.» Así que la frase quiere decir que, si tenemos verdadera fe, la oración es un poder que puede resolver cualquier problema, y capacitarnos para enfrentarnos con cualquier dificultad y vencerla. Eso parece muy sencillo, pero conlleva dos cosas.

La primera, implica que debemos estar dispuestos a llevarle a Dios nuestros problemas y dificultades. Esa es ya en sí una prueba muy real, porque algunas veces nuestros problemas consisten en que queremos obtener algo que no deberíamos ni desear, o que queremos encontrar la manera de hacer algo que no deberíamos ni pensar en hacer, que queremos justificarnos por hacer algo a lo que no deberíamos dedicar nuestro esfuerzo ni pensamiento. Uno de las grandes pruebas de cualquier problema es sencillamente decir: «¿Puedo realmente llevárselo a Dios, y pedirle Su ayuda?» Lo segundo, implica que debemos estar dispuestos a aceptar la dirección de Dios cuando Él nos la ofrezca. Es la cosa más corriente del mundo el pedir consejo cuando todo lo que uno quiere realmente es que se le dé la aprobación a alguna opción que ya está decidido a llevar a cabo. Es inútil ir a Dios para pedir Su dirección a menos

que estemos dispuestos a ser lo bastante obedientes como para aceptarla. Pero si Le llevamos a Dios nuestros problemas y somos lo bastante humildes y valientes como para aceptar Su dirección, se nos da el poder que puede conquistar las dificultades de pensamiento y de ejecución.

(ii) Debe ser una oración expectante. Es un hecho universal que cualquier cosa que se emprende en un espíritu de expectación confiada tiene más de doble posibilidades de éxito. El enfermo que va al médico y no tiene ninguna confianza en el tratamiento que le prescriba tiene muchas menos posibilidades de ponerse bien que el que tiene confianza en que el médico le puede curar. Cuando oramos, no debemos hacerlo meramente por rutina. No debe ser nunca nuestra oración un rito sin esperanza.

James Burns cita una escena del libro de Leonard Merrick *Conrad in quest of his youth —Conrad a la busca de su juventud:* «¿Crees tú que las oraciones se contestan alguna vez? —preguntó Conrad —. He mandado para arriba muchas toda mi vida, y siempre he hecho un esfuerzo por convencerme de que alguna oración se me había contestado antes. Pero lo sabía muy bien. Sabía en lo más íntimo que ninguna había sido contestada. Cosas que yo quería me vinieron; pero, lo digo con toda reverencia, demasiado tarde. ...» El señor Inquetson se pasó la fina mano por las cejas. «Una vez — empezó en tono confidente— iba yo paseando con un amigo por la calle Grosvenor. Era por el tiempo de primavera, cuando les da a los inquilinos por darle una capa de pintura a sus casas, y llegamos a una escalera que estaba apoyada contra una casa que estaban pintando. Al pasar por el lado de fuera de la escalera, mi amigo se descubrió, y le hizo un gesto de saludo. Conocerás esa superstición. Él era un graduado, hombre de cultura por encima de lo normal. Yo le dije: “¿Pero es que tú crees en esa tontería?” Él dijo: “N-no, no es que lo crea; pero nunca doy nada por sentado.”» De pronto, el tono del vicario cambió, y se hizo solemne, inquietante y devoto: «Creo, señor, que la mayor parte de la gente aplica al orar el principio de mi amigo: No creen en la oración, pero no descartan la posibilidad de que funcione alguna vez.»

Hay mucha verdad en esto. Para muchas personas la oración es, o un rito piadoso, o una esperanza desesperada. Pero debería ser

una cuestión de ardiente expectación. Puede que nuestro problema sea que lo que queremos de Dios sea *nuestra* respuesta, y no reconocemos *Su* respuesta cuando llega.

(iii) Debe ser una oración de amor. La oración de un amargado no puede atravesar el muro de su propia amargura. ¿Por qué? Si hemos de hablar con Dios, tiene que haber algún contacto entre nosotros y Él. No puede haber ninguna inti-midad entre dos personas que no tienen nada en común. El principio fundamental de Dios es el amor, porque Dios *es* amor. Si el principio determinante del corazón de una persona es la amargura, levanta una barrera entre sí y Dios. Para que la oración de tal persona sea contestada tendrá que pedirle a Dios que le limpie el corazón de ese espíritu de amargura, y le infunda el espíritu del amor. Entonces podrá hablar con Dios, y Dios podrá contestarle.

PREGUNTA ASTUTA Y RESPUESTA IMPACTANTE

Marcos 11:27-33

> *Una vez más llegaron a Jerusalén; y, cuando Jesús iba andando por el Templo, los principales sacerdotes y los maestros de la Ley y los ancianos se dirigieron a Él y Le preguntaron:*
>
> *—¿Con qué clase de autoridad haces Tú estas cosas? O ¿quién Te autorizó para hacer estas cosas?*
>
> *—Yo también os plantearé una cuestión —les contestó Jesús —; y, si me la resolvéis, os diré con qué clase de autoridad hago estas cosas: ¿Era el bautismo de Juan cosa del Cielo o cosa de hombres? ¡Contestadme!*
>
> *Ellos se pusieron a discutir el asunto entre sí.*
>
> *—Si decimos: «Del Cielo,» Él dirá: «Entonces, ¿por qué no le creísteis?» Pero, ¿qué si decimos: «De los hombres»? —Porque le tenían miedo a la gente, porque todos creían sinceramente que Juan era un profeta. Así es que Le contestaron a Jesús:*
>
> *—Pues no lo sabemos.*
>
> *Y entonces Jesús les dijo también a ellos:*

—Pues tampoco Yo os digo con qué clase de autoridad hago estas cosas.

En el recinto del Templo había dos claustros famosos, uno hacia el Este y otro al lado Sur del Atrio de los Gentiles. El del Este se llamaba el Pórtico de Salomón. Era una arcada impresionante hecha de columnas corintias de 10 metros de altura. El del Sur era todavía más espléndido. Se llamaba el Claustro Real. Estaba formado por cuatro hileras de columnas de mármol blanco, cada una de las cuales tenía dos metros de diámetro y ocho metros de altura. Había 162 columnas. Era corriente que los rabinos y los maestros se pasearan por estos atrios enseñando al mismo tiempo. Casi todas las grandes ciudades de los tiempos antiguos tenían estos claustros. Protegían del sol y del viento y la lluvia, y de hecho era en estos lugares donde se enseñaba la mayor parte de las ideas religio-sas y filosóficas. Una de las escuelas de pensamiento más famosas de la antigüedad fue la de los estoicos. Recibieron su nombre del hecho de que Zenón, su fundador, enseñaba mientras se paseaba por el *Stoá Poikilê, el Pórtico Pintado,* de Atenas. La palabra *stoá* quiere decir *pórtico* o *arcada,* y los estoicos eran la escuela del Porche. Fue en estos claustros del Templo donde Jesús estuvo paseando y enseñando.

Se dirigió a Él una diputación de principales sacerdotes y maestros de la Ley, es decir, escribas, rabinos y ancianos. Eran en realidad una delegación del Sanedrín, que estaba formado por estos tres grupos. Le dirigieron a Jesús una pregunta muy natural. El que una persona privada, por su cuenta, limpiara el Atrio de los Gentiles de sus comerciantes oficiales y habituales era algo alucinante. Así es que Le preguntaron a Jesús: «¿Con qué clase de autoridad actúas de esa manera?»

Esperaban colocar a Jesús en un dilema. Si contestaba que estaba actuando bajo Su propia autoridad podrían muy bien arrestarle por actuar como un megalómano antes de que les pusiera en más aprietos. Si decía que estaba actuando bajo la autoridad de Dios, podrían muy bien arrestarle por un obvio delito de blasfemia sobre la base de que Dios nunca le daría a ninguna persona autoridad para crear un disturbio en los atrios de Su propia Casa. Jesús vio con toda claridad el dilema en que trataban de envolverle,

y Su respuesta los colocó a ellos en un dilema que era todavía peor. Dijo que les respondería con la condición de que ellos Le contestaran a una pregunta: «¿Fue la obra de Juan el Bautista, en vuestra opinión, humana o divina?»

Esto los colocaba literalmente entre la espada y la pared. Si decían que era divina, sabían que Jesús les preguntaría por qué entonces se opusieron a ella. Peor todavía: Si decían que era divina, Jesús les podía contestar que Juan Le había señalado a Él de hecho, y que por tanto Él tenía una acreditación divina, y no necesitaba más autoridad. Si estos miembros del Sanedrín estaban de acuerdo en que la obra de Juan era divina, se verían obligados a aceptar a Jesús como el Mesías. Por el contrario, si decían que la obra de Juan había sido meramente humana, cuando Juan tenía la distinción adicional de ser un mártir, sabían perfectamente que la audiencia provocaría un motín. Así es que se vieron obligados a decir cobarde y débilmente que no lo sabían; y por tanto Jesús Se les evadió de la obligación de darle ninguna respuesta a su pregunta.

Toda la escena es un ejemplo gráfico de lo que les sucede a las personas que se niegan a enfrentarse con la verdad. Tienen que retorcerse y dar vueltas y acabar por enredarse en una situación en la que están tan desesperadamente involucrados que no tienen nada que decir. La persona que encara la verdad puede que pase la humillación de decir que estaba equivocada, o el peligro de mantenerla; pero, por lo menos, tiene un futuro firme y luminoso. El que se niega a enfrentarse con la verdad no tiene más perspectiva que la de involucrarse más y más en una situación que le incapacita e imposibilita.

RECHAZO Y RETRIBUCIÓN

Marcos 12:1-12

Jesús empezó de nuevo a hablarles por parábolas:

— Un hombre plantó una viña; la rodeó con una valla; cavó el lagar, y construyó una torre. Luego se la arrendó a unos campesinos, y se marchó al extranjero. A su debido tiempo les envió a los arrendatarios a un siervo suyo para que le dieran su parte del producto de la viña; pero ellos se apoderaron de él, y

le apalearon, y le enviaron de vuelta con las manos vacías. De nuevo les mandó a otro siervo, al que hirieron en la cabeza y trataron vergonzosamente. Todavía les mandó a un tercero, y ellos le mataron. Y así trataron a muchos otros, apaleando a algunos y matando a otros. Aún le quedaba una persona a quien podía mandar: su querido hijo. Por último se les mandó, diciéndose: «Respetarán a mi hijo.» Pero aquellos campesinos se dijeron: «Este es el heredero. ¡Vamos a matarle, y así nos quedaremos con la here- dad!» Así es que se apoderaron de él, y le mataron, y le arrojaron fuera de la viña. ¿Qué creéis que hará el dueño de la viña? Vendrá, y destruirá a los labradores, y les confiará a otros la viña. ¿Es que no habéis leído el pasaje de la Escritura que dice: «La piedra que desecharon los edificadores ha llegado a ser la piedra angular. Esto procede de Dios, y es algo maravilloso a nuestros ojos?»

Ellos trataron de encontrar la manera de apoderarse de Jesús, porque le tenían miedo a la multitud, porque se daban perfecta cuenta de que Él había dicho esta parábola refiriéndose a ellos. Así es que Le dejaron en paz y se marcharon.

Ya hemos dicho que no se debe entender una parábola como si fuera una alegoría, buscándole el sentido a cada detalle. Originalmente las parábolas de Jesús no eran para ser leídas, sino habladas, y su significado era el que aparecía evidente cuando se oía por primera vez. Pero, hasta cierto punto, esta parábola es una excepción. Es una especie de ejemplar literario híbrido, un cruce entre alegoría y parábola. No todos los detalles contienen un significado, pero sí más de lo corriente en parábolas. Y esto es debido a que Jesús estaba hablando en imágenes que eran parte integrante del pensamiento y de la imaginería de los judíos.

El propietario de la viña es Dios. La viña misma es el pueblo de Israel. Esta era una figura que les resultaba a los judíos perfectamente familiar. En el Antiguo Testamento la vemos claramente empleada en *Isaías 5:1-7,* un pasaje del que se toman algunos de los detalles y el lenguaje en este pasaje. A esta viña se la equipó con todos los detalles deseables. Tenía una pared que marcaba sus límites, que les impedía el paso a los ladrones y la

defendía de los asaltos de los jabalíes. Tenía un lagar. En algunas viñas había lagares en los que se pisaba la uva. Por debajo del lagar estaba la tinaja adonde iba a parar el zumo extraído. Había una torre, en la que se guardaba el vino, los labradores tenían su refugio y se vigilaba desde allí para que no entraran ladrones en el tiempo de la cosecha. *Los labradores* representan a *los gobernantes de Israel* a lo largo de toda la historia de la nación. *Los siervos* a quienes el propietario enviaba representan a *los profetas. Siervo* o *esclavo* del Señor era un título muy conocido. Así se llamaba a Moisés *(Josué 14:7),* y a David *(2 Samuel 3:18).* Este título aparece con frecuencia en los libros de los profetas *(Amós 3:7; Jeremías 7:25; Zacarías 1:6). El hijo* es *Jesús mismo.* Aun en aquel momento, la audiencia habría hecho estas identificaciones, porque los pensamientos y las imágenes les eran todos totalmente familiares.

La historia misma era lo que bien podría suceder en Pa-lestina en tiempos de Jesús. El país tenía mucha inquietud laboral, y muchos propietarios estaban ausentes de sus fincas. El propietario de la viña podía ser un judío que hubiera encontrado una tierra más cómoda y segura que Palestina, o un romano que considerara la viña una buena inversión para su dinero. Si el propietario cumplía la Ley, la primera vez que se recolectara la cosecha sería cinco años después de plantar la viña *(Levítico 19:23-25).* En tal caso la renta se pagaba en especie. Podía ser un porcentaje concertado de la cosecha, o una cantidad fija independientemente de lo que se recogiera. La historia no es improbable de ninguna manera, sucedía algunas veces.

La parábola está tan llena de verdades que no podemos hacer casi nada más que enumerarlas.

Nos dice ciertas cosas acerca de Dios.

(i) Nos habla de *la generosidad* de Dios. La viña estaba equipada con todo lo necesario para que el trabajo de los labradores fuera fácil y productivo. Dios es generoso en la vida y en el mundo que da a las personas.

(ii) Nos habla de *la confianza* de Dios. El propietario se marchó, y dejó que los labradores llevaran la viña a su manera. Dios confía en nosotros lo suficiente como para darnos libertad para que vivamos la

vida como queramos. Como ha dicho alguien: «Lo maravilloso de Dios es que Él nos deje hacer tantas cosas por nosotros mismos.»

(iii) Nos habla de *la paciencia* de Dios. No una vez o dos, sino muchas veces, el dueño les dio a los labradores la oportunidad de pagarle lo que le debían. Los trató con una paciencia que no merecían.

(iv) Nos habla del triunfo definitivo de *la justicia* de Dios. Las personas puede que se aprovechen de la paciencia de Dios; pero al final habrá de venir el juicio y la justicia. Dios puede que soporte mucho tiempo la desobediencia y la rebeldía, pero acabará por actuar al fin.

Esta parábola nos dice algo acerca de Jesús.

(i) Nos dice que Jesús Se consideraba a Sí mismo, *no como un siervo, sino como el Hijo.* Intencionadamente Se separa de la sucesión de los profetas, que eran siervos, mientras que Él era el Hijo. En Él había hablado Dios Su última y definitiva Palabra. Esta parábola era un desafío intencionado a las autoridades judías, porque contiene la presentación inconfundible de Jesús como Mesías.

(ii) Nos dice que *Jesús sabía que había de morir.* La Cruz no se fue para Él ninguna sorpresa. Sabía que el camino que ha- bía escogido no podía conducir a otro final. Con supremo co- raje, aunque sabía adónde iba, sin embargo prosiguió adelante.

(iii) Nos dice que *Jesús estaba seguro de Su triunfo final.* Él sabía también que había de ser maltratado y muerto, pero también sabía que aquello no sería el fin, y que después del rechazo vendría la gloria.

Esta parábola nos dice algo acerca del hombre.

(i) No podía haber nada más que una razón para que los labradores pensaran que podían matar al hijo y entrar en posesión de la viña. Deben de haber pensado que el propietario estaba demasiado lejos para intervenir, o que estaba muerto, y por tanto no tenían que tenerle en cuenta. Muchos hay que siguen pensando que pueden actuar contra Dios y salirse con la suya. Pero Dios está totalmente vivo. Muchos tratan de negociar con su propia libertad y con la paciencia de Dios, pero llega el día de rendir cuentas.

(ii) Si uno se desmarca de sus privilegios y responsabilidades, pasarán a otra persona. La parábola contenía en germen lo que iba a suceder: el rechazo de los judíos y la transferencia de sus privilegios y responsabilidades a los gentiles.

La parábola se cierra con una cita del Antiguo Testamento que fue muy querida para la Iglesia Primitiva, acerca de la Piedra que fue rechazada; procede del *Salmo 118:22s.* La Piedra desechada había llegado a ser la piedra que ensamblaba las esquinas del edificio, la clave del arco, la piedra más importante de todas. Este pasaje fascinaba a los autores cristianos primitivos. Se cita o alude en *Hechos 4:11; 1 Pedro 2:4, 7; Romanos 9:32s; Efesios 2:20.* En su origen, aun en el mis-mo salmo, se refería al pueblo de Israel. Las grandes naciones que se tenían por los arquitectos de la estructura del mundo habían considerado al pueblo de Israel sin importancia ni honor; pero, como lo vio el salmista, la nación que se había considerado que no tenía ninguna importancia llegaría a ser algún día, en la economía de Dios, la nación más importante del mundo. Los escritores cristianos vieron en el sueño del salmista lo que se cumplió perfectamente en la muerte y la resurrección de Jesús.

EL CÉSAR Y DIOS

Marcos 12:13-17

Seguidamente Le enviaron a Jesús a algunos de los fariseos y de los herodianos para que trataran de atraparle en Sus propias palabras. Se Le acercaron, y Le dijeron:

—Maestro: Sabemos que eres genuino, y que no Te dejas influenciar por nadie, porque no haces discriminaciones; y que enseñas el camino de Dios con integridad. ¿Es correcto pagar tributo al César, o no? ¿Tenemos que pagarlo? ¿O no tenemos que pagarlo?

Jesús sabía muy bien que estaban representando un papel; y les dijo:

—¿Por qué estáis intentando ponerme a prueba? Traedme un denario, y dejadme verlo.

Así es que Le trajeron uno. Y Él les dijo:

—¿De quién es esta imagen, y la inscripción que hay alrededor?

—Del César —Le contestaron a Jesús; y Él les dijo:

—Pues dadle al César lo que le corresponde al César, y a Dios lo que Le corresponde a Dios.

Y ellos se quedaron totalmente alucinados.

Hay toda una historia detrás de esta astuta pregunta, y una historia bien amarga. Herodes el Grande había gobernado toda Palestina como un rey dependiente de Roma. Había sido leal a los romanos, y ellos le habían respetado, y le habían concedido una libertad considerable. Cuando murió en el año 4 a.C. había dividido el reino en tres partes. A Herodes Antipas le dio Galilea y Perea; a Herodes Felipe le dio el distrito inhóspito al Nordeste en torno a Traconítide, Iturea y Abilena; a Arquelao le dio el país del Sur, incluyendo Judea y Samaria.

Antipas y Felipe se acomodaron pronto, y gobernaron normalmente bien; pero Arquelao fue un completo fracaso. El resultado fue que el año 6 d.C. los romanos tuvieron que hacerse cargo directamente del gobierno. La situación era tan insatisfactoria que la parte Sur de Palestina ya no se pudo dejar como un reino

tributario semi-independiente; tuvo que pasar a ser una provincia gobernada por un procurador.

Las provincias romanas se dividían en dos clases: las que eran pacíficas y no necesitaban tropas las gobernaba el senado por medio de procónsules; pero las que eran conflictivas y requerían tropas las gobernaba directamente el emperador mediante procuradores. El Sur de Palestina pertenecía naturalmente a la segunda categoría, y el tributo se le pagaba al emperador.

El primer acto del gobernador, Cirenio, fue hacer un censo del país a fin de preparar debidamente el cobro de los impuestos y la administración general. La sección más tranquila de la población lo aceptó como una necesidad inevitable; pero un cierto Judas el Gaulonita levantó oposición violenta. Rugió que «el tributo no era en nada mejor que la esclavitud.» Convocó al pueblo a revelarse, y dijo que Dios los ayudaría solamente si empleaban toda la violencia de que fueran capaces. Tomó como lema que «Para los judíos Dios era el único Rey.» Los romanos acabaron con Judas con su acostumbrada eficacia; pero su grito de guerra no se silenció nunca del todo: «¡No pagar el tributo a los romanos!», y se convirtió en el de los patriotas judíos más fanáticos.

Los tributos que se imponían corrientemente eran de tres clases.

(i) El impuesto sobre el terreno, que consistía en una décima parte de todo el grano, y una quinta del vino y de la fruta. Esto se pagaba parcialmente en especie, y parcialmente en dinero.

(ii) El impuesto sobre la renta, que se elevaba al uno por ciento de los ingresos de la persona.

(iii) El impuesto personal o de capitación, que se cobraba a todos los varones de 14 a 65 años y todas las mujeres de 12 a 65. Este impuesto personal era un *denarius,* aproximadamente 7 pesetas por cabeza. Era el impuesto que todos tenían que pagar simplemente por el privilegio de existir.

El enfoque de los fariseos y los herodianos era muy sutil. Empezaron con adulación. Esa adulación tenía por objeto conseguir dos cosas: disipar las sospechas que pudiera tener Jesús; y comprometerle a dar una respuesta para no perder totalmente Su reputación.

En vista de todas las circunstancias, la cuestión que Le plantearon a Jesús los fariseos y los herodianos era una obra maestra de astucia. Tienen que haber pensado que Le colocarían entre la espada y la pared con un dilema inescapable. Si decía que era legal pagar tributo, habría perdido para siempre Su influencia con el populacho, que Le consideraría un traidor y cobarde. Si decía que no era legal pagar tributo, podían delatarle a los romanos, que Le detendrían por revolucionario. Tienen que haber estado seguros de que Le estaban tendiendo una trampa a Jesús de la que no Se podría escapar.

Jesús les dijo: «Enseñadme un *denarius.*» Notamos de pasada que Jesús no tenía ni siquiera una moneda. Les preguntó de quién era la imagen que estaba grabada. Sería la de Tiberio, el emperador reinante. Todos los emperadores se llamaban césares. Alrededor de la imagen aparecería el título que declaraba que esta era su moneda: «De Tiberio César, el divino Augusto, hijo de Augusto.» Y, por el otro lado aparecería el título de «Pontifex Maximus», «Sumo sacerdote de la Nación Romana.»

Si queremos que este incidente nos resulte inteligible debemos comprender la opinión que se tenía en la antigüedad de la moneda. En cuanto a la acuñación de moneda, los pueblos antiguos tenían tres principios consecuentes.

(i) La acuñación de moneda era una señal de poder. Cuando uno conquistaba una nación, o se revelaba con éxito, lo primero que hacía era acuñar su propia moneda. Eso de por sí era la garantía definitiva de soberanía y poder.

(ii) En todos los momentos y lugares en que la moneda estuviera en curso, la autoridad del rey se mantenía firme. Los dominios de un rey se medían por el área en que su moneda era de curso oficial.

(iii) Como una moneda tenía la efigie del rey y su inscripción, se reconocía, por lo menos en algún sentido, que era su propiedad personal. La respuesta de Jesús fue por tanto: «Al usar la moneda de Tiberio, vosotros reconocéis de hecho su poder político en vuestra tierra. Aparte totalmente de eso, la moneda es suya, porque lleva su nombre. Al dársela en el tributo le dais lo que ya era suyo de todas maneras. Dádselo; pero recordad que hay una esfera de la vida que pertenece a Dios y no al César.»

Nunca jamás ha establecido nadie un principio más influyente. Mantenía Jesús al mismo tiempo el poder civil y el poder religioso. Rawlinson nos recuerda lo que el gran historiador Lord Acton dijo acerca de esto: «Esas palabras... daban al poder civil, bajo la protección de la conciencia, un carácter sagrado que no había tenido nunca y cuyos límites no se le habían reconocido nunca, y eran la repudiación del absolutismo y la inauguración de la libertad.» Pero, al mismo tiempo, estas palabras afirmaban los derechos del estado y la libertad de conciencia. Como decía Calderón:

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

En general, el Nuevo Testamento establece tres grandes principios en cuanto a la relación del cristiano individual con el Estado.

(i) El Estado ha sido ordenado por Dios. Sin las leyes del Estado, la vida sería un caos. Las personas no pueden vivir juntas a menos que estén de acuerdo en obedecer las leyes de la vida en común. Sin el Estado hay muchos servicios que no se podrían disfrutar. Ninguna persona puede tener su provisión de agua, su propio sistema de alcantarillado y de transporte, su propia organización de seguridad social. El Estado es el origen de muchas de las cosas que hacen vivible la vida.

(ii) Ninguna persona puede aceptar todos los beneficios que le otorga el Estado sin aceptar sus responsabilidades. No cabe duda que el gobierno romano trajo al mundo antiguo una sensación de seguridad que no había tenido nunca antes. En su mayor parte, excepto en ciertas áreas especiales, los mares estaban limpios de piratas, y las carreteras de bandoleros; las guerras civiles habían cedido el paso a la paz, y las tiranías caprichosas a la justicia imparcial romana. Como escribió E. J. Goodspeed: «Fue la gloria del Imperio Romano el traer la paz a un mundo en conflicto. Bajo su autoridad, las regiones de Asia menor y del Oriente gozaron de tranquilidad y seguridad en una medida y por un tiempo desconocidos antes, y probablemente después. Esto era la *pax*

romana. Los provincianos, bajo el gobierno de Roma, se encontraban en posición para llevar a cabo sus negocios, proveer para sus familias, mandar sus cartas y hacer sus viajes con seguridad gracias a la mano poderosa de Roma.» Sigue siendo verdad que ninguno puede recibir honradamente todos los beneficios que confiere el vivir en un Estado y sacudirse todas las responsabilidades de la ciudadanía.

(iii) Pero hay un límite. E. A Abbott tiene un pensamiento sugestivo. La moneda tenía *la imagen* del César, y por consiguiente pertenecía al César. El ser humano tiene *la imagen* de Dios —Dios le creó a Su propia imagen *(Génesis 1:23s)—,* y por tanto pertenece a Dios. La conclusión inevitable es que, si el Estado se mantiene dentro de sus propios límites y hace sus propias demandas, el individuo debe darle su lealtad y servicio; pero en último análisis, tanto el Estado como el individuo pertenecen a Dios y, por tanto, si sus demandas están en conflicto, la lealtad a Dios ocupa el primer lugar. Pero sigue siendo verdad que, en todas las circunstancias normales, el Cristianismo debe hacer a cada uno mejor ciudadano que el que no es cristiano.

IDEA EQUIVOCADA DE LA VIDA FUTURA

Marcos 12:18-27

Después se Le acercaron a Jesús unos saduceos, que es una denominación judía que dice que no hay tal cosa como resurrección de los muertos, y Le presentaron el problema siguiente:

—Maestro: Moisés nos escribió la Ley de que, si un hombre se muere dejando mujer pero no hijos, la Ley es que su hermano debe tomar a la viuda por mujer y suscitar descendencia a su hermano fallecido. Había una vez siete hermanos. El primero se casó, y murió sin dejar descendencia. El segundo se casó con la viuda, y murió sin dejar tampoco descendencia. El tercero, lo mismo. Y así los siete, ninguno de los cuales tuvo descendencia. Por último, la viuda también murió. En la Resurrección, ¿de cuál de ellos será esposa? Porque los siete la tuvieron por tal.

—La razón por la que estáis en un error —les contestó Jesús — es que no conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios. Cuando las personas resucitan, no se casan ni ellos ni ellas, sino que son como los ángeles del Cielo. En cuanto a los muertos, y que es verdad que resucitan, ¿es que no habéis leído en el Libro de Moisés, en el pasaje de la zarza, que Dios le dijo: «Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob?» Dios no es un dios de muertos, sino el Dios de los vivos. ¡Estáis sumidos en el error!

Esta es la única vez que aparecen los saduceos en el evangelio de Marcos, y su intervención les es totalmente carac-terística. Los saduceos no eran una denominación mayoritaria en el judaísmo. Eran aristócratas, y ricos. Agrupaban a la mayor parte de los sacerdotes; solía ser un saduceo el que ocupaba el puesto de sumo sacerdote. En cuanto ricos y aristócratas, eran naturalmente colaboracionistas, pues quería conservar sus comodidades y privilegios. Fue de entre ellos de donde salían los que estaban dispuestos a colaborar con los romanos en el gobierno del país. Eran muy dife- rentes de los fariseos en varios aspectos. Primero, aceptaban sólo las Sagradas Escrituras, y concedían una importancia suprema al *Pentateuco,* los cinco primeros libros del Antiguo Testamento. No aceptaban el conjunto de la ley oral y de la tra- dición, las reglas y normas que les eran tan queridas a los fariseos. No reconocían más autoridad que la Ley de Moisés. Segundo, no creían en la inmortalidad, ni espíritus ni ángeles. Decían que en los primeros libros de la Biblia no había ninguna evidencia de la inmortalidad, y por tanto no la aceptaban.

Así es que los saduceos se acercaron a Jesús con una pregunta clave para ellos, designada para poner en ridículo la fe en la Resurrección individual. La Ley judía incluía la institución de lo que se llamaba *el levirato.* Sus normas se establecen en *Deuteronomio 25:5-10.* Si había algunos hermanos que vivían juntos —esa condición la omitieron los saduceos en la cita de la Ley—, y si uno de ellos moría sin dejar descendencia, el siguiente hermano estaba obligado a casarse con la viuda para suscitar descendencia a su hermano. En teoría, esta situación se prolongaría mientras quedaran

hermanos y no naciera ningún hijo. Cuando nacía uno, se consideraba que era la descendencia del *primer* marido.

Está claro que el propósito de esta ley era asegurar dos cosas: primera, la continuación del nombre de la familia; y segunda, que la propiedad siguiera perteneciendo a la familia. De hecho, aunque nos parezca muy extraño, había disposiciones semejantes en la ley griega. Si un padre griego tenía unas propiedades considerables, y no tenía nada más que una hija, ella, como era mujer, no podía heredar directamente; el he-redero directo tendría que ser, o su marido o su hijo; pero si la hija estaba soltera, el padre podía dejarle su propiedad *y su hija* al que él escogiera. Ese, para heredar la propiedad, tenía que casarse con la heredera, aunque tuviera que divorciarse de la mujer que ya tuviera. Y, si en tales circunstancias un padre moría sin hacer testamento, el pariente más próximo podía reclamar a la hija heredera como su mujer. De nuevo nos encontramos con el mismo principio: todo el asunto estaba diseñado para mantener la familia y para retener dentro de ella la propiedad.

La cuestión que presentaron los saduceos, por tanto, era un caso exagerado, con una historia de *siete* hermanos, pero era un problema legal perfectamente posible entre los judíos.

La pregunta de los saduceos era sencillamente esta: Si, según la ley del levirato, una mujer había estado casada sucesivamente con siete hermanos, si hay tal cosa como la Resurrección, ¿de cuál de ellos sería esposa cuando llegara la Resurrección? Pensaban que haciendo esa pregunta dejaban totalmente en ridículo la idea de la Resurrección.

La respuesta de Jesús tenía dos caras.

La primera trata de lo que podríamos llamar *la manera* o *forma* de la Resurrección. Jesús establece que, cuando una persona resucita, ya no está sujeta a las antiguas leyes de la vida física. Los resucitados son como los ángeles; y las cosas naturales de esta vida, como el casarse, no tienen ninguna actualidad en el más allá. Jesús no estaba diciendo nada nuevo. En *Henoc,* la promesa es: «Tendréis un gran gozo, como los ángeles del Cielo.» En el *Apocalipsis de Baruc* se dice que los justos llegarán a ser «semejantes a los ángeles.» Y en los mismos escritos rabínicos se decía que en la vida venidera «no existe el comer ni el beber, el

engendrar hijos, el regatear, los celos, el odio y las peleas; sino que los justos se sentarán con coronas en las cabezas, y estarán satisfechos con la gloria de Dios.» El punto de vista de Jesús era que la vida venidera no se podía concebir en los términos de esta vida presente.

Segunda, trata del *hecho* de la Resurrección. Aquí se enfrenta con los saduceos en su propio terreno. Ellos insistían en que en el Pentateuco, que era su única autoridad, no había ninguna prueba de la inmortalidad. Pues del Pentateuco saca Jesús Su prueba. En *Éxodo 3:6,* Dios Se llama «el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob.» Si Dios sigue siendo el Dios de estos patriarcas, esto quiere decir que deben de estar vivos, porque el Dios viviente tiene que ser el Dios de personas vivientes, y no de muertos. Y si los patriarcas están vivos, aunque murieron, eso prueba la Resurrección. En su propio terreno, y con un razonamiento al que ellos no podían poner pegas, Jesús derrotó a los saduceos.

Este pasaje puede que nos parezca que trata de un asunto remoto y peregrino. Es un razonamiento en términos que están totalmente fuera de la órbita de nuestra existencia. A pesar de eso, dos verdades eternamente válidas surgen de aquí.

(i) Los saduceos cometían el error de imaginarse el Cielo como es la Tierra. Eso es lo que muchos han hecho siempre. Los amerindios, que eran cazadores por naturaleza, concebían un Cielo que era un extenso y feliz campo de caza. Los vikingos, que eran guerreros por naturaleza, pensaban en una Valhalla donde podrían estar peleando todo el día, donde por la noche resucitarían los muertos, y los heridos se curarían, y pasarían las tardes en banquetes, bebiendo vino de copas hechas con los cráneos de sus enemigos vencidos. Los mahometanos eran gentes del desierto, que vivían en circunstancias en las que los lujos eran desconocidos; concebían el Cielo como un lugar en el que los hombres podrían vivir una vida llena de todos los placeres sensuales y corporales. Los judíos odiaban el mar, y pensaban en el Cielo como un lugar en el que ya no existiría el mar. Todos los hombres descartaban el sufrimiento y el dolor, y concebían el Cielo como el lugar en el que las lágrimas serían enjugadas de todos los ojos y donde no habría más dolor.

Los hombres siempre han tendido a crear en su pensamiento un Cielo que les fuera bien. Algunas veces esa idea puede ser conmovedoramente hermosa; pero haríamos bien en recordar que Pablo tenía razón *(1 Corintios 2:9)* cuando tomó las palabras del profeta *(Isaías 64:4)* y las hizo suyas: «Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni concibió el corazón humano, es lo que Dios ha preparado para los que Le aman.» La vida de los lugares celestiales será más plena y maravillosa que ninguna idea que nos podamos formar de ella con las imágenes de la Tierra.

(ii) A fin de cuentas Jesús basaba Su convicción de la Resurrección en el hecho de que la relación entre Dios y un hombre bueno es algo que nada puede romper. Dios era el amigo de Abraham, Isaac y Jacob cuando estaban vivos. Esa amistad no podía acabar con la muerte. «Dios —como decía Loisy— no puede dejar de ser el Dios de los que Le han servido y amado.» Como decía el salmista: «Yo estoy constantemente contigo. Me llevas de la mano derecha. Tú me guías con Tu consejo, y después me recibirás en gloria» *(Salmo 93:23s).* No podía concebir una relación con Dios que se rompiera nunca.

En una palabra: no hay más que una cosa que sea inmortal, y es el amor.

EL AMOR A DIOS Y AL PRÓJIMO

Marcos 12:28-34

Uno de los maestros de la Ley, que había estado escuchando la discusión, y que se dio cuenta de que Jesús les había contestado bien, se Le acercó y Le preguntó:

—¿Cuál es el primer mandamiento de todos?

Jesús le contestó:

—«No hay nada más que un Señor, y es el Señor tu Dios; y debes amar al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas.» Y este es el segundo: «Debes amar a tu prójimo como a ti mismo.» No hay ningún mandamiento que sea más importante que estos.

El maestro de la Ley Le dijo entonces a Jesús:

—Maestro, no hay duda que has contestado muy bien, porque Dios no hay más que Uno, y no hay nadie que se Le

pueda comparar, y el amarle con todo el corazón, y con todo el entendimiento, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como uno se ama a sí mismo es mejor que todos los holocaustos y sacrificios.

Entonces Jesús, viendo que Le había contestado sabiamente, le dijo:

—Tú no estás lejos del Reino de Dios.

Y a partir de entonces, nadie se atrevía a hacerle más preguntas.

A los maestros de la Ley no se les había perdido nada con los saduceos. La profesión de los escribas consistía en interpretar la Ley en todas sus muchas reglas y normas. A lo que se dedicaban los escribas era a conocer y aplicar la ley oral; mientras que, como ya hemos visto, los saduceos no aceptaban la ley oral en absoluto. El maestro de la Ley se alegraría sin duda de que los saduceos se retiraran con el rabo entre las piernas.

Este escriba vino a Jesús con una pregunta que se debatía a menudo en las escuelas rabínicas. En el judaísmo había una especie de doble tendencia. Estaba la tendencia a extender la Ley ilimitadamente en cientos y miles de reglas y normas; pero también existía la tendencia a tratar de reunir la Ley en una sola frase, una afirmación general que fuera el compendio de todo su mensaje. A Hillel le preguntó una vez un prosélito que le instruyera en toda la Ley mientras él se mantenía sobre un pie. La respuesta de Hillel fue: «Lo que aborreces para ti mismo, no se lo hagas a tu prójimo; esto es toda la Ley, y el resto no es más que comentario. Ve, y aprende.» Aquiba dijo después que Cristo: «"Ama a tu prójimo como a ti mismo": este es el principio de la Ley más grande y más general.» Simón el Justo también dijo: «El mundo se sostiene sobre tres cosas: la Ley, el culto y las obras de amor.»

Shammay enseñó que Moisés había recibido 613 preceptos en el monte Sinaí, 365 según los días del año solar, más 248, según las generaciones de la humanidad. David redujo los 613 a 11 en *Salmo 15:*

Señor, ¿quién habitará en Tu tabernáculo?, ¿quién morará en Tu monte santo?

1.- El que anda en integridad
2.- y hace justicia;
3.- el que habla verdad en su corazón;
4.- el que no calumnia con su lengua
5.- ni hace mal a su prójimo
6.- ni admite reproche alguno contra su vecino;
7.- aquel a cuyos ojos el indigno es menospreciado,
8.- pero honra a los que temen al Señor;
9.- el que aun jurando en perjuicio propio, no por eso cambia;
10.- quien su dinero no dio a usura
11.- ni contra el inocente admitió soborno.

Isaías los redujo a 6 *(Isaías 33:15):*

1.- El que camina en justicia
2.- y habla lo recto,
3.- el que aborrece la ganancia de violencias,
4.- el que sacude sus manos para no recibir soborno,
5.- el que se tapa los oídos para no oír propuestas sanguinarias,
6.- el que cierra los ojos para no ver nada malo,este será el que habite en las alturas...

Miqueas redujo los 6 a 3 *(Miqueas 6:8):*

Hombre, Él te ha declarado lo que es bueno, lo que pide el Señor de ti:
1.- Obrar con integridad,
2.- amar la misericordia
3.- y conducirte humildemente con tu Dios.

Y otra vez Isaías redujo los 3 a 2 *(Isaías 56:1):*

1.- Guardad el derecho
2.- y poned por obra la justicia.

Y finalmente Amós los redujo todos a uno *(Amós 5:4):*

Buscadme y viviréis.

Aquí se puede ver que el ingenio rabínico trataba de concentrar tanto como de extender la Ley. Había realmente dos escuelas de pensamiento. Algunos creían que había temas más ligeros y más graves en la Ley; que había grandes principios que era de suprema

importancia captar. Como Agustín diría unos siglos después: «Ama a Dios, y haz lo que quieras.» Pero había otros que estaban totalmente en contra de esto, y que sostenían que todos los principios pequeños eran tan vinculantes como los grandes, y que tratar de distinguir entre sus relativas importancias era sumamente peligroso. El escriba que Le hizo a Jesús esta pregunta estaba interesado en algo que constituía un tema candente del pensamiento judío.

La respuesta de Jesús tomó dos grandes mandamientos, y los aunó.

(i) «Oye, Israel: no hay más Señor que el Señor nuestro Dios.» Esa sencilla frase es realmente el credo del judaísmo *(Deuteronomio 6:4).* Se usaba de tres maneras. Se la llama la *Shemá. Shemá* es el imperativo del verbo hebreo *shama', oír,* y se llama así porque esa es la primera palabra de la frase, y en español *Oye Israel.*

(*a*) Era y es la frase inicial del culto de la sinagoga antiguamente y ahora. La *shemá* entera está tomada de *Deuteronomio 6:4-9; 11:13-21; Números 15:37-41.* Es la confesión de que no hay más que un Dios, el fundamento del monoteísmo judío.

(*b*) Los tres pasajes de la *shemá* se escribían en las *filacterias (Mateo 23:5),* que eran tiras de piel que los devotos judíos se ponían en la frente y en la muñeca cuando hacían oración. Cuando oraban, les recordaba su credo. La razón para usar *las filacterias* se encontraba en *Deuteronomio 6:8.*

(*c*) La *shemá* se guardaba en una cajita cilíndrica llamada *mezuzá,* que se fijaba, y se sigue fijando, a la puerta de todas las casas judías y de todas las habitaciones para recordarles a los judíos a Dios en sus entradas y salidas.

Cuando Jesús citó esta frase como el primer mandamiento, cualquier judío devoto habría estado de acuerdo con Él.

(ii) «Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» Es una cita de *Levítico 19:18.* Jesús hizo una cosa insólita con ella. En su contexto original se refiere al *correligionario judío.* No se pretendía que incluyera a los gentiles, a los que estaba permitido odiar. Pero Jesús citó este mandamiento sin restricciones ni fronteras. Tomó una ley antigua, y la colmó con un nuevo significado.

La cosa nueva que hizo Jesús fue aunar estos dos mandamientos. Ningún rabino lo había hecho nunca. Sólo hubo un intento de relacionarlos anteriormente. Alrededor del año 100 a.C. se compuso una serie de tratados *Los Testamentos de los Doce Patriarcas,* en los que el autor anónimo puso en las bocas de los patriarcas algunas enseñanzas muy preciosas. En *El Testamento de Isacar 5:2* leemos:

Ama al Señor y ama a tu prójimo,
ten compasión de los pobres y de los débiles.

Y en el mismo testamento, 7:6, leemos:

Yo amaba al Señor,
e igualmente a todos mis semejantes de todo corazón.

Y en *El Testamento de Dan 5:3* leemos:

Amad al Señor durante toda vuestra vida,
y unos a otros con corazón sincero.

Pero ninguno, hasta Jesús, puso los dos mandamientos juntos y los aunó. La religión para Él era amar a Dios y amar a los hombres. Él habría dicho que la única manera de probar que se ama a Dios es amando a los hombres.

El escriba aceptó esto de buena gana, y añadió que tal amor era mejor que todos los sacrificios. En eso estaba en armonía con el pensamiento más elevado de su pueblo. Hacía mucho, mucho tiempo, Samuel había dicho: «¿Es que se complace el Señor tanto en holocaustos y sacrificios como en que se obedezcan las palabras del Señor? Mejor es obedecerle que ofrecer sacrificios, y prestarle atención, que el sebo de los carneros» *(1 Samuel 15:22).* Y Oseas Le oyó decir a Dios: «Lo que Yo quiero es fidelidad, y no sacrificios» *(Oseas 6:6).*

Pero es siempre más fácil dejar que el ritual ocupe el lugar del amor. Siempre es más fácil dejar que el culto se convierta en un asunto de la iglesia en lugar de algo de toda la vida. El sacerdote y el levita podían pasar de largo al viajero herido porque estaban ansiosos por cumplir con el ritual del templo. Este escriba se había remontado por encima de sus contemporáneos, y por eso se encontró de acuerdo con Jesús.

Tiene que haber habido una mirada de amor en los ojos de Jesús, y también una mirada de invitación cuando le dijo al escriba: «Hasta aquí has llegado tú. ¿No quieres seguir adelante, y aceptar Mi manera de ver las cosas? Entonces llegarías a ser un verdadero ciudadano del Reino de Dios.»

EL HIJO DE DAVID

Marcos 12:35-37a

> *Cuando Jesús estaba enseñando en el Templo dijo:*
>
> *—¿Cómo pueden decir los maestros de la Ley que el Ungido de Dios es el Hijo de David? El mismo David, movido por el Espíritu Santo, dijo: «El Señor Le dijo a mi Señor: "Siéntate a Mi diestra hasta que ponga a Tus enemigos por estrado de Tus pies."» El mismo David le llama* Señor. *Entonces, ¿cómo puede ser su hijo?*

A nosotros nos resulta difícil entender este pasaje, porque usa pensamientos y razonamientos que nos son extraños; pero no les resultaría nada difícil a los que lo oyeron en el recinto del Templo de Jerusalén, porque estaban acostumbrados a esa manera de razonar y de usar las Escrituras.

Podemos empezar por notar algo que nos aclara el pasaje. La versión Reina Valera traduce el versículo 35: «¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David?» En las partes más antiguas del Nuevo Testamento, *Cristo* no es un nombre propio, como ha llegado a ser hasta nuestro tiempo. De hecho, tiene el artículo definido delante en este pasaje, *el Cristo. Jristós, Mesías,* son las palabras griega y hebrea respectivamente que quieren decir *el Ungido.* La razón para el uso del título es que en los tiempos antiguos se coronaban los reyes ungiéndolos con aceite —y todavía se usa algo así en muchas ceremonias de coronación. *Jristós* y *Mesías* quieren decir los dos *el Rey Ungido por Dios,* el que había de venir de parte de Dios para salvar a Su pueblo. Así es que, cuando Jesús pregunta: «¿Cómo pueden los escribas decir que el Cristo es hijo de David?» Jesús no se está refiriendo explícitamente a Sí mismo. Lo que está diciendo en realidad es: «¿Cómo pueden

decir los escribas que el Rey Ungido por Dios Que ha de venir es hijo de David?»

El razonamiento que presenta Jesús es el siguiente. Cita el *Salmo 110:1* —«El Señor dice a mi Señor: "Siéntate a Mi diestra, hasta que ponga a Tus enemigos por estrado de Tus pies."» Los judíos de aquel tiempo suponían que todo el salmo había sido escrito por el rey David. También mantenían que este salmo se refería al Mesías que había de venir. En este versículo, David se refiere al Mesías venidero como *su Señor.* ¿Cómo es que, pregunta Jesús, David le aplica el título de *Señor,* si es su hijo?

¿Qué está tratando de enseñarnos aquí Jesús? De todos los títulos que se le aplicaban al Mesías, el más corriente era *Hijo de David.* En todas las épocas, los judíos habían esperado al gran Libertador que Dios les suscitaría de la dinastía de David. *(Isaías 9:2-7; 11:1-9; Jeremías 23:5ss; 33:14-18; Ezequiel 34:23ss; 37:24; Salmo 89:20ss).* Fue por ese título como se dirigieron a Jesús algunos, y especialmente las multitudes *(Marcos 10:47ss; Mateo 9:27; 12:23; 15:22; 21:9,15).* Por todo el Nuevo Testamento aparece la convicción de que Jesús era de hecho el Hijo de David en el sentido de la descendencia natural *(Romanos 1:3; 2 Timoteo 2:8; Mateo 1:1-17; Lucas 3:23-38).* Las genealogías de Jesús que aparecen en los pasajes de Mateo y Lucas que ya hemos citado tienen el propósito de mostrar que Jesús era de hecho del linaje de David. Lo que Jesús está haciendo no es negar que el Mesías fuera hijo de David, ni que Él mismo lo fuera; sino que Él es el Hijo de David —¡y mucho más que eso! No solamente el Hijo de David, sino *el Señor de David.*

El problema era que el título Hijo de David se había entremezclado inseparablemente con la idea de un Mesías conquistador, con esperanzas y sueños y aspiraciones y ambiciones políticas y nacionalistas. Jesús estaba diciendo que el título *Hijo de David,* tal como se usaba popularmente, era una descripción totalmente inadecuada de Sí mismo. Él era *Señor.* La palabra *Señor* (en griego *Kyrios)* era la traducción regular del tetragrámaton hebreo (Yavé, Jehová) en la traducción griega de las Sagradas Escrituras hebreas. Su uso hacía pensar a los creyentes judíos en Dios. Lo que Jesús estaba diciendo era que Él había venido, no para fundar

un reino terrenal, sino *para traer a Dios a los hombres, y a los hombres a Dios.*

Jesús está haciendo aquí lo que siempre estaba tratando de hacer. Quitarles a los hombres de la cabeza la idea de un Mesías guerrero y conquistador que hubiera de fundar un imperio terrenal, y poner en su lugar en sus mentes la idea de un Mesías Que sería el Siervo de Dios y traería a los hombres el amor de Dios.

IDEA EQUIVOCADA DE LA RELIGIÓN

Marcos 12:37b-40

> *Toda la gente sencilla que había allí Le escuchaba deleitada. Y en Su enseñanza les decía:*
>
> *—Cuidado con los maestros de la Ley, que se pirran por ir por ahí con ropajes solemnes, y les encantan los saludos en los mercados y los asientos delanteros en la sinagoga, y los sitios de más honor en las comidas; hombres que devoran las casas de las viudas, y que, ostentosamente, hacen oraciones interminables. Estos serán los que reciban una condenación más severa.*

La primera frase de este pasaje, lo más probable es que vaya con lo que la sigue, y no con el pasaje anterior, como aparece en la Reina-Valera. Las divisiones en versículos del Nuevo Testamento las introdujo en primer lugar Stephanus en el siglo XVI. Se dice que las puso mientras iba cabalgando desde su casa a su imprenta. No son siempre las divisiones más convenientes ni mucho menos, y este parece ser uno de los cambios que se hacen necesarios. Es mucho más probable que la masa de gente Le escuchara con deleite una denuncia de los escribas que un argumento teológico. Hay algunas mentes para las que lo más divertido es que se metan con los de arriba.

En este pasaje Jesús hace una serie de acusaciones contra los escribas. Les gustaba andar por ahí con ropas solemnes. Un ropaje largo, que se mecía al andar, era una señal de dignidad. Era la clase de atuendo en que uno no podía ni correr ni trabajar, y era la señal del ocioso honorable. Puede ser que la frase tenga otro significado. Obedeciendo *Números 15:38,* los judíos usaban pompones en los

bordes de sus túnicas exteriores, que tenían por objeto recordarles que pertenecían al pueblo de Dios. Posiblemente estos expertos legales llevaban borlas externas de un tamaño desmesurado (Cf. *Mateo 23:5).* En todo caso, les gustaba llamar la atención.

Les encantaban los saludos en el mercado. Les encantaba que los saludaran con respeto y admiración. El mismo título *rabbí* quiere decir «mi grande.» El que se dirigieran a ellos de esa manera satisfacía su vanidad.

Les encantaban los asientos delanteros de las sinagogas. En la sinagoga, delante del arca donde se guardaban los volúmenes sagrados, había un banco mirando a la congregación en el que se sentaban personas especialmente distinguidas. Tenía la ventaja de que ninguno de los que se sentaran allí pasaría inadvertido, sino que estaba bien a la vista de la admirada congregación.

Les encantaban los lugares más honorables en las fiestas. Los asientos en los banquetes se fijaban rigurosamente. El primer lugar estaba a la mano derecha del anfitrión; el segundo, a su izquierda, y así, alternativamente, a derecha y a izquierda alrededor de la mesa. Era muy fácil decir el honor en que se tenía al hombre por el lugar que ocupaba.

Devoraban las casa de las viudas. Esa era una acusación imponente. Josefo, que era fariseo, dice de algunos tiempos de intriga en la historia judía que «los fariseos se valoraban altamente por su habilidad extraordinaria en lo referente a la ley de sus antepasados, y hacían creer a la gente que ellos, los fariseos, eran especialmente apreciados por Dios,» y que «engatusaban» a ciertas mujeres en sus maquinaciones y conjuras. La idea que hay detrás de esto parece ser que un maestro de la Ley no podía recibir ninguna paga por su en-señanza. Se suponía que tenía una profesión secular en la que se ganaba la vida. Pero estos expertos legales se las arreglaban para convencer a la gente de que no había obliga- ción ni privilegio más altos que el mantener a un rabino cómodamente, y que de hecho tal sostenimiento les granjeaba un puesto más elevado en la academia celestial. Es un he- cho lamentable que muchas veces se han aprovechado de las mujeres los charlatanes religiosos, y parecería que estos escribas y fariseos le exigían a la gente sencilla que los mantuviera.

Las oraciones interminables de los escribas y fariseos eran célebres. Se ha dicho que las oraciones no se Le ofrecían tanto a Dios como a la audiencia. Se hacían en lugares y maneras que nadie pudiera por menos de ver, constatando lo piadosos que eran los orantes.

Estas palabras, entre las más serias de todas las de Jesús, advierten de tres cosas.

(i) Advierten contra el deseo de la prominencia. Sigue siendo verdad que muchas personas aceptan un puesto en la iglesia porque creen que se lo han ganado, más bien que porque deseen prestar un servicio desinteresado a la casa y al servicio de Dios. Algunos puede que todavía consideren una posición en la iglesia como un privilegio más que como una responsabilidad.

(ii) Advierten contra el deseo de deferencia. A casi todo el mundo le gusta que se le trate con respeto. Y, sin embargo, uno de los hechos fundamentales del Cristianismo es que debería hacer que una persona pasara inadvertida más bien que admirada. Se cuenta una historia de un monje de la antigüedad, un santo varón al que enviaron como abad a un monasterio. Parecía una persona tan humilde que, cuando llegó, le mandaron a trabajar en la cocina como pinche, porque no le habían reconocido. Sin proferir ninguna palabra de protesta ni hacer el menor intento para que se le reconociera su posición, fue a fregar los cacharros y a hacer los trabajos más humildes. Fue solamente cuando llegó el obispo, considerablemente después, cuando el humilde monje pudo asumir su posición. El que se incorpora a un puesto por el respeto que se le tendrá empieza equivocadamente, y no puede, a menos que cambie, ser en ningún sentido, *el siervo* de Cristo y de sus semejantes.

(iii) Advierten contra el peligro de convertir la religión en un negocio. Todavía es posible usar las relaciones religiosas para aprovecharse y elevarse. Pero esta es una advertencia para todos los que están en la iglesia por lo que puedan sacar y no por lo que puedan aportar.

EL DON SUPREMO

Marcos 12:41-44

Cuando Jesús estaba sentado enfrente del lugar de las ofrendas, estaba fijándose en cómo echaba la gente el dinero en las bolsas, y en que muchos ricos echaban grandes sumas. Entonces llegó una viuda pobre que echó dos blancas, el equivalente de dos pesetas. Entonces Jesús llamó a Sus discípulos y les dijo:

—Os digo la pura verdad: Esta viuda pobre ha echado más que todos los demás. Porque todos los otros han echado sus aportaciones de lo que les sobraba, mientras que ella, de lo que le faltaba: ha echado todo lo que tenía para su sustento.

Entre el Atrio de los Gentiles y el Atrio de las Mujeres estaba la Puerta Hermosa. Bien puede ser que Jesús hubiera ido a sentarse allí tranquilamente después de la discusión y tensión del Atrio de los Gentiles y los claustros. En el Atrio de las Mujeres había trece bolsas de la colecta que se llamaban «las Trompetas», porque tenían esa forma. Cada una de ellas era para un fin especial; por ejemplo: para comprar grano o vino o aceite para los sacrificios. Eran para las aportaciones para los sacrificios diarios del templo. Muchas personas echaban contribuciones considerables. Y entonces llegó una viuda, que echó dos blancas. La moneda que se llamaba un *leptón,* que quiere decir literalmente *una fina,* era la más pequeña de todas las monedas, y valía 1/128 del denario, que era el jornal de un obrero, que hemos traducido por *peseta* por ser esta la moneda más pequeña en España actualmente. Y sin embargo Jesús dijo que su minúscula contribución era mayor que la de los otros, porque ellos habían echado de lo que tenían de sobra y podían prescindir con facilidad porque les quedaba suficien-te para sus necesidades, y la viuda había echado todo lo que tenía para su sustento.

Aquí tenemos una lección sobre el dar:

(i) El verdadero dar debe ser sacrificial. La cantidad del don no importa nunca tanto como lo que le cuesta al dador; no el tamaño del don, sino el sacrificio. La verdadera generosidad da hasta que duele. Para muchos de nosotros la cuestión es si lo que damos para la obra del Señor llega alguna vez a suponernos algún sacrificio. Pocas personas se pasarán sin sus placeres para dar un poco más para la obra del Señor. Bien puede ser una señal de la decadencia

de la iglesia y del fracaso de nuestro cristianismo el que las aportaciones se tienen que obtener fuera de la iglesia, y que a menudo los miembros no darán nada a menos que obtengan algo en compensación en la forma de entretenimiento o artículos. Es de temer que haya pocos entre nosotros que puedan leer esta historia sin llegar a avergonzarse.

(ii) El verdadero dar tiene algo de derroche. La mujer podría haberse guardado una moneda. No habría hecho mucha diferencia, pero habría sido algo. Sin embargo dio todo lo que tenía. Hay aquí una gran verdad simbólica. Lo trágico es que a menudo hay parte de nuestra vida, y de nuestras actividades, y de nosotros mismos, que no Le entregamos a Cristo. Sea como sea, casi siempre nos las arreglamos para retener algo. Rara vez llegamos al sacrificio total y a la rendición total.

(iii) Lo extraño y precioso es que la persona que el Nuevo Testamento y Jesús transmiten a la Historia como modelo de generosidad fue una persona que dio dos pesetas. Podemos tener el sentimiento de que no disponemos de mucho en materia de dones materiales o personales que ofrecer a Cristo. Pero, si ponemos todo lo que tenemos y somos a Su disposición, Él puede hacer cosas con ello y con nosotros que no nos podemos imaginar.

LAS COSAS POR VENIR

Marcos 13 es uno de los capítulos del Nuevo Testamento más difíciles de entender para un lector moderno. Y eso, porque es uno de los capítulos más judíos de la Biblia. De principio a fin está pensado en términos de la historia y de las ideas judías. A lo largo de todo él, Jesús está usando categorías e imágenes que les eran muy familiares a los judíos de Su tiempo, pero que nos resultan muy extrañas, y hasta desconocidas, a los lectores de hoy. Aun así, no es posible relegar este capítulo, porque es la fuente de muchas ideas acerca de la Segunda Venida de Jesús. La dificultad de la doctrina de la Segunda Venida está en que hoy en día se está más propenso a dejar de tenerla en cuenta o a considerarla lo único importante, hasta tal punto que llega a ser la única doctrina cristiana para algunos. Puede que, si estudiamos este capítulo con algún cuidado, lleguemos a un punto de vista sano y correcto.

En primer lugar, echaremos una ojeada al trasfondo judío sobre el cual se ha de leer este capítulo. Después trataremos de hacer un análisis de los varios elementos que lo forman. Después lo estudiaremos sección por sección de nuestra manera habitual. Finalmente trataremos de extraerle las grandes verdades que tienen una validez permanente.

EL DÍA DEL SEÑOR

Todo este capítulo debe leerse con una cosa en mente. Una y otra vez tenemos que volver a este asunto, porque hay mucho del Nuevo Testamento que sería ininteligible si no se comprendiera debidamente. Los judíos nunca pusieron en duda que eran el pueblo escogido, ni tampoco que un día habrían de ocupar el lugar que les correspondía en el mundo como pueblo escogido, según ellos lo veían, merecían y habrían de tener por último. Hacía mucho tiempo que habían abandonado la idea de que pudieran nunca ganar ese puesto por medios humanos, y confiaban en que al final Dios intervendría directamente en la Historia y lo ganaría para ellos. El día de la intervención de Dios era *El Día del Señor.* Antes de ese día habría un tiempo de terror y adversidad en que el mundo sería sacudido hasta sus fundamentos, y vendría el juicio. Pero le seguiría el nuevo mundo y la nueva era y la nueva gloria.

En cierto sentido esta idea es el producto de un *optimismo* inconquistable. Los judíos estaban convencidos de que Dios había de intervenir. En otro sentido era el producto de un *pesimismo* sombrío, porque estaba basado en la idea de que este mundo era tan rematadamente malo que solamente de su total destrucción podría surgir un nuevo mundo. No esperaban una reforma, sino una re-creación de todo el panorama.

Veamos algunos de los pasajes del Antiguo Testamento acerca del Día del Señor. Amós lo describe con su estilo desenfadado característico *(Amós 5:16-20):*

> *Por tanto, esto ha dicho el Señor Dios de los Ejércitos: —En todas las plazas habrá llanto, y por todas las calles dirán: «¡Ay! ¡Ay!»; llamarán a duelo a los labradores, y a endecha a los que sepan endechar, y en todas las viñas habrá llanto; porque pasaré por en medio de ti —dice el Señor. ¡Ay de los que desean el Día del Señor! ¿Para qué queréis el tal Día del Señor? Será de tinieblas, y no de luz. Será como el que huye del león y se topa con el oso; o como el que, al entrar en casa, apoya la mano en la pared y le muerde una serpiente. ¿No será el Día del Señor tinieblas en vez de luz, oscuridad sin pizca de resplandor?*

Isaías 13:6-16 es un pasaje aterrador acerca del Día del Señor:

> *¡Aullad, porque el Día del Señor está cerca! ¡Vendrá como devastación del Todopoderoso! ... ¡Mirad cómo viene el Día del Señor! Día terrible de indignación y ardor de ira, para convertir la Tierra en una desolación y raer de ella a sus pecadores. Porque las estrellas de los cielos y sus luceros dejarán de dar su luz, y el Sol se oscurecerá al nacer y la Luna no dará su resplandor ... Por tanto Yo haré estremecerse los cielos, y la Tierra se removerá de su lugar por la indignación del Señor de los Ejércitos en el día del ardor de Su ira...*

El segundo y el tercer capítulos de *Joel* están llenos de descripciones aterradoras del Día del Señor:

> *¡Tocad la trompeta en Sión, y dad la alarma en Mi Santo Monte! ¡Tiemblen todos los que moran en la tierra, porque llega el Día del Señor, está cercano: día de tinieblas y oscuridad, día de nubarrón y de sombras! ... Haré prodigios en los cielos y en la Tierra, sangre y fuego y columnas de humo. ¡El Sol se convertirá en tinieblas y la Luna en sangre antes que venga el imponente y espantoso Día del Señor!*

Una y otra vez nos salen al encuentro estos pasajes terribles en el Antiguo Testamento. El Día del Señor será repentino, demoledor, aterrador. La destrucción barrerá el mundo entero. Todo el curso de la naturaleza será desarraigado, y vendrá Dios, el Juez.

Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento hubo un tiempo en que los judíos no tuvieron libertad. Por tanto, era sencillamente natural que sus esperanzas y sueños del Día del Señor se fueran haciendo cada vez más ideales. En ese tiempo surgió y creció una clase de literatura religiosa. Jesús la conocería perfectamente. Todos los judíos estarían familiarizados con su contenido. Los escritos de esta literatura se llaman *apocalipsis,* que quiere decir *revelación, descorrer el velo.* Estos libros eran sueños y visiones acerca de lo que sucedería cuando llegara el Día del Señor y en el terrible tiempo inmediatamente anterior. Seguían usando las figuras del Antiguo Testamento, suplementadas con nuevos detalles. Pero debe notarse que todos estos libros eran sueños y visiones, intentos de describir lo indescriptible y de pintar lo impintable. Eran poesía, no prosa;

visiones, no ciencia; sueños, no historia. Es difícil pensar que pretendieran ser considerados prosaicamente como mapas del futuro y horarios de los acontecimientos por venir.

Ya veremos que todos los detalles de este capítulo tienen paralelos en las visiones del Antiguo Testamento y de la literatura intertestamentaria. Jesús tomaba la lengua, las imágenes, los conceptos de la literatura apocalíptica, y los usaba para que la gente Le entendiera. Manejaba las únicas ideas que la gente conocía; pero Él sabía, tan bien como ellos, que esto no era nada más que poesía; porque nadie podía realmente decir lo que sucedería cuando Dios interviniera.

LOS DIFERENTES ESTRATOS

Además, en este capítulo había varios estratos de pensamiento. Los evangelistas tenían una manera peculiar de agrupar los dichos de Jesús sobre cada tema. Era una manera sensata de escribir, que era excelente para la enseñanza. Aquí Marcos, como si dijéramos, agrupa *los dichos de Jesús acerca del futuro.* Ahora bien, hasta una lectura de corrido, sin un conocimiento especial, muestra bien a las claras que, aunque todos estos dichos tratan del futuro, no todos tienen que ver con las mismas cosas. Hay de hecho en este capítulo *cinco* estratos diferentes.

(i) *Hay profecías acerca de la destrucción de Jerusalén.* Las tenemos en los versículos 1 y 2, y 14 al 20. Jesús previó el fin de la Santa Ciudad. Ya veremos que Jesús estaba en lo cierto. Jerusalén cayó en el año 70 d.C., el Templo fue destruido y sucedieron las cosas más terribles.

(ii) *Hay una advertencia acerca de la persecución por venir.* Eso lo tenemos en los versículos 9 al 13. Jesús previó que Sus seguidores tendrían que pasar las más demoledoras y terribles experiencias, y se lo advirtió con anterioridad.

(iii) *Hay advertencias acerca de los peligros de los últimos días.* Las tenemos en los versículos 3 a 6, y 21 y 22. Jesús vio con toda claridad que habría hombres que tergiversarían y adulterarían la fe cristiana. No podría por menos de ser así, porque las personas siempre están inclinadas a escuchar a sus propias mentes orgullosas más que a la voz de Dios. Jesús quería defender a los

Suyos por adelantado de las herejías y mentiras que invadirían la Iglesia.

(iv) *Hay advertencias acerca de la Segunda Venida.* Ahora bien, estas advertencias están revestidas del lenguaje que se refiere al Día del Señor. Las tenemos en los versículos 7 y 8, y 24 a 27. Las descripciones del Día del Señor y de la Segunda Venida están inseparablemente entremezcladas. Tenía que ser así, porque nadie podría saber lo que sucedería en cada caso. Aquí tenemos que habérnoslas con visiones y sueños. Las únicas figuras que Jesús podía usar acerca de Su Segunda Venida eran las que los profetas y apocalípticos habían usado acerca del Día del Señor. No se pretende que se tomen literalmente. Se presentan como cuadros impresionistas, como visiones alucinantes diseñadas para dar una impresión de la grandeza de ese acontecimiento que está por venir.

(v) *Hay advertencias acerca de la necesidad de mantenerse alerta.* Las tenemos en los versículos 28 a 37. Si vivimos a la sombra de la eternidad, ante la constante posibilidad de la intervención de Dios, con la perspectiva de la consumación, la Venida de Cristo; y si los tiempos y las sazones no Le son conocidos más que a Dios, es necesario estar siempre dispuestos. Esta capítulo tendrá para nosotros mucho más sentido si recordamos estos varios estratos que lo componen, y recordamos que cada uno se desarrolla en una lenguaje y figuras que se remontan al Antiguo Testamento y a los poemas apocalípticos acerca del Día del Señor.

Como es así, estudiaremos el capítulo, no en el orden en que se nos presenta, sino tratando los varios pasajes que componen los diversos estratos.

LA CONDENACIÓN DE LA CIUDAD SANTA

Marcos 13:1 y 2

> *Cuando estaban saliendo del recinto del Templo, uno de Sus discípulos Le dijo a Jesús:*
>
> *—¡Fíjate, Maestro! ¡Qué piedras y qué edificios!*
>
> *Jesús le contestó:*
>
> *—¿Veis este gran edificio? ¡No se dejará ni una piedra sobre otra, sino que todas serán abatidas!*

Empezamos por las profecías de Jesús acerca del destino fatal de Jerusalén. El Templo que construyó Herodes era una de las maravillas del mundo. Se empezó a construir el 20-19 a.C., y en tiempos de Jesús no estaba todavía terminado del todo. Estaba en el monte Moria. En vez de allanar la cima del monte se formó una especie de amplia plataforma levantando muros de mampostería masiva para cerrar el área total. Sobre esos muros se colocó una plataforma sostenida por pilares que distribuían el peso de la superestructura. Josefo nos dice que algunas de estas piedras tenían 40 pies de longitud por 12 de altura y 18 de anchura. Serían algunas de aquellas piedras las que movieron a los discípulos galileos a tal alucinación.

La entrada del Sureste era la más impresionante del Templo. Entre la ciudad y la colina del Templo estaba el valle Tiropeón, que salvaba un puente maravilloso. Cada arco tenía 41,5 pies y se usaron en su construcción piedras que medían 24 pies de longitud. El valle Tiropeón tenía no menos de 225 pies de profundidad. La anchura de la depresión que salvaba el puente era de 354 pies, y el puente mismo tenía 50 pies de ancho. El puente conducía directamente al Pórtico Real, que consistía en una doble fila de columnas corintias, todas de 37,5 pies de altura, y cada una constaba de un bloque macizo de mármol.

Josefo escribe acerca del mismo edificio del Templo, el Lugar Santo: «Ahora bien, la fachada exterior del Templo no carecía de nada que pudiera sorprender la mirada o el pensamiento de los que la contemplaran. Estaba cubierta totalmente de planchas de oro de gran peso; y al amanecer reflejaban un esplendor como de fuego, y obligaban a los que se atrevían a mirarlo a retirar la mirada, como si se tratara de los mismos rayos del Sol. Pero este Templo aparecía a los extraños, cuando estaban todavía a cierta distancia, como una montaña nevada; porque, por lo que se refiere a las partes que no estaban cubiertas de oro, eran totalmente blancas... De sus piedras, algunas de 45 codos de longitud, 5 de altura y 6 de anchura.» (Un codo equivalía a 45 cm., y un pie a 30).

Fue todo este esplendor lo que impresionó a los discípulos. El Templo parecía el colmo del arte y del logro humano, y parecía tan extenso y sólido que habría de durar para siempre. Pero Jesús hizo

la sorprendente afirmación de que llegaría un día cuando no quedara de él piedra sobre piedra. Al cabo de menos de cincuenta años Su profecía se cumplió trágicamente.

LA AGONÍA DE LA CIUDAD SANTA

Marcos 13:14-20

> *—Cuando veáis que la abominación de desolación se encuentra donde no debiera (que el que lea entienda), entonces, los que estén en Judea, que huyan a las montañas, que el que esté en la terraza no baje ni entre a recoger nada de su casa, y que el que esté trabajando en el campo no vuelva a recoger su túnica. ¡Ay de las que estén embarazadas o amamantando a sus bebés aquellos días! Pedidle a Dios que no suceda en tiempo de tormenta. Esos días serán de tal tribulación como no ha habido desde el principio del mundo que Dios creó hasta ahora, ni tampoco desde ahora. Si no fuera porque el Señor hubiera acortado los días, ningún ser viviente podría sobrevivir; pero, por causa de los escogidos que Él ha elegido, Él acortó los días.*

Jesús profetiza algo del horror extremado del asedio y la caída final de Jerusalén. Advierte que, cuando se descubran las primeras señales, deberán huir sin entretenerse ni siquiera para recoger su ropa o tratar de poner a salvo sus bienes. De hecho la gente hizo exactamente lo contrario: se apelotonaron en Jerusalén, y la muerte llegó de maneras que son casi demasiado terribles de imaginar. La frase *la abominación de desolación* tiene su origen en *Daniel 9:27; 11:31; 12:11.* Esta expresión hebrea quiere decir literalmente *la profanación que horroriza.* El origen de la frase estaba en relación con Antíoco. Ya hemos visto que trató de erradicar la religión judía e introducir la manera de vivir de los griegos. Profanó el Templo ofreciendo carne de cerdo en el gran altar e instalando burdeles públicos en los santos atrios. Justamente delante del mismo lugar santo puso una gran imagen del Zeus olímpico, y mandó a los judíos que la adoraran. En relación con aquello, el autor del *I Libro de los Macabeos* dice (1:54): «Ahora bien, el día 15 del mes de Kislev del año 145 instalaron la abominación de desolación sobre el altar y

edificaron altares a los ídolos en todas las ciudades de Judá por todas partes.» La frase *la abominación de desolación, la profanación que horroriza,* describía originalmente la imagen pagana y todo lo que la acompañaba con lo que Antíoco profanó el Templo. Jesús profetizó que la misma clase de cosa iba a suceder otra vez. Estuvo muy cerca de ser así el año 40 d.C., cuando Calígula era el emperador romano. Era epiléptico y loco; pero se empeñó en que se le tratara como un dios. Se enteró de que el culto del Templo de Jerusalén no tenía ninguna imagen, y se propuso instalar su propia estatua en el lugar santo. Sus consejeros le suplicaron que no lo hiciera, porque sabían que, si lo hacía, se produciría una sangrienta guerra civil. Calígula estaba empecinado; pero afortunadamente murió el año 41 d.C. antes de poder llevar a cabo su plan de profanación.

¿Qué quiere decir Jesús cuando habla de *la abominación de desolación?* La gente esperaba, no solamente al Mesías, sino también el surgimiento de un poder que sería la mismísima encarnación del mal, y que reuniría en sí todo lo que era contrario a Dios. Pablo lo llamaba *el hombre de pecado, el hijo de perdición, el misterio de iniquidad, aquel impío (2 Tesalonicenses 2:3ss).* Juan, en *Apocalipsis 17,* identificaba ese poder con Roma. Jesús está diciendo: «Algún día, muy pronto, veréis la misma encarnación del poder del mal surgir en un intento deliberado de destruir al pueblo y el lugar santo de Dios.» Tomó la antigua frase, y la usó para describir las cosas terribles que se aproximaban.

Fue el año 70 d.C. cuando Jerusalén sucumbió finalmente al asedio del ejército de Tito, que había de ser emperador de Roma. Los horrores de ese asedio son una de las páginas más sombrías de la Historia. La gente acudió a Jerusalén en tropel de todo alrededor. Tito no tuvo más alternativa que esperar la rendición por hambre. El asunto se complicó por el hecho de que aun en ese tiempo terrible había sectas y facciones rivales dentro de la misma ciudad. Jerusalén fue desgarrada desde dentro y desde fuera.

Josefo nos cuenta la historia de aquel terrible asedio en el V libro de *Las guerras de los judíos.* Nos dice que fueron llevados cautivos 97,000, y 1,100,000 perecieron lentamente de hambre o a filo de espada. Nos dice: «Entonces ensanchó el hambre sus fauces, y

devoró a las personas por casas y familias enteras. Las habitaciones de arriba estaban llenas de mujeres y de niños que se morían de hambre; las callejas de la ciudad estaban llenas de cadáveres de ancianos; los niños y las jóvenes andaban vagando por las plazas como sombras, hinchados por el hambre, y se caían muertos dondequiera que su miseria acababa con ellos. En cuanto a enterrarlos, los que quedaban estaban tan débiles que no podían, y los que estaban lo suficientemente animosos y bien se desanimaban ante la gran multitud de muertos y la incertidumbre que se cernía sobre sus propias vidas, porque muchos morían cuando estaban enterrando a otros, y muchos se hallaron en el ataúd antes de que les llegara la hora fatal. No se hacía ningún lamento bajo estas calamidades... El hambre trastrocaba todos los afectos naturales... Un profundo silencio y una especie de noche mortal se cernía sobre la ciudad.»

Para hacer la escena todavía más terrible, estaban los inevitables rateros que despojaban los cuerpos muertos. Josefo nos habla descarnadamente de que, hasta cuando no había ni siquiera hierbas disponibles «algunas personas llegaron a tan terrible postración como para buscar en las alcantarillas y en los montones de estiércol del ganado, y comer los excrementos que encontraban allí y cosas que no habrían soportado ni siquiera ver ahora usaban como comida.» Pinta un cuadro lúgubre de hombres que rumiaban las correas de piel y los zapatos, y cuenta la terrible historia de una mujer que mató y asó a su propio bebé, y le ofreció una parte de aquella comida macabra a los que llegaban buscando alimento.

La profecía que hizo Jesús de los días terribles inminentes para Jerusalén se cumplió con abundante exactitud. Los que acudieron en tropel a la ciudad buscando seguridad murieron a centenares de miles, y solamente aquellos que siguieron Su consejo y huyeron a las colinas se salvaron.

EL CAMINO DIFÍCIL

Marcos 13:9-13

—Guardaos vosotros, porque os entregarán a los concilios, y os azotarán en las sinagogas, y os encontraréis ante gobernadores y reyes por causa de Mí, y tendréis oportunidad

para darles vuestro testimonio. En primer lugar el Evangelio tiene que predicarse a todas las naciones; y cuando os entreguen y os lleven ante las autoridades, no os preocupéis por anticipado de lo que debáis decir, sino hablad conforme a lo que se os dé en ese mo- mento; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Es- píritu Santo. El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; todos los hijos se levantarán contra los padres, y los matarán. Y todos os odiarán por causa de Mi nombre. Pero el que resista hasta el final, se salvará.

Ahora llegamos a las advertencias de la persecución por venir. Jesús nunca dejó a Sus seguidores en duda de que habían escogido un camino duro. Nadie podrá decir que no sabía de antemano las condiciones del servicio de Cristo.

El que los entregaran a los concilios y los azotaran en las sinagogas se refería a la persecución judía. En Jerusalén estaba el gran Sanedrín, el tribunal supremo de los judíos, pero había un sanedrín local en todos los pueblos y aldeas. Ante tales sanedrines locales se juzgaba a los herejes confesos, y en las sinagogas se los azotaba públicamente. Los gobernadores y reyes se refiere a los juicios ante los tribunales romanos, como el que tuvo que arrostrar Pablo ante Félix y Festo y Agripa.

Fue un hecho que los cristianos recibieron fuerzas y ánimo en sus juicios. Cuando leemos acerca de los juicios de los mártires, muchos de los cuales eran personas sencillas e iletradas, la impresión que recibimos a menudo es que eran los jueces y no los cristianos los que estaban en juicio. Su fe cristiana permitía a las personas más sencillas temer a Dios hasta tal punto que no le tenían miedo a ningún hombre.

Fue cierto que hasta los mismos familiares delataban a los cristianos. En los comienzos del Imperio Romano, una de las maldiciones eran los informadores *(delator, delatores).* Había quienes, tratando de ganarse el favor de las autoridades, no vacilaban en traicionar aun a sus propios íntimos y familiares. Ese tiene que haber sido el golpe más doloroso.

En la Alemania de Hitler, arrestaron a un hombre por defender la libertad. Sufrió la cárcel y la tortura con fortaleza estoica sin

quejarse. Por último, con el espíritu todavía íntegro, le soltaron. Poco tiempo después se suicidó. Muchos se preguntaron por qué. Los que le conocían bien sabían la razón: había descubierto que su propio hijo había sido el que le había delatado. Aquella traición le quebrantó de una manera que no había podido lograr la crueldad de sus enemigos.

Esta hostilidad familiar y doméstica fue uno de los detalles regulares en el catálogo de terror de los últimos días terribles: «Los amigos se atacarán unos a otros repentinamente» *(4 Esdras 5:9).* «Y se aborrecerán unos a otros y se desafiarán unos a otros a luchar» *(2 Baruc 70:3).* «Y se pelearán unos contra otros, los jóvenes con los ancianos y los ancianos con los jóvenes, los pobres con los ricos, los humildes con los nobles, el mendigo con el príncipe» *(Jubileos 23:19).* «Los niños les perderán el respeto a los ancianos, y los ancianos se ensoberbecerán ante los niños» *(Misná, Sotá 9:15).* «Porque el hijo trata al padre con desprecio, la hija se ensoberbece contra su madre, la nuera contra su suegra. Los enemigos de un hombre son los de su propia familia» *(Miqueas 7:6).*

La vida en la Tierra se convierte en un infierno cuando las lealtades personales se destruyen, y cuando no queda amor en que confiar.

Es verdad que se odió a los cristianos. Tácito hablaba del Cristianismo como una maldita superstición; Suetonio lo llamaba una nueva y malvada superstición. La razón principal para el odio era la manera en que el Cristianismo interfería en los vínculos familiares. Era un hecho que se tenía que amar a Cristo más que a padre o madre, o hijo o hija. Y la cuestión se complicaba por las calumnias que se levantaban contra los cristianos. No cabe duda que los judíos hicieron mucho para provocar esas calumnias. La más grave era la acusación de que los cristianos eran caníbales, inspirada en las palabras de la Comunión, que hablan de comer la carne de Cristo y beber Su sangre.

En esta, como en todas las otras cosas, sería el que resistiera hasta el fin el que alcanzara la Salvación. La vida no es un *sprint* corto y agudo; es una carrera de maratón; no una única batalla, sino una campaña prolongada. El doctor G. J. Jeffrey cuenta que un hombre famoso se negó a que se escribiera su biografía antes de su

muerte, diciendo: «He visto a demasiadas personas caer en la última vuelta de la carrera.» La vida nun-ca está a salvo hasta que llega a su final. Juan Bunyan, en su sueño de *El peregrino,* vio que desde las mismas puertas del Cielo había un camino que llevaba al infierno. Es la persona que resiste *hasta el final* la que se salva.

LOS PELIGROS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

Marcos 13:3-6, 21-23

> *Cuando Jesús estaba sentado en el Monte de los Olivos, enfrente de los edificios del Templo, Pedro y Santiago y Juan y Andrés Le preguntaron privadamente:*
>
> *—Dinos, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿Y qué se- ñal habrá cuando estas cosas estén a punto de cumplirse?*
>
> *Jesús empezó a decirles:*
>
> *—No os dejéis engañar por nadie. Vendrán muchos en Mi nombre diciendo: «¡Yo soy Él!,» y descarriarán a muchos.*
>
> *. . . . .*
>
> *”Y si alguno os dice entonces: «¡Fijaos! ¡Aquí está el Mesías!», o «¡Fijaos! ¡Allí está!», no los creáis; porque surgirán falsos mesías y falsos profetas que realizarán señales y milagros para descarriar a los elegidos, si les fuera posible. ¡Pero vosotros, tened cuidado! ¡Fijaos! Os he advertido de antemano todo lo que va a suceder.*

Jesús se daba perfecta cuenta de que, antes del final, surgirían herejes; y de hecho no pasó mucho tiempo cuando aparecieron en la Iglesia. La herejía surge de cinco causas.

(i) Surge de construir una doctrina a gusto de cada uno. La mente humana tiene una capacidad ilimitada para pensar lo que le conviene. En una frase famosa, el salmista dijo: «El necio se dijo para sus adentros: “¡Dios no existe!”» El necio del que habla el salmista no era ningún ignorante estúpido, sino un necio *moral.* Su afirmación de que Dios no existe surgía de su deseo de que Dios no existiera. Si Dios existía sería peor para él; por tanto, Le eliminaba de su universo.

Una herejía concreta que ha existido siempre es el *antinomismo.* El antínomo parte del principio de que hay que abolir la Ley —y en

cierto sentido tiene razón. De ahí pasa a decir que no existe nada más que *la gracia* —y de nuevo, en cierto sentido, tiene razón. De ahí pasa a discutir —como Pablo nos muestra en *Romanos 6*— de la manera siguiente: «¿Dices que la gracia de Dios es suficientemente amplia para cubrir cualquier pecado?» «Sí.» «¿Dices que la gracia de Dios puede perdonar cualquier pecado?» «Sí.» «¿Dices que la gracia de Dios es la cosa más grande y maravillosa del universo?» «Sí.» «Entonces —concluye el antínomo —, ¡sigamos pecando a gusto, porque cuanto más pequemos más oportunidades de manifestarse le damos a la maravillosa gracia de Dios! El pecado es una cosa buena, porque le da oportunidad de obrar a la gracia. Por tanto, vivamos como nos dé la gana.» La gracia de Dios se tergiversa para darle la razón al que quiere pecar.

La misma clase de argumento usa el que declara que lo único importante de la vida es el alma, y que el cuerpo no importa lo más mínimo. En ese caso, así se razona, uno puede hacer lo que quiera con su cuerpo. Si tiene esa inclinación, puede saciar sus deseos.

Una de las maneras más corrientes de llegar a la herejía es moldear la verdad cristiana a nuestro gusto y conveniencia. ¿Podría ser que las doctrinas del infierno y la de la Segunda Venida se hubieran marginado de gran parte del pensamiento teológico porque son ambas tan inquietantes? Nadie querría recuperar ninguna de las dos en su forma más cruda; pero, ¿podrá ser que ambas se hayan desplazado *demasiado lejos* del pensamiento cristiano porque no nos conviene creer en ellas?

(ii) La herejía surge de hacer hincapié excesivo en una par-te de la verdad. Siempre es erróneo, por ejemplo, subrayar excesivamente uno de los atributos de la Divinidad en detrimento de los otros. Si no pensamos nada más que en *la santidad* de Dios, nunca llegaremos a ninguna intimidad con Él, sino tenderemos más bien a un deísmo que Le conciba como to-talmente remoto del mundo. Si pensamos solamente en *la justicia* de Dios, no nos libraremos nunca de tenerle miedo. Nos encontraremos asediados, pero no ayudados, por nuestra religión. Y si pensamos solamente en *el amor* de Dios, nuestra religión se puede convertir en una sensiblería facilona. Hay más que *Lucas 15* en el Nuevo Testamento.

Siempre encontraremos paradojas en el Evangelio. Dios es amor, y sin embargo es también justicia. El hombre es libre; sin embargo, Dios está en control. El hombre es una criatura del tiempo; pero también es una criatura de la eternidad. G. K. Chesterton decía que la ortodoxia era como andar por el filo de la navaja con las fauces del abismo abiertas a cada lado. Un paso demasiado a la derecha o a la izquierda, y viene el desastre. Debemos, como repetían los griegos, ver la vida equilibradamente, y verla *en su conjunto.*

(iii) La herejía surge cuando se trata de producir una religión que le vaya bien a todo el mundo, que sea popular y atractiva. Para eso hay que aguarla. El aguijón, la condenación, la humillación, las exigencias morales, tienen que evitarse para ello. Nuestra tarea no consiste en modificar el Evangelio para agradar a la gente, sino en transformar a la gente para que se ajuste al Evangelio.

(iv) La herejía surge cuando nos divorciamos de la comunión cristiana. Cuando una persona piensa por libre, corre un grave peligro de descarriarse. Hay tal cosa como la tradición de la Iglesia a la que algunos puede que den una importancia excesiva, y otros insuficiente. Aquí se puede errar, unos por carta de más, y otros por carta de menos. Se nos dice que la Iglesia es la guardiana —«columna y apoyo»— de la verdad. Si uno descubre que su pensamiento le separa de la comunión con los demás, lo más probable es que la culpa sea de su pensamiento. Es un principio católico-romano que uno no puede tener a Dios por Padre sin tener a la Iglesia por madre —y hay mucha verdad en ello.

(v) La herejía surge de intentar ser completamente inteligible. Aquí tenemos una de las grandes paradojas. Tenemos la obligación moral de hacer todo lo posible por entender nuestra fe; pero, como somos finitos y Dios es infinito, no podemos nunca entenderlo todo totalmente desde esta ladera. «Porque Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos Mis caminos, dice el Señor. Como están los cielos por encima de la tierra, así están Mis caminos por encima de los vuestros, y Mis pensamientos por encima de los vuestros» *(Isaías 55:8s).* Por esa misma razón, una fe que se pueda expresar con claridad meridiana en una serie de proposiciones, y que se pueda demostrar irrefutablemente en una serie de pasos lógicos como un teorema de geometría es una

contradicción en términos. Como decía G. K. Chesterton: «Tiene uno que ser un necio para tratar de meterse los cielos en la cabeza sin que se le reviente. El sabio se contenta con meter la cabeza en los cielos.» Aun en nuestra actitud más intelectual debemos recordar que hay un lugar para el misterio supremo ante el que no podemos hacer sino maravillarnos y adorar. «Creo —como decía Tertuliano—, porque es algo que no me cabe en la cabeza.»

SU SEGUNDA VENIDA

Marcos 13:7-8, 24-27

Jesús continuó diciéndoles:

—Cuando oigáis hablar de guerras y de rumores de guerras, no os inquietéis. Estas cosas tienen que suceder, pero todavía no es el fin. Unas naciones se levantarán contra otras, y unos reinos contra otros. En algunos lugares habrá terremotos, y en otros hambrunas. Estas cosas son el principio de los dolores de parto de la nueva era.

. . . .

”Y en esos días, después de esa tribulación, el Sol se oscurecerá y la Luna no dará su luz, y las estrellas estarán cayendo del cielo, y las potencias de los cielos serán sacudidas. Y entonces verán al Hijo del Hombre Que viene en las nubes con mucho poder y gloria. Y entonces Él enviará a Sus ángeles a recoger a los escogidos de los cuatro vientos, desde el límite de la Tierra hasta el límite de los cielos.

Aquí Jesús está hablando sin duda de Su Segunda Venida; pero —y esto es importante— reviste la idea en tres cuadros que son parte integrante del aparato del Día del Señor.

(i) Al Día del Señor precedería un tiempo de guerras. *4 Es- dras 9:3* declara que antes del Día del Señor habrá

sacudidas de lugares,
tumulto de pueblos,
maquinaciones de naciones,
confusión de gobiernos,
intranquilidad de príncipes.

El mismo libro dice en 13:31:

Y vendrá confusión de mente sobre los moradores de la Tierra, y se harán el propósito de guerrear unos contra otros, ciudad contra ciudad, lugar contra lugar, pueblo contra pueblo y reino contra reino.

Los Oráculos Sibilinos preven que

Un rey captura a otro, y se apodera de su tierra, y unas naciones arrasan a otras y los potentados y gobernadores salen todos huyendo a otra tierra, y la tierra cambia de población, y un imperio bárbaro arrasa Hellas y esquilma de sus riquezas la rica tierra, y los hombres se encuentran frente a frente en lucha (3:633-647).

2 Baruc tiene las mismas ideas. En 27:5-13 este libro concreta doce cosas que precederán a la nueva edad:

En la primera parte estará el principio de las conmociones. En la segunda parte, los asesinatos de los magnates. En la tercera, la caída de muchos por muerte. En la cuarta, el uso de la espada. En la quinta, el hambre y la retención de la lluvia. En la sexta, terremotos y terrores... (Aquí hay un blanco en el manuscrito)... *En la octava parte, una multitud de espectros y ataques de es- píritus malos. En la novena, caerá el fuego. En la décima, rapiña y mucha opresión. En la undécima, maldad e impureza. En la duodécima, confusión resultante de la mezcla de todas las cosas que se han mencionado.*

Todos los habitantes de la Tierra se verán enfrentados entre sí (48:32).

Y se odiarán unos a otros
y se desafiarán unos a otros a la lucha.
. . . .
Y sucederá que el que consiga sobrevivir a la guerra
morirá en el terremoto,
y al que se salve del terremoto
le quemará el fuego,
y al que se mantenga a salvo del fuego
le destruirá el hambre.

Es abundantemente claro que cuando Jesús hablaba de guerras y rumores de guerras estaba usando ilustraciones que eran parte

integrante de los sueños judíos del futuro.

(ii) Al Día del Señor precedería el oscurecimiento del Sol y de la Luna. El Antiguo Testamento también contiene mucho de esto *(Amós 8:9; Joel 2:10; 3:15; Ezequiel 32:7s; Isaías 13:10; 34:4);* de nuevo vemos que la literatura judía popular de tiempos de Jesús también estaba llena de estas cosas:

> *Entonces se pondrá a brillar repentinamente el Sol durante la noche, y la Luna por el día...*
>
> *. . . . .*
>
> *El curso de las estrellas cambiará* (4 Esdras 5:4-7).

2 Baruc 32:1 habla del «tiempo en que el Poderoso ha de sacudir toda la creación.» *Los Oráculos Sibilinos 3:796-806* hablan de un tiempo en que «aparecerán por la noche hacia los crepúsculos vespertino y matutino espadas en el cielo estrellado... y toda la luz del Sol faltará del cielo al mediodía, y los rayos de la Luna brillarán y volverán a la Tierra, y una señal viene de las rocas con corrientes de gotas de sangre.» *La Asunción de Moisés* prevé un tiempo cuando

Los cuernos del Sol se romperán y se tornará oscuridad, y la Luna no dará su luz, y se convertirá toda en sangre; y el círculo de las estrellas será trastornado. (10:5).

De nuevo está claro que Jesús estaba usando el lenguaje popular que todo el mundo conocía.

(iii) Era una parte corriente de la imaginería el que los judíos iban a reunirse otra vez en Palestina desde los cuatro puntos cardinales. El Antiguo Testamento mismo abunda en esa idea *(Isaías 27:13; 35:8-10; Miqueas 7:12; Zacarías 10:6-11);* de nuevo la literatura popular amaba la idea:

> *Tocad trompeta en Sión para reunir a los santos,*
> *Haced que se oiga en Jerusalén la voz del que trae buenas nuevas*
> *porque Dios ha tenido misericordia de Israel visitándole.*
> *Súbete sobre una altura, oh Jerusalén, y mira a tus hijos*
> *que el Señor ha reunido desde el Este y el Oeste.*
>
> (Salmos de Salomón 11:1-3).

El Señor os reunirá juntamente en fe mediante Su tierna misericordia, y por causa de Abraham e Isaac y Jacob.

(Testamento de Aser 7:5-7).

Cuando leemos las palabras gráficas de Jesús acerca de Su Segunda Venida debemos recordar que no nos dan ni un mapa de la eternidad ni un horario del futuro; sino que está usando sencillamente el lenguaje y las figuras que muchos judíos conocían y usaban desde hacía siglos.

Pero es sumamente interesante notar que las cosas que Jesús profetizó estaban ya sucediendo de hecho. Profetizó guerras, y los temidos partos estaban ya de hecho atacando las fronteras romanas. Profetizó terremotos, y en menos de cuarenta años el mundo romano quedó horrorizado por el terremoto que devastó Laodicea y por la erupción del Vesubio que sepultó a Pompeya en lava. Profetizó hambres, y hubo una hambruna en Roma en los días de Claudio. Hubo de hecho tal tiempo de terror en el futuro inmediato que, cuando Tácito empezó sus historias, dijo que todo lo que estaba sucediendo parecía demostrar que los dioses estaban buscando, no salvar, sino vengarse del Imperio Romano.

En este pasaje lo único que debemos retener es el hecho de que Jesús predijo que vendría otra vez. Los detalles no son tan importantes.

ESTAD ALERTA

Marcos 13:27-37

Jesús continuó diciéndoles:

—Aprended la lección que os da la higuera. Tan pronto como se le ponen tiernas las ramas y echa hojas, sabéis que el verano está cerca. Así debéis vosotros también reconocer cuando veáis que suceden estas cosas, que el fin está cerca, a la puerta. Os digo la pura verdad: Esta generación no pasará sin que estas cosas sucedan. Los cielos y la Tierra pasarán, pero Mis palabras nunca pasarán. Pero no hay nadie que sepa el día ni la hora, ni tampoco los ángeles del Cielo, ni aun el Hijo; nadie excepto el Padre. Manteneos alerta, vigilad, perseverad en oración, porque no sabéis cuándo sonará la hora. Es como cuando un hombre se marcha de su casa al extranjero, y deja a sus siervos a cargo, y le manda al portero que esté alerta. Así que ¡estad alerta! Porque no sabéis cuándo viene el amo de la casa; si tarde por la tarde, al mediodía, al canto del gallo o de madrugada. ¡Velad!, no sea que venga de pronto y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros se lo digo a todos: ¡Manteneos alerta!

Hay que notar especialmente tres cosas en este pasaje.

(i) A veces se mantiene que cuando Jesús dijo que estas cosas iban a suceder en esta generación, estaba equivocado. Pero Jesús tenía razón, porque esta frase no se refiere a la Segunda Venida. No podía ser así, porque en la frase siguiente dice que no sabe cuándo será ese día. Se refiere a las profecías de Jesús acerca de la caída de Jerusalén y la destrucción del Templo, que se cumplieron ampliamente.

(ii) Jesús dice que no sabe el día ni la hora en que ha de volver. Había cosas que aun Él mismo dejaba en las manos de Dios. No puede haber una advertencia y una reprensión más serias a los que deducen fechas y esquemas acerca de la Segunda Venida. No es menos que blasfemia el que inquiramos acerca de algo que nuestro Señor confesaba ignorar.

(iii) Jesús traza una conclusión práctica: Somos como los que saben que su amo va a volver, pero que no saben cuándo. Vivimos a la sombra de la eternidad. No hay razón para estar en una actitud de expectación nerviosa e histérica. Pero quiere decir que nuestro trabajo ha de irse completando día a día. Quiere decir que debemos vivir de tal manera que no nos importe cuándo venga. Nos encarga la gran tarea de hacer que cada uno de nuestros días sea digno de que Él lo vea, y de estar en todo momento preparados para encontrarnos con Él cara a cara. Toda la vida se convierte en una preparación para encontrarnos con el Rey.

Empezamos su estudio diciendo que este era un capítulo muy difícil, pero que tenía verdades de carácter permanente que comunicarnos. Veámoslas.

(i) Nos dice que sólo el hombre de Dios puede intuir los secretos de la Historia. Jesús vio el destino de Jerusalén aunque otros seguían ciegos. Un verdadero estadista debe ser un hombre de Dios. Para guiar un país, un hombre debe primero ser guiado por Dios. Solamente el que conoce a Dios puede entrar de alguna manera en el plan de Dios.

(ii) Nos dice dos cosas acerca de la doctrina de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo.

(*a*) Nos dice que contiene un hecho que solamente a nuestro riesgo podemos olvidar o dejar de tener en cuenta.

(*b*) Nos dice que las imágenes en que está revestida son las del tiempo de Jesús, y que especular acerca de ellas es inútil cuando Jesús mismo estaba contento de no saber. Lo único de lo que podemos estar seguros es de que la Historia se dirige a alguna parte; hay una consumación por venir.

(iii) Nos dice que la cosa más necia es olvidar a Dios y es-tar inmerso en lo mundanal. Es sabio el que nunca se olvida de que debe estar preparado para cuando reciba la señal. Si vive teniéndolo presente, para él el fin no será de terror, sino de gozo eterno.

EMPIEZA EL ÚLTIMO ACTO

Marcos 14:1-2

Faltaban dos días para la fiesta de la Pascua y de los Panes sin Levadura, cuando los principales sacerdotes y los maestros de la Ley estaban tratando de encontrar la forma de apresar a Jesús mediante alguna estratagema y matarle; porque decían:

—Esto no hay que hacerlo durante la misma fiesta, no sea que se produzca un alboroto entre la gente.

El último, denso, acto de la vida de Jesús estaba ya a punto de empezar. La fiesta de la Pascua y la de los Panes sin Levadura eran realmente dos cosas diferentes. La fiesta de la Pascua caía el 14 de Nisán, es decir, a mediados de abril. La fiesta de los Ázimos, o de los Panes sin Levadura, consistía en siete días a partir de la Pascua. La Pascua misma era una de las mayores fiestas, y se guardaba como un sábado; la de los Panes sin Levadura se consideraba una festividad menor y, aunque no se podía empezar durante ella ningún trabajo nuevo, se permitía hacer cualquier trabajo «que fuera necesario para el interés público, o para proveer el mantenimiento, o para remediar o evitar alguna pérdida privada.» El día realmente grande era el de la Pascua.

La Pascua era una de las tres grandes fiestas de guardar. Las otras dos eran Pentecostés y Tabernáculos. A estas fiestas estaban obligados a acudir a Jerusalén todos los varones judíos adultos que vivieran en un radio de 25 kilómetros.

La Pascua tenía un doble significado.

(*a*) Tenía *una significación histórica (Éxodo 12).* Conmemoraba la liberación de los israelitas de la cautividad de Egipto. Dios había enviado a Egipto una plaga tras otra, y, cuando se producía cada una, el Faraón prometía dejar salir al pueblo; pero, en cuanto remitía la plaga, endurecía el corazón y se volvía atrás de lo dicho. Finalmente llegó una terrible noche cuando el ángel de la muerte había de pasar por toda la tierra de Egipto matando a los primogénitos de todos los hogares. Los israelitas tenían que matar un cordero o cabrito de un año, y usando un manojo de hisopo, untar el dintel y los lados de las puertas con su sangre para que, cuando el ángel de la muerte viera la puerta así marcada, *pasara por alto* aquella casa, cuyos ocupantes estarían a salvo. Antes de ponerse en camino hacia la libertad, los israelitas tenían que cenar cordero asado y pan sin leudar. Era aquel «pasar por alto» —que es

lo que quiere decir la palabra *pesaj, pascua—,* aquella liberación y aquella última cena lo que el pueblo de Israel conmemoraba y conmemora la fiesta de la Pascua.

(*b*) Tenía *un significado agrícola.* Marcaba la recolección de la cosecha de la cebada. Se mecía delante del Señor una gavilla de cebada *(Levítico 23:10s).* Hasta que se había hecho eso no se podía vender en las tiendas ni comer el pan hecho con la harina de la nueva cosecha.

Se hacían todos los preparativos imaginables para la Pascua. Con un mes de antelación se exponía su significado en las sinagogas, y se enseñaba diariamente en las escuelas. El objetivo era que nadie ignorara o no estuviera preparado para la fiesta. Todas las carreteras se ponían en orden, y se reparaban los puentes. Y se hacía otra cosa muy especial. Entonces era muy corriente enterrar los muertos a la orilla de la carretera. Ahora bien: si un peregrino tocaba, aunque fuera sin darse cuenta, una de esas tumbas, quedaba en estado de impureza legal como si hubiera tocado un cadáver, y no sería apto para tomar parte en la fiesta.

Así que, antes de la Pascua, todas las tumbas al borde de la carretera se enjalbegaban para que se vieran, y los peregrinos las pudieran evitar. Los *Salmos 120 a 134* se llaman *Cánticos graduales,* porque estos eran los salmos que cantaban los peregrinos al ascender a Jerusalén para la fiesta para hacer más ligera la marcha. Se dice que el *Salmo 122* era el que se cantaba precisamente al escalar la colina del Templo en la última etapa del viaje.

Como ya hemos visto, era obligatorio para todos los varones judíos adultos que vivieran en un radio de 25 kilómetros el ir a la Pascua; pero venían muchos más que esos. Era la ambición suprema de todos los judíos de la diáspora el comer la pascua en Jerusalén por lo menos una vez en la vida. Por tanto, los peregrinos fluían desde todos los países del mundo a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Durante ese tiempo el alojamiento era gratuito. Está claro que Jerusalén sola no podía albergar en su seno tales multitudes; así es que, en los pueblos cercanos, entre los que se encontraban Betania y Betfagué, se alojaban muchos de aquellos peregrinos.

Un pasaje de Josefo nos da una idea del número de peregrinos que acudían. Nos cuenta que Cestio, gobernador de Palestina alrededor del año 65 d.C., tenía alguna dificultad para persuadir a Nerón de la gran importancia que tenía la religión judía. Para impresionarle, le pidió al entonces sumo sacerdote que hiciera un censo de los corderos que se mataban para la Pascua. El número, según Josefo, fue 256,500. La Ley establecía que debía haber un mínimo de diez personas por cada cordero; así que tiene que haber habido como 3,000,000 de gente en Jerusalén aquel año.

Ahí era donde tenían problemas las autoridades judías. Durante la Pascua todos los sentimientos se exacerbaban. El recuerdo de la antigua liberación de Egipto hacía que la gente anhelara la liberación de Roma. En ningún otro tiempo de año era tan intenso el sentimiento nacionalista. El cuartel general romano de Judea no estaba en Jerusalén. Era en Cesarea donde el gobernador tenía su residencia y estaban acuartelados los soldados. Durante el tiempo de la Pascua se enviaba un destacamento especial a Jerusalén que se alojaba en la torre Antonia, que miraba al Templo. Los romanos sabían que cualquier cosa podía suceder en Pascua, y no querían correr riesgos innecesarios. Las autoridades judías sabían que, en una atmósfera inflamable como esa, el arresto de Jesús podía provocar disturbios. Por eso buscaban alguna estratagema secreta para arrestarle y tenerle en su poder antes de que el populacho se enterara de nada.

El último acto de la vida de Jesús había de representarse en una ciudad abarrotada de judíos que habían llegado de todos los fines de la Tierra para conmemorar el acontecimiento de la liberación de la esclavitud de Egipto mucho tiempo atrás. Fue en esa misma época del año cuando el Libertador de la humanidad concluyó en la Cruz la Obra que el Padre Le había encargado que hiciera.

EL DERROCHE DEL AMOR

Marcos 14:3-9

Cuando Jesús estaba en Betania, reclinado a la mesa de Simón el leproso, llegó una mujer con un frasco de perfume de nardo puro, y lo rompió, derramando el perfume por la cabeza a

Jesús. Algunos de los presentes se indignaron y se dijeron unos a otros:

—¿Qué sentido tiene este derroche de perfume? ¡Se habría podido vender por más de trescientos jornales, y haberles dado el dinero a los pobres!

Y se pusieron furiosos con la mujer. Pero Jesús les dijo:

—¡Dejadla en paz! ¿Por qué os metéis con ella? Ha sido algo precioso lo que ha hecho conmigo. A los pobres siempre los tenéis a vuestra disposición, y podéis hacer por ellos lo que queráis en cualquier momento; pero a Mí no me vais a tener siempre. ¡Ella ha hecho lo que ha podido! Se ha hecho cargo de Mi cuerpo, y lo ha ungido de antemano para el funeral. Lo que os digo es la pura verdad: Dondequiera que se predique el Evangelio por todo el mundo se contará lo que ha hecho esta mujer, para que siempre se la recuerde.

Lo conmovedor de esta historia está en que nos cuenta casi el último acto de amabilidad que Le hicieron a Jesús.

Estaba en la casa de un hombre llamado Simón el leproso, en la aldea de Betania. Entonces los comensales no se sentaban para comer, sino se reclinaban en sofás bajos. Se apoyaban sobre un brazo, y usaban el otro para llevarse el alimento a la boca. Cualquiera que se acercara a uno de los que estaban tendidos de esta manera se encontraría por encima de él. A Jesús se Le acercó una mujer con un frasquito de alabastro con perfume. Era costumbre echarle unas gotitas de perfume a un invitado cuando llegaba a la casa o cuando se disponía a comer. En esta ocasión, el frasco de alabastro contenía un perfume muy costoso de una planta exótica de la lejana India; pero no fueron unas gotitas lo que derramó esta mujer sobre la cabeza de Jesús, sino que rompió el frasco y Le ungió con todo lo que contenía.

Puede que hubiera más de una razón para que rompiera el frasco. Puede que fuera en señal de que había usado todo su contenido. Tenían la costumbre en el Oriente de que, cuando se usaba un recipiente o vaso con un invitado distinguido, se rompía para asegurarse de que nunca lo usaría ninguna otra persona. Puede que la mujer tuviera algo así en mente; pero había una cosa que ella no se podía figurar ni remotamente, y que Jesús sí vio. Era la

costumbre oriental primero bañar y luego ungir los cuerpos de los muertos. Después de ungir el cuerpo se rompía el frasco que había contenido el perfume, y se depositaban los trozos con el cadáver en la tumba. Aunque no era eso lo que ella quería expresar, ese había sido en realidad el sentido de su gesto.

Su detalle provocó la crítica mordaz de algunos de los presentes. El frasquito valía más de 300 *denarii.* Un *denarius* era una moneda romana que equivalía al jornal de un obrero. Le habría costado a cualquier persona casi el salario de todo un año el comprar aquel frasco de perfume. A algunos les pareció un derroche vergonzoso; aquel perfume se podría ha-ber vendido, y el dinero se les podría haber dado a los pobres. Pero Jesús comprendió. Les citó de sus propias Escrituras: «Nunca faltarán pobres en medio de la tierra» *(Deuteronomio 15:11).* «Podéis hacer algo por los pobres en cualquier momento —les dijo Jesús—, pero no tenéis mucho tiempo para hacer nada por Mí.» Y añadió: «Esto ha sido como ungir Mi cuerpo anticipadamente para la tumba.»

Esta historia nos muestra la acción del amor.

(i) Jesús dijo que había sido algo *precioso* lo que había hecho la mujer. En griego hay dos palabras para *bueno.* Está *agathós,* que describe una cosa como física o moralmente buena; y está *kalós,* que describe algo, no sólo como bueno, sino como *encantador.* Una cosa puede ser *agathós,* y sin embargo dura, seria, austera, nada atractiva; pero lo que es *kalós* es atractivo y agradable, con una cierta aureola de encanto. Struthers de Greenock solía decir que lo que más bien le haría a la iglesia sería que los cristianos hicieran de vez en cuando *«a bonnie thing,»* que es una expresión escocesa en la que *bonnie* corresponde exactamente a *kalós:* «algo bonito.» Así calificó Jesús lo que había hecho esta mujer. El amor no se limita a hacer cosas meramente buenas, sino cosas que son, además, encantadoras.

(ii) Si el amor es como es debido, hay siempre en él un cierto derroche. No tiene en cuenta lo menos que es decente que dé. Si diera todo lo que tiene, el don seguiría pareciéndole demasiado pequeño. Hay un desmadre en el amor que se niega a calcular el costo.

(iii) El amor puede ver que hay cosas que no se pueden dejar para otra ocasión, porque puede que se presente la oportunidad una sola vez. Una de las tragedias de la vida es que a menudo nos sentimos movidos a hacer algo bonito, y no lo hacemos. Puede que seamos demasiado tímidos y nos dé corte hacerlo, o que otra vocecita nos sugiera una actitud más prudente. Sucede con las cosas más simples —el impulso de mandar una carta de saludo, de expresarle a alguien nuestro cariño o agradecimiento, de hacer algún regalito o decir alguna palabra amable. Lo trágico es que ese impulso se ahoga muchas veces al nacer. Este mundo sería mucho más agradable si hubiera muchas personas como esta mujer, que actuó movida por el impulso del amor porque sabía en los íntimo de su corazón que, si no lo hacía entonces, nunca lo haría. ¡Cómo tiene que haberle animado el corazón a Jesús aquella última amabilidad impulsiva y pródiga!

(iv) Una vez más descubrimos aquí la confianza irrenunciable de Jesús. La Cruz se dibujada en el horizonte, esperándole; pero Jesús nunca creyó que la Cruz fuera el fin. Creía que la Buena Noticia llegaría a todo el mundo; y con ella se contaría la historia de esta acción amable y generosa surgida del impulso de un momento que sintió un corazón enamorado.

EL TRAIDOR

Marcos 14:10-11

> *Judas Iscariote, el que era uno de los Doce, se fue a los principales sacerdotes para traicionar a Jesús entregándosele. Cuando oyeron su sugerencia, se quedaron encantados, y prometieron darle dinero. Así es que él empezó a buscar una forma conveniente de entregarles a Jesús.*

Marcos coloca con un arte consumado la unción en Betania al lado de la traición de Judas: el detalle de un amor generoso, y el de una traición terrible.

Siempre nos produce un escalofrío en el corazón el pensar en Judas. Dante le colocó en el más profundo de todos los infiernos, un infierno de frío y de hielo, un infierno diseñado para los que no

fueron pecadores ardientes, arrebatados por pasiones aisladas, sino ofensores fríos, calculadores, deliberados, contra el amor de Dios.

Marcos nos cuenta la historia con tal economía de palabras que no nos deja materiales para la especulación. Pero, por detrás de la acción de Judas podemos distinguir ciertas cosas.

(i) Había *codicia. Mateo 26:15* nos dice claramente que Judas se dirigió a las autoridades y les preguntó qué precio estaban dispuestos a pagar, e hizo un trato con ellos por 30 piezas de plata. *Juan 11:57* hace una sugerencia. Nos dice que las autoridades habían solicitado información acerca de dónde se podía encontrar a Jesús para arrestarle. Bien puede ser que para entonces ya Jesús fuera un fuera de la ley en todos los sentidos y para todos los efectos, y ya se había puesto precio a Su cabeza; y que Judas lo sabía, y quería conseguir la recompensa ofrecida. Juan es totalmente claro, y nos dice que Judas era el tesorero del grupo apostólico, y usaba su posición para sisar de la caja común *(Juan 12:6).*

Puede que fuera así. El deseo de dinero puede llegar a ser algo terrible, y cegar a la decencia y la honradez y el honor. Puede hacer que no se tengan escrúpulos con tal de obtener lo que se quiere. Judas descubrió demasiado tarde que algunas cosas cuestan demasiado.

(ii) Había *celos.* El poeta alemán Klopstock creía que Judas, cuando llegó a formar parte de los Doce, tenía todos los dones y todas las virtudes que podrían haberle hecho grande; pero que, poco a poco, le fueron consumiendo los celos de Juan, el discípulo amado, y que esos celos le impulsaron a traicionar a Jesús. Es fácil ver que había tensiones entre los Doce. Los demás fueron capaces de vencerlas, pero bien puede ser que Judas tuviera en su corazón un demonio inconquistable e incontrolable de celos. Pocas cosas pueden arruinarnos la vida a nosotros y a otros tanto como los celos.

(iii) Había *ambición.* Una y otra vez vemos lo que los Doce pensaban acerca del Reino en términos terrenales, y soñaban con una posición elevada en él. Judas tiene que haber sido así. Bien puede ser que, mientras los otros seguían abrigándolos, él llegó a darse cuenta de lo tremendamente equivocados que eran esos

sueños de grandeza material, y qué pocas posibilidades tenían de hacerse realidad. Y bien puede ser que, en su desilusión, el amor que había sentido una vez por Jesús, se volviera odio. En *Enrique VIII,* Shakespeare hace a Wolsey decirle a Thomas Cromwell: «Cromwell, te lo advierto, despójate de la ambición; por ese pecado cayeron los ángeles; así que, ¿cómo podrá un hombre, la imagen de su Creador, esperar medrar con ella? Ponte a ti mismo en último lugar en la lista de tus amores.» Hay una clase de ambición que pisotea el amor y el honor y todas las cosas encantadoras para alcanzar el fin que se ha propuesto en su corazón.

(iv) Algunos pensadores se han sentido atraídos por la idea de que puede que Judas no quisiera que Jesús muriera. Es casi seguro que Judas era un fanático nacionalista, y que había visto en Jesús a la Persona Que podía hacer realidad sus sueños de poder y gloria nacionales. Pero ahora veía a Jesús desviándose a morir en una cruz. Así que puede ser que, en un último in-tento para hacer que su sueño se realizara, traicionó a Jesús *para obligarle a actuar.* Le entregó a las autoridades con la idea de que así y entonces Jesús se vería obligado a actuar para salvarse a Sí mismo, y esa acción sería el principio de la campaña victoriosa que soñaba Judas. Puede que esta teoría se vea confirmada por el hecho de que, cuando Judas vio el resultado de su acción, arrojó el dinero maldito a los pies de las autoridades judías y se retiró para ahorcarse *(Mateo 27:3-5).* Si esta suposición fuera correcta la tragedia de Judas sería la más terrible de la Historia.

(v) Tanto Lucas como Juan dicen sencillamente que el diablo había entrado en Judas *(Lucas 22:3; Juan 13:27).* En último análisis, eso fue lo que sucedió. Judas quería que Jesús fuera lo que él quería, y no lo que quería ser Jesús. En realidad, Judas se asoció con Jesús, no tanto para ser Su seguidor, como para usar a Jesús para realizar los planes y deseos de su propio corazón ambicioso. Lejos de rendirse a Jesús, quería que Jesús Se le rindiera a él; y cuando vio que Jesús seguía Su propio camino, el camino de la Cruz, Judas se indignó hasta tal punto que Le traicionó. La esencia del pecado es la soberbia; la médula del pecado es la independencia; el corazón del pecado es el deseo de hacer lo que nos gusta, y no la voluntad de Dios. Eso es lo que caracteriza al

Diablo, Satanás, el Maligno. Representa todo lo que se opone a Dios, y no se quiere someter a Él. Ese era el espíritu que se había encarnado en Judas.

Nos sobrecoge Judas. Pero, pensémoslo de nuevo: la codicia, los celos, la ambición, el deseo dominante de salirnos con la nuestra en todas las cosas, ¿son en nosotros tan diferentes de los que se dieron en Judas? Estas eran las actitudes que hicieron a Judas traicionar a Jesús, y estas son las que siguen haciendo que muchos Le traicionen.

PREPARANDO LA FIESTA

Marcos 14:12-16

> *El primer día de la fiesta de los Panes sin Levadura, cuando se sacrificaban los corderos pascuales, Le dijeron a Jesús Sus discípulos:*
>
> *—¿Dónde quieres que vayamos a hacer los preparativos para comer la pascua?*
>
> *Jesús envió a dos de Sus discípulos, y les dijo:*
>
> *—Entrad en la ciudad, y os encontraréis con un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle, y donde entre, decidle al dueño de la casa:*
>
> *—El Maestro dice: «¿Dónde está la habitación donde puedo comer la pascua con Mis discípulos?» Os mostrará una habitación amplia en el piso de arriba, amueblada y preparada. Preparad allí las cosas para nosotros.*
>
> *Así es que los discípulos se marcharon, y entraron en la ciudad, y lo encontraron todo exactamente como les había dicho Jesús. Y prepararon todas las cosas para la fiesta de la Pascua.*

Puede que parezca una expresión extraña si se Le aplica a Jesús; pero, cuando leemos el relato de la última semana de Su vida, no podemos evitar sorprendernos ante Su capacidad de organización. Una y otra vez vemos que Jesús no dejaba las cosas para el último momento. Tiempo atrás había hecho los preparativos para que el asnillo estuviera listo para Su entrada en Jerusalén; y aquí vemos

de nuevo que todos Sus preparativos se habían planificado con amplia antelación.

Sus discípulos querían saber dónde iban a comer la pascua. Jesús los envió a Jerusalén con instrucciones de buscar a un hombre que llevaría un cántaro de agua. Esa era una señal convenida de antemano. La tarea de acarrear el agua con un cántaro a la cabeza o a la cadera era propia de mujeres, algo que nunca hacían los hombres. Un hombre llevando un cántaro de agua sería tan extraño en cualquier comunidad oriental entonces como, digamos, hoy en día en Inglaterra un hombre con un paraguas de mujer abierto en un día soleado. Jesús no dejaba las cosas para el último minuto. Tiempo atrás había hecho los preparativos para tener un último lugar de encuentro para Él y Sus discípulos, y cómo se podría reconocer.

Las casa judías más grandes tenían dos pisos. Parecían como dos cajas, una más pequeña colocada encima de otra más grande. La caja más pequeña era el aposento alto, al que se tenía acceso por una escalera exterior, lo que hacía innecesario el pasar por la habitación principal del piso de abajo. La habitación de arriba tenía muchos usos: era un almacén, o un lugar para descansar y meditar, o una habitación para las visitas. Pero era especialmente el lugar donde un rabino enseñaba al grupo escogido de sus discípulos íntimos. Jesús estaba siguiendo las costumbres de los rabinos judíos.

Debemos recordar la manera judía de contar los días. El nuevo día empezaba a las 6 de la tarde. Hasta esa hora, aquel día era el 13 de Nisán, el día de la preparación para la Pascua. Pero el 14 de Nisán, el día de la Pascua, empezaba a las 6 de la tarde. Para expresarlo en nuestra lengua, diríamos que *el viernes* día 14 empezaba a las 6 de la tarde del *jueves* día 13.

¿Cuáles eran los preparativos que hacían los judíos para la Pascua?

Primero estaba *la búsqueda ceremonial de los restos de levadura.* Antes de la Pascua había que limpiar la casa de todas las partículas de pan leudado que hubiera en ella. Eso era porque la primera Pascua, en Egipto *(Éxodo 12),* se había co- mido con pan sin levadura. (El pan sin levadura no se parece en nada al pan

corriente. Es algo así como una galleta dura). Se había usado en Egipto porque se podía cocer mucho más deprisa que el pan con levadura, y la primera Pascua, la de la salida de Egipto, se había tomado precipitadamente, con todo ya dispuesto para la marcha. Además, la levadura era el símbolo de la corrupción. No es otra cosa que masa de pan fermentada, y los judíos identificaban la fermentación con la putrefacción, así es que la levadura representaba la pudrición. El día antes de la Pascua, el dueño de la casa encendía un candil y recorría toda la casa buscando ceremoniosamente toda la levadura que pudiera haber por los rincones. Antes de la búsqueda oraba:

¡Bendito seas, Señor nuestro Dios, Rey del universo, que nos has santificado por tus mandamientos, y nos has mandado limpiar la casa de levadura!

Al final de la búsqueda, el dueño de la casa decía:

Toda la levadura que haya en mi posesión, la que he visto y la que no he visto, quede anulada, y sea considerada como el polvo de la tierra.

Después, por la tarde, antes de que empezara el día de la Pascua, tenía lugar *el sacrificio del cordero pascual.* Toda la gente iba al templo. El adorador tenía que matar su propio cordero,haciendo así su propio sacrificio. Para los judíos, toda la sangre había de consagrarse a Dios, porque identificaban la sangre con la vida. Era muy natural, porque, si una persona o un animal se desangraba, se moría. Así que, en el Templo, el adorador mataba su propio cordero. Entre los adoradores y el altar había dos largas hileras de sacerdotes, cada uno con una vasija de oro o de plata. Cuando se hacía la incisión en el cue-llo del cordero, se ponía la sangre en una de esas vasijas, que se pasaba por toda la línea hasta que el sacerdote que estaba al final la echaba sobre el altar. El cadáver se depellejaba, se le extraían las entrañas y la grasa, porque era parte necesaria del sacrificio, y se le devolvía el cuerpo al adorador. Si las cifras de Josefo son verídicas, y se mataba más de un cuarto de millón de corderos, la escena en los atrios del Templo y la condición ensangrentada del altar casi uno no se los puede imaginar. El cordero se llevaba a la casa para asarlo. No se

podía cocer. Nada lo debía tocar, ni siquiera los lados del cacharro en que se asaba. Había que asarlo en un fuego abierto de madera de granado. El asador atravesaba el cordero desde la boca al vientre, y el cordero tenía que asarse entero, sin quitarle ni la cabeza ni las patas ni el rabo.

La mesa misma tenía la forma de un cuadrado con un lado abierto. Era baja, y los comensales se reclinaban en sofás, apoyándose en el brazo izquierdo para dejarse libre el derecho para comer.

Se necesitaban ciertas cosas, que eran las que los discípulos tenían que preparar.

(i) Estaba *el cordero,* para recordarles cómo sus casas habían sido protegidas por la señal de la sangre cuando el ángel de la muerte pasó por todo Egipto.

(ii) Estaba *el pan sin levadura,* que recordaba el que habían comido apresuradamente cuando salieron de la esclavitud.

(iii) Estaba *el tazón de agua salada,* para recordarles las lágrimas que habían derramado en Egipto y las aguas del mar Rojo por las que habían salido milagrosamente a la libertad.

(iv) Estaba una variedad de *hierbas amargas* —rábano, achicoria, endibia, lechuga, marrubio— para recordarles la amargura de la esclavitud de Egipto.

(v) Estaba una pasta llamada *jaróshet,* que era una mezcla de manzanas, dátiles, granadas y almendras, que les recordaba la arcilla de la que tenían que hacer los ladrillos en Egipto. Le ponían unos palitos de canela para recordarles la paja que contenían los ladrillos.

(vi) Había *cuatro copas de vino.* Las copas contenían un poco más de cuarto de litro de vino, pero se mezclaban tres partes de vino con dos de agua. Las cuatro copas, que se bebían en momentos determinados de la cena, eran para recordarles las cuatro promesas de *Éxodo 6:6s:*

> *Yo os sacaré de debajo de las pesadas tareas de Egipto.*
> *Os libraré de su servidumbre.*
> *Os redimiré con brazo extendido y con gran justicia.*
> *Os tomaré como Mi pueblo y seré vuestro Dios.*

Tales eran los preparativos que había que hacer para la Pascua. Cada detalle hablaba de aquel gran día de la liberación, cuando Dios sacó a Su pueblo de la esclavitud de Egipto. En esa fiesta, el Que redimió al mundo del pecado había de tomar Su Última Cena con Sus discípulos.

LA ÚLTIMA LLAMADA DEL AMOR

Marcos 14:17-21

> *Cuando llegó la tarde, vino Jesús con los doce. Cuando estaban reclinados a la mesa comiendo, les dijo Jesús:*
>
> *—Esto que os digo es la pura verdad: Uno de vosotros Me va a traicionar, uno de los que estáis comiendo conmigo.*
>
> *Los discípulos empezaron a angustiarse, y a decirle uno tras otro:*
>
> *—¿Verdad que no soy yo?*
>
> *—Es uno de los Doce —les dijo Jesús—, uno que mete su mano conmigo en la fuente. El Hijo del Hombre va, como está escrito acerca de Él; pero, ¡ay de aquel hombre por medio de quien es traicionado el Hijo del Hombre! Más le valía no haber nacido.*

El nuevo día empezaba a las 6 de la tarde; y, cuando llegó la tarde de la Pascua, Jesús Se sentó a la mesa con los Doce. Sólo había un cambio en el antiguo ritual que se había instituido en Egipto hacía muchos siglos: en la primera Pascua, la cena se había tomado de pie *(Éxodo 12:11),* pero aquello había sido a causa de la prisa, porque eran esclavos huyendo de la esclavitud. En tiempos de Jesús la norma era tomar la cena reclinados, porque eso era una señal de que eran libres, con un hogar y un país propios.

Este es un pasaje impactante. Todo el rato había un texto desarrollándose en la mente de Jesús: «Aun el hombre de Mi paz, en quien Yo confiaba, el que de Mi pan comía, alzó el pie contra Mí» *(Salmo 41:9).* Estas palabras no se Le apartaban de la mente a Jesús. Aquí podemos ver algunas cosas importantes.

(i) Jesús sabía lo que Le iba a pasar. En eso consistió Su supremo coraje, especialmente en los últimos días. Le habría sido fácil escapar, y sin embargo siguió adelante impertérrito. Homero

cuenta que se le dijo al gran guerrero Aquiles que, si salía a la batalla, moriría en ella. Su respuesta fue: «De todas maneras, yo sigo adelante.» Con pleno conocimiento de lo que Le esperaba, Jesús decidió seguir adelante.

(ii) Jesús podía verle el corazón a Judas. Lo curioso es que los otros discípulos no parecen haber tenido ni la más mínima sospecha. Si hubieran sabido lo que Judas se traía entre manos, es seguro que no le habrían dejado llevarlo a cabo, aunque hubiera tenido que ser por la violencia. Aquí hay algo que va-le la pena recordar. Puede que haya cosas que consigamos ocultarles a nuestros compañeros, pero no podemos ocultárselas a Jesucristo. Él es el escrutador de los corazones humanos. Sabe lo que hay en cada uno. ¡Bienaventurados los de limpio corazón!

(iii) En este pasaje vemos a Jesús ofreciéndole a Judas dos cosas:

(*a*) Le está haciendo la última llamada del amor. Es como si estuviera diciéndole: «Yo sé lo que piensas hacer. ¿No quieres detenerte?»

(*b*) Le está haciendo a Judas una última advertencia. Le está anunciando de antemano las consecuencias de lo que está pensando hacer. Pero debemos notar esto, porque pertenece a la misma esencia de la manera que tiene Dios de tratarnos: *no hay obligatoriedad.* No cabe duda que Jesús podría haber parado a Judas. No tenía más que decirles a los otros once lo que Judas estaba planificando, y Judas no habría salido vivo de aquella habitación.

Aquí se nos presenta toda la condición humana. Dios nos ha dado voluntades que son libres. Su amor nos invita, su verdad nos advierte, pero no hay obligatoriedad. La terrible responsabilidad del hombre es que puede desdeñar la llamada del amor de Dios y que puede desatender la advertencia de Su voz. A fin de cuentas, no habrá más responsable de nuestro pecado que nosotros mismos.

Una leyenda griega contaba que dos viajeros famosos habían pasado entre las rocas en las que se sentaban y cantaban las sirenas con tal dulzura que arrastraban a los marineros irresistiblemente a su propia perdición. Ulises pasó por aquellas rocas, y su método consistió en taponarles los oídos a sus

marineros para que no pudieran oír, y les mandó que le ataran a él al mástil con sogas de forma que, por mucho que se revolviera, no pudiera reaccionar a la dulzura seductora. Resistió por obligatoriedad, porque no tuvo más remedio. El otro viajero que superó la prueba fue Orfeo, el músico más dulce de todos. Su método fue tocar y cantar cuando su barco pasaba por las rocas con una dulzura tan extremada que la seducción de la canción de las sirenas ni se llegaba a sentir por la mayor atracción de la canción que él cantaba. Su método consistió en responder a la llamada de la seducción con algo todavía más atractivo.

El método de Dios es el segundo. No nos para, queramos que no, para impedirnos pecar; nos invita a amarle tanto que Su voz nos sea más atractiva que todas las voces que nos inviten a alejarnos de Él.

EL SÍMBOLO DE LA SALVACIÓN

Marcos 14:22-26

> *Cuando estaban cenando, Jesús tomó un pan, y dio gracias por él, y lo partió, y se lo dio a Sus discípulos diciéndoles:*
>
> *—Tomad esto. Esto es Mi cuerpo.*
>
> *Y, después de dar gracias, tomó la copa, y se la dio a Sus discípulos, y todos bebieron de ella. Y Jesús les dijo:*
>
> *—Esto es la sangre del Nuevo Pacto, que se derrama por muchos. De veras os digo que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día que lo beba nuevo en el Reino de Dios.*
>
> *Y después de cantar el salmo, salieron hacia el Monte de los Olivos.*

Debemos en primer lugar conocer los varios pasos de la fiesta de la Pascua para poder seguir en nuestra mente lo que estaban haciendo Jesús y Sus discípulos. Los pasos estaban en el orden siguiente.

(i) *La copa del Quiddush. Quiddush* quiere decir santificación o *separación.* Este era el acto que, como si dijéramos, separaba esta comida de todas las comidas ordinarias. El cabeza de familia tomaba la copa, y la bendecía, y luego todos bebían de ella.

(ii) *El primer lavatorio de manos.* Esto lo llevaba a cabo solamente la persona que presidía el acto. Tenía que lavarse las manos tres

veces, de la manera prescrita que ya hemos descrito cuando estudiábamos el capítulo 7 (página 195).

(iii) A continuación tomaba un trozo de perejil o de lechuga, y lo mojaba en el tazón del agua salada, y se lo comía. Esto era un aperitivo antes de la comida; pero el perejil representaba el hisopo con que se había untado la sangre en el dintel y los lados de la puerta, y el agua salada representaba las lágrimas de Egipto y las aguas del Mar Rojo por las que Israel pasó a salvo a la libertad.

(iv) *El partimiento del pan.* Se usaban dos acciones de gracias al partir el pan: «¡Bendito seas Tú, oh Señor, nuestro Dios, Rey del universo, Que haces producir a la tierra!» O: «¡Bendito seas Tú, nuestro Padre en el Cielo, Que nos das hoy el pan que necesitamos!» Sobre la mesa había tres tortas de pan sin levadura. Tomaba la de en medio, y la partía. En este momento sólo se comía un poco, para recordarles a los judíos el pan de aflicción que comían en Egipto, y se partía para recordarles que los esclavos nunca se habían tomado todo un panecillo, sino solamente trozos de pan duro. Al romperlo, el cabeza de familia decía: «Este es el pan de la aflicción que comieron nuestros antepasados en la tierra de Egipto. Que el que esté hambriento venga y coma. Que el que esté en necesidad venga y guarde la Pascua con nosotros.» (En la celebración moderna en tierras extrañas se añade aquí la famosa oración: «Este año la guardamos aquí, el año que viene en la tierra de Israel; este año como esclavos, el año que viene como libres»).

(v) A continuación se hacía *el relato* de la historia de la liberación. El más joven de los comensales tenía que preguntar qué era lo que hacía ese día diferente de todos los demás, y por qué se hacía todo eso. A eso respondía el cabeza de familia contando toda la historia de Israel hasta la gran liberación que conmemoraba la Pascua. La Pascua no podía nunca convertirse en un ritual; siempre era una conmemoración del poder y la misericordia de Dios.

(vi) Se cantaban los *Salmos 113 y 114. Los salmos 113 a 118* se conocen como *el Hallel,* que quiere decir *la alabanza a Dios.* Todos estos son salmos de alabanza, y son una parte de los pasajes más antiguos que los niños judíos aprenden de memoria.

(vii) A continuación se bebía la segunda copa, que se llamaba *la copa de la Agadá,* que quiere decir la copa de la explicación o

proclamación.

(viii) A continuación, todos los presentes se lavaban las manos para prepararse para la comida.

(ix) Entonces se daban gracias: «¡Bendito seas, oh Señor, nuestro Dios, Que haces salir el fruto de la tierra! ¡Bendito seas, oh Dios, Que nos has santificado mediante Tus mandamientos, y mandado comer los ázimos!» A continuación se distribuían trocitos del pan sin levadura.

(x) Se colocaban algunas de *las hierbas amargas* entre dos trozos de pan sin levadura, se mojaban en el *jaróshet* y se comían. Esto se llamaba *la sopa.* Era el recordatorio de la esclavitud y de los ladrillos que habían tenido que hacer.

(xi) A esto seguía la cena propiamente dicha. Se debía comer el cordero entero. Si sobraba algo, se tenía que destruir, y no se podía usar para otra comida corriente.

(xii) Se limpiaban otra vez las manos.

(xiii) Se comía el resto del pan sin levadura.

(xiv) Se hacía una oración de acción de gracias que contenía una petición por la venida de Elías como precursor para anunciar la venida del Mesías. Entonces se bebía la tercera copa, que se llamaba *la copa de la acción de gracias.* La oración era: «¡Bendito seas, oh Señor, nuestro Dios, Rey del universo, Que has creado el fruto de la vid!»

(xv) Se cantaba la segunda parte del *Hallel, Salmos 115-118.*

(xvi) Se bebía la cuarta copa, y se cantaba el *Salmo 136,* que se conocía como *el gran hallel.*

(xvii) Se hacían dos breves oraciones:

> *¡Que todas Tus obras Te alaben, oh Señor, nuestro Dios, y Tus santos, los justos que hacen Tu voluntad, y todo Tu pueblo, la casa de Israel, con cántico jubiloso Te alaben y bendigan y engrandezcan y glorifiquen y exalten y veneren y santifiquen y adscriban el Reino a Tu nombre, oh Dios, nuestro Rey! Porque es bueno alabarte, y es un placer cantar alabanzas a Tu nombre, porque desde toda eternidad y para toda eternidad Tu eres Dios.*

¡Que el aliento de todos los que viven alabe Tu nombre, oh Señor, nuestro Dios! ¡Y que el espíritu de toda carne continuamente glorifique y exalte Tu memoria, oh Dios, nuestro Rey! Porque desde toda eternidad y para toda eternidad Tú eres Dios, y no tenemos más Rey, Redentor o Salvador que Tú.

Así acababa la fiesta de la Pascua. Si la cena que tuvieron Jesús y Sus discípulos era la Pascua, tienen que haber sido los pasos (xiii) y (xiv) los que Jesús Se aplicó, y (xvi) el himno que cantaron antes de salir hacia el monte de los Olivos.

Ahora veamos lo que Jesús estaba haciendo, y lo que estaba tratando de imprimir en la memoria de los Suyos. Más de una vez hemos visto ya que los profetas de Israel recurrían a acciones simbólicas, dramáticas, cuando presentían que las palabras no eran suficientes. Eso fue lo que hizo Ahías cuando rasgó su capa en doce trozos y dio diez a Jeroboam como señal de que diez tribus le proclamarían rey *(1 Reyes 11:29-32).* Eso fue lo que hizo Jeremías cuando se hizo coyundas y yugos y se los cargó en señal de la servidumbre inminente *(Jeremías 27).* Eso fue lo que hizo el profeta Hananías cuando se apoderó del yugo que llevaba Jeremías y lo rompió *(Jeremías 28:10s).* Eso fue la clase de cosa que Ezequiel hizo repetidamente *(Ezequiel 4:1-8; 5:1-4).* Era como si las palabras se pudieran olvidar fácilmente, pero una acción dramática se imprimiría en la memoria.

Eso fue lo que hizo Jesús, y asoció Su acción dramática con la antigua fiesta de Su pueblo para que se imprimiera más indeleblemente en las mentes de los Suyos. Jesús dijo: «¡Fijaos! Así como se rompe este pan, se rompe Mi cuerpo por vosotros. Lo mismo que se escancia en esta copa, se verterá por vosotros Mi sangre.»

¿Qué quería decir Jesús cuando dijo que la copa representaba un nuevo pacto? La palabra *pacto* era corriente en la religión judía. La base de esa religión era que Dios había he-cho *un pacto* con Israel. La palabra quiere decir algo así como un arreglo, una transacción, una relación. La aceptación del *Antiguo Pacto* se relata en *Éxodo 24:3-8;* y en ese pasaje ve-mos que el pacto dependía totalmente de que Israel cumpliera la Ley. Si se quebrantaba la Ley, se quebrantaba el Pacto, y se deshacía la relación entre Dios y la

nación. *Era una rela-ción totalmente dependiente de la Ley y de la obediencia a la Ley.* Dios era el Juez; y, puesto que no había nadie que pudie-ra guardar la Ley, el pueblo siempre estaba en falta. Pero Jesús dice: «Yo estoy introduciendo y ratificando *un Nuevo Pacto,* una nueva clase de relación entre Dios y el hombre, que no depende de *la Ley,* sino de *la Sangre que Yo voy a derramar.*» Es decir, que depende solamente del *amor.* El Nuevo Pacto es una relación entre el hombre y Dios que no depende de la Ley, sino del amor. En otras palabras, Jesús dice: «Estoy haciendo lo que estoy haciendo para mostraros hasta qué punto os ama Dios.» Los hombres ya no están sencillamente *bajo la Ley de Dios.* Gracias a lo que Jesús ha hecho, están para siempre *bajo el amor de Dios.* Esa es la esencia de lo que nos dice la Santa Comunión.

Hay algo más en lo que haremos bien en fijarnos. En la última frase vemos de nuevo las dos cosas que ya hemos visto repetidas veces. Jesús estaba seguro de dos cosas: sabía que había de morir, y sabia que Su Reino había de venir. Estaba seguro de la Cruz, e igualmente seguro de la gloria; y la razón era que estaba igualmente seguro del pecado humano como del amor de Dios; y sabía que ese amor acabaría por conquistar ese pecado.

EL FALLO DE LOS AMIGOS

Marcos 14:27-31

Jesús les dijo a Sus discípulos:

—Todos vosotros os espantaréis de Mí esta noche; porque está escrito: «Heriré al Pastor, y las ovejas se desperdigarán.» Pero cuando haya vuelto a la vida, iré por delante de vosotros a Galilea.

Pedro Le dijo:

—Todos los otros puede que se espanten, ¡pero yo no!

Jesús le dijo:

—Te digo la pura verdad: Hoy, esta noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres veces.

Pedro se puso a insistir enérgicamente:

—¡Aunque tenga que morir contigo, no Te negaré!

Y eso mismo dijeron todos los demás.

Una de las cosas tremendas de Jesús es que no había nada para lo que no estuviera preparado: la oposición, la incomprensión, la enemistad de los más religiosos, la traición de uno de los de Su círculo íntimo, el dolor y la agonía de la Cruz... Estaba preparado para todo; pero lo que tal vez Le dolía más era el fracaso de Sus amigos. Es cuando uno se enfrenta con lo peor cuando más necesita a sus amigos; y fue entonces precisamente cuando los amigos de Jesús Le abandonaron y Le fallaron y Le dejaron completamente solo. No había nada en todo el espectro del dolor físico y de la tortura mental por lo que no pasara Jesús.

Sir Hugh Walpole escribió una gran novela llamada *Fortaleza.* Es la historia de uno llamado Pedro cuyo credo era: «No es la vida lo que importa, sino el coraje que le apliques.» La vida le hizo todo lo imaginable. Al final, en la cima de su propia montaña, oye una voz: «Bendito sea el dolor, y el tormento, y todas las torturas del cuerpo. Benditas sean todas las pérdidas y los fracasos de los amigos, y el sacrificio del amor. Benditos sean todos los fallos y la ruina de todas las esperanzas terrenales. Bendita sea toda la angustia y el tormento, y las adversidades, y las angustias que exigen coraje. Benditas sean todas estas cosas —porque de ellas viene lo que

hace un hombre.» Pedro se postró pidiendo: «Hazme un hombre... que no tema nada, que esté listo para todo. El amor, la amistad, el éxito... asumirlo todo como venga, sin importarme que esas cosas no sean para mí. Hazme valiente. Hazme valiente.»

Jesús tenía en grado superlativo, más que ningún otro que haya vivido jamás, esta cualidad de la fortaleza, esta capacidad para mantenerse erguido a pesar de los golpes que la vida Le pudiera asestar; esta serenidad cuando no había nada más que quebranto detrás y tortura delante. Inevitablemente cada cierto tiempo nos encontramos tomando aliento ante Su terso heroísmo.

Cuando Jesús le anunció a Pedro el trágico fracaso de su lealtad, él no podía creer que le sucediera. En los días de los problemas con los Stewart capturaron al Gallo del Norte, el Marqués de Hunty. Le señalaron el bloque y el hacha, y le dijeron que a menos que abandonara su lealtad le ejecutarían allí mismo y entonces. Su respuesta fue: «Podéis separarme la cabeza de los hombros, pero no podréis separar nunca mi corazón de mi Rey.» Eso fue lo que dijo Pedro aquella noche.

Hay una lección en la palabra que Jesús usó para «espantarse.» El verbo griego es *skandalizein,* de *skándalon* o *skandalethron,* que quieren decir el cebo de una trampa o el palito que acciona el cierre de la trampa una vez que se ha introducido el animal. Así es que la palabra *skandalizein* llegó a significar atrapar, o poner la zancadilla, mediante una treta o engaño. Pedro estaba demasiado seguro. Había olvidado las trampas que les puede poder la vida a los mejores de los hombres, y que las mejores personas pueden pisar un lugar resbaladizo y caer. Se había olvidado de su propia debilidad humana y de la fuerza de las tentaciones del diablo. Pero hay algo que siempre debemos recordar de Pedro: *tenía el corazón en su sitio.* Mejor un Pedro con un corazón inflamado de amor, aunque ese amor le fallara vergonzosamente por un momento, que un Judas con un corazón helado de odio. Que condene a Pedro el que no haya incumplido nunca una promesa, el que no haya sido nunca desleal en pensamiento o en acción a un compromiso. Pedro amaba a Jesús; y aunque Le falló, se levantó de nuevo.

HÁGASE TU VOLUNTAD

Marcos 14:32-42

Llegaron a un lugar que se llamaba Getsemaní. Jesús les dijo a Sus discípulos:

—Sentaos aquí mientras Yo hago oración.

Llevó consigo a Pedro y Santiago y Juan, y empezó a deprimirse y angustiarse y les dijo:

—Estoy a punto de morir de pura angustia. Quedaos aquí y manteneos bien despiertos.

Se apartó un poco más adelante, y Se postró en tierra pidiendo que, si era posible, esa hora pasara de Él. Y decía:

—¡Abbá, Padre! Todo Te es posible a Ti. Retira de Mí este cáliz; pero no sea lo que Yo quiero, sino lo que quieras Tú.

Volvió al poco tiempo, y Se los encontró dormidos. Y le dijo a Pedro:

—Simón, ¿estás dormido? ¿Nos has podido mantenerte despierto ni una hora? Manteneos despiertos y en oración, no sea que os sorprenda la prueba. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.

Y de nuevo se apartó a orar con las mismas palabras. Y volvió otra vez, y Se los encontró dormidos, porque tenían los ojos cargados de sueño. Y no sabían qué decirle. Y Él vino aún la tercera vez, y les dijo:

—Ya podéis dormir. Ahora descansad. Ya basta. Ha llegado el momento. ¡Mirad! El Hijo del Hombre es entregado a manos de pecadores. ¡Levantaos! ¡Vámonos! Ha llegado el que Me ha traicionado.

Este es un pasaje que casi nos da miedo leer, porque nos introduce en la agonía privada de Jesús.

Haberse quedado en el aposento alto habría sido peligroso. Con las autoridades en Su búsqueda, y con Judas decidido a traicionarle, el aposento alto podía haber sido una encerrona. Pero Jesús tenía otro lugar al que retirarse. El hecho de que Judas supiera que podía encontrarle en Getsemaní muestra que Jesús tenía costumbre de ir allí. En la misma Jerusalén no había jardines. La ciudad estaba demasiado abarrotada; y había una curiosa ley que prohibía que el suelo santo de la ciudad se contaminara con el estiércol de los jardines. Pero algunos de los ricos tenían jardines privados en el

monte de los Olivos, adonde se retiraban a descansar. Jesús tiene que haber tenido algún amigo suficientemente acomodado que Le permitía usar su jardín por la noche.

Cuando Jesús fue a Getsemaní había dos cosas que necesitaba perentoriamente. Necesitaba *la compañía humana,* y necesitaba *la compañía de Dios.* «No es bueno que el hombre esté solo,» había dicho Dios en el principio *(Génesis 2:18).* En momentos de angustia queremos tener a alguien con nosotros. No es que queramos que haga nada en particular, ni que queramos decirle nada ni que nos hable. Simplemente que esté con nosotros. Así Le pasaba a Jesús. Es extraño que los hombres que hacía poco habían asegurado que estaban dispuestos a morir por Él no pudieran mantenerse despiertos con Él ni si- quiera una hora. Pero no podemos culparlos, porque la emoción y la tensión los habían drenado de fuerza y de resistencia.

Algunas cosas de Jesús aparecen claras en este pasaje.

(i) No quería morir. Tenía treinta y tres años, y nadie quiere morir cuando se encuentra en los mejores años de su vida. Había hecho tan poco, y había un mundo que esperaba salvarse. Sabía lo que era la crucifixión, y no podía por menos de sobrecogerle. Tenía que obligarse a seguir adelante —como nos sucede a veces a todos los seres humanos; aunque en Su caso la lucha y la perspectiva eran incalculablemente más terribles.

(ii) No entendía totalmente por qué tenía que morir. Sólo sabía sin ningún lugar a dudas que era la voluntad de Dios, y que Él tenía que seguir adelante. Jesús, también, tuvo que emprender la gran aventura de la fe, aceptando —como nos corresponde muchas veces a los seres humanos— lo que no podía comprender.

(iii) Se sometió a la voluntad de Dios. *Abbá* es la palabra aramea para *Papá.* Esa era la palabra clave que lo aclaraba todo. Thomas Hardy termina su novela *Tess,* después de contarnos su trágica vida, con la terrible frase: «El presidente de los inmortales había acabado de jugar con Tess.» Jesús no se estaba sometiendo a un Dios tiránico o dictatorial.

Como con piezas de ajedrez Él juega
en tablero de días y de noches
moviéndolas, les da jaque y las mata

y las mete en la caja sin reproches.

Esto decía ‘Umar Jayyâm; pero Dios no es así. Aun en esa hora terrible, cuando estaba exigiéndole aquel terrible sacrificio, Dios era para Jesús *Su Papá.* Cuando mataron al reformador escocés Richard Cameron, uno de los Murray le cortó la cabeza y las manos y las llevaron a Edimburgo. Su padre estaba preso por la misma causa. El enemigo se las llevó para aña-dirle más aflicción a su ya terrible angustia, y le preguntó si las reconocía.

Tomando la cabeza y las manos de su hijo, que eran muy hermosas (porque era hombre de complexión fina como él), las besó y dijo: «Las reconozco, las conozco. Son las de mi hijo, mi propio hijo querido. Es el Señor. Buena es la voluntad del Señor que no puede hacernos mal ni a mí ni a los míos, sino que ha hecho que el bien y la misericordia nos sigan todos los días de nuestra vida.» Si podemos llamar a Dios *Padre,* todo resulta soportable. Una y otra vez no comprenderemos, pero siempre tendremos la certeza de que «la mano del Padre no causará nunca a sus hijos una lágrima innecesaria.» Eso era lo que sabía Jesús. Por eso podía seguir adelante —y nosotros también.

Debemos fijarnos en cómo termina este pasaje. El traidor y su pandilla habían llegado. ¿Cómo reaccionó Jesús? No huyendo, aunque todavía, en la noche, Le habría sido fácil escapar. Reaccionó *enfrentándose con ellos.* Hasta el fin, Jesús Se negó a desviarse o a volver atrás.

EL ARRESTO

Marcos 14:43-50

Y acto seguido, mientras Jesús estaba todavía hablando, llegó Judas, uno de los Doce, y con él una chusma con espadas y palos de parte de los principales sacerdotes y los maestros de la Ley y los ancianos. El traidor les había dado esta señal: «El que yo bese, les había dicho, ese es. Echadle mano y ponedle a buen recaudo.» Así es que, cuando llegó, pasó al frente en seguida y Le dijo a Jesús:

—¡Rabí! —y Le besó afectuosamente.

Los otros echaron mano a Jesús y Le apresaron. Uno de los presentes desenvainó la espada e hirió al siervo del sumo sacerdote cortándole una oreja. Jesús les dijo:

—¿Habéis salido a arrestarme con espadas y con palos como si fuera un bandolero? He estado diariamente con vosotros enseñando en el Templo, y no Me detuvisteis. Pero sea así para que se cumplan las Escrituras.

Y entonces todos Le abandonaron y salieron huyendo.

Aquí tenemos claro el drama y, aun con la economía de palabras que le es característica a Marcos, los personajes se dibujan perfectamente ante nosotros.

(i) Está Judas, el traidor. Sabía muy bien que la gente conocía de vista suficientemente a Jesús; pero pensó que a la pálida luz de la luna, a la sombra de los árboles iluminados por la luz temblorosa de las teas, necesitarían una indicación precisa de quién era el que iban a detener. Y eligió el más terrible de los signos: un beso. Era habitual saludar a un rabino con un beso, en señal del respeto y del afecto que se le tenía a un maestro querido; pero hay aquí algo terrible. Cuando Judas dice: «Al que yo bese, ese es,» usa la palabra *filein,* que es la palabra corriente; pero cuando se dice que avanzó y *besó* a Jesús, la palabra es *katafilein.* El *kata-* es intensivo, y *katafilein* quiere decir *besar como un amante besa a un ser amado.* La señal de la traición no fue el beso formal del saludo respetuoso, sino un beso de amor. Esto es la cosa más repulsiva y terrible que encontramos en los evangelios.

(ii) Está la chusma enviada para arrestar a Jesús. Venía de parte de los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos. Esas eran las tres secciones del Sanedrín, y Marcos quiere decir que venían de parte de ese tribunal supremo. Aun bajo la jurisdicción romana, el Sanedrín tenía ciertos derechos y deberes de policía en Jerusalén, y tenía sus propios policías. Sin duda una chusma selecta se les había adherido en el camino. Marcos se las agencia para darnos la impresión del nerviosis-mo de los que vinieron a hacer la detención. Puede que vinie-ran preparados para una acción sangrienta, nerviosos y tensos. Eran ellos los que rezumaban terror —no Jesús.

(iii) Está el hombre que tiró de espada a la desesperada y le cortó una oreja al siervo del sumo sacerdote. En *Juan 18:10* se nos dice

que fue Pedro. Nos suena a Pedro, y Marcos probablemente omitió el nombre porque todavía era peligroso revelarlo. En la reyerta no se vio quién había asestado el golpe; era mejor dejarlo así. Pero cuando Juan escribió, cuarenta años después, ya no era peligroso revelarlo. Puede que no fuera precisamente una buena acción tirar de espada y atacar a un oficial; pero en cierto modo nos alegramos de que hubiera alguien allí que, por lo menos en el impulso del momento, estuviera dispuesto a pelear por Jesús.

(iv) Estaban los discípulos. Les fallaron los nervios. No pudieron arrostrar aquello. Tenían miedo de compartir la suerte de Jesús, así es que huyeron.

(v) Estaba Jesús mismo. Lo extraño es que, en toda esta escena caótica, Jesús estaba en un oasis de serenidad. Conforme leemos la historia vemos que era Él y no la policía del Sanedrín Quien estaba en control de los acontecimientos. Para Él, la lucha del huerto ya había pasado, y ya tenía la paz del Que sabe que está siguiendo la voluntad de Dios.

UN CIERTO JOVEN

Marcos 14:51-52

> *Le iba siguiendo a Jesús un cierto joven que no iba cubierto nada más que con una sábana de lino. Los policías trataron de echarle mano, pero él se les escapó dejándolos con la sábana en las manos.*

Estos son dos versículos extraños y alucinantes. A primera vista parecen completamente irrelevantes. No parecen añadir nada a la narración, y sin embargo tiene que haber alguna razón para que estén aquí.

Ya vimos en la Introducción que Mateo y Lucas usaron *Marcos* como la base de su obra, y que incluyeron en sus evangelios prácticamente la totalidad de lo que se encuentra en *Marcos.* Ninguno de los dos incluyó estos dos versículos. Eso parecería indicar que este incidente tenía interés solamente para Marcos, y no realmente para ningún otro. ¿Por qué entonces era tan interesante para Marcos que pensó que debía incluirlo en su evangelio? La respuesta más probable es que el joven era el mismo Marcos, y que

esta era una manera de decir: «Yo también estaba allí,» aunque sin mencionar expresamente su nombre.

Cuando leemos *Hechos* encontramos que el lugar de reunión y el cuartel general de la iglesia original en Jerusalén fue aparentemente la casa de María, la madre de Juan Marcos, el autor de este evangelio *(Hechos 12:12).* Si fue así, es por lo menos posible que el aposento alto en el que se había celebrado la Última Cena estuviera en aquella misma casa. No podía haber otro lugar que se convirtiera más naturalmente en el centro de la Iglesia. Si podemos aceptar eso, se nos ofrecen dos posibilidades.

(i) Puede que Marcos estuviera presente en la Última Cena. Era joven, nada más que un muchacho, y puede que nadie se diera cuenta; pero él estaba fascinado con Jesús; y cuando la compañía salió por la noche hacia el Monte de los Olivos, se les agregó cuando debería haber estado en la cama, con una sábana de lino por toda vestidura. Puede que todo el tiempo estuviera Marcos allí en la sombra escuchando y observando, lo cual explicaría de dónde procede el relato de Getsemaní; porque, si todos los discípulos estaban dormidos, ¿cómo se pudo conocer la angustia de alma que Jesús pasó allí? Puede que el único testigo de aquella escena fuera Marcos, que estaba bien despierto, callado en las sombras, observando con la reverencia de un muchacho al más grande Héroe que había conocido y que conocería jamás.

(ii) Por el relato de Juan sabemos que Judas dejó la compañía antes de que terminaran la cena *(Juan 13:30).* Puede que fuera al aposento alto adonde Judas pretendía conducir a la policía del Templo para que detuvieran a Jesús en secreto; pero cuando Judas volvió con la policía, Jesús y Sus discípulos ya se habían ido. Se producirían las recriminaciones y discusio-nes normales, y ese jaleo despertaría a Marcos. Oiría a Judas sugerir que trataran de buscar a Jesús en el huerto de Getsemaní. Marcos se envolvería a toda prisa en la sábana de su cama, y saldría corriendo en medio de la noche para advertir a Jesús del peligro; pero llegaría demasiado tarde, y en la confusión que se produjo estuvieron a punto de arrestarle.

Cualquiera que fuera la situación exacta, podemos estar bastante seguros de que Marcos incluyó en su relato estos dos versículos porque se referían a él. Nunca podría olvidar aquella noche. Era

demasiado humilde para mencionarse por nombre, pero esta fue su manera de poner su firma, como diciendo a todos los que sepan leer entre líneas: «Yo también, cuando era un muchacho, estaba allí.»

EL JUICIO

Marcos 14:53, 55-65

Llevaron a Jesús ante el sumo sacerdote, y todos los principales sacerdotes y los maestros de la Ley y los ancianos se reunieron con él...

Los principales sacerdotes y todo el Sanedrín estaban tratando de encontrar alguna evidencia contra Jesús a fin de condenarle a muerte; pero no la podían encontrar, porque había muchos que daban falso testimonio contra Él, pero no estaban de acuerdo en sus declaraciones. Algunos se pusieron de pie y dieron falso testimonio contra Él diciendo:

—Nosotros Le oímos decir: «Yo destruiré este templo hecho con las manos, y en tres días edificaré otro no hecho con las manos.»

Pero ni siquiera en eso coincidían las acusaciones; en vista de lo cual el sumo sacerdote se puso en pie allí en medio e interrogó a Jesús:

—¿Es que no vas a contestar? ¿Qué te parece la evidencia que estos hombres alegan contra Ti?

Jesús seguía callado, y no dio ninguna respuesta. Entonces el sumo sacerdote Le interrogó diciéndole:

—¿Eres Tú el Ungido de Dios, el Hijo del Bendito?

—Sí lo soy —contestó Jesús—, y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, viniendo con las nubes del Cielo.

El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras y dijo:

—¿Para qué necesitamos más testigos? ¡Vosotros mismos Le habéis oído blasfemar! ¿Cuál es vuestro veredicto?

Todos ellos Le declararon digno de muerte; y algunos se pusieron a escupirle y a taparle la cara y abofetearle diciéndole:

—¡Profetiza!

Y los servidores Le daban toda clase de golpes.

La acción se iba moviendo ininterrumpidamente hacia el desenlace inevitable.

Por aquel entonces los poderes del Sanedrín eran limitados, porque los que gobernaban el país eran los romanos. El Sanedrín tenía plenos poderes en materias religiosas. Parece también haber tenido una cierta medida de poder jurídicopolicial. Pero no tenía poder para dictar sentencia de muerte. Si lo que Marcos describe era una reunión del Sanedrín, puede compararse con la de un tribunal supremo. Su función no era condenar, sino preparar los cargos por los que el criminal pudiera ser juzgado ante el gobernador romano.

No cabe duda de que en el juicio de Jesús el Sanedrín quebrantó todas sus leyes. El reglamento de procedimiento del Sanedrín es uno de los tratados de la *Misná.* Ya se comprende que algunas de sus reglas eran más ideales que prácticas habituales; pero, aun concediendo esto, todo el procedimiento de aquella noche fue una serie de injusticias flagrantes.

El Sanedrín era el tribunal supremo de los judíos, y lo formaban setenta y un miembros. Entre ellos había saduceos —toda la clase sacerdotal eran saduceos—, fariseos y escribas —que eran los maestros de la Ley—, y hombres respetados, que eran los ancianos. El presidente era el sumo sacerdote. El tribunal se sentaba en semicírculo de tal manera que cualquier miembro podía ver a cualquiera de los demás. Enfrente se sentaban los estudiantes de los rabinos, que podían hablar a favor del reo, pero no en su contra. La sala oficial de reuniones del Sanedrín era el salón de la Piedra Tallada, que se encontraba en el recinto del Templo, y las decisiones del Sanedrín no eran válidas a menos que se tomaran en una reunión celebrada en aquel lugar. El tribunal no se podía reunir por la noche, ni en ninguna de las grandes fiestas. Cuando se tomaba la evidencia, se examinaban los testigos separadamente; y, para que su evidencia fuera válida, debía coincidir en todos los detalles. Cada miembro individual del Sanedrín debía dar su veredicto separadamente, empezando por los más jóvenes, hasta llegar al más anciano. Si el veredicto era la pena de muerte, debía transcurrir una noche antes de que se llevara a cabo, para que el tribunal

tuviera oportunidad de cambiar de parecer y decidirse por la compasión.

Se puede ver que en un punto tras otro el Sanedrín que-brantó sus propias reglas. No se reunió en la sala oficial. Se reunió por la noche. No se nos dice que se dieran los veredictos individualmente. No se dejó que pasara una noche antes de la ejecución. En su afán de eliminar a Jesús, las autoridades judías no dudaron en quebrantar sus propias leyes.

En un principio, el tribunal no podía conseguir ni testigos falsos que estuvieran de acuerdo. Estos acusaron a Jesús de haber dicho que Él destruiría el Templo. Puede ser que alguno Le hubiera oído decir lo que tenemos en *Marcos 13:2,* y lo hubiera tergiversado maliciosamente convirtiéndolo en una amenaza de destruir el Templo. Hay una leyenda que dice que el Sanedrín podía conseguir montones de la clase de evidencia que no quería, porque un hombre tras otro salían al frente diciendo: «Yo era leproso, y Él me limpió.» «Yo era ciego, y Él me dio la vista.» «Yo era sordo, y Él me abrió los oídos.» «Yo era cojo, y Él me hizo que pudiera andar.» «Yo era paralítico, y Él me devolvió las fuerzas.»

Por último, el sumo sacerdote tomó la cuestión en sus manos, e hizo la clase de pregunta que la ley prohibía terminantemente, la que obliga a la autoinculpación. Estaba prohibido hacer preguntas cuya respuesta podía incriminar al reo. No se le podía pedir a nadie que se condenara a sí mismo; pero esa fue la pregunta precisa que Le hizo a Jesús el sumo sacerdote. Le preguntó directamente si Él era el Mesías. Está claro que Jesús comprendió que ya era hora de que concluyera aquella desgraciada farsa. Sin dudarlo respondió que sí lo era. Aquello se tomó como un delito de blasfemia, de insulto a Dios. Ya tenía el Sanedrín lo que quería: un delito que merecía la pena capital, y se dieron por satisfechos celebrándolo salvajemente.

De nuevo vemos brillar en esta escena las dos grandes características de Jesús.

(i) Vemos Su *coraje.* Sabía que el hacer esa confesión Le suponía la muerte; y sin embargo la hizo sin vacilar. Si hubiera negado las acusaciones, no Le habrían podido condenar.

(ii) Vemos Su *confianza.* Aun ante la inminente perspectiva de la Cruz, todavía siguió hablando con plena confianza de Su triunfo definitivo.

No cabe duda de que es la más terrible de las tragedias de la Historia humana el que se le negara hasta la justicia más elemental y que se Le humillara con la cruda y cruel parodia de los siervos y guardas del Sanedrín a Aquel Que vino a ofrecer a la humanidad el amor de Dios.

CORAJE Y COBARDÍA

Marcos 14:54, 66-72

> *Y Pedro siguió a Jesús a cierta distancia hasta dentro del patio de la casa del sumo sacerdote, y se sentó allí con los criados calentándose al fuego...*
>
> *Cuando Pedro estaba abajo en el patio, una de las criadas del sumo sacerdote se acercó y, cuando vio a Pedro calentándose, se le quedó mirando y le dijo:*
>
> *—Tú también estabas con el Nazareno, con Jesús.*
>
> *Pedro lo negó, diciendo:*
>
> *—Ni sé ni entiendo lo que estás diciendo.*
>
> *Salió al porche, y cantó el gallo. La criada le vio, y se puso a decirles a los presentes otra vez:*
>
> *—¡Este hombre era uno de ellos!*
>
> *Pero él lo negó otra vez. Poco después, los que estaban allí le dijeron a Pedro:*
>
> *—Es verdad que tú eres uno de ellos, porque eres galileo.*
>
> *Pedro se puso a maldecir y a jurar:*
>
> *—¡Ni siquiera sé de Quién estáis hablando!*
>
> *E inmediatamente resonó el canto del gallo, y Pedro se acordó de lo que le había dicho Jesús: «Antes que cante el gallo dos veces me habrás negado tres veces.» Y se ocultó la cabeza con la capa, y lloró.*

Algunas veces se cuenta esta historia de una manera que no le hace justicia a Pedro. Lo que a menudo dejamos de reconocerle es que hasta el mismo final la carrera de Pedro aquella noche mostró un coraje temerario. El desenvainar la espada en el huerto con el

coraje temerario de un hombre preparado a enfrentarse él solo con toda aquella chusma. En aquella intervención había herido al siervo del sumo sacerdote. La prudencia más elemental le habría aconsejado a Pedro no dejarse ver. El último lugar al que uno habría soñado que pudiera dirigirse Pedro sería el patio de la casa del sumo sacerdote —y fue precisamente allí adonde se dirigió. Eso es ya en sí una audacia desmedida. Puede que los otros huyeran; pero Pedro seguía cumpliendo su palabra. Aunque los demás se hubieran ido, él seguía lo más de cerca posible a Jesús.

Y entonces surgió la extraña mezcla de la naturaleza humana. Se quedó calentándose al fuego, porque la noche era fría. Sin duda estaba arrebujado en el embozo de su capa. Puede que alguno atizara el fuego o echara otro leño, y a la luz de la llama reconocieron a Pedro. Él negó inmediatamente toda relación con Jesús. *Pero* —y esto es lo que se suele olvidar—, cualquier persona prudente se habría marchado entonces del patio tan rápido como le pudieran llevan sus piernas —pero no Pedro. Y lo mismo le sucedió otra vez. De nuevo Pedro negó a Jesús, y de nuevo se negó a marcharse. Sucedió una vez más; Pedro negó a Jesús otra vez, jurando que no conocía a Jesús, e invocando maldiciones sobre sí mismo si no estaba diciendo la verdad. Todavía parece que no tenía intención de marcharse; pero entonces sucedió otra cosa.

Muy probablemente fue lo siguiente. Los romanos dividían la noche en cuatro vigilias desde las 6 de la tarde hasta las 6 de la mañana. Al final de la tercera vigilia, a las 3 de la madrugada, cambiaba la guardia, cosa que se anunciaba con un toque de cornetín que se llamaba en latín *gallicinium,* que quiere decir *canto del gallo.* Lo más probable es que lo que sucedió fue que cuando Pedro negó por tercera vez conocer a Jesús, se oyó la clara nota del cornetín en el silencio de la ciudad, y Pedro se acordó, y se le partió el corazón.

No nos confundamos: Pedro cayó en una tentación que le asaltó por ser hombre de coraje extraordinario. No tienen derecho las personas prudentes y discretas a criticar a Pedro por sucumbir a una tentación que nunca les sobrevendrá a ellos en parecidas circunstancias. Todos tenemos nuestro límite. Pedro llegó al suyo aquí, pero 999 de cada 1,000 habrían llegado al suyo mucho antes.

Haríamos bien en admirar el coraje de Pedro más bien que en escandalizarnos por su fallo.

Pero aún hay otra cosa. No puede haber habido nada más que una fuente de información para que se sepa esta historia —y tuvo que ser el mismo Pedro. Ya vimos en la Introducción que el *Evangelio de Marcos* contiene los materiales de la predicación de Pedro. Es decir: que una y otra vez Pedro tiene que haber contado la historia de su negación. «Eso fue lo que yo hice —tiene que haber dicho—, y el maravilloso Jesús nunca dejó de amarme.»

Hubo un evangelista llamado Brownlow North. Era un hombre de Dios, pero en su juventud había vivido a lo loco. Un domingo, cuando tenía que predicar en Aberdeen, le entregaron una carta antes de subir al púlpito, que relataba un incidente vergonzoso de la vida de Brownlow North antes de su conversión, y anunciaba que, si se atrevía a predicar, el autor de la carta se levantaría en la iglesia y proclamaría públicamente lo que había hecho el predicador. Brownlow North se llevó la carta al púlpito, y se la leyó a la congregación. Les dijo que era perfectamente cierto; y a continuación les dijo cómo Cristo le había perdonado y permitido vencerse a sí mismo y dejar atrás su pasado y hacerle una nueva criatura. Usó su propia vergüenza como un imán para atraer a otros a Cristo. Eso era lo que hacía Pedro. Le decía a la gente: «Yo Le hice daño y Le fallé de esta manera, pero Él siguió amándome y me perdonó —y puede hacer lo mismo por ti.»

Cuando leemos este pasaje con comprensión, la historia de la cobardía de Pedro se convierte en una épica de coraje, y la historia de su vergüenza se convierte en un testimonio de gloria.

EL SILENCIO DE JESÚS

Marcos 15:1-5

Inmediatamente, a la madrugada, los principales sacer-dotes, juntamente con los ancianos y los maestros de la Ley —es decir, todo el Sanedrín— celebró una sesión. Maniataron a Jesús y se Le llevaron para entregársele a Pilato. Pilato le preguntó:

—¿Eres Tú el Rey de los judíos?

—Tú eres el que lo estás diciendo —le contestó Jesús.

Los principales sacerdotes se pusieron a acusar a Jesús de muchos delitos. Pilato Le preguntó de nuevo:

—¿No tienes nada que contestar? Mira de cuántas cosas Te acusan.

Jesús no le contestó nada más, y Pilato estaba alucinado.

Tan pronto como hubo luz del día se reunió el Sanedrín para ratificarse en las conclusiones a las que habían llegado en su reunión nocturna. No tenían poder para ejecutar la sentencia de muerte. El gobernador romano era el único que la podía dictar y ejecutar.

Es Lucas el que nos cuenta lo profunda e insistente y amarga que era la malicia de los judíos. Como ya hemos visto, la acusación a la que habían llegado era de blasfemia, de in-sulto a Dios. Pero aquello no era un crimen por el que pudieran llevar a Jesús ante Pilato. Sabían perfectamente bien que Pilato no se mezclaría en lo que consideraba supersticiones religio-sas de los judíos. Cuando Le llevaron a Jesús Le acusaron de pervertir al pueblo prohibiéndoles dar tributo al César y presentándose como Rey *(Lucas 23:1s).* Tuvieron que amañar un crimen político para que Pilato lo tomara en serio. Sabían muy bien que aquella acusación era falsa —y Pilato también lo sabía.

Pilato Le preguntó a Jesús: «¿Eres Tú el Rey de los judíos?» Jesús le dio una extraña respuesta. Le dijo: «Tú eres el que dice eso.» Jesús no dijo sí o no. Lo que sí dijo fue: «Puede que yo haya pretendido ser el Rey de los judíos; pero tú sabes muy bien que la interpretación que le dan mis acusadores a esas palabras no es la

Mía. Yo no soy ningún revolucionario político. Mi Reino es el Reino del Amor.» Pilato lo sabía perfectamente bien. Entonces pasó a interrogar a Jesús de nuevo, y las autoridades judías pasaron a multiplicar sus acusaciones; y Jesús permaneció totalmente callado.

Hay veces cuando el silencio es más elocuente que las palabras, porque puede expresar lo que las palabras no pueden.

(i) Existe el silencio de *admiración maravillada.* Es un cumplido que se hace a cualquier representación o conferencia cuando se la recibe con un aplauso prolongado; pero es un cumplido todavía mayor cuando se responde con un silencio contenido que muestra que el aplauso estaría fuera de lugar. Es un cumplido el que le alaben o le den las gracias a uno de palabra, pero es un cumplido todavía más grande el recibir una mirada que dice claramente que no se puede con palabras.

(ii) Existe el silencio de *desprecio.* Se pueden recibir afirmaciones o argumentos o disculpas de alguien con un silencio que muestra que no merecen una respuesta. En lugar de contestar a las protestas de alguien, el que escucha puede volverle la espalda y dejar las cosas como están.

(iii) Existe el silencio del *miedo.* Una persona puede guardar silencio por la sencilla razón de que tiene miedo de hablar. La cobardía de su alma puede que le impida decir lo que sabe que debería decir. El miedo puede amordazarle, obligándole a un silencio vergonzoso.

(iv) Existe el silencio del *corazón quebrantado.* Cuando se ha herido de veras a una persona, no rompe en protestas y recriminaciones y exabruptos. El más profundo dolor es un dolor mudo, que está más allá de la ira y de la reprensión y de todo lo que se pueda expresar con palabras, y que sólo puede mostrarse en el silencio.

(v) Existe el silencio de *la tragedia,* cuando se guarda silencio porque ya no hay nada que se pueda decir. Fue por eso por lo que Jesús mantuvo silencio. Sabía que no podía haber un puente entre Él mismo y las autoridades judías. Sabía que no había nada en Pilato a lo que pudiera apelar en última instancia. Sabía que las líneas de comunicación estaban rotas. El odio de los dirigentes de los judíos era un telón de acero que las palabras no podían

atravesar. La cobardía de Pilato frente a la multitud era una barrera que las palabras no podían perforar. Es terrible que el corazón de un hombre llegue a tal punto que hasta Jesús sepa que no tiene sentido hablar. ¡Que Dios nos libre de ello!

LA ELECCIÓN DE LA MULTITUD

Marcos 15:6-15

Por el tiempo de la fiesta tenía la costumbre el gobernador de dejarle en libertad al pueblo a un preso, y se les dejaba escoger a quién. Había uno que se llamaba Barrabás, en la cárcel de los revolucionarios, que había cometido un asesinato durante la insurrección. La multitud acudió al tribunal de Pilato y se puso a pedirle que les cumpliera el procedimiento de costumbre. Pilato les preguntó:

—¿Queréis que o suelte al Rey de los judíos? —Porque sabía que los principales sacerdotes se Le habían entregado nada más que por malicia.

Los principales sacerdotes incitaron a la multitud a que insistiera en pedir la liberación de Barrabás. Pilato les preguntó otra vez:

—¿Y qué queréis que haga con el hombre que llamáis el Rey de los judíos?

De nuevo se pusieron a chillar:

—¡Crucifícale!

Pilato les dijo:

—¿Pues qué crimen ha cometido?

La gente siguió gritando, cada vez más enloquecida:

—¡Crucifícale!

Pilato quiso complacer a la multitud, y les soltó a Barrabás y entregó a Jesús para que Le crucificaran después de azotarle.

De Barrabás no sabemos nada más que lo que leemos en los evangelios. No era un ladrón, sino un bandolero, por lo menos. No era ningún ratero vulgar, sino un bandido peligroso, y debe de haber sido lo suficientemente audaz para ganarse el aprecio de la multitud. Tal vez podamos suponer la clase de persona que era. En particular había un grupo de judíos llamados los *sicarii,* que quiere decir

portadores de dagas, que eran en realidad nacionalistas fanáticos y violentos. Estaban jura-mentados para cometer crímenes y asesinatos. Llevaban la daga bajo la capa, y la usaban a la primera oportunidad. Es muy pro- bable que Barrabás fuera uno de esos hombres y, aunque era un asesino, era un hombre valiente, un verdadero patriota para muchos; y es comprensible que fuera popular con la multitud.

Para muchos ha sido siempre un misterio el que, menos de una semana después que la multitud aclamara a Jesús en Su entrada en Jerusalén, estuvieran pidiendo a gritos Su crucifixión. Pero no hay tal misterio. La razón es bien sencilla: se trataba de dos multitudes diferentes. Considerad el arresto de Jesús: fue deliberadamente secreto. Es verdad que los discípulos huyeron, y es probable que extendieran la noticia; pero ellos no podían haber sabido que el Sanedrín iba a violar sus propias leyes y llevar a cabo un simulacro de juicio por la noche. Debe de haber habido muy pocos de los simpatizantes de Jesús en aquella multitud.

Entonces, ¿quiénes eran? Pensadlo otra vez: la multitud sabía que había esa costumbre de soltar a un prisionero para la Pascua. Bien puede ser que fuera una multitud que se había reunido con la intención determinada de pedir la libertad de Barrabás. Serían entonces *una multitud de simpatizantes de Barrabás.* Cuando vieron la posibilidad de que quedara libre Jesús en vez de Barrabás se enfurecieron. Para los principales sacerdotes esta fue una oportunidad de oro. Las circunstancias les sonreían. Avivaron el clamor popular a favor de Barrabás, y les resultó fácil, porque era el deseo de la liberación de Barrabás lo que los había reunido allí aquel día. No es que la multitud fuera voluble, sino que era una multitud diferente.

Sin embargo, tenían que hacer una elección por sí mismos. Ante la alternativa de Jesús o Barrabás, escogieron a Barrabás.

(i) Escogieron *la ilegalidad en vez de la legalidad.* Eligieron a alguien que quebrantaba la ley en lugar de Jesús. Una de las palabras del Nuevo Testamento para *pecado* es *anomía,* que quiere decir *ilegalidad.* En el corazón humano hay una vena que rechaza la ley, que quiere hacer las cosas como le dé la gana, que quiere deshacer las barreras limítrofes y pisotear los restos de toda

disciplina. Hay algo de esa actitud en todos los seres humanos. En *Mandalay,* Kipling hace decir al soldado:

Mándame adonde sea al Este de Suez,
donde los mejores son como los peores,
donde no existen los Diez Mandamientos
y uno puede provocar una hambruna.

Hay veces cuando casi todos quisiéramos que no hubiera Diez Mandamientos. Aquella multitud representaba a hombres que prefieren la ilegalidad a la ley.

(ii) Eligieron *la guerra en lugar de la paz.* Escogieron al hombre sanguinario en vez de al Príncipe de Paz. En casi 3,000 años de Historia ha habido menos de 130 años en los que no hubiera una guerra rugiendo en algún sitio. La humanidad, en su increíble necedad, ha perseverado en tratar de arreglar las cosas mediante la guerras, que no arreglan nada. La multitud estaba haciendo lo que los hombres han hecho tantas veces, eligiendo al guerrero y rechazando al Pacificador.

(iii) Eligieron *el odio y la violencia en lugar del amor.* Barrabás y Jesús representaban dos actitudes opuestas. Barrabás representaba el corazón del odio, el puñal asesino, la violencia de la amargura. Jesús representaba el amor. Como ha pasado tantas veces, el odio reinó supremo en los corazones de los hombres, y el amor fue rechazado. Los hombres insistían en seguir su propio camino hacia la conquista, y rehusaron ver que la única verdadera conquista era la conquista del amor.

Puede que haya oculta una tragedia en una palabra. «Después de azotarle» es una sola palabra en el original. Los azotes romanos eran algo terrible. El reo estaba doblado y atado de tal manera que tenía totalmente expuesta la espalda. El azote era una larga tira de cuero con trozos de hueso o de plomo incrustados. Literalmente desgarraba la espalda a tiras. Algunas veces le saltaba algún ojo al reo. Algunos morían en la tortura; otros se volvieron locos; pocos se mantenían conscientes hasta el final. Eso también Se lo hicieron a Jesús.

LAS BURLAS DE LOS SOLDADOS

Marcos 15:16-20

Los soldados se llevaron a Jesús a una sala que era el pretorio, y llamaron a toda la compañía. Le vistieron a Jesús con una túnica púrpura, y trenzaron una corona de espinos y se la pusieron, y empezaron a saludarle:

—¡Salve, Rey de los judíos!

Y se pusieron a golpearle en la cabeza con una caña y a escupirle, y a arrodillarse ante Él como para rendirle homenaje. Y después de divertirse con Él, Le quitaron la túnica púrpura y Le pusieron Su propia ropa. Y luego Le llevaron a crucificar.

El ritual romano de la ejecución estaba establecido. El juez decía: *Illum duci ad crucem placet,* «La sentencia es que este hombre sea conducido a la cruz.» Entonces se volvía a la guardia y decía: *I, miles, expedi crucem,* «Ve, soldado, y prepara la cruz.» Fue mientras estaban preparando la cruz cuando Jesús estuvo en las manos de los soldados. El pretorio era la residencia del gobernador, su cuartel general, y los soldados implicados serían la cohorte de la guardia del cuartel general. Haremos bien en recordar que Jesús ya había padecido el tormento de los azotes antes de estas burlas soeces.

Bien puede ser que, de todo lo que Le sucedió, esto fuera lo que menos daño Le hacía a Jesús. Las intervenciones de los judíos habían estado envenenadas de odio. El resentimiento de Pilato había sido una evasión cobarde de su responsabilidad. Había crueldad en la acción de los soldados, pero no malicia. Para ellos Jesús no era más que un reo más que iba a la cruz, y llevaron a cabo la pantomima de homenaje y adoración en el cuartel, tal vez no para hacer sufrir más al reo, sino para pasar el rato con una parodia burda.

Era el principio de muchas burlas por venir. Siempre los cristianos estuvieron expuestos a que los tomaran a broma. Escrito en los muros de Pompeya que nos han conservado los grafitos de entonces hasta nuestros días está la caricatura de un cristiano arrodillado delante de un burro, y debajo se pueden leer las palabras: «Anaxímenes adora a su Dios.» Si tenemos que sufrir a veces burlas por ser cristianos, nos ayudará recordar que eso fue lo

que hicieron con Jesús de una manera mucho peor que lo que nos corresponda sufrir a nosotros.

LA CRUZ

Marcos 15:21-28

> *Y requisaron a un hombre que se llamaba Simón, de Cirene, que pasaba por allí de vuelta de su campo, el padre de Alejandro y de Rufo; y le obligaron a llevar la Cruz de Jesús. Así fue como Le llevaron a Jesús al lugar que se llama Gólgota, que quiere decir el lugar de la Calavera. Le ofrecieron vino mezclado con mirra, pero Él no quiso tomarlo.*
>
> *Le crucificaron.*
>
> *Y se repartieron Su ropa jugándose a los dados lo que le correspondía a cada uno.*
>
> *Eran las 9 de la mañana cuando Le crucificaron.*
>
> *Y el cartel con el delito que se Le imputaba estaba colocado en la Cruz: «EL REY DE LOS JUDÍOS.»*
>
> *Crucificaron con Jesús a dos bandidos, uno a Su derecha y otro a Su izquierda.*

La rutina de la crucifixión no variaba gran cosa. Cuando se tenía lista la cruz, el reo tenía que llevarla al lugar de la ejecución. Se le colocaba en medio de cuatro soldados. Por delante marchaba un soldado llevando un cartel en el que se podía leer el crimen del que era culpable el reo. Posteriormente se fijaba ese cartel a la cruz. No iban al lugar de la ejecución por el camino más corto, sino por el más largo. Pasaban por el mayor número posible de calles y callejas para que los más posibles vieran y tomaran nota. Cuando llegaban al lugar de la crucifixión se colocaba la cruz horizontalmente en el suelo, se estiraba sobre ella al reo y se le clavaban las manos. Los pies no se le solían clavar sino se les ataban. Entre las piernas del prisionero sobresalía un trozo de madera llamado burlescamente «la silla» para aguantar su peso cuando se levantara la cruz —de otra manera los clavos rasgarían las manos. Entonces se ponía en pie la cruz, y se afirmaba en un hoyo; y se dejaba allí al condenado hasta que le sobreviniera la muerte. La cruz no era muy alta; tenía la forma de la letra T, generalmente sin saliente por arriba. Algunas

veces los condenados se mantenían vivos tanto como una semana, muriendo lentamente de hambre y de sed, sufriendo a veces hasta el punto de dar señales de locura.

Este debe de haber sido un día aciago para Simón de Cirene. Palestina era un país ocupado, y se podía requisar a cualquier hombre para prestar un servicio a los romanos en cualquier tarea. La señal de la requisa era un golpe en el hombro con lo plano de la lanza romana. Simón era de Cirene, en África. Sin duda había venido desde tan lejos para la Pascua. Habría economizado y ahorrado muchos años para poder venir. Sin duda estaba cumpliendo la ilusión de toda una vida de comer una Pascua en Jerusalén. Y entonces le sucedió esto.

En aquel momento, Simón tiene que haber sentido un resentimiento terrible. Tiene que haber sentido odio hacia los romanos, y también hacia ese criminal cuya cruz le obligaban a llevar. Pero podemos legítimamente especular acerca de lo que le sucedió a Simón. Puede que fuera su intención, cuando llegaran al Gólgota, tirar la cruz al suelo con rabia y alejarse lo más deprisa posible de la escena. Pero tal vez no fue eso lo que hizo. Tal vez se quedó allí, porque se sentía fascinado por algo que había visto en aquel Reo.

Marcos nos dice que aquel Simón era *el padre de Alejandro y de Rufo.* Se da a entender que los creyentes para los que escribió su evangelio serían capaces de reconocerle por esta referencia. Lo más probable es que el evangelio de *Marcos* fuera escrito originalmente para la iglesia de Roma. Ahora veamos la carta de Pablo a los *Romanos,* y leamos en 16:13: «Saludad a Rufo, eminente en el Señor, y también a su madre y mía.» Rufo era un cristiano tan apreciado que era *eminente en el Señor.* La madre de Rufo le era tan querida a Pablo que la consideraba como su propia madre. Algo debió de sucederle a Simón en el Gólgota.

Ahora veamos en *Hechos 13:1.* Hay allí una lista de hom-bre de Antioquía que enviaron a Pablo y Bernabé en aquella histórica primera misión a los gentiles. Entre ellos figura un cierto *Simeón, al que llamaban Níger* (La Reina-Valera pone *Simón). Simeón* es otra forma de *Simón. Níger* era el nombre corriente que se daba a una persona de piel oscura como los de África, y Cirene está en África.

Bien puede ser que aquí nos encontremos otra vez con Simón. Puede que la experiencia de Simón en el camino del Gólgota vinculara su corazón para siempre a Jesús. Puede que le hiciera cristiano. Puede que más tarde fuera uno de los responsables de la iglesia de Antioquía, e instrumental en la primera misión a los gentiles. Puede que fuera porque le requisaron para llevar la cruz de Jesús por lo que aquella primera misión a los gentiles tuvo lugar. Eso querría decir que *nosotros* somos cristianos gracias a que un día un peregrino de la Pascua venido de Cirene fue requisado, a su pesar entonces, por un soldado romano anónimo para llevarle la Cruz a Jesús.

Le ofrecieron a Jesús vino drogado, pero Él no quiso beberlo. Una compañía de mujeres piadosas y compasivas de Jerusalén acudía a las crucifixiones para darles a los reos una bebida compuesta de vino y drogas que aliviaba los terribles dolores de la crucifixión. Se lo ofrecieron a Jesús, pero Él no lo aceptó. Cuando el doctor Johnson estaba padeciendo su última enfermedad, le pidió al médico que le dijera honradamente si se podría recuperar. Le contestó el médico que no, a menos que sucediera un milagro. «Entonces —dijo Johnson— no tomaré más medicinas, ni siquiera calmantes, porque Le he pedido a Dios que me conceda entregarle mi alma a Dios despejado.» Jesús estaba decidido a saborear la muerte en toda su amargura, e ir a Dios con los ojos abiertos.

Los soldados se jugaron a los dados Su ropa. Ya hemos visto que el reo era conducido al lugar de la crucifixión entre cuatro soldados, que tenían como sus gajes las ropas del condenado a muerte. Un judío llevaba cinco artículos: la camisa interior, la exterior, las sandalias, el cinto y el turbante. Cuando se habían repartido las cuatro piezas menores, les quedaba todavía la gran túnica exterior. Habría sido una pena cortarla en trozos, así es que los soldados se la jugaron a la sombra de la Cruz.

Jesús fue crucificado entre dos ladrones. Fue aquello un símbolo de toda Su vida, el que hasta el final estuvo asociado con pecadores.

EL AMOR ILIMITADO

Marcos 15:29-32

Los que pasaban por allí Le lanzaban insultos moviendo la cabeza despectivamente y diciéndole:

—¡Bah! ¡El que iba a derribar el Templo y edificarlo en tres días, baja de la cruz y sálvate a Ti mismo!

También estaban allí los principales sacerdotes, bromeando entre sí con los maestros de la Ley y diciéndose:

—¡El Que salvó a otros, ahora no Se puede salvar a Sí mismo! ¡Que este Ungido de Dios, este Rey de Israel, Se baje de la Cruz para que lo veamos y creamos en Él!

Hasta los que estaban crucificados con Él Le lanzaban insultos.

Los gobernantes de los judíos Le lanzaron un último desafío: «¡Baja de la Cruz —Le dijeron—, y creeremos en Ti!» Era precisamente el desafío imposible. Como el General Booth dijo hace tiempo: «Es precisamente porque Jesús *no* bajó de la Cruz por lo que creemos en Él.» La muerte de Jesús era absolutamente necesaria; y por la razón siguiente: Jesús había venido a comunicarle a la humanidad el amor de Dios. Más aún: Él mismo era el amor de Dios en persona. Si hubiera rehusado la Cruz, o si al final hubiera bajado de la Cruz, aquello habría querido decir que el amor de Dios llegaba hasta ese punto, pero no más; que había algo que aquel amor no estaba dispuesto a sufrir por los hombres; que había una línea límite que no estaba dispuesto a rebasar. Pero Jesús recorrió todo el camino, y murió en la Cruz, y esto quiere decir literalmente que el amor de Dios no tiene límite; que no hay nada en todo el universo que ese amor no esté dispuesto a arrostrar por los hombres; que no hay nada, ni siquiera la muerte en una Cruz, que se niegue a soportar por los hombres.

Desde la Cruz Jesús nos está diciendo: «Así ama Dios, con un amor sin límites que acepta cualquier sufrimiento.»

TRAGEDIA Y TRIUNFO

Marcos 15:33-41

Cuando eran las 12 del mediodía, cubrió la oscuridad toda la tierra, y duró hasta las 3 de la tarde. A las 3 de la tarde Jesús clamó a gran voz:

—¡Eloi, Eloi! ¿Lama sabajthani? —que quiere decir: «¡Dios Mío, Dios Mío! ¿Por qué Me has abandonado?»

Cuando algunos de los presentes oyeron aquello dijeron:

—¡Fijaos! ¡Está llamando a Elías!

Uno corrió, y mojó una esponja en vinagre, y Le dio un trago.

—¡Sea! —dijo— ¡Veamos si viene Elías a bajarle!

Jesús dio otro grito, y murió. Y el velo del Templo se rasgó por la mitad de arriba abajo. Cuando el centurión que estaba al frente vio cómo había muerto dijo:

—No cabe duda de que este Hombre era el Hijo de Dios.

Había algunas mujeres mirando desde cierta distancia, entre las cuales estaban María de Magdala, y María la madre de Santiago el menor y José, y Salomé. Habían formado parte del grupo de Jesús en Galilea, y Le habían ayudado en Sus necesidades. Y había muchas otras que habían venido con Él a Jerusalén.

Aquí llegamos a la última escena, una escena tan terrible que el mismo cielo se oscureció inexplicablemente y parecía que hasta la naturaleza no podía soportar el ver lo que estaba sucediendo. Fijémonos en algunos de los personajes que aparecen en esta escena.

(i) Estaba Jesús. Jesús habló dos veces.

(*a*) Profirió el terrible grito: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué Me has abandonado?» Hay un misterio en ese grito que no podemos sondear. Puede que fuera que Jesús había tomado sobre Sí esta vida nuestra; había realizado nuestro trabajo, y arrostrado nuestras tentaciones, y soportado nuestras luchas; había sufrido todo lo que la vida puede imponer; había conocido el fallo de Sus amigos, el odio de Sus enemigos, la malicia de Sus adversarios; había experimentado el dolor más agudo que la vida pueda ofrecer. Hasta

este momento Jesús había pasado por todas las experiencias de la vida *excepto una: no había conocido las consecuencias del pecado.* Ahora bien, si hay algo que haga el pecado es separarnos de Dios. Pone entre nosotros y Dios una barrera realmente infranqueable. Esa era la única experiencia humana por la que Jesús no había pasado nunca, *porque Él fue sin pecado.*

Puede ser que en este momento Le sobreviniera esa experiencia —no porque hubiera pecado, sino porque, a fin de identificarse totalmente con nuestra humanidad, tenía que pasarla. En este momento inflexible e inexorable Jesús Se identificó real y totalmente con el pecado humano. Aquí tenemos la paradoja divina: Jesús supo lo que era ser un pecador, y esta experiencia debe de haber sido incalculablemente agonizante para Jesús, porque Él nunca había conocido lo que era estar separado de Dios por esta barrera.

Por eso Él puede comprender tan bien nuestra situación. Por eso no tenemos por qué tener nunca miedo de acudir a Él cuando el pecado nos deja incomunicados con Dios. Porque Él lo ha pasado, puede ayudar a los que lo estén pasando. No hay sima de experiencia humana que Cristo no haya sondeado.

(*b*) Hubo un gran grito. Tanto *Mateo* (27:50) como *Lucas* (23:46) se refieren a él. *Juan* no lo menciona, pero nos dice que Jesús murió después de decir: «¡Consumado es!» (19:30). En el original eso sería una sola palabra; y *esa única palabra fue el gran grito:* «¡Consumado!» Jesús murió con el grito de triunfo en Sus labios, Su tarea cumplida, Su misión realizada, Su victoria ganada. Después de la terrible oscuridad se hizo de nuevo la luz, y Jesús volvió a Dios como el Héroe Vencedor.

(ii) Estaba el espectador que quería ver si vendría Elías. Tenía una especie de curiosidad morbosa ante la Cruz. Toda aquella escena terrible no le movió al temor o a la reverencia ni a la piedad. Quería experimentar mientras Jesús moría.

(iii) Estaba el centurión. El endurecido soldado romano sería el equivalente de un comandante moderno. Habría peleado en muchas campañas y habría visto morir a muchos hombres; pero nunca había visto morir a nadie así, y estaba seguro de que Jesús era el Hijo de Dios. Si Jesús hubiera seguido vivo en este mundo, y enseñado y

sanado, habría atraído a muchos a Sí; pero es en la Cruz donde habla directamente a los corazones humanos.

(iv) Estaban las mujeres a cierta distancia. Estaban alucinadas, quebrantadas, inundadas de dolor —*pero estaban allí.* Le amaban tanto que no podían dejarle. El amor se aferra a Cristo aun cuando la inteligencia no puede comprender. El amor es lo único que nos puede mantener unidos a Cristo de tal manera que hasta las experiencias más demoledoras no nos puedan arrancar de Él.

Hay todavía otra cosa que advertir: «El velo del Templo se rasgó por la mitad de arriba abajo.» Este era el velo que aislaba el Lugar Santísimo, al que no se podía entrar. Simbólicamente esto nos dice dos cosas.

(*a*) El acceso a Dios se abrió definitivamente. Al Lugar Santísimo solamente podía entrar el sumo sacerdote, y solamente una vez al año, el Día de la Expiación. Pero ahora, porque Jesús ha muerto por nosotros, el velo se ha rasgado, y el acceso a Dios está abierto para todos.

(*b*) Dentro del Lugar Santísimo moraba la misma esencia de Dios. Ahora, con la muerte de Jesús, el velo que ocultaba a Dios se ha rasgado, y Le podemos ver cara a cara. Dios ya no está escondido. Ya no hay que andar a tientas y suponer. Ahora podemos mirar a Jesús y decir: «Así es Dios. Así me ama Dios.»

EL QUE LE PRESTÓ SU TUMBA A JESÚS

Marcos 15:42-47

Cuando ya era por la tarde, como era el día de la preparación —es decir, el día antes del sábado—, José de Arimatea, que era un miembro respetado del consejo, y que esperaba el Reino de Dios, se aventuró a ir a Pilato a pedir el cuerpo de Jesús. Pilato se sorprendió de que ya hubiera muerto Jesús. Mandó llamar al centurión, y le preguntó si hacía mucho que había muerto; y, cuando se enteró por el centurión de lo sucedido, le concedió a José el cuerpo de Jesús. Y José compró tela de lino fino, y bajó el cuerpo de Jesús de la Cruz, y le envolvió en el lino, y le puso en una tumba que había construido vaciando la roca; y rodó una gran piedra para cerrar la entrada. Y María de Magdala y María la madre de José vieron dónde se había puesto el cuerpo de Jesús.

Jesús murió a las 3 de la tarde del viernes, y el día siguiente era sábado. Ya hemos visto que los días empezaban a las 6 de la tarde; por tanto, cuando Jesús murió ya era el tiempo de preparación para el sábado, y no había tiempo que perder, porque después de las 6 entraría en vigor la ley del sábado y no se podría hacer ningún trabajo.

José de Arimatea actuó con diligencia. Ocurría con frecuencia que los cuerpos de los condenados a muerte no se llevaban a enterrar, sino se bajaban de la cruz y se dejaban a merced de los buitres y los demás animales carroñeros. De hecho se ha sugerido que Gólgota puede que recibiera ese nombre porque estaba sembrado de calaveras de ejecutados. José se dirigió a Pilato. Sucedía a menudo que los crucificados tardaban días en morir, y Pilato se sorprendió de saber que Jesús ya había muerto, sólo seis horas después de ser crucificado. Pero, cuando comprobó los hechos con el centurión, le dio a José el cuerpo de Jesús.

José es un personaje evangélico sumamente interesante; y tal vez, como hemos dicho de Pedro en el momento de su debilidad, debamos revisar nuestro juicio acerca del discípulo secreto José de Arimatea.

(i) Hay algo trágico acerca de José. Era miembro del Sanedrín, y sin embargo no tenemos la menor insinuación de que dijera ni una palabra a favor de Jesús o interviniera de alguna manera a Su favor. José es el hombre que Le prestó a Jesús una tumba después de muerto, pero que guardó silencio cuan-do estaba vivo. Es una de las tragedias más corrientes de la vida el que guardemos las coronas de flores y los elogios para los muertos, cuando habría sido infinitamente mejor darles algunas de estas flores y palabras de aprecio cuando todavía estaban vivos.

(ii) Bien puede ser que fuera por José por quien se llegara a saber cómo había sido el juicio de Jesús ante el Sanedrín. Por supuesto que ninguno de los discípulos estaba allí. La información debe de haber venido de algún miembro del Sanedrín, y es probable que ese fuera José. En ese caso hizo una contribución importante al relato evangélico. Pero también puede ser, a juzgar por el coraje que desplegó José en este pasaje, que no le faltara tampoco en el Sanedrín, y que el hecho de que no tengamos noticias de sus

intervenciones en el juicio de Jesús fuera debido más bien a su discreta humildad.

(iii) En cualquier caso José fue uno de aquellos a quienes la Cruz movió aún más que la vida de Jesús. Cuando vio a Jesús vivo, sintió Su atracción, pero tal vez no llegó a comprometerse totalmente con Él; pero cuando vio a Jesús morir —y es de suponer que estuviera presente en la crucifixión— se le quebró el corazón de amor, y no dejó que ninguna actitud de prudencia le impidiera darse a conocer como amigo de Jesús cuando hasta Sus mismos discípulos estaban escondidos.

Primero el centurión, y después José. Es maravilloso lo pronto que empezaron a hacerse realidad las palabras de Jesús cuando dijo que cuando fuera levantado de la tierra atraería a Sí a todos los hombres *(Juan 12:32).*

DECIDLE A PEDRO

Marcos 16:1-8

> *Cuando pasó el sábado, María de Magdala y María la madre de Santiago y Salomé compraron especias para ir a ungir el cuerpo de Jesús. Muy de madrugada el primer día de la semana, cuando estaba saliendo el sol, se dirigieron a la tumba. Iban diciéndose entre sí:*
>
> *—¿Quién nos rodará la piedra de la puerta de la tumba?*
>
> *Pero cuando levantaron la vista vieron que la piedra ya estaba quitada, aunque era muy grande. Y entraron en la tumba, y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido con una túnica blanca larga. Se quedaron totalmente alucinadas; pero él les dijo:*
>
> *—No os sorprendáis. ¿Estáis buscando a Jesús de Na- zaret, Que fue crucificado? ¡Ha resucitado! ¡No está aquí! ¡Fijaos! Allí está el lugar en el que Le pusieron. Pero, id a decirles a Sus discípulos y a Pedro: Él va por delante de vosotros a Galilea, y allí Le veréis, como os dijo.*
>
> *Y ellas salieron huyendo de la tumba, sobrecogidas de espanto y de sorpresa; y no le dijeron nada a nadie, porque estaban asustadas.*

No había habido tiempo para prestarle los últimos servicios al cuerpo de Jesús. El sábado se les había echado encima, y las mujeres que querían ungirlo no habían podido. Tan pronto como les fue posible, una vez que pasó el sábado, se dirigieron a cumplir esta triste tarea.

Las preocupaba una cosa. Las tumbas no tenían puertas; cuando se menciona la palabra *puerta* en este relato debemos entender que se trata de una *abertura.* Delante de ella había un surco por el que se deslizaba una piedra circular tan grande como una rueda de carro; y las mujeres sabían que no tenían la fuerza necesaria para mover una piedra así. Pero cuando llegaron a la tumba se encontraron con que la piedra ya estaba quitada, y dentro había un mensajero que les dio la noticia increíble de que Jesús había resucitado.

Una cosa es segura: Si Jesús no hubiera resucitado, nosotros nunca habríamos oído nada acerca de Él. La actitud de las mujeres era que habían ido a ofrecer el último tributo a un cuerpo muerto. La actitud de los discípulos era que todo había acabado en tragedia. Con mucho la mejor prueba de la Resurrección es la existencia de la Iglesia Cristiana. Ninguna otra cosa podría haber cambiado a aquellos hombres y mujeres tristes y desesperados en personas radiantes de gozo e inflamadas de coraje. La Resurrección es el hecho central de toda la fe cristiana. Porque creemos en la Resurrección se siguen ciertas cosas.

(i) Jesús no es el personaje de un libro, sino una Presencia viva. No basta con estudiar la historia de Jesús como estudiaríamos la vida de una gran figura histórica. Puede que empecemos por eso, pero debemos pasar a encontrarnos con Él.

(ii) Jesús no es un recuerdo, sino una Presencia. Las memorias más queridas se desvanecen. Los griegos tenían una expresión para describir el tiempo, que quiere decir *el tiempo que borra todas las cosas.* Hace mucho que el tiempo habría borrado el recuerdo de Jesús si no fuera porque Él ha seguido siendo una Presencia viva con nosotros para siempre. Jesús no es alguien de quien discutimos, sino Alguien con Quien nos encontramos.

(iii) La vida cristiana no es la vida de una persona que *sabe de* Jesús, sino la vida de una persona que *conoce a* Jesús. Hay una

diferencia insalvable en el mundo entre *saber algo acerca de* una persona, y *conocer a* una persona. Casi todo el mundo *sabe algo del* Rey don Juan Carlos I de España o del Presidente de los Estados Unidos; pero no tantos *los conocen.* El más grande erudito del mundo que supiera todo lo que se puede saber acerca del Jesús de la Historia es menos que el cristiano más humilde, que *Le conoce.*

(iv) La fe cristiana tiene una cualidad interminable. No debe quedarse nunca parada. Porque nuestro Señor es un Señor vivo hay nuevas maravillas y nuevas verdades esperando todo el tiempo a que las descubramos.

Pero lo más precioso de este pasaje está en dos palabras que no aparecen en ningún otro evangelio. «Id —dijo el mensajero—, decid a Sus discípulos *y a Pedro.»* ¡Cómo tiene que haber emocionado el corazón de Pedro ese mensaje cuando lo recibió! Debe de haber estado torturado con el recuerdo de su deslealtad, y de pronto llega un mensaje especial para él. Es característico de Jesús el pensar, no en el mal que Pedro Le había hecho, sino en el remordimiento que le estaba asediando. Jesús tenía mucho más interés en confortar al pecador penitente que en castigar su pecado. Como ha dicho alguien: «Lo más precioso de Jesús es que nos confirma Su confianza en el mismo terreno en que hemos sufrido una derrota.»

LA COMISIÓN DE LA IGLESIA

Marcos 16:9-20

Después de resucitar al principio del primer día de la semana, Jesús Se le apareció a la primera a María de Magdala, de la que había expulsado siete demonios. Ella fue a darles la noticia a los que habían estado con Él, que estaban de duelo y llorando. Cuando oyeron que Jesús estaba vivo y que ella Le había visto, no lo creyeron.

Posteriormente Se apareció de otra forma a dos de ellos que iban de camino a su tierra; y ellos fueron a darles la noticia a los demás, pero tampoco la creyeron.

Más tarde Se les apareció a los once cuando estaban sentados a la mesa, y los reprendió por su incredulidad y

cerrazón de mente, porque no habían creído a los que Le habían visto después de Su Resurrección; y les dijo:

—Dirigíos a todo el mundo, y predicad la Buena Nueva. El que crea y se bautice será salvo; el que no crea, se condenará. Estas señales acompañarán a los que crean: En Mi nombre arrojarán a los demonios, hablarán en nuevas lenguas, cogerán serpientes, y aunque beban algo venenoso no les hará ningún daño. Les impondrán las manos a los enfermos, y estos se pondrán buenos.

Así que el Señor Jesús, después de hablar con ellos, fue tomado arriba en el Cielo, y Se sentó a la diestra de Dios.

Ellos salieron predicando por todas partes, mientras el Señor obraba juntamente con ellos y confirmaba su mensaje con las señales que lo acompañaban.

Como ya vimos en la Introducción, el evangelio de Marcos termina realmente en el versículo 8. No tenemos más que leer este pasaje para darnos cuenta de lo diferente que es del resto del evangelio, y además no aparece en ninguno de los grandes manuscritos más antiguos. Es un resumen que se le puso posteriormente para completar lo que faltaba al final que, o bien Marcos no pudo terminar, o se extravió de alguna manera.

El gran interés de este pasaje es la descripción que nos da del deber de la Iglesia. La persona que escribió esta conclusión sin duda creía que la Iglesia tenía ciertas tareas que cumplir que le había asignado Jesús.

(i) La Iglesia tiene una tarea de predicación. Es el deber de la Iglesia, y eso quiere decir de todo cristiano, el contar la historia de la Buena Noticia de Jesús a los que no la hayan oído. El deber cristiano consiste en ser heraldos de Jesús.

(ii) La Iglesia tiene una tarea sanadora. Aquí tenemos un hecho que nos encontramos una y otra vez. El Cristianismo se preocupa de los cuerpos, y no solamente de las almas. Jesús quería traer salud al cuerpo y al alma.

(iii) La Iglesia tiene una fuente de poder. No tenemos que tomar estas palabras literalmente. No tenemos por qué creer que el cristiano ha de tener literalmente el poder de coger serpientes venenosas y de beber líquidos venenosos sin que le

pase nada. Pero por detrás de este lenguaje pintoresco está la convicción de que el cristiano está lleno de un poder para enfrentarse con la vida que otros no poseen.

(iv) La Iglesia no se encuentra sola para realizar su tarea. Cristo siempre obra con ella y en ella y a través de ella. El Señor de la Iglesia sigue en la Iglesia y es el Señor poderoso.

Y así termina este evangelio con el mensaje de que la vida cristiana se vive en la presencia y el poder del Que fue crucificado y ha resucitado.

PALABRAS HEBREAS, GRIEGAS Y LATINAS*

que se explican en el texto

En letra normal las griegas, *cursiva* las latinas y **negrita** las hebreas.

Pongo **sh** para ese sonido que no existe en castellano y sí en inglés. El acento circunflejo (^) indica vocales largas como la eta y la omega y las vocales con prolongación en hebreo. La **j,** como en castellano. **k** y **q** representan dos consonantes diferentes en hebreo.

abbá, 398
afrosynê, 207
agathós, 378
amfíblêstron, 40
anomía, 414
asélgueia, 206
baptizein, bebaptizmenos, 298
bat qôl, 30s
blasfemía, 207
delator, 362
denarius, -ii, 331s, 378
diábolos, 33
dialoguismoi, 205
dolos, 206
Effatha, 20
Elôi, Elôi, ¿lama sabajthani?, 20
exusía, 51
filein, katafilein, 400s
fonoi, 205
gallicinium, 408s
guéenna, **guê-hinnom,** 271
Hallel, 391
hamartôlós, 73
hierón, 316s
himation, 169
hosanna, 311

hyperêfanía, 207
hypokresía, -itês, 198
I, miles, expedi crucem, 416
Illud duci ad crucem placet, 416
Januká, 311
jarob, 27
jaróshet, 386
jazzán, 43
jitôn, 169
jrêmata, 288
jristós, 230, 345
kakós, 206
kalós, 378
katafilein, v. filein.
kléptês, 205
klopai, 205
kófinos, 187, 218
koinós, 194s
korbán, **qorbán,** 20, 200ss
kyrios, 346
leptón, 350
lêstês, 205
lilîn, Lilith, 48
mazziquîm, 47
mashíaj, 230
mezuzá, 343
mystêrion, 113
naós, 317
pax romana, 334
pêra, 170s
pésaj, 374
pleonexía, -ai, 205
ponêrós, Ponêrós, -íai, 206
porneíai, 205
prasíai, 187
publicanus, 69
quiddush, 390

rabbí, 45
saguênê, 40
satán, 32s
shamá’, shemá’, 342
skandalizein, skándalon,
skandandálêthron, 396
shedîm, 48
sicarii, 413
sindôn, 209
sfyrís, 218
stilbein, 247
Stoá Poikilê, 324
Taborion, 246
Talitha, kumi, 20
téktôn, 166
Torá, 44
tsará’at, 59
Yeshimôn, 27

NOMBRES Y TEMAS QUE APARECEN EN EL TEXTO**

Abreviaturas: s, detrás de un número de versículo o de página, indica que sigue en la página siguiente; **ss,** en los/las siguientes; **v,** véase; **cp,** compárese. Los títulos en *cursiva* corresponden a libros o documentos. Seguimos en la medida de lo posible las transcripciones de los nombres antiguos de la Gran Enciclopedia Larousse de la Editorial Planeta; y a veces, para los nombres hebreos, la de Carlos de Valle, Ed., *La Misná,* Editorial Sígueme, 1997.

Abbott, E. A., 334
abluciones entre los judíos, 23
acción dramática, 307, 314, 393
activismo, 184
Acton, Lord J. E. D., 333
adulterio acciones adúlteras, 205
Agadá, 391
Agustín de Hipona, 191, 342
alegoría, 111
alegría del cristiano, 76
Alejandro Magno, 237
alumno sabio, 137s
amabilidad, 137
ambición, 391
  verdadera y falsa, 360ss
amigos, 192
Angela di Foligras, 148s
ángeles, 36
ansia de poseer, 205
ansiedad, 141
Antíoco Epífanes, 310s, 359
apocalipsis, -es, 228ss, 354
Apocalipsis de Baruc, 337
aprobación de Jesús por
Dios, 30s

aprovecharse del hogar, los
amigos, la iglesia, Dios, 192s
Aristóteles, 288
Arnold, Matthew, 158
arrepentimiento, -irse, 38
Artabán, v. Cuarto Rey Mago.
asesinatos, 205
asno, borriquillo, 308
Asquit, Lady Margot, 168, 172
astucia, 206
Asunción de Moisés, 233, 370
Augusto, emperador 269
autoridad, 51
de Jesús, v. Jesús.
ayuno, 75s
Balinas, Bâniyâs, Paneas, 225s
Balwin, Stanley, 261
2 Baruc, 363, 368, 370
Barrabás, 413
Barton, Bruce, 23, 300
bautismo
de arrepentimiento, 24
de Jesús, 29
de los prosélitos, 24
Belden, A. D., 55
Ben Sirá, *Eclesiástico,* 155s
Bengel, Johann Albrecht, 100, 206
beso, 400s
Bet-Ania, 307
Bet-Faguê, 307
Biblia, estudio de la, 126
B.O., *Biblia del Oso,* 231, 310
Birket, Norman, 181
blasfemia, 207
Booth, General William, 420
borriquillo, v. asno.
Borrow, George, 147

Boswell, J., 181
Bounty, barco, 23
Bruce, A. B., 16
Buchan, Anna, 137
Buena Noticia,
de la verdad, de la esperanza, de la paz, de la promesa de Dios, de la inmortalidad, de la salvación, 36ss
Bunyan, Juan, 96, 111, 363s
Burns, James, 148, 322
Burns, Robert, 37
Cadoux, C. J., 110
Cairns, doctor J., 185
Calderón de la Barca, P, 333
calumnia, 207
Cameron, Richard, 399
Campbell, Thomas, 167
cánticos graduales, 375
canto del gallo, 408s
capa, v. ropa.
Carlyle, Thomas, 40
Cavour, C. B., conde de, 255
celos, 381
Chalmers, Thomas, 266
Chamberlain, Neville, 168
Chesterton, G. K., 366s
Chirgwin, A. M., 102, 103
Churchill, Winston, 237
Cielo, 338s
Cervantes, Miguel de, 265
Cesarea de Filipo, 225s
cobrador de impuestos,
v. publicano.
codicia, 380
compañía, en, 92
compasión de Jesús, v. Jesús.

comprensión, 137
de Jesús, v. Jesús.
consideración
de Jesús, v. Jesús.
confesión, -ar, 159s
de pecados, 25
consumación, 131s
contacto con Dios, 257
Copérnico, Nicolás, 123s
coraje, dos clases de, 294
de Jesús, v. Jesús.
costo de la sanidad, 158
Cowley, Abraham, 205
crecer, -imiento, 130
en la gracia, 224
creer, 38
v. fe.
Crisóstomo, Juan, 14
Cromwell, Oliver, 296
Crooks, Will, 166
cuarenta días, 32
Cuarto Rey Mago, El, 82s
culto, cómo ir al, 126
culto al emperador, 122
Curzon, Lord G. N., 261
Dante Alighieri, 185, 380
dar, lección sobre el, 350s
Decápolis, 149s
decisión de Jesús, v. Jesús.
desafío de la acción, 53ss
de Jesús, 216
deseos sexuales incontrolados, 205
desierto, el, 26
desprecio, 74, 158
demonio, diablo, 46ss, 94, 143s, 195
v. Satanás.
denario, 188

devoción > acción, 184
Día del Señor = domingo, 81s
= Segunda Venida, 352ss, 368ss
dignidad, 153
dinero, v. riqueza, moneda.
Dios, Su generosidad, confianza,
paciencia, justicia, 328
discípulo
los d/s de Jesús, 51
divorcio, 278ss
documento de, 279
D.M., Alejandro Díez Macho,
Apócrifos del A.T., 231
Doce, los, 93
D.R.A.E. (Diccionario de la Real Academia Española, 19, 48, 69, 272
duelo, 140, 160s
ecumenismo, 103
elasticidad mental, 79
Elías, precursor del Mesías, 230, 250
enfermedad, 98
entrega, 42
envidia, 207
Epicteto, 137s
equipamiento de Jesús, 30
era, nueva, mesiánica, 228ss
escribas, 44s, 194s, 347s
y fariseos, 74
4 Esdras, 231, 363, 368
esperanza, 131
Espíritu Santo, 99
Estado, el, 333s
estoicos, 21, 324
Evangelio, 36ss
evangelios sinópticos, 11
el pedigrí de los, 11
evangelio social, 56

Evangelio según los Hebreos, 85
exhibicionismo, 136
exorcista/s, -ismo, 48s, 97
experiencia compartida, 102
expertos legales, v. escribas.
Expiación, Día de la, 75
familia de Jesús, la, 94ss, 101s
fariseos, 87s, 347ss
v. escribas y.
fe, 61s, 320s
fieras, compañeras de Jesús, 35s
Fiesta de Purîm, 217
filacterias, 342
Findlay, J. A., 79
flautistas en duelos, 161
Flavio Josefo, v. Josefo.
Fosdick, H. E., 56
fruto, cómo dar, 118s
Fry, Elizabeth, 130
Galeno, 174
Galileo Galilei, 124
Galsworthy, John, 40
Garibaldi, Giuseppe, 237
gehena, 271
generosidad de espíritu, 262
Gibbon, E., 430
Gibbs, Sir Philip, 131
Goodspeed, E. J., 334
Gosse, Edmund, 148
Graham, Billy, 23
grano de mostaza, 133
Gregorio el Grande, 301
Gregorio de Nisa, 301
Guerras de los Judíos, Las 360s
Hallel, 391

Hardy, Thomas, 398
Harnack, Adolf von, 46
Henoc, 337
1 Henoc, 231
Heráclito, 74
heraldo, 172, 429
hereje, herejía, 364s
Herodes Antipas, 181s
Herodes el Grande, 178
familia de, 178ss
Herodías, y Salomé, 178s, 181s
higuera estéril, 313ss
Hillel, 137, 194, 279, 340
Hijo de David, 346
Hijo de Dios, 89s
Hind, Lewis, 67
hogar, 192
Homero, 166, 388
honradez de Jesús, v. Jesús.
hosanna, 311
hospitalidad, 171
humildad, 257s
identificación de Jesús
con nosotros, 30
iglesia, 192, 252, 255s, 266
Iglesia, 105, 134
Iglesias, Pablo, 166
impotencia humana, 129
impureza ritual, 155
impuesto del Templo, 317s
indulgencias, 121
infierno, v. gehena.
informador, -res, 362
interés compartido, 102
Januká, 311
Jeffrey, G. J., 29, 363
Jericó, 303s

Jesús, Hijo de Dios, sabía
que había de morir, seguro
de Su triunfo final, 328s
Su autoridad personal, 45, 49
compasión, 215ss
confianza, 244s, 407
coraje, 294, 311s, 388, 407
Se daba a cada persona, 253
a lo grande y lo pequeño, 253
ira de Jesús, 316ss
magnetismo personal, 295
y los niños, 282
ejemplo, 237s
honradez, 236s
previsión, 307
serenidad, 164
soledad, 293s
Johnson, Dr. Samuel, 52, 288, 419
Josefo, Flavio, 39, 86, 269 348, 357s, 360s, 376, 385
joven de la sábana, 402
Juan el Bautista, 179, 183
su hábitat, ropa y alimentos,
su mensaje, 26s
Juvenal, 22, 275s
Jubileos, 363
Judas, 311, 400
juventud, juvenil, etc., 77s
Kipling, Rudyard, 414
Klopstock, F. G., 381
ladrón, 205
lago, v. mar.
Lagrange, Joseph Marie, 318
Lamb, Charles, 314s
lavamiento de manos, 195s
legión, 143s
lepra, clases de, 57ss
levadura, 221, 284s

levirato, 336
Ley, 44
ley oral, 45, 194ss, 201ss
limpieza ceremonial, 195, 204
Lincoln, Abraham, 40
Lind, Jerry, 257
locura moral, 207, 364
Loisy, Alfred, 339
Lombardo, Pedro, v. Pedro L.
Lutero, Martín, 78, 121, 124
Macabeos, 86, 204
1 Macabeos, 359
4 Macabeos, 204
Macaulay, Rose, 55
Macdonald, George, 242, 282
Machado, Antonio, 136, 289
maestro de la Ley, v. escriba.
maestro sabio, 136s
Mahoma, 268s
mal ojo = envidia, 207
malas intenciones, 205
malas acciones, 206
maldad desmadrada, 206
Maligno, v. Satanás.
mar de Galilea, 139
Marco Aurelio, 37
Marcos, Introducción, 11ss
características, 16ss
Marcos, 13s
sus fuentes, 14s
Masterman, E. W. G., 57s
Mateo, 70ss
matrimonio entre los judíos, 278ss
médicos, 155, 168
Melville, Andrew, 125
mensaje, 94
del Rey, 172

Merrick, Leonard, 322
Mesías, 345s
ideas judías acerca del, 227ss
señales de la venida del, 228s
meta común, 103
métodos nuevos, 104
miedo, 74
misericordia del Rey, 172
Misná, 155, 196, 229, 363, 405
misterio, religiones
misteriosas, 112
moneda, acuñación, 322s
Montaigne, M. E. de, 38
Morley, John, 265
mostaza, v. grano de, 133
Murray, A. Victor, 252
negarse a uno mismo, 238
Newbigin, Leslie, 79
niños y el Reino de Dios, 283
(humildad, obediencia,
confianza, memoria corta).
North, Brownlow, 409
Núñez de Arce, Gaspar, 34
obediencia compartida, 103
O'Henry, 269
oración, 51ss
leyes de la (fe, esperanza
amor), 320ss
Oráculos Sibilinos, 229, 231, 233, 368
orgullo, 153, 207, 292s
Orígenes, 272, 300s
Ortega y Gasset, José, 42
paciencia, 131, 137
pacto, 393
Palestina, 68
Paneas, v. Balinas.
Panes sin Levadura, v. Pascua.

Papías, 15
parábolas, 104-111
parábola representada,
v. acción dramática.
paradojas del Evangelio, 366
parentesco, verdadero,
v. familia de Jesús.
Pascua, Panes sin Levadura, 374
cena de la, 390s
preparativos, 384s
paz, la que nos da Cristo, 140s
pecado > sufrimiento, 62s
pecado imperdonable, el, 98ss
pecado original, 221
pecador, 73s
Pedareto, 262
Pedro, el apóstol, 401ss
Pedro Lombardo, 301
Penn, William, 265
perdón de Dios, 66
perra, perro, perrillo, 211s
persecución, 362s
pesca, -do, -dores, 39s
Platón, 205
Plutarco, 237
Pompeyo, 86
Pope, Alexander, 166
precio, 289
prejuicio, 152
previsión de Jesús, v. Jesús.
principios humildes, 133
problemas, 140s
procurador, 330s
prosperidad material, v. riqueza.
prueba, v. tentación.
publicano, 69
purificación, 22

Purîm, v. Fiesta de.
Rabí Aquiba, 280, 340
Rabí Hillel, v. Hillel.
Rabí Meír, 105
Rabí Shammay, v. Shammay.
Rabí Simón ben Gamaliel, 318
Rabí Yehudá ha-Nasí,
(= el Príncipe), 106, 155
Rabí Yoshúa ben Leví, 211
Rabí Zera, 106
rabino, 68
v. escriba.
rasgarse las vestiduras, 161
Rawlinson, A. J., 100, 333
Redwood, Hugh, 69s
Reino de Dios, 129s, 272
religión cómoda, 148s
religiones misteriosas,
v. misterio.
rentabilidad, ley de la, 127s
Resh Lajish, 321
respetabilidad, no basta, 285s
Resurrección, 337s
retiro devocional, 54ss
riqueza, 288s
robos, 205
ropa de un judío, 169
sábado, ley del, 52, 80, 85ss
saduceos, 335s
sal, 162
saliva, 224
Salmos de Salomón, 232, 308, 370
Salomé, v. Herodías.
Salvación, doctrina de la, 290
Sanedrín, 64s
Satanás, 32ss, 206
Schopenhauer, Arthur, 37

Schürer, E., 228
secreto mesiánico, 90s
Segunda Venida, 224, 352ss, 368ss
seguridad, 95
Séneca, 22, 37
señal del Cielo, 219
Septuaginta, 114
serenidad de Jesús, v. Jesús.
Shakespeare, 381
Shammay, 194, 279, 340
Shaw, George Bernard, 40
Short, A. Rendle, 47, 49, 144
Sibta, un demonio, 195
Sidney, Philip, 105
Sidón, 209
[Sienkiewicz, Henryk], 173
Simón Cireneo, 418s
Simón el Justo, 340
Simón Macabeo, 309s
simpatía (=sentir con), 224
Simpson, James, 152s
sinagoga, 43s, 348
  gobernador de la, 152s
Smith, Alexander, 23s
Smith, W. Taylor, 161
Sócrates, 28
soledad, no solitariedad, 252
Stephanus, 347
Stevenson, R. L., 181, 286
Struthers, J. P., 379
Studd, C. T., 74
suegra de Pedro, 52
Suetonio, 269, 363
Sunday, Billy, 23
Swete, H. B., 100
Tácito, 363, 371
Talmud, 51, 155, 272, 318

tarea, 42
Taylor, Jeremy, 148, 206
Telémaco, monje, 239
Temple, William, 109
Templo de Jerusalén, 316s, 357s
Tennyson, A., 235, 265
tentación, 32
v. prueba.
Tertuliano, 367
Testamento de los
Doce Patriarcas, 343
Testamento de Aser, 370
Testamento de Dan, 343
Testamento de Isacar, 343
Tiro, 209
Tockichi Ishii, 76s, 100
tolerancia, 264ss
Torá, 194
Toscanini, 28
Tournier, Paul, 49, 51s, 62
trabajos padres, 80
tradición de los antepasados,
v. ley oral.
tranquilidad, 147
Transfiguración, 246ss
tributos, 331
túnica, v. ropa.
Umar Jayyâm, 399
verdad, la, 121, 123, 125
vida, dar la, 241
su valor supremo, 242
vida cristiana, ritmo de la, 184
vitalidad, 257
vocación, 41
Voltaire (F. M. Arouet), 266
voluntad de Dios, hacer la, 272s
Walpole, Hugh, 395

Wells, H. G., 95s, 131
Wesley, John, 78, 104, 134
Westcott, B. F., 16
Whitefield, George, 104
William, Kinsley, 265
Wolsley, cardenal Thomas, 242
Wren, Sir Christopher, 109
Young, Egerton, 291s
Zenón de Elea, 324

AUTORES Y LIBROS QUE SE RECOMIENDAN

Alejandro Díez Macho, y otros, *Apócrifos del Antiguo Testamento,* publicados 5 tomos, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1982.

Archibald, Robertson, *Imágenes verbales en el N.T*. vol. I (Mateo y Marcos), CLIE.

Bernardo Sánchez, *La Biblia y su mensaje*, vol. 11 (Marcos), CLIE.

Carlos del Valle, ed., *La Misná,* Ediciones Sígueme, Sala- manca, 1997.

Gnilka, *El evangelio según san Marcos, I-II,* Sígueme.

J.C. Ryle, *Los Evangelios explicados* - Marcos. CLIE

Jeremias, J., *Palabras desconocidas de Jesús,* Sígueme.

Abba. El mensaje central del Nuevo Testamento, Sígueme.

Maier, *Entre los dos testamentos,* Sígueme.

Marxsen, *El evangelista Marcos,* Sígueme.

Matthew Henry, *Comentario M. Henry*, vol. 9 (Marcos y Lucas), CLIE.

Picaza, *Pan, casa, palabra. La Iglesia en Marcos,* Sígueme.

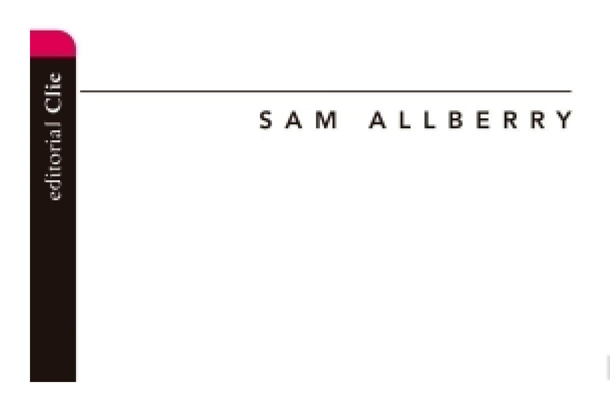
William Barclay, *Los hombres del Maestro*, Desclé de Brouwer, Bilbao, 1988.

Palabras griegas del Nuevo Testamento, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, 6ª edición, 1996.

* Las referencias que aparecen en este índice, corresponden a la versión impresa.

**Las referencias que aparecen en este índice, corresponden a la versión impresa.

¿Por qué
le importa
a Dios
con quién
me acuesto?



¿Por qué le importa a Dios con quién me acuesto?

Allberry, Sam
9788418204432
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sam Allberry, autor de muchos libros, entre ellos Is God Anti-Gay?, expone el buen diseño de Dios para la expresión de la sexualidad humana, mostrando que Dios mismo es amor y que sólo él puede satisfacer nuestros deseos más profundos. Una perspectiva bíblica de lo que el sexo está diseñado para ser, significar y hacer por nosotros. Los cristianos son cada vez más vistos como anticuados, restrictivos y prejuiciosos cuando se trata de sexo antes del matrimonio, la cohabitación, la homosexualidad, la identidad de género o los derechos de los transexuales. De hecho, para muchas personas, este tema es una de las mayores barreras para considerar el cristianismo. Sam Allberry, autor de muchos libros, entre ellos Is God Anti-Gay?, expone el buen diseño de Dios para la expresión de la sexualidad humana, mostrando que Dios mismo es amor y que solo él puede satisfacer nuestros deseos más profundos. Es un gran recordatorio del plan positivo de la Biblia para el amor, el sexo y el matrimonio, e ideal para regalar a las personas que pueden ver esto como un obstáculo para la creencia.

Jesús ¿realidad o ficción?

JOHN DICKSON

editorial Clie

Jesús ¿realidad o ficción?

En **Jesús ¿realidad o ficción?** el historiador John Dickson expone cómo funciona la historia para que tengamos las herramientas para evaluar lo que podemos decir con confianza sobre figuras como el emperador Tiberio, Poncio Pilatos, el sumo sacerdote Caifás y, por supuesto, Jesús de Nazaret. *John Dickson pregunta*: ¿Qué podemos saber con certeza sobre el pasado? ¿Se puede considerar algo de la historia antigua como "hecho"? En particular, ¿con qué seriedad podemos tomar las fuentes históricas para la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret? ¿Realmente vivió en Galilea y Judea del primer siglo, o es una figura legendaria? En este oportuno libro, el historiador Dr. John Dickson revela cómo funciona el campo de la historia, brindando a los lectores las herramientas para evaluar por sí mismos lo que podemos decir con confianza sobre figuras como el emperador Tiberio, Alejandro Magno, Poncio Pilato y, por supuesto, Jesús de Nazaret. **Presenta la evidencia, los métodos y las conclusiones de los académicos convencionales**, tanto cristianos como no, y hace algunas preguntas contemporáneas pertinentes, sin ofrecer respuestas insistentes: si Jesús realmente existió, ¿qué debemos hacer con sus propias afirmaciones y las de sus seguidores, y ¿qué significaría algo para nosotros hoy? Con la

característica claridad y excelencia de la erudición, John Dickson examina las evidencias históricas de Jesús. Su estilo accesible y fuentes actualizadas hacen que sea una lectura obligada para cualquiera que se tome en serio la investigación de Jesús.

¿Puede la ciencia explicarlo todo? Es una pregunta interesante que John Lennox y mucha gente piensa que sí. La ciencia y las tecnologías que ha generado han aportado mucho al mundo: agua limpia; más comida; mejor asistencia sanitaria; vida más larga. Y vivimos en una época de rápido progreso científico que promete resolver muchos de los problemas que enfrentamos como humanidad. Tanto es así, de hecho, que muchos no ven la necesidad o el uso de la religión y los sistemas de creencias que nos ofrecen respuestas a los misterios de nuestro universo. La ciencia lo ha explicado, suponen. La religión es redundante.

El profesor de matemáticas de Oxford y creyente cristiano, John Lennox, ofrece **una nueva forma de pensar sobre la ciencia y el cristianismo** que disipa los conceptos erróneos comunes sobre ambos. Él revela que no solo no se oponen, sino que pueden y deben mezclarse para darnos una comprensión más completa del universo y el significado de nuestra existencia.

No es necesario ser científico ni cristiano para valorar este libro. John Lennox escribe con una simplicidad que permite que el no científico lo siga, pero lo lleva a la presencia y a los pensamientos de algunos de los grandes de la ciencia, mientras escribe persuasivamente para defender el lugar de

Dios en el mundo científico. Una introducción importante para cualquiera que luche con los problemas de la ciencia y la fe.
Rev Hugh Palmer, Rector, All Souls, Langham Place, Londres.



¿Soy solo un cerebro?

Dirckx, Sharon
9788417620998
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sharon Dirckx en ¿Soy solo un cerebro? explica cómo la investigación moderna está descubriendo cada vez más detalles de lo que es nuestro cerebro y cómo funciona. Estamos viviendo, pensando en criaturas que llevan con nosotros una increíble supercomputadora orgánica en nuestras cabezas.

Pero, ¿cuál es la relación entre nuestro cerebro y nuestra mente, y en última instancia, nuestro sentido de identidad como persona? ¿Somos más que máquinas? ¿Es el libre albedrío una ilusión? ¿Tenemos un alma?

La investigadora de imágenes cerebrales Sharon Dirckx expone la comprensión actual de quiénes somos de biólogos, filósofos, teólogos y psicólogos, y señala una imagen más amplia que sugiere respuestas a las preguntas fundamentales de nuestra existencia. No solo "¿qué soy?", sino "¿quién soy?" y "¿por qué soy?"

Lea este libro para obtener información valiosa sobre lo que la investigación moderna nos dice acerca de nosotros mismos, o para desafiar a un amigo escéptico con la idea de que somos meramente seres materiales que viven en un mundo material.



Cómo preparar y predicar mejores sermones

Gálvez, Rigoberto
9788417620431
144 Páginas

Tras analizar muchos sermones, ajenos y propios, el autor descubre que hay una epidemia que ha estado matando la predicación de la iglesia durante décadas: la frialdad, la abstracción, la entretención, el espectáculo y el academicismo desabrido. ¿Cómo descubrir, entonces, el secreto para transformar sermones comunes y aburridos en sermones extraordinarios? ¿Cómo elaborarlos? El Reverendo Gálvez, después de servir muchos años en el Ministerio de La Palabra, consigue elaborar y predicar sermones destacados. Procurando construir un buen título en cada sermón, una acertada introducción, divisiones sólidas, cuerpo y formas de contornos definidos, con unidad coherente en las diferentes partes del sermón, destacando las verdades esenciales, trasladándolas de manera sencilla, interesante, entendible, creíble, con pasión, convicción, dependiendo del auxilio del Espíritu Santo.

Table of Contents

Portada interior
Créditos
Índice
Presentación
Introducción al Evangelio según san Marcos
    Los evangelios sinópticos
    El pedigrí de los evangelios
    Marcos, el autor del evangelio
    Las fuentes de información de Marcos
    El final perdido
    Las características del Evangelio de Marcos
    El evangelio escencial
El principio de la historia (1:1-4)
El heraldo del Rey (1:5-8)
El día de la decisión (1:9-11)
El tiempo de la prueba (1:12s)
El mensaje de la Buena Noticia (1:14s)
Jesús escoge a Sus amigos (1:16-20)
Jesús empieza Su campaña (1:21s)
La primera victoria sobre los poderes del mal (1:23-28)
Un milagro en privado (1:29-31)
El principio de las multitudes (1:32-34)
El retiro devocional y el desafío de la acción (1:35-39)
Un leproso es limpiado (1:40-45)
La fe que supera obstáculos (2:1-6)
La prueba irrefutable (2:7-12)
Invitando al que todos odiaban (2:13s)
Donde es mayor la necesidad (2:15-17)
La gozosa compañía (2:18-20)
Se necesita una mente joven (2:21s)
Piedad, verdadera y falsa (2:23-28)
Conflicto de ideas (3:1-6)
En medio de las multitudes (3:7-12)
La compañía elegida (3:13-19)

El veredicto de los Suyos (3:20s)
¿Alianza o conquista? (3:22-27)
El pecado imperdonable (3:28-30)
Condiciones del parentesco (3:31-35)
Enseñando por parábolas (4:1s)
De la Tierra al Cielo (4:3-9)
El misterio del Reino (4:10-12)
La cosecha es segura (4:13-20)
La luz está para que se vea (4:21)
La verdad que no se puede soslayar (4:22s)
El equilibrio de la vida (4:24)
La ley de la rentabilidad (4:25)
El crecimiento invisible y el resultado seguro (4:26-29)
De pequeño a grande (4:30-32)
El sabio maestro y el alumno aprovechado (4:33s)
La paz de la presencia (4:35-41)
La expulsión de los demonios (5:1-13)
Pedirle a Cristo que Se vaya (5:14-17)
Un testigo de Cristo (5:18-20)
En la hora de la necesidad (5:21-24)
La última esperanza de un paciente (5:25-29)
El costo de la sanidad (5:30-34)
Desesperación y esperanza (5:35-39)
La diferencia que hace la fe (5:40-43)
Sin honor en su propia tierra (6:1-6)
Los heraldos del Rey (6:7-11)
El mensaje y la misericordia del Rey (6:12s)
Tres veredictos sobre Jesús (6:14s)
La venganza de una malvada (6:16-29)
Lo patético de la multitud (6:30-34)
Poco es mucho en las manos de Jesús (6:35-44)
La conquista de la tempestad (6:45-52)
Las multitudes ansiosas (6:53-56)
Limpio e inmundo (7:1-4)
La Ley de Dios y las reglas de los hombres (7:5-8)
Una regla inicua (7:9-13)
La verdadera contaminación (7:14-21)

El anuncio de un mundo para Cristo (7:24-30)
Haciendo bien todas las cosas (7:31-37)
Compasión y desafío (8:1-10)
La ceguera que reclama una señal (8:11-13)
No aprender por experiencia (8:14-21)
Un ciego aprende a ver (8:22-26)
El gran descubrimiento (8:27-30)
Ideas judías acerca del Mesías
El tentador habla por la voz de un amigo (8:31-33)
La carrera de un discípulo (8:34s)
Encontrar la vida perdiéndola (8:36)
El valor supremo de la vida (8:37)
Cuando el Rey venga a los Suyos (8:38–9:1)
La gloria de la cumbre (9:2-8)
El destino del Precursor (9:9-13)
Bajando de la cumbre (9:14-18)
El clamor de la fe (9:19-24)
La causa del fracaso (9:25-29)
Arrostrando el final (9:30s)
La verdadera ambición (9:32-35)
Ayudar al necesitado es ayudar a Cristo (9:36s)
Una lección de tolerancia (9:38-40)
Recompensas y castigos (9:41s)
La meta que vale cualquier pena (9:43-48)
La sal de la vida cristiana (8:49s)
En la enfermedad y en la salud (10:1-12)
De los tales es el Reino del Cielo (10:13-16)
¿Cuánto quieres la bondad? (10:17-22)
El peligro de la riqueza (10:23-27)
Cristo no queda en deuda con nadie (10:28-31)
El desenlace inminente (10:32-34)
La petición de la ambición (10:35-40)
El precio de la Salvación humana (10:41-45)
Milagro al borde de la carretera (10:46-51)
La llegada del Rey (11:1-6)
El Que viene (11:7-10)
La calma antes de la tempestad (11:11)

La higuera estéril (11:12-14, 20s)
La ira de Jesús (11:15-19)
LAS LEYES DE LA ORACIÓN
Pregunta astuta y respuesta impactante (11:27-33)
Rechazo y retribución (12:1-12)
El césar y Dios (12:13-17)
Idea equivocada de la vida futura (12:18-27)
El amor a Dios y al prójimo (12:28-34)
El Hijo de David (12:35-37a)
Idea equivocada de la religión (12:39b-40)
El don supremo (12:41-44)
Las cosas por venir (13)
El Día del Señor (13)
Los diferentes estratos (13)
La condenación de la ciudad santa (13:1s)
La agonía de la ciudad santa (13:14-20)
La agonía de la ciudad santa (13:14-20)
Los peligros de los últimos días (13:3-6, 21-23)
Su Segunda Venida (13:7-8, 24-27)
Estad alerta (13:27-37)
Empieza el último acto (14:1s)
El derroche del amor (14:3-9)
El traidor (14:10s)
Preparando la fiesta (14:12-16)
La última llamada del amor (14:17-21)
El símbolo de la Salvación (14:22-26)
El fallo de los amigos (14:27-31)
Hágase Tu voluntad (14:32-42)
El arresto (14:43-50)
Un cierto joven (14:51s)
El juicio (14:53,55-65)
Coraje y cobardía (14:54,66-72)
El silencio de Jesús (15:1-5)
La elección de la multitud (15:6-15)
Las burlas de los soldados (15:16-20)
La Cruz (15:21-28)
El amor ilimitado (15:29-32)

Tragedia y triunfo (15:33-41)
El que Le prestó su tumba a Jesús (15:42-47)
Decidle a Pedro (16:1-8)
La comisión de la Iglesia (16:9-20)
Palabras hebreas, griegas y latinas
Nombres propios y temas que aparecen en el texto
Autores y libros que se recomiendan